

Mary Renault

El rey debe morir

Traducción: Antonio Desmots

SALVAT

Diseño de cubierta: Ferran Cartes/Montse Plass

Traducción cedida por Editorial Edhasa

Título original: The King Must Die

© 1995 Salvat Editores, S.A. (Para la presente edición)

© Mary Renault, 1958

© Antonio Desmots, 1990 (De la traducción)

© Edhasa, 1990

ISBN: 84-345-9042-5 (Obra completa)

ISBN: 84-345-9101-4 (Volumen 58)

Depósito Legal: B-28554-1995

Publicado por Salvat Editores, S.A., Barcelona

Impreso por CAYFOSA. Agosto 1995

Printed in Spain - Impreso en España

*¡Oh madre! Yo nací para morir pronto; pero
el tronante Zeus olímpico me debe por eso mismo
algunos honores.*

AQUILES, en la Ilíada.

Libro primero: Trecén	3
Capítulo uno	3
Capítulo dos	11
Capítulo tres	15
Capítulo cuatro	24
Capítulo cinco	30
Capítulo seis	32
Libro segundo: Eleusis	35
Capítulo uno	35
Capítulo dos	42
Capítulo tres	53
Libro tercero: Atenas	61
Capítulo uno	61
Capítulo dos	72
Capítulo tres	81
Libro cuarto: Olvido	91
Capítulo uno	91
Capítulo dos	97
Capítulo tres	103
Capítulo cuatro	110
Capítulo cinco	120
Capítulo seis	127
Capítulo siete	134
Capítulo ocho	144
Capítulo nueve	150
Capítulo diez	154
Libro quinto: Naxos	166
Capítulo uno	166
Capítulo dos	174
Nota de la autora	177
La leyenda de Teseo	179

Libro primero:

Trecén

Capítulo uno

La ciudadela de Trecén, donde se alza el palacio, fue construida por gigantes en tiempos inmemoriales. Pero el palacio lo edificó mi bisabuelo. Al amanecer, si uno mira desde Calauria, allende el estrecho, las columnas centellean con un rojo ígneo y las murallas son doradas. Todo brilla con colores claros sobre el fondo de los oscuros bosques de la montaña.

Nuestro linaje es heleno y procede de la simiente del inmortal Zeus. Adoramos a los dioses del cielo antes que a la Madre Día y a los dioses de la tierra. Y nunca mezclamos nuestra sangre con la de la gente de la ribera, que poseyó la tierra antes que nosotros.

Mi abuelo tenía unos quince hijos en su casa cuando nací. Pero su reina y sus hijos murieron, y quedó sólo mi madre. En cuanto a mi padre, decían en el palacio que me había engendrado un dios. Cuando yo tenía cinco años, advertí que algunos lo dudaban. Pero mi madre nunca me hablaba del asunto; y no recuerdo haberme molestado en preguntárselo.

Cuando cumplí los siete, llegó el día del sacrificio del caballo, una gran fecha en Trecén.

Ese sacrificio se realiza cada cuatro años, de manera que yo no recordaba nada del último. Sabía que se refería al caballo rey, pero creía que se trataba de un homenaje. Para mí, nada podía ser más adecuado. Yo lo conocía bien.

El caballo rey vivía en la gran pradera de los caballos, abajo en la llanura. Yo lo había visto desde el techo del palacio husmear el viento, con la blanca crin alborotada, y montar sus yeguas. Y sólo el último año lo vi luchar por su reino. Uno de los señores de la casa, al ver desde lejos que empezaba el duelo, se acercó a caballo hasta las laderas cubiertas de olivos para verlo de cerca y me llevó a la grupa. Observé cómo los grandes garañones escarbaban la tierra con las patas delanteras, arqueaban los cuellos y proferían sus relinchos de guerra; luego se embistieron con las crines al viento y enseñando los dientes. Por fin, el vencido se desplomó; el caballo rey resopló junto al caído, irguió la cabeza relinchando y se alejó al trote hacia sus esposas. Nunca le habían puesto una brida y era salvaje como el mar. Ni el propio rey lo montaría jamás. Pertenecía al dios.

Habría bastado su valor para que yo lo amara. Pero tenía otra razón. Lo creía mi hermano.

Poseidón, sabía yo, podía adoptar a su antojo la forma de un hombre o de un caballo. Afirmaban que, bajo su forma humana, me había engendrado. Pero en algunas canciones tenía también hijos-caballos, veloces como el viento del norte e inmortales. El caballo rey debía de ser uno de ellos. Por eso, me pareció evidente que debíamos encontrarnos. Yo había oído decir que él apenas tenía cinco años de edad: «De modo que, aunque él sea más grande, yo soy el mayor — pensé—. A mí me toca hablar».

Cuando el caballero mayor volvió a la pradera para elegir los potros destinados a los carros, conseguí que me llevara. Mientras ejecutaba su tarea me dejó con un gañán, el cual dibujó en el polvo un tablero y se puso a jugar con un amigo. Pronto, ambos se olvidaron de mí. Trepé a la empalizada y fui en busca del rey.

Los caballos de Trecén son helenos de pura sangre. Nunca nos cruzamos con la pequeña raza de la gente de la ribera, a la que le arrebatamos la tierra. Cuando me colocaba a su lado, parecían muy altos. Al tender la mano para acariciar a uno, oí al caballero mayor que gritaba detrás de mí, pero cerré los oídos. «Todos me dan órdenes — pensé—. ¡Ojalá yo fuera el caballo rey! Nadie le da órdenes a él.» Entonces lo vi,

solo, parado sobre una pequeña loma, contemplando cómo escogían los potros en los confines de la dehesa. Me acerqué, pensando, como hace todo niño alguna vez: «Esto es la belleza».

Él me había oído y se volvió para mirar. Alargué la mano como de costumbre y lo llamé: «¡Hijo de Poseidón!». Entonces acudió trotando, como hacen todos los caballos de los establos. Yo había traído un terrón de sal y se lo ofrecí.

Hubo cierto alboroto a mis espaldas. El palafrenero gritó, y al girarme vi que el caballero mayor le pegaba. Luego, pensé, sería mi turno; los hombres me hacían gestos desde las balaustradas, maldiciéndose unos a otros. Me sentía más a salvo donde estaba. El caballo rey se hallaba tan cerca que distinguía las pestañas de sus ojos oscuros. Las crines le caían por la frente como una cascada blanca entre relucientes piedras. Tenía los dientes tan grandes como las placas de marfil de los yelmos de guerra; pero el labio, cuando lamió la sal que yo le ofrecí en la palma de la mano, era más suave que el pecho de mi madre. Cuando agotó la sal, me rozó la mejilla con la suya y me husmeó el pelo. Luego, volvió trotando a su cerro, meneando la larga cola. Sus cascos, con los cuales, como supe después, había matado a un león de la montaña, resonaban sobre la pradera como los pies de un bailarín.

Entonces me agarraron por todas partes y me retiraron de la dehesa. Me sorprendió ver al caballero mayor pálido como un enfermo. Me montó en silencio en su cabalgadura y apenas me habló durante el trayecto de regreso. Después de tanto alboroto, temí que mi abuelo me zurrara. Me miró un rato cuando me acerqué a él, pero sólo dijo:

—Teseo, fuiste a la pradera de los caballos invitado por Peiros. Ha sido de muy mala educación causarle problemas. Cualquier yegua que estuviera criando pudo haberte arrancado el brazo. Te prohíbo que vuelvas.

Esto había sucedido cuando yo tenía seis años de edad, y la fiesta del caballo debía celebrarse el año siguiente.

Era la festividad principal de Trecén. Los preparativos de palacio duraban una semana. En primer lugar, mi madre llevaba a las mujeres al río Hilicos, a lavar la ropa. La cargaban en mulas y la llevaban hasta el agua más limpia, la de la poza donde caía la cascada. El Hilicos nunca merma ni se enturbia, ni siquiera cuando hay sequía; pero ahora, en verano, estaba bajo. Las viejas frotaban las prendas livianas en la orilla y las golpeaban contra las piedras; las muchachas se recogían las enaguas y pisoteaban los pesados mantos y frazadas en mitad de la corriente. Una de ellas tocaba un caramillo, cuyo ritmo seguían las demás, chapoteando y riendo.

Mientras la ropa se secaba al sol sobre las rocas, las muchachas se desnudaban y se bañaban, llevándome con ellas. Fue la última vez que me permitieron ir allí: mi madre notó que yo comprendía las bromas.

El día de la fiesta desperté al amanecer. Mi vieja nodriza me vistió con mis mejores galas: mis calzas nuevas de piel de ciervo con trencillas, mi cinturón rojo trenzado sobre cuerda y con cierre de cristal y mi collar de abalorios de oro. Cuando me peinó, fui a ver cómo se vestía mi madre. Acababa de salir del baño y le estaban poniendo las faldas por la cabeza. Los flecos de siete hileras, cosidos con zarcillos de oro y pendientes, campanilleaban y brillaban al agitarlos. Cuando le abrocharon el ceñidor labrado en oro y la faja del corpiño, mi madre contuvo con fuerza el aliento y luego lo dejó escapar, riendo. Tenía los senos suaves como la leche y los pezones tan rosados que nunca se los pintaban, aunque aún los llevaba desnudos, ya que tenía entonces poco más de veintitrés años.

Le quitaron los rizadores del pelo (más oscuro que el mío, de color del bronce pulido) y comenzaron a peinarla. Salí corriendo a la terraza, que rodeaba todos los aposentos reales al ocupar entero el techo del gran salón. La mañana era roja, y las columnas, pintadas de carmesí, parecían llamaradas. Oí, en el patio, a los señores de la casa que se reunían en atavío de guerra. Era lo que yo esperaba.

Venían de dos en dos y de tres en tres; los guerreros barbados, conversando; los jóvenes, riendo y forcejeando, gritándoles a los amigos o fingiendo golpearse con los mangos de las lanzas. Lucían sus cascos de cuero con altos penachos, engastados en bronce o reforzados con tiras de cuero. Sus anchos pechos y hombros, acicalados con ungüentos, despedían un brillo bermejo a la luz rosada, y sus calzas de cuero sobresalían rígidas de los muslos, haciendo que los delgados talles, ceñidos con los cintos de las espadas, parecieran aún más esbeltos. Esperaban, intercambiando noticias y habladurías y adoptando poses destinadas a impresionar a las mujeres, los jóvenes en actitud perezosa, con la parte superior de sus altos escudos, apoyada en la axila izquierda y el brazo derecho estirado para sujetar la lanza. Tenían el labio superior pulcramente afeitado, para que sus flamantes barbas destacaran mejor. Escudriñé los dibujos de los escudos, los peces, pájaros o serpientes repujados sobre el cuero, mientras buscaba a los amigos para saludarlos, los cuales alzaron sus lanzas en forma de respuesta. Siete u ocho eran tíos míos. Mi abuelo los había engendrado en el palacio con mujeres de buena cuna, trofeos de sus guerras de antaño o regalos de los reyes vecinos.

Los señores de la tierra se apeaban de sus caballos o de sus carros; iban también desnudos hasta la cintura porque hacía calor, pero ostentaban todas sus joyas; incluso en los rebordes de las botas lucían borlas de oro. Las voces de los hombres eran cada vez más sonoras y graves y desbordaban los muros del patio. Me cuadré y me ajusté el cinto; miré a un joven de barba incipiente y conté los años con mis dedos.

Entró Tálao, el jefe del ejército, hijo de la juventud de mi abuelo y de la esposa de un guerrero capturado en batalla. Vestía sus mejores galas: el casco, trofeo de los juegos celebrados durante el funeral del gran rey de Micenas, revestido de dientes de jabalí tallados, y sus dos espadas, la larga, con empuñadura cristalina, que solía dejarme desenvainar, y la corta, adornada con una cacería de leopardo incrustada en oro. Los hombres se tocaron la frente con las lanzas; él los contó con la vista y, parándose sobre la gran escalinata delante de la gran columna maestra que sostenía el dintel, prominente la barba como la proa de un barco de guerra, gritó: —¡Viene el dios! —Todos salieron en tropel del patio. Cuando me inclinaba a mirar, entró el guardia de mi abuelo y le preguntó a la doncella de mi madre si el señor Teseo estaba listo para salir con el rey.

Yo confiaba en ir con mi madre. Y creo que ella se proponía lo mismo. Pero me avisó que estuviese preparado para cuando me requiriera su padre.

Era la sacerdotisa principal de la Madre Día en Trecén. En tiempos de la gente de la ribera, eso habría bastado para que fuese una reina soberana; y si nosotros hubiésemos hecho sacrificios sobre la piedra umbilical, nadie la habría precedido. Pero Poseidón es el marido y señor de la Madre, y en su fiesta, los hombres van delante.

Por eso cuando oí decir que iría con el abuelo, me sentí convertido en un hombre.

Corrí hacia las almenas y miré entre los dientes. Entonces vi a qué dios seguían los hombres. Habían soltado al caballo rey, que correteaba a sus anchas por la llanura.

Toda la aldea parecía haber salido a darle la bienvenida. Galopó por los campos comunales de cereal y nadie alzó una mano para detenerlo.

Cruzó por las judías y el centeno y habría subido hasta las laderas de olivares; pero había allí algunos de los hombres y se desvió.

Mientras yo miraba, en el patio desierto rechinó un carro. Era el de mi abuelo; y recordé que debía ir con él. A solas en la terraza, bailé de alegría.

Me llevaron abajo. Erito, el auriga, estaba ya en su puesto, erguido como una estatua, con su corta túnica blanca y sus grebas de cuero, y con los largos cabellos recogidos; sólo los músculos del brazo se le movían, refrenando los caballos. Me montó en el carro, para que esperara a mi abuelo. Me sentía impaciente de verlo en arreo de guerra, porque en aquellos tiempos era muy alto. La última vez que estuve en Trecén, cuando mi abuelo tenía ochenta años, se había vuelto liviano y seco como un viejo saltamontes y cantaba con voz aguda junto a la lumbre. Yo habría podido levantarlo en brazos. Murió un mes después que mi hijo, pues supongo que ya no había nada que lo retuviese. Pero entonces era un hombretón.

Salió, por fin, con su vestidura sacerdotal y su faja, con un cetro en vez de lanza. Subió agarrándose a la baranda del carro, puso el pie en los soportes y dio la orden de partir. Mientras traqueteábamos por la carretera de guijarros, sólo se le habría podido tomar por un guerrero, con faja o sin ella. Iba esparrancado y balanceándose a todo lo ancho del carro, como acostumbran hacer los hombres que van a campo traviesa con armas en las manos. Cuando yo lo acompañaba, tenía que colocarme a su izquierda; le hubiera puesto nervioso tener algo delante del brazo con que empuñaba la lanza. Siempre me parecía sentir la protección de su escudo ausente.

Al ver desierto el camino, me asombré y le pregunté dónde estaba la gente.

—En Esfera —dijo, asiéndome del hombro para sujetarme al pasar por un bache—. Te llevo a ver el rito porque pronto servirás allí al dios.

Esta noticia me sorprendió. Me pregunté qué servicios podía necesitar un dios caballo y me imaginé peinándole la crin o vertiendo ambrosía ante él en cuencos de oro. Pero era también Poseidón el de los cabellos azules, el que provoca las tormentas; y el gigantesco y el negro toro de la tierra a quien los cretenses, según tenía yo entendido, alimentaban con mancebos y vírgenes. Después de cavilar un poco, dije a mi abuelo:

—¿Cuánto tiempo me quedaré?

Me miró la cara, se echó a reír y me revolvió el cabello con su manaza.

—Un mes cada vez —dijo—. Sólo servirás en el santuario y en el manantial sagrado. Es hora de que cumplas tus deberes con Poseidón, tu dios natal. Por eso hoy te consagraré, después del sacrificio. Pórtate respetuosamente y no te muevas hasta que te avisen; y recuerda que estás conmigo. —Habíamos llegado a la playa del estrecho, donde estaba el vado.

Yo contaba con cruzarlo chapoteando, en el carro; pero nos esperaba una barca, para salvaguardar nuestras mejores ropas. Ya del otro lado, volvimos a montar y costeamos durante algún tiempo la playa de

Calauria, viendo desde allí Trecén. Luego, nos internamos entre los pinos. Las patas de los caballos repiquetearon sobre un puente de madera y se detuvieron. Habíamos llegado a la pequeña isla sagrada que estaba en el dedo gordo de la grande; y los reyes deben ir por su pie en presencia de los dioses.

El pueblo esperaba. Sus vestimentas, sus guirnaldas y los penachos de los guerreros brillaban en el claro, más allá de los árboles. Mi abuelo me tomó de la mano y me condujo por la cuesta arriba del pedregoso sendero. A ambos lados había una fila de jóvenes de pie, los mocetones más altos de Trecén y Calauria, con las largas melenas recogidas y coronándoles las cabezas como crines. Cantaban, marcando el ritmo de todos a la vez con el pie derecho. Era un himno a Poseidón Hipio. Contaba en qué se parece el padre caballo a la fecunda tierra: su empenachada cabeza y sus ojos claros recuerdan el amanecer sobre las montañas, su lomo y sus ijares son como el ondular de los campos de centeno; y cuando bate la tierra con los cascos, los hombres y las ciudades tiemblan y se derrumban las casas de los reyes.

Yo sabía que esto era cierto, porque vi reconstruir el techo del santuario: Poseidón había derribado las columnas de madera y algunas casas y abierto una grieta en los muros del palacio. No me sentí muy bien aquella mañana de la catástrofe; me preguntaron si estaba enfermo y me eché a llorar. Pero en cuanto pasó el susto me encontré mejor. Tenía entonces cuatro años y ya casi lo había olvidado.

Nuestra parte del mundo estuvo siempre consagrada al sacudidor de la tierra; los jóvenes cantaban sus muchas proezas. Incluso el vado, decía el himno, era obra suya; había golpeado con los pies el fondo del estrecho y el mar se redujo a un hilo de agua que ascendió luego hasta inundar la llanura. Antes pasaban por allí los barcos; según una profecía, algún día le asestaría un arponazo y el mar volvería a hundirse.

Mientras caminábamos entre los adolescentes, mi abuelo los escudriñó buscando posibles guerreros. Pero yo había visto más allá, en el centro del calvero sagrado, al propio caballo rey, que mordisqueaba tranquilamente la hierba dispuesta sobre un trípode. Lo habían domado el último año, no para el trabajo sino para esta ocasión, y hoy le habían dado un pienso con una sustancia especial al amanecer. Pero aunque eso yo no lo sabía, no me sorprendió que tolerase a la gente que lo rodeaba; me habían enseñado que lo propio de un rey era recibir los homenajes con donaire.

El altar estaba adornado con guirnaldas de ramas de pino. El aire estival traía fragancias de resina, de flores e incienso, del sudor del caballo, del de los cuerpos de los jóvenes y de la sal del mar. Los sacerdotes se adelantaron, coronados de pino, para saludar a mi abuelo como sumo sacerdote del dios. El viejo Cónidas, cuya barba era tan blanca como la crin del caballo rey, posó su mano sobre mi cabeza, asintiendo y sonriendo. Mi abuelo le hizo una señal a Diocles, mi tío favorito, un corpulento joven de dieciocho años, de cuyo hombro colgaba la piel de un leopardo muerto por él mismo.

—Cuidad del niño hasta que estemos a punto para él —dijo mi abuelo.

Diocles respondió:

—Sí, señor.

Y me condujo hasta la escalinata del altar, lejos del sitio donde estaba él con sus amigos. Llevaba puesto el brazal de la serpiente de oro con ojos de cristal y se recogía el pelo con una cinta púrpura. Mi abuelo había conquistado a la madre de Diocles en Pilos, como segundo premio de la carrera de carros, y siempre la había apreciado mucho; era la mejor bordadora del palacio. Diocles era un joven alegre y audaz que me permitía cabalgar en su mastín. Pero hoy me miraba con cara solemne y temí ser una carga para él.

El viejo Cónidas le trajo a mi abuelo una corona de pino trenzada con lana, que debía estar previamente hecha, pero no apareció a tiempo. En Trecén siempre hay algún pequeño tropiezo; allí no hacemos las cosas con la facilidad de los atenienses. El caballo rey mascó un poco de pienso del trípode y ahuyentó a las moscas con la cola.

Había otros dos trípodes: un cuenco que contenía agua y otro con agua y vino. Mi abuelo se lavó las manos en el primero y un criado joven se las secó. El caballo rey irguió la cabeza y ambos parecieron mirarse. Mi abuelo puso la mano sobre el blanco hocico y lo acarició con fuerza: el animal bajó la cabeza y la levantó con una ligera sacudida. Diocles se inclinó hacia mí y me dijo:

—Fíjate, consiente.

Lo miré. Ahora se le veía claramente la barba al contraluz. Dijo:

—Eso significa un buen augurio. Un año afortunado.

Asentí, pensando que la finalidad del rito se había cumplido y que regresaríamos a casa. Pero mi abuelo esparció sobre el lomo del caballo la harina que había en un plato de oro; luego, tomó un cuchillo muy afilado y brillante y le cortó un mechón de la crin. Le dio un poco a Tálao, situado cerca de él, y otro poco al primero de los señores.

Después se volvió hacia mí e hizo una seña. La mano que tenía Diocles sobre mi hombro me empujó hacia adelante.

—Ve —susurró—. Ve y tómallo.

Me adelanté, oyendo murmurar a los hombres y arrullar a las mujeres como tórtolas apareándose. Sabía ya que el hijo de la reina tenía más jerarquía que los hijos de las mujeres del palacio, pero nunca lo había notado en público. Pensé que me honraban así porque el caballo rey era mi hermano.

Me pusieron en la mano cinco o seis recias cerdas blancas. Me proponía darle las gracias a mi abuelo; pero ahora sentí que emanaba de él la presencia del rey, solemne como un leño de roble sagrado. Por eso, como los demás, me toqué en silencio la frente con el mechón. Luego volví, y Diocles dijo:

—Bien hecho.

Mi abuelo hizo un amplio gesto con las manos e invocó al dios. Lo saludó como sacudidor de la tierra, hacedor de olas, hermano del rey Zeus y marido de la Madre, pastor de las naves y amigo de los caballos. Oí un relincho al otro lado de los pinares, donde estaban amarradas las yuntas de los carros, prontas a correr en honor del dios. El caballo rey irguió su noble testa y respondió sin alborotarse.

La plegaria fue larga y me perdí en mis pensamientos, hasta comprender, por el tono, que el final se acercaba: «Así sea, señor Poseidón, de acuerdo con nuestra plegaria; y acepta la ofrenda». Mi abuelo extendió el brazo y alguien le puso en la mano un hacha de gran tamaño y reluciente filo. Había de pie hombres de elevada estatura que tenían cintas de cuero de buey en las manos. Mi abuelo palpó el filo del hacha y, como en el carro, separó los pies y los asentó firmemente en el suelo.

Mató con mucha habilidad y limpieza. Yo mismo, en presencia de todos los atenienses, me conformaría con no hacerlo peor. Pero ésta es la hora en que aún lo recuerdo. Recuerdo cómo se encabritó el caballo rey y se quedó erguido como una torre, sintiendo su muerte, arrastrando a los hombres como si fueran niños; recuerdo la raja escarlata en la blanca garganta, el olor fétido y caliente; la pérdida de la belleza, la merma de las fuerzas, la desaparición del valor; y el dolor, la ardiente piedad que sentí cuando se desplomó de rodillas y posó su lustrosa cabeza en el suelo. Aquella sangre pareció desgarrarme el alma, como si hubiese brotado de mi propio corazón.

Me sucedía lo que al niño recién nacido, a quien han mecido día y noche en su blanca caverna, sin conocer otra, cuando lo sacan a donde el aire áspero lo taladra y la violenta luz le hiere los ojos. Pero entre mi madre, mezclada con las mujeres, y yo, estaba el cadáver trémulo y ensangrentado y mi abuelo con el hacha carmesí. Miré a Diocles, que contemplaba la agonía tranquilamente apoyado en su lanza. Sólo me respondieron las cuencas vacías de los ojos de la piel de leopardo y la mirada enjoyada de la serpiente de su brazal.

Mi abuelo sumergió una copa en el cuenco de la ofrenda y vertió el vino en el suelo. Me parecía ver fluir a chorros la sangre de su mano. El olor a cuero curtido del escudo de Diocles y el olor a hombre de su cuerpo me llegaron mezclados con el de la muerte. Mi abuelo entregó la copa al criado e hizo una seña. Diocles se pasó la lanza al brazo del escudo y me cogió de la mano.

—Ven —dijo—. Mi padre te necesita. Ahora hay que consagrarte.

Pensé: «También consagraron al caballo rey». El día luminoso se onduló ante mis ojos cegados por las lágrimas de pena y de terror. Diocles hizo girar su escudo sobre el brazal para cubrirme con una especie de techo de cuero y me enjugó los párpados con su mano joven y dura.

—Compórtate —dijo—. El pueblo te está mirando. Vamos... ¿Dónde está ese guerrero? Eso no es más que sangre.

Retiró el escudo y vi que la gente miraba sin parpadear.

Al ver todos aquellos ojos los recuerdos volvieron a mi memoria. «Los hijos de los dioses no temen a nada —pensé—; ahora van a verlo, sea como sea». Y aunque en mi alma todo era tinieblas y llanto, mis pies avanzaron.

Y entonces vibró un rumor de mar en mis oídos; una cadencia y una marejada que me acompañaban, que me guiaban. Lo oí entonces por primera vez.

Avancé con la ola, como si ella me abriera paso por la muralla que había ante mí; y Diocles me condujo hacia adelante. Por lo menos, sé que me llevaban: él o alguien que adoptaba su forma, como suelen hacer los inmortales. Y lo mismo que sé que había estado solo antes, ya no lo estaba. Mi abuelo mojó un dedo en la sangre del sacrificio e hizo la señal tridente sobre mi frente. Luego, él y el viejo Cónidas me condujeron debajo del fresco techo de paja que cubría el manantial sagrado y arrojaron al agua una ofrenda votiva, un toro de bronce con los cuernos de oro. Cuando salimos, los sacerdotes habían cortado del cadáver la parte del dios y el olor a grasa quemada impregnaba el aire. Pero no lloré hasta estar en casa, y mi madre me preguntó: «¿Qué ocurre?»

Entre sus senos, enredado en su lustroso cabello, lloré como para purificar mi alma con las lágrimas. Ella me acostó y me cantó y, cuando me tranquilicé, dijo:

—No te aflijas por el caballo rey: se ha ido con la Madre Tierra, que es quien nos ha creado a todos. Tiene un millar de miles de hijos y los conoce uno por uno. El caballo rey valía demasiado para que alguien lo montara aquí; pero ella encontrará a algún gran héroe, un hijo del Sol o del viento del norte, para que sea

su amigo y su amo, y galoparán todo el día y nunca se cansarán. Mañana, le llevarás a la Madre Tierra un regalo para él y yo le diré que tú le haces la ofrenda.

Al día siguiente, fuimos juntos a la piedra umbilical. Había caído del cielo hace muchísimo tiempo, en épocas inmemoriales. Los muros del patio hundido donde se hallaba eran mohosos y los rumores del palacio no perturbaban el recinto. La sagrada serpiente de la casa tenía su agujero entre las piedras; pero sólo se dejaba ver por mi madre cuando ella le traía su leche. Mi madre dejó mi pastel de miel sobre el altar y le dijo a la diosa para quién era. Cuando nos íbamos, volví los ojos y la vi sobre la fría piedra, y recordé el aliento vivo del caballo sobre mi mano, su labio tierno, tibio y movedizo.

Estaba sentado entre los perros de la casa, en el umbral del gran salón, cuando mi abuelo pasó y me dijo algo a modo de saludo.

Me levanté y le respondí, porque no se podía olvidar que era el rey. Pero me mantuve quieto, con los ojos bajos y golpeando con un dedo del pie una grieta entre las lajas. Debido a los perros, no lo había oído llegar; de lo contrario, me hubiera marchado. «Si él pudo hacer eso —pensaba yo—, ¿cómo se puede confiar en los dioses?» Mi abuelo volvió a hablar, pero yo sólo dije «Sí» y no quise mirarlo. Lo sentí parado junto a mí, cavilando, mirándome desde su alta talla. A poco, dijo:

—Ven conmigo.

Lo seguí por la escalera hasta su cuarto del primero piso, donde engendrara a mi madre y a sus demás hijos y donde moriría. Yo había subido rara vez allí; en su vejez, él pasaba todo el día en ese cuarto, porque daba al sur y la chimenea del gran salón lo atravesaba y caldeaba. El lecho real, en el otro extremo del aposento, medía dos metros y medio de largo por dos de ancho y era de ciprés pulido, con incrustaciones y tallas. El cobertor de lana azul con cenefa de grullas volanderas le había costado a mi abuela medio año de afanarse en el gran telar. Al lado, había un cofre con aros de bronce para la ropa; y para las joyas, otro de marfil sobre una tarima pintada. Las armas colgaban de la pared: el escudo, el arco, la espada larga y la daga, su cuchillo de caza y su casco de cuero con penacho, forrado de otro cuero carmesí que no se gastaba. No había muchas cosas más, salvo las pieles del piso y una silla. Mi abuelo se sentó y me señaló el escabel.

Por la escalera subían ahogados los rumores del salón, de mujeres que frotaban los largos caballetes con arena y que apartaban a los hombres, para que no las molestaran, con forcejeos y risas. Mi abuelo ladeó la cabeza, como un perro viejo instalado en su pedestal. Luego, dejó descansar las manos sobre los brazos del sillón con leones tallados, y dijo:

—Bueno, Teseo... ¿Por qué estás enojado?

Alcé la vista hasta sus manos. Los dedos se curvaban formando algo así como la boca abierta de un león; sobre el índice, se veía el anillo real de Trecén, con la Madre dispuesta para el culto sobre una columna. Tiré de la piel de oso extendida en el suelo y guardé silencio.

—Cuando seas rey, lo harás mejor que nosotros —dijo—. Sólo los feos y los viles morirán; lo que es valiente y hermoso vivirá eternamente. ¿Es así como gobernarás tu reino? —Para cerciorarme de si se estaba burlando de mí, lo miré a la cara. Entonces, el sacerdote del hacha sólo me pareció un sueño. Mi abuelo alargó la mano, me atrajo contra sus rodillas y me hundió los dedos entre el pelo, como hacía con sus perros cuando buscaban que les hiciera caso.

—Conocías al caballo rey, era amigo tuyo. Por lo tanto, sabes que fue él quien hubo de elegir entre ser rey o no serlo.

Yo seguía callado, recordando el gran combate entre los dos caballos y sus belicosos relinchos.

—Sabes que vivió como un rey, con el más selecto de los piensos y montando a todas las yeguas que se le antojaban. Y nadie le pidió que lo pagara trabajando —dijo.

Abrí la boca y dije:

—Tuvo que pelear para conseguirlo.

—Es cierto. Más tarde, cuando pasara la flor de la edad, vendría un garañón más joven y lo vencería en combate, arrebatándole su remo. Moriría penosamente o lo alejarían de su pueblo y de sus esposas para morir sin honor. Ya viste que era orgulloso.

—¿Era tan viejo? —pregunté.

—No —dijo mi abuelo, y su manaza arrugada seguía inmóvil sobre la cabeza de león—. No más viejo como caballo que Tálao como hombre. Murió por otro motivo. Pero si te digo el porqué, debes escucharme, aunque no lo comprendas. Cuando seas mayor, si estoy aquí, volveré a decírtelo; en caso contrario, lo habrás oído por lo menos una vez y siempre recordarás algo.

Mientras hablaba entró una abeja y zumbó entre los cabrios pintados. Todavía hoy, ese ruido me evoca la escena.

—Cuando yo era niño, conocí a un hombre de edad, como tú me conoces a mí —me dijo—. Pero era más viejo: el padre de mi abuelo. Sus fuerzas habían desaparecido y se sentaba al sol o junto al hogar. Me contó este relato que te narraré yo ahora y que quizá le repitas tú algún día a tu hijo.

Recuerdo que, en ese instante, alcé la vista para ver si sonreía.

—Hace mucho —me dijo—, nuestro pueblo vivía en el norte, más allá del monte Olimpo. Decía, y le irritaba que yo lo dudara, que ellos nunca habían visto el mar. En vez de agua, tenían un mar de hierba, que se extendía hasta donde alcanza el vuelo de las golondrinas, desde el sol que sale hasta el que se pone. Vivían de lo que les daban sus rebaños y no construían ciudades; cuando sus animales agotaban las hierbas, se iban a donde hubiera otros pastos. No sentían añoranza del mar, como nosotros, ni de las cosas buenas que produce la tierra al cultivarla; no las conocían; y tenían pocas artes, porque eran gente nómada. Pero disfrutaban de un ancho cielo, que atrae las mentes de los hombres hacia los dioses; y daban sus primeros frutos al inmortal Zeus, que es quien envía la lluvia.

»Cuando se trasladaban, los varones daban vueltas, alrededor de carros, custodiando a los rebaños y a las mujeres. Cargaban con el peso del peligro, como ahora; es el precio que pagan los hombres por el honor. Y todavía hoy, aunque vivimos en la isla de Pélope y construimos murallas, y cultivamos olivos y cebada, los robos de ganado siguen costando sangre. Pero el caballo significa algo más. Con los caballos, les quitamos estas tierras a la gente de la ribera que nos precedió aquí. El caballo será el signo de la victoria mientras nuestra sangre tenga memoria.

»Nuestro pueblo vino al sur poco a poco, abandonando sus tierras originarias. Quizá Zeus no enviase lluvia o el pueblo fuese ya demasiado numeroso o lo acosaran enemigos. Pero mi bisabuelo me dijo que vinieron por voluntad del omnisciente Zeus, porque éste era el lugar de su moira.

—¿Qué es eso?

—¿La moira? —dijo—. La forma definitiva de nuestro destino, la línea que lo circunscribe. Es la misión que nos asignan los dioses y la parte de gloria que nos adjudican; los límites que no debemos franquear y el objetivo que nos ha sido asignado. La moira es todo eso.

Pensé en lo que me había dicho, pero aquello era demasiado grande para mí. Pregunté:

—¿Quién les dijo que vinieran?

—El señor Poseidón, que gobierna todo lo que se extiende bajo el cielo, la tierra y el mar. Se lo ordenó al caballo rey, y el caballo rey los guió.

Me incorporé: aquello sí que lo podía comprender.

—Cuando necesitaron nuevos pastos, lo soltaron; y él, velando por su pueblo como le había recomendado el dios, husmeó el aire en busca de alimento y agua. Aquí, en Trecén, cuando sale en busca del dios, lo soltamos por los campos del otro lado del vado. Lo hacemos en conmemoración de aquellos días en que era libre y los señores lo seguían, para presentar batalla si le cortaban el paso; pero sólo el dios le decía adónde debía ir.

»Por eso siempre lo consagraban antes de soltarlo. El dios sólo inspira a los suyos. ¿Comprendes esto, Teseo? Sabes que, cuando Diocles caza, Argo le cobra las presas. Pero no lo haría por ti; y por su cuenta sólo atraparía piezas pequeñas. Pero como es el perro de Diocles, sabe lo que él quiere.

»El caballo rey señaló el camino; los señores lo despejaron; y el rey guió al pueblo. Cuando la obra del caballo rey hubo concluido, se lo entregaron al dios, como viste ayer. Y en esos tiempos, dijo mi bisabuelo, la misma suerte corría el rey que el caballo rey.

Miré a mi abuelo con cara dubitativa; y, no obstante, sin asombro.

Algo había dentro de mí que no encontraba extraño aquello. Él asintió y me pasó los dedos por el pelo; sentí un escalofrío en el cuello.

—Los caballos van al sacrificio a ciegas; pero los dioses han dotado a los hombres de conocimiento. Cuando consagraron al rey, él conocía su moira. En tres años o en siete o en nueve, o sea cual fuere la costumbre, su plazo expiraría y lo reclamaría el dios.

»Y siguió consintiendo; de lo contrario, no habría sido rey y no hubiera recaído en él el poder de guiar al pueblo. Cuando fueron a elegirlo entre la familia real, aquél fue su signo: que prefería una vida breve y gloriosa con el dios, a vivir mucho tiempo en el anonimato, como el buey que se ceba en el pesebre. Las costumbres cambian, Teseo, pero ese rasgo no cambia nunca. Recuérdalo, aunque no lo comprendas.

Quise decir que lo comprendía. Pero callé, como en el robledal sagrado.

—Más tarde, la costumbre cambió. Quizá tuvieran a un rey del que no podían prescindir, porque la guerra o la peste hubieran diezmando a la familia real. O acaso Apolo les descubriera algún secreto. Pero dejaron de ofrendarle al rey en ocasiones establecidas. Lo conservaban para sacrificarlo en último término, para apaciguar las grandes cóleras de los dioses, cuando no enviaban lluvias o el ganado moría o durante

una cruenta guerra. Y nadie tenía derecho a decirle: «Es hora de hacer la ofrenda». Él era el más próximo al dios, porque consentía en su moira; y recibía personalmente la orden del dios.

Mi abuelo hizo una pausa y le pregunté:

—¿Cómo?

—En distintas formas. Con un oráculo, un augurio o el cumplimiento de alguna profecía; o, si el dios estaba cerca, mediante algún signo que intercambiaban entre ellos, algo que se veía o se oía. Y lo mismo sucede aún, Teseo. Conocemos nuestra hora.

Yo no hablaba ni lloraba, pero apoyé la cabeza contra su rodilla. Advirtió que iba comprendiéndolo.

—Escucha y no lo olvides, que voy a revelarte un misterio. No es el sacrificio, tanto si se produce en la juventud o en la vejez como si el dios lo perdona; no es el derramamiento de sangre el que suscita el poder. Es el consentimiento, Teseo. La buena disposición lo es todo.

Eso limpia el corazón y la cabeza de todas las cosas sin importancia y los abre al dios. Pero un lavado no dura toda una vida: tenemos que renovarlo o el polvo vuelve a cubrirnos. Y lo mismo sucede con esto. Hace veinte años que gobierno en Trecén y cuatro veces he enviado al caballo rey a Poseidón. Cuando le pongo la mano sobre la cabeza para hacerlo asentir, no es sólo para bendecir al pueblo con los augurios. Lo saludo como a mi hermano ante el dios y renuevo la moira.

Mi abuelo calló. Alcé los ojos y vi que miraba fijamente hacia el exterior, por entre los pilares rojos de la ventana, contemplando la línea azul oscura del mar. Nos quedamos sentados durante algún tiempo; él jugaba con mi cabello como rasca un hombre a su perro para apaciguarlo, por temor a que lo moleste y distraiga de sus meditaciones.

Pero no se me ocurrió nada que decirle. La semilla se queda inmóvil cuando acaba de caer en el surco.

Por fin, mi abuelo se irguió, sobresaltado, y me miró.

—Bueno, hijo mío. Los augurios vaticinan que reinaré largo tiempo. Pero a veces exageran; y demasiado pronto es mejor que demasiado tarde. Todo esto es muy penoso para ti. Pero el hombre que hay dentro de ti ha lanzado su reto y ese hombre sabrá mantenerlo.

Mi abuelo se levantó de repente, se desperezó y, a grandes zancadas, se dirigió a la puerta; su grito arrancó ecos en la tortuosa escalera. Enseguida, acudió corriendo Diocles, que estaba abajo, y dijo:

—Aquí estoy, señor.

—Mira a este mocetón —dijo mi abuelo—. La ropa le viene ya pequeña y no hace otra cosa que jugar con los perros de la casa y rascarse. Llévatelo y enséñale a montar a caballo.

Capítulo dos

Al día siguiente empecé mi servicio a Poseidón. Durante tres años estuve en Esfera un mes de cada cuatro, viviendo con Cónidas y su anciana esposa gorda en la casita situada en el linde del bosquecillo.

Mi madre acostumbraba quejarse de que volvía mimado hasta un punto insoportable.

Es verdad que regresaba alborotador y brutal. Pero sólo era el estallido después de la calma. Cuando se sirve en un santuario nunca se puede olvidar, ni siquiera en sueños, que el dios está presente. Es imposible no sentirlo. Hasta en una mañana de sol, mientras los pájaros cantan, se oyen susurros. Salvo en la fiesta, nadie se atreve a alzar la voz demasiado en un recinto de Poseidón.

Es como silbarle al mar. Uno podría desencadenar más de lo que desea.

Recuerdo muchos días iguales: la quietud del mediodía; la sombra del tejado, recta y cortante; apenas el rumor de una cigarra en la hierba caliente, las inquietas copas de los pinos y el lejano rumor del mar como el eco de una caracola. Yo barría el suelo que rodeaba el manantial sagrado y esparcía arena limpia; luego, tomaba las ofrendas depositadas sobre la roca que había al lado y las colocaba en un plato para que comieran los sacerdotes y servidores. Sacaba rodando el gran trípode de bronce y llenaba el cuenco con agua del manantial, recogiénola en un recipiente con forma de cabeza de caballo. Después de lavar las vasijas sagradas, de secarlas con telas limpias y disponerlas para las ofrendas nocturnas, vertía el agua en un cántaro de barro que había debajo de los aleros. Es curativa, sobre todo para las heridas infectadas, y la gente acude desde lejos a buscarla.

Sobre la roca había una efigie de Poseidón, de madera, con la barba azul, un arpón de pescar y una cabeza de caballo. Pero pronto no le presté atención. Como la antigua gente de la ribera, que adoraba a la Madre Mar a cielo abierto, matando a sus víctimas sobre la roca desnuda, yo sabía dónde vivía la deidad. Acostumbraba escuchar en la densa sombra del mediodía, inmóvil como los lagartos sobre los troncos de los pinos; a veces, sólo se oía el arrullo de las tórtolas; pero otros días, cuando el silencio era casi absoluto, se oía a lo lejos, en el manantial, una gran garganta que tragaba o una enorme boca que chasqueaba los labios; o, a veces, sólo un suspiro largo y sofocado.

La primera vez que lo oí, dejé caer la copa en el cuerno y salí corriendo entre las columnas pintadas al ardiente sol, hasta detenerme, jadeante. Luego, salió el viejo Cónidas y me puso la mano sobre el hombro.

—¿Qué sucede, hijo? ¿Has oído el manantial? —Asentí. Me revolvió el pelo y sonrió.

—¿Qué significa esto? —agregó—. ¿Acaso temes a tu abuelo cuando se remueve en sueños? ¿Por qué temes al padre Poseidón, que está aun más cerca? —Pronto aprendí a reconocer los sonidos y escuchaba en vilo, como los niños; hasta que terminaron por parecerme monótonos los días de silencio. Y cuando transcurrió un año, entre preocupaciones que no podía confiarle a nadie, adopté la costumbre de inclinarme sobre la roca hueca y murmurarle al dios; si me contestaba, me sentía consolado.

Ese año, apareció en el santuario otro niño. Yo venía y me iba, pero él llegó para quedarse; se lo habían ofrecido como esclavo al dios, para servir allí durante toda su vida. Su padre, agraviado por un enemigo, lo prometió antes de que naciera a cambio de la vida de aquel hombre. Volvió a su casa, arrastrando el cadáver a la zaga de su carro, el mismo día en que nació Simo. Yo estaba allí cuando lo consagraron, con un bucle del muerto atado a la muñeca.

Al día siguiente, lo llevé al santuario para enseñarle sus obligaciones. Era hasta tal punto más grande que yo, que me pregunté por qué no lo habrían mandado antes. No le gustaba que le enseñara un chiquillo y acogía con desdén todas mis palabras; no provenía de Trecén, sino de la costa, de las cercanías de Epidauró. Cuanto mejor lo conocía, menos me gustaba. A juzgar por sus palabras, sabía hacerlo todo. Era rechoncho y rubicundo, y si atrapaba a un pájaro, lo desplumaba vivo y lo ponía a corretear.

Cuando le dije que debía dejarlos en paz y que, de lo contrario, Apolo lo perseguiría con una flecha, porque los pájaros traen sus augurios, me replicó en tono burlón que yo era demasiado melindroso para ser un guerrero. Me inspiraba odio incluso su olor.

Un día, en el bosquecillo, me dijo:

—¿Quién es tu padre, pelirrojo?

Con aire audaz y sacando el pecho, respondí:

—Poseidón. Por eso estoy aquí.

Se echó a reír e hizo un gesto grosero con los dedos.

—¿Quién te dijo eso? ¿Tu madre? —Me pareció que acababa de romper contra mí una ola negra.

Nadie me había dicho una cosa así abiertamente. Yo era un niño mimado, aún; lo peor que había sufrido era la justicia de los que me amaban. Él dijo:

—¡Hijo de Poseidón, un pigmeo como tú! ¿No sabes que los hijos de los dioses les sacan una cabeza a los demás hombres? —Yo temblaba de pies a cabeza, ya que era demasiado joven para ocultar mis sentimientos. Me creía a salvo de estas cosas en el sagrado recinto.

—Pues seré alto, tan alto como Heracles, cuando sea un hombre. Todos tienen que crecer y yo no tendré nueve años hasta la primavera.

Mi interlocutor me dio un empujón que me hizo caer de espaldas. Como había pasado un año en el santuario, su impiedad me arrancó una exclamación entrecortada. Creyó que era a él a quien temía.

—¡Ocho y medio! —dijo, señalando con su romo dedo—. Aquí me tienes a mí, que no he cumplido los ocho aún y soy lo bastante grande para derribarte. ¡Corre a tu casa, bastardillo! Dile a tu madre que te cuente otro cuento mejor.

Creí que me iba a estallar la cabeza. Lo siguiente que recuerdo es que me vociferó al oído. Lo tenía apesadado entre las piernas, con los puños llenos de pelos suyos, mientras trataba de romperle la cabeza contra el suelo. Cuando levantó un brazo para repelerme, le clavé los dientes y no lo solté. Los sacerdotes me separaron de él abriéndome las mandíbulas con un palo.

Después de limpiarnos y zurrarnos nos llevaron a pedirle perdón al dios, quemando nuestras cenas ante él para expiar nuestra impiedad. En el momento del sacrificio, la garganta del manantial eructó y gorgoteó. Simo dio un salto; desde entonces, la presencia del dios le inspiró más respeto.

Cónidas le curó el brazo, cuando se infectó, con el agua sagrada. Mi herida era interna y se curó lentamente.

Yo era el menor de los niños del palacio y nunca había pensado en cotejar mis fuerzas con las de los demás. Cuando volví de nuevo a casa, comencé a fijarme en quienes me rodeaban y a preguntarle su edad a la gente. Encontré siete niños nacidos en el mismo año y en la misma estación que yo. Sólo uno de ellos era más bajo. Hasta había muchachas más altas. Comencé a mostrarme taciturno y a cavilar.

Los seis niños, a mi modo de ver, eran amenazas para mi honor. Si no podía crecer más que ellos, tenía que revalidarme de otra forma. Por eso los desafiaba a zambullirse entre rocas escarpadas, a buscar nidos de avispas silvestres y a correr, a montar la mula coceadora y a robar huevos de águila. Si se negaban, los obligaba a pelear. Y los vencía, ya que arriesgaba más que los otros, bien que decirlo. Luego, por mí, podíamos ser amigos. Pero sus padres se quejaban de que yo los ponía en peligro; y no pasaban dos días seguidos sin que se provocase alguna pelea.

En cierta ocasión, vi que el viejo Cónidas volvía de Trecén y lo alcancé cerca del vado. Él cabeceó y dijo haber oído cosas lamentables sobre mí; pero lo noté contento de que lo hubiese alcanzado. Eso me dio ánimos y dije:

—Cónidas... ¿qué estatura tienen los hijos de los dioses? Me escrutó a fondo con sus viejos ojos azules y me propinó un golpecito en el hombro.

—¿Quién podría decirlo? —respondió—. Eso significaría imponer leyes a nuestros mayores. Los dioses pueden ser de las dimensiones que se les antojen; Apolo Peán pasó una vez por hijo de un pastor. Y el propio Zeus, padre del poderoso Heracles, galanteó en otra ocasión adoptando la forma de un cisne. Su esposa tuvo cisnecitos acurrucados en huevos, de este tamaño... ¿ves?

—Entonces, ¿cómo saben los hombres si los han engendrado dioses? —pregunté.

Cónidas bajó sus blancas cejas.

—Nadie puede saberlo. Y menos aún afirmarlo. Los dioses castigarían su orgullo. Sólo se puede pretender ese honor, como sí fuera cierto, y servir al dios. A los hombres no se les pide que sepan esas cosas: el cielo envía una señal.

—¿Qué señal? —pregunté.

Pero él denegó con la cabeza.

—Los dioses la dan a conocer cuando les viene bien.

Medité mucho sobre aquel asunto del honor. El hijo de Tálao, al trepar a una rama que soportaba mi peso pero no el suyo, se rompió un brazo y yo me gané una zurra. El dios no enviaba ninguna señal; por lo tanto, no parecía satisfecho.

Detrás de los establos se hallaba el pesebre del toro del palacio. El toro era rojo como una vasija, de cuernos cortos y rectos, y se parecía a Simo. A los niños nos gustaba burlarnos de él por entre la empalizada, aunque el mayordomo del palacio nos daba un pellizco si nos sorprendía haciéndolo. Cierta día, había-

mos estado observando cómo el toro cubría a una vaca y, cuando hubo concluido el espectáculo, se me ocurrió saltar al corral y cruzarlo corriendo.

El toro estaba tranquilo después del placer y me zafé sin dificultad; pero aquello causó revuelo entre los niños y bastó para hacerme volver al día siguiente. La vida que llevaba me había hecho duro, fuerte y ágil; y cuando los demás niños, por emulación, intervinieron en el juego, seguí dominándolos. Elegí mi pandilla entre los más ligeros y activos; jugábamos con el toro dos o tres a un tiempo, despertando la envidia de los demás, mientras alguno vigilaba por si aparecía el mayordomo.

También el toro aprendía. Pronto, antes de que llegáramos a la cerca, se ponía a escarbar. Mi pandilla se acobardó hasta que, al final, el único que aceptaba acompañarme era Dexio, el hijo del caballerizo mayor, que no temía a los cuadrúpedos. A nosotros dos incluso nos gustaba que los demás distrajeran la atención del toro antes de meternos. Cierta día, mientras esperaba su turno, Dexio resbaló estando el animal a la expectativa.

Era un niño menor que yo, se dejaba guiar por mí y simpatizaba conmigo. Comprendí lo que iba a suceder y que todo era culpa mía. Como no se me ocurrió otra cosa, salté sobre la cabeza del toro.

No recuerdo muy bien qué ocurrió, qué sensaciones experimenté ni si temí morir. Por suerte, me agarré a los cuernos, y como el toro era tan novicio como yo en aquellas lides, se desembarazó de mí sin hacerme mucho caso. Volé por los aires, di con el vientre contra lo alto de la cerca y me quedé colgado; luego, noté que los niños me asían y bajaban por la otra parte. Mientras tanto, Dexio trepó la valla y el estrépito hizo acudir al mayordomo.

Mi abuelo me tenía prometida la mayor paliza de mi vida. Pero, cuando me desnudó y me vio negro y morado, como si la hubiese recibido ya, me palpó y encontró dos costillas rotas. Mi madre se echó a llorar y preguntó qué me había pasado. Pero no era a ella a quien yo podía decírselo.

Para cuando se me curaron los huesos, ya era tiempo de volver al santuario. Ahora, Simo había aprendido algo de modales; pero recordaba el mordisco en el brazo. Nunca me llamaba por mi nombre, sino siempre «hijo de Poseidón». Lo decía con demasiada melosidad y ambos sabíamos qué quería dar a entender.

Cuando me tocaba el turno de limpiar el santuario, acostumbraba arrodillarme junto al arroyo y susurrar el nombre del dios, y si me contestaba algún murmullo, decía, en voz baja: «Padre, envíame un signo».

Cierta día, a mitad del verano en que yo tenía diez años, la quietud del mediodía me pareció más sofocante que nunca. La hierba del bosquecillo estaba descolorida a causa de la sequía; la alfombra de pinochas ahogaba todos los ruidos. No cantaba ningún pájaro; hasta las cigarras habían enmudecido; las copas de los pinos se perfilaban inmóviles contra el azul intenso del cielo, macizas como si fueran de bronce. Cuando volví a entrar mi trípode al santuario, el traqueteo de las ruedecillas me pareció atronador y me inquietó, no sé por qué. Anduve con cuidado, evitando que las vasijas tintinearan. Y, mientras tanto, pensaba: «Ya he sentido esto en otra ocasión».

Me alegraba haber terminado y no fui al manantial, sino que salí y me paré junto al santuario, con un hormigueo en la piel. La gorda esposa de Cónidas me saludó mientras sacudía las mantas, y ya me sentía mejor, cuando se acercó Simo y me dijo:

—Y bien, hijo de Poseidón, ¿has estado hablando con tu padre? —Es decir, que me había espiado. Pero ni siquiera esto me afectó, como en otros tiempos. Lo que me enfadó fue que Simo no bajara la voz, aunque en todo momento parecía estar diciendo: «Chitón».

Aquello me irritó como si me estuvieran tirando de los pelos y dije:

—Cállate.

—Simo asestó un puntapié a una piedra, lo cual me crispó los nervios.

—He mirado por la persiana y he visto a la vieja desnuda — dijo—. Tiene una verruga en el vientre. —Su voz, que parecía aserrar el silencio, me resultó insoportable. El ultrajado silencio parecía vacilar a nuestro alrededor.

—¡Vete! —dije—. ¿No sientes que Poseidón está furioso?

Me estuvo mirando un rato; luego, dejó escapar un relincho burlón. Cuando brotó de su boca, el aire que nos envolvía se llenó de un zumbido de alas. Todos los pájaros del bosquecillo habían abandonado los árboles y se cernían en el cielo, chillando sus advertencias. Al oír aquel rumor, sentí un cosquilleo en todo el cuerpo, en los brazos y en la cabeza. No sé el porqué de semejante opresión, pero la risa de Simo era insoportable. Grité:

—¡Márchate! —Y golpeé el suelo con el pie; y la tierra se movió.

Sentí un fragor y un temblor, como si un enorme caballo sacudiera el flanco para ahuyentar las moscas. Se oyó un gran estrépito de madera que se resquebrajaba, y el techo del santuario se inclinó hacia nosotros. Los hombres gritaban, las mujeres chillaban, los perros ladraban y aullaban; la vieja voz cascada

de Cónidas invocaba al dios; y, de pronto, el agua fría me rodeó los pies. Brotaba a chorros del santuario, de las rocas del manantial sagrado.

Yo estaba casi aturdido. En medio del estruendo, notaba la cabeza clara y despejada, como el aire después del trueno. «Era esto —pensé—. Lo presentía.» Luego, recordé las extrañas sensaciones que había experimentado, y cómo había llorado, a los cuatro años de edad.

Por todas partes, en el interior del santuario y en los alrededores, la gente invocaba a Poseidón, el sacudidor de la tierra, y le prometía ofrendas si cesaba de moverse. Luego, cerca de mí, oí una voz que lloraba y gritaba. Simo retrocedía, con el puño contra la frente, en actitud reverencial, y gritando:

—¡Creo! ¡Creo! ¡No permitáis que me mate! —Mientras gimoteaba, chocó contra una laja rocosa, cayó cuan largo era y empezó a bramar; entonces acudieron corriendo los sacerdotes, suponiendo que estaría herido. Siguió balbuceando y señalándome, mientras yo estaba demasiado impresionado para sentirme contento, me tragaba las lágrimas y lamentaba que no estuviese allí mi madre. El agua se trocaba en barro bajo mis pies. Me quedé allí quieto, escuchando los chillidos de los pájaros que describían círculos en lo alto y los sollozos de Simo, hasta que el viejo Cónidas se acercó e hizo el signo reverencial. Luego, me apartó el pelo caído de la frente y me condujo de la mano.

En el terremoto no murió nadie, y ninguna de las casas agrietadas o rajadas se derrumbó. Mi abuelo envió a los obreros de palacio con dos columnas nuevas para el santuario; éstos repararon el conducto del manantial sagrado y el agua volvió a su curso. Él vino personalmente a ver los trabajos y me llamó.

—Tengo entendido que el dios te ha enviado una advertencia —dijo.

Yo había pasado mucho tiempo a solas con mis pensamientos, tanto, que apenas distinguía ya lo que era verdad; pero esto lo daba por cierto. Mi abuelo entendía de esas cosas, porque era tan sacerdote como rey. Mi espíritu quedó en paz.

—Desde ahora sabrás reconocerla —dijo—. Cuando la sientas, sal corriendo y dile al pueblo que Poseidón está furioso. Entonces, la gente podrá salvarse antes de que se derrumben las casas. Esas advertencias son la cólera del dios. Procura ser digno de ellas.

Dije que lo sería. Le habría prometido cualquier cosa al bondadoso caballo rey, que había contestado a mis largas plegarias con una señal.

Al día siguiente, en el bosquecillo, Simo se me acercó con pasos vacilantes y me puso algo tibio en las manos.

—Para ti —dijo.

Y huyó.

Era una paloma torcaz. Supongo que Simo pensaba desplumarla y cambió de idea. El pájaro estuvo temblando entre mis manos mientras yo meditaba que Simo me había ofrecido un sacrificio, como si yo fuera un ser divino.

Miré los brillantes ojos del pájaro, sus patas, que semejaban oscuro coral, la pelusilla de las plumas del lomo, y el mágico y cambiante arco iris que le rodeaba el cuello. Recordé un dicho de mi madre: ofrecemos a los dioses las cosas que ellos mismos han creado; recordé los pájaros y toros que modelaba yo con barro húmedo, y contemplé aquella obra que tenía en la mano. Era Simo, después de todo, quien me había enseñado hasta qué punto está el hombre, aun en el pináculo de su suerte, por debajo de los inmortales.

Me pregunté si debía sacrificar la torcaz a Poseidón. Pero al dios no le gustan mucho los pájaros, y se me ocurrió entonces devolvérsela a Apolo. Por eso, alcé las manos, las abrí y le dejé emprender el vuelo.

Capítulo tres

Después de la señal del dios, ya no dudaba de que crecería hasta alcanzar una buena estatura. Esperé estación tras estación, confiado. Había visto que otros niños se volvían muy altos en un par de años, sin que ningún dios les ayudara.

Dos metros y medio, pensé, le habían bastado a Heracles y debían bastarme a mí; pero me conformaría con dos si así lo exigía el sacudidor.

Cumplí los once años y terminé mi servicio a Poseidón, y solté un jabalí bastante crecido, cuyos colmillos comenzaban a despuntar, en el gran salón, cuando cenaba allí el rey de los tirios. Dado que era más joven de lo que me había parecido, colaboró conmigo a cazarlo, pegando voces, y dijo que nunca había pasado una velada mejor; pero mi abuelo me azotó de todos modos, diciendo que aquél podía haber sido fácilmente el gran rey de Micenas.

Cumplí los doce años y jugué en el bosquecillo con la hija de un terrateniente de trece. Esto se quedó en nada: la niña me rechazó, regañándome y diciendo que la había lastimado. Argumenté que, a juzgar por todo lo que sabía, aquello la honraba; pero ella replicó que estaba segura de que yo obraba mal.

Con todo, iba alcanzando la virilidad. En este sentido, estaba más desarrollado que otros niños mucho mayores. Pero seguía siendo casi el más bajo de mi generación; y cuando Simo trajo un mensaje del santuario, vi que me llevaba toda la cabeza.

Ahora, mi tío Diocles podía peinarse algo la barba y no tardaría en casarse. Se reía de mis apuros cuando tenía dificultades con todos los demás, me enseñaba las habilidades de la guerra y la caza, y trataba de que hiciera buen uso de mis bríos. Pero cierto día, teniendo yo trece años, me encontró desalentado junto al campo de lucha y me dijo: —Mira, Teseo. Nadie puede hacerlo todo. Algunas cosas requieren ser liviano; otras, ser pesado. ¿Por qué no te aceptas a ti mismo tal como eres? Estás progresando muy bien. Eres el mejor saltador que hay aquí, en longitud y en altura; ganas casi siempre las carreras pedestres; como jinete, eres capaz de montar cualquier caballo; superas a Dexio, que es superior a todos los demás. Y tienes una vista muy certera, tanto con el arco como con la jabalina; sé que Maleo lanza la jabalina más lejos, pero ¿da en el blanco tantas veces como tú? Serás un guerrero, si sigues así; no te asustas, tienes agilidad y la fuerza de un adulto. Si eres razonable y logras conocerte, rara vez volverás de los juegos sin dos o tres premios. Eso debe bastarle a cualquiera. Es hora ya de que dejes de afligirte y de derrochar el tiempo en torneos donde sólo cuenta el peso. Nunca serás un luchador, Teseo. Afronta esa verdad, de una vez por todas.

Nunca lo había visto tan serio; y comprendí que sentía verdadero afecto por mí. Por lo tanto, le respondí:

—Sí, Diocles. Supongo que tienes razón.

Ahora, yo era demasiado grande para llorar y pensé: «Hasta ha olvidado por qué quiero ser grande. No es que quiera herirme, como Simo, nada de eso. Sencillamente, es que no se le ocurre. No le entra en la cabeza».

Habían pasado cuatro años desde que recibiera la señal de Poseidón. En la juventud, cuatro años significan mucho tiempo. Y hasta la gente le concedía menos importancia a que yo no tuviera la talla de los hombres engendrados por los dioses.

Cumplí los catorce años; estábamos en la luna de los cereales y en mi país era la época de la cosecha. Mi madre recibió las ofrendas de la diosa y le leyó los juramentos escritos sobre planchas de arcilla. Por la noche, fue al patio central y, al seguirla hasta el sendero del claustro, oí que le hablaba en voz baja de la cosecha a la serpiente de la casa; porque, como decía mi madre, si le ocultábamos algo no tendríamos suerte al año siguiente. Me rezagué entre las sombras, pensando que ella debía de haberle dicho antaño a la serpiente quién era mi padre. Quizá le hablara de mí ahora. Pero espiar los misterios de las mujeres significa la muerte para los hombres. Por temor a oír una sola palabra de lo que estaba diciendo, escapé.

Al día siguiente se celebraba la fiesta del grano. Por la mañana, ella hizo una ofrenda a la Madre en la columna sagrada, posando muy enhiesta y con la gracia del humo que asciende. Nadie habría creído que su vestimenta sacra fuese tan pesada, con los flecos repletos de rombos de marfil y discos de oro que entrechocaban. «¿Por qué no me lo dice? —pensé—. ¿Necesita que le expliquen que sufro?» Y la ira ardió en mí como una barra al rojo vivo, golpeándome el corazón en el sitio más enternecido por el amor.

Más tarde celebramos los juegos. Contemplé las luchas, a aquellos hombrones que se aferraban por la cintura, esforzándose por levantarse el uno al otro del suelo. Ahora, uno tiene que penetrar en las colinas del interior para ver el antiguo estilo heleno; pero, en aquellos tiempos, no había otro en la isla de Pélope y los hombres demostraban la misma habilidad en la lucha que en los concursos de tiro.

En las pruebas para muchachos, gané el premio de saltos, la carrera pedestre y el lanzamiento de jabalina, como vaticinara Diocles. Cuando entregaron los trofeos en la era, recibí una bolsa con puntas de flechas, un par de jabalinas y un cinturón con adornos de color grana. Cuando me retiraba con los premios, oí una voz entre la multitud que decía: —Tiene los ojos azules y es rubio como un heleno; pero el cuerpo es como el de la gente de la ribera: flaco, ágil y pequeño.

Y alguien respondió, en voz baja:

—Bueno... ¡Nunca se sabe!

Salí. La luna de los cereales brillaba, grande y dorada. Dejé mis trofeos en el suelo y fui hasta el mar.

La noche estaba serena. La luz de la luna iluminaba el estrecho y un ave nocturna cantaba, con voz suave y burbujeante, como el agua en una tinaja angosta. De lo alto llegaban cantos y palmoteo de manos que marcaban el ritmo de la danza.

Entré en el agua tal como estaba, con el cinturón y las calzas. Quería alejarme de los hombres y de sus voces. Cuando la corriente me llevó a mar abierta, me dije: «Si soy hijo del dios, él cuidará de mí. Si no lo soy, me ahogaré y no me importa».

Más allá de los bajíos y el promontorio, el estrecho se abría al mar. Luego, en Calauria, oí música y distinguí antorchas que se movían; y como era un niño, quise acercarme a ver. Me volví y empecé a nadar hacia la isla, pero las luces parecían cada vez más pequeñas. Comprendí que podía morir; y deseé vivir. Mientras nadé a favor de la corriente, no tuve que esforzarme; pero cuando la combatí, se mostró cruel y fuerte. Comencé a sentirme cansado y entumecido; las polainas de cuero me estorbaban en las pantorrillas y el cinturón mojado me oprimía y me cortaba el aliento. Una ola me golpeó la cabeza y me sumergí bajo el agua.

No lograba salir a flote: me parecía que me estaba hundiendo hasta el fondo mismo del mar y que me estallaban el pecho y la cabeza. Pensé: «El dios me rechaza. He vivido para una mentira y nada me queda ya. ¡Ay, si pudiera estar muerto sin tener que morir! Morir es penoso, más penoso de lo que yo creía». Me relampagueaban los ojos y veía escenas: mi madre en el baño, un giboso del que se burlaban los niños, el santuario en la quietud del mediodía; los jóvenes ejecutando la danza del caballo para el dios; y el sacrificio, y a mi abuelo haciéndome señas con la mano manchada de sangre. Y luego, igual que a los siete años, oí dentro de mí la marejada que me llevaba a la superficie y parecía decirme: «Estate tranquilo, hijo, y déjame que te lleve. ¿Crees que no soy lo bastante fuerte para eso?».

Mi miedo se disipó. Dejé de luchar y mi rostro hendió las aguas. Me tendí sobre el mar, tan a mis anchas como el niño perdido a quien el padre encuentra en la montaña y devuelve a casa entre sus brazos. Al doblar el promontorio, la corriente se dirige de nuevo a la playa. Pero yo no habría vivido para recordarlo si no hubiese sido por Poseidón, pastor de los barcos.

Al amparo de las colinas, el mar estaba sereno y el aire plácido. Al trepar hacia las antorchas, desaparecieron los restos del frío que me entumecía. Me sentí ligero y afortunado, colmado por el dios. Pronto vi luz entre las hojas de los manzanos y a los bailarines girando; había caramillos, cantos y resonar de pies.

Era una pequeña fiesta de aldea, en una pendiente cubierta de huertos. Las luces estaban en los postes de alrededor, pues la danza de las antorchas había terminado. Los hombres bailaban en ese momento la danza de las codornices, con máscaras emplumadas y alas, girando y cojeando, inclinándose y simulando los reclamos de las codornices; las mujeres, en coro, cantaban la melodía, palmoteando y zapateando. Cuando salí a la luz de las antorchas, dejaron de cantar, y la más alta de las muchachas, la beldad de la aldea a quien los hombres silbaban y piropeaban, exclamó: —¡Ahí está el huero de Poseidón! ¡Mirad su cabello, mojado por el mar! Y se echó a reír. Pero cuando la miré vi que no se burlaba de mí.

Después de la danza, me escapé con ella y yacimos juntos, escondidos entre la hierba alta y húmeda que había bajo los manzanos, ahogando mutuamente nuestras risas cuando uno de sus pretendientes pasó corriendo y gritando. Luego, ella me apartó de sí; pero sólo lo hizo para coger una fruta caída que tenía debajo de la espalda.

Aquella fue mi primera muchacha y poco después tuve mi primera guerra. Los hombres de Hermíone llegaron del norte, cruzando las colinas, y se llevaron treinta cabezas de ganado. Cuando oí que mis tíos daban voces y reclamaban sus caballos y sus armas, me escabullí, luego de aprovisionarme en la armería y en el establo. Salí furtivamente por la poterna y los alcancé en el camino de las colinas. A Diocles, mi actitud lo divirtió. Fue lo último que le hizo gracia en su vida: uno de los invasores lo mató de un lanzazo. Cuando murió, perseguí a caballo al que lo había matado, lo desmonté y lo rematé con mi daga. Mi abuelo se había enojado de que fuera sin su permiso; pero no me censuró después, diciendo que era natural que vengara a Diocles, que siempre había sido bueno conmigo. Furioso, ni siquiera noté que mataba por primera vez a un

hombre; sólo sabía que deseaba verlo muerto, como a un lobo o un oso. Recuperamos todo el ganado antes del anochecer, salvo dos vacas que se despeñaron por un tajo de la montaña.

A los pocos meses, llegó de nuevo la época del tributo al rey Minos.

Los bienes que debíamos entregar estaban reunidos en el puerto: cueros y aceite, lana y cobre, y jabalinas preñadas. La gente se mostraba adusta, pero yo tenía otras preocupaciones. Sabía que en esa época separaban a los niños pequeños de los mayores y los mandaban a las colinas a ocultarse. Hice ofrendas a Poseidón, a Zeus y a la Madre, orando en secreto para que me ahorraran aquella humillación. Pero, poco después, mi abuelo me dijo:

—Teseo, cuando estés en las montañas, serás el primer responsable si hay cuellos rotos o ganado robado. Ya lo sabes.

Mi corazón censuró a los ingratos dioses. —¿Debo ir yo, señor? Sin duda, deshonraré a esta casa si me oculto. Ellos nunca se apoderarían de mí; no pueden tener tan pobre opinión de nosotros.

Mi abuelo me miró con aire impertinente.

—Opinarán que eres un niño como los que necesitan para la danza de los toros; eso y nada más. No hables cuando no sepas.

Yo pensé: «Bueno, eso es bastante categórico».

—¿Quién es el rey Minos para tratar como un conquistador a las casas reales? —pregunté—. ¿Por qué le pagamos tributo? ¿Por qué no le hacemos la guerra? —Mi abuelo se dio unos golpecitos en el cinto.

—Vuelve más tarde, cuando yo tenga menos que hacer —dijo—. Mientras tanto, te diré que le pagamos tributo a Minos porque domina el mar. Si detuviera a los barcos que traen estaño, no podríamos fundir bronce y tendríamos que hacernos las espadas de piedra, como los primeros hombres del mundo. En cuanto a la guerra, Minos tiene suficientes naves para traer aquí a cinco mil hombres en un solo día. Recuerda también que mantiene las rutas del mar libres de piratas, que nos costarían más que él.

—Bien está un tributo —dije—. Pero llevarse a seres humanos es tratar a los helenos como esclavos.

—Mayor razón para evitarlo. En Corinto y Atenas dejaban ver a los jóvenes a quienes podían llevarse, pero en otros países tienen ya más cuidado. ¡Hablas de la guerra con Creta como si fuese una incursión para robar vacas! Estás poniendo a prueba mi paciencia. Pórtate bien en las montañas. Y la próxima vez que yo mande por ti, lávate la cara.

Todo esto era amargo para mi flamante virilidad.

—Tendríamos que ocultar también a algunas muchachas —dije—. ¿Podríamos elegir a las nuestras? Me miró con gesto adusto.

—El que le ladra a su hueso es un perro joven. Tienes licencia para retirarte.

Fue un momento muy amargo para mí ver a los muchachos mayores pasearse por Trecén con aire fanfarrón mientras dos señores de la casa se llevaban a los pequeños y débiles a regañadientes.

Aunque los lisiados y enfermizos se quedaron también en Trecén, todos nos sentimos deshonrados para siempre. Estuvimos cinco días en las montañas, durmiendo en un granero, cazando y trepando, peleando a puñetazos y persiguiendo liebres; éramos una plaga para nuestros guardianes porque intentábamos probarnos a nosotros mismos que servíamos para algo. A uno de nosotros le picó en un ojo un cuervo y un par, como supimos después, engendraron hijos; las muchachas de las colinas eran salvajes, pero dadas al amor. Luego vino alguien en mula a decirnos que los cretenses habían zarpado hacia Tiro, y pudimos volver a nuestros hogares.

Pasó el tiempo y crecí, pero no alcancé a los demás en estatura; y el campo de lucha fue para mí un lugar de sufrimientos, pues había niños a los que yo llevaba un año pero eran capaces de levantarme del suelo. Ya no confiaba en medir dos metros y medio, me conformaba con llegar a los dos metros, y pronto cumpliría dieciséis años.

Cuando había baile, mis preocupaciones siempre se disipaban; y llegué a la música a través de la danza. Me gustaban las noches de invierno en el salón, cuando pasaban de mano en mano la lira, y me ponía contento cuando me tocaba el turno. En una de esas veladas tuvimos a un huésped, un señor de Pilos. Cantaba bien y, para agasajarnos, nos narró la historia de Pélope, el héroe fundador de nuestra estirpe. No era la canción favorita de Trecén, que narraba la carrera disputada por Pélope para conseguir la mano de una hija del rey de la tierra y cómo alanceaba el monarca a todos los pretendientes cuando sus carros doblaban el último mojón, hasta que el ardid de la clavija de cera le permitió ganar. Esta canción, en cambio, hablaba de la juventud de Pélope y de cómo Poseidón, el de los cabellos azules, lo amaba y le anunciaba los terremotos si pegaba la oreja al suelo; le pusieron Pélope por la mancha de tierra que tenía en la mejilla.

Me reservé mis pensamientos. ¡Conque el origen de la advertencia era ése! No una promesa hecha por el dios a mí, sino una habilidad innata, como la dulce voz del hombre que cantaba. Me la había legado la sangre de mi madre.

Al día siguiente, con el corazón aún dolido, fui en busca de mis amigos; pero todos los jóvenes luchaban. Me quedé parado junto al campo de lucha, observando el polvo blanco que subía hacia las hojas de los álamos: era demasiado orgulloso para probar suerte con los adolescentes de mi peso, porque los que eran mis dignos adversarios eran menores que yo.

Los miré forcejear y gruñir, levantándose en vilo y derribándose mutuamente; y pensé en la facilidad con que se puede hacer caer un hombre si algo le golpea de costado en el pie que sostiene su peso. Entonces, pierde el equilibrio y cae; eso me sucedió a mí con una piedra que flanqueaba la carretera. Miré el pie y, luego, los cuerpos, y reflexioné sobre aquello.

En ese preciso instante, Maleo, un mocetón bastante desgarrado, gritó: —¡Ven a pelear conmigo, Teseo! Luego, soltó la carcajada; y no porque me aborreciera, sino porque él era así. Dije:

— ¿Por qué no? —Y al oír mis palabras, se asestó palmadas en las rodillas y bramó de júbilo. Cuando estábamos enzarzados y trató de levantarme, lo obligué a inclinarse un poco. Luego, lo golpeé con el talón y se desplomó como una piedra.

Durante algún tiempo, con la ayuda de la polvareda y de mi agilidad, derribé a los jóvenes de Trecén mediante esta sola treta; hasta que un día, al despertar, me sentí feliz y, sin ningún motivo, me fui al puerto. Había allí un mercader de Egipto que compraba cueros y cuernos. Dos chiquillos morenos, flexibles como víboras, forcejeaban desnudos en el muelle. Luchaban, no peleaban; y aunque sólo a medias estaban adiestrados en aquel arte, me di cuenta de cuánto eran capaces de hacer. Compré higos dulces y miel, subí a bordo y volví con media docena de tretas tan útiles como mi golpe de talón y capaces de derribar al hombre más pesado. En esos tiempos, yo ignoraba que los egipcios eran duchos en la materia. Aquello me pareció un presagio llegado directamente del dios.

Ahora, predomina el estilo ateniense adondequiera se va; por eso, también, uno tiene que buscar adversarios de su peso, si quiere progresar. Pero yo sigo siendo árbitro en los juegos de Poseidón, porque eso le gusta a la gente. A veces, me pregunto quién será el árbitro en mis juegos funerarios. En otros tiempos, pensé que sería mi hijo; pero ya ha muerto.

Pronto, hasta los hombres de Trecén venían a verme luchar y acepté medirme con algunos. Aunque aprendieron varias de mis presas, me reservé ciertos golpes porque una idea lleva a otra. Y la gente empezó a comentar que debía de haber algo entre el dios y yo; porque, ¿cómo podía resistir yo frente a hombres mucho más recios, a menos que el sacudidor de la tierra alargase la mano para atraerlos al suelo? Por eso, cuando frisaba los diecisiete años, me sentía más satisfecho de mí mismo, aunque apenas medía cinco pies y medio. Esto no me había impedido poseer muchachas; y los hijos que engendré eran rubios y helenos. Sólo uno era pequeño y moreno; pero también lo era el hermano de la muchacha.

Llegó el mes de mi nacimiento, en el que cumpliría los diecisiete años. Y el día de mi cumpleaños, en el segundo cuarto de luna, mi madre me dijo a solas:

—Teseo, ven conmigo. Quiero que veas algo.

Los latidos de mi corazón se interrumpieron. Un secreto guardado durante tanto tiempo es como una cuerda de lira tensa casi hasta romperse que tañe con el roce de una simple pluma o de una leve brisa. El silencio me avasallaba, como había ocurrido momentos antes del terremoto.

Mi madre me hizo pasar por la poterna y ascendimos hacia las colinas. Yo iba detrás de ella, en silencio. La senda bordeaba un desfiladero y el torrente de la montaña que fluía por el fondo parecía verde a causa de los helechos de abajo y los árboles de arriba; lo cruzamos por una gran roca lisa, puesta allí por los gigantes en tiempos inmemoriales. Y mientras tanto, yo pensaba que mi madre estaba tranquila y triste, y se me helaba el corazón: su semblante no era el propio de las mujeres favorecidas por los dioses.

Nos alejamos del torrente y entramos en el bosquecillo sagrado de Zeus. Era muy viejo ya en los tiempos en que la gente de la ribera poseía aquellas tierras, antes que nosotros. Y aun ellos sólo sabían que ese bosque existe allí desde tiempos inmemoriales.

Reina allí un silencio tan extraordinario que se oyen caer las bellotas. Estábamos en primavera: las hojas de las grandes ramas nudosas eran tiernas; y alrededor de los troncos, que los brazos de dos hombres apenas lograban abarcar, crecían flores con forma de estrella. Las hojas del año anterior olían a moho bajo nuestros pies y eran blandas y negras o pardas y crujientes. Durante todo el trayecto no habíamos hablado y ahora hasta el chasquido de las ramitas resonaba.

En el corazón del bosque estaba el lugar más sagrado, allí donde había caído el rayo de Zeus. El viejo roble incendiado estaba casi podrido, tanto tiempo hacía de aquello. Pero, aunque las enormes ramas perecían entre las zarzas, se erguía aún un tocón que recordaba un diente, un tocón que tenía una vida secreta: había unos leves brotes verdes en las raíces, en los sitios donde éstas afloraban combadas como

rodillas sobre la tierra. El paraje es tan sagrado que ningún retoño se ha atrevido a crecer allí desde que lo hirió el conglomerador de nubes; por las brechas del techo vegetal se ve el mar.

Mi madre seguía andando con sus sandalias de hebillas de oro, recogiendo la falda para subir la ladera. Manchas de sol color cervato le moteaban su hermosa cabellera bronceada y la fina camisa que vestía bajo la blusa por la que se transparentaban los rosados pezones de sus movedizos senos. Tenía la frente ancha y los ojos grises y muy separados; las delicadas cejas casi se unían sobre su nariz recta y orgullosa; los arcos superciliares eran su rasgo más hermoso, junto con la bóveda tersa y límpida que ascendía desde los párpados. Como todas las sacerdotisas, tenía una boca hecha para los secretos; pero era una boca seria, no taimada como algunas que se ven. Aunque yo nunca notaba ningún parecido entre nosotros, cuando la gente me lo decía, me alegraba oír que tenía sus ojos. (Los míos parecían más azules porque mi piel estaba bronceada y mi mentón era muy mío; mejor dicho, muy de mi padre.) Pero para mí, más que nada, mi madre era la sacerdotisa que nadie osaba discutir. Parecía estar acorazada como una diosa; de modo que, aunque me hubiese dicho que mi padre era Tiestes, el cojo que le preparaba el perfume para el baño, o un porquerizo de las colinas, eso no la habría afectado ni deshonrado a ella, sino solamente a mí.

Me condujo al robledal sagrado, se detuvo y vi una piedra a sus pies.

La reconocí. La había hallado en mi niñez, cuando Dexio y yo fuimos por primera vez de puntillas al robledal y nos desafiamos bajo la mirada de los árboles; las dríadas que viven allí fijan los ojos con mayor intensidad que nadie en las espaldas de los transeúntes. Era una antigua laja gris; colocada como altar, supongo, cuando Zeus lanzó por primera vez su rayo. Yo nunca había encontrado allí a nadie, pero a menudo se veían cenizas frescas, como si alguien hubiese hecho una ofrenda. Ahora, volvían a estar; parecían casi tibias. De pronto, me pregunté si sería mi madre la visitante. Quizá tuviese algún augurio del cual quería hablarme. Me volví hacia ella; sentía la piel de los brazos erizada.

—Teseo —dijo. Hablaba con voz ronca y yo la miré con asombro—. No te enojés conmigo: no es ningún capricho mío. Le hice a tu padre el juramento que los dioses no se atreven a violar; de lo contrario, no estaríamos aquí. Le prometí, junto al río y a las hijas de la noche, no decirte quién eres, salvo que tú solo logres levantar esta piedra.

Mi corazón dio un vuelco: las sacerdotisas de sangre real nunca hacen esos juramentos a petición de hombres de origen humilde. Me fijé bien en ella y noté que había llorado.

Luego, tragó saliva con tanto esfuerzo que lo oí.

—Las pruebas a que debes someterte y que él te dejó están enterradas aquí. Dijo que yo debía ponerme a prueba a los dieciséis años, pero comprendí que era demasiado pronto. Ahora, debo hacerlo. Fluyeron sus lágrimas y se secó el rostro.

Yo dije enseguida:

—Muy bien, madre. Pero siéntate ahí y no me mires.

Se alejó y me despojé de los brazales. Eran todo lo que usaba por encima del cinturón; iba desnudo, hiciese el tiempo que hiciese. Pero ese hábito, pensaba yo, me había hecho mucho bien.

Me agaché junto a la piedra y hundí los dedos buscando el borde inferior. Luego, fui quitando la tierra de alrededor, escarbando como un perro, con la esperanza de que la piedra fuera menos ancha en el otro extremo. Pero allí era más gruesa. Así que me volví, me puse a horcajadas, clavé los dedos debajo y tiré. Ni siquiera pude moverla.

Me detuve, jadeante y vencido, como el caballo domado a medias que descubre que el carro sigue enganchado a su espalda. Estaba derrotado antes de empezar. Era una tarea para un joven como Maleo, grande como un oso; o para Heracles, engendrado por Zeus en una noche triste; una tarea para el hijo de un dios; y entonces lo comprendí todo. «Con los dioses debe suceder como con los hombres; un hijo puede ser legítimo, pero salir en todo a la rama materna. Mis venas sólo contienen una parte de sangre divina por nueve de humana; esto es la piedra de toque del dios y el dios me rechaza.» Recordé todo lo que había soportado y arriesgado; aquello había sido inútil desde el primer momento y mi madre había llorado de vergüenza.

Esto me enfureció. Aferré la piedra y tiré de ella, más como un animal que como un hombre, con las manos sangrantes y los tendones a punto de estallar. Olvidé a mi madre, hasta que oí el ruido de su falda y de sus pies al correr, y su voz que gritaba: —¡Detente!

Me volví hacia ella, con el rostro chorreando sudor. Estaba tan fuera de mí que le grité, como si fuera una campesina: —¡Te he dicho que te alejaras!

—¿Estás loco, Teseo? —dijo ella—. Te matarás.

—¿Por qué no? —repliqué.

—¡Ya sabía yo lo que iba a pasar! —exclamó ella, oprimiéndose la frente con la mano. Yo no hablaba: casi la aborrecía.

Ella dijo:

—Él debió confiar en mí. Sí. Aunque yo fuera joven.

Luego, vio que la miraba, expectante, y se cerró la boca con dos dedos. Me volví para irme y lancé un grito de dolor; se me había desgarrado un músculo de la espalda y aquello me pilló de sorpresa. Mi madre se me acercó y lo palpó con suavidad; pero rehú sus ojos.

—Teseo, hijo mío —dijo. Y su dulzura casi me desmoronó; tuve que apretar los dientes—. Nada me prohíbe decirte esto: no soy yo quien no te aprueba, y creo ser buen juez.

Guardó silencio, mirando por la abertura del follaje hacia el mar azul. Al cabo, dijo:

—La gente de la ribera era ignorante: creía que el inmortal Zeus muere cada año. Por eso no podían adorar como es debido a la Madre, tal cual sabemos hacerlo los helenos. Pero, por lo menos, comprendían que más vale dejarles ciertas cosas a las mujeres.

Hizo una breve pausa; mas advirtió que yo esperaba que se marchara. De modo que ella se fue y yo me dejé caer al suelo.

La tierra negra del roble, saturada de fragancias primaverales, absorbió mis lágrimas entre las hojas caídas desde tiempos inmemoriales. El bosquecillo de Zeus no es un lugar donde se pueda desafiar a los dioses. Yo estaba enfadado con Poseidón, que había destruido mi orgullo como si derribara una columna por capricho. Pero, poco después, vi que no me había hecho mal, sino muchos favores. Habría sido un pecado ultrajarlo; y hasta algo indigno de un caballero, que nunca debe ser superado en crueldad por un enemigo ni en bondad por un amigo. Por eso regresé cojeando a casa y me metí en el baño caliente que mi madre me tenía preparado. Ella me frotó con aceite de hierbas; pero no nos hablamos.

No pude luchar durante quince días y dije a los otros muchachos que me había caído en la montaña. Por lo demás, la vida siguió siendo igual que siempre; salvo que la luz se había apagado. Aquellos a quienes les haya sucedido esto me comprenderán; no muchos, me atrevería a afirmar, porque esos hombres mueren fácilmente.

Para un hombre en tinieblas, sólo hay un dios al que orar.

Yo nunca había sido devoto de Apolo. Pero, desde luego, siempre le recé antes de empuñar una lira o un arco; y cuando salía a cazar, nunca era mezquino con su parte. Apolo me había procurado buenos morrales repetidas veces. Aunque es muy sagaz y conoce todos los misterios, hasta los de las mujeres, es un heleno y un caballero. Si se recuerda esto, es más fácil de lo que parece no agraviarlo. No le gusta que le impongan las lágrimas, como no le gusta al sol la lluvia. Pero comprende el dolor; si se le ofrece en una canción, él se lo lleva.

En el bosquecillo de laurel próximo al palacio, donde Apolo tenía un altar, le hice ofrendas y toqué para él todos los días. De noche, en el salón solía narrar historias de guerra; pero, cuando estaba solo en el bosquecillo y me escuchaba únicamente el dios, cantaba sobre el dolor, sobre las jóvenes vírgenes sacrificadas en la víspera de sus bodas o sobre las damas de las ciudades incendiadas que lloran a sus señores caídos, o entonaba las viejas elegías que nos ha legado la gente de la ribera, o hablaba de los jóvenes héroes que aman a una diosa durante un año y adivinan la inminencia de su muerte.

Pero no se puede estar siempre cantando. A ratos, la melancolía volcaba su negrura sobre mí como una nube invernal cargada de nieve. Y no podía soportar a la gente. En esos días, me iba a las colinas, solo, con mi arco y mi perro.

Cierto día de verano, me había alejado bastante, persiguiendo piezas menores con mis flechas; pero el viento me engañó y apenas conseguí cobrar una liebre. Estaba aún en las cumbres cuando se desvanecían las últimas luces del día y, al mirar abajo, vi las sombras de las montañas que listaban la isla. Al pie de las laderas cubiertas por los árboles y las sombras, se elevaba el humo de Trecén, débil y azul. Debían de estar deshabilitando las lámparas. Pero en las copas de los árboles los pájaros seguían lanzando sus dulces reclamos nocturnos y una intensa luz perfilaba las briznas de hierba.

Salí a la pelada cumbre del cerro donde el sol da antes que en ninguna parte por la mañana y donde tiene Apolo su altar. Por dos lados se ve el mar; y al oeste, las montañas que rodean Micenas. Hay una casa para los sacerdotes, hecha de piedra, porque allí arriba los vientos son violentos; y un pequeño santuario de piedra para los objetos sagrados. El piso es muelle, de brezo y tomillo; y el altar se alza contra el cielo.

Mi estado de ánimo seguía siendo sombrío. Había decidido no ir a comer al salón; sólo podía ofender a alguien y crearme enemigos. En el puerto había una muchacha que me soportaría, porque ése era su oficio. Brotaba del altar una borrosa voluta de humo y me detuve a saludar al dios. Tenía en la mano la liebre que había matado. Y pensé: «No vale la pena partirla. No hay que ser mezquino con Apolo. Que la tenga íntegra; bastantes veces me ha dado él algo por nada».

El altar recortaba su negro contorno contra el claro cielo crepuscular, amarillo como las primulas. Humeaba aún por el sacrificio nocturno, y el olor de la carne quemada impregnada de vino se cernía en el aire. La casa de los sacerdotes estaba en silencio, sin luces y sin humo. Quizás ellos estuviesen acarreado

leña o agua. En todo el mundo no se veía a un solo ser humano; sólo la luz tenue y pura, y los grandes espacios azules que se extendían a lo lejos, por las montañas, los mares y las islas. Hasta el perro se acobardaba de la soledad; tenía la pelambre oscurecida y lo oí gimotear. La brisa nocturna me rozó el arco, que emitió un zumbido, agudo y extraño. Y, de pronto, aquel lugar agobió mi alma, como cuando una hormiga se ahoga en un río. Habría dado cualquier cosa por ver a una vieja recogiendo leña o a cualquier ser viviente. Pero en toda aquella vastedad nada se movía; sólo sonaba el arco, apagado como un mosquito. Me temblaba la nuca y jadeaba al respirar. Entré casi corriendo en el bosque de la ladera, como un ciervo asustado, aplastando a mi paso las ramas, hasta que el follaje me detuvo. Me sentí tenso, con el cabello erizado como la pelambre de un perro, y una clara voz me dijo al oído:

—No vengas tarde esta noche o te perderás al arpista.

Reconocí la voz. Era la de mi madre. También reconocí las palabras, porque las había pronunciado aquella misma tarde, cuando yo salía. Le respondí sin prestarle atención, pensando en mis cuitas, y las olvidé en el acto. Ahora, como un eco, volvía su sonido.

Fui al santuario y deposité la liebre sobre la mesa de las ofrendas para que la hallaran los sacerdotes. Luego, volví a mi casa por el bosque sumido en sombras. El estado de ánimo sombrío que me impulsara a salir se había disipado; estaba ansioso de cenar, de vino y de compañía.

Aunque me di prisa, llegué bastante tarde; mi abuelo frunció el entrecejo al verme y me percaté de que el arpista estaba ya preparado. Me dirigí al pie de la mesa, donde estaba sentado el músico entre los señores de la casa, y éstos me hicieron lugar junto a él.

Era un hombre de edad madura, moreno y enjuto, de ojos hundidos y boca cavilosa. La vida que llevaba le había enseñado a sentirse cómodo en la mesa de los reyes; no se sentía ni muy encumbrado ni muy humilde y resultaba fácil hablar con él. Me dijo que venía de Tracia, donde había servido en un santuario de Apolo. El dios le tenía prohibido comer carne y beber vino fuerte; comió queso y verduras, y aun esto con moderación, porque iba a cantar. Su manto centelleaba de oro y parecía regalo de algún rico rey; pero estaba doblado sobre el banco, a su lado, mientras él comía vestido de limpio lino blanco. Era un hombre sosegado, hablaba de su arte como un artesano y tenía sangre de la gente de la ribera, como tantos bardos.

Mientras comíamos, conversamos sobre la manera de hacer las lirias; de cómo se elegía el carey, se estiraba la piel para que resonara y se implantaban los cuernos. La lira que hice luego salió tan buena que aún la uso. Después, despejaron las mesas; los criados nos limpiaron las manos con toallas mojadas en agua de menta; entró mi madre y se sentó junto a la columna. A juzgar por su modo de saludar al arpista, me pareció que éste le había cantado algo en el piso de arriba.

Los criados se retiraron al fondo del salón a comer y a escuchar; mi abuelo ordenó que trajeran su instrumento al arpista y lo invitó a empezar.

El músico se puso su vestidura de cantar, que era azul y estaba salpicada de pequeños soles dorados, de modo que a la luz de las antorchas parecía rociada de fuego. Luego, él se concentró y yo les pedí a los jóvenes que no le hablaran. Adiviné que era un maestro porque no se había sentado a comer vestido con su ropa profesional. Por cierto que, desde el primer acorde, nada se movió en el salón, fuera de un perro que se espulgaba.

La canción que nos brindó fue la Balada de Micenas, donde se narra cómo Agamenón, el primer gran rey, arrebató sus tierras a la gente de la ribera y se casó con su reina. Pero cuando el monarca se fue a la guerra, ella repuso la antigua religión y eligió a otro rey; y cuando su señor regresó, lo inmoló pese a su resistencia. El hijo de ambos, a quien habían ocultado los helenos, volvió al llegar a la edad viril para restaurar el culto de los dioses del cielo y vengar al muerto. Pero llevaba en su sangre la antigua religión, para la cual lo más santo que hay es una madre. Por eso, cuando hizo justicia, el horror lo enloqueció y las hijas de la noche lo persiguieron por medio mundo. Finalmente, agonizante, se desplomó sobre el umbral de Apolo, el que aniquiló las tinieblas. Y el dios avanzó hacia él y alzó su mano. Ambos aullaron juntos, como sabuesos despojados de sus presas; la tierra volvió a engullirlos y el joven rey quedó en libertad. Es un relato terrible, que no se podría soportar de no ser por cómo acaba.

Cuando el arpista terminó, el tintineo de las copas sobre la madera habría podido oírse desde el pueblo. A poco, mi madre hizo señas de que quería hablar.

—Querido padre, esta noche les será alabada a los que no han estado presentes. Ahora, mientras el bardo bebe para refrescarse la garganta, ¿por qué no le pides que se siente con nosotros y nos cuente sus viajes? He oído decir que conoce el mundo hasta sus últimos confines.

Naturalmente, mi abuelo lo invitó y cambiaron de lugar la silla del músico. También yo me acerqué y me pusieron un escabel junto a las rodillas de mi madre. Después de haberlo dejado beber y de felicitarlo, mi madre le preguntó al arpista cuál había sido el más largo de sus viajes.

—Sin duda, señora, el que hice hace dos años al país de los hiperbóreos. Está al norte y al oeste de las Columnas de Heracles, en ese verde mar sin riberas que engulló a la Atlántida. Pero Apolo es el dios

protector de los hiperbóreos. Ese año, construyeron ellos el segundo recinto de su gran santuario. Yo canté canciones de trabajo mientras levantaban los pilares.

—¿Qué país es el que está detrás del viento norte? —pregunté.

—Un país al que oscurecen los bosques —me respondió—y reverdece la lluvia. Sus habitantes han edificado sobre las peladas cimas de las colinas y los altos páramos, para estar a salvo de las fieras y de sus enemigos. Pero es una tierra ideal para los bardos y para que los sacerdotes de Apolo aprendan los misterios del dios. Me alegré de visitarlo porque yo también soy un sacerdote. Tracia es mi tierra natal, pero el dios me hace ir de un sitio a otro. Fue su oráculo de Delos el que me hizo emprender ese viaje. Fui allí a cantar para él cuando los emisarios vinieron al sur con sus ofrendas por el camino del ámbar. El gran rey de los hiperbóreos mandó decir que tenía entre manos aquella vasta obra y pidió un sacerdote de Delos, por ser éste el centro del culto peán, así como de las Cicladas y del mundo entero. Se lo plantearon al oráculo de la caverna, quien contestó que debían mandar al cantor de Tracia. Por ese motivo fui yo.

El arpista nos habló del viaje, que había sido frío, tormentoso y arriesgado. Un temporal los empujó hacia el norte de la isla; allí, dijo, pasaron entre dos rocas flotantes, blancas como el cristal, que casi se cerraban sobre el barco; y encima de una de ellas había un monstruo negro, con siete cuellos como serpientes y siete cabezas de perro que aullaban.

Lancé un vistazo a mi abuelo, que me guiñó el ojo cuando el bardo no miraba. «Después de todo, ese hombre no habla bajo juramento», decían sus ojos.

Mi madre preguntó:

—¿Y cómo habían construido el santuario de Apolo?

—A la usanza local: con un círculo de pilares sobre el que apoyaron dinteles. El círculo interior estaba allí desde tiempos inmemoriales. Es un símbolo del misterio de Apolo. Mientras yo estuve, los sacerdotes me admitieron en los misterios menores y aprendí cosas que le sirven a un hombre durante toda su vida.

—Ya que esas cosas son secretas, hablemos del edificio —dijo mi madre.

—Una obra de titanes. Grandes bloques de piedra toscamente labrada, cada uno del tamaño de la casa de un pobre. Pero los traían desde muchas leguas de distancia, de una montaña sagrada, haciéndolos rodar por las colinas y flotar por los ríos. Algunos de esos bloques tardaron años en llegar. Pero, cuando hubo que alzarlos, el gran rey mandó a buscar albañiles en Creta. Aunque se hubieran reunido los hombres más fuertes del mundo, sin máquinas no habrían podido moverlos.

Luego, el bardo contó cómo aquel rey y otros seis que usaban el santuario habían hecho trabajar a todo su pueblo: tanta era la gente que se necesitaba, aun colaborando los cretenses con sus poleas y palancas. Y aun toda esa multitud parecía débil y frágil junto a las enormes rocas, como hormigas que arrastran guijarros.

—Entonces comprendí por qué Apolo había enviado un bardo. Los cretenses no lo saben todo, aunque así lo crean. Saben elevar piedras, pero no los corazones de los hombres. La gente tenía miedo. Yo comprendí la razón de mi presencia e invoqué al dios; y éste me dio el poder de sentir el trabajo y de convertirlo en música. Canté las alabanzas del dios y marqué el compás. Al poco tiempo, los siete reyes, con sus hijos y señores, se adelantaron y colaboraron en el acarreo en honor de Apolo, mezclados con el pueblo. Entonces fueron elevando las rocas y colocándolas en los huecos dispuestos por los cretenses. Y quedaron firmes.

Cuando hubo descansado el bardo, le pedí que nos recitara un par de versos de sus canciones de trabajo. Sonrió y dijo que eso sería como una danza sin bailarines; pero cuando las cantó, vi que los viejos señores, cuyas manos nunca habían conocido la experiencia de una tarea en común, se mecían en sus asientos como si remaran en una galera. El arpista era famoso por esas canciones; en toda la extensión de aquellas tierras, los reyes que planeaban alguna gran obra de piedra mandaban por él para que marcara el ritmo a los que elevaban las rocas y diera suerte a las murallas. Desde que murió, no hay quien lo pueda imitar; la gente sencilla dice, y lo cree, que las piedras se elevaban solas gracias a él.

Ahora, ya era el momento de darle sus presentes. Mi abuelo le regaló un hermoso broche; pero mi madre aportó un grueso ceñidor trabajado en oro, digno de un rey. Como el arpista me había enseñado tanto, me creí obligado a entregarle también algo fuera de lo normal y me desprendí de mi anillo negro, uno de mis más preciados bienes. Era de un metal precioso, hecho en un país lejano, muy pesado y tan duro que habría servido para afilar una espada de bronce. Me alegró verlo complacido por aquel objeto raro; el oro le sobraba.

Mi madre y, luego, mi abuelo, reunieron a su gente y se fueron a acostar. Los esclavos desarmaron los caballetes y trajeron las camas para los solteros. Vi que el bardo se acomodaba y le pregunté si le gustaba alguna de las mujeres del palacio, pero él dijo que quería dormir. Entonces, salí al patio. La noche era clara. El alero dentado y el centinela, con la lanza y el cuerno, destacaban su negra silueta contra la luz de las estrellas. Detrás de mí, en el salón, los señores de la casa se acostaban con sus muchachas capturadas o compradas; y los jóvenes faltos de compañía la buscaban por los procedimientos habituales. Pasó una

jovencita que me era conocida: pertenecía a mi madre y se había pasado la velada sentada junto a la silla de su ama. Corrí y la atrapé de la cintura. Sólo se defendió con las palmas de las manos; no éramos del todo extraños el uno para el otro. Forcejeamos y reímos en voz baja, y ella dijo que bueno, que sucedería lo que tenía que suceder, pero que yo sería su perdición; y entramos en el salón cuando apagaban la última antorcha.

Más tarde, le pregunté, en voz muy baja para que nadie pudiera oírme, qué le había dicho mi madre al bardo al recompensarlo. Pero estaba soñolienta y me respondió que no lo recordaba.

Capítulo cuatro

A oscuras, poco antes del amanecer, la muchacha me despertó al irse. Yo había soñado; y, al despertar, recordé mi sueño. Había visto el santuario hiperbóreo, grandes grúas y máquinas recortadas contra un cielo gris, enormes rocas que subían y reyes haciendo peso sobre las palancas. Y se me ocurrió una idea, una idea enviada directamente por el dios.

Me puse en pie y salí al patio del leñador del palacio. Apenas se vislumbraba el amanecer; ni siquiera se habían levantado aún los esclavos y sólo en los campos iban despertándose los hombres. La oscuridad era aún tal que me resultaba difícil encontrar lo que necesitaba; pero tenía que llevarlo conmigo, porque nadie puede tocar con una herramienta los robles de Zeus. Di con un leño corto y grueso, y con otros dos más largos, cuyos extremos recorté en forma de cuña. Los até y, echándomelos torpemente al hombro — porque no estaba habituado a llevar cargas—, fui al robledal. El cielo estaba rojizo cuando trepé por el desfiladero; al llegar al bosquecillo, vi la laja del altar esmaltada de fulgores, como la vestimenta del arpista. Dejé caer en el suelo mi carga y recé a Apolo.

—¡Apolo Peán —le dije—, Apolo previsor! Si ofendo a algún dios haciendo esto, envíame un presagio.

Miré hacia lo alto. El azul había aparecido en el cielo; y vi cómo, en las alturas, un águila describía círculos. Basculó las alas y se lanzó impetuosamente hacia la izquierda, donde la ocultó el ramaje. «Bien —pensé—. Ningún dios podría decirlo mejor.» Y luego: «Debí haber venido antes a verlo». Porque había sentido de más y razonado de menos, oyendo lo que estaba dispuesto a oír, no lo que se había dicho. No se trataba de levantar la roca con las manos desnudas, sino de hacerlo yo solo. Clavé bien la palanca y tensé la espalda; el extremo de la roca se levantó y, de un puntapié, metí debajo el punto de apoyo. Luego, recordé que debía sacar algo de allí dentro; al soltar la palanca, la piedra volvería a caer. Me senté a pensar sobre la raíz de roble; y, al verla sobresalir del suelo, adiviné lo que tenía que hacer. Por suerte, había traído una palanca más larga. Me serviría para hacer de cuña debajo de la raíz.

Hacer tanta presión habría sido fácil para un hombre más corpulento, pero era muy trabajoso para mí. Con todo, esta vez me proponía lograrlo aunque me costara la vida, porque sabía que era posible. Dos veces estuve a punto de conseguirlo y otras tantas el peso volvió a levantar la palanca; pero, cuando me colgué del leño por tercera vez, oí el rumor marino de Poseidón. Entonces, adiviné que ahora iba a lograrlo. Y lo conseguí.

Me aparté para tomar aliento. La piedra se había ladeado sobre el extremo grueso; el fino estaba apuntalado por la palanca y en la base se abría en enorme hueco, como una boca tenebrosa. Y por un momento no quise saber nada más de aquello. Me sentía como un salteador de tumbas cuando lo detiene el temor a la ira de los muertos. Quizá confiara en que lo que hubiese allí saliera a mi encuentro: un potro alado o un manantial de agua salada. Pero nada salió. Entonces, me tendí y metí la mano, tanteando.

Toqué la tierra y las piedras, y un gusano viscoso que se sobresaltó. Luego, di con un paño enmohecido que envolvía algo duro. Retiré la mano; me parecía tocar un hueso. Nada de aquello concordaba con lo esperado. La viscosidad del gusano me había causado náuseas. Me serené y volví a palpar. Aquello era demasiado recto para ser un hueso. A la luz del sol vi un gran fardo, unas hebras de oro que brillaban entre el moho. Los gusanos habían anidado allí y salió, retorciéndose, un ciempiés amarillo. Pensé: «Un augurio de muerte. Claro que siempre lo supe. ¿Debo saber más?» El fardo me repugnaba; habría preferido deshacer lo hecho y dejar dormir en la tierra el destino oculto. Luego, me sacudí como un perro, cogí el paño y lo removí. El oro saltó y brilló a la luz. Presentí que no debía dejar caer aquello porque sería un mal augurio. Soy un hombre que obra con rapidez después de haber decidido, y lo atrapé. Entonces comprendí por qué no debía dejar caer aquel objeto. Era una espada.

El paño había conservado limpia de tierra la empuñadura, más trabajada que la de mi abuelo. Consistía en un ingenioso nudo de serpientes enroscadas; las voluminosas cabezas formaban el puño y las colas se superponían sobre la hoja, que, aunque con verdín, seguía íntegra y era la obra de un maestro forjador. Pensé: «Una gran espada helena. Era un caballero, por lo menos».

Se habían disipado, pues, mis más serios temores. Pero también se esfumaban mis mejores esperanzas. Hasta entonces, en algún oscuro rincón de mi corazón, albergaba la esperanza de que Poseidón se ablandaría y me reconocería. Y pensé: «Ese viejo del palacio lo supo desde que yo estaba en el vientre de

mi madre. Si me hubiese dejado en paz, en vez de atiborrarme de cuentos de niños, el día de hoy habría sido perfecto para mí. Es él quien ha puesto este sabor de cenizas en mi boca».

Volví a mirar el paño. Contenía algo más. Encontré un par de sandalias, estropeadas por el moho y engastadas con amatistas; las hebillas eran unas pequeñas serpientes de oro labrado. Me quité una de las mías y comparé las suelas. No se llevaban mucho. «¡Ajá! — pensé—. ¡Todo Trecén para dar con un higo enmohecido! Lo he encontrado tal como lo escondió él.» Y me reí. Pero de mal humor.

Saqué mi palanca y dejé caer la piedra. Antes de irme, me acordé de Apolo y le prometí un gamo si me concedía lo pedido en mi plegaria. Es un caballero y no se puede ser un patán con él, se esté enfadado o no.

En el palacio, la gente aún se dedicaba a las tareas de las primeras horas de la mañana. Yo tenía hambre y me comí una hogaza entera con medio panal de miel. Luego, con la espada en el cinto, fui a la habitación de mi madre y rasqué en la puerta.

Acababa de vestirse y su doncella la estaba peinando. Me miró la cara y el cinto y despidió a la doncella. Junto a su silla, había una mesita con los peines y el espejo. Sonrió y dijo:

—Bueno, Teseo. ¿Te envió el dios un sueño? —La miré con asombro. Pero no se le pregunta a una sacerdotisa cómo sabe las cosas.

—Sí, madre —dije—. Tengo las sandalias, también. ¿Quién era él? —Enarcó las cejas, que parecían el plumaje de un cernícalo, finas y claras, pero plumosas en los extremos interiores.

—¿Era, dices? ¿Por qué supones que ha muerto? —Esto me concedió una pausa; me esperaba algo así aunque no lo hubiese pensado. Mi ira se retorció, como un animal atrapado y enjaulado.

—Bueno —dije—. Tengo su regalo. El primero en diecisiete años; pero me ha costado conseguirlo.

—Había una razón —replicó ella. Y cogió el peine y se alisó el cabello hacia delante—. Él me dijo: «Si no tiene fuerza, necesitará inteligencia. Si no tiene ni lo uno ni lo otro, todavía podrá ser un buen hijo para ti en Trecén. Así pues, consérvalo contigo. ¿Por qué has de enviarlo a morir a Atenas?».

—¿A Atenas? —dije, mirándola fijamente. Atenas apenas era un nombre para mí.

Ella repuso, con cierta impaciencia, como si yo debiera saberlo: —Su abuelo tuvo demasiados hijos y él ninguno. Nunca conservó su trono durante un año con tranquilidad, ni su padre antes que él.

Me miró y, luego, se concentró en el cabello que se estaba peinando.

—Vamos, Teseo. ¿Crees que los jefes o los señores llevan espadas como ésa? Hablaba con voz áspera, como las jovencitas, como si fuera tímida y procurara ocultarlo. Entonces, pensé: «¿Por qué no? Tiene treinta y tres años y han pasado casi dieciocho desde la última vez que estuvo con un hombre». Y me sentí más irritado por ella de lo que me irritara por mí mismo antes.

—¿Cómo se llama? —dije—. Debo de haber oído su nombre, pero no lo recuerdo.

—Egeo —dijo mi madre, como si hablara para sí—. Egeo, hijo de Pandión, hijo de Cécrope. Son de la simiente de Hefesto, señor del fuego de la tierra, el que desposó a la Madre.

—¿Desde cuándo es mejor la simiente de Hefesto que la de

Zeus? —pregunté. Pensaba en todo el trabajo que me había tomado por complacer a aquel hombre, creyéndolo un dios—. Debió bastarle y aun sobrarle el hecho de que yo fuese tu hijo. ¿Por qué te dejó aquí?

—Había una razón —dijo ella otra vez—. Tenemos que encontrar un barco para mandarte a Atenas.

—¿A Atenas? —repetí—. ¡Oh, no, madre! Eso está demasiado lejos. Han pasado dieciocho años de su pasatiempo nocturno y él nunca se ha interesado por el fruto de aquella noche.

—¡Basta! —exclamó mi madre, princesa y sacerdotisa de pies a cabeza. Pero perduraba la tímida aspereza. Me avergoncé de mí mismo. Acercándome a su silla, le besé la cabeza.

—Perdóname, madre —dije—. No te enojas, sé cómo son esas cosas. Yo mismo he poseído a un par de muchachas que ni siquiera deseaban ser mías. Y si alguien ha pensado de ellas lo peor, no he sido yo. Pero si el rey Egeo quiere un lancero más para su casa, que se lo busque en su país. Aunque no se quedó contigo, hizo lo mejor que podía hacer en esas circunstancias; te dio un hijo que te defenderá.

Mi madre aspiró hondo; luego, dejó escapar el aliento casi riendo.

—¡Pobre niño...! Si no sabes nada, la culpa es tuya. Habla con tu abuelo. Más vale que lo sepas de sus labios que de los míos.

Tomé un bucle de su cabello recién peinado y me lo enrosqué alrededor de un dedo. Quise decirle que le habría perdonado que tomara a un hombre para su placer, pero no que aquel hombre la tomara para el suyo, marchándose luego. Mas sólo dije:

—Sí, iré a verlo. Es bastante tarde.

Pero me quedé para cambiarme de ropa. Estaba lo bastante enfadado para tomarme muy en serio mi porte. Mi mejor vestimenta era de color ante rojo oscuro, con el justillo adornado con botones de oro y las calzas con borlas de piel de cabrito, haciendo juego con las botas. Me estaba ciñendo la espada cuando recordé que nadie se presenta armado ante el rey.

Al coronar la angosta escalera, su voz me ordenó que entrara. Mi abuelo había estado resfriado y aún no salía de su cuarto. Se cubría los hombros con una manta, y, sobre un pedestal, junto a su silla, había un cuenco que aún conservaba restos de comida. Su rostro cetrino empezaba a tener huellas de la edad. Pero yo no quería renunciar a mi ira y permanecí de pie ante él, en silencio. Mis ojos se encontraron con los suyos, viejos y apagados; comprendí que estaba al tanto. Luego, me saludó con un vivaz movimiento de cabeza y me señaló el escabel.

—Puedes sentarte, hijo mío.

Movido por la costumbre, arrimé el escabel y me senté. Mi abuelo había ejercido durante bastante tiempo el oficio de rey y sus dedos tenían imperio, como los de los arpistas tienen música. Sólo cuando volví a encontrarme en mi banco de la niñez, con los pies en los viejos y gastados zapatos de piel de oso y los brazos alrededor de las rodillas, comprendí a qué papel de tonto me había reducido mi abuelo. Cerca de mi cara estaba el cuenco de la comida, que olía a cebada y a miel, a huevos y a vino: un olor a vejez y a infancia. Sentí que mi enfado de hombre se volvía infantil. Sus ojos acuosos parpadeaban, acusando la malicia que sienten los viejos ante los jóvenes cuando sus propias fuerzas han desaparecido.

—Bueno, Teseo. ¿Te dijo tu madre quién eres? —Acurrucado a sus pies como un cautivo engrillado, con el corazón henchido de amargura, respondí:

—Sí.

—¿Y tienes cosas que preguntarme? —No contesté—. ¿O que preguntarle a tu padre, si lo prefieres? —Yo no me atrevía a hablar: mi abuelo era el rey—. Ahora te reconocerá como heredero si le muestras la espada.

Sorprendido, exclamé: —¿Por qué habría de hacerlo, señor? Supongo que tendrá hijos en su casa.

—Ninguno nacido en matrimonio. En cuanto a los demás, recuerda que, aunque es un Eréctida, lo cual es bastante valioso, nosotros somos de la casa de Pélope y nos ha engendrado el olímpico Zeus.

Tuve en la punta de la lengua la pregunta: «¿Como me engendró Poseidón, señor?» Pero no se la hice; no, a decir verdad, porque fuese mi abuelo, sino porque no me atreví.

Me miró a la cara; luego, se envolvió en la manta y dijo, con tono impertinente:

—¿Nunca cierras la puerta al entrar? Esta habitación parece un granero.

Me levanté y la cerré.

—Antes de hablar sin guardarle respeto de tu padre, permíteme que te diga que, de no ser por él, habrías sido hijo de un pescador o de un campesino; o bien de un esclavo.

Me alegré de estar de pie. Enseguida dije:

—Sólo me puede decir eso, sin pagarlo caro, el padre de mi madre.

—Tu boca les está robando a tus oídos —dijo él—. Calma, muchacho, y escucha lo que voy a decirte.

Me miró y esperó. Me mantuve firme durante un momento; luego, recuperaré el asiento a sus pies.

—El año que precedió a tu nacimiento, Teseo, cuando tu madre contaba quince años, tuvimos un verano sin lluvia. El grano aún no había engordado en la espiga y las uvas parecían bayas de seto; el polvo formaba una capa tan densa que enterraba los pies y nada prosperaba, salvo las moscas. Y, con la sequía, llegó una enfermedad que respetaba a los viejos, pero se llevaba a los niños, a las doncellas y a los jóvenes. Al principio, se les enfermaba una mano o cojeaban; luego, se desplomaban y las fuerzas desaparecían hasta de sus costillas, de manera que no podían aspirar el hálito de la vida. Los que sobrevivieron siguen lisiados, como Tiestes el destilador, con su pierna corta. Pero en su mayoría morían.

»Quise saber a qué divinidad habíamos agraviado y apelamos antes que nada a Apolo, señor del arco. Respondió, por medio de las entrañas de la víctima, que él no había disparado contra nosotros; pero no dijo más. También Zeus guardaba silencio y Poseidón no enviaba augurios. Era, poco más o menos, la época del año en que la gente busca la víctima propiciatoria. Eligieron a un bizco que, según afirmaban, causaba mal de ojo y lo golpearon con tanta furia que, cuando se dispusieron a quemarlo, ya no le quedaba vida. Pero no llovía y se morían los niños.

»Perdí a tres hijos aquí, en el palacio: los dos varones de mi esposa y uno que, debo confesarlo, me era más caro aún. En su agonía, era como si ya estuviese muerto; sólo vivían sus ojos, que me pedían ayuda para respirar. Cuando lo dejamos en la tumba, me dije: "Sin duda, se acerca el momento de mi moira. Pronto el dios me enviará una señal". Puse en orden mis asuntos y, durante la cena, miré a mis hijos, sentados alrededor de la mesa, sopesándolos, para escoger a mi heredero. Pero no recibí ningún aviso.

»Al día siguiente, llegó tu padre a Trecén, procedente de Delfos, a fin de embarcar hacia Atenas. Haría dos travesías por mar, para eludir el camino del istmo. Mi estado de ánimo no se prestaba a la compañía; pero el huésped es sagrado y, por lo tanto, hice todo lo que pude. Pronto me alegré de hacerlo. Tu padre era más joven que yo, pero la adversidad lo había madurado; conocía a los hombres. Después de la cena, comenzamos a compartir nuestras cuitas; él nunca supo lo que yo acababa de perder. Su primera esposa había sido estéril; la segunda falleció de sobreparto tras nacerle una hija muerta. Tu padre fue a consultar el oráculo; pero la respuesta resultó sombría y enigmática y ni la sacerdotisa logró interpretarla. Ahora, volvía a un reino turbulento, sin un heredero que le sirviese de apoyo.

»Por eso, ambos éramos hombres sufrientes y nos comprendíamos. Despedí al arpista e hice traer una silla para tu padre; junto a este hogar donde estamos tú y yo, hablamos tranquilamente de nuestros pesares.

»Cuando nos quedamos a solas, me contó cómo sus hermanos, ávidos de apoderarse del reino, habían descendido a provocarle un escándalo a su propia madre, una dama muy respetable, proclamándolo bastardo. Ahí, me pareció, había una desventura tan grande como la mía. Luego, mientras hablábamos, hubo un gran alboroto en el salón de abajo, gemidos y gritos. Salí a ver.

»Era la sacerdotisa de la diosa, la hermana de mi padre. Estaba rodeada de mujeres que gritaban, golpeándose los pechos y arañándose las mejillas con las uñas hasta sangrar. Me detuve en la escalinata y pregunté qué sucedía. Me contestó:

—Le has dado al pueblo dolor tras dolor, rey Piteo, ofrendándoles regalos a los dioses del cielo que ya estaban saciados y haciéndole pasar hambre al altar más próximo a tu hogar. Es la segunda noche que llevo harina y leche a la piedra umbilical y por segunda vez las ha rechazado la serpiente de la casa. ¿Esperarás a que todos los vientres de Trecén hayan perdido el fruto de sus afanes? Haz sacrificios, haz sacrificios. Es la Madre quien está colérica.

»Ordené inmediatamente que prepararan un holocausto de cerdos, reprochándome haber dejado todo aquello en manos de las mujeres. Debí adivinar en el silencio de Apolo que nuestras desventuras no provenían del cielo. A la mañana siguiente matamos a los cerdos alrededor de la piedra umbilical. Sus chillidos arrancaron ecos en toda la casa y el olor de sus entrañas impregnó el aire durante todo el día. Cuando la sangre hubo calado en la tierra, vimos llegar nubes del oeste. Se cernían, grises, en lo alto, pero la lluvia que contenían no cayó.

»Vino la sacerdotisa y me condujo al patio umbilical y me mostró la sinuosa huella dejada por la serpiente de la casa, que era donde ella leía los augurios.

»—La serpiente me ha revelado ahora lo que enfureció a la Madre —dijo—. Han pasado veinte años, ni uno menos, desde que una muchacha de esta casa colgó su ceñidor para la diosa. Etra, tu hija, es mujer desde hace dos años, pero ¿ha consagrado su virginidad? Mándala a la Casa del Mirto y que no rechace al primero que venga, aunque sea un marinero o un esclavo, ni aunque tenga empapadas las manos en la sangre de su propio padre. De lo contrario, la Madre Día no se ablandará hasta que esto se convierta en un país sin niños.

Mi abuelo me miró con cierto desdén.

—Bueno, jovencito terco, ¿empiezas a comprender? Asentí, demasiado rebotante de revelaciones para hablar.

—Me marché, agradecido, como lo habría estado cualquier otro en mi situación, de que la cosa no fuese peor. Pero lo sentía por mi hija. Y no porque ella pudiera quedar deshonrada ante el pueblo; los campesinos han mezclado su sangre con la de la gente de la ribera y han asimilado esas costumbres con la leche materna. Bueno, yo no había prohibido aquella costumbre, pero tampoco la impuse yo; y, ciertamente, a tu madre no la criaron para esperar semejante cosa. Me irritó ver que la sacerdotisa se alegraba. Había enviudado joven, sin que la volviera a pretender ningún hombre, y no simpatizaba con las muchachas bonitas. Mi hija era tímida y altiva; yo temía que se enamorase de algún individuo bajo que, por brutalidad o por rencor contra quienes eran más que él, la tomara con la rudeza con que se posee a una ramera. Pero, más que nada, me disgustaba la sangre humilde que aquello le podía traer a mi linaje. Si nacía un vástago, no se le podría dejar vivir. Pero nada de eso pensaba decirle a mi hija; bastante tenía ella ya por aquel día.

»La busqué en los aposentos de las mujeres. Me escuchó en silencio y no se quejó; era poca cosa, dijo, y bien valía la pena hacerlo por los niños; pero cuando le tomé las manos las sentí frías. Volví al lado de mi huésped, abandonado desde hacia largo rato, y él me dijo:

»—Amigo mío, ¿alguna nueva pesadumbre?

»—Menor que la última —dije.

»Se la conté. No le di demasiada importancia, por no parecer débil; pero, como he dicho ya, tu padre comprendía a los hombres. Y dijo:

—He visto a la virgen. Es digna de engendrar reyes. Y recatada.

Esto es muy penoso para ti y para ella.

»Esa mesa que ves ahí nos separaba. De pronto, él le descargó un puñetazo. "Sin duda, Piteo, algún dios pensaba en mí bien cuando me condujo aquí. Dime... ¿a qué hora del día van al bosquecillo las muchachas?" Y yo le contesté: "A la de la puesta del sol, o poco antes". "¿Por costumbre, solamente? ¿O hay alguna ley sagrada?" "Ninguna, que yo sepa", respondí, comenzando a comprender su intención. "Entonces, dile a la sacerdotisa que la virgen vaya allí mañana. Y si está antes del amanecer, ¿quién lo sabrá, aparte de tú y yo? Así, saldremos ganando los tres: yo, un heredero, si el cielo se apiada de mí; tú, un nieto de sangre decorosa por ambas ramas; y tu hija... Bueno, dos esposas llegaron hasta mí vírgenes, y entiendo algo de mujeres. ¿Qué me dices, amigo mío?"

»—Alabados sean los dioses —respondí—. Hoy se han acordado de mi casa.

»—Entonces, sólo resta decírselo a la virgen —dijo él—. Y tratándose de un hombre a quien ya conoce y de quien no teme ningún mal, sentirá menos temor.

»Asentí, pero un pensamiento me acosaba aún.

»—No —dije—. Ella forma parte de mi casa; debe ir al sacrificio consintiendo; de lo contrario, éste perdería su virtud. Que esto quede entre tú y yo.

»Cuando pasó el primer cuarto de la noche, fui a despertar a tu madre. Pero estaba desvelada en su lecho, con la lámpara al lado.

»—Hija mía —le dije—. He tenido un sueño, enviado sin duda por algún dios, en el cual vi que ibas al bosquecillo antes del amanecer, para cumplir tus obligaciones con la diosa a las primeras luces del día. Conque levántate y prepárate.

»Ella me miró a la luz de la lámpara, con los ojos aún dilatados, y respondió: —Entonces, padre, lo haré cuanto antes. —Y agregé—: Es un buen augurio para los niños.

»Poco después, tu madre vino envuelta en una capa de piel de zorro, porque la noche era fría. Su vieja nodriza, a quien yo no le había dicho nada, nos acompañó hasta la playa, llevándola de la mano y narrándole cuentos de viejas sobre muchachas a quienes visitaran los dioses. Hicimos subir a tu madre a la barca y yo mismo remé.

»Atraqué donde el prado se extiende hasta la playa. En el cielo se arremolinaban grandes nubes; resplandecía la luna, parpadeando sobre las relucientes hojas de los mirtos y sobre la casa de madera de cedro que estaba sobre las rocas próximas al agua. Cuando llegábamos, la luna se ocultó. Tu madre me dijo: "Se acerca una tormenta. Pero no importa: tengo mi lámpara y la yesca". Se la había traído, ocultas en la capa. "Eso, no —dije quitándoselas—. Recuerdo que mi sueño lo prohibía." Aquello me llegaba al corazón, pero temí que algún ladrón nocturno viera la luz. La besé y dije: "La gente de nuestro linaje ha nacido para cosas como éstas: es tu moira. Pero si les somos fieles, los dioses no nos abandonarán". De modo que la dejé y ella no lloró ni trató de retenerme. Y cuando se alejaba de mí, entrando por su voluntad en la casa a oscuras, Zeus tronó en el cielo y empezó a llover.

»La tormenta sobrevino de repente. Yo no había manejado un remo desde la infancia y me costó llegar al embarcadero. Cuando lo alcancé, empapado, busqué con la mirada a tu padre, para darle la barca. Entonces, oí, en el cobertizo de los botes, la cascada risa de una vieja y vi, a la luz de un relámpago, a la nodriza que se había refugiado allí para protegerse de la lluvia. "No busques al novio, rey Piteo; tenía prisa. La sangre joven, je, je... Aquí guardó sus ropas, secas; no las necesitará para la tarea de esta noche." "¿Qué quieres decir, vieja estúpida? —le pregunté yo. La travesía no me había mejorado el humor—. ¿Dónde está él?" "Pues ya debe de estar allí. La buena diosa le dio ánimos y se fue con gusto. Dijo que el agua de mar era más tibia que la lluvia, y que la virgen, sola en semejante noche, necesitaría compañía. Es un hombre hermoso, por cierto; desnudo, parece un dios. ¿Acaso no lo atendí yo en el baño, cuando vino aquí por primera vez? ¡Ay, la gente no miente cuando te llama Piteo el Sabio!"» Bueno, Teseo. Así fue tu padre al encuentro de tu madre. Según me contó ella más tarde, tu madre no pasó de la entrada de la Casa del Mirto, por temor a la oscuridad que reinaba dentro. Cuando la luz del amanecer iluminó el cielo, vio Trecén sobre las aguas y la barca, lejos ya; cuando la imagen se esfumó, sus ojos se empañaron y no vio nada. Poco después, retumbó cerca de allí el trueno y hubo un relámpago; y delante de ella, sobre la laja de piedra que había en el pórtico, deslumbrante a la clara luz azul, vio a un hombre desnudo, de prestancia regia, con cabello y barba goteantes y una ristra de algas sobre los hombros. Dado el temor que le inspiraba aquel paraje, la fatiga y las cosas que le había contado la vieja por el camino, tu madre no dudó que el propio señor Poseidón había venido a reclamarla. Otro relámpago se la mostró a tu padre hincada de rodillas, con los brazos cruzados sobre el pecho, esperando el placer del dios. Entonces, él la levantó en vilo y la besó y le dijo quién era. Poco después, en la casa, ella lo cubrió con su capa de piel de zorro. Y ése fue tu origen.

Mi abuelo calló. Al cabo, yo dije:

—Mi madre conserva aún la capa. Está gastada y se le cae el pelo. En cierta ocasión, pregunté por qué la guardaba—. Luego, añadí:

—¿Por qué se me ha ocultado todo esto?

—Comprometí a la nodriza con un juramento que la asustó, imponiéndole silencio. Después de la tormenta, tu padre volvió por el mismo camino y yo llevé a la sacerdotisa para que viera las pruebas de lo ocurrido. Pero ni ella ni nadie sabían quién era el hombre. Tu padre me dijo que tu vida correría peligro, incluso en Trecén, si quienes pretendían el trono en el Ática se enteraban de tu linaje. La fantasía de tu madre me conmovió y la hice pasar por cierta. Cuando se supo mi deseo, la gente que tenía otras ideas se las reservó.

Mi abuelo hizo una pausa; se había posado una mosca sobre el filete de oro del cuenco, descendió para sorber las heces y se ahogó. Él murmuró algo sobre los servidores holgazanes y apartó la taza. Luego, se sumió en sus cavilaciones, contemplando por la ventana el mar estival. Poco después, dijo:

—Desde entonces, no he cesado de hacerme preguntas... ¿Qué le sugirió a tu padre, un hombre razonable de más de treinta años, la idea de cruzar a nado el estrecho como un niño alocado? ¿Por qué estaba tan seguro de haber engendrado a un hijo, él, que se casó dos veces y no tuvo ninguno? ¿Quién puede seguir el rastro de los inmortales cuando sus pieles hollan la tierra? Y me he preguntado, a fin de cuentas, si fueron mis ojos o los de tu madre los que vieron claro. Recibimos la señal del dios cuando abrimos los brazos a nuestra moira.

Capítulo cinco

Unos siete días después atracó en Trecén un barco que iba a Atenas. El mayordomo de palacio me había sacado un pasaje y se cuidó de todo. Pero como yo nunca había estado en alta mar, no tuve paciencia de esperar hasta la hora de la partida y fui al puerto a ver la nave. Allí estaba, anclada en el promontorio que llaman la Barba de Trecén; era un barco de velas negras, con largas serpientes pintadas en los flancos, y un águila de alas desplegadas y una cabeza de toro como ornamento de proa. Era de Creta.

Las embarcaciones cretenses raras veces venían a visitarnos, salvo en la época del tributo. En la Barba de Trecén reinaba gran actividad y la gente del pueblo había instalado un mercado. El alfarero y el herrero, la tejedora y el tallista, los agricultores, con sus quesos y pollos y sus vasijas con miel, estaban sentados sobre los guijarros con las mercancías a su alrededor; hasta el joyero, que por regla general sólo exponía baratijas en el puerto, ofrecía oro. La Barba estaba llena de cretenses que comerciaban y visitaban los lugares que valía la pena conocer.

Los pequeños marineros morenos trabajaban desnudos, salvo el taparrabos de cuero que usan en Creta. Los llevan debajo de las faldillas, ofreciendo un espectáculo que para un heleno resulta un poco ridículo; mucho ruido y pocas nueces, como suele decirse. A algunos de los que se paseaban por el mercado, se los habría podido tomar por muchachas. A primera vista la concurrencia parecía constar de jóvenes y de ancianos. En Trecén, como en la mayoría de las ciudades helénicas, existía la costumbre de afeitarse la mitad de la cara a los hombres que cometían algún acto deshonesto, para evitar que lo olvidara con demasiada rapidez. Yo apenas podía creer que un hombre se hubiera rasurado voluntariamente la barba, ni aun viéndolo. Siempre andaba tocándome la mía; pero era demasiado rubia para que se notase.

Los marineros cretenses se movían con elegancia, con sus talles muy ceñidos y sus faldillas bordadas; algunos habían encontrado flores frescas y las lucían entre sus largos cabellos. De las muñecas les colgaban sellos tallados sobre brazaletes de oro o abalorios; y los perfumes que usaban eran exóticos y embriagantes.

Crucé el mercado, saludando a artesanos y a mercaderes. Aunque los cretenses no podían tomarme por un nativo del lugar, no me prestaron más atención que si fuera un perro de paso, salvo unos pocos que me miraron fijamente. Vi, al volverme, que se portaban como si los saltimbanquis y mimos prepararan un espectáculo para ellos, señalando a la gente o las mercaderías, gritándose unos a otros y riendo. Un hombre había llenado su capa de rábanos y cebollas; acercándose al alfarero le dijo, en su afectado griego cretense:

— Quiero una vasija para guardarlos. Ésta me sirve.

Cuando el alfarero le respondió que aquélla era su mejor pieza, destinada a la mesa, el cretense se limitó a decir:

— Está bien, está bien. —Y pagó el precio sin discutirlo y echó sus hortalizas dentro del recipiente.

En ese preciso instante, oí a una mujer que gritaba furiosa. Era la joven esposa del aceitero, que vendía en el mercado mientras su marido trabajaba en el lagar. Un cretense le quería hacer aceptar dinero y no evidentemente por sus tinajas de aceite, porque procuraba cogerle los senos. Se acercaron algunos lugareños y se organizó una pelea; de modo que le di una palmada en el hombro al cretense.

— Escucha, forastero —dije—. No sé cuáles son las costumbres de tu país, pero aquí las esposas son decentes. Si necesitas una mujer, la casa está ahí. Es la que tiene la puerta pintada. —Se volvió y me miró: era un hombre cetrino, con un collar de oro falso. Luego, me guiñó el ojo.

— ¿Y tú qué sacas de eso, muchacho?

No pude hablar, en el primer momento. Algo pareció infundirle respeto y retrocedió de un salto. Pero no valía la pena darle una lección y me limité a decir: —Agradéceles a tus dioses el que seas un huésped de este país. Y aléjate de mi vista.

Cuando se fue, se me acercó un viejo con barba y me dijo:

— Señor, te pido perdón por ese hombre tan vil. Es un cualquiera que no reconoce a un caballero cuando lo ve.

— Al parecer, ni siquiera sabe distinguir a una mujer decente de una ramera —dije, y me alejé.

Más allá de su cortesía, adiviné, el viejo se sentía contento de haber sido amable con alguien inferior a él. Ninguno de nosotros tenía importancia para aquella gente. Recordé las palabras de mi abuelo; él lo sabía perfectamente.

Me marchaba ya cuando me detuve al oír una voz fuerte. Era el capitán del barco, subido en una piedra de amarre del muelle.

—¿Va alguien a Atenas? —decía—. Ésta es vuestra oportunidad, buena gente. Y el momento propicio, mientras dure la bonanza. Si nunca habéis cruzado el mar, no temáis. El Águila Marina os llevará allí sanos y salvos. No tenéis necesidad de jugaros el cuello en el camino del istmo y de que os degüellen los ladrones; no encontraréis piratas en esta ruta; para eso pagáis impuestos al rey Minos. Conque venid y aprovechaos. Zarpad en el Águila Marina, donde se viaja con rapidez y comodidad. Y si no sabéis juzgar a un barco por vosotros mismos, dejadme que os diga esto: el propio nieto de vuestro rey viaja con nosotros en esta travesía.

Hasta ese momento, había estado escuchando, desde detrás del gentío. Entonces, dije:

—¡Eso no!

La gente de Trecén, al volverse hacia mí, lo interrumpió. Y él me preguntó:

—¿Y tú quién eres... —y después de mirarme bien, agregó—: señor?

—Soy el nieto del rey Piteo —dije—. Y he cambiado de idea. Tu barco no me sirve. Estoy habituado a cosas mejores.

Al oír esto, todos los presentes profirieron vítores. Al parecer, estaban de acuerdo conmigo.

El capitán me miró, desconcertado.

—Bueno, señor —replicó—. Eso lo dices tú. Pero es difícil que halles un barco mejor hasta Corinto. No recalán en estos puertos pequeños.

Empezaba a sentirme irritado, pero no quería que se me notase en presencia del pueblo. Me costó bajar la voz, pero me sorprendió un poco oírme a mí mismo cuando dije:

—No lo necesitaré. Voy a ir por tierra, por el camino del istmo.

Le volví la espalda y oí detrás de mí a la gente que reía y a los cretenses que charlaban. Al alejarme, vislumbré al hombre del collar que me había tomado por un alcahuete. Lamenté no haberle roto los huesos; y luego, durante muchos años, lo olvidé. Pero, al recordarlo, comprendo que derramó la sangre de tantos hombres como si fuera un gran caudillo guerrero, sangre de jefes y príncipes y la de un rey. Quizá, si todo se supiera, hombres como éstos serían los culpables de que se derrumben palacios y se pierdan remos. Pero acaban en tumbas innominadas y sin haberse enterado.

Capítulo seis

Así que partí por tierra hacia Atenas. Aunque mi abuelo considerara que yo había obrado como un estúpido y se sentía preocupado por mí, no pudo pedirme que me desdijera de lo manifestado ante el pueblo y deshonrara a nuestra familia. Mi madre fue a ver a la serpiente de la casa, para conseguir un oráculo. Aunque vislumbró peligros en mi camino, no vio la muerte. Pero dijo, llorando, que los peligros eran muy grandes y que ella no podía darme ninguna seguridad. Me hizo jurar que no diría el nombre de mi padre hasta estar junto a él; temía que cayese en manos de los enemigos de mi progenitor y, para consolarla, se lo prometí. Le pregunté si tenía algún mensaje para él, pero denegó con la cabeza, diciendo que yo era su mensaje y que hacía mucho tiempo de todo lo demás.

Dos días después, les pusieron los arneses a mis caballos y me monté junto a mi auriga. Mi intención era guiar yo mismo, pero Dexio me rogó que le permitiera acompañarme. Lo había amamantado una yegua, como dice el refrán; como auriga o amigo, no se podía pedir nada mejor.

Franqueamos con gran estrépito las grandes puertas de Trecén que construyeron los gigantes y donde mi bisabuelo había colocado la divisa de nuestra casa, una piedra de rayo sobre una columna, con un águila a cada lado. Mi abuelo, mis tíos y algunos jóvenes me acompañaron hasta la playa, donde el camino dobla hacia el noroeste. Luego, ellos regresaron y comenzó mi viaje. La primera noche dormimos en Epidauró, en el santuario de Apolo Curador; la segunda, en Céncreas. Cuando vimos de noche, sobre la planicie, el contorno del montículo redondeado de Corinto, comprendimos que al día siguiente cruzaríamos el istmo.

El cruce duró un día. Tal es la verdad, por más necedades que digan los arpistas. Ahora me conformo con desmentir las fábulas, que ningún hombre sensato debería creer, y no me preocupo de lo demás. Le son caras al pueblo y no ofenden a nadie.

No encontramos monstruos ni maté yo a ningún gigante con una porra, que es un arma de necios para un hombre que dispone de espada y lanza. Conservé mis armas, aunque más de uno trató de quitármelas; no necesitaba monstruos, dados los hombres con quienes me encontraba. El istmo es un territorio escabroso, donde el camino serpentea y nunca se alcanza a ver muy lejos. Entre las rocas que lo flanquean, los ladrones están al acecho.

Dexio se hacía cargo del carro mientras yo afrontaba lo que viniera. Él tenía siempre que estar listo para alejarnos en cualquier momento. Era su misión y la cumplía bien. Como no contábamos con relevo de caballos, no podíamos arriesgar los nuestros. Ahora, después de tantos años, todas aquellas escaramuzas se me confunden, excepto la última.

Recuerdo el istmo de color azul intenso, casi negro; el cielo límpido en lo alto, con alguna nube ocasional; y siempre a la derecha peñascos oscuros cuyos pies bañaba el mar cerúleo. El polvoriento camino rosado, el matorral y los sombríos pinos estaban siempre hundidos entre esas profundidades azules. El mar estaba en calma; visto desde arriba, anegaba la visión como otro cenit, pero más azul; más azul que el lapislázuli o el zafiro o la flor más azul que haya; y anegaban también la vista las sombras que rodeaban las profundas raíces de las rocas, verdes y de un púrpura uva, como los reflejos de las torcaces. Rara vez debí de contemplar el espectáculo con serenidad. Yo estaba pendiente de avistar otras cosas. Pero es el azul lo que recuerdo.

Recuerdo eso y la sensación de un territorio sin ley. En la ruta del istmo, un hombre herido junto al camino, con la sangre negra de moscas y la boca agrietada por la sed, es una señal que induce a los viajeros a espolear a sus asnos y perderse de vista. No había mucho que hacer cuando lo encontrábamos. Recuerdo a uno a quien sólo pude rematar piadosamente, como a un perro corneado por un jabalí. Lo hice con rapidez, mientras el infortunado bebía; sintió el sabor del agua antes de morir.

A mediodía, hallamos refugio en el lecho de un río, donde en verano apenas fluía un hilo de agua para los caballos. Nos ocultaba sin encerrarnos en una trampa. Después de desuncir los caballos y comer, Dexio se alejó entre las rocas; y pronto me pareció que llevaba ausente mucho tiempo. Llamé sin obtener respuesta y fui a buscarlo. Las rocas eran escarpadas y, para trepar más de prisa, dejé mi lanza al pie. Cuesta creer que uno haya sido en otros tiempos tan ingenuo.

Desde lo alto de la barranca, no tardé en verlo. Dexio estaba tendido a los pies de un individuo fornido que lo despojaba de sus brazales. Sin duda, lo había sorprendido por la espalda, impidiéndole gritar; vi la maza dejada en el suelo por el bandido mientras operaba. Dexio se movió un poco; vivía aún. Recordé cómo

mo lo había salvado del toro. Ahora, de nuevo, era yo quien lo ponía en peligro. Me disponía a volver en busca de mi lanza, cuando vi que el hombre, que se había apoderado de cuanto poseía Dexio, empezaba a hacer rodar su cuerpo hacia el borde del despeñadero. El camino pasaba por allí muy cerca del precipicio: —¡Deténte! ¡Déjalo! —grité desde el borde de la roca.

El bandido alzó los ojos. Era ancho de espaldas y rubicundo, de cuello grueso y barba bifurcada. Al verme se echó a reír y empujó a Dexio con el pie.

Trepé por las rocas, pero costaba escalarías.

—¡Déjalo en paz! —volví a gritar.

Y oí desfallecer mi voz. Con los brazos en jarras, el bandido yociferó: —¿Qué eres, bucles de oro, su muchacha o el jovencito de sus sueños? —y agregó una obscenidad, que celebró con una alegre risotada; y en plena risa, empujó a Dexio con el pie y lo lanzó al abismo por el tajo. Oí el grito, que se cortó en seco.

La ira se apoderó de mí. Me invadió el tronco, los brazos y piernas, hasta tal punto que me pareció haberme quedado sin peso; al saltar de la roca, la furia me dio alas y me trasladó a donde no habría alcanzado un momento antes. Hasta el pelo se me erizó, como la crin del caballo rey en el combate. Caí de pie, me erguí y eché a correr. Apenas sentía la tierra bajo los pies. Él esperaba, boquiabierto, y sólo reía ya a medias. Cuando me acerqué, su risa se extinguió.

Después, descubrí los rastros que me dejaron sus dientes y sus uñas. En aquellos momentos no sentí nada, pero noté que aquel hombre no era buen luchador y confiaba en su maza. Le hice una presa de brazo cuando intentó estrangularme y lo volteeé por encima de mi cabeza. Quedó tendido como Dexio, aturdido, con la cabeza sobre el borde de la roca a punto de despeñarse. No creo que supiera adónde iba, hasta que se vio volando por los aires. Entonces, noté que volvía a abrirsele la boca, pero no para reír. Junto al agua había una gran piedra redonda, en forma de tortuga, en la que se estrelló de cabeza. Allí los acantilados son altos.

Fui a ver el sitio donde había caído Dexio. Yacía muerto sobre una roca afilada y bañada por el mar, que jugaba con su túnica blanca y su cabello castaño. Bajé hasta tan cerca de él como me fue posible y rocié la tierra a fin de facilitarle su viaje, prometiéndole las ofrendas para más tarde. Por lo menos, le había proporcionado lo que más necesitan los asesinados.

Mientras daba de comer a los caballos y los uncía, mi torpeza me recordó la pericia de Dexio, desaparecida como se consume una astilla en el fuego. Subí al carro y empuñé las riendas, y supe qué significa estar solo.

Algo más adelante, un hombre me salió al encuentro con una reverencia y me dijo que la gente estaba saqueando la casa de Escirón, el salteador a quien yo había matado, y se ofreció a guiarme hasta allí para que pudiera reclamar la parte que me correspondía. Le dije que la tomara él, si podía, y me alejé, dejándolo alicaído. Al chacal no le gusta cazar sus piezas.

Aqué fue mi último combate en el istmo. Unas veces, tuve suerte; otras, la gente me rehuyó. Al anochecer, lo había cruzado y recorría las colinas de Megara, junto al mar. Oscurecía y, al este, las montañas del Ática destacaban su negrísima mole contra el cielo nuboso. El camino era solitario; sólo se oía aullar a los lobos o gemir a algún conejo atrapado por el zorro. Pronto el camino se hizo peligroso para los caballos, con tan poca luz, y tuve que guiarlos de la brida.

Además de poner a prueba sus fuerzas, se requieren otras cosas para formar a un hombre.

Ahora que nadie me amenazaba, me sentía abandonado como un niño. Aquel camino escabroso y sombrío parecía olvidado por los dioses del cielo y entregado a los demonios de la tierra, hostiles al hombre. Me dolía aún el cuerpo después de la lucha; me palpaba las heridas y lloraba a mi amigo. Para consolarme, recordé que el rey de Megara era heleno y pariente de mi padre. Pero sólo me rodeaba la noche hostil y pensé que mi padre no me había enviado una sola palabra desde que naciera. Me acordé de Trecén, del gran salón, de la leña que ardía olorosa sobre la ancha masa de ceniza caliente, de mi madre sentada entre las mujeres y de la lira pasando de mano en mano.

De pronto, se oyó una algarabía de perros y de silbidos; y, al doblar el recodo siguiente, vi una hoguera. Había un redil de toscas piedras y espinos, y alrededor del fuego estaban sentados seis u ocho pastorcitos de cabras, el mayor de los cuales no tendría trece años y el menor, ocho o nueve. Tocaban el caramillo para darse valor con la música y ahuyentar a los espectros nocturnos. Al verme, se dispersaron corriendo y se ocultaron entre las cabras; pero, cuando los llamé, no tardaron en salir de sus escondites, y me senté con ellos a calentarme.

Me ayudaron a desenganchar los caballos. Sin duda, se sentían ya aurigas y me indicaron dónde hallaría agua y forraje.

Compartí con ellos mis higos y mi pan de cebada, y ellos conmigo su queso de leche de cabra, mientras me llamaban «señor» y me preguntaban de dónde venía. No todo lo que yo podía contarles sobre la jornada era adecuado para niños de su edad en un paraje tan solitario, pues ya tenían bastante con el temor

que les inspiraban los leopardos y los lobos. Pero les enseñé la maza de Escirón, que llevaba conmigo, y les dije que se había terminado para siempre aquel hombre, pues, al parecer, era un espantajo que los perseguía en sueños. Los pastorcillos estaban sentados o tendidos a mi alrededor, con la rebelde melena caída sobre los brillantes ojos y la boca abierta, dando agudos chillidos de asombro, y me preguntaban cómo era tal o cual sitio situado a diez millas de allí como si me hablaran de Babilonia.

Ya había anochecido. No se veía el entenebrecido mar ni las negras montañas y yo sólo distinguía los toscos muros del redil, las borrosas formas de las cabras que había dentro y el círculo de rostros enrojecidos por el fuego, que se reflejaba en el gastado caramillo, en los ojos amarillos de un perro ovejero, en la empuñadura de un cuchillo de hueso o en alguna maraña de pelo rubio. Me trajeron ramas y hojas para que me hiciera una cama y nos tendimos junto a las ascuas. Cuando los pastorcitos se metieron debajo de dos raídas mantas, como perritos que riñen por un lugar junto a la lumbre, sólo quedó fuera uno pequeño, el pigmeo de la camada. Le vi acercarse las rodillas al mentón y le ofrecí parte de mi capa; olía a estiércol de cabras y tenía más pulgas que un perro viejo, pero, después de todo, era mi anfitrión. Al poco, me dijo:

—¡Ojalá tuviéramos siempre a un hombre con nosotros! A veces, truena o se oye algún león.

Él se durmió pronto; pero yo me quedé tendido junto a la hoguera velando, y observando las fulgurantes estrellas. «¿Qué es ser rey? —pensé—. ¿Hacer justicia, ir a la guerra en defensa del pueblo de uno, hacer las paces con los dioses? Con seguridad que es esto.»

Libro segundo: Eleusis

Capítulo uno

Me levanté al amanecer, cuando me despertaron los balidos de la majada, y me lavé en el arroyo, algo que mis anfitriones contemplaron con asombro, pues su último baño había sido en manos de la comadrona. A partir de allí, el camino se hacía más fácil y bajaba hacia el mar. Pronto, al otro lado de una angosta franja de agua, vi la isla de Salamina y, a mi alrededor, una fértil llanura, con frutas y campos de cereal. La carretera descendía a una ciudad de la ribera, un puerto de mar atestado de barcos. Varios mercaderes con los que me crucé me dijeron que era Eleusis.

Resultaba agradable ver de nuevo una ciudad y estar en un país con leyes; y más agradable aún saber que era la última parada antes de Atenas. Decidí que ordenaría que dieran pienso a los caballos y los almohazaran, mientras yo comía y visitaba las cosas dignas de verse en Eleusis. Luego, cuando llegué al linde de la ciudad, vi la carretera flanqueada de gente atenta y los tejados atestados de curiosos.

A los jóvenes les gusta creer que son alguien, pero incluso a mí me resultó aquello sorprendente. Además, me extrañó que, habiendo venido tantos a verme, nadie levantara la voz ni me preguntara por nada.

Ante mí estaba el mercado. Refrené el paso de mis caballos para respetar los puestos de los mercaderes. Luego, los detuve; la gente se interponía en mi camino como un sólido muro. Nadie hablaba y las madres acallaban a sus chiquillos.

En el centro de la multitud había una mujer majestuosa; un esclavo sostenía una sombrilla sobre su cabeza. Tendría unos veintisiete años; su cabellera, coronada por una diadema de púrpura cosida con oro, era roja como cobre iluminado por el fuego. La rodeaba una veintena de mujeres, como los cortesanos a un rey; pero no había ningún hombre cerca de ella, salvo el esclavo de la sombrilla. Debía de ser, a un tiempo, sacerdotisa y reina. Y su reino era minoano, con toda seguridad. Así se llaman a sí mismos las gentes de la ribera: minoanos. Todos saben que, entre ellos, las noticias corren con una rapidez fulminante.

Por mero respeto, bajé de mi carro y me adelanté, llevando a los caballos de la brida. Aquella mujer no sólo me miraba; comprendí que me estaba esperando. Cuando me acerqué y la saludé, entre la multitud se ahondó el silencio, como cuando se escucha a un arpista que afina su instrumento. Dije:

—Te saludo, señora, en nombre de cualquier dios o diosa que se honre aquí con preferencia a todos los demás. Porque creo que sirves a una divinidad poderosa, a quien el viajero debe rendir homenaje antes de seguir su camino. Un hombre ha de respetar a los dioses que encuentra en su ruta, si quiere que su viaje termine bien.

La desconocida me respondió, hablando despacio en griego y con el acento de los minoanos: —Realmente, tu viaje ha sido bendecido y aquí termina.

Me quedé mirándola, sorprendido. Parecía estar diciendo palabras preparadas para ella; detrás de todo aquello, atisbaba furtivamente otra mujer. Y dije:

—Señora, soy forastero en este país y voy a Atenas. El huésped a quien esperas debe de ser alguien más importante que yo: un jefe o quizás un rey.

Al oír esto, ella sonrió. La gente se acercó más a nosotros, murmurando; no enojados, sino, como los pastores junto a la hoguera, todo oídos.

—Hay un solo viaje que hacen todos los hombres —dijo la mujer—. Vienen de la Madre y hacen lo que los hombres están predestinados a hacer, hasta que ella tiende la mano y los llama para que vuelvan.

Evidentemente, aquel país pertenecía a la religión antigua. Tocándome la frente en señal de respeto, dije:

—Todos somos sus hijos.

¿Qué querría de mí aquella mujer? Seguro que la ciudad sí sabía ya de qué se trataba.

—Pero algunos están predestinados a más altos destinos — declaró ella—. Como tú, forastero, que vienes aquí, cumpliendo los augurios, el día en que el rey debe morir. —Entonces comprendí. Pero no quise dejarlo entrever. Estaba aturdido y necesitaba ganar tiempo.

—Gran señora —dije—, si tu señor ha recibido su llamada, ¿qué tiene eso que ver conmigo? ¿Qué dios o diosa está irritado? Nadie se halla de duelo; nadie parece tener hambre; no se ve humo en el cielo. Es a él a quien corresponde decirlo. Pero si quiere que yo le dé muerte, es él quien debe mandar por mí.

Ella se irguió, frunciendo el entrecejo.

—¿Qué es un hombre para tener derecho a elegir? La mujer lo forma en sus entrañas; él crece y siembra su simiente como la hierba y cae en el surco. Sólo la Madre, que es quien pare a los hombres y a los dioses y vuelve a llevárselos, está sentada junto al hogar encendido del universo y vive eternamente.

La desconocida alzó la mano: las mujeres que la servían la rodearon y un hombre se adelantó para llevar de la brida a mis caballos.

—Ven —me dijo ella—. Debes prepararte para la lucha.

Eché a andar a su lado. La gente nos acompañaba, rodeándonos, con un rumor como el de las olas en un bajío. Investido por sus expectativas, no me sentía como era en realidad, sino tal como querían ellos que fuera. Uno no adivina la fuerza de esos misterios hasta que toma parte en ellos.

Mientras caminaba en silencio junto a la reina, recordé lo que me había contado un hombre sobre un país donde existe la misma costumbre. Me dijo que, en esas tierras, no hay en todo el año un rito que conmueva e impresione más a la gente que la muerte del rey, y agregó: «Lo ven en el apogeo de su suerte, entronizado en su esplendor, ostentando oro; y, entonces, viene hacia él, a veces desconocido y anónimo, otras veces señalado por los augurios ante todo el pueblo, el que le trae su sino. En ocasiones, la gente lo sabe antes de que el propio rey se entere. Tan solemne es el día que, si alguno de los presentes siente algún dolor, miedo o achaque propios, queda purgado de sus males por la piedad y el terror; se le calman y se duerme. Hasta los niños lo perciben. Los pastorcillos de las montañas, que no pueden abandonar a sus rebaños para ver el espectáculo, se representan unos a otros en las laderas, con canciones y pantomimas, el día de la muerte del rey».

Este pensamiento me despertó. «¿Qué estoy haciendo? —pen sé—. He ofrecido un mechón de cabellos a Apolo; he servido a Poseidón, el marido y señor de la Madre, que es inmortal. ¿Adónde me lleva esta mujer? ¿A matar al hombre que mató a alguien el año pasado, y a yacer con ella durante cuatro estaciones para bendecir el trigo, hasta que se levante de mi lecho para traerme a su vez al que me matará? ¿Será ésa mi moira? Ella tal vez tenga augurios; pero ninguno ha llegado hasta mí. No me guía ningún sueño de hijo de la tierra, como al caballo rey ebrio de amapolas. ¿Cómo me liberaré?» No obstante, la miraba de soslayo, como mira un hombre a la mujer que sabe que está a su disposición. Tenía el rostro demasiado ancho y la boca no muy hermosa; pero la cintura era de palmera y sólo un muerto habría podido permanecer impassible ante sus pechos. La sangre de los minoanos de Eleusis se ha mezclado con la de los reinos helenos de ambos lados; el color y la forma de aquella mujer eran helenos; pero no su rostro. Ella sentía mi mirada y andaba erguida, con la cabeza bien alta. La orla de la sombrilla carmesí me cosquilleaba el pelo. Pensé: «Si me niego, el pueblo me despedazará. Soy el que siembra su cosecha. Y esta mujer, que es el campo donde germina, se enfurecerá». En el andar de una mujer se adivinan ciertas cosas, aunque ella no quiera. «Es una sacerdotisa, conoce la magia de la tierra y su maldición perdura. La Madre Día debe de haber reparado en mí. Fui engendrado para apaciguar su cólera. Y es una diosa a la que no se puede tratar a la ligera.» Habíamos llegado al camino costero. Miré al este y vi las colinas del Ática, reseca por el estío y descoloridas por el sol del mediodía; estaban a media jornada de camino. Pensé: «¿Cómo podría acercarme a mi padre, cuya espada llevo y decirle: "Una mujer me invitó a luchar y huí"? No, el destino ha puesto en mi camino este combate de garafones, como puso al bandido Escirón. Hagamos lo que me piden y confiemos en los dioses».

—Señora —dije—, hasta ahora nunca había estado a este lado del istmo. ¿Cómo te llamas?

Sin mirarme y sin alzar la voz, ella respondió:

—Perséfone. Pero los hombres tienen prohibido pronunciar mí nombre.

Acercándome más a ella, repliqué:

—Un nombre que parece un murmullo. Un nombre para la oscuridad. —Pero ella no contestó y, a continuación, pregunté—: ¿Y cómo se llama el rey a quien he de matar?

Me miró con cara de sorpresa y contestó con indiferencia:

— Se llama Cerción —lo mismo que si le hubiese preguntado el nombre de un perro sin dueño. Por un momento, creí que me iba a decir que no tenía hambre.

Junto a la playa, la carretera ascendía hacia un lugar liso y despejado, situado al pie de un cerro. Una escalera llevaba a la terraza donde se erguía el palacio, de columnas rojas con pedestales negros y muros

amarillos. El risco sobre el que se alzaba estaba socavado; la hendidura era oscura y sombría y penetraba en la tierra a ras del suelo. La brisa traía de dentro un ligero hedor a carne podrida.

La mujer señaló el espacio liso que había delante y dijo:

—Ese es el campo de lucha.

Vi que el tejado del palacio y la terraza estaban atestados de gente. Los que nos habían acompañado se dispersaron por las laderas. Miré la hendidura y pregunté:

—¿Qué sucede con el vencido?

Ella me respondió:

—Va hacia la Madre. Al llegar la siembra de otoño, traen su carne y la echan en los surcos y se convierte en grano. Feliz el hombre que, en la flor de la edad, logra fama y fortuna, y cuya vida se agota antes de que lo agobie la amarga vejez.

Respondí:

—Sin duda que ha sido feliz.

Y la miré a la cara. No se sonrojó, sino que alzó el mentón. Le dije:

—Me enfrentaré con este Cerción en combate, ¿verdad? No será como cuando el sacerdote ofrenda a la víctima.

Me habría repugnado ver que aquel hombre no había elegido él mismo su hora y me sentí satisfecho cuando ella asintió.

—¿Y las armas? —pregunté.

—Sólo aquellas con que nacen los hombres —dijo ella.

Miré en derredor y repliqué: —¿Me dirá las reglas un hombre de tu pueblo? —Ella me miró, perpleja; supuse que debido a mi acento helénico e insistí—: Las leyes del combate.

Ella frunció las cejas y respondió:

—La ley es que el rey debe morir.

Entonces lo vi bajar por los anchos peldaños que llevaban a la ciudadela, para enfrentarse conmigo. Lo reconocí inmediatamente porque estaba solo.

La gente del palacio abarrotaba la escalinata, pero todos se apartaron, abriéndole paso, como si su muerte fuese una enfermedad contagiosa. Era mayor que yo; su barba negra bastaba para ocultarle la mandíbula y no creo que tuviese menos de veinte años. Cuando me miró, comprendí que yo le parecía un niño. Su estatura no superaba mucho la mía y sólo resultaba alto para ser minoano; pero era delgado y vigoroso como los leones de la montaña. El recio cabello negro, demasiado corto y tupido para caer en bucles, le cubría el cuello como una rizada crin. Cuando nuestros ojos se encontraron, pensé: «Ha estado donde estoy yo ahora y el hombre con quien luchó apenas es ya un montón de huesos bajo la roca». Y también pensé: «No está conforme con morir».

Nos rodeaba un gran silencio lleno de ojos. Y me conmovió, como algo curioso e intenso, la idea de que aquellos espectadores no se sintieran ni siquiera a sí mismos tanto como nos sentían a nosotros. Me pregunté si a él le pasaría lo mismo.

Mientras tanto, advertí que, después de todo, él no estaba solo. Se le había acercado una mujer, siguiéndolo, que lloraba a su lado. Pero él no se volvió a mirarla. Si la oía, tenía otras cosas en que pensar.

Bajó algunos peldaños más, sin mirar a la reina, con los ojos clavados en mí.

—¿Quién eres y de dónde vienes? —Hablaba el griego con mucho acento extranjero, pero lo comprendí. Me pareció que nos habríamos entendido aunque no lo hablara.

—Soy Teseo, de Trecén, la isla de Pélope. Vine en son de paz, camino de Atenas. Pero, según parece, los hilos de nuestras vidas se entrecruzan.

—¿De quién eres hijo? —preguntó.

Al mirar su rostro, comprendí que la única intención de sus preguntas era la de saber que seguía siendo rey y un hombre que caminaba al sol sobre la tierra, y repliqué:

—Mi madre colgó su ceñidor para la diosa. Soy hijo del bosquecillo de mirtos.

Los que escuchaban dejaron oír un suave murmullo, como de cañas que crujen. Pero sentí que la reina se movía a mi lado. Ella me miraba fijamente; y, ahora, Cerción la miró a ella, para prorrumpir luego en carcajadas. Tenía los dientes blancos y fuertes. Entre el pueblo, sorprendido, se produjo un revuelo; yo sabía tan poco a qué atenerme como ellos. Sólo cuando el rey se volvió hacia mí, riendo, supe que su burla era de amargura. Estaba parado en la escalinata y reía; y la mujer situada detrás de él se cubría el rostro con ambas manos, encorvada y vacilante.

El rey acabó de bajar. Cara a cara con él, vi que era tan robusto como me había parecido.

—Bueno, hijo del bosquecillo, hagamos lo que quiere el destino. Esta vez no habrá ventajas para ninguno de los dos. La señora no sabrá por quién tocar el gong.

No comprendí; pero adiviné que hablaba para los oídos de ella, no para los míos.

Mientras hablábamos, se había abierto un santuario próximo y trajeron de allí un gran trono pintado de rojo, con dibujos de serpientes y espigas. Lo colocaron cerca del campo de lucha, junto con un gran gong de bronce sobre un estrado. La reina se sentó, con sus mujeres a su alrededor, sosteniendo la maza del gong como si fuese un cetro.

«No —pensé—. Habrá ventajas, sí que las habrá. Él lucha por su reino, que yo no deseo, y por su vida, que tampoco deseo arrebatarle. No puedo odiarlo como debe odiar un guerrero a su enemigo; ni siquiera sentirme encolerizado, a no ser con su pueblo, que lo abandona como cuando huyen las ratas de un granero vacío. Si yo fuera un hijo de la tierra, sentiría que sus deseos luchan a mi favor. Pero no puedo bailar al son de sus caramillos; soy un heleno.» Una sacerdotisa me condujo a una esquina del campo, donde dos hombres me desnudaron, me untaron aceite y me hicieron adelantarme para que todos me vieran. El pueblo me vitoreó, pero eso no me causó alegría; sabía que habrían hecho lo mismo con cualquiera que viniese a matar al rey. Ni siquiera ahora que Cerción estaba desnudo y pude apreciar su fuerza, logré odiarlo. Miré a la reina, pero no habría sabido decir si estaba irritado o no contra ella, porque la deseaba. «Bueno —me dije—, ¿no es eso suficiente para luchar?» El mayor de los hombres, que parecía ser un guerrero, me preguntó:

—¿Qué edad tienes, muchacho?

El pueblo escuchaba y respondí:

—Diecinueve años.

Esto me dio más fuerzas. El que había hablado me miró el mentón, que tenía menos pelo que el plumón de un ganso joven, pero no dijo nada más.

Nos condujeron hacia el trono, donde estaba sentada la reina bajo su sombrilla orlada de flecos. Sus volantes recamados de oro centelleaban bajo la luz y también sus enjoyadas sandalias. Sus turgentes senos, de tonos dorados y rosados, se redondeaban como melocotones y le resplandecía la melena pelirroja. Tenía en las manos una copa de oro y me la tendió. El ardiente sol hacía brotar de la copa fragancias de vino con especias, de miel y queso. Al tomarla, le sonreí y pensé: «Es una mujer y eso lo explica todo». La reina no cabeceó como antes, pero me miró a los ojos como para leer un augurio; y en los suyos, yo vi miedo.

Una muchacha grita mientras la persiguen por el bosque, pero calla cuando la atrapan. No otra cosa entendí yo; y eso me encrespó la sangre y me alegré de haber dicho que tenía diecinueve años. Bebí aquella mezcla y la sacerdotisa le tendió la copa al rey.

Cerción bebió a su vez un trago largo. El pueblo lo miraba; pero nadie profería vítores. Sin embargo, se había desnudado de buena gana y se portaba con valor; y durante un año había sido rey de todos ellos. Recordé lo que había oído contar sobre la antigua religión. «No les importa —pensé—. No les importa, aunque va a morir por ellos, o al menos eso esperan, y verterá su vida en el grano. Es la víctima expiatoria. Al mirarlo, ellos sólo ven sus penurias del año, la cosecha que se malogró, las vacas estériles, las enfermedades. Quieren eliminar sus dificultades con él y empezar de nuevo.» Me irritaba pensar que su muerte no estaba en su mano, sino que divertiría con el espectáculo al populacho que no participaba en el sacrificio, que no ponía nada de su parte. Adiviné que, entre todos aquellos seres, él era el único a quien yo hubiera podido amar. Pero leí en su semblante que nada de aquello le resultaba extraño; le causaba amargura, pero no hacía preguntas, ya que era un hijo de la tierra como ellos. «También él me tomaría por loco si adivinara mis pensamientos. Soy un heleno; soy yo, no él, quien está solo». La reina se puso de pie, con la maza del gong en la mano. Nos colocamos frente a frente en el campo de lucha; desde ese momento, sólo miré a los ojos a él. Algo me decía que no era como los luchadores de Trecén.

La madera produjo un sonido agudo al golpear el gong. Esperé, bien plantado sobre los dedos de los pies. ¿Avanzaría él directamente, como un heleno, y me agarraría de la cintura? No, había acertado yo. Avanzó al sesgo, buscando que el sol me diera en los ojos. No se movía con nerviosismo, sino con pasos lentos y silenciosos, como un gato cuando se dispone a saltar. Por algo había sentido yo, aunque él hablara mal el griego, que teníamos un idioma común. Ahora lo estábamos hablando. También él era un luchador reflexivo.

Sus ojos, de color pardo dorado, fulguraban como los de un lobo. «Sí —pensé—. Y debe de ser veloz como un lobo. Dejémosle acercarse; si se quiere arriesgar, ya lo hará. Después será más prudente.» Me lanzó un violento golpe a la cabeza, para obligarme a que me inclinara hacia la izquierda; así que salté hacia la derecha. Fue una buena idea, porque descargó un puntapié como la coza de un caballo sobre el lugar donde supuso que me encontraría. Sólo ver aquella coza causaba dolor, pero no demasiado, y le cogí la pierna. Al mismo tiempo que le hacía perder el equilibrio, salté sobre él y lo lancé de costado, tratando de

caerle encima y hacerle presa en la cabeza. Pero era rápido, rápido como un gato. Me atrapó el pie y me derribó y, casi antes de que yo hubiese tocado el suelo, me giró para aplicarme una presa de tijera. Le asesé un puñetazo en la mandíbula y me zafé a duras penas. Luego comenzó la lucha en serio. Pronto olvidé que había tardado en encolerizarme; uno deja de preguntarse qué mal le ha hecho un hombre cuando las manos de éste tratan de arrebatarse la vida.

Cerción tenía el aspecto de ser un caballero. Pero la mirada de la reina me había puesto en guardia cuando yo le pregunté por las reglas. Todo es lícito en la lucha, entre la gente de la ribera, y nada está prohibido. De aquel combate, salí con una oreja perforada, como les sucede a los perros de pelea. Todavía me queda la marca. En cierto momento, poco faltó para que mi adversario me vaciara un ojo, y si cedió fue para que yo no le rompiera el pulgar. No tardé en sentirme más furioso que frío; pero no podía permitirme el lujo de correr riesgos sólo por el placer de hacerle daño. Cerción parecía una piel de buey curtida, con un núcleo de bronce.

Mientras nos retorcíamos y nos propinábamos patadas y golpes, ya no pude seguir aparentando que tenía diecinueve años. Peleaba contra un hombre en la plenitud de sus fuerzas antes de haber alcanzado la mía. Mi sangre y mis huesos me susurraban que él resistiría más que yo. Entonces empezó a sonar el gong.

El primer golpe lo dio el mango de la maza. Era como un martillo revestido con una almohadilla. Produjo un gran estruendo que zumbaba en los oídos; juro que el sonido habría podido oírse bajo tierra. Y mientras el gong temblaba y vibraba, las mujeres canturreaban una salmodia.

Las voces bajaban y subían, bajaban y subían cada vez más. Era como el viento del norte cuando sopla y ruge en los desfiladeros de las montañas; como el lamento de mil viudas en una ciudad en llamas; como el aullido de la loba a la luna. Y debajo de las voces y por encima de las voces, dentro de la sangre y del cráneo y de las entrañas, resonaba el bramido del gong.

El estrépito me enloqueció. Mientras me traspasaba una y otra vez, comenzó a dominarme una idea fija de demente; debía matar a mi hombre y acabar con aquel ruido.

Al mismo tiempo que este frenético impulso se hacía fuerte dentro de mí, mis manos y mi espalda percibieron que mi adversario desfallecía. A cada vibración del gong, sus fuerzas cedían. Era su muerte la que le zumbaba en los oídos, envolviéndolo como una nube de humo, arrastrándolo hacia la tierra. Todo estaba contra él: el pueblo, el misterio y yo. Pero luchaba como un valiente.

Estaba tratando de estrangularme, cuando levanté ambos pies y lo arrojé hacia atrás. Antes de que recobrara el aliento, salté sobre él, lo aferré por el brazo y lo lancé por encima de mí. Quedó tendido de bruces, conmigo sobre su espalda, y no pudo levantarse. El canto subió de tono hasta trocarse en un largo gemido y, luego, se sumió en el silencio. Vibró el último golpe de gong y se extinguió.

El rostro de mi adversario estaba hundido en el polvo; pero adiviné sus pensamientos al verlo tantear aquí y allá, buscando alguna escapatoria, y cuando comprendió, por fin, que todo había terminado. En ese momento, mi cólera se esfumó. Olvidé el dolor, para recordar solamente su valor y su desesperación. «¿Por qué he de cargar con su sangre? —pensé—. Nunca me hizo daño, salvo para cumplir su moira.» Desplacé un poco el peso de mi cuerpo, con mucho cuidado, porque él era muy mañoso, a fin de que pudiera apartar la cara del suelo. Pero no me miró: estaba pendiente de la grieta negra de debajo de la roca. Aquél era su pueblo y su vida estaba entretejida con el acaecer colectivo. No tenía salvación.

Apoyé la rodilla en su espinazo. Manteniéndolo sujeto contra el suelo, porque era un hombre al que no se le podía ceder una sola pulgada, le rodeé la cabeza con el brazo y la doblé hacia atrás, hasta que sentí tensarse el cuello. Entonces le dije en voz baja al oído, porque eso nada tenía que ver con la gente que nos rodeaba, que no había aportado lo más mínimo al sacrificio, estas palabras: «¿Ha de ser ahora?». Él murmuró: «Sí». Yo dije: «No me responsabilices, pues, a mí de esta muerte, sino a los dioses de allá abajo». Él respondió: «Estás dispensado». Y, luego, pronunció no sé qué invocación. La dijo en su propio idioma, pero confié en él. Di un fuerte tirón de la cabeza y oí el crujido al partirse el cuello. Cuando miré, me pareció que sus ojos conservaban aún una chispa de vida; pero cuando le volví la cabeza a un lado, esa chispa había desaparecido.

Me levanté y oí que el pueblo dejaba escapar un profundo suspiro, como si todos ellos acabaran en ese momento de hacer el amor.

«Así empieza esto —pensé—, y sólo un dios podría saber el final.» Habían traído un catafalco y colocaron al rey encima. Salió del trono un agudo alarido. La reina bajó del estrado y se abalanzó sobre el cadáver, mesándose los cabellos y clavándose las uñas en la cara y en el pecho. Parecía una mujer que acaba de perder a su amado señor, al hombre que se la llevó virgen de la casa paterna; como si tuviera hijos pequeños y le faltara parentela que les ayudase. Así lloraba ella, de modo que la miré con asombro. Pero ahora, todas las mujeres de su séquito berreaban y lloraban también, y comprendí que era la costumbre.

Siguieron plañendo, apaciguando al flamante espectro. Al quedarme solo entre aquellos extraños que no cesaban de mirarme, sentí deseos de preguntar: «¿Y ahora?» Pero el único hombre a quien conocía

había muerto. A poco, vino una vieja sacerdotisa y me condujo al santuario. Se dijo que llorarían al rey hasta la puesta del sol; luego, me purificarían de la sangre derramada y desposaría a la reina.

En una habitación donde había una bañera de arcilla pintada, las sacerdotisas me bañaron y curaron mis heridas. Todas ellas hablaban el griego con el sonsonete de la gente de la ribera, ceceando y parlotando con locuacidad. Pero también en su idioma usaban palabras griegas. En Eleusis hay tanto tráfico marítimo que las lenguas y la sangre se han mezclado. Me pusieron una larga túnica blanca y me peinaron, y luego me dieron carne y vino. Lo único que yo podía hacer era escuchar los gemidos, y esperar y pensar.

Se estaba poniendo el sol cuando oí bajar por la larga escalera a la comitiva fúnebre, con cantos elegiacos y llantos, y el son estridente de las gaitas y del entrechocar de los discos de bronce. Desde una ventana, vi una sinuosa procesión de mujeres, vestidas de carmesí y con velos negros. Cuando concluyó el canto elegíaco, se oyó un griterío, entre alarido y exclamación de triunfo. Adiviné que el rey volvía.

Poco después, al anochecer, las sacerdotisas regresaron para llevarme a la ceremonia de la purificación. En la ventana brillaba un resplandor rojo; y, cuando abrieron la puerta, vi por todas partes luces temblorosas. Había antorchas hasta donde alcanzaba la vista, llenando el recinto, subiendo en torrente hacia la ciudadela y penetrando en la ciudad. Pero reinaba el silencio, aunque estaba todo el pueblo, desde los niños de doce años hasta los ancianos. Las sacerdotisas me condujeron en profundo silencio a la playa, donde tenían varadas sus barcas. Cuando el agua nos tocó los pies, clamaron: —¡Al mar! —Al oír esto, todos se internaron en el agua. Los que lucían vestiduras blancas las conservaron; muchos se desnudaron por completo, tanto los hombres como las mujeres; pero todo lo hacían con gran solemnidad y portando las antorchas encendidas. La noche estaba serena; el mar parecía sembrado de mil lenguas de fuego, cada llama con su cabrilleante reflejo.

La reina me condujo adelante, hasta que las aguas me alcanzaron al pecho, y alzó su antorcha para que todos me viesan. Yo estaba allí para purificarme de la sangre vertida; ellos, supongo, se quitaban de encima la mala suerte y la muerte. Yo era joven y había matado a un hombre de barba crecida; aunque era la magia de la tierra la que lo había puesto en mis manos, saboreaba mi victoria. Además, iba hacia la reina; y con la oscuridad, llegó el deseo.

En Salamina, al otro lado del estrecho, las lámparas ardían en las casas. Pensé en mi hogar, en mi familia y en Calauna, que estaban del otro lado de las aguas. Todo me era extraño allí, salvo el mar, que era el mismo que llevara a mi padre hacia mi madre. Me solté el cinto, me quité la túnica y se la di a la sacerdotisa. Ella me clavó los ojos, sorprendida; pero me lancé al agua y nadé más allá de todos, hasta internarme en el estrecho. Detrás de mí, las antorchas parecían una rompiente de fuego a lo largo de la playa; y arriba brillaban las estrellas.

Durante algún tiempo, guardé silencio, mientras flotaba en el mar. Luego, dije:

—¡Poseidón el de los cabellos azules, sacudidor de la tierra, caballo-padre! Eres el señor de la diosa. Si serví bien tu altar en Trecén, si estabas allí cuando me engendraron, guíame hacia mi moira. Sé mi amigo en este país de mujeres.

Me volví para regresar a nado, sumergido en el agua. Junto al roce en los oídos, percibí la vibración de la marejada y pensé: «Sí, él me recuerda». Y volví nadando hacia las antorchas y allí estaba la suma sacerdotisa, agitando su tea y gritando hacia todas partes: «¿Dónde está el rey?».

Parecía una vieja nodriza cuyos niños han crecido demasiado para ella. Eso, supongo, fue lo que me hizo nadar bajo el agua y surgir riendo delante de sus narices, hasta tal punto que dio un salto y poco le faltó para dejar caer la antorcha. Casi esperé una bofetada. Pero se limitó a mirarme, murmurando algo en el habla minoana y cabeceando.

Mientras volvía, completamente mojado, me extrañó notar que las heridas me escocían a causa de la sal; el combate se me antojaba ya algo muy lejano. En cuanto al pueblo, habría podido creerse que Cerción nunca había existido. Pero mientras yo miraba más allá del campo de lucha, iluminado por las antorchas, vi junto a la grieta de la roca a la mujer que lo llorara, de bruces sobre la desnuda piedra, desgredada e inmóvil como una muerta. Algunas mujeres le gritaban desde la escalinata, censurándola. Poco después, bajaron sin parar de hablar, la levantaron y la condujeron al palacio. En el santuario, me secaron y untaron con aceites, y me peinaron de nuevo; luego, me trajeron una túnica bordada, un collar de girasoles de oro y el anillo del rey. La diosa estaba tallada en el oro, con mujeres que la adoraban y la pequeña imagen de un adolescente. Yo tenía un corte en el pómulo, donde Cerción me había golpeado con el puño.

Cuando estuve listo, pedí la espada. Dijeron, sorprendidas, que no la necesitaba.

—Así lo espero —dije—. Pero, como voy a la casa de mi esposa y no ella a la mía, es natural que la lleve.

Ellas no lo comprendieron. Yo no podía decir que era la espada de mi padre; pero cuando manifesté: «Me la dio mi madre», me la trajeron en el acto. Los hijos de la tierra lo heredan todo de sus madres, hasta los nombres.

Fuera, había una guardia de jóvenes que cantaban y músicos. No me condujeron al palacio, sino al recinto de abajo. La canción era en minoano, pero todo lo daban a entender los lascivos gestos histriónicos. Uno cuenta con algunas bromas cuando le traen a la novia, pero todo tiene un límite. Además, pensé, yo sabía qué me esperaba y no necesitaba maestros.

La canción se trocó en himno. Era la canción del cereal de aquellas tierras, en la que se cuenta cómo brota toda una espiga donde se ha sembrado una semilla, gracias a la Madre Día, de cuyo vientre nace todo. Luego, cantaron las alabanzas de la reina, aclamándola con la palabra Core, su nombre no prohibido. Poco después, llegamos a los peldaños que penetraban bajo tierra. Inmediatamente cesó la canción y reinó el silencio. La sacerdotisa apagó su tea y me tomó de la mano.

Me condujo hacia abajo, entre tinieblas, por un pasaje tortuoso, y luego subimos un breve trecho. Las paredes se separaron más y percibí un perfume de mujer. Recordé habérselo notado a la reina al andar junto a ella, intenso como el del asfódelo. La sacerdotisa me soltó; oí alejarse sus pasos y que su mano rozaba las paredes. Me desnudé y dejé la roja detrás de mí, conservando solamente mi espada en la mano izquierda. Después, me adelanté y palpé la cama. Dejé apoyada la espada, alargué los brazos y encontré a la reina. Me asió de los hombros y, luego, bajó las manos; y lo que yo había aprendido con las muchachas de Trecén me pareció una bagatela, como los juegos de los niños antes de tener conocimiento. De pronto, ella gimió como una virgen. Hubo un estrépito de címbalos y un resonar de cuernos. La luz de las antorchas me cegó; oí mil voces que reían y vitoreaban. Entonces me di cuenta de que estábamos en una caverna con las puertas de la boca cerradas; el pueblo había estado esperando fuera, para verlas abiertas.

Por un momento me sentí demasiado aturdido para moverme. Luego, se me encendió la cólera como arden las montañas en verano. Aferré la espada, di una voz y me precipité hacia la puerta. Pero entre gritos y chillidos, me vi detenido por aquella multitud de mujeres que habían estado contemplando el espectáculo en primera fila. Todas gritaban y proferían exclamaciones, como si yo fuera el primer hombre que vieran enojado por semejante causa. Nunca, hasta el día de mi muerte, comprenderé a los hijos de la tierra.

Repelí a las mujeres y cerré las puertas con estruendo. Luego, regresé a zancadas y me incliné sobre el lecho.

—¡Ramera descarada! —dije—. Mereces la muerte. ¿No te avergüenzas de ti misma? ¿No tienes respeto por mi honor? ¿No podías haberme prestado a algún hombre de tu casa para que vigilara la puerta, ya que yo no he traído a un amigo? ¿O no tienes parientes para cuidar del decoro? En el país de donde vengo, el más humilde de los campesinos se tomaría una sangrienta venganza por esto. ¿Soy un perro, acaso? La oí respirar, jadeante, en las tinieblas, que parecían más negras después de la luz de las antorchas.

—¿Qué pasa? —dijo—. ¿Te has vuelto loco? Siempre se hace la exhibición.

Quedé atónito. No sólo con Cercián, sino también con quién sabe cuántos hombres antes de él, ella se había exhibido ante el pueblo. Fuera resonaba la música, una estrafalaria melodía ejecutada por flautas y liras; los tambores martilleaban como la sangre en los oídos. La reina dijo:

—Ahora ya se acabó. Ven aquí.

La oí rebullirse en la cama. —No —dije—. He bebido veneno. Has humillado mi hombría.

Percibí la fragancia de su cabello y sentí su mano sobre mi cuello.

—¿Qué me ha hecho la Madre al mandarme a un salvaje domador de caballos de los hijos del cielo, y a un auriga de ojos azules sin ley ni modales ni respeto por nada? ¿No entiendes siquiera que hay la hora de la siembra y la de la cosecha? ¿Cómo puede confiar el pueblo en la cosecha, si no ve que la siembran? Ya hemos hecho lo necesario; no nos pedirán más. Ha llegado el momento de gozar nosotros.

Su mano se deslizó sobre mi brazo, entrelazó sus dedos con los míos y los apartó de la empuñadura de la espada. Cuando me hubo atraído más cerca, olvidé que lo que ella sabía se lo habían enseñado unos muertos cuyos huesos yacían cerca de nosotros, bajo el peñasco. Los tambores aceleraban el ritmo y las flautas sonaban con creciente estridencia a cada golpe de los címbalos. Aprendí más en aquella noche que en tres años enteros con las muchachas de Trecén.

Capítulo dos

Cuando, con el frescor de la mañana, nos hicieron subir al palacio y vi, desde la terraza superior, la centelleante estela que trazaba el sol sobre el mar, pensé: «Hace apenas cuatro días que salí de mi casa, y heme aquí convertido en rey».

En Eleusis, nada les parece lo bastante bueno para el nuevo rey. Ahogan sus días en miel. Recibe collares de oro y dagas con incrustaciones, le ponen túnicas de seda de Babilonia, lo ungen con aceite de rosas de Rodas; las bailarinas le arrojan flores; el bardo, por temor a que no comprenda los cumplidos, repite las canciones en griego. Las muchachas suspiran: todas están enamoradas del rey. Las viejas arrullan: es el hijo de todas. Y entre los acompañantes, la guardia de jóvenes de alta cuna que tienen posibilidades de ser reyes, yo parecía el hermano de todos. Al principio, no me di cuenta de que no era el hermano mayor, sino el menor y mimado por todos los demás. Tenía otras cosas en que pensar.

La gran cámara que servía de alcoba daba al sur. Al despertar por la mañana, sólo se veía, por la ancha ventana, el cielo coloreado de rosa, las colinas del Ática, purpúreas al amanecer, y la gran bahía rodeada de tierra. En los muros había pintadas espirales blancas y flores rosadas; el suelo era a cuadros rojos y negros. El lecho era de ébano egipcio, con espigas incrustadas hechas de oro, y tenía un cobertor de pieles de algalia ribeteado de granate. En una jaula de mimbre, junto a la ventana, vivía un pájaro de lisas plumas blancas irisadas, como de nácar, que piaba al salir el sol y que, cuando uno menos lo esperaba, se ponía a hablar. A mí me sobresaltaba y la reina se echaba a reír. Los rayos del primer sol le encendían a ella los cabellos; unos cabellos fuertes y flexibles que, al recogerse, me llenaban ambas manos.

Yo me pasaba todo el día esperando la noche. A veces, me quedaba dormido a mediodía y no despertaba hasta el anochecer; entonces ya no me dormía hasta el alba. Apenas caí en que, en el sacrificio conyugal, aunque yo mataba a las víctimas, era la reina quien las ofrendaba, como si ella fuese el rey. En los juegos, gané la prueba del lanzamiento de jabalina y de salto, y una estúpida carrera de caballos con ponis minoanos. También gané la prueba de tiro con arco, aunque suponía que andaría mal de la vista por falta de sueño.

No hubo torneos de lucha; al parecer, esto ya estaba dirimido. Pero quien crea que tales juegos fúnebres se celebran en honor del rey difunto, se equivoca; eran en mi honor. Cerción había desaparecido de la vista y del pensamiento del pueblo; he llorado yo más a un perro que ellos a Cerción. Y, lo más importante, ahora yo era Cerción. Ése era el título de los reyes en Eleusis, como se les llama Faraón en Egipto y Minos en Creta. Por eso, aquel hombre ni siquiera había dejado un nombre.

Pasaron días y más días, y se reanudaron las tareas de palacio. El ejército se adiestraba en la llanura, arrojando lanzas contra un cerdo disecado o tirando al blanco. Pero eso, por lo que fui viendo, nada tenía que ver conmigo. No era conveniente que los jefes del ejército cambiaran cada año. Las tropas estaban al mando de Janto, el hermano de la reina. Era un hombre corpulento para ser minoano, y tan pelirrojo como su hermana, pero aquel pelo no le sentaba bien. Tenía los ojos bermejos como los zorros. Hay pelirrojos fogosos y fríos, y él era de los fríos. Solía hablarme como un hombre a un muchacho, lo cual me irritaba. Aunque me llevaba una docena de años, poco más o menos, yo era el rey; y, demasiado nuevo aún en Eleusis, creía que eso significaba algo.

A diario, la reina concedía audiencia. Al ver el salón lleno de mujeres, no comprendí, al principio, que atendía todos los asuntos del reino sin mí. Pero las mujeres eran jefes de familia: venían para hablar de litigios de tierras, de tasas o de dotes matrimoniales. Los padres no pintaban nada en Eleusis, y no podían elegir esposa para sus hijos ni legarles un nombre y, menos aún, bienes. Los hombres permanecían de pie en el fondo del salón hasta que las mujeres terminaban de hablar; y si la reina quería el consejo de un hombre, mandaba por Janto.

Una noche, a la hora de acostarnos, le pregunté a la reina si había en Eleusis algo que el rey pudiera hacer. Sonrió y dijo:

—¡Oh, sí! Suéltame el collar, se me ha enganchado en el pelo. —No me moví y me limité a mirarla—. ¿Por qué habría de hacer el rey tareas de amanuense entre hombres viejos y feos? —preguntó. Luego dejó caer el ceñidor y la enagua y dijo, acercándose—: Mira, me oprime aquí y me duele.

Y aquella noche no hablamos más.

Poco después, me enteré por casualidad de que ella había recibido a un embajador de Rodas y ni siquiera me lo había dicho. Lo supe en la terraza inferior; los mayordomos de palacio se enteraron antes. Eso concluyó de irritarme. Nadie me había agraviado así desde la infancia.

«¿Por quién me toma —pensé—. ¿Porque tengo menos barba que su hermano de ojos zorrunos se cree que necesito niñera? ¡Truenos de Zeus! Yo maté a su marido.» La ira me empañó los ojos.

Oí voces a mi alrededor. Los jóvenes acompañantes me escoltaban, como siempre. Yo apenas los distinguía aún; no había tenido tiempo de conocerlos. Me agobiaron a preguntas:

—¿Qué pasa, Cerción?

—¿Te preocupa algo? Pareces enfermo.

—No, más bien se diría que está enojado.

—Cerción... ¿hay algo que yo pueda hacer por ti?

Respondí que no pasaba nada. Era demasiado orgulloso para decir que me habían tratado con ligereza. Pero aquella noche, cuando sus mujeres se retiraron, le pregunté a la reina qué se proponía.

Me miró perpleja. Al parecer, no atinaba a comprender mi enfado. Dijo que no había hecho nada que contrariara la costumbre imperante; y comprendí que así era. En cuanto a tratarme con ligereza... sacudió la melena y se rió de mí entre sus mechones, de soslayo. La mañana siguiente amaneció verde y dorada. Una trenza de cabellos rojos me cosquilleaba el pecho. Las colinas áticas nadaban en una bruma dorada, sobre un mar centelleante, y parecían lo bastante cercanas para darles con una flecha. Pensé que eran extrañas las costumbres de los minoanos y cuán difícil le resultaba a un heleno comprenderlas. Porque ella me había elegido y me había hecho luchar y ungido rey. Sin embargo, ni ella ni nadie me preguntaron si consentía en mi moira.

El pájaro blanco despertó y pió. La voz de ella, desde la cama, dijo, completamente despierta:

—Estás pensando. ¿En qué? —Le di la respuesta que más le gustaba. Yo era el primer heleno con quien se había casado. Desde ese día, desperté de mis sueños. Había pasado los largos días de Eleusis durmiendo, bailando o luchando con los jóvenes, tocando la lira o contemplando el mar. Ahora, comencé a buscar una ocupación. No es propio de mí estar ocioso.

Los acompañantes eran quienes se hallaban más cerca de mí. En caso de estallar una guerra, yo tendría por lo menos el mando de mi guardia. Aunque Janto mandara las demás tropas. Era hora de prestarles alguna atención. Estos jóvenes, como digo, nunca se separaban de mí, salvo cuando estaba en la cama con la reina. Todos eran bien formados, educados y presentables, pues de lo contrario no habrían desempeñado aquellas funciones; los habían elegido para esas actividades, no para hazañas de armas.

Yo no necesitaba de su protección, porque en Eleusis ningún delito era más espantoso que matar al rey antes de que le llegara la hora. Después de sufrir muchas torturas, al asesino lo encerraban vivo en una tumba, para que las hijas de la noche hicieran con él a su antojo. El caso había sucedido en tiempos remotos y, aun así, ocurrió sólo debido a una circunstancia lamentable. Pero los acompañantes eran un adorno del rey, que el pueblo gustaba ver a su alrededor.

Todos hablaban más o menos bien el griego, lo cual era allí el rasgo distintivo de los señores. Cuando empecé a hablar con ellos me parecieron muy frívolos, comidos de mezquinos celos y rivalidades; sufrían con los desaires como un gato con el agua y competían entre sí constantemente. Yo les inspiraba curiosidad por ser heleno y, según supe más tarde, a causa de un oráculo sobre mi persona que se le había ocultado al pueblo. Recordé la risa del difunto rey; pero eso no me revelaba nada.

A juzgar por lo que había visto hasta entonces, aquellos jóvenes habían hecho poco más que jugar a la guerra. No les faltaban bríos, por lo que supe que los reyes no se habían preocupado mucho por el futuro de más allá de su reinado. Pero yo, dondequiera que esté, he de meter baza.

Los hombres se enmohecen pronto con los ejercicios de patio; por eso, los llevé a las colinas. Al principio, iban de mala gana; los eleusinos son gente del llano y desprecian las montañas, por ser tierras yermas que sólo sirven para los lobos y los salteadores. Les pregunté cómo se las componían cuando les robaban el ganado, si no conocían las fronteras. Acogieron estas palabras sin inmutarse y me confesaron que, en efecto, los megarenses se llevaban a menudo sus rebaños tratando de compensar las pérdidas que les causaban los bandidos del otro lado del istmo.

—Bueno —dije—. A eso hay una sola respuesta. Debemos conseguir que nos teman más.

Por lo tanto, hice trepar a mis guardias; capturamos un gamo y asamos nuestra presa junto a un arroyo de montaña, y los jóvenes disfrutaron de la jornada. Pero, cuando regresábamos, uno de ellos me dijo:

—No se lo digas a nadie, Cerción. Seguro que la próxima vez te lo impedirán.

—¡Ah! —dije, frunciendo el entrecejo—. ¿Quién me lo impedirá, en tu opinión?

Hubo murmullos y oí decir:

—¡Tonto! ¿No comprendes que es heleno?

Luego, alguien dijo cortésmente:

—Mira... Trae muy mala suerte que el rey muera a destiempo.

Esto era cierto. Hay una canción minoana sobre un joven rey que vivió en tiempos remotos y a quien mató un jabalí, pese a que la reina le había prohibido cazar. Dicen que las anémonas están teñidas con su sangre. Aquel año se malogró la aceituna y nadie sabe si hubo alguna otra consecuencia funesta.

No obstante, volvimos a las colinas al día siguiente y también al otro. Eleusis está entre dos reinos helenos; cuando a los adolescentes les pesaba la férula de sus madres, miraban de reojo las tierras de los hombres. De manera que salíamos en secreto y ellos se sentían contentos consigo mismos. Yo les regalaba como premios mis trofeos de caza, que no podía exponer en el palacio; pero debía tener cuidado para que no riñeran entre ellos, siendo tan dados a la rivalidad. El tiempo fue transcurriendo así; cuando nos hubimos acostumbrado a nuestra manera de hablar, nos creamos un lenguaje propio, un griego-minoano entretejido de bromas y retruécanos. Nadie podía entenderlo, más que nosotros.

Cierto día, habiéndonos dispersado por la montaña, oí que se gritaban: —¡Se nos ha perdido el Chico!

—¿Dónde está el Chico? ¿Lo has visto?

Aparecí, y alguien dijo:

—Ahí está.

Había soportado muchas cosas en Eleusis, pero no estaba dispuesto a tragarme una insolencia. Me adelanté, recordando que todos creían que yo tenía diecinueve años y que el mayor de ellos no contaba más de veintiuno.

—Al próximo que me llame Chico, lo mato —dije.

Todos me miraron boquiabiertos.

—¿Y bien? —dije—. Aquí estamos en la frontera. El que me mate puede huir; o puede tirar mi cadáver por un tajo, si lo prefiere, y decir que me caí. No me esconderé entre las faldas de la diosa. Pero veamos antes quién es capaz de matarme. ¿Quién me cree un chico? Que dé un paso adelante y lo diga.

Hubo un silencio; luego, el mayor, un joven llamado Bayo, que tenía una espesa barba, dijo:

—Pero, Cerción, si nadie quiere insultarte aquí... Todo lo contrario.

Muchos confirmaron sus palabras, gritando:

—¡Es el nombre que te damos!

Y también:

—Cerción no es nada, es un nombre frío.

Y:

—Todos los buenos reyes tienen apodos.

Y uno de ellos, siempre audaz y temerario, dijo, riendo:

— Todo es fruto de nuestro afecto, Cerción. Bien sabes que puedes contar con nosotros cuando quieras.

Dos o tres más gritaron algo, corroborándolo, entre bromas y veras; y, momentos después, dos de ellos empezaron a luchar.

Les di licencia para alejarse y le resté importancia al asunto. Todo el mundo sabe que entre los minoanos suceden muchas cosas así; y no hay de qué asombrarse. Se debe a que esos jóvenes siguen atados a las faldas maternas cuando ya son hombres. Sus madres hasta les eligen esposa. Luego, van a casa de su mujer y cambian una enagua por otra. Cuando un hombre vive así, se enorgullece más del amigo a quien puede elegir, que lo admira y remeda y se jacta de su amistad, que de las mujeres de su casa. No veo razón para desdeñar esta conducta; la mayoría de las costumbres tienen un motivo; incluso entre los helenos, cuando hay una guerra larga, las muchachas escasean y los jefes tienen preferencia con ellas, las amistades entre los jóvenes se hacen más tiernas.

Uno puede ser, como yo, un hombre con las mujeres y, sin embargo, no disgustarle tener amigos en un país extraño, o una guardia leal. Si hubiesen sido quisquillosos o molestos, me habría preguntado, al ser joven, cómo los soportaría; pero, por una vez, ser rey significaba algo.

—Bueno —les dije—. En mi país, hasta los reyes tienen nombre. El mío es Teseo.

Y empezaron a emplearlo, aunque aquello iba, sin duda, contra la costumbre imperante.

Si yo hubiese preferido a alguno, habría habido derramamientos de sangre e interminables intrigas; he oído contar cosas así. Pero bastaba con tener cuidado. Unos pocos hablaban en serio; otros eran volubles, tenían sus propios amigos o estaban enamorados de muchachas, por lo general, de muchachas con las que sus madres no querían casarlos. Me exponían problemas de esa índole y, cuando me era posible,

yo defendía su causa ante la reina. Pero hiere el orgullo de un hombre engatusar a una mujer por no poder hacer otra cosa. Como cuando era niño, empecé a buscar maneras de probarme a mí mismo. Me habría gustado una guerra; pero al oeste estaban los megarenses, amigos y parientes de mi padre; y al este, mi progenitor.

Había oído hablar mucho de las guerras de ganado con Megara; algunos de mis jóvenes eran lo bastante mayores para haber intervenido en la última personalmente. El rey Niso, decían, era demasiado viejo, para combatir, pero su hijo Pilas sabía pelear por dos. Supe, por alusiones recogidas aquí y allá, que el hermano de la reina no era muy querido por sus soldados. Nadie ponía en duda su valor, pero le consideraban despótico y ávido de botín. Entre las tropas había una expresión proverbial: «La parte de Janto».

Mi abuelo me había dicho: «Cuídate al pasar por Megara de no causar ningún agravio o tendrás gresca. El rey Niso es el único aliado seguro de tu padre; es hermano de tu abuela. El rey Pandión huyó de Atenas durante las guerras por el reino; tu propio padre nació en Megara». Al acercarse el otoño, tenía presentes esas palabras. Es la época de las incursiones, antes de que el invierno cierre los caminos. Una vez en el campo de batalla —pensé—, sería lamentable no desafiar a Pilas a singular combate; si no lo hiciera, entonces sí que el pueblo podría llamarme el Chico. Pero, tanto si lo mataba yo como si me mataba él, mi padre saldría perdiendo. Comencé a temer tanto esta guerra como podría temerla un hombre que tuviera miedo de combatir.

Mientras yacía al amanecer en mi pintada alcoba, meditando, antes de que el blanco pájaro piara con la luz del sol, comprendí que era hora de escapar a Atenas. Pero ¿cómo? Le habría sido más fácil a un esclavo que a un rey. Yo estaba siempre entre gente, bailando en las fiestas o desfilando en el cortejo del sacrificio (aunque nunca lo ofrecía); adondequiera que iba, la guardia me acompañaba; y de noche, bastaba con que me moviera en la cama para que la reina se despertase. Las cacerías eran en las colinas; pero yo sabía que los acompañantes, suponiendo que estaría herido en alguna parte, enviarían los perros a buscarme. Además, los castigarían por haberme perdido; los matarían, muy probablemente; y empezaba a sentirme responsable de ellos. Estando tan a menudo en su compañía, no podía evitarlo.

Además, en el caso de que lograra huir, llegaría a la corte de mi padre reducido a la condición de mendigo fugitivo y quizá la reina lo amenazaría con una guerra. ¡Hermoso papel haría yo huyendo de una mujer! Quería llegar a presencia de mi padre hecho un hombre de quien se ha oído hablar. Para que él dijera, antes de reconocermelo: «¡Ojalá yo tuviera un hijo así!».

«¡No! —pensé—. ¡Por el inmortal Zeus! Tengo tiempo por delante. El otoño, el invierno y la primavera. Si no llego a Atenas a cara descubierta y precedido de mi fama, merezco quedarme en Eleusis y aceptar la moira de sus reyes.» Observé lo que me rodeaba, escuché y pensé. Cavilé sobre los megarenses y sobre Pilas, el hijo de Niso, que tenía fama de buen guerrero. Sólo había una manera de rehuir el combate con él y conservar mi buen nombre: de algún modo, y muy pronto, debíamos hacernos amigos. Pensé en tal o cual recurso; pero, con todo, no veía la manera de lograrlo.

Mientras tanto, la noche conservaba su dulzura; a la canción del arpista, durante la cena, parecía siempre sobrarle un verso. Pero yo no me preguntaba ya cómo podría abandonar a la reina. Nunca le hablaba de asuntos de estado en presencia de nadie, por temor a que me humillara con respuestas que supusieran un desaire; pero si lo intentaba de noche, ella me acariciaba como a un niño. En mi país, cuando yo apenas tenía diez años, mi abuelo solía tenerme a su lado, en silencio, mientras dictaba sus veredictos, y me preguntaba después mi opinión. Aquí, algunos litigantes se dirigían a mí con sobornos, buscando ganarse mi favor, como si yo fuese una concubina. Desde luego, se trataba de mujeres y por eso no podía partirles la boca.

A menudo, veía en palacio a los hijos de la reina. Sólo eran cinco, aunque ella se había casado con diez reyes. Con el último no había tenido ninguno; y yo esperaba, como todo hombre, que conmigo sí se embarazara. Pero, a veces, oía hablar a las nodrizas y se habría dicho que aquellos hijos eran un favor dispensado por ella a sus padres; como si eligiera a qué reyes les daría hijos. Por eso, nunca se lo pregunté. Sabía que, si descubría que me consideraba indigno de engendrarle un hijo, me irritaría demasiado para responder de mis actos.

Cierto día, ella se enteró de que yo había perseguido un leopardo. A juzgar por la reprimenda, se habría creído que me habían sorprendido trepando a un manzano con mi primer par de pantaloncitos. Quéde estupefacto. Mi propia madre, que me recordaba como un chiquillo desnudo como un gusano, no habría dicho semejantes cosas. Luego, urdí respuestas, pero ya era tarde. Aquella noche, en la cama, le volví la espalda, pensando que eso era algo contra lo cual se vería impotente. Pero hasta ahí me venció; sabía de esas cosas. A la mañana siguiente, mis ojos se abrieron antes del canto del gallo y me sentí avergonzado. Comprendí que debía hacer algo para recobrar mi buen nombre. No estaba dispuesto a ser un hombre durante la noche y un niño durante el día por darle gusto a una mujer.

Volvería a cazar, pensé; y, esta vez, sería algo grande. Hice saber a los pastorcitos de la montaña que agradecería cualquier información sobre presas. No tardó en venir a verme uno de ellos.

—Cerción —dijo—, la gran jabalina Fea está en los montes de la frontera. Viene de Megara y tiene su cubil en la Montaña Rajada. Dicen que tiene allí una carnada de jabatos. —Siguió hablándome del animal; yo ya sabía algo sobre el asunto. Los megarenses afirmaban que tenía alojada en el flanco una punta de lanza y que por eso aborrecía a los hombres; cuando nadie la acosaba, salía de su escondite y mataba a los campesinos porque sí. Ya había causado cinco víctimas.

Esa era precisamente la presa que yo estaba buscando. Le di al niño un regalo que le hizo pegar saltos de alegría.

—¡Ojalá la buena diosa te dé a ti otro tanto, Cerción! El rey Niso ha puesto precio a esa bestia: un trípode y un buey. —Esto me sugirió una idea—. Lo llamé de nuevo cuando se iba y le pregunté—: ¿Caza en la frontera Pilas, el hijo de Niso?

El pastorcillo me respondió:

—Lo hará sin duda, señor, ahora que el jabalí está allí. Siempre lo persigue.

—Avísame, si lo veis —le dije. Me trajo la noticia pocos días después.

Reuní a mi guardia y dije a los jóvenes:

—Tengo noticia de que hay una brava fiera en las colinas.

Al oír esto, el más indisciplinado de ellos, un adolescente moreno llamado Amintor, profirió un aullido que se tragó en seco. Oí que la voz de alguien proponía una apuesta. Desde luego, sabían que yo había recibido órdenes. No hay lugar para los chismes como un palacio de mujeres, donde todos saben a medio día cuántas veces ha abrazado uno a su esposa la noche anterior. Todos habían estado esperando a ver qué haría yo. Los eleusinos gustan de los hechos dramáticos más que del vino.

—Pilas de Megara y sus amigos creen que podrán acorralar a la jabalina de Cromión. No creo que debamos permitir que eso suceda, puesto que el animal está en nuestro territorio, a este lado de la frontera.

A los jóvenes se les agrandaron los ojos. Los vi propinarse codazos y susurrarse, lo cual me sorprendió bastante, no teniéndolos yo por asustadizos. Luego, alguien dijo:

—¡Una jabalina! Entonces me acordé de que esos animales son sagrados en Eleusis. No me hizo ninguna gracia; desde que había tenido noticia de Fea, me había propuesto perseguir al animal. Pero, cuando volví a pensarlo, se me ocurrió que acaso fuera para bien.

—Tranquilizaos —dije—. Tenemos que partir antes de que el sol esté alto. Pilas nos lleva la delantera.

Temía que alguno de ellos se acobardara y nos delatase. Si los mantenía juntos, se estimularían unos a otros. Ahora estaba de moda entre ellos ser heleno.

Partimos mientras la reina celebraba audiencia. Nadie lo notó. Yo había obrado con maña y no guardábamos nuestras lanzas ni el resto del equipo guerrero en Eleusis. Estaban en una caverna de una finca de la montaña. Al llegar allí arriba, descansamos de nuestra larga ascensión, y el hermano del pastorcito, que acechaba la presa, nos trajo noticias. Los hombres de Pilas habían acorralado ya a Fea; pero el animal se había abierto paso entre ellos, después de matar a dos perros y de destrozarle la pierna a un cazador. La lluvia borró su rastro; y el niño, para reservarnos el animal, les había dado a los megarenses una pista falsa. El jabalí seguía en el mismo sitio donde se había ocultado.

La lluvia se cernía sobre las colinas; bajo las oscuras nubes azulencas, el perfil de la montaña parecía negro y amenazador. Allá abajo, a lo lejos, se extendía la llanura y la playa de Eleusis bañadas en tenue luz solar. Era como si la negrura nos acompañase. Uno de los guardias, que era pequeño, atezado y mi-noano ciento por ciento, dijo:

—Quizá la diosa esté enfadada.

Miré el oscuro matorral y las rocas desmoronadas, bajo la negrura de las nubes, y me estremecí. La Madre de Eleusis no se parece a la Madre de Trecén. Pero yo era heleno; me había comprometido en presencia de todos mis hombres; para retroceder ahora, más me valía estar muerto.

—La señora tendrá su parte y también Apolo —dije.

Cuando nombré a los dios, una mancha de sol inundó la ladera.

Entre un montón de rocas desprendidas en un antiguo alud, recostadas unas contra otras y entremezcladas con árboles incipientes, estaba el cubil del jabalí.

Colocamos las redes lo mejor posible. No estaban clavadas en firme porque había rocas bajo la tierra. Cuando estuvieron en su sitio, soltamos los perros; los animales se mostraron ansiosos de ir, pero no tanto de quedarse. Comenzaron a salir algunos, tambaleándose entre las rocas, ladrando y aullando. Regresaban cada vez más; y entre ellos salió, como vomitado por la montaña, algo que parecía un canto rodado negro. Luego, vi que era un ser vivo.

Yo había pensado: «Bueno, sólo una lechona puede ser tan grande». Me sentí bien recompensado por mi presunción. Los jabalíes machos que habíamos cazado en mi patria eran lechoncillos a su lado. Parecía un superviviente del mundo de los titanes y de los gigantes nacidos de la tierra que sobreviviera en una solitaria grieta de las colinas. Sólo que no era vieja, los grandes colmillos curvos de su larga jeta negra parecían blancos y frescos donde no estaban ensangrentados. Yo no había valorado debidamente el coraje de los megarenses; no se habían asustado de una nadería.

«¿Dónde me he metido? —pensé—Tengo la muerte ante mí y la vergüenza a mis espaldas. Y la muerte me acecha detrás, también, si mis propios hombres me desprecian.» Los jóvenes de la guardia estaban atemorizados: consideraban un presagio las dimensiones del animal.

Ahora, la fiera estaba en las redes, debatiéndose y resollando. Me adelanté para aprovechar mi única buena oportunidad. Al cabo de un instante, las estacas saltaron de la tierra y el jabalí avanzó, arrastrando la maraña de redes y rodeado de perros. Si yo no lo detenía ahora, se metería entre los acompañantes. Pero no lograría detenerlo. No pesaba lo bastante.

Cerca, había una roca alta, con una cara lisa que miraba hacia el jabalí. Era mi última esperanza. El animal se detuvo, desorientado por las redes que lo envolvían. Con suerte, eso aminoraría su embestida. Salté apoyándome en mi lanza, recosté la espalda contra la roca y apunté al jabalí. El movimiento llamó la atención al animal, que se lanzó derecho hacia mí.

Tropezó en el camino. Aun así, necesité todas mis fuerzas para detener su embestida y evitar que se me partiera la lanza, que le penetró en el pecho por debajo de la paletilla. Yo había apoyado el mango contra la roca que tenía a mi espalda. Fue el peso del propio jabalí, no el mío, lo que le clavó la lanza. Pero era yo quien tenía que sostenerla en aquella posición.

El jabalí odiaba a los hombres. Comprendí que, revolviéndose, tironeando y gruñendo, no luchaba por su vida sino por la mía. Sujeto por mi delgada lanza a aquella descomunal fuerza de la naturaleza, me sentía ligero como la hierba; me veía golpeado y magullado contra la roca que tenía a la espalda, como si la propia montaña tratara de matarme sobre su pecho, como a un mosquito molesto. Mi lanza podía quebrarse en cualquier momento. Entonces, cuando me preparaba para aguantar la embestida, el jabalí dio un tirón y poco faltó para que se me dislocara el brazo. Me sentí casi perdido; y el animal volvió a tirar. Debí de alterar la dirección de la punta de la lanza. Se retorció y revolvió una vez más, con tanta violencia que destrozó el mango de la lanza contra la roca; pero era la última convulsión de la agonía.

Permanecí inmóvil y jadeante, demasiado agotado al principio para sentir o saber nada. Cuando me recosté contra la roca, mi sangre se adhería a ella como el almuérdago. Luego, me pareció oír, muy lejos, los vítores de los acompañantes; y aunque los pies apenas me sostenían, la vida resucitó dentro de mí. Me sentí como se siente el hombre que ha hecho lo que le destinaban los dioses: libre, radiante y colmado de felicidad. Los acompañantes se abalanzaron a mi encuentro. Entusiasmados, gritaban: «¡Chico, Chico!» Y me lanzaron a los aires. Ya no me importaba aquel apodo, pero me dolían las magulladuras. Pronto, al ver la sangre, me dejaron en el suelo y se acusaron y censuraron unos a otros. Dije:

—Bastará con grasa de jabalina.

Pero un hombre que estaba en la ladera replicó:

—Tengo un poco de unguento. Está a tu disposición.

Vi a un guerrero heleno de unos veintiocho años. Su cabello rubio estaba trenzado y recogido para la caza; tenía la barba recortada, el labio superior bien afeitado y los ojos de un gris claro, brillantes y vivaces. Lo seguía un joven con lanzas para cazar jabalís y un grupo de cazadores. Le di las gracias y le pregunté, por guardar las formas, si era Pilas, hijo de Niso, aunque sabía que lo era. Se notaba en todos los detalles.

—Sí —dijo—. Me has arrebatado mi presa, muchacho, pero el espectáculo me ha salido barato. Tengo entendido que eres el Cerción de este año, el que ha venido por el istmo.

Le dije que sí y pareció apenarse al oírlo, lo cual me resultó extraño después del tiempo que llevaba en Eleusis. En cuanto a lo de llamarme muchacho, no se podía esperar razonablemente que el heredero de un reino heleno tratara a quien era rey por un año como si perteneciera a la realeza.

—Sí —dije—. Soy Cerción, pero me llamo Teseo. Soy heleno.

—Eso parece —dijo él, mirando el jabalí.

Y llamó a su portalanzas para que me untara la espalda con aceite. Me alegró saber que era un noble, ya que se trataba de su primo.

Mientras tanto, una muchedumbre se había agolpado a nuestro alrededor y oí que varios de mis jóvenes insultaban a los megarenses. Esto podía provocar conflictos enseguida, tratándose de hombres que acababan de estar en guerra. Les hice señal de que callaran, pero estaban demasiado satisfechos de sí mismos. Cuando me iba, Pilas dijo:

—Puedes reclamarle la recompensa a mi padre: un trípode y un buey.

En medio de todo aquel alboroto hasta yo me había olvidado del premio, aunque era precisamente lo que buscaba. Nada habría podido complacerme más.

—¡Escuchad! —grité—. He aquí a un hombre que no conoce la mezquindad. Aunque ha perdido su presa, me recuerda que debo reclamar el premio.

Entonces, los acompañantes se sosegaron, avergonzados, y yo dije:

—El buey será nuestro festín de la victoria, porque la presa pertenece a la señora y a Apolo. Lo asaremos aquí e invitaremos a estos guerreros a compartirlo con nosotros.

Pilas parecía hombre capaz de aguantar una broma y por eso le dije, aparte:

—La carne de puerco les está prohibida, pero el buey de Megara siempre es dulce al paladar.

Se echó a reír y me dio una palmada en el hombro. Entre las rocas, había unos jabatos que chillaban.

—¡Por Zeus! —dije—. Olvidaba la camada. Si tu padre quiere a esos animalitos, llévaselos con mis saludos.

Pilas envió a un hombre a las rocas. La camada constaba de cuatro hembras y siete machos; de modo que le habíamos ahorrado algunos problemas a la gente de aquellos lugares.

Mis hombres se pusieron a desollar el jabalí. Más tarde, me hice un buen casco de guerra con su piel y sus dientes; el cuero se trabajaba bien, era flexible y resistente. Antes de que acabaran de desollarlo, volvieron los enviados de Pilas con el premio. También trajeron leña para el asado y para quemar la ofrenda. Vi a Pilas perplejo cuando mis minoanos ofrendaron a Apolo; pero por entonces era ya una costumbre de mi guardia. Estimaban al dios que protege a los hombres de la ira de las diosas y sabe mantener a raya a las hijas de la noche. Lo que no había logrado yo era que apreciaran a Poseidón. En Eleusis, los maridos de la madre, como los de la reina, tienen poca importancia.

Con todo esto, habíamos llegado a la hora en que las sombras se alargan. Las nubes se habían disipado y una luz color vino dorado bañaba las montañas. Dije yo a Pilas:

—No se puede andar por estas montañas a oscuras, pero sería una lástima abandonar este festín como si estuvieseis de marcha. ¿Por qué no buscar un refugio al amparo del viento, y hojas y ramas sobre las que dormir? Entonces, podremos cantar y contar historias hasta la medianoche.

Se le abrieron los vivaces ojos y me pareció que iba a reírse. Pero aquella expresión se borró de su rostro y dijo cortésmente que nada sería más de su gusto. Me volví hacia mis hombres y los vi a todos reunidos en un apretado grupo. Bayo se me acercó y me susurró al oído:

—Teseo, ¿no será esto ir demasiado lejos?

—¿Por qué? —repliqué.

—Has de saber que el rey nunca duerme fuera —dijo él en un susurro.

Yo no había pensado siquiera en eso, tan satisfecho me sentía de vivir otra vez como un hombre entre hombres. Por nada del mundo me excusaría ahora con Pilas y me expondría a ser el hazmerreír de los helenos.

—Para todo hay una primera vez —dije.

Bayo tomó aliento.

—¿No comprendes? Tu vida pelagra desde que la reina dijo que no. Y has matado un jabalí hembra. Y, ahora, si duermes fuera, ella creerá que has estado con una mujer.

Bayo tenía buenas intenciones, pero había ido demasiado lejos.

—Esas son cosas que se solventan entre marido y mujer. Tú has hablado, Bayo, y yo te he escuchado. Ahora, ve y ayuda a los demás.

Colocaron los asadores y la yesca encendió el fuego. Anocheció y la hondonada se llenó del resplandor de las llamas como se llena de vino el cuenco de las ofrendas. En realidad, sólo nos faltaba vino, cuando llegaron hombres de una aldea que había al pie de las colinas con todo un odre, para agradecernos el haber matado a Fea. Estuvieron contemplando el trofeo y yo pensé: «Cuando oscurezca, la noticia habrá llegado a Eleusis. Bueno. Ya que hemos empezado, adelante».

La carne estaba asada y nuestros dientes, impacientes. Pilas compartió conmigo su copa de cuerno con filete de oro; los demás bebían del odre. Todos cantaban, aprendiendo helenos y minoanos los estribillos ajenos. Al principio, mis muchachos estaban cohibidos y, luego, se soltaron; fueron helenos por una noche, pero con temor al mañana. Yo mismo tampoco lo olvidaba.

Al aumentar el alboroto, Pilas y yo nos acercamos el uno al otro. Era la hora de conversar. Para eso había matado yo a Fea. Pero era más consciente ahora de mi juventud que cuando tenía al jabalí ensartado en mi lanza. A menudo, en Trecén, ayudaba a mi abuelo a agasajar a hombres como aquél. Me mostraba cortés con ellos en el salón; le decía al arpista con qué debía lisonjearlos o les cantaba yo mismo; y los despedía con los regalos que se hacen a los huéspedes cuando bajan del cuarto de arriba, terminada ya su

visita. Por entonces yo era un chiquillo y no participaba en los asuntos de los hombres. Mientras meditaba sobre esto, oí murmurar a un megarenses: —A medida que la reina envejece, los reyes son más jóvenes. Ahí tienes a uno sin barba.

Aquello me favoreció. Porque, como Pilas era un caballero y temió que yo lo hubiese oído, me pidió que contara cómo había matado a Escirón. Eso era darme hecha la mitad de la tarea.

Cuando se reanudaron los cantos, hablábamos aún del istmo. Dije:

—Logré abrirme paso y llegar vivo, y lo hice solo. Pero, a estas horas, algún otro estará robando en el tramo de carretera donde operaba Escirón. Y lo mismo sucederá mientras no se limpie el camino del istmo de extremo a extremo. No es trabajo para un solo hombre ni para un solo reino.

Cantaban ruidosamente; el vino volvía a circular. Añadí: — Dos podrían hacerlo.

Vi brillar sus ojos. Pero Pilas era astuto y había vivido en el mundo diez años más que yo.

—¡Eso significaría guerra! Pero ¿interesaría a los eleusinos? ¿De qué servirían sus rutas marítimas si estuviesen despejadas las carreteras? —Cabeceé; ya había pensado en eso.

—El camino pasa también por Eleusis. Les traería comercio cuando el invierno cierra las rutas por mar. Además —agregué, sonriendo—, su ganado engordará en paz si los megarenses conservan el suyo.

Pilas se echó a reír. Vi que me escuchaba de hombre a hombre. Pero pronto lo perdería si mis palabras le parecían demasiado simplistas o temerarias, y dije:

—Tu padre tendría que negociar con Janto, el hermano de la reina, no conmigo. Pero todos saben en Eleusis que Janto lucha por el botín. Dile que las bodegas de los ladrones están repletas. Eso le hará interesarse.

Pilas me pasó su cuerno de beber y poco después, dijo:

—Lo has pensado todo bien, Teseo. Dime, ¿qué edad tienes?

—Diecinueve años —respondí.

Y casi hasta me lo creí yo.

Me miró y se echó a reír con una risita sofocada.

—¿Qué hicieron en Eleusis? Tendieron trampas para cazar un ciervo y atraparon un leopardo. ¿No lo saben aún? Dime, muchacho, ¿por qué haces eso? ¿De qué te servirá el año que viene a estas horas?

—Cuando mueras, Pilas, te construirán una tumba revestida de piedra labrada. Te pondrán un anillo en el dedo, y en las manos, tu espada; te darán tu mejor lanza y la copa de la que bebes en el salón. Después de cien años, cuando el anillo cuelgue flojo del hueso, los ancianos les dirán a sus nietos: «Ésa es la tumba de Pilas, hijo de Niso, y éstas fueron sus hazañas». Y los niños se lo dirán a sus nietos, y ellos a los suyos. Pero, en Eleusis, a los reyes muertos los entierran en los campos, como estiércol de caballo, y no tienes nombre. Si yo no escribo mi epitafio, ¿quién lo hará?

Pilas asintió y dijo:

—Es una buena razón.

Pero me seguía mirando y adiviné lo que iba a decir a continuación.

—Teseo, he vivido casi treinta años cerca de Eleusis. Sé qué aspecto tiene el hombre que presiente su fin. Los hijos de la tierra lo llevan en la sangre. Van hacia su fin como los pájaros atraídos por la danza de la serpiente. Pero, si la serpiente danza ante el leopardo, es el leopardo quien salta primero. —Pilas era astuto; habría sido estúpido mentirle.

Y dije:

—En el país de donde vengo, los hombres se obligan mediante acuerdos. —Y agregué—: Pero yo podría hallar mi fin en la batalla—. ¿Quién quiere vivir sin un nombre?

—No tú, desde luego. Pero con una levadura como la tuya en acción, podrían cambiar las costumbres de Eleusis. Se cuenta que ocurrieron cosas así en tiempos de nuestros antepasados.

Sus palabras despertaron pensamientos dormidos en mi corazón. Ahora, después de mi victoria, otras cosas parecían posibles y yo era demasiado joven para ocultarlo. Miré hacia el fuego de la hoguera y Pilas dijo:

—Sí. Y podríamos encontrarte un vecino con inquietudes.

Me gustó su franqueza. Nos entendíamos.

—Lo que estamos comiendo no es el buey de tu padre y mi premio —dije—. No sé cuál de nosotros es el huésped y cuál el anfitrión, pero, de todos modos, hemos compartido el fuego.

Escudriñó mi rostro con una de sus habituales miradas penetrantes y joviales; luego, me tomó la mano y me la estrechó.

El fuego se apagaba, las cenizas se volvieron rojas y grises, con algunas chispas doradas; los perros masticaban huesos.

Cuando reinó el silencio, nos recostamos y hablamos en susurros; vi que más de uno de mis minoanos velaba para observar si Pilas me hacía el amor. Convinimos en instigar la guerra para aquel otoño, mejor que esperar hasta la primavera; como yo, él era de los que deciden una cosa y la hacen.

—Pídele a tu padre que diga que Cerción sabe cruzar el istmo. A mis jóvenes no les gusta ser la retaguardia.

Se echó a reír y me lo prometió. Luego, nos dormimos. Yo, bocabajo, porque me dolía la espalda. A la mañana siguiente, cuando emprendimos el regreso, Pilas me dio como regalo de anfitrión su copa con filete dorado. Los acompañantes se quedaron mirándonos y preguntándose si habrían velado el suficiente tiempo por la noche.

Poco después del mediodía, llegamos a Eleusis. Vi que el pueblo nos aguardaba y la gente vitoreó la jeta del jabalí, que dos soldados llevaban sobre sus lanzas. Yo estaba harto de ocultar mis actos como un niño travieso.

No encontré a la reina en la sala del palacio. La niñera principal estaba allí con los niños y la lanzadera pendía del telar. Cuando subí, hallé atrancada la puerta de la alcoba.

Me alejé, sintiendo que me ardía la cara. Era demasiado joven para tomarme aquello con despreocupación. Pensé que se sabría en todo el reino que mi mujer me echaba del dormitorio, como a un esclavo. Cuando golpeé con los nudillos, por segunda vez, oí dentro la risita de una criada; y otras dos pasaron cuando me alejaba, disimulando sus sonrisas. Ella no me trataba con tanto desdén cuando nos acostábamos.

Tenía ante mí la escalera que iba al tejado. La subí corriendo y avisté la terraza real. No estaba muy lejos y sólo había, al fondo, una mujer que tendía ropa. Me deslicé entre los dientes de las murallas, me colgué de las almenas y me dejé caer. Desde niño sabía saltar con agilidad.

Caí de pie y me disloqué un poco el tobillo; no lo bastante para hacerme cojear, pero me dolía y eso agravó mi cólera. Corrí hacia la ventana de la alcoba, abrí de par en par las cortinas y encontré a la reina bañándose.

Por un momento, la situación me recordó el dormitorio de mi madre diez años antes: la camarera, con las horquillas y el peine, el vestido, tendido sobre la cama, el vapor perfumado que emanaba la reluciente arcilla roja. Mi madre era más blanca, y su fragancia, más fresca y primaveral; debía de ser más joven que la reina entonces, pero yo no pensé en nada de esto. Oí la sibilante respiración de la reina y vi su rostro.

En cierta oportunidad, en mi infancia, teniéndome prometida mi preceptor una paliza, entré casualmente antes de lo esperado y lo sorprendí abofeteando a una muchacha del palacio. La zurra fue terrible. También ahora llegaba demasiado pronto. Ella se quedó mirándome, metida en la bañera hasta las rodillas, con el rostro sin pintar y húmedo de vapor, con un pie fuera y estirado para que le cortaran las uñas. Comprendí que me lo haría pagar caro.

Retiró el pie, haciendo caer el cuchillo de la camarera.

—Sal y espera —me dijo—. No hemos terminado.

Como si yo fuese un criado. Era, precisamente, lo que yo necesitaba. —No tiene importancia que no hayáis salido a darme la bienvenida, señora —dije—. Algo os lo impidió. No hablemos más del asunto.

Y me senté en la cama. Hubo revuelo y agitación entre sus mujeres. Pero adiviné, por el silencio general, que la temían. En el cuarto de mi madre, aquello habría sido como un palomar cuando entra el gato.

La reina se sentó muy erguida en la bañera; yo cogí su blusa púrpura y miré el bordado.

—Bonita labor, señora —dije—. ¿Es obra vuestra? —Ella hizo una señal a una de las mujeres, la cual la envolvió en un lienzo blanco mientras se ponía en pie.

—¿Qué significa esta insolencia? ¿Has perdido el juicio? Levántate y vete.

Miré a las doncellas y contesté:

—Hablaremos cuando estemos a solas, señora. Recordemos quiénes somos.

De improviso, ella se abalanzó sobre mí, con la ropa apretada contra su cuerpo y el rojo cabello llamante. No recuerdo ya todos los epítetos con que me obsequió: domador de caballos, bárbaro, hijo de ladrones de ganado, patán del norte, salvaje indigno de vivir en una casa. —Las mujeres se apretujaron junto a la puerta, como ovejas asustadas. Me levanté de un salto, gritando—: ¡Salid de aquí! Y mientras estaban boquiabiertas aún, las empujé afuera y atranqué la puerta.

Volví rápidamente junto a la reina y la aferré de los codos, apartando bien sus manos de mis ojos.

—Señora —dije—, nunca he pegado a una mujer. Pero jamás he conocido a ninguna que se olvidara tanto de quién es. Mi honor no consiente que mi esposa me insulte como si fuera un ladrón. Callaos y no me obliguéis a infligiros un correctivo. No sería agradable para ninguno de los dos.

Por un momento, permaneció envarada entre mis manos. Luego, abrió la boca. Yo sabía que debía de haber guardias cerca de allí. Pero tenía que elegir entre eso y la alternativa de dejar que mandara ella.

Cuando vi que sus ojos miraban hacia donde estaban los guardias, le tapé la boca con la mano. Traté de mordérmela, pero no la retiré. Para ser mujer, era vigorosa. Mientras forcejeábamos, tropezamos y caímos en la bañera, volcándola. Luego, quedamos tendidos en un charco, sobre el suelo a cuadros, entre los olores de los aceites derramados, los ungüentos y los potes rotos del escabel. La sábana de baño, que no le habían ceñido bien al cuerpo, se tornó pesada con el agua tibia y se arrastró por el suelo. «Por una vez, en esta habitación, será un hombre quien diga qué debe hacerse», pensé. En ese mismo instante, sentí un dolor en el hombro, como si me hubiera picado una abeja. Ella había agarrado el cuchillo caído de cortar las uñas. No era muy largo, pero si lo bastante, me parece, para llegarme al corazón; no obstante, yo me había movido haciéndole fallar el golpe.

La sangre se extendió por el lino húmedo formando grandes manchas escarlatas. Mientras, yo seguía tapándole la boca con la mano.

—Piénsalo antes de llamar —dije—. Tus guardias están al otro lado de la puerta; mi daga está aquí. Si me envías al mundo de las sombras antes de tiempo, por Zeus que me acompañarás.

Le di un momento para pensarlo y luego la solté. Respiró hondo —creo que casi la había estrangulado— y entonces, volvió la cara contra el lino ensangrentado y lloró entre espasmos.

Yo era demasiado joven y no me esperaba aquello. Durante unos instantes, permanecí tendido a su lado, mirándola como un tonto, y no se me ocurrió nada mejor que retirar un cacharro roto que tenía bajo la espalda, por temor a que se cortase, mientras mi sangre le caía sobre el pecho. Se la sequé con la sábana y logré contener un poco la herida. Luego, levanté en vilo a la reina, sacándola del charco y de aquel caos, y la llevé a la cama.

Poco después, una de las mujeres rascó en la puerta y preguntó si la reina necesitaba algo.

—Sí —dije—. Que nos traigan vino.

Cuando lo trajeron, yo mismo lo recibí; y después, ya no nos levantamos hasta la hora de encender las lámparas. Habríamos podido quedarnos hasta más tarde, pero ella dijo que debían despejar la habitación antes de la noche. Debo confesar que parecía haber sufrido el saqueo de un ejército invasor.

Después de esto, hubo un periodo de calma en Eleusis. Me propuse complacer a la reina; ahora que le había demostrado que yo no era el perro de nadie, no tenía ganas de pelear. Ya no dormía fuera ni sentía en realidad deseos de vagabundear. Una o dos de sus muchachas me miraban de soslayo, ahora que me creían infiel; pero yo rehuía sus ojos. A veces, veía a la mujer que había llorado a Cerción. Era una de las doncellas encargadas del baño; pero, cuando venía a servirme, yo acostumbraba llamar a otra. Las miradas de odio son más dolorosas cuando uno está desnudo.

Habíamos tenido la primera helada matinal cuando llegaron heraldos del rey de Megara para solicitar a los eleusinos que le ayudaran a limpiar el istmo. Las condiciones eran las que yo había convenido con Pilas: no más incursiones para robar ganado, una participación justa en el botín y paso libre por ambos reinos para el tránsito del otro cuando la carretera estuviese despejada.

Janto convocó una asamblea de guerra en la llanura, junto a la playa. Aquélla era la única asamblea de hombres que autorizaba la ley del país. Asistí con mi guardia y la situé en el lugar habitual. Les dije que hiciésemos una entrada digna, enérgica pero sin fanfarronería, lo cual, a mi entender, caracteriza al hombre que concibe que pueda ponerse en duda su valor. Los guerreros parecieron aprobar ese porte.

Los heraldos megarenses hablaron para exponer los argumentos que los reyes no gustan de escribir en sus cartas. El consejo se desarrolló con sumo orden. Aquellos hombres habían copiado de los helenos el uso del cetro y no vi hablar a nadie sin tenerlo. No tardaron en decidir la guerra, pero los más viejos eran partidarios de esperar hasta la primavera.

Todo esto estaba muy bien para la gente que tenía el resto de su vida por delante. Me levanté y busqué con la mano la vara con relieves de oro.

—En invierno, los hombres se comen la riqueza del verano —dije—. ¿Por qué han de regalarse esos ladrones bastardos durante una estación con un ganado cebado que podría ser nuestro? ¿Y por qué han de calentarles las camas cautivas que cambiarían de dueño de buena gana? —A los jóvenes esto les gustó y aplaudieron—. Además, si nos demoramos tanto, se enterarán de nuestras intenciones —dije—. Eso les dará tiempo de reforzar las torres y de enterrar el oro. Perderemos la parte más rica del botín. Eso, en el mejor de los casos.

Todos opinaron que lo que yo decía era sensato; también Janto se mostró de acuerdo. Recordó a los demás que necesitaríamos dos días de marcha, sin cruzar el mar, y dio su decisivo voto a favor de luchar en otoño.

El heraldo de Megara propuso entonces que Cerci3n, que tenía experiencia en el istmo, acaudillara la vanguardia. Miré a Janto, de quien esperaba que se opusiera de uno u otro modo. Pero, cuando se hizo el silencio y pudo hablar, el hermano de la reina dijo muy cortésmente que no tenía nada que objetar.

Me sentí muy satisfecho de mí mismo. Creía que Janto impediría mi plan. Un par de veces, desde la pelea en la cámara matrimonial, había sorprendido sus ojos clavados en mí. Pensé que mi elocuencia lo había convencido. Un joven es aún más joven cuando se cree todo un hombre.

Capítulo tres

¿Cuál de los placeres de la juventud puede compararse con los preparativos para la primera gran guerra de un joven, cuando embadurna con aceite la vara de su lanza y la prueba, afila espada y daga, y la punta de la lanza, hasta que sirven para cortar un pelo, lustra su carro de combate hasta ver el reflejo de su rostro, suaviza el cuero con cera de abejas, pensando, mientras lo hace, en engañosas estocadas y quites, o ensayando con un amigo y visitando tres veces al día la cuadra para velar sus caballos? Yo estaba preocupado por cómo conseguiría un auriga para el carro, pero Janto me encontró uno. Antes de mi llegada, su tiro era la única pareja de caballos helenos que había en Eleusis. Me alegró verlo tan servicial.

La noche que precedió a nuestra partida me paseé por la terraza inferior y contemplé, al otro lado del campo de lucha, las montañas del Ática que se difuminaban en el borroso cielo del este. Mientras estaba parado en la oscuridad, con los acompañantes no muy lejos, pensé en cuánto decían apreciarme y en si podía atreverme a decirle a alguno de ellos: «Si muero en la batalla, lleva mi espada a Atenas y entrégasela al rey». Pero no había nadie en quien me atreviera a confiar hasta ese punto. «Más vale así —pensé—. La esperanza nunca ha perjudicado a nadie. Así que ¿por qué habría yo de afligirlo?» De modo que me reuní con los demás y me uní a sus risas y payasadas. Daba gusto ver su entusiasmo.

Aquella noche, la reina se levantó pronto de la mesa después de cenar. Cuando la seguí, no hubo muchas palabras, pero no olvidábamos que nos esperaban noches solitarias. Después de nuestro último abrazo, me conmovió sentir sus párpados húmedos. Le dije que reservara eso para el día de mi muerte y no para presentarse ante los dioses.

Pronto me despertaron la trompeta y los gritos de los soldados al formar. Me levanté también para armarme, mientras ella seguía acostada observándome con los ojos semicerrados. El cobertor de piel de algaba con forro púrpura estaba tirado en el suelo de colores. El cabello de la reina parecía tan oscuro como el rojo pórvido a las primeras luces del amanecer.

Me ceñí el cinto, me calcé las grebas y me puse una túnica blanca con flecos, porque el tiempo era glacial. También me calcé los brazales y el collar regio; nunca me ha gustado entrar en combate con aspecto de ser de los que prefieren no llamar la atención. Después de recogerme el pelo, me calé mi nuevo casco hecho con la piel de Fea y miré a la reina sonriendo, para recordarle cómo habíamos hecho las paces después de nuestra riña. Pero ella seguía tendida, inmóvil y soñolienta, sonriendo con la boca pero no con los ojos. En la ventana clareaba el día; el pájaro blanco pió flojito y ella dijo:

—Bésame otra vez.

En el patio, que no se veía, oí el rechinar de mi carro al salir de las caballerizas. Cuando me volví para empuñar el escudo, pensé: «¿Por qué he de enojarme? Aquí soy un lobo entre una jauría de perros. Un minoano no se enojaría. Entre los hijos de la tierra, ningún hombre cuenta con llegar más arriba de lo que estoy yo. Dicen que los hombres vienen y se van, pero el niño se gesta en el vientre. No conozco ningún bien por el cual valga la pena luchar salvo por éste, ser elegido para la Madre, excitar a una mujer y morir; yo no pediría sobrevivir al apogeo de mi fortuna. ¿Por qué estoy tan irritado, pues? ¿Será por ser heleno por lo que la sangre de mi corazón me dice: "Hay algo más"? Pero no sé qué es ni si tiene nombre. Quizás haya algún arpista, hijo y nieto de bardos, que conozca la palabra. Yo sólo lo siento en mi corazón; es una alegría y un pesar».

Pero, como es sabido, no es conveniente ni prudente que un hombre se vaya a la guerra disgustado con su esposa y, menos aún, siendo rey. Por eso no le pregunté por qué seguía acostada, cuando, en realidad, debería haberse vestido para despedirme. Me incliné para besarla; irguió ella la cabeza como una ola atraída por la luna de la primavera y su boca, como espontáneamente, rozó la mía; luego, volvió a dejarse caer en silencio. Durante un momento, permanecí inmóvil; tenía deseos de preguntarle si había concebido un hijo mío; pero no sabía si su silencio era sagrado ni si traería mala suerte romperlo. Por eso no dije nada y me fui.

Después de cruzar la frontera, nos unimos a los megarenses y nos dirigimos al final del camino custodiado. Allí, se internaba en el istmo, donde nadie lo cuidaba y lo invadían las cizañas; y en vez de las atalayas que se yerguen donde rige la ley de un rey, sólo estaban las guaridas de los bandidos, agazapadas entre los roquedos. Algunas carecían de nombre, otras tenían nombre y fama. La primera era el castillo de Sinis.

Se alzaba sobre una ladera cubierta de pinos y era una torre cuadrada construida por titanes, nadie sabe cuándo, con piedra caliza gris oscura. Sinis había instalado allí su cubil, como se aposentan las hienas en las ciudades consumidas por las llamas. Las murallas eran escarpadas; necesitaríamos escalerillas y rampas para tomarla. Cuando fuimos a talar los pinos, comprobamos que era verdad lo que se decía. Vimos amarrados a ellos pedazos de cadáveres, unas veces, un brazo o una pierna, en ocasiones, un tronco. Sinis acostumbraba doblar dos ramas jóvenes, atar a un hombre entre ellas y soltarlas luego. Las cuerdas aún colgaban de los troncos, algunos de los cuales eran ya grandes árboles de cuarenta pies de altura. Sinis llevaba muchos años en el oficio. Y, por si alguien se pregunta si le exigía ese sacrificio algún dios, he de decir que obraba así por placer y que nunca lo disimuló.

Nos apoderamos de la torre al tercer día. Sinis no había terminado de amurallar sus dominios, tan seguro de sí mismo estaba mientras ofrendaba víctimas en aquel execrado bosquecillo. Combatió en su patio como rata acorralada cuando forzamos las puertas; y gracias a mí, lo capturamos vivo, porque reconocí su rostro por haberlo visto al acecho la otra vez que crucé el istmo.

Celebramos unos funerales decorosos para los restos que descolgamos de los árboles; pero había trozos que no logramos alcanzar, además de lo que debían haberse llevado los cuervos. De noche, en el bosque reinaba gran animación, como en una cueva de murciélagos, a causa de las almas de los hombres insepultos que pataleaban y revoloteaban. Les dimos lo que ansiaban. Cuando Sinis vio que doblábamos unas ramas para él, ni siquiera afrontó como un hombre el ajuste de cuentas; sabía lo que era el dolor, luego de haberlo estudiado durante tanto tiempo. Habría que dejarlo colgado, como hiciera él con otros, hasta desangrarse. Pero mientras agonizaba, con la mayor parte de su persona colgada allí arriba y vociferando, sentí náuseas, ya que mi estómago no era tan resistente como el suyo. Me avergonzaba que alguien me viera tratar con demasiadas consideraciones a un enemigo y dije a mis jóvenes que le dispararan flechas para hacer puntería. No tardó un flechazo en acabar con Sinis. Habíamos liquidado previamente a sus hombres. Cuando hubimos sacado del castillo lo que guardaba en los almacenes, así como las mujeres, incendiámos el bosquecillo. Las lenguas de las llamas nos ocultaron la cima de la colina, y el humo se vio en Eleusis.

Acampamos a cierta distancia y llegó la hora de dividir el botín. Janto y Pilas se lo repartieron equitativamente, como era su deber; pero cuando vino Janto a darnos nuestra mitad, la parte que correspondió a mis jóvenes resultó algo peor que mezquina, lo cual era un desaire para mi posición. Debí haberle dicho a Janto lo que pensaba de él; pero, aunque sus tropas no le tenían mucho afecto, por lo menos lo conocían, y yo era un extraño. Por eso dije a la guardia, para que todos lo oyeran: —Esto es lo que opina Janto sobre cómo habéis combatido hoy. Bueno, un jefe militar, que debe velar por todo, no puede estar en todas partes a la vez. Quizás él no os haya observado tanto como yo. Pero yo os haré ver cuál es mi opinión.

Y dividí entre ellos mi parte, sin conservar siquiera a una muchacha con quien acostarme aquella noche y guardándome apenas las armas de los hombres a quienes había matado con mis propias manos. Mis jóvenes se mostraron complacidos y Janto bien poco; de modo que cada cual recibió lo que merecía.

En tres o cuatro días más de guerra, tomamos y quemamos todos los grandes baluartes; pero quedaron muchas bandas pequeñas, cuyos cubiles estaban en las cavernas y en las grietas de las rocas. Recordé, y se las mostré a los demás, sus señales junto a la carretera, un montón de piedras o un trapo atado a una zarza, que indicaban su ruta para que la vieran los que viniesen detrás. Y, entonces, los campesinos, que habían vivido temiéndolos y que tenían que alimentarlos cuando los bandidos no hallaban viajeros que despojar, comenzaron a confiar en nuestra fuerza y a señalarnos sus escondites. Así que los perseguimos hasta sus guaridas o los hicimos salir ahumándolos.

Entre dos de estas batidas, el ejército avanzaba por la carretera, subiendo por donde ésta bordea el acantilado. Yo iba a la cabeza, en mi carro, a paso de marcha, seguido por mi guardia. De pronto, en lo alto, en la ladera de la colina, se oyó un gran fragor y estruendo y cayeron rodando dos o tres grandes piedras del tamaño de una cabeza humana. Caían derechas hacia mí, pero chocaron contra un saliente y saltaron al camino delante de mi carro, dejando profundas huellas antes de caer rebotar al precipicio. Mis caballos se encabritaron y empinaron las orejas. Sentí que se zafaban del auriga, quien debería haberlos dominado mejor que yo por ser más corpulento, y le arrebaté las riendas. Dos de mis muchachos, arriesgándose mucho, vinieron corriendo, cogieron la cabeza de los caballos y entre los tres logramos calmarlos. En cuanto al auriga, aunque habíamos tenido que sacarlo de apuros, no convenía enfadarse demasiado con él, puesto que no había otro. La gente de la ribera no es muy hábil con los caballos. Además, aquel hombre había recibido su lección al asomarse al precipicio; eso lo hizo palidecer y le castañetearon los dientes. Dexio y Escirón habían muerto por aquellos parajes.

Algunos de mis jóvenes subieron enseguida a la cima de la colina, para ver si había bandidos al acecho. Janto, que no venía muy rezagado, envió también una patrulla. Todos volvieron sin haber hallado a nadie y sólo se encontraron entre sí. Dije:

—Por aquí hay espíritus atormentados. Dexio no recibió sus ofrendas, y Escirón, ni sepultura. Más vale que lo entierremos, antes que mate a algún viajero.

Los huesos de Escirón seguían sobre la roca con forma de tortuga, despellejados por los pájaros; con ciertas dificultades, los rescatamos y les dimos sepultura, y celebramos los ritos debidos a

Dexio. Yo tenía más motivos aquel día que muchos otros para desear que viviera.

Incluso sin bandidos, el camino del istmo es abrupto y peligroso. La legión de muertos que lo habita tiene necesidad de alivio y el sacudidor de la tierra exigía su parte. Por eso, más adelante, hice que se le erigiera un gran altar en el estrechamiento del istmo y fundé sus juegos. Tenía buenas razones para elegir ese sitio.

Llegamos allí al día siguiente. Ahora alcanzábamos a ver el baluarte de Corinto que coronaba su roma montaña; del santuario de la Madre, que estaba en todo lo alto, salía humo. Y en el preciso momento en que confiábamos en rematar con eficacia nuestra obra, descubrimos que nos esperaba una encarnizada batalla.

El istmo es un territorio agreste, el terreno ideal para quienes lo conocen bien. Muchas de nuestras presas, más de las que suponíamos, se nos habían escurrido de entre las redes. Y allí estaban, olvidadas ahora sus viejas enemistades, de espaldas contra la pared. Porque detrás de ellos estaban los países de la ley, los reinos de la isla de Pélope, donde habían cometido incestos o parricidios, asesinado a sus huéspedes, violado a vírgenes sagradas, robado los tesoros de los dioses o las tumbas de los reyes. Cuando un hombre cometía actos de esa índole, no meros asesinatos redimibles con dinero y exonerables por Apolo, se iba al istmo. Allí, sacadas por la fuerza de sus montes, en la misma llanura donde ahora nuestros soldados hacen sus carreras a pie ante el dios, y libran sus asaltos de pugilismo y de lucha, y vitorean a los carros en el recodo, nos esperaban las huestes de los bandidos, sombrías e hirsutas como el jabalí ahuyentado de su guarida que se dispone a embestir.

Dispusimos nuestras tropas en forma de hoz, para cercarlos. Los megarenses se colocaron en el centro, porque tenían muchos carros; yo acaudillé el flanco izquierdo de los eleusinos, y Janto, el derecho. Eso significaba que yo era el jefe de parte de las tropas, así como de mi guardia, y me gustó ver que nadie se lo tomaba a mal. Aunque yo había tenido ya mi ración de guerra, aquélla era mi primera batalla campal... Creo que no habría sentido mayor alegría aunque hubiésemos afrontado a las huestes de alguna gran ciudad, Hazor o Troya.

El día era límpido y se percibía aún el frescor de la mañana. Los pájaros cantaban en los pinares de las alturas vecinas. Mientras iba de pie en mi carro, veía proyectarse delante la sombra de mi penacho y de mi lanza de fresno. Detrás de mí, se oía la conversación de mis jóvenes, como es natural antes de la batalla, ligera, confusa y alegre. Yo percibía el olor del polvo y de los caballos, el de la madera y el cuero engrasados, y el del bronce recién lustrado.

—Cuando yo dé la orden, avanza sobre ellos —dije a mi auriga—. No esperes a los de a pie; somos nosotros quienes debemos abrir brecha. ¿Tienes preparado el cuchillo para cortar los arneses si se cayera algún caballo?

Me lo mostró; pero eché de menos a Dexio. Aquel auriga no parecía un hombre dedicado en cuerpo y alma a su trabajo. A una señal de Pilas, avanzamos a paso de marcha, como el gato antes de saltar. Cuando ya se distinguían los dientes y los ojos del enemigo, nos detuvimos para prepararnos y yo pronuncié el discurso que tenía dispuesto para mis soldados. Lo había entresacado más que nada, a decir verdad, de las viejas canciones guerreras, pensando que no podría superar a los bardos y a los héroes. «Cuando suene la trompeta y lancemos el grito de guerra, cargaremos como el gavilán que se lanza sobre la garza, al que nada puede torcer su rumbo una vez emprendido el vuelo. Nos conocemos: ni la espada ni la lanza ni la flecha pueden herirnos, ni de lejos, como la deshonra ante nuestros propios ojos. ¡Poseidón de los cabellos azules! ¡Asolador de naves y ciudades! ¡Condúcenos a la victoria! ¡Antes de la puesta del sol, pon sus cuellos a nuestros pies y llena sus bocas de polvo!» Los guerreros profirieron vítores; la trompeta hendió el aire resplandeciente. Les di el tono del peán y el auriga se inclinó hacia delante. Dos de mis jóvenes más valerosos, que se habían jurado amor eterno, se asieron de ambos lados del carro, no queriendo que yo abriera paso delante de ellos. Resonaba en mis oídos la agradable algarabía: traqueteo de carros, agudos gritos de guerra, repiqueteo de armas y escudos, tamborilear de pies y cascos, alaridos de desafío cuando los hombres escogían enemigo. Elegí para mí a un hombre alto que daba órdenes y cuya caída, probablemente, desalentaría a los demás. Mientras mi carro avanzaba dando tumbos sobre piedras y matorrales, yo tenía los ojos clavados en él y le gritaba que me esperase. Las filas de rostros se abalanzaron sobre mí, con sonrisa burlona o con el entrecejo fruncido y cara adusta; el carro atravesó la muchedumbre como un barco de afilada proa que resbala desde el varadero al oscuro mar. Luego, de pronto, pareció como si la tierra me rechazara de su pecho. Me sentí proyectado a un costado del carro, por encima de la baranda, sobre un hombre que gruñía y que había caído conmigo al suelo. La lanza escapó de mi mano; el brazo con que aferraba el escudo casi se me desprendió por la articulación; la correa del casco reventó y me quedé con la cabeza desnuda. Yo y el hombre que estaba debajo de mi nos retorcimos juntos en el suelo, aturdidos. Su fétido aliento me advirtió que no era de los míos. Me repuse a tiempo y busqué a tientas mi daga y se la hundí en el cuerpo. Él cayó de espaldas, yo recobré mi escudo y me esforcé en levantarme. Antes de que

lograra arrodillarme, me vino encima un moribundo. A éste sí lo reconocí. Era uno de los jóvenes que habían cargado junto a las ruedas de mi carro. Le habían asestado un lanzazo entre los dientes, atravesándole el cráneo. Cuando pude zafarme de debajo de él, exhaló el último suspiro. Había interceptado una lanza dirigida contra mí.

Logré ponerme en pie y recogí mi espada. Entre el tumulto, los espantados caballos se revolían y encabritaban, arrastrando el carro volcado, que se iba haciendo ciscos. Había perdido una de las ruedas y el ladeado eje araba la tierra. El auriga estaba despatarrado en el suelo, con la blanca vestimenta tiznada y roja. No tuve tiempo para ver más. Alcé el escudo para protegerme la cabeza de un tajo.

Por un momento me pareció estar solo entre los enemigos. Luego, se me despejó la cabeza y reconocí las voces que chillaban a mi espalda. Varios acompañantes me rodeaban y otros acudían, dándose voces como una jauría de perros en pos de un jabalí. Oí mi nombre. Una mano enarboló mi casco; otra se lo arrebató y me lo encasquetó en la cabeza. Canté el peán, para que todos supiesen que estaba vivo, y cargamos.

Nunca he apreciado tanto a los guerreros que han servido bajo mis órdenes como a estos que fueron los primeros a mi mando. Eran hombres de otro país, de sangre distinta; al principio, apenas podíamos entendernos, pero ya no necesitábamos ningún idioma; yo adivinaba los pensamientos de cada cual, como los hermanos a los que les basta con una mirada o una sonrisa. En el año de los juegos, cuando hago el sacrificio, recuerdo siempre que mi vida es desde entonces un regalo de ellos.

A mediodía, la batalla había terminado. No hicimos prisioneros. Aquellos bandidos habían alimentado a los perros y milanos con cuerpos de hombres mucho mejores que ellos; ahora, les tocaba servir de carroña. La sorpresa de la jornada fue el botín que recogimos. Unos recibieron lo suyo y otros se hicieron cargo de la parte de sus señores caídos. Elegimos centinelas de confianza de las tres tropas para guardarlo y señores de cada reino para hacer el recuento. Los guerreros se reunieron, como se acostumbraba hacer después de las batallas, para curarse mutuamente las heridas y conversar. Mis soldados y yo estábamos sentados alrededor de un manantial que nacía entre las rocas; unos bebían el agua fresca, otros se habían desnudado para bañarse donde formaba un arroyo. Un hombre estaba gravemente herido, con la pierna partida por un lanzazo; yo se la había estado enderezando, a falta de cosa mejor, entre dos jabalinas, elogiándole sus hazañas para hacerle olvidar el dolor. Alguien me llamó. Vi a Palans: era el joven que quedaba vivo de los dos que habían corrido junto a mi carro. Lo había echado de menos y supuse que estaría junto a la pira funeraria. Pero, ahora, arrastraba hacia nosotros a un hombre vivo, de sucia vestimenta blanca. Me levanté de un salto: era mi auriga.

—¡Salud, Rizón! —dije—. Te di por muerto al verte caer. ¿Dónde estás herido?

Palans apoyó la mano abierta sobre la espalda de Rizón con tanta fuerza que le hizo caer de frente.

—¡Herido! Míralo de pies a cabeza, Teseo. Yo le daría una oveja por cada herida que tuviera. Lo he buscado desde que terminó la batalla; me fijé en lo que sucedió cuando se desprendió tu rueda. Tú caíste de bruces, porque te pilló de sorpresa. Pero este hombre sabía hacia qué lado debía inclinarse. Juro que su cabeza no rozó el suelo; fingió estar aturdido hasta que acabó el combate.

Miré al auriga mientras se arrastraba abyectamente por el suelo y vi su rostro. En la alegría de la victoria, mientras me enorgullecía del valor de mis hombres, había sentido afecto por todo el mundo; ahora, penetraba en mi corazón el frío de las tinieblas. Pensé: «Este hombre es un cobarde. Pero quiso guiar un carro de combate que iba en vanguardia. ¿Por qué?».

Y, un momento después, dije:

—Vamos a ver eso.

Mis hombres volvieron conmigo al campo de batalla. Ya se estaban posando allí las aves carroñeras, desgarrando las heridas secas, y zumbaban las moscas entre los murmullos y los gemidos de los moribundos. Aquí y allá, nuestros soldados despojaban a los cadáveres de lo que conservaban. En medio de todo esto, embarrancado, estaba mi carro, con un caballo muerto al lado. Encontramos la rueda de bronce a pocos palmos de distancia. Dije a los hombres más próximos:

—Levantad el eje.

Lo alzaron del suelo y hurgué en el agujero la clavija. Estaba cubierto de tierra; pero, cuando raspe con mi daga, di con lo que buscaba. Lo hice rodar entre mis dedos y se lo mostré a los demás. Era cera. La clavija estaba hecha de cera.

Todos profirieron una exclamación y, mientras la examinaban, me preguntaron cómo lo había adivinado.

—En mi país, habla de esto una antigua canción —dije—. No debieron intentarlo con un hombre que procede de Pélope. ¿Y bien, Rizón? —Pero el auriga tenía la vista clavada en el suelo, temblaba, y no respondió.

—Dime por qué lo hiciste —exigí—. Ahora, nada tienes que perder. —Pero el hombre parecía enfermo y no contestó—. Vamos, Rizón —insistí—. ¿He alzado jamás la mano contra ti o he dañado tu buen nombre? ¿Has recibido menos que los demás cuando se repartió el botín? ¿He matado yo a algún pariente tuyo, he dormido con tu mujer o con tu sirvienta? ¿Qué mal te he hecho yo para que desearas verme muerto?

Como Rizón no contestaba, Palans dijo:

—¿Para qué perder más tiempo, Teseo? Ya hemos visto lo suficiente.

Entonces, cuando los acompañantes le pusieron las manos encima, el auriga se dejó caer de rodillas, gritando: —¡Piedad, Cerción! Yo no quería hacerlo. Nunca te he odiado. Fue Janto quien me amenazó. Lo hice porque peligraba mi vida. Él me amedrentó.

Al oír esto, mis jóvenes contuvieron la respiración entre dientes. Sentían más temor que ira, porque yo pertenecía a la diosa y no había reinado aún la cuarta parte de mi tiempo.

—Pero —dije—, ¿por qué no me lo contaste, si no me odiabas? ¿Acaso tengo fama de olvidar a mis amigos?

Pero él sólo decía: —Me amedrentó.

Luego volvió a caer de hinojos y me rogó que le perdonara la vida.

Mis soldados me observaban. Yo me había sentido contento junto al manantial, en nuestra probada camaradería, creyendo haber hallado el único secreto de la realeza. Pero no se puede ser eternamente un niño.

—Pides demasiado —dije—. Hace un momento has tratado de matarme, porque temías a Janto más que a mí. Has sido mi maestro. Si alguno de vosotros ha usado la lanza en la batalla y conserva la espada afilada, que me traiga la espada.

Cuando me la dieron, dije:

—Ponedle la cabeza sobre la vara del yugo y sujetadlo por las rodillas y el pelo.

Así lo hicieron y ya no tuve que verle el rostro. Alcé muy alto la espada y la descargué sobre su cuello; y así murió, de mejor modo que la mayoría de los hombres, de no ser por el miedo.

Después de esto, hicimos sacrificios a los dioses, para agradecerles la victoria. Los eleusinos ofendieron a su dios de la guerra, Enialio, y yo también le ofrecí víctimas; nunca es prudente descuidar a los dioses del lugar, dondequiera se esté. Pero yo levanté mi propio altar a Poseidón, y en ese mismo lugar construí más tarde su santuario.

Quemamos a los caídos. Palans había puesto el cadáver de Rizón bajo los pies de su amigo muerto; comprendí por qué le había dado caza a aquel hombre en vez de llorar al difunto. Al otro lado del humo de la pira capté los ojos enrojecidos de Janto que me acechaban. Pero el momento oportuno no había llegado aún.

Me dijeron que Pilas había sido herido en la batalla y fui a verlo. Tenía el brazo en cabestrillo, la herida estaba en el hombro, pero seguía dando órdenes. Después de conversar con él, me despedí, diciéndole que me alegraba de que la herida no fuese peor. Me miró con sus joviales ojos grises y dijo:

—Siento la mano del destino. El hilo de tu vida es fuerte, Teseo. Cuando esa hebra se cruza con las de los demás hombres, las desgasta. Pero así es como la tejen las Hilanderas.

Luego, anocheció. Apagamos el humo de los altares con vino y nos reunimos para el festín de la victoria. Nos habíamos apoderado de muchas vacas gordas, y de ovejas y cabras. Los cuerpos de los animales daban ya vueltas en los grandes asadores suspendidos sobre las hogueras de leña de pino y el intenso olor impregnaba el aire. Pero los ojos de los hombres se volvían antes que nada hacia el claro del centro, donde estaba apilado el botín, listo para el reparto. Las hogueras lo iluminaban: había copas y cuencos, cascos y dagas, lingotes de cobre y estaño, calderos, trípodes y buenos escudos de cuero. Al lado estaban sentadas las mujeres, cuchicheando o llorando, o bien cubriéndose los rostros con las manos o mirando con descaro a su alrededor para adivinar qué hombre les tocaría esta vez. Las sombras se hicieron verdosas al oscurecer y Helios, empenachado de colores rosados y llameante oro, se hundió en el mar oscuro como el vino. La estrella vespertina apareció, blanca como una virgen, trémula en el aire que se ondulaba sobre los fuegos. Un resplandor rojo brillaba sobre los tesoros apilados, sobre los ojos y los dientes de los guerreros, sobre los trabajados cintos de las espadas y las bruñidas armas.

Bajé por la pendiente, seguido por mis acompañantes. Todos estábamos limpios y bien peinados, con las armas pulidas. Ellos no me habían preguntado qué iba a hacer yo. Me seguían en silencio; sólo sus pasos me revelaban los instantes en que se volvían para mirarse.

Pilas ya estaba allí; se sentía demasiado enfermo para el festín, pero quería presenciar el reparto, como habría hecho cualquiera que conservara el aliento si tenía que habérselas con Janto. Lo saludé y

busqué a mi hombre. Estaba donde me lo imaginaba, junto al botín. Me vio venir y nuestros ojos se encontraron.

—Salud, Janto —dije—. Me hiciste un favor en Eleusis: me encontraste auriga.

—El vino a verme —contestó Janto—. Yo no lo conocía.

Entonces comprendí que Rizón no había mentido.

—Sí —dije—, todo el mundo sabe que conoces muy bien a los hombres. Me encontraste un hombre hábil. Ahora que Rizón ha muerto, no sé dónde encontraré otro. Sabía hacer de todo. Hasta fabricar clavijas sin bronce.

Con el rabillo del ojo, advertí que mil rostros se volvían hacia nosotros. Las voces callaron y, al cabo, sólo se oía el crepitar de la carne en el asador.

—Es necio escuchar al cobarde que balbucea suplicando que le perdonen la vida —dijo Janto.

Respondí:

—Pero, si tú no lo has oído, Janto, ¿cómo lo conocías tan bien?

Pareció irritarse y, después de una rápida mirada a los jóvenes que estaban detrás de mí, dijo:

—Los jóvenes hablan mucho.

Si Janto hubiera tenido alguna confianza en su propia reputación, no habría entregado tan fácilmente los acompañantes a un extranjero, pero sabía que había perdido su afecto; a ellos no les costaba creerlo culpable. Al oír las palabras de Janto, se enfurecieron y profirieron sonoros gritos.

Alcé la mano para reclamar silencio. Entonces Bayo, el mayor, se adelantó y explicó a voces a los soldados que él había visto la clavija de cera.

—Y ¿quién lanzó las piedras a la carretera, para espantar a los caballos del rey y que se despeñaran? Uno de vosotros lo sabe.

Hubo murmullos, como si circulara un rumor.

Vi que la culera tornaba carmesí el rostro de Janto, como suele ocurrirles a los pelirrojos. Por lo general, era un hombre frío. Ahora se adelantó, gritando:

—¿No comprendéis, eleusinos, lo que se propone este hombre? Este ladrón heleno debe de estar familiarizado con los métodos de los bandidos. Conoce bien el istmo, quizás hasta haya vivido aquí. ¿Quién sabe qué hizo antes de venir a Eleusis? Ahora cree poder sublevaros contra el hombre que os condujo a la victoria, en el preciso momento en que se va a repartir el botín.

Me disponía a lanzarme sobre él, pero me contuve. Janto había perdido la cabeza y eso me ayudó a no perderla. Enarcando las cejas, dije:

—La boca está cerca del corazón. —Y hasta sus propios soldados rieron. Luego proseguí—: He aquí mi respuesta, y los eleusinos son testigos. Me has golpeado con manos ajenas. Adelántate, ahora, y usa las tuyas. Toma tu lanza y tu escudo o, si lo deseas, tu espada. Pero elige antes tu parte del botín y apártalo. Si sales vencido, juro por el inmortal Zeus que no tocaré una sola pieza de tu botín, ni oro ni bronce ni mujeres. Se repartirá entre tus hombres, por sorteo. Y con mi parte se hará lo mismo, de modo que si muero mis hombres no salgan perdiendo. ¿Estás de acuerdo? —Me miró con asombro. Aquello se le venía encima antes de lo que esperaba. Varios de los señores helenos profirieron vítores. Pilas movió la mano para imponerles silencio, pero el asunto había excitado a los acompañantes, quienes gritaron—: ¡Teseo! —Al oír esto, todos los demás se desconcertaron, porque iba contra la costumbre darle un nombre al rey.

Janto, al oírlo, exclamó:

—¡Joven advenedizo! Ocúpate de aquello para lo que te eligió la diosa, si es que eres capaz de hacerlo.

A lo cual contesté:

—Si la diosa me eligió, ¿por qué has querido matarme antes del plazo fijado por ella? La invoco para que sostenga mi derecho.

Para algo había oído yo los cantos minoanos. Sabía qué debía hacer el rey si era agraviado.

—¡Madre! ¡Diosa! Tú me diste vida, aunque sólo sea por poco tiempo; tú me prometiste gloria a cambio de los días que me tocan. No permitas que me desprecien, trátame como a hijo tuyo.

Entonces él comprendió que no tenía otra alternativa. Un hombre no invoca a esas potencias para que respalden una mentira, y todos lo sabían.

—Domador de caballos —dijo Janto—, bastante te hemos soportado ya. Tú mismo te has fijado tu destino y te has convertido en un agravio para los dioses. Ellos nos castigarán si no ponemos coto a tu insolencia. Acepto tu desafío y las condiciones. Elige tu parte del botín y, si te venzo, se la repartirán tus hombres. En cuanto a las armas, que sean lanzas.

Escogimos nuestras partes. Vi que mis jóvenes reían ante la insólita modestia de Janto. No quería que la codicia de sus hombres los pusiera a mi favor. Yo tomé lo que creí equitativo, ni más ni menos. Pero la costumbre es que Cerción elija una mujer antes que nada. Su vida es breve, pero nada puede arrebatarse a un hombre los placeres que ha disfrutado.

Me acerqué a las cautivas, a quienes habían puesto de pie para que las viera. Una era una muchacha de unos quince años, alta y esbelta, cuyo cabello rubio pálido le caía sobre el rostro. La tomé de la mano y me la llevé de allí. Había visto brillar sus ojos, entre los bucles caídos sobre la frente, a la luz de la hoguera; pero ahora tenía la mirada baja y su mano estaba fría. Aunque era improbable que fuese virgen, me acordé de mi madre cuando se encaminaba al bosquecillo. Le dije a Janto:

—Si muero, cuida de que le sea entregada a un solo hombre y de que no sirva para diversión de todos; demasiadas rameras hemos tenido ya. Ahora es una sirvienta del rey; conquie trátala como tal.

Prestamos nuestros juramentos ante Pilas y la muchedumbre, poniendo por testigos al río de los muertos y a las hijas de la noche. Luego todos los hombres retrocedieron, dejando un gran espacio entre las hogueras, y empuñamos nuestras lanzas y escudos.

Pilas se levantó y dijo:

—Empezad.

Yo sabía que estaría lento; estaba cansado de la batalla y las heridas me envaraban; pero a él debía sucederle lo mismo. Describimos un par de círculos, haciendo fintas con las lanzas. A nuestro alrededor veía una gran muralla de rostros, rojos a la luz de la hoguera, que flotaban en la oscuridad y cabeceaban siguiendo el ritmo de la lucha. Los tenía en todo momento en el rabillo del ojo, aunque yo no los miraba; no hay nada que recuerde con tanta claridad.

Le dirigí un lanzazo, pero lo desvió; y paré uno suyo con mi escudo, pero no pude retenerlo el tiempo suficiente para romperle la guardia. Volvimos a describir círculos y nos causamos heridas de refilón, yo en su hombro, él en mi rodilla. Yo había elegido un escudo largo que se estrechaba en medio, porque era liviano; el suyo era de lados rectos, del tipo que llaman *tapahombres*. Me pregunté si Janto estaría lo bastante entero para aguantar ese peso.

Describíamos círculos y nos embestíamos, y los rostros se movían como una cortina que se mece a impulsos del viento. Mientras tanto, yo me estaba decidiendo a desprenderme de la lanza. Tirar la lanza significa jugarse la vida; es más repentino que una estocada y más difícil de parar; pero si falla uno se queda con una espada de tres pies contra una lanza que mide siete. Entonces se necesita suerte para salir bien parado.

Me fijé en los ojos de Janto, que parecían cornalinas a la luz de la hoguera, y descubrí mi costado. Él estuvo rápido y poco faltó para que me acertara. Salté atrás, como para salvarme, y alcé el escudo para cubrirme el brazo, y en el mismo instante le tiré la lanza. Debió de adivinar mi ardid, porque alzó el escudo y la lanza lo atravesó. Yo había arrojado mi arma con tanta fuerza que perforó la doble piel de toro y se quedó enganchada. Janto no pudo arrancarla y tuvo que tirar el escudo. Pero conservaba aún su lanza contra mi espada.

Avanzó hacia mí, dirigiéndome rápidos lanzazos, que yo desviaba con el escudo o con la espada, lo que me estropeaba el filo; pero no conseguía herirlo, porque mi adversario estaba fuera del alcance de mi arma y me hacía retroceder. Algo cayó en la tierra detrás y muy cerca de mí, con el ruido sordo de una piedra. Se repitió y pensé: «Al final me vuelven la espalda. Siempre he sido un extraño aquí». Luego, cuando retrocedí más aún, vi de qué se trataba: eran lanzas clavadas por la punta y con el mango al alcance de mi mano. Había tres a mi alrededor.

Hiné mi espada en el suelo, por falta de tiempo para envainarla, y cogí una de las lanzas. Janto me miró con amarga ira: nadie le había arrojado un escudo a él. Se disponía a tirar la lanza, de modo que me anticipé y lo hice yo. Mi lanza le acertó entre las costillas, soltó la suya y cayó. Cuando el casco rodó por el suelo, se le desparramó la larga cabellera roja y recordé dónde había visto antes un cabello parecido.

Sus capitanes lo rodearon y uno de ellos le preguntó si quería que le sacaran la lanza, porque le causaba dolor. Janto dijo:

—Mi alma se irá con ella. Traed a Cerción.

Me acerqué y me detuve ante él. Mi cólera se había disipado; comprendí que su herida era mortal. Me dijo:

—El oráculo dijo la verdad. Eres el hijo del cuclillo, no cabe duda.

Ahora, al final, parecía perplejo como un niño. Se tocó la lanza que tenía clavada en el costado, mientras el capitán sostenía el mango, y dijo:

—¿Por qué lo hicieron? ¿Qué han ganado?

Quería decir que los hombres se habrían quedado mi botín si yo hubiese muerto. Le contesté:

—Nuestro fin está escrito desde el principio y mi hora también llegará.

Me contestó con amargura:

—Pero la mía es ésta.

Entonces callé, porque aquello no tenía respuesta. Me estuvo mirando largo rato a la cara. Luego, le dije:

— ¿Cómo quieres que te entierren y qué hemos de poner en la tumba contigo?

Con los ojos fijos en mí, preguntó:

—¿Es que piensas enterrarme?

—Sí —dije—. ¿Por qué no? Me he tomado mi desquite; los dioses odian al que se excede. Di qué quieres que se haga.

Me pareció que Janto había hecho una pausa para pensar; pero cuando habló, sólo dijo:

—Los hombres no pueden combatir con los inmortales. Sacad la lanza.

De manera que el capitán la sacó y el alma de Janto se fue con ella.

Hice que las mujeres lavaran el cadáver y ordené que lo colocaran sobre un catafalco, con una guardia que lo protegiera de los animales de rapiña. De lo que poseía Janto, sólo conservé sus dos espadas: había combatido bien y pertenecía a la familia real. Su parte del botín se repartió tal como habíamos convenido y sus hombres me hicieron el saludo militar cuando les dieron sus porciones. Después de esto, celebramos el banquete. Pílas se retiró temprano, a causa de la herida, y yo no me quedé a beber hasta tarde; queda irme a la cama con la muchacha elegida antes de que mis magulladuras volvieran a entumecerse.

Resultó buena y bien educada. Un pirata la había capturado en las playas de Cos, cuando ella recogía ágatas para un collar, y la vendió en Corinto. Se llama Filona. Mis heridas habían dejado de sangrar, pero ella no quiso acostarse hasta habérmelas vendado. Aquélla fue la primera muchacha que tuve por mi libre elección y creí que debía mostrarle desde el principio quién era el amo; pero terminé por dejarla obrar a su antojo. Debido a la promesa que le hice aquella noche, la conservo aún en mi casa y nunca se la he prestado a un huésped sin su consentimiento. Sus dos hijos mayores son míos: Iteo, el capitán de barco, y Engenes, que manda la guardia de palacio.

Libro tercero:

Atenas

Capítulo uno

De manera que recorrí por segunda vez el camino del istmo hacia Eleusis y la gente se subió a los tejados para verme; pero esta vez no fue en silencio.

Hice que los acompañantes encabezaran la marcha y yo cabalgué a la cabeza del ejército. El rey de Megara me había dado un caballo de silla como regalo de honor. La guardia exhibía sus trofeos y avanzaba al son de las flautas, cantando. Nos seguían los carros con el botín, las mujeres y el ganado que habíamos reunido.

Las ramas verdes y las flores que arrojaban desde los tejados nos dificultaban el paso. A la hora en que la sombra de un hombre duplica en longitud al mismo hombre, llegamos a la rampa de la ciudadela, y la guardia se dividió para dejarme entrar delante.

Cuando penetré bajo la torre que negreaba de gente, las puertas se abrieron con un gemido y el centinela tocó su cuerno. Las banderas del gran patio se desplegaron ante mí, y en las altas murallas resonaron los cascos de mi caballo. Sobre el tejado se apiñaba la gente de palacio como se aglomeran las abejas en invierno; pero guardaban silencio y de las ventanas no pendían paños de colores vivos. Sólo había un intenso sol de rayos oblicuos, la dentada sombra del alero, atestada de cabezas y, sobre los amplios escalones, entre las pintadas columnas, una mujer de falda ancha y rígida, con diadema púrpura, alta e inmóvil, que proyectaba una sombra larga y fija como una columna.

Desmonté al pie de la escalinata y se llevaron mi caballo. La reina esperó, sin bajar un solo peldaño a mi encuentro. Subí hasta estar frente a ella y vi su rostro, semejante a marfil pintado, donde se incrustaban unos ojos de oscura cornalina. Sobre los hombros, peinados con unas trenzas en que se mezclaban el oro y la plata, le caían los mismos cabellos pelirrojos que yo viera por última vez, manchados de sangre y polvo, sobre la tierra del istmo.

Tomé su fría mano y me incliné hacia ella con el beso de la salutación, para que lo viera el pueblo. Pero no la rocé con los labios; porque no quería añadir el ultraje a la sangre que había entre nosotros. Mi boca le rozó el pelo de la frente, ella pronunció una frase formal de bienvenida y entramos en el palacio, el uno junto al otro.

Cuando estábamos en el salón, dije:

—Tenemos que hablar a solas. Subamos; allí tendremos tranquilidad.

Me miró y dijo:

—No temas. Sé guardar el decoro.

La alcoba estaba en sombras, salvo un rayo del sol poniente que daba sobre una pared. De una percha colgaba un bordado en blanco y púrpura, y junto a la ventana había una lira con franjas de oro. Contra la pared estaba la gran cama, con su cobertor de algaba y púrpura.

—Señora, ya sabes que he matado a tu hermano —dije—. ¿Conoces la razón?

Ella respondió, con voz resonante como una playa desierta:

—¿Quién puede desmentirte, ahora que él ha muerto?

—¿Cuál es el castigo por matar al rey antes de su hora? —dije, y vi que sus labios estaban blancos bajo los dientes—. No obstante, yo lo maté en combate y he hecho que lo traigan para que celebres sus

funerales, porque yo no deshonraría a tu linaje. Sus soldados no consideran que yo me haya portado mal con él. Como ves, han dejado que yo fuera su jefe al regresar.

Ella me dijo entonces:

—¿Qué soy yo, pues? ¿La cautiva de tu lanza?

Ahora, la ira caldeaba la pintura de sus mejillas; vi que sus senos de pezones dorados subían y bajaban. Pero al oír sus palabras mis pensamientos la abandonaron para evocar a Filona, botín de un pirata y un ladrón, que nunca se había acostado con un hombre que fuera mejor que una bestia y que sólo conocía la ternura que yo le enseñara. Filona me había despertado de mi primer sueño llorando, rogándome que no la vendiera ni cediera a nadie.

—Como siempre, señora, eres la reina —respondí.

—Pero ahora eres rey, heleno, ¿no es así? —Pensé que el decoro exigía más gravedad y menos aspereza de una mujer en duelo; pero no era a mí a quien correspondía decirlo. La última mancha de sol sobre la pared se había vuelto de un rojo suave, y en la jaula de mimbre el pájaro blanco ahuecaba las plumas para dormir.

—Habrá tiempo, más tarde, para hablar de eso —dije—. Ahora tengo en las manos una sangre de la que tú no puedes purificarme ni sería decoroso que yo te lo pidiese. Cuando esté libre de ella, volveré y compensaré a sus hijos por esa muerte.

Entre las sombras del anochecer, me miró y preguntó:

—¿Cuándo vuelvas? ¿De dónde?

—De Atenas —dije, y me pareció increíble poder pronunciar al fin el nombre de esa ciudad—. La gente dice que allí hay un templo de la Madre en la ciudadela y un santuario de Apolo con un manantial sagrado. Por lo tanto, podrán purificarme de la sangre tanto los dioses del cielo como los del averno. Le pediré al rey que me purifique.

Ella llevaba en la muñeca un brazalete, una serpiente de oro enroscada. Le dio un tirón y dijo:

—¡Atenas, ahora! ¿No has hecho bastante ya en Megara? Ahora quieres hacerte amigo de un Eréctida. ¡Hermoso linaje para que te purifique! Más vale que lleves tú el agua.

Yo esperaba de ella una cólera muy distinta. Parecía que le hubiera hecho algún desaire, y no que le hubiese matado a un pariente.

—¿No sabes que su abuelo saqueó Eleusis, mató al rey antes de tiempo y violó a la reina? —dijo—. Desde entonces, los Eréctidas han caído bajo la maldición de la Madre. ¿Por qué crees que Egeo tuvo que edificarle un santuario a la Madre en su acrópolis y solicitar aquí una sacerdotisa? Y tardará mucho en lavar la maldición. ¡Ése es el hombre que quieres que te purifique! ¡Espera a que tus jóvenes, que tanto te aprecian, sepan adónde los llevas!

—Un suplicante no va con guerreros —repliqué—. Iré solo a Atenas.

Ella volvió a tirar de su brazalete. Parecía indecisa. «Está furiosa porque me voy —pensé—. Pero al mismo tiempo, quiere que me vaya.» La reina dijo:

—No sé nada de ese Apolo. ¿Cuándo te vas?

—Cuando mi correo traiga respuesta. Quizá dentro de dos días, quizá mañana.

—¡Mañana! —exclamó ella—. Has llegado al atardecer y el sol no se ha puesto aún.

—Cuanto antes me vaya, antes volveré —dije.

Anduvo hacia la ventana; luego regresó a mi lado. Olí la fragancia de su cabello y recordé cómo la había deseado. Luego se volvió hacia mí, como el gato que enseña los dientes afilados y la enrollada lengua.

—Eres un joven audaz, heleno. ¿No temes ponerte en manos de Egeo, ahora que él ha visto qué clase de vecino te propones ser? Egeo ha luchado por sus pocas rocas y sus escasos campos metidos entre montañas como un lobo por su cubil; ha enflaquecido guerreando contra sus propios parientes. ¿Confiarías en un hombre semejante, a quien nunca has visto?

—Sí —dije—. ¿Por qué no? El suplicante es sagrado.

La última mancha de luz había desaparecido del muro; las colinas estaban grises y sólo la más alta de las cumbres sonrojada como el seno de una virgen. Las plumas del pájaro tenían la suavidad de la lana y le tapaban por completo la cabeza. Cuando miré hacia donde caía ya la noche sobre Atenas, una de las mujeres de palacio entró con pasos sigilosos y dispuso el gran lecho.

Me escandalizó tan indecoroso desatino; pero no me correspondía censurar a la camarera por eso. Me volví hacia la reina. Ella me miró con ojos inexpresivos y dijo a la muchacha:

—Puedes irte.

Cuando la camarera salía, le dije:

—Prepárame una cama en el aposento de levante. Dormiré allí hasta que me haya purificado de la sangre.

Los ojos de la muchacha se abrieron de sorpresa, como si yo hubiese dicho algo nunca oído; luego se cubrió la boca y salió corriendo de la habitación. Yo dije:

—Es una tonta y además una descarada. Harías bien en venderla.

Nunca comprenderé a la gente de la ribera. Yo no había querido desairar a su familia; hablaba con toda cortesía. Me asombró ver lo ofendida que se mostró la reina ante estas palabras. Se estrujó las manos y me enseñó los dientes entre los labios.

—¡X~<i C, pileS' ¡Vete en busca de Egeo! <1 jn~j j<lii o! Sois tal para cual. —Se echó a reír; pero mis pensamientos estaban ya en Atenas.

—Sí, vete con él, tú que quieres ser más grande que tu destino. Y cuando llegue la hora del ajuste de cuentas, recuerda que tú elegiste.

—Que me juzgue Zeus, el que todo lo ve —dije yo. Y salí.

Al día siguiente, lo primero que hice fue pedir una pluma y un papiro. Habían pasado un año o dos desde la última vez que escribiera algo; por lo tanto practiqué antes sobre cera, por si había perdido esa habilidad u olvidado alguna de las letras. Y no porque mi carta debiera contener secretos; pero quería trazar mis primeras palabras a mi padre con mi propia mano y no mediante un escriba. Descubrí que recordaba aquel don, y que aún era capaz de escribir con la bella letra que me enseñara mi preceptor. Firmé con el nombre de Cerción y sellé la carta con el anillo del rey; y me quedé sentado, escuchando los cascos del caballo del correo que se alejaban por la carretera de Atenas.

Esta ciudad apenas estaba a dos horas de Eleusis y durante todo el día esperé el regreso del mensajero. Aunque no le había dado a mi padre ningún motivo para apresurarse, yo era joven y la impaciencia me roía el corazón, y ninguna explicación me parecía demasiado descabellada para aquella demora. Pero el correo no regresó hasta después del mediodía siguiente.

En la terraza inferior había un banco negro de basalto, entre pilares cubiertos de jazmines amarillos. Me aislé allí y abrí la carta. Era más corta que la mía y estaba escrita con buena letra. Egeo me daba la bienvenida a Atenas como huésped suyo, se refería de paso a mis victorias y aceptaba encargarse de mi purificación.

Enseguida ordené a alguien que llamase al correo. Creo que me proponía, como había querido hacerlo tantas veces con distintas personas desde mi llegada a Eleusis, preguntarle qué clase de hombre era el rey de Atenas. Pero ahora, como siempre, esa pregunta no me parecía decorosa. Por lo tanto, sólo le pregunté, como se hace con todos los correos, qué noticias traía.

El emisario me contó varias cosas, que he olvidado, y luego añadió: —Todos aseguran que la sacerdotisa pronto será reina. Me erguí en mi asiento y dije:

—¿Cómo es eso?

—Es que una maldición persigue al rey, señor. Sus parientes reclaman el reino, ninguna de sus esposas le ha dado un hijo varón y los cretenses no quieren renunciar a su tributo, a pesar de todos sus ruegos.

Pregunté de qué tributo se trataba.

—Catorce bailarines de toros, que se deben entregar cada año, señor. Y los cretenses sólo aceptan lo mejor. Las señoras del santuario dicen que eso es un signo para él.

El correo hizo una pausa, como si se le hubiera atascado algo en la garganta.

—¿Esa sacerdotisa procede de Eleusis? —pregunté.

—Sirvió aquí, señor, en el santuario. Pero procede de otro santuario del norte, de allende el Helesponto. Dicen que es presciente y que sabe invocar al viento; el pueblo de Atenas la llama la Sagaz o la Bruja Escita. El rey se acostó con ella ante la diosa hace mucho tiempo, a causa de un oráculo que recibió la sacerdotisa cuando el reino sufrió no sé qué infortunio. Dicen que ahora la elevará hasta su condición y restablecerá las antiguas costumbres. —Comprendí por qué el correo no me miraba a los ojos. Prosiguió, muy deprisa—: Bueno, señor. Ya sabes cómo son los atenienses para las habladurías. Lo más probable es que eso se deba a los dos hijos que ella ha tenido con él y a que el rey no tiene todavía heredero.

Me levanté del banco de basalto y dije:

—Tienes licencia para irte.

El correo se retiró precipitadamente. Empecé a pasearme por la terraza bajo el pálido sol otoñal y vi que la gente que había venido a hablar conmigo se iba en silencio. Pero poco después mis pensamientos se serenaron. Pensé: «He despedido a ese hombre antes de tiempo. Debí recompensarlo: una advertencia

oportuna es cosa de los dioses. En cuanto a mi padre, ¿qué derecho tengo a enfadarme con él? Durante estos dieciocho años no tomó esposa, en consideración a mi madre y a mí. Yo habría venido antes, de haber podido levantar la piedra».

El sol estaba alto aún y mi sombra era corta. Pensé: «El hombre que duerme cuando ha recibido una advertencia no merece recibirla. ¿Por qué esperar hasta mañana? Iré hoy».

Volví a palacio y llamé a las mujeres para que me vistieran. El traje rojo de cuero que trajera de Trecén era heleno y estaba casi nuevo. Me puse al cinto la espada con la serpiente de los Eréctidas; y para ocultarla hasta el momento adecuado, me colgué del hombro una capa azul corta, como las que suelen usarse para estar en casa.

Elegí a dos criados para que me acompañaran. Un guardia me parecía poco apropiado para un suplente; además, quería dejar claro que iba como amigo y sin desconfianza. Esos dos servidores debían ser todo mi séquito; pero en el preciso instante en que partía, mi cautiva Filona me agarró de la capa, deshecha en lágrimas y balbuciendo que todas las mujeres decían que la reina la mandaría matar apenas yo volviese a la espalda. La besé y le dije que los chismes de palacio eran iguales en todas partes. Pero me miraba como mira a la lanza la liebre acorralada; y después de pensarlo bien, llegué a la conclusión de que no confiaba del todo en la reina. Por eso, aun siendo un incordio, ordené a uno de los criados que la montara en su mula.

Cuando me trajeron mi caballo, avisé a la reina de que deseaba despedirme de ella. Me mandó decir que se sentía enferma y que no podía hablar con nadie. Yo la había visto paseándose por su terraza; en cualquier caso, había guardado las formas.

Así que monté a caballo y los acompañantes me vitorearon en el patio, pero no como antes; ahora yo era el jefe militar y no estaba tan vinculado a ellos como en los primeros tiempos. Eso me habría entristecido en otro momento; pero ahora los saludé de buen humor y pronto los olvidé, al sentir en la cara la brisa de las colinas áticas.

La carretera seguía la playa y luego se internaba tierra adentro. La hierba de otoño estaba calcinada y descolorida, las oscuras adelfas cubiertas de polvo. En la atalaya fronteriza tuve que decirles a los atenienses quién era; no me esperaban hasta la mañana. Pensé que mi prisa había sido infantil y propia de un advenedizo y que me tratarían con menosprecio. Pero se mostraron muy corteses. Cuando proseguí la marcha, uno de sus correos me adelantó en dirección a Atenas.

De pronto, en un recodo de la carretera, entre las bajas colinas verdes, vi que erguía su enorme mole un gran peñasco liso, como un estrado que erigieran los titanes para atacar desde allí a los dioses. Sobre la cumbre, resplandeciente al sol poniente, había un palacio real de columnas color rosa y murallas bermejas con cuadros blancos y azules. A tanta altura se perfilaba contra el fondo del cielo, que los guardias apostados en las troneras parecían pequeños como labor de orfebre, y sus lanzas, finas como el alambre. Contuve el aliento. No esperaba ver nada semejante.

Ante mí, en la llanura, la carretera se dirigía a las murallas de la ciudad y a las puertas de la torre. En lo alto había una guarnición de arqueros y hombres provistos de jabalinas; de los dientes de las almenas, pendían como un friso los escudos revestidos de cuero. Allí, nadie me preguntó mi nombre. Una barra maciza atrancaba todos los edificios. La gran puerta destinada a los caballos giró sobre su base de piedra y se abrió: dentro había una guardia presentando honores militares, el mercado y las pequeñas casas acurruçadas bajo el peñasco o encaramadas por las pendientes. El capitán de la guardia envió a dos de sus hombres para que guiaran de la brida a mi caballo hacia el palacio.

El montículo era escarpado por todas partes, salvo por el oeste. Por allí ascendía empinada y tortuosa la carretera, flanqueada por un gran paredón protector. El camino permitía andar sin dificultad, pero pronto se hizo demasiado empinado para subirlo a caballo y tuvieron que llevar al mío de la brida. El paredón iba a morir en el edificio del cuerpo de guardia; los soldados se tocaron la frente con las varas de las lanzas y me abrieron paso. Abajo, a buena distancia, vi calles y murallas, la planicie ática que se extendía hasta el mar y las colinas; y en las cimas de las colinas, las tonalidades violáceas del anochecer, como una corona de púrpura y oro. Tenía ante mí la puerta principal de la ciudadela: la piedra del dintel estaba pintada a franjas azules y carmesíes y ostentaba el emblema regio, una serpiente enroscada a un olivo. Los últimos rayos del sol parecían cristal amarillo, eran brillantes y claros.

El lugar me impresionó profundamente. Aunque había oído decir cosas, no me imaginaba sino una colina de ésas sobre las que construyen los reyes y los caudillos. No suponía que mi padre fuera el señor de tan poderoso baluarte. Ahora comprendí por qué había resistido sin doblegarse y durante tanto tiempo a todos sus enemigos; aquello se podía defender, pensé, contra el mundo entero en armas. Comprendí lo que había oído contar: que, desde que el rey Zeus creara a los hombres, un rey había vivido siempre sobre la acrópolis de Atenas y que, aun antes de haber aparecido los hombres, ésta era una fortaleza de gigantes nacidos de la tierra que tenían cuatro manos que utilizaban para correr. A la vista están las grandes rocas que reunieron los gigantes en tiempos inmemoriales.

Franqué la puerta interior que daba a la explanada de la ciudadela. Vi pasearse a los centinelas, que ahora eran hombres y ya no parecían juguetes; y, frente a mí, el palacio, con su terraza que miraba al norte. Si mi padre estaba allí, pensé, me habría visto llegar. Mi respiración se aceleró más que si escalara una montaña y me humedecí los labios resecaos con la lengua.

Pasé entre las casas de la gente de palacio y entre algunos recios árboles, pinos y cipreses, plantados para protegerse del viento y para que dieran sombra. Delante de la columna maestra de la gran puerta, esperaba de pie un chambelán, con la copa de la bienvenida en las manos. Después de la larga cabalgada y de haber trepado hasta allí, aquel vino me pareció el más fresco y mejor que hubiese catado. Mientras lo bebía, pensé que había alcanzado por fin el término de mi viaje; con aquel trago me convertía en huésped de mi padre.

Se llevaron mi caballo y me guiaron por el patio y los aposentos de los huéspedes. Las mujeres habían llenado ya la bañera y todo el recinto estaba empapado en fragante vapor. Mientras me cepillaban la ropa, estuve en el agua, mirando lo que me rodeaba. Al llegar, me había deslumbrado el esplendor de la ciudadela. Pero una vez dentro, aquello parecía un reino agobiado por la guerra. Las cosas estaban muy cuidadas, las pinturas de las paredes retocadas y frescas, los utensilios del baño eran lustrosos y los ungüentos estaban bien combinados. Pero las mujeres eran escasas, en su mayoría feas y de edad madura, y en el mobiliario se distinguían los agujeros vacíos de donde habían sacado los remaches de oro. Me dije: «Ha soportado él solo durante demasiado tiempo su carga. Ahora ya no sentirá necesidad de nada».

Me secaron, ungieron, vistieron y peinaron. En la puerta, me esperaba un noble para llevarme al salón. Caminé por un peristilo, sobre un piso de losas con dibujos de dientes de perro y olas; a mi izquierda, había columnas de cedro talladas; a mi derecha, un friso de grifos cazando ciervos. Los criados cuchicheaban y atisbaban en las puertas a mi paso. Mis botas resonaban y la empuñadura de mi espada golpeaba ruidosamente los tachones del cinto. Comencé a oír el estrépito del salón, voces que hablaban, copas y platos tintineantes, escabeles y bancos arrastrados sobre el suelo de piedra, una lira que afinaban y alguien que regañaba a un esclavo.

Al fondo del salón había un peldaño entre dos columnas. En este bajo estrado se sentaba el rey. Acababan de traerle la mesa y la pusieron delante de su sillón.

Lo único que aprecié desde el umbral fue que tenía los cabellos oscuros. Esto lo presentía, ya que mi madre lo había confundido con Poseidón. Al acercarme, vi que aquel color castaño estaba vetado de gris y que las preocupaciones habían dejado su huella en el semblante del rey. Alrededor de los ojos, la tez estaba oscurecida, y las comisuras de la boca eran profundas como tajos de espada. La barba ocultaba el mentón, pero la piel afeitada de alrededor de la boca delataba abatimiento; además, revelaba cautela, algo que yo debía haber previsto. Esperaba ver en su rostro el molde que estampara el mío; pero el suyo era más alargado, no tenía los ojos azules sino pardos, más hundidos y no tan separados, y la nariz era algo picuda mientras que la mía era recta; y así como mi cabello caía hacia atrás, el suyo le colgaba a los lados de las sienes, estrechándole la frente. Dondequiera que estuviese en el salón, se habría adivinado que era el rey; pero yo no veía al hombre que sintiera el hálito de Poseidón y nadara por las borrascosas aguas hasta la Casa del Mirto. Mas era él y yo sabía que irremediablemente tendría que resultarme extraño.

Avancé entre los bancos, con los ojos fijos en él. A su derecha, había una silla vacía sobre la que estaban encaramados dos halcones; y a su izquierda vi sentada a una mujer. Cuando me acerqué, él se levantó para saludarme y se adelantó. Esto me alegró; no estaba seguro de si me recibiría como a un rey. Era un poco más alto que yo: me llevaba un par de dedos.

Dijo lo que prescribe la costumbre en esas ocasiones, dándome la bienvenida y rogándome que comiera y bebiese antes de molestarme en hablar. Le di las gracias y sonreí. Me sonrió en respuesta, pero poco; no con acritud, pero sí con cierto envaramiento, como si hubiese perdido el hábito de sonreír.

Me senté y me trajeron mi mesa, y el rey le señaló al trinchador los mejores bocados, para que me los sirviera. Mi plato quedó repleto, casi más lleno de lo que podría comer, aunque tenía hambre. Él sólo escogió para sí unas mollejas de ternera y le dio la mayor parte al sabueso blanco que se recostaba contra su silla. Por el camino, se me había ocurrido la absurda idea de revelarles mi identidad en el salón, en presencia de todos; ahora, al verlo en toda su pompa, un rey él y yo todavía un desconocido, tuve más sentido del decoro. Además, quería conocerlo antes.

Mientras comíamos, vi por el raballo del ojo que la mujer me miraba a hurtadillas. Antes de sentarme, la había saludado y le había visto el rostro. No era Helena ni pertenecía a la gente de la ribera; era carirredonda, de nariz algo roma, con los ojos pequeños y sesgados. Su delicada boca se curvaba y cerraba sobre una sonrisa secreta. La frente, estrecha y pálida, la coronaba una diadema del ancho de la mano hecha de flores y hojas de oro; entre la cascada de su abundante melena negra, le caían cadenas de oro con capullos del mismo metal.

El chambelán volvió a acercarse con el vino. Yo no quise más, pero el rey había vaciado su gran copa de oro y le ordenó con un gesto que se la llenara. Cuando alzó la copa vi mi mano junto a la suya. La forma, los dedos, el ángulo de los pulgares e incluso las uñas, todo era idéntico. Se me cortó el aliento y me quedé

mirando, seguro de que él lo notaría y se asombraría. Pero la mujer le hablaba en voz baja y aquello pasó inadvertido.

Mi plato estaba vacío. Cuando indiqué que no comería más, él me dijo:

—Real huésped, a juzgar por tu aspecto eres heleno. Y me parece que, desde antes de llegar al palacio de Eleusis, estabas familiarizado con la morada de algún rey.

Le respondí, sonriendo:

—Señor, es cierto. A ningún hombre le diré con mayor gusto que a ti el linaje de que provengo. Pero excúsame de hacerlo ahora y te explicaré mis razones más tarde. Sabes ya el favor que he venido a pedirte. En cuanto al hombre a quien maté, combatí con él en lucha leal, pese a que intentó asesinarme. —Y le conté cómo había ocurrido, agregando—: No me agradaría que me creyeras un hombre que se mueve entre tinieblas.

Miró la copa que tenía en la mano y dijo:

—Antes debes hacerles una ofrenda a las hijas de la noche. Ésta es la señora Medea, que es quien celebrará el sacrificio.

La mujer me miró con sus ojos sesgados y yo respondí:

—Hay que apaciguar siempre a la Madre, que acoge en su regazo a las víctimas de la violencia. Pero yo, señor, como tú, soy heleno. Tengo que ir antes al santuario de Apolo, el que aniquiló las tinieblas.

Vi que ella lo miraba, pero él no lo notó.

—Sea como quieras —me dijo el rey—. La noche es fría. Levantémonos y bebamos nuestro vino junto a la lumbre de mi aposento. Allí estaremos más a nuestras anchas.

Subimos por la escalera que había detrás del estrado y el sabueso blanco nos siguió en silencio. La habitación del rey daba sobre la terraza norte. Era casi de noche y había salido una luna baja de otoño. No se veía la ciudad de abajo sino sólo las montañas de alrededor. En el redondo hogar del aposento real ardía una lumbre de leña aromática; delante, había dos sillas, y cerca, junto a un bastidor de bordar, otra. Un pedestal tallado sostenía una lámpara de malaquita verde; el mural de las paredes representaba una cacería de ciervos con muchos jinetes. La cama era de madera de cedro, con colgaduras rojas.

Nos sentamos; un criado colocó una mesita para vino, pero no trajo el vino. El rey se inclinó y acercó las manos al fuego. Vi que temblaban y pensé: «Ha bebido bastante en el salón y prefiere esperar».

Ahora era el momento. Pero se me trababa la lengua; no sabía cómo empezar. «Ya dirá él algo», pensé. Me limité, pues, a alabar la ciudadela y su guarnición. Él replicó que su baluarte nunca se había rendido a ningún enemigo y yo le contesté:

—No caerá mientras esté en manos de hombres que lo conozcan.

Porque yo había visto un par de sitios por donde tropas habituadas a las montañas podían escalar sus flancos. El rey me lanzó una mirada fugaz; y pensé que no había sido de buena educación escrutar tan minuciosamente sus murallas cuando él sólo me consideraba un huésped. Por eso, cuando se refirió a la guerra del istmo, me alegró hablar del tema. En realidad, yo había ensayado ya por el camino el relato de mis victorias, como acostumbra a hacer los jóvenes. No quería que tuviese ningún motivo para avergonzarse de mí.

Me dijo:

—Y ahora eres el rey de Eleusis; rey de verdad y no sólo de nombre. Todo en una sola estación.

—Pero si crucé el istmo no fue por esas razones —dije—. Todo eso han sido azares del camino, si es que esas cosas pueden presentarse por azar.

Me miró, con cierto aire indagador, por debajo de sus oscuras cejas.

—¿Conque Eleusis no es el lugar de tu moira? ¿Miras más allá?

Sonreí y dije:

—Sí.

Pensé: «Ahora hablaré». Pero cuando tomaba aliento para hacerlo, él se levantó del asiento y se acercó a la ventana. El perrazo fue detrás. Para no permanecer sentado mientras el rey estaba de pie, me levanté también y lo seguí a la terraza sin antorchas. La luz de la luna bañaba la tierra; el peñasco proyectaba su enorme sombra sobre los oscurecidos campos de abajo. Dije:

—Las colinas están secas. Me gustaría verlas en primavera y blancas de nieve. ¡Qué claridad hay aquí! Se ve el espectro de la luna. ¿Hay siempre tanta claridad en Atenas?

—Sí —dijo él—. El aire es muy limpio aquí.

Repliqué: —Athenas le sale a uno al encuentro mientras asciende, como si las mismas piedras emanaran luz. Los arpistas la llaman la sólida casa de Erecteo. En realidad, podría llamarla el baluarte de los dioses.

El rey se volvió y regresó al interior del aposento. Al seguirlo, lo encontré parado de espaldas a la lámpara, cuya luz me daba en los ojos. Dijo:

—¿Qué edad tienes?

—Diecinueve años —le respondí.

La mentira brotó espontáneamente de mis labios, después de tanto repetirla—. Luego, cuando recordé con quién hablaba, advertí lo gracioso de la situación y eso me hizo reír.

—¿Qué sucede? —me preguntó. Su voz parecía fatigada, casi vieja.

—Tengo mis buenas razones —respondí. Pero antes de que pudiera continuar se abrió la puerta de par en par y entraron Medea y un criado con una bandeja de marquetería. Las dos copas de oro de la bandeja contenían vino caliente aromatizado con especias y su fragancia llenó el aposento.

Medea, con pasos silentes y los ojos bajos, se acercó al rey. El rey dijo:

—Beberemos luego. Déjalas sobre la mesa.

El criado las dejó, pero ella comentó:

—Se estropeará si se enfría.

Y se las volvió a ofrecer al rey. Entonces él tomó una copa en sus manos y Medea me trajo la otra, decorada con ristas de palomas en las asas y leones tallados que acechaban detrás de grandes hojas.

El vino olía bien, pero la buena educación me obligaba a esperar a que él brindara por mí. El rey permanecía inmóvil, con su copa decorada con una serpiente en el asa entre las manos; Medea aguardaba en silencio. De pronto, él se volvió y le dijo:

—¿Dónde está la carta que me mandó Cerción?

Medea lo miró con cara de extrañeza, y se acercó a un cofre de marfil que había sobre un pedestal. Vi mi carta en sus manos. El rey me rogó:

—¿Quieres decirme su contenido? Dejé mi copa y tomé la carta de manos de Medea. Los ojos del rey parecían penetrantes; yo no los creía torpes.

Le leí la misiva y dijo:

— Gracias. Logré leer la mayor parte, pero no estaba seguro de varias palabras.

Miré la carta, perplejo, y dije:

—Creí haberla escrito con buena letra.

Él me respondió con el aire preocupado del hombre que tiene la mitad de su espíritu en otra parte:

—Sí, sí. La letra es buena. Tu escritura sabe el griego; pero lo escribe como un bárbaro.

Solté la carta, como si me hubiese mordido. No sólo sentí el rostro arrojado sino incluso el diafragma, y me quitó la capa de los hombros. Sin pensarlo, por no quedarme parado como un tonto, tomé la copa y la alcé para beber.

Cuando mi boca la tocó, sentí que me la arrancaban de las manos. El vino caliente se derramó sobre mi rostro y salpicó mi vestimenta. La copa de oro cayó con ruido metálico en las losas pintadas del suelo y formó un gran charco, en el que se conglomeró un poso más oscuro que el vino.

Me quedé mirando al rey, mientras me secaba la cara. Sus ojos estaban clavados en mí, como si vieran la mismísima muerte. Ni un moribundo habría podido estar más pálido. El espectáculo me devolvió la sensatez y vi la espada desnuda a mi lado. «¡Debí haber hablado! —pensé—. ¡Qué mal lo he hecho todo! El sobresalto lo ha aturcido.» Lo tomé del brazo y dije:

—Siéntate, señor. Lo lamento. Un instante más y te lo habría dicho todo.

Lo conduje a su silla. Se agarró al respaldo y se mantuvo en pie, sin aliento. Mientras me inclinaba hacia él, pensando qué más podía decirle, el perro blanco se acercó con pasos silenciosos, volviendo del balcón, y empezó a lamer el vino derramado. El rey avanzó, se abalanzó sobre el perro, lo cogió del cuello y lo hizo retroceder. Oí el tintineo de unos adornos de mujer; la sacerdotisa Medea, a quien su silencio me hiciera olvidar, cabeceaba de cara al rey. Entonces comprendí.

La cicuta no es tan fría ni el agraz tan punzante como lo fue aquel descubrimiento para mi corazón. Me quedé petrificado; cuando la mujer condujo al perro hacia la puerta y se fue con él, la dejé salir sin mover una mano. El rey se reclinó sobre el respaldo de la silla, como si sólo eso lo salvara de caer, y por fin oí su voz, áspera y sorda como un estertor.

—Dijiste diecinueve. Dijiste que tenías diecinueve años.

Ese sonido me despabiló. Levanté la copa del suelo, olí las heces y la puse ante él.

—Tanto da —dije—. Bastaba con que fuese tu huésped. En cuanto a lo otro, no tiene por qué preocuparnos ya.

Dio la vuelta a su silla, a tientas, y se sentó y se cubrió el rostro con las manos. Me desprendí del cinto y puse mi espada junto a la copa.

—Consérvala si la conoces y sabes en qué usarla —dije—. No es mía. La encontré debajo de una piedra.

Vi que las uñas se le clavaban en la frente. De sus labios brotó un quejido como el que se le escapa a un hombre cuando le extraen la lanza de una herida mortal y aprieta los dientes para contenerse. Lloraba como si le arrancaran el alma del cuerpo, mientras yo seguía inmóvil y agobiado, lamentando no poder hundirme en la tierra o disolverme en el aire. Sólo cuando hubo llorado, sentí que era mi padre; y cuando lo sentí, sólo fue para helarme de vergüenza al ver que había llegado tan bajo. Estaba tan humillado como si yo mismo hubiese cometido aquella infamia. En el suelo había un puñado de charquitos de vino pisoteados; las heces de la copa tenían un nauseabundo olor agrídulce. Algo me llamó la atención al moverse; al otro lado del cuarto estaba de pie el criado, boquiabierto. Cuando lo miré, trató de escabullirse.

—El rey te da licencia —le dije yo. Y escapó.

El fuego fue decayendo hasta reducirse a unas brasas; el calor me oprimía, así como mi envaramiento, y el rey se revolvía con los dedos el cabello cano. Di la espalda a todo aquello y salí entre las pintadas columnas al balcón. De pronto reinaba el silencio y se veía una gran extensión iluminada por la luna. Sombrías montañas lo cercaban por todas partes, con su color ámbar oscuro. Abajo, sobre las murallas, dos centinelas hicieron un aspa con sus lanzas al cruzarse. Un cantor, a lo lejos, entonaba algo con voz apenas perceptible y apagados rasgueos de la lira. La ciudadela estaba entre la tierra y el cielo, en un resplandor inmóvil que parecía brotar de ella misma, y allá abajo, en las sombras, las rocas titánicas capuzaban hacia la llanura.

Apoyé las manos en la balaustrada y miré los muros, cuyas raíces se incrustaban en la roca viva. Y mientras estuve allí, todo aquello parecía anegar mi alma, como una marejada cantarina, y me llenaba el corazón, y se inmovilizaba dentro de mí como unas aguas quietas. Y pensé: «Esta es mi moira».

Mi alma se volcaba en pos de ella. En ese instante, todo lo demás era como pasajeras nubes de polvo o como lluvia de verano. Pensé: «¿Qué significaba todo ese clamor que había dentro de mí? Ella ha conocido a mil reyes. ¿Quién podría decir cuántos han odiado a sus padres o a sus hijos, o amado a mujeres péfidas, o llorado por esto o por aquello? Todo eso formaba parte de su condición de mortales, de lo que va a la tumba con ellos y con ellos se consume. Sólo esto sobrevive: que fueron reyes de Atenas, que hicieron sus leyes, ensancharon sus límites o fortalecieron sus murallas. Alta ciudad de la diadema púrpura, cuyas piedras exhalan luz, tu demonio me trajo aquí, creyendo yo que era mi voluntad. Siente mi mano, pues, conoce mi paso, recíbeme; vendré cuando tus dioses me llamen y me iré a una señal tuya. Vine a ti siendo niño, oh baluarte de Erecteo; pero tú harás de mí un rey».

A poco, sentí una nueva calma a mi alrededor. Pero el zumbido del canto aún revoloteaba en el aire. El ruido que había cesado era el del llanto de mi padre. Lo vi, mentalmente, donde estaba yo ahora, contemplando la ciudadela, cuando los enemigos la asediaban o los campos estaban grises por la sequía o cuando llegó la noticia de que había un nuevo rey en la frontera, un rey para quien Eleusis no era lo bastante grande. Sólo gracias a que él la había conservado bien, estaba yo allí esta noche. Pensé en las fatigas de su lucha y en sus innumerables añagazas, y en la vieja esperanza que se volvía ahora veneno para su vientre.

Entré. Mi padre estaba sentado en su silla, con los codos sobre la mesa y el rostro entre las manos, contemplando con ojos mortecinos la espada. Me hincé de rodillas ante él y dije:

—Padre.

Entornó los ojos, como si no estuviese seguro de lo que veía ni de lo que oía.

—Padre —dije—, ya lo ves; es cierto que el destino nunca llega como lo esperan los hombres. Los dioses han hecho esto para demostrarnos que somos mortales. Dejemos de afligimos y empecemos de nuevo.

Se secó los ojos con la mano y me miró durante largo rato en silencio. Por último, dijo:

—¿Quién podría decir qué han hecho ellos o por qué? En ti hay algo que nunca se vio en mí.

Se apartó el pelo de los ojos, adelantó un poco la cabeza y luego retrocedió. Comprendí que, después de lo sucedido, yo debía ser el primero en abrazarlo. Y lo hice, aunque con timidez y temiendo además que eso volviera a hacerlo llorar. Pero se dominó y ambos pensamos, me parece, que la próxima vez el abrazo nos sería más fácil. Luego fue hacia la puerta, dio una palmada y le dijo al soldado que acudió:

—Toma una guardia de cuatro y trae a la señora Medea, consienta en venir o no.

Cuando el soldado se alejaba, le dije a mi padre:

—No la encontrarás.

Me contestó:

—Las puertas se cierran de noche y también la poterna—. Medea está aquí, a menos que sepa volar. —Y agregó— :¿Cómo te llamas? Me quedé mirándolo al oír estas palabras y ambos casi sonreímos. Cuando se lo dije, replicó:

—Es el nombre que tu madre y yo elegimos juntos. ¿Por qué no lo has usado para firmar tu carta?

Le conté lo que le había prometido a mi madre y él me preguntó por ella y por mi abuelo. Pero estaba pendiente de oír las pisadas de la guardia cuando llegara. Pronto las oímos. Él se interrumpió, se sentó caviloso y me dijo:

—No te sorprendas de lo que yo diga ahora y pon cara de asentimiento.

Cuando la trajeron a la habitación, Medea andaba adelantada, como quien quiere saber por qué se le ofende. Pero en sus ojos había cautela.

Mi padre dijo:

—Medea, he recibido una señal de los cielos; conque acepta por amigo de la casa al rey de Eleusis. Sus enemigos son los míos. ¿Me entiendes? Ella frunció sus negras cejas.

—Eres el rey. Si eso es lo que has decidido, así será. ¿Me has hecho traer a rastras para decírmelo?

—No —dijo él—. Mi amigo el rey, antes de ir a Eleusis, navegó hacia el norte, más allá del Helesponto, a Cólquida, donde tú naciste. Dice que pesa sobre ti una maldición de sangre, que has matado a tu hermano. ¿Qué tienes que decir a eso? —Ahora la sorpresa de Medea era sincera. Se volvió hacia mí enfadada y comencé a comprender la intención de mi padre.

—Todos lo sabían —dije—. Huiste al sur para eludir la venganza.

—¿Qué mentira es ésta? —gritó ella.

Pero yo la observaba; en sus ojos había confusión, no inocencia. Había cometido alguna iniquidad allí. Mi padre dijo:

—Él me lo ha dicho todo y lo ha jurado.

Ante esto, ella gritó, furiosa: —Entonces, es un perjurio. En su vida ha puesto el pie fuera de la isla de Pélope, hasta la primavera de este año.

Mi padre la miró a los ojos y dijo:

—¿Cómo lo sabes? —El rostro de la sacerdotisa se tornó rígido como una máscara de arcilla. Mi padre dijo—: Eres una mujer sabia, Medea; con razón te llamaron así. Sabes leer en los guijarros y en el agua y en las manos de los hombres; conoces las estrellas; sabes hacer el humo que provoca sueños verdaderos. ¿No sabes quién es su padre?

Medea respondió:

—Eso no lo he visto. Me lo impidió la niebla.

Pero su voz había perdido veracidad y revelaba miedo.

Comprendí que mi padre era un juez prudente que conocía su oficio y tenía mucho que enseñarme. Se dirigió a mí: —Yo no estaba seguro. Ella podría haberlo hecho por ignorancia, por haber interpretado mal los augurios. —Luego, le preguntó al capitán de la guardia—: ¿Dónde la habéis encontrado?

—En la muralla sur —dijo el capitán—. Estaba con sus dos hijos y trataba de hacerlos bajar por allí con ella. Pero la roca es escarpada y tenían miedo.

—Ahora estoy seguro —dijo mi padre—. Teseo, la dejo en tus manos. Haz con ella lo que creas conveniente.

Medité. Sin duda, mientras Medea siguiese viva, en alguna parte del mundo los hombres padecerían las consecuencias. Le dije a mi padre:

—¿Qué género de muerte dais aquí? —De improviso, como una serpiente, ella se deslizó entre los guardias (adiviné que éstos la temían) y se acercó a mi padre. Vi en sus rostros, a pesar de ellos, la intimidad del hombre y la mujer que han compartido el lecho.

Medea dijo sin alzar la voz:

—¿Es digno de ti lo que estás haciendo?

El sólo respondió:

—Sí.

—Piénsalo, Egeo. Durante cincuenta años has vivido con la maldición de Eleusis y sentido su peso. ¿Has elegido bien?

Respondió:

—He elegido con los dioses.

Medea tomó aliento para decir algo; pero él gritó: — ¡Llévósla! Los guardias la rodearon. Pero ella se volvió hacia el que parecía temerla más y le escupió en el brazo; la lanza del soldado cayó ruidosamente y él se quedó inmóvil, palidísimo, aferrándose la muñeca. Mientras los demás se movían a su alrededor, tratando de sujetarla pero temiendo su contacto, Medea gritó—: Siempre has sido tacaño, Egeo. ¿Qué clase de negocio creías haber hecho con nosotros? ¿Liberarte de la maldición y pagarlo solamente con la vida de algún vagabundo extranjero? ¡Oro por cagajón! ¿Es eso lo que pensabas? — Mi padre me miró, como quien se ve obligado a hacerlo contra su voluntad. Entonces, adiviné qué palabras había tratado de acallar. Sentí frío en el vientre: una suerte de sobresalto que no era asombro. Me acordé del pájaro perico que piba al alba y de las paredes pintadas. Me pregunté cuántas veces me había acostado con la reina después de que ella planeara mi muerte.

Al ver que la mano de mi padre se movía para dar una orden, dije:

—Aún no.

Luego reinó el silencio, salvo los dientes castañeteantes del guardia que dejara caer la lanza.

—Medea —dije—, ¿sabía también la reina de Eleusis de quién soy hijo? —La vi escudriñar mi semblante para descubrir qué respuesta quería yo. Pero yo había madurado en aquella última hora y me reservé mis pensamientos.

Su voz se tomó malévola: —Al principio sólo quería eliminarte, como a un perro que muerde. Pero cuando su hermano falló, me envió algo tuyo y miré en el cuenco de tinta.

Mi padre me dijo:

—Tu esposa me advirtió que habías jurado gobernar Atenas. Yo te lo habría dicho, pero no tan pronto. Eres joven y quizá la amabas.

No contesté, porque estaba pensando, y él agregó:

—Ella me habría liberado de la culpa de mi abuelo, para convertirme en el asesino de mi hijo. Sirves a una mujer encantadora, señora.

Ahora, yo había terminado de meditar y alcé los ojos.

—No te preocupes por eso, señor. Me viene bien. Me aclara mi camino.

Al oírlo, ella se volvió rápidamente hacia mí. Sus ojos sesgados se entornaron y centellearon, la boca se le contrajo y luego se distendió; yo retrocedí un paso, comprendiendo que Medea tenía auténticos poderes.

—¡Oh, sí! —dijo ella—. Tu camino está claro ahora, heleno. Sigue la larga sombra que proyectas ante ti. Tu padre morirá pronto. Cortó diez años del hilo de su vida cuando te arrebató la bebida de la mano.

Detrás de ella, los guardias permanecían inmóviles, con las mandíbulas desencajadas y los ojos muy abiertos. Mi padre estaba pálido, pero no dejó de fijarse en cómo acogían ellos la noticia. Pero ella me clavó los ojos, balanceándose un poco, como hace la serpiente para paralizar a la presa. Los guardias se habían apartado, formando un apretado grupo; pero yo estaba solo.

—Teseo —dijo Medea en voz baja, como si su sibilante lengua fuese bífida—, Teseo de Atenas. Cruzarás las aguas para bailar en sangre. Serás rey de las víctimas. Recorrerás el laberinto entre llamas y lo recorrerás entre tinieblas. Tres toros te esperan, hijo de Egeo. El toro de la tierra, el toro del hombre y el toro del mar.

Sentí que me helaba el contacto de su animadversión y el de los espectros de rostros velados que evocaba. Yo nunca había sido maldecido antes. Aquello era como el oscuro escalofrío que se siente cuando la serpiente de la tierra aflora al sol. Al retroceder los guardias, mi padre se interpuso entre ella y yo.

—¿Quieres una buena muerte, perra? —le preguntó—. Si es así, ya has dicho bastante.

Ella respondió con frialdad:

—No alces tu mano contra mí, Egeo. —Y se diría que usaba los secretos del lecho compartido para crearse sus poderes de bruja, en vez de las uñas o los cabellos.

—¿Creéis que vais a engañar a las hijas de la noche, tú y tu bastardo? Él pagará tu deuda; sí, y con intereses. Tú has salvado al hijo de una noche, que se presentó ante ti como un desconocido. Pero el hijo a quien él mate será el fruto de su más caro amor, el hijo de su corazón.

Yo era joven. Había engendrado hijos aquí y allá, pero aún no pensaba en un hijo de mi linaje ni en lo que yo quería que fuese. No obstante, así como un hombre puede pararse de noche sobre un peñasco y adivinar debajo grandes profundidades que no logra ver, así sentí cernirse sobre mí desde lejos toda la angustia que no es posible imaginar antes de que surja ni debe ser recordada después. Yo era un extraño para mí mismo. Los guardias hablaban en susurros. Delante de mi rostro, se alzaba la mano de mi padre haciendo el signo contra el mal. Ella aprovechó bien su oportunidad. Doblándose como una liebre, pasó por en medio de todos y corrió hacia el balcón. Oí el rumor de sus volantes salpicados de jucas y de sus ágiles

pies; luego, sólo las pisadas de los guardias, que fingían darse prisa. Busqué a tientas mi espada; recordé dónde estaba y la cogí. Un centinela acudió desde la galería, alarmado por el ruido, y chocó con la guardia.

—¿Adónde ha ido? —grité.

Él señaló con la mano y yo me precipité afuera. Se había levantado una brisa que soplaba desde el mar. La húmeda niebla me helaba el rostro y se adhería a las lajas. La luna parecía un ovillo de lana. Recordé lo oído sobre Medea: que sabía convocar al viento; la galería estaba desierta. Penetré por el vano de una puerta y caí sobre un viejo dormido en la cama. Mientras él tartamudeaba, me incorporé y recobré mi espada. Había una abertura cubierta con una cortina que se balanceaba como si acabaran de moverla. Más allá, un pequeño rellano adonde llegaba la luz de la lámpara que había al pie de la escalera. Eché a correr escaleras abajo; luego vi en la esquina de la pared la sombra de una mujer con el brazo en alto.

Sin duda era la bruja, porque me hechizó. Porque de eso se trataba. Mis manos se tornaron frías y me sudaban. Las rodillas perdieron su fuerza y las sentí temblar. Mi corazón se puso a dar saltos dentro del pecho, la respiración se me hizo jadeante y casi me asfixiaba. Sentí un hormigueo en la piel y en el cuero cabelludo, y se me erizaron los pelos. Y tenía los pies pegados al suelo: no querían llevarme más adelante.

El hechizo me paralizaba como si hubiese echado raíces; las entrañas se me revolvían como si estuviese enfermo. La sombra se movió y desapareció de la pared. Esto debilitó el hechizo, que comenzó a disiparse. Bajé corriendo la escalera, pero era tan empinada que me obligó a ir despacio. Los peldaños me llevaron a un pasadizo y luego a un patio oscuro y lleno de viscosa niebla. Nada se movía allí.

Me volví y oí un estrépito en lo alto. El viejo con quien tropezara estaba despertando a todo el mundo, gritando que un guerrero alto había salido corriendo de la cámara del rey con una espada desenvainada en la mano. Todo el palacio estaba alborotado. Acudió corriendo una muchedumbre de cortesanos, desnudos detrás de sus escudos, y me habrían atravesado con sus lanzas, pero mi padre salió a tiempo. Las antorchas recién encendidas, húmedas de niebla, despedían una humareda hedionda; los viejos tosían en aquella atmósfera, las mujeres corrían de aquí para allá chillando, los niños lloraban, los hombres se gritaban conjeturas de una punta a otra de los patios. Por fin, encontraron al heraldo, para que acallara el estrépito con su cuerno. Mi padre me condujo a la galería, no para decirles quién era yo, sino para estar seguro de que nadie me iba a matar. Calmó todos los temores y les prometió buenas noticias para el día siguiente; luego, les dijo que Medea había hecho algo abominable para los dioses y los hombres, y que no se debían abrir las puertas hasta que la capturasen.

Restaurada la calma, mi padre me preguntó si había visto a la hechicera cuando la perseguía. Le dije que no, lo cual era cierto; porque no la había visto a ella, sino sólo a su sombra. Y de esto prefería no hablar; porque el hechizo que Medea había lanzado sobre mí era muy maligno y si uno habla de esas cosas les da poder. Apolo Peán, el que aniquiló las tinieblas, haz que nunca vuelva a sentir nada parecido.

Capítulo dos

No encontramos a la hechicera y sus hijos, a pesar de haber registrado el palacio desde el tejado hasta los cimientos de los pilares, incluida la cayema sagrada de la serpiente de la casa. Tanteamos todas las grietas de las rocas e incluso sondeamos el pozo. La gente decía que la oscura Madre había mandado a una víbora alada para que se la llevara por los aires. A eso, nada repuse. Pensé que Medea podía haber hechizado a la guardia de las puertas lo mismo que a mí.

Al día siguiente, mi padre reunió al pueblo. Desde las ventanas del palacio, vimos ascender a la gente y desplegarse en la cumbre del peñón. Mi padre dijo:

—Hoy caminan con paso ligero, sin cargas y sin que sus hijos agobien sus hombros. Sí, conocen el camino de la ciudadela. Volveremos a ver el humo sobre el Himeto cuando los Palántidas reciban esta noticia. Acabas de volver de una guerra. ¿Estás listo para otra?

—Padre, a eso vengo —dije. Él me miró como un hombre que ha olvidado la manera de descansar—. Eres el único que no me ha mentado —dije—. De los demás, recibí cuentos infantiles; pero tú me legaste una espada.

—¿Qué te dijeron? —preguntó.

Se lo conté, tratando de divertirlo; pero él me miró largamente y temí que estuviera acongojado aún por la noche anterior.

—Hiciste bien en dejarme al cuidado de Poseidón —dije—. Nunca me abandonó. Cuando lo llamé, siempre me habló.

Mi padre me miró y dijo:

—¿Cómo?

Yo nunca había hablado de aquello y las palabras tardaron en salirme, pero acabé diciendo: —Habla como el mar.

—Sí —dijo—. Eso es lo que caracteriza a los Eréctidas. Apareció cuando yo te engendraba.

Esperé; pero no me habló de otras veces. Por eso dije:

—¿Y cómo nos llaman al final?

—Él nos llama a un alto lugar y nosotros saltamos a su encuentro —dijo mi padre—. Vamos por nuestra propia voluntad.

Cuando escuché sus palabras, me pareció que había sabido siempre eso.

—Es preferible a como van los hijos de la tierra —dije—. Uno debe ir como un hombre, no como un buey.

El pueblo se apretujaba ahora abajo; sus voces zumbaban como el enjambre de un árbol talado y el olor de sus cuerpos ascendía hasta nosotros.

Mi padre dijo:

—Más vale que salgamos con ellos.

Ahora que había llegado el momento, mis manos se adherían a los brazos de mi sillón. Pensé en el escrutinio de todos aquellos ojos mientras mi padre hablara. Me gusta hacer, no que me hagan.

—Padre —dije—, ¿y si ellos no creen que soy tu hijo? Pueden suponer que hemos hecho un trato: mi espada contra los Palántidas a cambio de heredar Atenas. ¿Qué sucederá si lo piensan? Se me acercó con su sonrisa desvaída y me rodeó los hombros con el brazo.

—Tres de cada cinco lo creerán. ¿Quieres que te diga lo que van a decir? «Esa vieja víbora de Egeo nunca pierde una oportunidad. He ahí a ese joven rey de Eleusis que es un heleno y no quiere seguir la suerte de sus antecesores. Es, precisamente, el hombre que Egeo necesita: alguien que le deba la vida, quienquiera que fuere su progenitor. ¿Quién podría decir si no lo manda un dios? Que tenga suerte y nada de preguntas.» Me sentí simple y joven a su lado. Prosiguió diciendo: —Mi hermano Palas tiene diez hijos de su matrimonio, todos mayores; y poco más o menos el mismo número con mujeres de la casa. Y la mayoría de ellos tienen hijos a su vez. Si se hicieran con el poder desgarrarían el Ática como los lobos a un caballo muerto. Tienes una gran virtud, hijo mío, que te permitirá avasallar todo. Eres uno y no cincuenta.

Me cogió del brazo y me condujo afuera. Descubrí que tenía razón: cualquiera que fuese su modo de pensar, la multitud me aclamó. Cuando volvimos a entrar, mi padre sonrió y dijo:

—Un buen comienzo. Bastará con darles tiempo. Verán al Eréctida en todos los rasgos de tu persona.

Empezábamos a conocernos un poco. Creo que si él me hubiese criado desde niño, habríamos chocado; pero ahora simpatizábamos y existía entre nosotros una especie de ternura. Como si la copa envenenada nos hubiera acercado.

Mi padre ordenó que se celebrara aquella noche una fiesta y un gran sacrificio a Poseidón. Cuando se retiraron los sacerdotes, observé: —No olvides a Apolo, señor. No me han purificado aún.

—Eso puede esperar —repuso—. Lo mismo da hacerlo mañana.

—No hay mucho tiempo si cuentas con una guerra, señor. Yo quisiera ir a Eleusis mañana y poner las cosas en orden.

—¡A Eleusis! —Parecía pasmado—. Hay que solucionar antes el asunto de los Palántidas. Nos atacarán. ¿Cómo podría yo prescindir de tantos hombres? —No entendí muy bien sus palabras.

—¿Hombres? —dije—. Los dos que traje conmigo son todo lo que necesito. No me hacen falta muchos servidores.

—Pero... —dijo mi padre—, ¿no te das cuenta de que la noticia llegará allí antes que tú?

—¿Podrías encargarles a tus mujeres, padre, que cuiden de la muchacha que vino conmigo? —dije yo—. Por mí, la habría dejado en Eleusis; no estoy tan atado a sus faldas como para necesitarla en todas partes; pero la reina estaba irritada con ella y podía haberle hecho daño. Es una buena muchacha, útil y educada; no te molestará y mi ausencia no durará mucho.

Mi padre se mesó el cabello, una costumbre suya cuando estaba preocupado.

—¿Estás loco? Desde hoy, tu vida no vale una uva exprimida en Eleusis. Cuando hayamos apaciguado a los Palántidas, dispondrás de un ejército para reivindicar tus derechos.

Lo miré, sorprendido. Pero adiviné que estaba preocupado por mí. Eso me conmovió, ya que nunca me había sucedido.

—Te detendrían en la garita de la frontera —me dijo—. ¿Te habrá enloquecido la hechicera con su hechizo? —Se golpeó el muslo, como apesadumbrado. Siendo prudente y, al parecer, sincero, le irritaba no ver las cosas claras. Lamenté causarle problemas tan pronto.

—Pero, padre —dije—. Esos jóvenes me salvaron en la batalla. Derramaron su sangre y uno de ellos murió. ¿Cómo podría yo ir contra ellos como un salteador, respaldado por lanzas? Su diosa me eligió, no sé por qué. Son mi pueblo.

Él se paseó por la habitación, comenzó a hablar y siguió paseándose. Era prudente y veía diez cosas donde yo apenas veía una. Pensé: «Pero tengo que atenerme a lo que sé y hacer lo que pueda con eso. Me portaré peor con los demás; la prudencia sólo la otorgan los dioses».

—Tendré que ir, padre —dije—. Mándame con tu bendición.

—En nombre del dios, ojalá que el hilo de tu vida sea más fuerte que la maldición —dijo.

Fui purificado ese día en la cayema de Apolo, en el peñasco que había debajo de la ciudadela. En su sombra, donde el arroyo sagrado fluye por las rocas, llenaron el cántaro para lavarme de la sangre de Janto. Luego, a la radiante luz del sol, sacrificamos una cabra en el altar que había delante de la cayema. Por la noche, hubo una fiesta magnífica, con artistas y prestidigitadores. Mi padre hizo catar todas las viandas antes de que las comiéramos. No tenía un esclavo especial para esta operación; el hombre que había cocinado el plato lo traía y mi propio padre le señalaba su parte; un proceder que me pareció a la vez prudente y justo.

A la mañana siguiente, madrugué. Mi padre y yo salimos a la terraza húmeda de rocío; el peñón proyectaba su larga sombra azul sobre los campos. Él parecía haber dormido mal y me rogó que cambiara de idea.

—Si yo pudiera hacer algo por alguien, señor, lo haría por ti —dije—. Pero he tomado a esos minoanos bajo mi protección. Abandonarlos dañaría mi buen nombre.

Lo compadecí. Se notaba que habría querido prohibírmelo. Le resultaba penoso, pensé, encontrarse con que su único hijo se presentaba ante él convertido ya en un rey. Pero esto no tenía remedio.

—Algo más, padre, antes de irme —le dije—. Si algún día logramos unir nuestros reinos, no quiero que los hijos de tus hijos puedan decir de mí que los llevé al cautiverio. Tendrán que venir como parientes o no venir. Dame tu palabra de que será así.

Me miró con ojos penetrantes. Y replicó: —¿Regateas conmigo?

—No, señor —respondí, por cortesía, y agregué—: Sí que parece que esté regateando. Pero es que está en juego mi honor.

Guardó silencio durante tanto tiempo que le pregunté si estaba enfadado conmigo.

—No —me contestó—. Has cumplido con tu deber—. Y lo juró inmediatamente ante mí. Luego dijo—: Veo en ti a tu abuelo. Sí, eres más el hijo de Piteo que el mío. Me atrevería a afirmar que sales ganando.

Mi caballo esperaba. Dije a mis criados que me siguieran más tarde. Presentía que ir solo me daría suerte.

En la atalaya de la frontera, correspondieron a mi saludo y me dejaron pasar de inmediato. Aquello parecía demasiado fácil, hasta que oí decir, a mis espaldas:

—Es mentira. Todos los atenienses son mentirosos.

Poco después, al doblar un recodo, vi la cumbre de la siguiente colina coronada de lanzas.

Yo estaba ya a tiro de flecha, de modo que hice avanzar a mi caballo a paso lento. Pronto, se dibujó un hombre contra el fondo del cielo. Entonces, los reconocí y agité la mano. Él hizo señas a los que lo seguían y empezó a bajar la colina. Detuve a mi caballo, esperé y dije:

—Salud, Bayo.

—Bienvenido a casa, Teseo —dijo Bayo, y gritó a sus compañeros—: Ya os lo dije yo. Ahora, ¿qué tenéis que decir? Los acompañantes bajaron en tropel, disputando y maldiciéndose.

—Yo nunca me lo creí; fue una ocurrencia de Escopas.

—¿Qué? ¡Todos te oímos!

—Te haré tragar esa mentira.

Desenvainaron las dagas. Como en otros tiempos. Tuve que desmontar y separarlos, como a dos perros de pelea.

—Vaya un recibimiento rústico —dije—. ¿Os habéis vuelto todos labradores en tres días, ¿o qué? Sentaos y dejadme que os mire.

Me senté sobre un trozo de roca y los examiné uno por uno.

—Falta un hombre, Hipsenor. ¿Dónde está? ¿Lo ha matado alguien?

Una voz dijo:

—No, Teseo. Se fue a avisar al ejército. Hubo un silencio.

Bayo dijo:

—A decirle que estás solo. Fruncí el entrecejo. —Cuando yo quiera que el ejército venga a reunirse conmigo, lo diré yo mismo —repliqué—. ¿Quién se cree que es Hipsenor? —Bayo tosió y cambió de postura.

—Bueno, pero es que ya ha salido; está ahí, al otro lado de la colina. Nosotros somos la vanguardia. —¿La vanguardia? —repetí—. Sí, espero que sí. Pero ¿contra quién piensan combatir? —Todos miraron a Bayo, que les devolvió una mirada furiosa.

—Vamos —dije—. Suéltalo. Tragó saliva y, al final, me dijo:

—Pues bien, Teseo. Anoche llegó un rumor de Atenas. Ninguno de nosotros lo creyó. Pero la reina lo consideró auténtico. —Volvió a detenerse y agregó—: Decían que le ofreciste Eleusis al rey Egeo a cambio de que te hiciera su heredero.

Se me heló el corazón y sentí náuseas. Entonces comprendí por qué mi padre me había llamado loco. Lo último que se me hubiera ocurrido pensar debía haber sido mi primer pensamiento. Los miré uno por uno hasta que recobraron el habla.

—Dijeron que te habían proclamado en la ciudadela.

—Todos nosotros lo desmentimos.

—Nos pusimos furiosos.

—Juramos todos que, si era cierto, te mataríamos en la frontera o moriríamos nosotros.

—Porque habíamos confiado en ti.

—No porque creyéramos en ese rumor, Teseo. Pero por si era cierto. Todo esto me dio tiempo. Mientras hablaban sentí aligerarse mi espíritu. Fue algo que no se puede decir con palabras. La verdad es que rara vez he necesitado que un adivino me señale mi día de suerte. Lo siento yo; lo sentí entonces.

—Lo único cierto es esto —dije—. He hecho un trato con el rey Egeo. —Se hizo un silencio tan intenso como si todos se hubiesen muerto—. He logrado que me jurara que jamás será injusto con los hombres de Eleusis y que los tratará como a amigos y parientes. ¿Qué trato creéis que puede hacer un padre con su

hijo? —Todos se quedaron mirándome en profundo silencio. No esperé a que empezaran a mirarse entre sí en vez de mirarme.

—Os dije a todos que, el día en que murió el rey, yo iba hacia Atenas —declaré—. No os revelé el nombre de mi padre porque le había jurado a mi madre, que es sacerdotisa, no revelarlo por el camino. ¿Quién de vosotros no habría obrado como yo? Ella me dio la espada de mi padre para que se la mostrara. ¿Parece la de un hombre común? Miradla. Mirad el dibujo.

Se la pasaron de mano en mano. Mi actitud me dejaba indefenso; pero, de todos modos, era uno contra treinta.

Les dije:

—Yo soy el hijo del bosquecillo de mirtos que, según vaticinó el oráculo, cambiaría la costumbre. ¿No creéis que fue la diosa quien me envió? Cuando mi padre pasaba por Trecén para embarcar hacia Atenas, mi madre colgó su ceñidor para la Madre Día y así fui concebido. ¿Creéis que la dadora de dones lo olvidó? Tiene mil millares de hijos, pero nos conoce a todos y a cada uno. Sabía que yo provenía de un rey y de la hija de un rey de los helenos, a quienes gobiernan hombres. Sabía que yo soy de los que aferran lo que encuentran a su alcance. Sin embargo, me llamó a Eleusis y puso al rey en mis manos. Ella, que nos creó y que nos reclama a su tiempo, sabe mejor que nadie lo que hace. La madre cambia de actitud con sus hijos a medida que llegan a la edad viril. Todo tiene su fin, salvo los dioses, que viven eternamente.

Todos guardaron silencio, como si estuviesen escuchando al arpista. Yo no habría podido conseguirlo solo. Algo se cernía en el aire entre nosotros y yo tomaba de él lo que decía. Un bardo diría que es la presencia del dios.

—Cuando vine a Eleusis, yo era un desconocido para vosotros —dije—. Hay muchos hombres que vagabundean por el mundo en busca de botín, quemando ciudades y dispersando su ganado, tirando a los hombres por las murallas y violando a las mujeres. Así viven; y si uno de ellos hubiese hecho el trato que pensáis, habría sido para él un buen negocio. Pero yo me crié en una casa de reyes, donde al heredero se le llama pastor del pueblo, porque se interpone entre el lobo y la majada. Acudimos cuando el dios nos llama; y cuando se enfurece, somos la víctima. Vamos voluntariamente al sacrificio, porque los dioses se sienten conmovidos por las ofrendas que les hacen de buena gana. Así iré por vosotros, si se me convoca. Pero únicamente recibiré la orden del dios: sólo responderé de vosotros ante él y no ante ningún mortal. Hasta mi padre lo sabe y lo acepta. Tal fue el trato que hice en Atenas. Tomadme tal como soy. No puedo ser distinto. Ya me habéis oído: si no soy un rey para vosotros, estoy solo y tenéis mi espada. Haced lo que creáis más conveniente y responded ante el cielo.

Esperé. Hubo un largo silencio. Luego, Bayo se levantó y se acercó al hombre que tenía la espada, la tomó de sus manos y la puso en las mías. Entonces el indisciplinado jovencuelo Amintor gritó: —Teseo es el rey.

Y todos le hicieron coro.

Pero Bayo callaba. Cuando concluyó el griterío, se puso de un salto a mi lado y dijo a los demás:

—Sí, ahora gritáis, pero, ¿quién de vosotros afrontará la maldición? Pensadlo bien: no lo devolváis a Eleusis para dejarlo morir luego solo.

Hubo murmullos y yo dije:

—¿Qué maldición es ésta?

Bayo dijo:

—La reina invocó la maldición fría sobre cualquier hombre que te dejara pasar.

—No conozco la maldición fría —respondí—. Decídmela.

Me pareció preferible saber de qué se trataba antes que ignorar lo. Todos lo consideraron un rasgo de audacia. Bayo dijo:

—Los ijares fríos y un hogar frío, frío en la batalla y una muerte fría.

Por un momento sentí un escalofrío en el cuello. Luego cavilé y recordé cuatro cosas. Finalmente, me eché a reír.

—Mientras estaba en Atenas, la reina intentó envenenarme — dije—. Entonces supe que también Janto había actuado por orden de ella—. Una vez, por lo pronto, ella lo intentó con su propia mano: podéis ver la herida. ¿Para qué iba a tomarse tantas molestias si la maldición fija fuese eficaz? ¿O acaso lo ha sido? ¿La habéis visto actuar vosotros? —Me habían escuchado con aire solemne; pero ahora alguien, uno de los más retrasados, pronunció una broma obscena. Yo la había oído ya en otra oportunidad, pero nunca cara a cara. Todos se rieron a carcajadas; luego profirieron vítores.

A poco, un joven moreno, aquel a quien no le había gustado que matáramos a Fea, dijo:

—No obstante, ella maldijo hace dos años a un hombre. El hombre lanzó un alarido y se desplomó, tieso como una tabla; y cuando se levantó, se puso de cara a la pared y no comió ni bebió hasta morir.

—¿Por qué no? —dije—. Quizá se lo mereciera y ningún dios lo protegía. Pero yo soy un servidor de Poseidón A lo mejor esta vez la Madre ha escuchado antes a su esposo.

Esto les gustó más que nada, sobre todo a los que cortejaban a muchachas que no eran del gusto de sus madres. Todos empezaron a vitorearme de nuevo; de ésta, los había conquistado Y a su debido tiempo, puedo decirlo ya, se casaron con las muchachas que amaban. El resultado fue que la mitad de ellos, poco más o menos, tuvo buenas esposas y la otra mitad malas, lo mismo que con la antigua usanza. Pero lograron manejar mejor a las malas.

Un dios debió favorecerme al poner en mi camino a los acompañantes. Eran hombres a los que yo entendía; podía hacer tanteos con ellos y ver qué me convenía más. Eran mi campo de pruebas Cuando proseguí mi camino para reunirme con el ejército, había aprendido algo que no se olvida: hasta qué punto es más fácil conmover a muchos que a pocos.

Los soldados estaban alineados en la orilla del mar, donde las colinas descienden a la playa. Es el lugar donde se domina el camino de Atenas y donde se ha cerrado el paso desde tiempos inmemoriales Los soldados de Eleusis habían hecho un muro sobre el que estaban cuantos habían logrado subirse. No me costo hacerme oír: eran hombres de Eleusis y los devoraba la curiosidad por saber qué les diría.

De manera que los reuní en asamblea, sobre las arenas y junto a las serenas aguas del estrecho, donde volaban las blancas gaviotas, centelleando plateadas en el cielo azul, y la brisa de Salamina agitaba las plumas de los guerreros. Procuré tener presente todo lo que sabía sobre su pueblo y hablé. Desde los tiempos de sus antepasados habían vivido cerca de los reinos helenos y visto las costumbres de los países gobernados por hombres; y yo sabía muy bien que la mayoría de ellos ansiaban que también los gobernara un hombre.

Cuando terminé, vi hacia qué lado se decantaban. Pero aún tenían miedo.

—¿Qué sucede? —les dije—. ¿Creéis que la voluntad del cielo es que las mujeres os gobiernen eternamente? Escuchadme y os diré cómo empezó eso.

Entonces todos guardaron silencio y atendieron, porque les gustaban las historias. Y les dije:

—Hace muchísimo tiempo, en la época en que los primeros hombres de la tierra hacían las espadas de piedra, todos eran ignorantes y se alimentaban, como los animales, de bayas silvestres. Eran, además, tan tontos que creían que las mujeres concebían gracias a su propia magia, sin ayuda de los hombres. ¡Por algo la mujer les parecía tan poderosa! Si ella le decía a un hombre que no, ¿quién salía perdiendo sino él? Ella, con su arte, podía concebir de los vientos y los ríos, sin deber nada a los hombres. Entonces todos los hombres se acercaban a ellas arrastrando la cara por el suelo, hasta un cierto día.

Y les conté la historia del hombre que descubrió la verdad. Todos los helenos la conocen; pero era nueva para los eleusinos y les hizo reír.

—Bien —dije—. Eso ocurrió hace mucho tiempo; hoy todos sabemos a que atenernos. Pero nadie lo creería viéndoos a alguno de vosotros. Os aferráis a vuestro miedo como si fuera un mandato del cielo.

Nuevamente comencé a sentir que algo nos unía, algo así como un cordón umbilical por donde circulaba una sangre común. Pero los juglares dicen que es Apolo; que, si se le invoca debidamente, amarra a los oyentes con un hilo de oro y pone el extremo en nuestra mano.

Y continué, diciendo:

—Hay una medida en todas las cosas. Yo no vine aquí a desairar a la diosa de la que todos somos hijos. Así como se necesita un hombre y una mujer para engendrar un niño, también hacen falta dioses y diosas para crear el mundo. La Madre nos da el grano. Pero es la simiente del dios inmortal lo que la vivifica, no un hombre mortal condenado a perecer. ¿No serían sus bodas el mayor de los espectáculos? ¿Por qué no? ¿Por qué no hacer venir al dios de Atenas al país de la diosa, con las antorchas nupciales, porque ella es grande y tal es la costumbre aquí, y reunir a los dos en la caverna sagrada, mientras ambas ciudades cantan y lo celebran juntas? —Yo no tenía planeado esto. Se me ocurrió mientras hablaba. Sabía que les gustaban los augurios y ver a la moira obrando entre los mortales. Quizás eso me sugirió la idea. Pero un dios lo acompaña a uno en sus días de suerte y creo que fue él quien me lo inspiró. Había llegado la hora de que ocurriese un cambio y allí estaba yo, a su disposición. Pues, más tarde, yo les organicé realmente aquel rito Mejor dicho, mandé por el bardo que había estado en Trecén, porque parecía más adecuado que cualquier otro hombre de los que conocía—. Habló con las sacerdotisas más viejas, rezó a la Madre y se aconsejó con Apolo; y estableció un rito tan hermoso que nadie ha querido que se altere. Él mismo dijo que era el mejor trabajo que había hecho en su vida y que no lamentaría que fuese el último.

Era un sacerdote de Apolo Peán y quizá fuese presciente. La antigua religión les es cara a las hijas de la noche; y, guste a quien guste, ellas no quieren que cambie. Ellas posaron su mano sobre él, igual que sobre mí.

En Tracia, donde lo mataron, conservan la antigua costumbre, pese a todos sus esfuerzos. Incluso en Eleusis se resiste a desaparecer y perduran sus rastros. A fines del verano, se ve allí a la gente de la

ciudad y de la aldea sentada en las laderas, presenciando cómo las pantomimas de los pastorcillos recrean los antiguos relatos de las muertes de los reyes.

Pero eso fue después. Ahora los soldados lanzaron al aire sus yelmos, blandieron sus lanzas y me rogaron que los acaudillara de regreso a la ciudad. Volví, pues, a montar a caballo, rodeado por la guardia; los eleusinos nos seguían, cantando peanes y gritando:

— ¡Teseo es el rey!

No fui directamente al palacio. Tomé el camino de abajo, el que lleva a la caverna y al campo de lucha.

Todas las mujeres se habían apresurado a salir, cotorreando e interrogando a los hombres; las laderas comenzaron a cubrirse de gente, como sucedió el día de mi llegada. Llamé a dos oficiales y les dije:

—Ordenadle a la reina que venga aquí. Que venga por su propia voluntad, si quiere; y de lo contrario, traedla por la fuerza. Los oficiales subieron al palacio. —En lo alto de la escalinata, los detuvieron varias sacerdotisas; de haber tenido más años hubiese previsto que dos hombres no bastarían. Envié a cuatro más, para que se infundieran valor entre sí. Se abrieron paso a codazos y entraron. Esperé. Y comprendí por qué había elegido aquel lugar para encontrarnos: para verla bajar los peldaños como lo hiciera Cerción hacia mí y antes el rey que lo precedió; cada año, durante innumerables años, un hombre en la flor de la juventud había bajado así, privado de sus fuerzas con hechizos, como el pájaro a quien fascina la danza de la serpiente, para luchar y morir.

Pronto vi volver a los hombres, pero venían solos. Esto me encolerizó; si tenía que subir yo en persona, el pueblo se perdería el espectáculo. Pero cuando se acercaron los vi pálidos. Y el que los encabezaba me dijo:

—Teseo, la reina se está muriendo. ¿Debemos traerla tal como está, o no? —Oí a mi alrededor voces que propalaban la noticia; era como el ruido que hacen los bancos al arrastrarlos por un salón vacío.

—¿Muriendo? —dije—. ¿Está enferma? ¿O le ha hecho daño alguien? ¿O se ha suicidado? —Todos denegaron con la cabeza, pero no hablaron de inmediato. A los eleusinos les gustan los acontecimientos dramáticos y saben realzarlos. Se volvieron hacia el de mayor edad, que tenía una voz impresionante. Y éste dijo:

—Nada de eso, Teseo. Cuando a la reina le llegó la noticia de que te traíamos de regreso como gran rey desde la frontera, se mesó los cabellos y se rasgó la vestimenta, y fue a ver a la diosa y le gritó que le diera una señal. No se sabe qué señal quería, pero gritó tres veces, golpeando la tierra con las manos. Luego, levantándose por fin, hizo que le llevaran la leche y se la ofrendó a la serpiente de la casa; pero la serpiente no quiso salir a recogerla. Entonces la reina llamó a un flautista, para que tocara la música con que bailan las serpientes, y por fin salió. Cuando estaba escuchando la música y había empezado a bailar, la reina volvió a gritarle a la diosa y cogió la serpiente con la mano. La serpiente le clavó los dientes en el brazo y volvió a su agujero tan deprisa como cae el agua en una tinaja. Poco después la reina se desplomó, y ahora se está muriendo.

A nuestro alrededor reinaba un silencio profundo; se habría oído el más leve susurro. Dije:

—Traedla aquí. Si entro, podrían decir que la he matado yo. El pueblo debe ser testigo. —Adiviné, en el profundo silencio de los eleusinos, que aprobaban mi decisión—. Ponedla sobre la litera y no la lastiméis. Que vengan dos de sus mujeres, por sí necesita algo; pero haced que las demás se queden allí.

Y yo y el pueblo volvimos a esperar; pero los eleusinos son pacientes cuando el espectáculo vale la pena. Por fin, vi aparecer en la terraza superior la litera; la llevaban cuatro hombres y dos mujeres la flanqueaban; y detrás, contenidas por los guerreros con las lanzas cruzadas, venían las sacerdotisas enlutadas, con los rostros sangrantes y desgreñados, llorando a voces. Los peldaños de la escalinata no eran demasiado empinados para la litera. Cada año, desde tiempos inmemoriales, se ha bajado por allí a un rey muerto sobre su catafalco.

Bajaron y la trajeron ante mí, posaron las patas de la litera en el suelo. Era de madera de conejo dorada, con incrustaciones de lapislázuli.

La reina se revolvió y jadeaba; el cabello desbordaba la dorada litera y barría el suelo. Su semblante tenía la blancura del marfil nuevo, con una mancha verde bajo los ojos, y la boca parecía azul. Le cubría la tez un sudor frío y la mujer que estaba a su lado le secaba la frente con un paño manchado de la pintura desprendida de los labios y los ojos. Sólo la reconocí gracias al cabello. Parecía tan vieja como para ser mi madre.

Había querido hacerme más daño que los hombres cuyos cadáveres yo entregara a los milanos en el campo de batalla, luego de despojarlos gustosamente de su botín. Pero los estragos que padecía me impresionaron más que si se hubiera incendiado con antorchas un gran salón real, de muros y columnas pintados y con cortinajes tejidos en telar, trepando las llamas hasta las vigas coloreadas y desplomándose el

techo con estruendo. Recordé el cielo matinal en la alta ventana, la risa de la reina junto a la lámpara en la medianoche y su altivo andar bajo la sombrilla con flecos. Le dije:

—Estamos en manos de la moira desde el día en que nacemos. Tú has hecho lo que debías y yo también.

Se revolvió en la litera y se tocó la garganta. Luego dijo con voz ronca, pero lo bastante fuerte para que se oyera (porque era una eleusina):

—Mi maldición ha fracasado. Llegaste como anunciaban los augurios. Pero soy la guardiana del misterio. ¿Qué podía hacer?

—Difícil elección fue la tuya —dije.

—Elegí mal. Ella me ha vuelto la cara.

—En realidad, sus caminos son oscuros —murmuré—. Pero hiciste mal en intentar que me diera muerte la mano de mi propio padre.

Se incorporó a medias sobre un brazo y gritó: —¡Un padre no significa nada! ¡Un hombre no significa nada! Fue para castigar tu orgullo.

Luego se desplomó y una de las mujeres le acercó a la boca una redoma con vino. Bebió, cerró los ojos y descansó; puse mi mano sobre la suya y la noté húmeda y fría. La reina dijo:

—Me di cuenta de que había algo nuevo en las puertas. Certeza, tu predecesor, era demasiado engreído. También mi hermano... Entonces llegó un heleno. El bosque de mirtos incubará la cría del cuclillo... ¿Tienes siquiera diecinueve años, como dijiste?

—No —respondí—. Pero me crié en una casa de reyes.

—Contrarié la voluntad de la Madre y ahora ella me hunde en el polvo —replicó la reina.

—Es la hora de los cambios. Sólo los bienaventurados dioses están a salvo de ellos.

Se volvió sobre la litera, pues el veneno no la dejaba estarse quieta. El mayor de sus hijos, una niña morena de ocho o nueve años, se coló entre los guardias y corrió a su lado, llorando y abrazándola, y le preguntó si era cierto que iba a morir. La reina se serenó, la acarició y le dijo que pronto estaría mejor; y ordenó a las mujeres que se la llevaran. Luego dijo:

—Ponme en un barco veloz con mis hijos y déjame ir a Corinto. Allí tengo parientes que cuidarán de ellos. Quiero morir en la Montaña Sagrada, si consigo llegar hasta allí.

Le di mi consentimiento. Luego, le dije:

—Aunque cambiaré el sacrificio, no aboliré jamás el culto a la Madre. Todos somos sus hijos.

Ella había cerrado los ojos, pero ahora los abrió.

—Los niños y los hombres quieren tenerlo todo por nada. La vida impone la muerte y tú no cambiarás eso. —Levantaron la litera y se la iban a llevar, pero los detuve con un gesto. Inclinéme, dije:

—Dime, antes de irte, ¿llevas en las entrañas un hijo mío?

Ella volvió la cabeza y respondió:

—Tomé el medicamento. El niño apenas medía un dedo, pero se notaba ya que era varón. Por lo tanto, hice bien. Sobre tu hijo pesa una maldición.

Les hice una seña a los portadores de la litera y se la llevaron hacia los barcos. A las mujeres que la seguían les dije:

—Llévadle sus joyas y cualquier otra cosa que pida.

Ellas comenzaron a correr de aquí para allá, azoradas, todavía con sus vestimentas negras, pero olvidadas del solemne duelo; parecía un hormiguero abierto por el azadón, porque de aquello no había precedente. En las laderas de los alrededores, las mujeres de la ciudad cuchicheaban como estorninos. Entre la gente de la ribera es costumbre que todas las doncellas y mujeres estén enamoradas del rey, que es siempre joven, ya que cuando uno muere aparece otro. Por eso, ahora no sabían qué pensar.

Yo seguí la litera con la mirada cuando una mujer alta y de cabellos blancos, con un gran collar de oro, se me acercó con la desenvoltura con que abordan a los hombres las mujeres minoanas y dijo:

—Te ha engañado, muchacho. No morirá. Si quieres su vida, más vale que la detengas.

No le pregunté por qué odiaba a la reina y me limité a responder:

—Tenía la muerte pintada en el rostro, si es que he visto yo alguna vez la muerte.

Ella replicó: —¡Yo no te digo que no esté enferma! Pero tomó en su juventud caldo de cabeza de serpiente y se hizo picar por víboras jóvenes para inmunizarse contra los venenos. Eso es costumbre en el santuario. Sufrirá varias horas más y luego se pondrá en pie y se reirá de ti.

Cabeceé.

—Más vale que dejemos eso en manos de la diosa; no conviene entrometerse entre la señora y la criada.

La mujer se encogió de hombros.

—Necesitarás una nueva sacerdotisa. Mi hija es de estirpe real y una muchacha capaz de gustarle a cualquier hombre. Mírala, ahí está.

Fruncí el entrecejo y poco me faltó para reír a carcajadas al ver a la pálida muchacha que se me ofrecía y a la madre dispuesta a gobernar Eleusis. Me alejé hacia las mujeres de la reina, quienes corrían y refunfuñaban, subiendo y bajando por la escalinata. Pero una de ellas, menos ocupada, estaba de pie junto a la grieta de la roca, contemplándola por última vez. Era la que se había quedado la noche de bodas, llorando al difunto rey.

Subí, la cogí de la muñeca y la conduje afuera, mientras ella procuraba zafarse, temerosa al recordar, supongo yo, cuánto me había odiado y cómo lo hizo patente.

—He aquí a vuestra sacerdotisa —me dirigí al pueblo—. Una mujer que no se regocija al ver la sangre de los hombres muertos. No me acostaré con ella; sólo la simiente de un dios puede vivificar el grano. Pero ella ofrendará los sacrificios y recibirá los augurios y será quien esté más cerca de la diosa. —Y le pregunté a ella—: ¿Aceptas?

Me miró desconcertada; luego, dijo como una niña, porque la sorpresa la había vuelto sencilla:

—Sí. Pero nunca maldeciré a nadie; ni siquiera a ti.

Esto me hizo sonreír. Pero, desde entonces, tal ha sido la costumbre.

Ese mismo día, más tarde, nombré a mis jefes principales, escogiéndolos entre los que se habían mostrado más resueltos en oponerse a las mujeres. Algunos de ellos querían que yo las privase de todos los cargos. Aunque me atraían las actitudes extremas, como a todos los jóvenes, la idea no me gustó: fomentaría que todas las mujeres unieran sus poderes mágicos a escondidas. Y yo quería conservar cerca de mí a un par de ellas que eran de mi gusto. Pero no me olvidaba de Medea, que había engañado a un hombre tan sabio como mi padre. Y estaban las viejas abuelas, que habían gobernado sus casas durante cincuenta años y eran más sensatas que muchos guerreros que sólo pensaban en la fama; además de su magia, tenían muchísimos parientes y habrían manejado a placer a los hombres. Por eso volví a pensar en lo que había visto en Eleusis sobre el gobierno de las mujeres y elegí entre las desabridas que se alegraban de derribar a las otras. Y éstas hicieron más que los hombres por evitar que sus hermanas volvieran a encumbrarse. Pocos años después, las mujeres de Eleusis me solicitaron que nombrara a hombres para sustituirlas. De manera que, al cabo, fue un favor lo que les hice.

La segunda noche de haber tomado en mis manos las riendas del reino, di una gran fiesta a los principales hombres de Eleusis en el salón real. Proporcioné la carne tomándola de mi botín de guerra, y también sobraron bebidas. Los hombres se alegraban de haber recobrado su libertad y brindaron por los días de ventura que los esperaban. En cuanto a mí, la victoria tiene un sabor dulce y es grato acaudillar a los hombres y no ser el perro de nadie. Pero, con todo, en la fiesta faltaba algo; sin mujeres, aquello resultaba rústico. Los hombres se embriagaban como tontos, se tiraban los huesos y se jactaban de la manera más necia de lo que eran capaces de hacer en la cama, como jamás se habrían atrevido a presumir en presencia de mujeres, porque éstas se hubieran reído de ellos. Aquello más parecía una parranda de campamento que un banquete en el salón del rey, razón por la cual no lo convertí en una costumbre. Pero esa noche me resultó útil.

Llamé al arpista, que cantó, por supuesto, la guerra del istmo. Había tenido tiempo de preparar sus canciones y logró conmovernos. Los hombres presentes estaban ya pletóricos de sí mismos y de buen vino; cuando rebosaron también canciones, empezaron a echarse a perder como soldados. De manera que les hablé de los Palántidas.

—Tengo noticias de que están proyectando una guerra —dije—. Si se apoderan de la ciudadela de Atenas, nadie estará a salvo entre Eleusis y el istmo. Desgarrarán la llanura ática como los lobos a un caballo muerto, y los que sigan hambrientos mirarán hacia nosotros. Si esa horda llega a Eleusis, no dejará en pie una sola espiga ni podrá pacer una sola oveja, no quedará una tinaja intacta ni una muchacha sin violar. Tendremos suerte si logramos combatirlos en los campos áticos y no en los nuestros. Tienen un gran botín en su casa del promontorio de Sunio y estoy seguro de que nos tocaría bastante en el reparto. Entonces, después de la victoria, oiríais decir a los atenienses: «Esos eleusinos son auténticos guerreros. Seríamos necios tomándolos a la ligera. Si podemos conseguir que hombres como esos sean amigos y nuestros parientes, será lo mejor que hayamos hecho jamás».

A la mañana siguiente, en la asamblea, hablé mejor. Pero nunca se encontrará a quien lo reconozca. Los presentes estaban tan ebrios y tan engreídos por su victoria sobre las mujeres, que no les habría gustado más el discurso si lo hubiesen compuesto a medias Apolo y Ares Enialio.

Por eso, cuando dos días después mi padre me comunicó que había humo sobre el Himeto, mandé llamar al escriba de palacio, le hice escribir una carta y le puse el sello real. La carta decía: «A Egeo, hijo de

Pandión, de Teseo, en Eleusis. Reverenciado padre, que todos los dioses te bendigan con una larga vida. Voy a la guerra y llevo a mi pueblo. Seremos mil hombres.»

Capítulo tres

La guerra del Ática duró cerca de un mes. Fue la más larga desde los tiempos de Pandión, el padre de mi padre. Como sabe todo el mundo, expulsamos del país a los Palántidas. Tomamos el Ática, capturamos su baluarte y levantamos allí el alto altar a Poseidón que se ve desde los barcos que van por alta mar. Y tomamos cerca de allí la Colina de Plata, con los esclavos que trabajaban la mina y cincuenta grandes lingotes de plata fundida. Así se duplicó el reino y obtuvimos un rico botín. Los hombres de Eleusis volvieron tan bien provistos como los atenienses, con ganado y mujeres, armas y todo lo que capturamos. Tuve motivos para enorgullecirme de la generosidad de mi padre. Es verdad, como dijera Medea, que tenía fama de tacaño; pero había tenido que pensar siempre en la guerra siguiente. Puedo atestiguar ante cualquiera que me abrió generosamente su mano.

Vivimos bien aquel invierno, porque habíamos recogido la cosecha antes de la guerra y nos apoderamos también de la de Palas. Todas las festividades se celebraron a lo grande. Cuando había fiesta en Atenas, los eleusinos acudían a presenciarla y regresaban; se hicieron grandes amistades y hubo muchos casamientos. Como yo había traído al reino seguridad y riquezas, consideraron en Eleusis que la diosa me favorecía; y, ayudado por el consejo de mi padre, comencé a poner orden. A veces hacía las cosas a mi modo, porque yo conocía mejor a aquella gente. Pero nunca se lo dije.

Pasaba buena parte del tiempo con él, en Atenas, y asistía a sus juicios. Me compadecía de él, porque los atenienses eran muy pendencieros. Desde tiempos inmemoriales la ciudadela nunca había caído; pero la llanura fue invadida antaño por toda clase de pueblos, por la gente de la ribera en una ocasión y por helenos en otra, de modo que el Ática era un país con tanta variedad de razas como Eleusis, pero esas razas nunca se mezclaban. Había grupos, con jefes que hacían el papel de reyezuelos, que no sólo tenían sus costumbres, lo cual es muy natural, sino también sus leyes, de modo que los vecinos nunca estaban de acuerdo sobre qué era lo justo. Como cabe suponer, las venganzas de sangre eran casi tan habituales como los matrimonios, y no pasaba una sola fiesta sin que mataran a alguien, ya que ésa era la oportunidad en que la gente se dejaba ver por sus enemigos. Cuando estaban al borde de una guerra entre clanes, apelaban en última instancia a mi padre para que fallara litigios con veinte años de historia. Se explicaba que el rostro de mi padre estuviera comido de arrugas y le temblara la mano.

Me pareció que se agotaría prematuramente. No sé por qué, ya que era prudente y había conservado durante tantos años su reino, pero intuía que lo amenazaban peligros por todas partes y que, si le sucedía alguna desgracia, yo sería el culpable por no haberlo cuidado mejor.

Una noche, cuando mi padre salía del salón de audiencias cansadísimo, le dije:

—Padre, toda esa gente viene al país por su propia voluntad; te reconocen como gran rey. ¿No comprenden que son más atenienses que acamenses o cualquier otra cosa? Calculo que la guerra duró casi el doble de lo que debió durar por culpa de sus rencillas.

Me contestó:

—Pero tienen apego a sus costumbres. Si les suprimo alguna, creerán que favorezco a sus rivales y ayudarán a mis enemigos. El Ática no es Eleusis.

—Lo sé, señor —dije, y me quedé cavilando.

Había subido a su cuarto a beber una cuajada junto al fuego. El sabueso blanco me buscó la mano; siempre procuraba lamer las sobras.

A poco, dije:

—¿Has pensado alguna vez, señor, en reunir a todos los hombres de buena sangre? Debe de haber algunas cosas que quieran todos: conservar sus tierras, mantener el orden, cobrar sus impuestos. Podrían aprobar conjuntamente algunas leyes para el bien común. Los artesanos también quieren un precio justo por su trabajo, para no verse reducidos a salarios de hambre; los agricultores deben necesitar alguna norma eficaz sobre lindes, ganado extraviado y el uso de los pastos de montaña. Si esos tres grupos convinieran entre sí algunas leyes para su propio interés, eso los uniría y rompería el predominio de los clanes. Luego, si un jefe disputara con otro o un artesano con otro artesano, recurrirían a Atenas. Y con el tiempo habría una sola ley.

Mi padre negó con la cabeza.

—No, no. Habría dos motivos de conflicto en lugar de uno solo —dijo, y suspiró, porque estaba cansado—. Eso está bien pensado, hijo mío, pero se opone demasiado a la costumbre.

—Pues bien, señor —repliqué—, en estos precisos momentos están desconcertados, al haberse agregado al reino todas esas nuevas tierras del sur. Se lo tomarían mejor ahora que dentro de diez años. En verano se celebra la fiesta de la diosa, a la que todos adoran bajo uno u otro nombre. Podríamos celebrar unos juegos para festejar la victoria y crear una nueva costumbre, con lo que se reunirían con ese motivo. Así los tendrías disponibles.

—¡No! —dijo él—. Por una vez, tengamos diversiones y no sangre.

Su voz se había vuelto más aguda y me reproché incomodarlo cuando estaba fatigado. Pero yo sentía un latido constante en la cabeza, como un pájaro enjaulado, que me decía: «Estoy perdiendo una oportunidad, una gran ocasión; cuando llegue el día, tendré que pagarlo».

Pero no le dije nada a mi padre; porque había sido bueno conmigo, recompensó a mis soldados y me rindió honores.

En su casa había una muchacha, un trofeo de guerra; era morena, de buenos colores y luminosos ojos azules. Había pertenecido a uno de los hijos de Palas, en la casa de Sunio. Al verla entre las cautivas, me gustó y me propuse elegirla cuando se repartiera el botín. Nunca me imaginé que mi padre eligiese a una mujer. Vio aquella muchacha y la escogió antes que nada. Ahora que Medea había desaparecido, no tenía a su lado ninguna mujer digna del lecho real; pero cuando aquello ocurrió, yo, por ser joven y tontito, me sentí asombrado y hasta un poco escandalizado, como si lo lógico hubiese sido que eligiese a una mujer de cincuenta años. Desde luego, deseché esos pensamientos.

Yo tenía a mi muchacha del istmo, Filona, que era muy buena chica y en realidad valía diez veces más que la otra, que resultó una ramera siempre a la busca de hombres. No me molesté en prevenir a mi padre. Cierta día, recuerdo, estando en la terraza, aquella mujerzuela entró corriendo por una puerta lateral y topó conmigo. Se disculpó, y se apoyó sobre mí tal como lo hubiera hecho de estar desnudos. Su desvergüenza me encolerizó. La repelí (se habría caído de no chocar contra la pared), y luego la arrastré al parapeto y le volqué la mitad del cuerpo por encima.

—Oye, ojos de ramera —dije—. Ahí es adonde vas a ir a parar si te sorprende alguna vez haciéndole una mala jugada a mi padre o perjudicándolo.

Se alejó, encogida y asustada, y desde entonces tuvo más recato. Y no necesité decírselo a él.

Entre Atenas y Eleusis, y en las cabalgadas por el Ática para poner orden después de la guerra, transcurrió el invierno y fluyeron montaña abajo los torrentes de nieve derretida. En las húmedas riberas olían las violetas. Los ciervos jóvenes venían en busca de los sembrados tiernos; cuando fui a cazarlos, animé a mi padre a que me acompañase y tomara el aire; él no salía lo suficiente. Estábamos en las laderas de Licabetos y habíamos subido a caballo entre los pinos hasta el paraje donde el terreno se vuelve pedregoso, cuando su caballo tropezó y lo lanzó sobre una roca. Un estúpido cazador había puesto allí una red y la dejó al irse. Se acercó corriendo y disculpándose, como si hubiese roto una olla de cocina en vez de haber estado en un tris de matar al rey. Yo estaba ayudando a mi padre, muy magullado, y me levanté y le hice tragar a aquel hombre de un puñetazo tres o cuatro de sus propios dientes, para que no olvidara lo que había hecho. Y le dije que había salido del paso bien librado.

Cierta día mi padre me dijo:

—Pronto los barcos volverán a navegar y podrán viajar las mujeres. ¿Qué te parece si mandara por tu madre? Le gustará verte, y a mí me alegrará volver a verla.

Observaba la impresión que me causaban sus palabras y adiviné que no decía todo lo que pensaba, porque era un hombre cauteloso. Se proponía hacerla reina de Atenas; y por mi bien, por lo demás; porque ella era más joven que yo cuando él la viera por última vez. «Seguramente, cuando la vea querrá llevársela de nuevo a la cama —pensé—. Salvo cuando está enferma o cansada, su piel parece aún la de una muchacha y no tiene una sola cana. Y esto es lo que ha anhelado durante tanto tiempo: que le rindan honores en casa de mi padre.» Recordé haberla visto en el baño de niño, luciendo sus joyas y pensé que sólo un dios era digno de abrazarla.

Y dije:

—Ella no podría partir hasta que despierte la serpiente de la casa con su nueva piel ni antes de haber realizado el sacrificio de primavera y recibido las ofrendas. En esa época tiene mucho trabajo. Luego, vendrá.

Por eso mi padre postergó el aviso, porque era demasiado pronto.

Recuerdo un susto que me dio mi padre en esa época. Una de las esquinas de la terraza superior da directamente sobre el costado del peñón. Cuando se mira hacia abajo, las casas parecen tan pequeñas como si las hubiesen hecho los niños con barro, y los perros que se solean en los tejados se diría que son escarabajos. Se divisa desde allí la mitad del reino, hasta las montañas. Cierta día vi a mi padre inclinado

junto a una gran grieta de la balaustrada de piedra. Esto me sobresaltó tanto que me quedé sin respiración. Luego corrí y tiré de él hacia atrás. Me miró alarmado, pues no me había visto llegar; cuando le mostré el peligro que corría, no le dio importancia y dijo que la grieta había estado allí siempre. Entonces yo mismo mandé por un albañil para repararla, por si a él se le olvidaba. Más adelante, siempre que lo veía allí me desasosegaba.

A mi padre le gustaba tenerme a menudo en Atenas, verme sentado con él en el salón o andando entre la gente. Yo no tenía ningún inconveniente, salvo que eso me alejaba de Eleusis, donde podía hacer las cosas a mi manera. En Atenas observaba, y solía ver a gente dudosa que estaba demasiado encumbrada, y a gente capaz de desempeñar funciones de responsabilidad reducida a tareas humildes; o bien veía que resultaban complicadas cosas que habrían podido ser fáciles. Si decía algo, mi padre sonreía y replicaba que los jóvenes siempre quieren erigir las murallas de Babilonia en un día.

En palacio vivía una mujer que había pertenecido a mi abuelo desde antes de que naciera mi padre. Tenía más de ochenta años y no trabajaba mucho, pero la usaban para mezclar los perfumes del baño y secar las hierbas aromáticas. Una vez, estando yo en la bañera, se acercó y me tiró de un mechón, y dijo:

—Vuelve, muchacho. ¿Adónde te has escapado?

Se le permitía siempre aquellas libertades por ser tan vieja; sonreí y dije:

—A Eleusis.

—¿Y qué es lo que le falta a Atenas?

—¿A Atenas? —dijo—. Nada —Mi padre me había dado dos hermosas habitaciones, en cuyos muros hizo pintar varios guerreros a caballo y algunos leones; me gustaban tanto que los he conservado hasta hoy—. A Atenas no le falta nada —repetí—. Pero hay en Eleusis asuntos pendientes de los que debería estar ocupándome en este momento.

Me cogió la mano que tenía en el borde de la bañera y me volvió hacia arriba la palma.

—Una mano entrometida —dijo—. Siempre haciendo cosas, nunca dejando hacer. Espera, pastor del pueblo, espera a los dioses; ellos te enviarán sobrada tarea. Ten paciencia con tu padre. Ha tardado mucho en poder decir: «Aquí está mi hijo», y ahora quiere vivir treinta años en uno. Sopórtalo, muchacho; tú eres quien tiene tiempo de sobra.

Retiré bruscamente mi mano.

—¿Qué quieres decir, vieja lechuza? —exclamé—. Le faltan treinta años para ser tan viejo como tú, que pareces tener cuerda para otros diez. ¡Pero si para cuando el dios mande por él a lo mejor seré yo tan viejo como él ahora! ¿Acaso le deseas mal? —Luego lamenté mis palabras y dije—: No, no deberías hablar a la ligera, aunque no lo hagas con mala intención.

Me escrutó entre sus párpados grises y arrugados.

—Ten calma, pastor de Atenas. Les eres caro a los dioses. Los dioses te salvaran.

—¿A mí? —dijo, mirándola fijamente.

Pero se había alejado, arrastrando los pies. Era la mujer más vieja del palacio y ya no estaba muy en sus cabales.

Llegó la primavera; aparecieron tiernas yemas verdes en las oscuras vides y se oyó el reclamo del cuclillo. Y mi padre me dijo:

—Hijo mío, debiste de nacer por esta época del año.

Le respondí:

—Sí. Así me lo dijo mi madre. —Se golpeó la mano con el puño.

—Pero ¿qué hemos estado haciendo? Tengo que dar una fiesta para ti. ¡Tu madre debería estar aquí! Ya no podemos esperarla; toda Atenas sabe cuándo estuve en Trecén, y si éste no es el mes de tu nacimiento, no eres mi hijo. Bueno, no tiene nada de extraño que yo lo haya olvidado. Te hiciste hombre antes de tiempo y me perdí tu juventud. Será, también, tu fiesta triunfal.

Pensé en mi madre y en lo que se le debía.

Enseguida, dije:

—Podemos hacer sacrificios ese día, y mandar por ella a Trecén y hacer la fiesta después.

Pero él cabeceó, diciendo: —Eso no servirá. Coincidirá con la época del tributo y la gente no querrá celebrarlo.

Como yo pensaba en la guerra y, además, en todo lo sucedido desde mi llegada a Atenas, no caí en a qué tributo se refería; preocupado por mi madre, olvidé preguntárselo.

Al llegar el día, madrugué, pero él se había levantado antes. El sacerdote de Apolo me peinó y me afeitó la pelusa de las mejillas y el mentón. Le di más trabajo de lo que suponía; la barba no se me notaba mucho, al ser el vello fino y rubio.

Mi padre sonrió, dijo que tenía algo que enseñarme y me llevó a las caballerizas. Los mozos de cuadra abrieron las puertas de par en par. Dentro había un carro nuevo, de madera de ciprés, con incrustaciones de marfil y ruedas ribeteadas de plata, toda una obra maestra de artesanía. Riendo, me dijo que mirara bien la clavija: esta vez no encontraría cera.

Aquel regalo colmaba mis mayores deseos. Se lo agradecí hincándome sobre una rodilla y poniéndome su mano en la frente; pero él me respondió:

—¿Por qué tanta prisa, antes de haber visto los caballos? Eran dos corceles negros idénticos, con manchas blancas en la frente, ambos recios y lustrosos, hijos del viento del norte. Mi padre dijo:

—Ya ves, los hemos metido aquí con la misma limpieza con que Hermes el embaucador robó los bueyes de Apolo. El carro, cuando estabas en Eleusis; y los caballos, esta misma mañana, mientras aún dormías.

Se frotó las manos. Me conmovió ver que se tomaba tantas molestias para darme una sorpresa como si yo fuese un niño.

—Tenemos que sacarlos —dijo—. Padre, concluye tus ocupaciones temprano y seré tu auriga.

Convinimos en que, después de los ritos, iríamos en carro a Peonia, al pie del Himeto.

Una nutrida multitud aguardaba en las laderas, alrededor del santuario de Apolo. Estaban invitados a la fiesta los notables de Atenas y los de Eleusis, así como todos los acompañantes. Mientras el sacerdote examinaba las entrañas de la víctima, demorándose largo rato, oí un zumbido entre los atenienses, como si circulara alguna noticia; y me pareció que una oscura nube pasaba delante del sol. Soy un hombre a quien le gusta saber qué sucede en torno de él; pero no podía abandonar mi sitio para interrogar a nadie y fuimos al sacrificio de Poseidón y de la Madre, en el altar doméstico. Después, busqué a mi padre, pero se había ido a alguna parte; a acabar sus ocupaciones, supuse, tal como teníamos planeado.

Cambié mi vestimenta por una túnica de auriga y unas grebas de cuero labradas, y me recogí el pelo en el cogote; luego, fui a ver mis caballos y les di un poco de sal y muestras de afecto, para hacerles comprender que era su amo. Oí bullicio y agitación en el palacio, pero eso era de prever en un día de fiesta. Un joven y gallardo palafrenero estaba lustrando un arnés; alguien lo llamó y él, dejando el trapo y la cera, se alejó con cara de temor. Me pregunté qué habrían descubierto que había hecho, pero no pensé más en el asunto.

Dejé los caballos, estuve viendo las incrustaciones del carro, con figuras de delfines y palomas, y palpé el eje; pero hasta de esos placeres me harté y no pude dejar de pensar: «¡Qué lentos son los viejos! A estas alturas, ya lo habría hecho yo todo tres veces». Llamé a un palafrenero y le dije que llevara el carro pendiente abajo; en cuanto a los caballos, no podía soportar la idea de perderlos de vista. Me pareció que el gañán me miraba de una manera extraña al alejarse; pero deseché la idea, encogiéndome de hombros, aunque empezaba a sentirme inquieto.

Esperé mucho tiempo, hasta que los caballos se impacientaron, y decidí ir a ver por qué se retrasaba mi padre. En ese preciso instante lo vi venir, solo. Ni siquiera se había cambiado de ropa; yo hubiera jurado que no recordaba que lo estaba esperando. Parpadeó y dijo:

— Lo siento, hijo; tendrá que ser mañana. —Respondí que lamentaba perder su compañía, lo cual era cierto, aunque pensé también que ahora podría hacer correr a los caballos. Luego, volví a mirar su semblante.

—¿Qué sucede, padre? Has tenido noticias; y malas noticias, además.

—No es nada —dijo—. Pero ciertos asuntos me han retenido. Saca a los caballos, muchacho. Pero entra al volver por la poterna y ve por la escalera. No quiero que cruces el mercado.

Lo miré frunciendo el entrecejo y dije:

—¿Por qué? —Tenía presente que yo acababa de librar una guerra por él; y aquella era la fiesta de mi mayoría de edad.

Se irguió y respondió, con aspereza:

—Hay veces en que debes obedecer sin preguntar las razones.

Procuré no enfadarme. Mi padre era el rey y tenía derecho a ser reservado; pero pasaba algo importante y me enloquecía ignorarlo; además de que, siendo yo joven y presuntuoso, temía que mi padre cometiera alguna torpeza sin mi ayuda. «Y yo lo pagaré cuando me llegue la hora, si vivo lo bastante», pensé.

Sentí que la ira me invadía, recordé mi deber y su bondad, y apreté los dientes y las manos. Descubrí que temblaba de pies a cabeza y sudaba, cual caballo que contienen y espolean a la vez.

—Deberías confiar en que sólo pienso en tu bien —dijo él en tono de reproche.

Tragué saliva y dije, despacio:

—Me parece que nos hemos equivocado en la cuenta, señor, y que aún no soy un hombre sino que sigo siendo niño.

—No te enojés, Teseo. —Había casi súplica en la voz de mi padre.

Y entonces, pensé: «Debo hacer lo que dice; me ha colmado de bondades; es mi padre, es el rey y el sacerdote; es triplemente sagrado para el eterno Zeus». Y luego, me dije: «No tiene fuerzas ni para enfrentarse conmigo. ¿Qué piensa hacer con esa mano trémula?». Pero sentí que yo temblaba aún más. Tenía miedo de mí mismo y no sabía de qué, como si alguna forma oscura revoloteara entre el sol y yo.

Mientras estaba yo en silencio, salió del palacio un hombre; uno de los señores de la casa, un individuo lento y torpe.

—Rey Egeo —dijo—, te he buscado por todas partes. Todos

los mancebos y doncellas están ya en el mercado; y el capitán cretense dice que, si no vienes, no esperará al sorteo y elegirá él mismo a los catorce.

Mi padre contuvo con esfuerzo la respiración y ordenó en voz baja: —Vete, imbécil.

El señor puso cara de sorpresa y se fue. Mi padre y yo nos quedamos mirándonos. Enseguida yo le dije:

—Padre, lamento haber sido brusco cuando ya tienes tantos problemas. Pero... ¿por qué no me has hablado de eso? —No contestó, sino que se pasó la mano por las cejas. Continué—: ¡Salir corriendo por la poterna y huir! ¡En qué clase de idiota me convertiría si lo hiciese! ¡Por Zeus tonante! Soy el señor de Eleusis. Ni siquiera la insolencia de los cretenses basta para quitar de en medio a un rey. ¿Por qué he de ocultarme? Debiera hallarme allí ahora, en mi ropa de antes, demostrándole al pueblo que no celebro fiestas cuando ellos están de duelo. Y, además, debo enviar de regreso a mis acompañantes. No es decoroso que anden rondando por allí mientras se entrega como prisioneros a unos jóvenes atenienses; esas cosas causan malestar. ¿Dónde está el heraldo? Quiero que los llame.

Pero mi padre seguía callado. Sentí un hormigueo en la piel, como los perros cuando se avecina una tempestad.

—¿Qué? —dije—. ¿Qué sucede?

Contestó por fin:

—No puedes llamarlos ahora. Los cretenses vinieron temprano; y se los llevaron con los demás.

Di un paso adelante y dije:

—¿Qué dices? —Había levantado la voz más de lo que me proponía. Los caballos se sobresaltaron; indiqué con un gesto al palafrenero que se los llevara.

—Padre —dije, finalmente—, ¿has obrado bien? Yo respondo de ellos ante mi pueblo. —En mi esfuerzo por no gritar, casi susurraba; no confiaba en mí mismo. Y agregué—: ¿Cómo te has atrevido a ocultármelo?

—Te apasionas con demasiada facilidad para afrontar a los cretenses cuando estás irritado —replicó. Lo vi al borde de las lágrimas y eso casi me desquició—. Aquí hubo una riña en cierta ocasión y mataron a uno de sus príncipes. Este tributo es la multa que nos imponen por aquello. La próxima vez mandarían cien naves y asolarían el país. ¿Qué podía yo hacer? ¿Qué podía hacer? —Sus palabras me devolvieron la cordura. Comprendí que mi padre me había juzgado con exactitud.

Mi padre cabeceo.

—El rey Minos se entera de todo. Sabe que los remos están unidos ahora. No creo que renuncie a sus exigencias.

—Pues yo les juré que si venían a Atenas no correrían peligro —dije, aferrando la empuñadura de mi daga y procurando calmarme.

Mi padre cavilaba, acariciándose la mandíbula.

—Si resultara elegido uno de tus hombres, tendrías un buen argumento para que te perdonaran tu tributo. A veces, Teseo, conviene que muera un hombre para salvar a un pueblo. —Me llevé la mano a la cabeza. Sentía que me campanilleaba en los oídos. Él continuó diciendo—: Después de todo, sólo son minoanos, no helenos.

El campanilleo seguía sonando en mis oídos, unas veces más fuerte y otras más flojo. Y grité: —Minoanos o helenos, ¿qué importa eso? He jurado defenderlos ante el dios. ¿En qué me convierte esto? ¿Qué papel hago yo? —Dijo algo: que yo era su hijo y el pastor de Atenas. Yo apenas lo oía, como sí su voz me llegara desde detrás de un muro. Oprimí el puño crispado contra la frente.

—¡Padre! —dije—. ¿Qué voy a hacer? —Pero cuando las palabras brotaron de mis labios, comprendí que no se las había dicho a él. Poco después, mi cabeza se calmó un poco y entonces oí que me preguntaba si me sentía mal.

—No, señor —dije—. Me siento mejor; ya sé lo que debo hacer: salvar mi honor. Si ellos no sueltan a mi gente, debo correr el albur del sorteo, como los demás.

—¡Tú! —dijo, abriendo la boca y los ojos—. ¿Estás loco, muchacho? —Luego, recobró su aspecto habitual y se acarició la barba—. Bueno —dijo por último—. Harías bien en volver a Eleusis. Tienes buen criterio para esas cosas. Si estás con ellos, serán más pacientes. Sí. Después de todo, es una buena idea.

Me alegró verlo sereno de nuevo. Puse la mano sobre su brazo.

—No te preocupes, padre. El dios no me elegirá si no es mi destino. Voy a cambiarme y vuelvo.

Me alejé corriendo y me puse lo primero que encontré a mano, un traje de caza de piel de gamo sin teñir, con borlas verdes en las perneras. Apenas me fijé en la prenda entonces; pero más tarde la conocería a fondo. Mi padre seguía donde yo lo había dejado; un chambelán que acababa de recibir órdenes se alejaba de él a toda prisa.

Desde la terraza norte, se veía la plaza del mercado. Habían retirado los rediles del ganado y los puestos de la fiesta. Los mancebos y las doncellas estaban de pie en el lado norte, donde se alza el altar dedicado a todos los dioses. Al bajar, oímos llantos.

Cuando llegamos, los cretenses ya habían terminado. Descartados los altos y los gordos, los enfermos, los cojos y los retrasados mentales, quedaban los ágiles y vivaces, los fuertes y esbeltos; los hombres a la derecha y las vírgenes a la izquierda. O, por lo menos, así había sido al empezar; pero algunos se habían juntado en el centro y se adivinaba, por las actitudes, cuáles eran novios declarados y cuáles habían conservado su secreto hasta aquel día. Muchas de ellas eran casi niñas. Sólo las vírgenes podían ser danzarinas del minotauro; se celebraban muchas bodas precipitadas antes de la época del tributo. Los cretenses siempre traían a una sacerdotisa para solucionar estas discusiones.

Más de una tercera parte de mis acompañantes estaba entre los jóvenes. Cuando me acerqué, me saludaron con la mano. Vi que confiaban en ser librados inmediatamente, ahora que yo estaba allí. Les contesté con idéntico saludo, como si creyera lo mismo. Luego, sentí clavármese unos ojos en la espalda y vi que los atenienses me miraban. Adiviné sus pensamientos al ver que yo andaba libre junto a mi padre. Entre los jóvenes reunidos para el sorteo los había menores de dieciséis años y de mi misma estatura. Me acordé de mi abuelo diciéndome que yo tenía exactamente esa talla. Todo aquello me angustió y me encolerizó. Me volví hacia los cretenses.

Al verlos por primera vez, me sobresalté; porque eran negros. Había olvidado las levas extranjeras de Minos. Vestían faldillas de piel de leopardo y cascos de piel de caballo, con las crines y orejas. Los escudos eran negros y blancos, de algún animal listado que yo desconocía. Sus lustrosos hombros centelleaban al sol y para mirar la ciudadela tenían que alzar la cabeza y poner los ojos en blanco. Por lo demás, guardaban el mayor silencio, como ninguna otra tropa que yo haya visto, con los escudos y jabalinas bien alineados. Era un solo cuerpo con cien cabezas. Al frente estaba el capitán, el único auténtico cretense presente.

Mi idea de los cretenses procedía de los que estuvieron en Trecén. Aquellos me parecieron mercaderes que imitaban los modales altivos del palacio de Cnosos en un lugar donde nadie los podía apreciar. Ahora tenía allí al modelo; y comprendí que las copias habían sido lamentables.

También el capitán parecía afeminado a primera vista. Iba vestido para un desfile y con la cabeza desnuda; un guapo niño negro le sostenía el casco y el escudo. La cabellera negra, rizada y lustrosa como las de las mujeres, le caía por la espalda hasta la cintura y llevaba el rostro tan rasurado que costaba advertir que frisaba en los treinta años. Su única indumentaria consistía en un grueso cinto arrollado a la esbelta cintura y un taparrabos de bronce dorado. Alrededor del cuello lucía un grueso collar de oro y abalorios de cristal. Vi todo esto antes de que él se dignara mirarme; esto y su pose, que era como la del príncipe victorioso de una pintura mural a quien no conmueven las palabras, el tiempo, los avatares, las lágrimas ni la ira, hasta que la guerra o los terremotos derrumben la pared.

Me acerqué y él me miró entre sus largas pestañas negras. Era un par de dedos más bajo que yo y me dio a entender claramente que tal era la talla propia de un caballero. Antes de que yo abriera la boca, dijo:

—Lo siento, pero a menos que tengas una exención por escrito no puedo hacer nada.

Como empezaba a sentirme irritado, recordé las palabras de mi padre y dije sin alzar la voz:

—No se trata de eso. Soy Teseo, rey de Eleusis.

Me respondió, con fría cortesía y sin aparentar timidez:

— Discúlpame, entonces.

—Tienes ahí a una docena de jóvenes de mi séquito, todos esos que aún no tienen barba. Están en calidad de invitados en Atenas. Tendréis que esperar a que me los lleve.

Enarcó las cejas.

—Me han informado que Eleusis es actualmente un estado vasallo de Atenas, un feudo del heredero del rey, con quien, según creo, tengo el honor de hablar.

Era como dialogar con un hombre de bronce bruñido.

—No soy vasallo de nadie —dije—. Eleusis es mi reino. Maté al último rey de acuerdo con la costumbre. —Él levantó las cejas—. Y nuestro tributo, que se paga cada dos años, consiste en grano y vino —agregué. Tenía buena memoria para esas cosas.

—Si hubieras recurrido por escrito a la tesorería, habrían podido estudiar el asunto —dijo con su voz algo áspera—. Yo no soy tasador: recaudo donde me ordenan. Después de todo, en estos parajes hay muchos reyes. En Creta, sólo tenemos uno.

Me ardían las manos de ganas de agarrarlo, ponérmelo sobre la rodilla y romperle la espalda. Pero pensé en la gente. Él se percató de mi cólera y dijo, sin apasionamiento:

—Créeme, príncipe, que este sorteo no lo he elegido yo. Es una molestia con que debo cargar. Tengo en cuenta las costumbres locales dondequiera que voy. En Corinto, cuando llego al puerto, encuentro a los mancebos y las doncellas en el muelle. Eso me ahorra tiempo y trabajo, como podrás imaginarte.

—No lo dudo —repliqué—. Mientras que en Atenas debes esperar a que se haga justicia en presencia del pueblo.

—Sí, sí, eso se supone. Es evidente, pues, que no puedo tomar en cuenta lo que me pides. Imagínate lo que pensarían si fueras librando a tal joven y a tal otro. El pueblo supondría que, a tu edad, no obras sin conocimiento de tu padre; que estás salvando a los hijos de sus amigos o quizás a algún joven de tu predilección. Entonces, tendríamos problemas. Puedo soportar el retraso, pero no un tumulto. Créeme, entiendo algo de estas cosas.

Yo seguía sin tocarlo e incluso conteniendo la voz. Sólo repliqué: —No has pasado aún medio día aquí. ¿Me dices a mí lo que piensa el pueblo?

—No te ofendas —dijo sin reflexionar—. Te digo lo que sé. Vosotros elegisteis este sistema. Mejor dicho, tu padre lo eligió. Bien, lo acepto a pesar de lo engorroso que es; pero me cuidaré de que se cumpla. Temo que ésta es mi última palabra. ¿Adónde vas? —Le cambió el tono de voz: detrás de él, la fila de guerreros negros se arqueó como el lomo de un leopardo cuando se dispone a saltar.

Me volví y dije, para que se me oyera:

—Voy a unirme a mi pueblo y a compartir la suerte que disponga el dios.

Oí un estruendo de voces y vi que mi padre miraba a un lado y a otro. Mientras avanzaba, me sobresaltó sentir una mano en el hombro. Me volví: era el capitán cretense. Dejando a sus hombres en formación, había corrido tras de mí con sus pies pequeños y ágiles.

Me habló al oído y me dijo:

—Vuelve a pensártelo. No consientas en que la gloria y el relumbrón te ofusquen. Un buen danzarín de toros dura seis meses, a lo sumo. Escúchame; si quieres ver mundo, puedo conseguirme un empleo en el palacete; podrás navegar con nosotros gratis.

Ahora ya no tenía nada que perder por darme gusto, y repliqué: —Envíame a tu hermano mayor, muchachita, y que me pida él que sirva yo a Minos por un jornal.

Al darle la espalda, vi que sus ojos oscuros y vivaces no parecían irritados, sino penetrantes y calculadores.

Crucé la plaza del mercado y me situé junto a los acompañantes. Ellos me rodearon y me palmearon la espalda, como antes, cuando yo sólo era rey por un año. Un rumor recorría la plaza del mercado: sordo al principio y ruidoso luego. Los atenienses me vitoreaban, lo cual me asombró, teniendo en cuenta su angustia. «La verdad es que éste también es mi pueblo —pensé—. Ahora, puedo ser el paladín de todos.» Colocaron una mesa delante de mi padre y pusieron sobre ella dos grandes cuencos redondos con los ribetes pintados, y él dijo al pueblo:

—He aquí, atenienses, las tablillas con los nombres de vuestros hijos. Y he aquí la tablilla del mío.

Dejó caer un montón de tablillas, tintineando, dentro del cuenco de la derecha y el pueblo volvió a vitorear. Luego, el rey llamó al capitán cretense, por ser un extranjero sin parientes en Atenas, para que resolviera los cuencos. Mientras éste lo hacía con el mango de su lanza y cara de aburrido, mi padre alzó las manos e invocó al dios, pidiéndole que eligiera él las víctimas del sacrificio y proclamándolo sacudidor de la tierra y amigo de los toros. Al oír estas palabras, recordé la maldición de la hechicera y sentí un escalofrío en el cuello. Miré a mi padre, pero su semblante seguía inmutable.

Primero sortearon a las muchachas. El sacerdote de Poseidón, con los ojos vendados, metió la mano en el cuenco y le dio una tablilla a mi padre, quien se la entregó al heraldo para que leyera el nombre. Cada vez veía clavarse los ojos de los parientes en la tablilla, y las filas de rostros parecían una larga y pálida

serpiente llena de ojos. Luego, leían el nombre y una familia gritaba y gemía o un hombre salía corriendo de alguna parte y se ponía a pelear con los guardias, hasta que lo derribaban. Y durante unos instantes todos los demás estaban contentos, hasta que sacaban otra tablilla. Pero la última muchacha era tan bella y tan joven, con unos ojos tan dulces, que no sólo su familia sino todos lloraron por ella. Los negros rodearon a las muchachas para mantener a raya al pueblo. Luego, les tocó el turno a los mozos.

Sacaron dos tablillas de atenienses, y a continuación oí el nombre de uno de mis guardias, Menestes, cuyo padre poseía siete barcos. Salió de la fila con gesto firme, volviendo los ojos una sola vez para mirar a su amigo y luego a mí. Después le tocó el turno a un ateniense, cuya madre gritó como si la despedazaran, hasta tal punto que el joven palideció y se puso a temblar de pies a cabeza. Pensé: «Mi madre nunca me habría humillado así. Pero en quien debo pensar es en mi padre. Esto es más penoso para él que para la mayoría de ellos, ya que soy su único hijo». Miré el estrado donde estaba él. El sacerdote de Poseidón metía en ese momento la mano en el cuenco para sacar otra tablilla. En el mismo instante hubo cierta agitación entre la multitud, ya que una mujer se había desmayado por no sé qué motivo. Vi que mi padre miraba de reojo para saber qué sucedía.

Me paralicé, como si Helios hubiese detenido a sus caballos en medio de los cielos. Si un hombre pudiera evitar enterarse de algo antes de saberlo, yo no lo habría sabido. Pero el hecho estaba allí antes de que pudiese impedirlo. Desde los diez años de edad, me había sentado en el salón de audiencias, observando al pueblo. Antes de entender cuál era el litigio ya sabía a quién afectaba y a quién no. Miré las filas de ojos, todos fijos en el cuenco, al unísono como las jabalinas de los soldados. Pero mi padre no mostraba temor.

Lo comprendí, pero poco a poco: la idea penetró a rastras en mi corazón. Sentí frío en el vientre y en los ijares; tuve la sensación de que la vergüenza me recubría la carne como una capa de polvo. Mis pensamientos vagaban de un lado a otro, persiguiendo un olor fétido. «¿Qué había en la tablilla que se puso por mí? —pensé—. No estaba en blanco, porque entonces alguien podría haberse dado cuenta. Debía repetir el nombre de otro joven. Quizá de alguno de los ya elegidos; nunca lo sabré.» Así pensaba yo. Luego, me asaltó la cólera como un tormentoso oleaje, tamborileando sobre mi cabeza y sacudiéndome el cuerpo, hasta casi volverme loco. Me fijé en lo que tenía delante y vi sobre el estrado alto a un hombre que vestía un manto y un collar de rey. Y me pareció estar viendo a mi enemigo, a un extraño que me había escupido en la cara en presencia del pueblo; mis dedos ansiaban aferrar su garganta, como buscaran la de Cerción cuando luchábamos por el reino de Eleusis.

Permanecí inmóvil, casi inconsciente, envuelta la cabeza en la negrura de las hijas de la noche, que batían sus alas de bronce. Y entonces vino Apolo, el que aniquiló las tinieblas, y me liberó. Adoptó la forma del joven que estaba a mi lado, me tocó el hombro y dijo: — Teseo, calma.

La niebla roja desapareció de mis ojos. Pude hablar y respondí:

—Esos cretenses me han encolerizado.

Luego, pude pensar. Y cavilé: «¿Qué ha pasado? ¿Qué ha hecho mi padre? Lo que haría en este caso cualquier padre que pudiera. Y es el rey. Tiene que pensar en su reino. Es cierto que me necesitan aquí. Yo no debería pensar únicamente como un guerrero. ¿Ha ido algún otro a Creta por mí? He llevado a esos jóvenes a la guerra y nunca pensé en causarles daño, aunque algunos debían morir. ¿Por qué detesto, pues, a mi padre, y más aún a mí mismo, y la vida me resulta insostenible?».

Mientras tanto, habían sacado una tablilla: era la de Amintor, un eleusino de alta cuna, indómito y altanero. A diferencia del joven que lo precediera, o quizá por eso mismo, avanzó alegre, haciendo bromas. El sacerdote se dispuso a repetir el sorteo.

«¿Qué es lo que me duele? —pensé—. ¿Qué significa esta cólera?» Miré a mi padre; y recordé cómo había invocado a Poseidón, rogándole que eligiera a las víctimas. Y pensé: «¡Sí! ¡Eso es! Se ha burlado del dios, del guardián de la casa, del que lo condujera a engendrarme. ¡Tengo pleno derecho a sentirme furioso! Ese hombre se ha burlado de mi padre». Entonces me comprendí a mí mismo.

No podía decirle aquello en voz alta al dios para que todo el pueblo lo supiera. Por lo tanto, me hincé sobre una rodilla, posé las manos sobre la tierra y murmuré de manera que sólo él lo oyese:

— ¡Sacudidor de la tierra! ¡Padre! Si te han robado alguna ofrenda, dímelo y muéstrame qué debo dar.

Esperé, para cerciorarme de si la tierra temblaba; pero el suelo estaba inerte bajo las palmas de mis manos. Mas yo sabía que él tenía un mensaje para mí y que no deseaba que me retirase. Oí, como naciendo de las entrañas de la tierra, un rumor de olas marinas, que saltaban, estallaban en sibilante espuma y decían: «¡Teseo! ¡Teseo!».

Entonces adiviné lo que quería el dios.

Fue como un lanzazo en mi corazón. Yo había ido allí a correr un riesgo de uno entre treinta. Ahora, al ver que era seguro, el dolor proyectaba una negra sombra sobre mis ojos y el sol se enfriaba. Pensé en mis proyectos para Atenas: esperaba obligar a mi padre a hacer cosas pequeñas y me reservaba las gran-

des para cuando llegara mi hora. Me arrodillé donde estaba, con el cabello tapándome el rostro y con mi nombre resonándome en los oídos, y pensé en mi vida; en las cacerías con la guardia, en las fiestas y danzas, en mi aposento con leones en los muros; en una mujer que yo deseaba y a quien me proponía hablarle en la fiesta; en mis hermosos caballos, que habían apenas sentido el peso de mi mano; en el peán de guerra, en la encendida furia del combate y en los cantos de triunfo. Y pensé: «El dios no puede decirlo en serio. Me trajo aquí para que fuera rey».

—Padre Poseidón —susurré—, quítame otra cosa. No te pediré que me des larga vida si logro hacerme con un nombre y que me recuerden en Atenas. Ahora será como si nunca hubiese nacido. Si quieres mi vida, permíteme morir aquí, luchando, y dejar algún testimonio de mí, la canción de un bardo y una tumba. —Oí que llamaban a un ateniense. Era el último de los siete varones. Padre Poseidón, te daré mis caballos, los mejores que he tenido. Coge cualquier cosa, menos esto.

El ruido del mar se tomó más débil en mis oídos y pensé: «El dios aceptará los caballos». Pero no se esfumaba como siempre, extinguiéndose en el aire, sino prolongándose mientras se alejaba, menguando poco a poco. Y pensé: «El dios me abandona». Escuché. Aquel rumor me decía: «Haz lo que quieres, hijo de Egeo. Mira, ahí tienes a tu padre. Olvida mi voz, que no volverás a oír, y aprende a reinar como él. Sé libre. Tú no eres mío, a menos que elijas serlo».

Evoqué mi vida, remontándome muy atrás, hasta la infancia. «Es demasiado tarde para ser el hijo de Egeo», pensé.

Me levanté y me aparté el pelo de la cara. Se llevaban al último de los jóvenes elegidos por la suerte. No iba por su propia voluntad porque tenía miedo; mientras lo conducían, miraba sin cesar a su alrededor, como si creyese que aquello le podía suceder a cualquiera menos a él. «Le sorprenderá descubrir que tiene razón», cavilé, y poco me faltó para reír; porque acababa de sentir que el dios volvía a mí.

Se me había alegrado el corazón. Me sentí seguro, como en un día propicio. Respiré un aire diáfano. La amenaza se había disipado, las alas y garras de bronce vacilaban sin acabar de abalanzarse sobre mí. Perdí el miedo: estaba de suerte, iba con el dios. Al adelantarme, la voz de un viejo dijo en mis recuerdos: «El consentimiento nos hace libres».

Me acerqué con paso ágil al estrado, me subí de un salto y dije al heraldo:

—Dame esa última tablilla.

Me la entregó. Una voz pronunció mi nombre, pero no volví la cara. Saqué la daga y taché el nombre garabateado en la tablilla y escribí: «Teseo». Se la devolví al heraldo y dije:

—Vuelve a llamar.

El heraldo se quedó mirándome. Una mano que yo conocía se estiró y le arrebató la tablilla. Así que le grité al cretense:

—Ese llamamiento estaba equivocado, capitán. El nombre de la tablilla es el mío.

De la multitud surgió un rumor. Creí que iban a vitorearme de nuevo. Pero lo que oí fue un gran gemitido de duelo, una queja que ascendía a los cielos, como cuando el heraldo proclama que el rey ha muerto. Ante aquellos susurros lastimeros no supe qué hacer. En mi corazón resonaba una música solemne. Cuando me adelanté hacia ellos, una mano me aferró, pero me zafé y grité: —No os apenéis, atenienses. Me envía el dios. Me ha convocado para los toros y tengo que obedecer su señal. Pero no lloréis por mí. Volveré. —Yo no tuve conciencia de estas palabras hasta pronunciarlas: me las inspiraba el dios. Iré con vuestros hijos y cuidaré de ellos. Serán mi gente.

Ellos se habían alejado llorando y sus voces se desvanecieron; sólo aquí y allá se oía aún sollozar a alguna madre que había perdido a su hijo. Me volví y vi a mi padre.

Su rostro era el de un hombre herido de muerte. Parecía la imagen de un sueño horripilante que ya daba por terminado. Y, sin embargo, como si sus ojos reflejaran los míos, también hacía pensar en un hombre acosado que se ha librado de su perseguidor.

Sufría, eso por lo menos era seguro, y el dolor se manifestaba en forma de cólera. Sin importarle que lo oyeran, me preguntó por qué debía yo odiarlo y abandonarlo en sus últimos años a sus enemigos; qué mal me había hecho, qué crimen era el suyo. Aquello debía de ser hechicería, pensó; me haría exorcizar y lo que yo había hecho en un momento de locura quedaría anulado.

—Señor —dije—, ¿crees que yo habría obrado así espontáneamente? Conozco la voz de Poseidón. Debes dejarme ir o se irritará. Estafar a un dios es mal negocio.

Cuando apartó la mirada, me sentí avergonzado. Bastante sufría él ya.

—Padre, el dios tiene buenas intenciones con nosotros —dije—. Todo va bien. Si los toros me matan, aceptará el sacrificio y levantará la maldición. Y si regreso, también será para bien. Todo va bien; así lo creo yo.

El capitán cretense se acercaba con cautela a escuchar. Mi padre le lanzó una mirada que lo obligó a alejarse, canturreando y jugando con el sello que llevaba en la muñeca. Luego, el rey me dijo en voz baja:

—Al parecer nadie escapa a su destino. ¿Cómo supiste que tu nombre no estaba en el cuenco? — Nuestros ojos se encontraron y agregó—: No pude hacerlo. Temí que los soldados se dijeran en adelante: «Temía a su hijo, que era un jefe y un guerrero. Por eso, en la época del tributo, lo mandó a los toros de Creta».

Sus palabras me sorprendieron, el que hubiese podido pasársele semejante idea por la cabeza.

—Padre —repliqué—, debe de ser la diosa. Está enojada con nosotros: detesta a todos los hombres que gobiernan.

Oí toser a mi lado. Era el cretense, que se impacientaba. Comprendí que ahora, por lo que yo mismo había hecho, aquel hombre se había convertido en mi amo.

Me quité la espada del cinto y la deposité en las manos de mi padre.

—Guárdamela hasta mi regreso —le dije—. No sé qué quiere de mí el dios. Pero si un hombre vuelve de los toros de Minos, le habrá ofrecido muchas veces su vida al dios y renovado muchas veces su consagración. Entonces, quizás, lo ilumine algún poder para guiar al pueblo. Así me lo enseñaron cuando era un niño. Seré ese rey o no seré nada.

Se me acercó y me tomó la cara entre las manos, contemplándome largo rato. Rara vez pensaba en él como sacerdote. Pero ahora noté que lo era. Por fin dijo:

—Un rey así será el rey.

Luego reflexionó en silencio y dijo:

—Si llega ese día, pinta de blanco las velas de tu barco. Pondré un vigía en el promontorio de Sunio. Cuando se encienda el faro significará que el dios tiene un mensaje para mí. Una vela blanca. Recuérdalo.

—Señor —dijo el cretense, con su voz fría y cortante—, tanto me da si tu hijo viene con nosotros o no, con tal de que no haya desorden. Pero haz el favor de terminar con este asunto. Esas mujeres pronto se sacarán los ojos.

Miré a mi alrededor. Las madres de los muchachos elegidos discutían sobre cuál de sus hijos debía ser liberado por mí. Sus parientes se acercaban. El cretense tenía razón al temer complicaciones.

—No hay nada que discutir —dije—. La última tablilla lleva mi nombre. Heraldo, anúncialo.

El último de los jóvenes sorteados se acercó, se arrodilló ante mí, se puso mi mano en la frente y me suplicó que le permitiera hacerme algún favor. Parecía un pobre niño. Al volver un poco la cabeza, vi que Bayo lloraba. Era más juicioso que todos los demás acompañantes; pero leí en su rostro una historia que nunca me había contado. Lo único que podía hacer yo era estrecharle la mano.

—Padre —dije—, haz que los eleusinos reúnan su asamblea, porque de lo contrario las mujeres volverán a adueñarse del poder. Todo está como debe estar. —Yo no había terminado, pero el cretense estaba harto. Les gritó a sus soldados una orden, cortante como el chillido de un zorro azul, y formaron una doble columna con un espacio vacío en medio, de una perfección admirable. Mi padre me abrazó; por cómo lo hizo comprendí que no esperaba volver a verme. Las madres de las víctimas traían pequeños paquetes con alimentos, reunidos precipitadamente para el viaje. La madre del último joven se me acercó con gesto apocado, con la mano sobre la frente, y me dio el hatillo preparado para su hijo.

Cuando me coloqué entre las dos filas de soldados, pensé que me habría puesto mejor ropa de haber sabido que iría a Creta.

Libro cuarto:

Olvido

Capítulo uno

«Yo era un rey y el heredero de un rey —pensé, cuando la nave levó anclas—. Ahora, soy un esclavo.» El barco era grande. El mascarón de proa representaba a un toro, con una flor sobre la frente y cuernos dorados. En medio del navío, entre los remeros, estaban los soldados negros; y había un puente para el maestre de boga y para la silla del capitán. Las víctimas vivíamos en la popa, durmiendo debajo de un toldo, como si hubiéramos pagado pasaje. Pertenecíamos al dios y tenían que llevamos a nuestro destino sin menoscabo. Durante todo el día nos vigilaba una guardia, y de noche una guardia doble, para impedir que yaciéramos con las muchachas..

Para mí, supuso una tregua. Yo ya no tenía que preocuparme. Estaba en manos del dios, como en la infancia, cuando me acunaba el mar. Los delfines se deslizaban por las aguas a nuestro lado, zambulléndose y resoplando. Yo me tumbaba y los miraba. Mi vida se había detenido.

Al sur de Sunio nos escoltó un buque de guerra, un veloz velero. A veces, en los promontorios de las islas, veíamos campamentos piratas, naves varadas en la playa y la torre del vigía; pero nadie nos persiguió. Sin duda, éramos un bocado demasiado grande para sus dientes.

Esas cosas pasaban de largo a mi lado mientras disfrutaba del ocio, como quien escucha a un arpista. «Voy al sacrificio —me dije—. Pero Poseidón me ha reclamado, a mí, que en un tiempo no fui hijo de nadie; y eso es mío para siempre.» Por lo tanto me despatarré al sol, comí y dormí y miré lo que valía la pena ver, y escuché, sin prestarles atención, los ruidos de a bordo. El amanecer era rosado y gris cuando sorteábamos las Cícladas. Al salir el sol oí voces coléricas. Hay muchas en un barco; pasábamos entre Ceos y Citnos y había cosas que ver. Pero el ruido atrajo mi atención y miré. Uno de los jóvenes atenienses luchaba con un eleusino. Rodaron aferrados por la cubierta. El capitán cruzó a grandes zancadas el puente y se acercó a ellos, con mirada cansina, como quien ha hecho lo mismo un centenar de veces. Le colgaba de la muñeca un látigo de finas tiras de cuero.

Aquello me despertó como el agua de la montaña. Corrí, salté hacia ellos y los separé. Se quedaron sentados, boquiabiertos y acariciándose las magulladuras; el capitán se encogió de hombros y se alejó.

—Recordad quiénes sois —dije—. ¿Queréis que os golpee un cretense en presencia de esos esclavos? ¿Dónde está vuestro amor propio? Ambos comenzaron a hablar a la vez y los mirones tomaron partido por uno u otro. Grité pidiendo silencio y vi trece pares de ojos fijos en mí. Algo me contuvo y pensé: «Y ahora... ¿qué?». Era como llevarse la mano a la espada cuando se tiene el flanco desguarnecido. «¿Qué estoy haciendo? —pensé—. Yo también soy un esclavo. ¿Puede haber un rey entre víctimas?» Estas palabras me resonaron dentro de la cabeza.

Todos esperaban. Señalé al eleusino, a quien conocía, y dije:

—Tú primero, Amintor. ¿Y bien? —Era un joven de cabello negro, de tupidas cejas que se juntaban sobre su nariz aguileña y ojos de halcón.

—Teseo, este hijo de alfarero, que aún lleva barro pegado en el pelo, se sentó en mi sitio y, cuando le dije que se levantara, se puso insolente.

El ateniense, pálido y flaco, dijo a su vez:

—Yo seré esclavo de Minos, pero no tuyo. En cuanto a mi padre, puedo mencionarlo por lo menos. Ya sabemos cómo son vuestras mujeres.

Miré al uno y al otro, y adiviné que el provocador había sido Amintor; pero, en el fondo, era el hombre que más valía de los dos.

—¿Habéis terminado de insultaros? —dije—. Con vuestra conducta a quien habéis insultado es a mí. Formión, yo elegí las costumbres en Eleusis; si no te gustan, es a mí a quien debes decirselo. Según parece, Amintor, gastas aquí más ceremonial que yo. Dinos qué esperas de nosotros, para que no te ofendamos. —Balbupearon algo. Todos se sentaron a mi alrededor, con confiada mirada perruna. Donde había ira, confiaban en hallar fuerza. Lo mismo ocurre entre los guerreros. Pero cuando uno ha suscitado esa esperanza, ay de él si la defrauda.

Me senté sobre una bala de algodón, tributo de alguna ciudad pequeña, y los miré. Mientras comíamos había oído los nombres de los cuatro jóvenes atenienses: Formión; Telamón, hijo de un pequeño propietario, tranquilo y sosegado; un adolescente modesto y garboso, llamado Hipón, a quien yo había visto antes en alguna parte; e Iro, cuya madre gritara tanto en el sorteo. Ella era concubina de algún noble; por su parte, el joven era delgado, de voz atiplada y aire afeminado, pero lejos de las faldas maternas parecía tan digno de confianza como cualquier otro.

De las muchachas, sabía menos aún. Una de ellas, Crisa, parecía un lirio, impecable, blanca y dorada; era la niña por la que había llorado la gente. Melanto era minoana, una muchacha recia y saltarina, activa y mandona. De las demás, Néfele era tímida y llorona; Hélice, esbelta y silenciosa, con ojos sesgados; Rene y Pilia parecían bastante tontas; y Tebe era franca y bondadosa, pero fea como un nabo. Estudié sus rostros, tratando de adivinar para qué servirían; y ellas me miraban como miran los náufragos a una plancha que flota.

—Bueno —dije—. Es hora de hablar.

Esperaron. No tenían otra cosa que hacer.

—No sé por que Poseidón me envía a los toros; si quiere o no que yo muera en Creta. Si no lo desea, me apoderaré de lo que encuentre allí. Mientras tanto, todos estamos en poder de Minos; soy igual que cualquiera de vosotros, un simple esclavo del dios. ¿Qué queréis que haga? ¿Que me ocupe sólo de mí o que también sea responsable de vosotros, como lo haría en nuestro país? Antes de que hubiera cerrado la boca, gritaban que querían ser dirigidos por mí. Sólo Hélice, la de los ojos sesgados, guardaba silencio; pero ella nunca hablaba.

—Pensadlo antes —dije—. Si os mando, pondré normas. ¿Os gustaría eso? He ahí al hombre con poder para hacerlo —y señalé al cretense, que había vuelto a sentarse y se cortaba las uñas.

—Prestaremos juramento si nos lo pides —dijo Amintor.

—Sí os lo pediré. Debemos jurar que nos mantendremos unidos. Si alguien no está de acuerdo, éste es el momento de decirlo.

»Vosotras también, muchachas; yo os convoco a la asamblea. Debemos establecer nuestras costumbres, de acuerdo con nuestra situación.

Las muchachas atenienses, no habituadas a los asuntos públicos, vacilaban, intercambiando susurros; luego, la morena y vivaz minoana Melanto dijo:

—Estamos fuera de nuestro país, de modo que un hombre debe ser nuestro jefe; tal ha sido siempre la ley minoana. Voto por Teseo.

—Una —dije—. ¿Y qué hay de las otras seis?

Melanto se volvió desdeñosamente hacia ellas y dijo:

—Ya lo habéis oído. Levantad la mano, si no podéis hablar.

Cinco de ellas levantaron la mano, y Crisa, la niña de ojos grises cuyo cabello lacio parecía una fina lámina de oro, dijo con aire solemne:

—Voto por Teseo.

Me volví hacia los hombres.

—¿Quién está en contra? En Creta tendremos que depender unos de otros. Conque hablad ahora; que no os guardaré rencor, lo juro por la cabeza de mi padre.

El joven ateniense Iro, el favorito de su madre, dijo con cara seria, sin su melindrosidad habitual:

—Nadie está contra Teseo. Tú te entregaste al dios; a nosotros nos llevan a la fuerza. Nadie más que tú puede ser el rey.

—Perfectamente —dije—. En su nombre, así sea. Necesitamos una maza para el que preside las sesiones.

No había nada a nuestro alcance, salvo una rueca. Tebe la hacía girar para matar el tiempo.

—Tira tu lana, hermanita; en Creta vas a necesitar otras habilidades —dije.

Y ella arrojó la lana por la borda y usamos la rueca.

—He aquí nuestra primera ley —dije—. Todos formamos una sola familia. Ni atenienses ni eleusinos, sino ambas cosas a un tiempo. Si alguien es de linaje encumbrado, los toros no lo sabrán; por lo tanto, déjmosle conservar solamente su honor y olvidemos su rango. Ni heleno ni minoano, ni encumbrado ni humilde; no, ni siquiera hombres y mujeres. Las muchachas tendrán que conservarse vírgenes o perderán la vida. Cualquier hombre que olvide esto viola su juramento. Pronto todos seremos danzarines de toros, tanto los hombres como las muchachas. Como no podemos ser más que camaradas, juremos no ser menos.

Los hice formar un corro, mientras la sacerdotisa cretense se metía entre nosotros para cerciorarse de que nadie se levantaba las faldas. Luego les hice jurar en firme; porque dadas las circunstancias, sólo nos unía el infortunio. Después tenían mejor aspecto, como toda la gente asustada a la cual se le da algo que hacer.

—Ahora somos hijos de un mismo linaje —dije—. Necesitamos un nombre.

Mientras yo hablaba, Crisa elevó al cielo sus grandes ojos y oí una exclamación. Una fila de grullas, con los largos pescuezos estirados y batiendo el aire con fuerza, cruzaba entre las islas.

—Mirad —dije—. Crisa ha visto un augurio. Las grullas también son danzarinas; todo el mundo conoce la danza de la grulla. Seremos las Grullas. Y ahora, antes que cualquier otra cosa, vamos a encomendarnos al eterno Zeus y a la Madre. Debemos compartir también nuestros dioses para que nadie se sienta agraviado. Melanto, tú invocarás a la diosa; pero no habrá misterios femeninos. Las Grullas lo comparten todo.

A decir verdad, no me molestaba darle una prueba de respeto a la Madre Día; a ella no le gustan los hombres que gobiernan; y yo sabía que en Creta no tenía a nadie por encima.

—Bueno —dije después—. Seguimos en consejo. ¿Quiere hablar alguien? —El gallardo mozo cuyo semblante me resultaba conocido alzó la mano. Entonces recordé dónde lo había visto: lustrando un arnés en el establo, mientras esperaba a mi padre. Sin mirar a los eleusinos, quienes, por ser de la guardia, eran de ascendencia divina, di un mazazo y le dije—: Habla, Hipón.

—Señor —preguntó—, ¿es verdad que nos sacrificarán al toro? ¿O tendrá que atraparnos él mismo?

—También a mí me gustaría saberlo —dije—. ¿Puede alguien decírnoslo? —Esto fue un error. Todos empezamos a hablar a la vez, salvo la silenciosa Hélice, y, cuando les hice usar la maza, las cosas no marcharon mucho mejor. Salieron a relucir todos los cuentos de viejas: dijeron que nos amarrarían a los cuernos del toro o nos arrojarían a una caverna donde el toro se alimentaba de carne humana; y hasta se contó que era un monstruo, un hombre con cabeza de toro. Se asustaban mortalmente unos a otros. Di una voz para reclamar silencio y alargué la mano, reclamando la maza.

—¿A cuántos de vosotros os asustaron con esos cuentos cuando erais niños para hacerlos callar? —Varios se mostraron confusos—. Cualquiera creería, a juzgar por vuestra manera de divagar, que todas esas cosas pueden ser ciertas al mismo tiempo. Pero si una es cierta, todas las demás han de ser falsas. Hipón es el único sensato: no lo sabe y sabe que no lo sabe. Tenemos que descubrirlo y dejarnos de conjeturas. Quizá yo consiga hacer hablar al capitán.

Los atenienses no comprendían por qué yo pensaba así y se mostraban asombrados, sobre todo las muchachas. A los eleusinos les dije, en la jerga de la guardia:

—Si alguien se ríe, le rompo los dientes.

Ellos sonrieron y replicaron:

—Buena suerte, Teseo.

Me fui a la borda y me quedé allí, pensativo. Cuando el capitán apareció, lo saludé. Luego, él hizo una seña y los guardias me dejaron subir al puente. El cretense despidió al niño negro que estaba sentado a sus pies y me ofreció su escabel. Como yo suponía, sólo se había contenido por temor a ser insultado en público. Nuestras personas eran sagradas y no habría podido vengarse más que chasqueando el látigo.

En cuanto a hacerlo hablar, habría sido tan difícil acallararlo como a un viejo guerrero que rememora las batallas de su juventud. Era lo que llaman en Creta un hombre de mundo. No existe ninguna palabra helena que exprese lo mismo: significa ser algo más que un caballero y algo menos. Esa gente estudia la danza del toro como un arpista las viejas canciones. El cretense seguía hablando cuando le anunciaron la cena y, por su gusto, me habría invitado a compartirla. Dije que los otros me matarían, con toda seguridad, de verme recibiendo favores, y me alejé; anocheceía y yo sólo deseaba saber algo sobre la danza del toro.

Volví con las Grullas. Mientras compartíamos la olla común, todos acercamos las caras.

—Bueno —dije—. Tenías razón, Hipón: el toro tiene que atraparnos. Pero antes somos nosotros quienes debemos atraparlo: separarlo de la manada y encerrarlo. Puedo deciros tanto sobre la danza del toro como cualquiera que no la haya visto. Por lo pronto, antes de bailar, todos seremos sometidos a tres meses de aprendizaje.

Estaban resignados a morir en cuanto tocáramos tierra. Tres meses eran para ellos tres años; se hubiera podido pensar que yo se los regalaba.

—Viviremos en el palacio de Cnosos, la Casa del Hacha, sin salir jamás de allí. Pero a juzgar por lo que dice el cretense, el edificio es enorme y muy antiguo; tiene unos mil años, dice él. Como si alguien pudiera contar tantos. Dice que Poseidón vive debajo del palacio, en el fondo de una caverna, bajo la forma de un gran toro negro. Nadie lo ha visto nunca, porque está a demasiada profundidad; pero cuando sacude la tierra, brama. Leuco, así se llama el capitán, lo ha oído personalmente y dice que no hay ningún sonido en la tierra que sea ni la mitad de espantoso. Y sus hazañas en Creta han sido del tenor de su voz. Dos o tres veces, en otros tiempos, ha derrumbado el palacio hasta los cimientos. Por lo tanto, es un dios de cuidado; y así es como empezó la danza del toro.

»Leuco dice que el sacrificio se remonta a los orígenes mismos, a los primeros hombres de la tierra que hicieron espadas de bronce. Entonces era algo tosco y simple; sencillamente, metían a un hombre en el foso del toro para que el animal lo corneara. Pero a veces, si el hombre era ágil, lo esquivaba durante algún tiempo, con lo que ellos se divertían porque eran unos bárbaros. Y así transcurrió el tiempo y fueron asimilando la civilización de Egipto y de los hombres de la Atlántida que huyeran al este de la ira de Poseidón. Ahora se han convertido en los mejores artifices que existen; no sólo para hacer vasijas, joyas y casas, sino también para la música, los ritos y los espectáculos. Desde tiempos inmemoriales, han estado elaborando la danza del toro. Primero agrandaron el foso y pusieron más víctimas, para que la persecución se alargara antes de que muriese alguien. Al resto lo traían la vez siguiente; pero cuanto más vivían, más habilidad ganaban para esquivar, hasta el punto de que a veces el toro era el primero en cansarse y entonces decían que el dios estaba satisfecho por ese día. Por eso, los diestros y veloces vivían más tiempo y enseñaban su arte a los demás. Y así siguieron, agregando cada generación algún adorno al espectáculo; todos los hombres persiguen los honores, incluso los condenados a muerte. No bastaba con esquivar los cuernos; había que convertir aquello en una danza airosa y no mostrarse nunca nervioso o asustado, sino jugar con el toro como si se lo amara. Y entonces, dice Leuco, llegó la edad de oro de la danza del toro. Suponía tanto honor ejecutarla que los más nobles y valerosos jóvenes cretenses lo hacían por amor, para ganar fama y honrar al dios. Ésa fue la época de los primeros grandes saltarines de toros, la época a la que se refieren las canciones. Sucedió hace mucho, y ahora los jóvenes señores y las damas tienen otros pasatiempos. Pero, para no renunciar al espectáculo, buscaron esclavos y los adiestraron. Hoy mismo, dice Leuco, el danzarín de toros tiene cierta aureola de gloria. Si logra salvarse, sienten una inmensa consideración por él.

—¡Ay! ¡Ay! —gritó la llorosa Néfele, golpeándose el pecho como si estuviera en unos funerales—. ¿Tendremos que sufrir todo eso antes de morir? —Yo no había terminado mi relato, pero me pareció preferible no hacerlo.

—Aunque te deshagas en lágrimas, eso en nada te ayudará —dije—. Así que ¿para qué llorar? Cuando yo era niño en mi país, jugábamos con los toros para divertirnos y aún estoy vivo. No olvidéis que sólo escogen a los aptos. Si aprendemos la danza, quizá vivamos lo suficiente para escapar.

—Teseo —dijo Melanto—, ¿cuántas...?

—Vamos, déjalo comer —la interrumpió Amintor.

Ella le preguntó en tono desabrido si había olvidado sus buenos modales en Eleusis. Habría tolerado aquella actitud en un ateniense; pero a las muchachas minoanas no les gusta que sus hombres las traten con superioridad.

—¿Qué decías? —pregunté—. Puedo comer y escuchar.

Melanto le volvió la espalda a Amintor y preguntó:

— ¿Cuántos bailan a la vez?

—Catorce —contesté—. Siete hombres y siete mujeres.

—Entonces formamos un equipo —dijo ella—. ¿O nos mandarán de un lado a otro a medida que vaya muriendo la gente?

—Eso habría que saberlo —dije. Era algo que me había preocupado en todo momento; confiaba en que esa pregunta no se le ocurriría a nadie más—. No me atreví a preguntárselo al capitán; habría pensado que estábamos planeando algo y nos hubiera separado. Reflexionemos sobre el asunto.

Yo nunca había pensado bien con el estómago vacío; de modo que comí y pensé. Por fin dije:

—Hagamos lo que hagamos, los cretenses se divertirán; eso lo sabemos. Por lo tanto, debemos hacer algo que les haga creer que somos un equipo digno de ser conservado. Pues bien... ¿Qué haremos y cuándo lo haremos? Al bajar a tierra, quizá no se nos presente la oportunidad. Pero aquí, a bordo, nadie importante lo vería. El tal Leuco quizá sea un pez chico en Cnosos, a pesar de todas sus ínfulas. Por lo tanto, hay que meditarlo.

Menestes de Salamina, el joven flaco y de rostro bronceado cuyo padre poseía barcos, habló por primera vez: —Creo que podríamos hacerlo al entrar a puerto. Como los fenicios, que siempre entran cantando y bailando.

Le di una palmada en el hombro.

—¡Has respondido a ambas cosas al mismo tiempo! Sí, tenemos que bailar para ellos todos juntos.

Pero entonces las muchachas atenienses empezaron a chillar como una camada de cochinitos. Dijeron que nunca, nunca habían bailado con hombres; que de saberlo se morirían de vergüenza sus padres y que bastante tenían ya con perder la vida para que tuviesen también que perder su honra. Néfele fue quien las acaudilló.

Yo estaba harto de su recato, que ella nos recordaba con demasiada frecuencia. —Cuando hayas terminado, mira cómo viste el capitán —le dije.

Leuco estaba sentado, lo cual ocultaba su mínimo taparrabos; parecía totalmente desnudo, sólo con sus botas y joyas.

—Como está vestido él, así vestirás tú cuando bailes la danza del toro en presencia de diez mil cretenses —agregué—. Y si no te gusta, pídele que cambie de rumbo y te lleve a tu país.

Néfele profirió un gemido. La miré y se lo tragó.

—Y ahora bailaremos la danza de las Grullas —dije yo.

—Pero es una danza para hombres —dijo Rene, con los ojos muy abiertos y tragando saliva.

Me levanté y dije:

—Desde ahora, es nuestra danza. ¡En fila! —Así que bailamos la danza de las Grullas en la estrecha cubierta y bajo el ardiente sol. El mar estaba azul oscuro, como un bronce recubierto de esmalte en la fragua; las islas parecían de color púrpura ahumado u oro polvoriento. Al volver la vista, la fila parecía una guirnalda trenzada, de brazos blancos y morenos entremezclados con los colores del cabello revuelto. Bailábamos, cantábamos. Brillaban los ojos y los dientes de los negros, que ocupaban el centro de la nave y marcaban el ritmo con sus escudos listados; el timonel observaba con la mano sobre la caña del timón; el piloto, desde el espolón, y en el puente, con el negrito acurrucado a sus pies, el capitán jugaba con su collar de cristal y arqueaba las cejas.

Por fin nos desplomamos sobre la cubierta, jadeantes y sonrientes. Mirándolos a todos, pensé: «Esto marcha. Una jauría es algo más que todos sus perros por separado; lo mismo nos sucede a nosotros».

En realidad, hacía muchos años que no pasaba yo tanto tiempo con gente de mi edad. Con alguno de ellos, como Crisa e Hipón, me sentía lo bastante viejo como para ser su padre. No sólo era el mayor de todos, sino también el más alto, con la excepción de Amintor.

—Bueno —dije—. Eso hará que nos miren dos veces. No creo que sean muchas las víctimas que lleguen bailando. Y el pueblo estará allí para verlo; así me lo ha dicho Leuco. Según parece, la gente apuesta sobre cual de los nuevos danzarines de toros durará más. Nunca he sabido de un sacrificio tratado tan a la ligera. Mejor para nosotros; ni siquiera sus dioses los tendrán en gran estima.

Nos dirigíamos hacia una isla, para descansar durante la noche. Era un hermoso paraje, con altas montañas tierra adentro, cuyas laderas estaban cubiertas de vides y florecientes árboles frutales. De un alto pico de cumbre roma surgía una fina estela de humo. Le pregunté a Menestes si sabía dónde estábamos. Me respondió:

—Esa es Caliste, la más bella de las Cicladas. Esta montaña está consagrada a Hefesto. Lo que ves es el humo de la forja del dios, que surge de la cumbre.

La tierra se fue acercando y me empezó a hormiguear la piel. Me parecía ver una claridad predestinada y santa, como la belleza del

caballo rey almohazado para el dios. Dije:

—¿Está enojado?

—No lo creo —replicó Menestes—. Siempre echa humo; los pilotos se guían por ese humo. Es el último puerto antes de llegar a Creta. A partir de aquí estamos en aguas libres.

—Entonces, tenemos que perfeccionar nuestra danza mientras quede luz —dije.

Bajo los fulgores del ocaso y con las antorchas después, bailamos en nuestro fondeadero del muelle; y la gente del puerto contempló el espectáculo boquiabierto, ya que sabía adónde íbamos. Como éramos jóvenes y sanos, nos reímos al verlos; los varones dieron saltos mortales; y de pronto la taciturna Hélice, que seguía callada, se dobló hasta hacer la rueda y se puso vertical sobre las manos.

—¡Vaya! —dije riendo—. ¿Quién te ha enseñado eso? ¡Lo haces tan bien como un saltimbanqui!

—¿Por qué no? —dijo ella, con tono desparpajado—. Es mi oficio.

No le dio importancia a que se le volvieran las faldas: debajo llevaba unos calzones con bordados de oro. Todos sus huesos parecían cartílagos; corría sobre las manos con la misma facilidad que sobre los pies. Los soldados negros, que habían formado un corro y se contaban largas historias en círculo, se levantaron de un salto, señalándola y gritando: «¡Eh, eh!». Ella no les hizo caso; pero, salvo cuando bailaba, Hélice era muy recatada. Las saltimbanquis tienen que ser castas: no pueden trabajar cuando están grávidas.

Por fin se detuvo, y entonces le pregunté por qué no nos lo había dicho antes. Bajó los ojos un instante y luego buscó los míos.

—Pensé que todos me aborrecerían por tener más posibilidades de vivir. Pero ahora todos somos amigos. ¿Tengo que bailar para los cretenses?

—¡Sí, loada sea la Madre! —dije—. Harás un número final del espectáculo.

Hélice dijo:

—Pero necesitaré a un hombre que me recoja en el aire.

—Aquí tienes siete: elige.

—Me he fijado en la danza. Tú eres el único lo bastante diestro, Teseo, y eso no sería decoroso.

—Díselo a los toros —repliqué—. Será una novedad para ellos. Vamos, enséñame lo que he de hacer.

No resultaba difícil. Hélice era liviana como una niña y bastaba con mantenerse firme. Cuando terminamos, la muchacha dijo:

—Si fueras un hombre cualquiera, podrías ganarte la vida con esto.

—Todos tendremos que vivir de esto cuando llegemos a Creta —respondí sonriendo.

Luego de hablar, alcé la vista y noté que los ojos de todos los demás me miraban fijamente, con desesperación. Pensé, como ocurre tarde o temprano cuando uno tiene gente a su cargo: «¿Qué ganamos con esto? ¿Para qué hacer nada?».

—¡Tened fe en vosotros mismos! —les dije—. Si yo puedo aprender, también podéis vosotros. Tened fe, nada más, y nos mantendremos unidos. Leuco dijo algo así como que los danzarines se ofrecían al dios en nombre de los príncipes y los nobles. Quizás un mismo señor nos escoja a todos. Demostremosles, al entrar a puerto, que somos el mejor equipo que haya llegado a Creta. Somos el mejor equipo. Somos las Grullas.

Durante un instante guardaron silencio, sorbiéndome la sangre con los ojos como sanguijuelas. Luego, Amintor agitó la mano y gritó: «¡Viva!», y los demás lo imitaron. En ese momento sentí afecto por Amintor. Era altanero, indómita e imprudente; pero amaba su honor. Aunque le rompieran todos los huesos, no quebrantaría su juramento.

A la mañana siguiente, con las gachas del desayuno, dimos término a los alimentos traídos de nuestro país. Se rompió así nuestro último vínculo con Atenas. Ahora sólo podíamos contar con nosotros mismos.

Capítulo dos

Los mares que rodeaban Creta eran azules hasta ser casi negros, bravos, vacíos y desiertos. Ninguno de nosotros había estado antes en aguas donde no se vieran tierras. Ahí, en realidad, el hombre es un grano de polvo en la palma del dios. Pero nadie sentía terror, salvo nosotros.

La gorda sacerdotisa bordaba al sol, los marineros pulían el barco, los soldados se lustraban sus oscuros brazos y piernas con aceite, y el capitán estaba sentado peinándose los largos rizos negros, desnudo, mientras su negrito le limpiaba el taparrabos dorado y el yelmo con engaste en forma de lirios.

Al anochecer hubo viento en contra; arriaron la vela y los remeros redoblaron sus esfuerzos. El barco, en vez de mecerse, empezó a cabecear. A la hora de la cena el único que tenía hambre era Menestes. Unos pocos logramos comer algo, pero antes del anochecer lo devolvimos. Luego nos quedamos tendidos sobre la cubierta, con ganas de morirnos.

«Si esto sigue mañana, estamos liquidados», pensé. Hélice yacía gimiendo, verde como un huevo de pato. Sentí mi cuerpo viscoso por el sudor frío que lo cubría. Tenía náuseas y fui tambaleándome hasta la borda. Cuando hube vaciado el estómago, miré a mi alrededor. Anochecía. El sol, ceñido de púrpura, se hundía en el resplandeciente mar; al este parpadeaban entre las nubes las primeras estrellas. Tendí la mano hacia Poseidón, pero no me envió signo alguno. Quizás estuviera lejos, sacudiendo la tierra en alguna parte. A nuestro alrededor sentía la presencia de otro poder, de un oculto dador de desolación o de alegría, inimaginable por el hombre, capaz de amar o desechar, pero que no tolera preguntas. Dos gaviotas pasaron junto a mí, persiguiéndose con desatinados chillidos. Me sentía entumecido y agotado y me así de la barandilla para no caerme.

—Madre del Mar —dije—, Pelia de las palomas nacida de la espuma, y éste es tu reino. No nos abandones mientras estemos en Creta. Ahora no tengo una ofrenda para ti; pero juro que, si vuelvo a Atenas, tú y tus palomas tendréis un altar en la ciudadela.

Volví a dejarme caer sobre la cubierta y me envolví la cabeza con la manta. Al tenderme se me aliviaron las náuseas y dormí. Cuando desperté, las estrellas palidecían y el viento había cambiado; al virar el barco, íbamos empapados. La nave se deslizaba con suavidad; los remeros, estirados como perros exhaustos, dormían. Las Grullas despertaron y se apresuraron a devorar la comida no tocada la víspera.

Cuando amaneció del todo, vimos ante nosotros las altas costas de Creta: unos enormes acantilados amarillos y rugosos, muy escarpados, tras los que se escondía el país. Parecía una costa inhóspita.

Arriaron la gran vela e izaron otra. Todos los barcos de la flota real cretense tenían velas de gala, que reservaban limpias para entrar a puerto. Aquélla era azul oscura, con un dibujo rojo que representaba a un guerrero desnudo con cabeza de toro.

Los atenienses miraban con ojos pétreos. Néfele, siempre la primera en llorar, a menos que el infortunio fuese ajeno, sollozó: — ¡Ay, nos has engañado, Teseo! ¡Existe un monstruo, después de todo!

—Cállate —le dije, porque me hacía perder la paciencia. Pero a la muchacha le gustaba la rudeza masculina y se secó los ojos—. Tonta —dije—. Es el emblema de un dios. También dibujan a la serpiente de la tierra con cabeza humana. ¿Te has encontrado con ella alguna vez? —Los demás rieron y me sentí mejor.

—En la barra del puerto, preparaos —dije.

En el sitio donde los acantilados dejaban paso a la desembocadura de un río, vimos el puerto de Amnisos. Como era más grande que Atenas, lo tomamos por el propio Cnosos. Los soldados se alinearon en formación; el capitán, con el pelo rizado, aceitado y terso, estaba en pie en el puente con el yelmo dorado puesto y la lanza en la mano; desde lejos, sentíamos su perfume. Habían recogido nuestro toldo para que se nos viera. Frente a nosotros se hallaba el muelle, atestado de gente. Yo aún no entendía nada, pero me dieron una tregua. Había cierta afectación en su manera de mirar y de andar, una afectación que se notaba inevitablemente antes de distinguirles el rostro. Parecía gente habituada a los milagros, como los caballos de tiro a los ruidos. No habían venido a estudiarnos, sino sólo a mirar por encima y pasar de largo. Las mujeres, cubiertas con sombrillas, juntaban sus cabezas envueltas de gemas; hombres esbeltos y semidesnudos, con cintos dorados, collares enjorjados y flores detrás de las orejas, se paseaban con perros moteados, tan altivos y lánguidos como ellos. Hasta los obreros parecían mirarnos por encima del hombro, como si se cruzaran con seres vulgares. Sentí que mi orgullo se esfumaba, como la sangre por una herida mortal. Ésa era la gente a quien yo quería sorprender. Los pies se me torcían sobre la cubierta al imaginar su risa.

Miré a mi alrededor. También las Grullas se habían dado cuenta. Esperaban, como espera la hora de irse a la cama el esclavo fatigado, oírme confesar que estábamos derrotados. «Tienen razón — pensé Tenemos que morir; hagámoslo con decoro, por lo menos.» Y luego, cavilé: «Esto es Creta. Para llegar al final, sólo nos falta una única cosa. Me he hecho responsable de esta gente; ahora tengo que seguir aunque el mundo entero se burle de mí. Yo me comprometí».

Di una palmada y grité: —¡Cantad! Formaron su círculo y entonces vi que comenzaron los más valientes y mejores: Amintor, Crisa, Melanto, Iro e Hipón y Menestes, y la bondadosa y fea Tebe. En cuanto a Hélice, ya estaba desde el principio: era la única que no había desfallecido. Erguida sobre sus finos pies, con un porte tan orgulloso como el de los cretenses, parecía decir que aquella gente no le inspiraba terror a ella, que había bailado para reyes. Fue Hélice quien nos salvó. Hasta entonces había estado jugando, reservándose lo mejor para el espectáculo. Los demás miraban a Hélice, no a los cretenses, cuando pasamos por el muelle. La levanté tal como ella me había enseñado y sentí cómo sus pequeñas manos, hábiles y fuertes como las de un mono, se asían a mis hombros al ponerse cabeza abajo. «El destino es nuestro amo y señor —pensé—. Ayer yo era un rey y ahora soy un saltimbanquí. Confío en que mi padre nunca lo sepa.» Oí un parloteo de voces que se llamaban entre sí, pero no pude moverme para mirar. Al imaginar todos aquellos ojos desdeñosos, lamenté no estar sepultado en el fondo del mar. Luego, Hélice me hizo señal de que la agarrara y, cuando su rostro pasaba junto al mío, me guiñó el ojo. La danza concluyó y vi que Leucos, en el puente, saludaba al gentío con la mano. Parecía tan satisfecho de sí mismo que me hubiera gustado patearlo, aun sabiendo lo que eso supondría.

Atracamos en un embarcadero alto de piedra. Más allá, había casas que parecían filas de torres, de cuatro o cinco pisos de altura. El muelle era un enjambre de rostros morenos con ojos vivaces. Entre la concurrencia había varios sacerdotes, que, supuse, habrían venido a recibirnos. Pero permanecían inmóviles, señalando y riendo entre dientes. Usaban refajos para indicar que eran servidores de la diosa; y noté, en sus rostros lisos y regordetes y en su voz atiplada, que le habían ofrecido su virilidad. Sólo estaban allí para mirar.

Estuvimos quietos mucho tiempo bajo el abrasador sol cretense, con las tropas alineadas junto a nosotros y el capitán apoyado perezosamente en su lanza. Nadie alejaba a la multitud de nosotros. Las mujeres murmuraban, con risitas tontas; los hombres discutían; en primer plano había una turba de individuos llamativos, adornados con joyas de chafalonía, como los hombres de Trecén. Pero esta vez no pude decirles que se quitaran de mi vista. Eran los jugadores y apostadores que habían venido a sopesar cuántos días sobreviviríamos.

Se paseaban a nuestro alrededor, charlando en un cretense atestado de palabras griegas mal usadas, el habla de tales hombres en Cnosos. Luego, se acercaron y nos palparon los músculos, o, propinándose codazos, pellizcaron los senos y nalgas de las mujeres. Mientras nadie nos causara daño, estábamos a disposición de todos.

Amintor quiso golpear a uno de ellos, pero yo le sujeté el brazo. No debíamos darnos por enterados de su existencia. Yo estaba dispuesto a morir, pero no para aquello, para ir al dios con menos honor que un buey o un caballo. Más me valía saltar al mar, pensé, antes que hacer de saltimbanquí ante semejante canalla.

De pronto, sonó un fuerte trompetazo a nuestras espaldas. Me volví de un salto para hacerle frente, como habría hecho cualquiera que hubiese sido un guerrero. Pero sólo estaban los jugadores, señalando y pregonando a gritos las posibilidades de cada uno de nosotros. Era un ardid que usaban con los nuevos danzarines, para ver cuál reaccionaba con mayor rapidez y cuál tenía miedo. Los ojos de Crisa estaban llenos de lágrimas; creo que nunca había oído una grosería hasta salir de su casa. Le tomé la mano, hasta que oí decir obscenidades y entonces la solté. Un individuo apestoso y repulsivamente perfumado me hundió los dedos en las costillas y me preguntó mi nombre. Como no me di por aludido, me gritó, cual si fuera idiota y sordo, en un griego bárbaro:

—¿Qué edad tienes? ¿Cuándo estuviste enfermo por última vez? ¿Cómo te hicieron esas cicatrices?
—Me aparté de su fétido aliento y reparé en los ojos de Leuco, quien se encogió de hombros, como diciendo: «No puedo responder de esos individuos de baja estofa. Cuando te las has visto con un caballero, no has sabido agradecerlo».

Pero la muchedumbre había vuelto la cabeza. Les seguí la mi rada y vi que atendían a la empinada calle de casas altas. Bajaban por allí tres o cuatro literas. Pronto hubo más, que llenaron la calzada. Leuco parecía muy complacido de sí mismo. Comprendí que no nos tenía allí para divertir al populacho.

Las literas se acercaban: primero iba un hombre, sentado en una silla de manos, que acariciaba sobre sus rodillas a un gato con un collar de turquesas; luego, venían las literas de dos mujeres, con las cortinas abiertas y las criadas corriendo a los lados para dejar chismorrear a sus amas. Se volcaban la una en la otra, revoloteando las manos al conversar, y los hombros de los portadores interiores casi desfallecían, pues todos eran de corta talla. Los que iban en las literas eran mucho más corpulentos que los cretenses

que los rodeaban y también más hermosos. Eso me hizo pensar que procedían del palacio, pues sabía que en la casa real de Minos había sangre helénica y que en la corte se hablaba griego.

Dejaron en el suelo una litera tras otra; a los señores y señoras los sacaron en vilo como si fuesen valiosísimas alhajas y les entregaron sus perritos, sus abanicos y sus sombrillas. Cada uno parecía haber traído algún juguete; un joven tenía un monito teñido de azul. Sin embargo, créase o no, de todos aquellos hombres, acompañantes cotidianos del rey que comían en su mesa y compartían su carne y su vino, ninguno llevaba espada.

Todos se reunieron y saludaron, besándose en las mejillas o tocándose las manos, hablando con la voz nítida y aguda propia de los palaciegos. Su griego era muy puro, salvo el acento cretense, que tan afectado parece a un oído de tierra firme. Tienen más palabras que nosotros, porque hablan sin cesar de lo que piensan y sienten. Pero, en la mayor parte de los casos, se les entendía. Las mujeres se prodigaban epítetos cariñosos como los que habríamos usado nosotros con las criaturas, y los hombres les decían «querida», ya fuesen casadas o no; algo que, juzgando por su conducta, nadie habría podido adivinar. Vi a una mujer sola a quien besaban tres hombres.

Saludaron animadamente a Leuco, pero sin mucho respeto; se notaba que resultaba demasiado cretense. Pero mereció algunos besos. Una mujer con un par de periquitos situados sobre el hombro le dijo:

—Ya ves, querido, cómo confiamos en ti; nos hemos dado todo este paseo bajo el calor del mediodía sólo porque oímos rumores de que tenías algo nuevo que mostrarnos.

El hombre del gato dijo:

—Espero que tus cisnes no sean gansos.

En ese preciso instante se acercó una mujer suntuosamente vestida, de rostro avejentado y cabello rejuvenecido; yo nunca había visto aún una peluca. Se apoyaba en el brazo de un muchacho joven que nadie habría podido adivinar si se trataba de su hijo o su marido.

—¡Que se vea, que se vea! —gritó—. Hemos sido los primeros en llegar y hay que recompensarnos. ¿Es ésa la muchacha? La mujer miró con ojos penetrantes a Crisa, que se había colocado muy cerca de mí.

—Pero si es una niña... —exclamó—. Dentro de tres años, sí, oh, sí, tendrá una cara como para incendiar ciudades. ¡Qué lástima que no vivirá tanto!

Sentí que el brazo de Crisa temblaba contra el mío y le toqué suavemente la mano. El joven se inclinó hacia la dama y le murmuró al oído: —Te entienden.

Ella se apartó, enarcando las cejas como si nos considerara unos engreídos, y replicó: —Chitón, querido. Después de todo, son unos bárbaros. No sienten como nosotros. —Mientras tanto, Leuco había estado hablando con el hombre del gato, a quien le oí decir ahora:

—Sí, sí, no cabe duda, pero ¿significa eso mucho? Esos reyes de tierra firme crían más que los conejos; apostarí a que ése tiene cincuenta.

—Pero éste es legítimo —dijo Leuco—. Más aún, el heredero... Desde luego que estoy seguro: tendríais que haber visto la escena. Y lo que es más, ha venido voluntariamente. Yo he entendido que es una ofrenda a Poseidón.

Una joven con grandes ojos de cierva agrandados por el maquillaje que llevaba dijo:

—¿Es cierto, entonces, que los reyes de tierra firme se inmolan aún, como cuentan las viejas canciones? ¡Qué maravilla ser hombre y poder ir a visitar esos países salvajes! Dime... ¿cuál es el príncipe?

Una amiga se llevó a la boca el abanico de plumas de pavo real y susurro: —Ahí lo tienes.

Ambas se miraron de soslayo con sus ojos de pestañas azules y luego bajaron la vista. Comencé a notar que, mientras que aquellas mujeres miraban a las muchachas y hablaban de ellas como si ya estuviesen muertas, no procedían del mismo modo con nosotros los hombres. Creo que no acerté en ese primer día con el porqué.

Dos de los hombres acababan de pasearse a nuestro alrededor para mirarnos hasta hartarse, pero no con lascivia como los jugadores, sino con frialdad, como si fuéramos caballos. Oí decir a uno de ellos: —No comprendo por qué ha organizado Leuco esta exhibición. Si hubiese guardado el secreto hasta la subasta, habría podido aprovechar la oportunidad.

El otro replicó: —De ningún modo; Leuco no es el único que conoce el juego. Para él significa algo que se hable de su persona; de lo contrario, habría vendido la noticia, todos sabemos dónde.

Su interlocutor replicó: —No será a alguien del palacete. Si ése es el último en saberlo, Leuco lo lamentará.

Su interlocutor frunció el entrecejo en silencio y apartó los ojos. Seguí la mirada de ambos.

Se acercaba otra litera; mejor dicho, una especie de carro. Lo arrastraban dos grandes bueyes, con los cuernos pintados de carmín y los pitones dorados. Un dosel de cuero labrado sostenido por cuatro varas daba sombra a una silla semejante a un trono, ocupada por un hombre.

Era muy moreno; no bermejo como la mayoría de los cretenses, sino de un color verdoso semejante al de la aceituna madura, y recio como un novillo. Tenía el cuello tan ancho como la cabeza y sólo el límite de la barba azul y negra los separaba. Le caían sobre la estrecha frente unos gruesos rizos negros, muy aceitados; la nariz era ancha, con anchas y oscuras ventanas. Un rostro bestial, se hubiera dicho, de no ser por la gruesa boca, que era una boca que pensaba. Y los ojos no decían nada. Sólo miraban fijamente, mientras que, detrás de ellos, aquel hombre parecía prepararse a hacer lo que quería. Me recordaron algo visto mucho antes y que no lograba identificar.

La litera se acercó y el criado que guiaba los bueyes los detuvo. Los cortesanos hicieron airosos saludos, tocándose la frente con las yemas de los dedos. La respuesta de aquel hombre fue tosca y despreocupada, poco más que agitar un dedo. No se apeó, pero hizo una seña y Leuco se acercó a él, inclinándose. Logré percibir el diálogo de ambos.

—Bueno, Leuco. Supongo que hoy te habrás divertido. Si crees haberme divertido a mí, eres más tonto de lo que pareces.

Si esto lo hubiese dicho un jefe entre guerreros, no habría tenido mayor importancia. Pero después de tantos finos modales y pulido lenguaje como yo acababa de ver y oír, esas palabras sonaron como el rugido de un animal salvaje que irrumpe entre gente que lo teme. Todos habían retrocedido, por temor a parecer que escuchaban.

Leuco decía: —Señor, aquí nadie sabe nada. Este espectáculo del puerto lo han organizado los propios muchachos y muchachas para entretenerse. La gente pensó que yo los había adiestrado, y yo no he dicho nada, guardándome la verdad para contártela. Aquí hay algo más de lo que se piensan.

El hombre de rostro bestial asintió, como si dijera con franqueza: «Bueno, quizá mientas, quizá no». Luego nos fue repasando a todos uno por uno, mientras Leuco le susurraba algo al oído. Amintor, que estaba cerca de mí, dijo:

—¿No será el propio Minos? Volví a mirar y fruncí el entrecejo.

—¿Ése? De ningún modo. La casa real es Helena. Además, ése no es un rey.

Cuando estas palabras brotaron de mis labios, oí enmudecer a todas aquellas voces parlanchinas, como enmudecen los pájaros antes de la tormenta. Llevábamos tanto tiempo quietos, mientras hablaban de nosotros como si fuéramos reses y no comprendiéramos, que me había olvidado que también ellos nos entendían a su vez. El hombre con cara de bestia nos había oído.

Los cortesanos parecían tan asustados como si yo les hubiese arrojado un rayo, un rayo que debían fingir que no veían. Pensé: «¿A qué viene tanto alboroto? O este hombre es el rey o no lo es». Luego, vi sus ojos posados sobre mí, sus grandes ojos de mirar penetrante y un poco saltones. Y recordé dónde los había visto: parecían los del toro del palacio de Trecén cuando bajaba la cabeza para embestir.

«¿Qué he hecho? —pensé. Aquella vieja de Eleusis tenía razón cuando me llamó entrometido. Mi propósito era lograr que hablaran de nosotros aquí y ¿qué hemos conseguido? Esta bestia, que evidentemente puede hacer lo que se le antoje, quiere ahora ser nuestro dueño: es el peor amo de Cnosos, qué duda cabe. Esto me sucede por presuntuoso: debí haberlo dejado todo en manos del dios.» Y empecé a preguntarme de qué modo saldría de aquel trance.

En ese preciso instante, el hombre aquel bajó de su silla. Dada su corpulencia, esperaba que midiera dos metros o más; pero apenas tenía la talla normal de un heleno, tan cortas eran sus rechonchas piernas en proporción con el tronco. Al acercarse, tuve una sensación que me puso la carne de gallina. No era simplemente su fealdad ni su aire perverso: parecía, más bien, que fuese algo contra natura.

Comenzó a dar vueltas a nuestro alrededor y a examinarnos de arriba abajo. Manipulaba a los jóvenes como un mayordomo que compra carne; pero con las muchachas era desvergonzado, a pesar de la gente que miraba; comprendí que se consideraba muy por encima de su opinión. Melanto se puso furiosa, lo cual le agradó; Hélice, quien sin duda había aguantado muchas cosas en su profesión, permaneció inmóvil, en silencioso desdén; Néfele se sobresaltó, lo cual le hizo reír y darle una palmada en las nalgas. Al ver que se acercaba a Crisa, que era la muchacha que yo prefería entre todas, le dije en voz baja:

—No tengas miedo. Tú perteneces al dios.

Los ojos del hombre me escudriñaron; y, me di cuenta de que me estaba dejando para el final.

Por aparentar despreocupación, aparté los ojos y mi mirada cayó sobre una litera que no estaba antes. La habían dejado en el suelo a poca distancia; pero las cortinas de rico paño estaban aún corridas. Uno de los portadores fue en busca de Leuco. Este se acercó inmediatamente a la litera, hizo una profunda reverencia y se puso el puño en la frente, con el saludo que nosotros reservamos a los dioses. Las cortinas se

entrebrieron un poco, sin dejar ver nada; aunque no logré oír la voz, alguien hablaba dentro; porque, para oír mejor, Leuco hincó una rodilla en el suelo.

Yo esperaba que los demás también le rindieran honores. Pero, después de un rápido vistazo, se portaron como si allí no hubiese nadie. Esto me causó una profunda impresión. Creía saber algo en materia de mando y de lo que se le debe a un hombre de posición. «Pero ya es algo recurrir a la invisibilidad, como un dios.» No tuve tiempo de pensar más, porque aquel hombre se me había acercado.

Me miró a los ojos; luego, puso sus negras y velludas manos sobre Crisa y la palpó de arriba abajo. Poco me faltó para estallar de ira; pero adiviné que, si lo golpeaba, ella pagaría las consecuencias. Me dominé, pues, y dije a la muchacha:

—No le des importancia. Aquí la gente es ignorante.

Él se volvió, con mayor velocidad de lo que yo esperaba, y me aferró la cara por el mentón. Todo su cuerpo estaba perfumado con almizcle, denso y repulsivo. Sujetándome la cara con una mano, me abofeteó con la otra, con tanta fuerza que se me saltaron las lágrimas. Algo me hizo bajar el brazo derecho; más tarde, reconocí las huellas de las uñas de Crisa. Yo lo había olvidado todo de no ser por ella: había fuerza bajo su dulzura. Más allá, entre los cortesanos, oí un murmullo, como si se hubiese agraviado la costumbre; en realidad, parecían más escandalizados que yo, porque nadie cuenta con que un esclavo tenga derechos, y yo debía estar preparado para esas cosas, a pesar de las atenciones recibidas en el barco. Al oírse el rumor, él se volvió rápidamente y se encontró con rostros inexpresivos: los cortesanos eran expertos en la materia. Por mi parte, los aborrecí sólo por haber presenciado la escena. Temí que pudiesen creer que yo había llorado.

Todavía sujetándome el rostro, él dijo:

—No llores, gallito. Los toros te harán más daño. ¿Cómo te llaman en el país de donde vienes?

Respondí en voz alta, para que nadie pudiera pensar que estaba llorando:

—En Atenas me llaman el pastor del pueblo: y en Eleusis, Cerción. Pero en Trecén me llaman el huero de Poseidón.

—¿Qué me importan a mi los nombres que te dan tus

compañeros de tribu, salvaje de tierra firme? —dijo, echándome el aliento en la cara Dime tu nombre.

—Me llamo Teseo —respondí—. Te lo habría dicho antes, si me lo hubieras preguntado.

Volvió a golpearme en la cara, pero esta vez yo estaba preparado y me mantuve firme. Hubo una pausa, mientras nacía algún pensamiento detrás de aquellos ojos de mirada penetrante.

La litera cerrada estaba en el mismo sitio. Leuco se había alejado, pero los cortinajes continuaban entreabiertos, aunque ya no se veía ninguna mano. El hombre de aspecto bestial no había mirado hacia allí desde su llegada, por haber estado ocupado con nosotros. Me pregunté si el ocupante de la litera se habría irritado por el desaire. «Lo más probable es que todos lo odien, desde los dioses hasta los perros —pensé—. Y nadie le ha pedido que hable. Pero nada es sencillo en Creta.»

—¡El huero de Poseidón! —me dijo él, con una sonrisa burlona—. ¿Y cómo es que eres de Poseidón? ¿Acaso fue tu madre a bañarse y se topó con una anguila? —Se volvió hacia sus cortesanos, quienes rieron sofocadamente, como quien paga un impuesto. Yo le respondí:

—Soy el servidor y la ofrenda del dios. Eso es algo entre él y yo.

Asintió, con desdén en la boca y una mirada impasible, que ocultaba sus pensamientos, y que repasó luego el corro para ver si la gente lo observaba. Tenía en el índice un anillo de oro, grande y pesado; se lo quitó y lo dejó sobre la palma de su mano. Luego lo arrojó de tal modo que el anillo describió un luminoso arco bajo el sol y, después de cruzar el muelle, cayó al mar. Lo vi centellear, hundirse. Y desde la turba de los cretenses llegó un extraño murmullo, como si hubiesen visto una impiedad o algún mal augurio. Dijo:

—Bueno, hueros de Poseidón. Si eres un amigo tan íntimo de ese pez que es tu padre, él te lo devolverá. Ve a pedirselo.

Permanecimos inmóviles un momento, mirándonos. Luego, le volví la espalda, eché a correr hacia el muelle y me lancé al agua. En el mar me sentí tranquilo y fresco, después del calor del embarcadero entre aquella muchedumbre de mirones. Capucé, abrí los ojos y vi el reluciente techo del mar en lo alto; abajo, el fondo del puerto estaba salpicado de oscuras esponjas y sembrado de restos de naves, vasijas y cestas rotas, cáscaras de frutas y calabazas hinchadas por el agua, y viejos huesos roídos.

Pensé: «Se ha burlado de mí. Sabía que yo no negaría al dios. Y aquí estoy, buscando para él, como el joven esclavo de algún pobre pescador que busca mariscos para su amo. Lo ha hecho para doblegar mi orgullo; no, para matarme, porque sabe que yo no volveré con las manos vacías. Si muero aquí abajo, la responsabilidad será mía: nadie podrá decir que él asesinó a una víctima sagrada. Sí, es una bestia que piensa. Alguien debiera matarlo».

Mientras tanto, buscaba entre las sucias aguas. Había tomado aliento antes de zambullirme, pero no lo suficiente, pues no era un buceador ducho, y empezaba a sentir opresión en el pecho. «Pronto se me ensombrecerá la visión —pensé—. Entonces seré hombre acabado.» Ante mí había una piedra y, debajo de ella, un pulpo agitaba sus tentáculos como burlándose, estirándolos y contrayéndolos; y parecía volverse ya más grande ya más pequeño, como en un sueño. Y entonces resonó un bramido en mis oídos, como cuando el oleaje bate una playa. «Te has jactado de mí, Teseo —me dijo la voz del mar—. Pero ¿me has rezado?» Entonces le recé con toda mi alma al dios, ya que mi boca estaba sellada por el agua: «Ayúdame, padre. Salva a mi gente. Déjame vengar mi honor». La negrura se despejó ante mis ojos y vi en el barro, debajo del pulpo, un objeto brillante. Lo cogí; la viscosa tenaza de un tentáculo me oprimió la muñeca; luego, el pulpo se asustó y me soltó, manchando el agua que lo rodeaba de tinta negra. Debía de haber atrapado el anillo para comérselo, soltándolo ahora por orden del dios. Subí a la luz como una flecha y aspiré aire, como quien vuelve de entre los muertos, y nadé hacia los peldaños del muelle, cerrando el puño con el anillo porque me venía grande en el dedo. Las Grullas agitaban las manos y gritaban mi nombre. Luego miré a mi enemigo. Adiviné que habría preparado durante mi estancia en el fondo del mar lo que iba a decir cuando volviera a tierra humillado o no volviera. Ahora, se le tensó y endureció la boca. Pero miró a su alrededor como antes.

Y a poco dijo:

—Bueno, bueno. Al parecer, has errado la vocación. ¡Vaya con el niño pescador! —Me quité el anillo y lo miré. Tenía tallada una diosa con una alta diadema y serpientes en las manos. Lo sostuve en la palma de la mano para que se viese bien y no dijera que lo había engañado con un guijarro.

—Aquí tienes tu anillo —dije—. ¿Lo reconoces?

—Sí —replicó, y dio la impresión de tener la mandíbula más hundida en el grueso cuello—. Dámelo.

Di un paso atrás.

—Conque ya lo has visto. Pero era una ofrenda a Poseidón. Tenemos que devolvérsela.

Y arrojé el anillo y dije, en medio del silencio general: —Si lo quieres, eso es algo entre el dios y tú.

El silencio era tan absoluto que se oyó con claridad el chapoteo del anillo al caer en el mar. Luego, todos los cretenses pobres, los estibadores, marineros y remeros, comenzaron a farfullar entre sí, chillando como monos. E incluso se oyeron murmullos y parloteos de los palaciegos, cual pájaros ocultos en el follaje. Miré la litera cerrada. La abertura entre los cortinajes se había ensanchado un poco, pero no se distinguía el interior. Adiviné que aquel espectador invisible me había impulsado a devolver el anillo al mar y me pregunté si habría obrado con sensatez o cometido una locura. Las ondas levantadas en el agua por la caída se extinguieron y me volví para enfrentarme al dueño de la joya.

Al mirarlo lo vi encendido de cólera y me dispuse a recibir un golpe o algo peor. Pero permaneció inmóvil; duro, inmutable, me miraba sin parpadear. Luego, irguió la cabeza, abrió la boca y sus bramidos de risa resonaron en todo el muelle, ahuyentando a las gaviotas, que alzaron el vuelo entre graznidos.

—¡Bien hecho, niño pez! —rugió—. ¡Tu padre pez se lleva algo mío! Recomiéndame a él. ¡Dile que no olvide a Asterión! —Riéndose, dio media vuelta y se dirigió hacia su silla de mano.

Capítulo tres

Eso lo puso de cara a la litera, que vio entonces por primera vez. Por un momento, la risa desapareció de su rostro, como la máscara al romperse la cinta que la sujeta. Pero recuperó el porte y la silla de manos y se alejó traqueteando. La carretera de Cnosos asciende desde el puerto entre huertos y olivos plateados. Hay un país detrás de sus mortíferos acantilados. Los soldados negros nos escoltaban; pero Leuco me rehúía, lo cual no me extrañó, porque yo había hecho enfadar a un señor muy poderoso y esa enfermedad es contagiosa. Las casas de los ricos mercaderes que flanqueaban la carretera parecían palacios de reducidas dimensiones; yo tenía la esperanza que alguna fuese la morada del rey, pero cesé de preguntar cuando vi las sonrisas de los negros.

Dejamos atrás las casas y Leuco se me acercó como quien sopesa un caballo dudoso. Le pregunté:

—¿Quién es el hombre de la silla?

Miró a su alrededor, disimulando, como hacían los cortesanos, y finalmente dijo:

—Has sido imprudente. Era el hijo del rey, Asterión.

Me eché a reír y repliqué: —Un nombre de estrella para un mortal.

Leuco dijo:

—Tú no debes usarlo. Al heredero se le debería llamar Minotauro.

Recordé algo. Algo así como una pluma me rozó el pelo rapado del cogote. Pero no dije nada a los demás; aquello sólo tenía que ver con mi propia moira.

La carretera salía a una fértil planicie, cerrada por una cordillera. La silueta de las montañas parecía un gran hombre barbudo tendido sobre un catafalco. Lo comenté e Iro dijo:

—He oído hablar de esto. Lo llaman el Zeus Muerto.

—¡Muerto! —exclamaron las Grullas al unísono, escandalizadas por la impiedad.

—Sí —replicó Iro—. Estos hijos de la tierra creen que muere todos los años.

Yo seguía mirando la montaña cuando Melanto gritó: — ¡Mirad! ¡Mirad! Y entonces, en una estribación de la cordillera que penetraba en la planicie, vi por primera vez la Casa del Hacha.

Imagínense todos los palacios que hayan visto, unos junto a otros y superpuestos. Todo eso sería apenas una casita en comparación con la Casa del Hacha. Era un palacio dentro de cuyos límites se podría haber asentado una ciudad. Coronaba el cerro y se descolgaba por las laderas, terraza tras terraza, hilera tras hilera de columnas de color rojo intenso y reluciente, ahusadas hacia la base y con una franja de ese color azul oscuro y brillante que aman los cretenses al pie y arriba. Detrás, en la sombra del mediodía, veíanse pórticos y balcones realizados por muros pintados que centelleaban en la penumbra como arriates de flores. Las copas de los altos cipreses apenas asomaban sobre los tejados de los patios donde crecían. En el tejado más alto, un enorme par de cuernos se erguía hacia el cielo.

La visión me cortó el aliento, como un golpe en el vientre. Yo había oído relatos contados por quienes los escucharan a los viajeros, pero me imaginaba aquello a semejanza de lo que conocía. Me sentí como un rebaño de cabras llegado de las colinas de tierra adentro que ve por primera vez una ciudad. Abrí la boca con el asombro del campesino embobado y la cerré con rapidez, antes de que Leuco se percatara. Ahora, cuando nadie me hería, sí que me daban ganas de llorar. A mi alrededor, las Grullas parlotaban y proferían exclamaciones de asombro. Al poco, Amintor me dijo:

—¿Dónde están las murallas? —Miré. El palacio se alzaba sobre una suave pendiente; pero no tenía mejores murallas que una vivienda común, lo justo para mantener fuera a los ladrones y dentro a los esclavos. Incluso carecía de almenas y sólo lo coronaban los insolentes cuernos, un par hacia cada lado. Tal era el poder de Minos. Sus murallas eran las aguas, que dominaban sus buques. Miré largo rato, en silencio, tapándome la cara de desesperación. Me sentía como un niño que se ha metido entre guerreros con su lanza de madera. También me sentí tosco e ignorante, lo cual es aún más doloroso para un joven.

—Todo eso está muy bien —dije—. Pero si la guerra llegara a Creta, no podrían defender eso ni un solo día.

Leuco me había oído. Pero estando allí, en su país, estaba demasiado contento para enfadarse. Dijo, con su negligente sonrisa:

—La Casa del Hacha está ahí desde hace mil años y nunca se ha caído, salvo cuando la sacudió el Toro de la Tierra. Ya era vieja cuando vosotros los helenos erais todavía pastores en las tierras del norte. Veo que dudas de mí, pero eso es natural. Hemos aprendido de los egipcios a calcular los años y las épocas. Vosotros, según creo, soléis decir: «Desde tiempos inmemoriales».

Entramos al palacio por la gran puerta de poniente. A ambos lados, había gente mirando. Teníamos delante la gran columna de dintel roja; más allá, las pintadas sombras. Avancé, mirando al frente. Si alguien hablaba o me desconcertaba alguna cosa nueva, me detenía y me volvía despacio, como si apenas me dignara a darme por enterado. Cuando lo recuerdo, todo este prurito por disimular la sorpresa, por no poner cara de patán deslumbrado, me parece cómico, una vanidad infantil. Pero la huella de esos días ha sido indeleble. He oído decir a la gente en Atenas que mi aspecto es más regio que el de mi padre. Pero ya era muy ágil de joven y aguzaba las orejas como un perro ante todo lo que me rodeaba. Fue en la Casa del Hacha donde aprendí a inmovilizarme y a reservar la velocidad para cuando la necesitara.

La gente del palacio había acudido en tropel a curiosear; sin embargo, parecía menos importante que la que acudiera a vernos en el puerto. Eso me intrigó, pero no supe sacar conclusiones.

Pasamos junto al cuarto de la guardia y entramos en la gran sala del trono para audiencias. Rebosaba de soldados y sacerdotisas, de sacerdotes y cortesanos; y junto a la pared del fondo, había un alto trono blanco, pero estaba vacío.

Volvimos a esperar, pero esta vez con el mayor decoro. La gente miraba con discreción e intercambiaba murmullos. Para matar el tiempo, alcé los ojos hacia los muros; y entonces, olvidé mi decisión de no mirar nada nuevo. Porque allí estaba pintada la danza del toro, desde el juego con el toro hasta el fin: belleza y dolor, habilidad y gloria, ligereza y miedo, y gracia y sangre, toda aquella música feroz. No pude apartar los ojos hasta que le oí murmurar a una mujer: — Mirad a ése. Ya quiere aprender.

Pero en ese instante las voces dijeron:

—Sht...

Las lanzas de los guardias tintinearón. Entró el rey Minos y subió por el lateral del estrado y se sentó en el trono blanco tallado, reposando las manos sobre las rodillas como los dioses de Egipto. Vestía una larga túnica roja con cinto y parecía alto; pero quizá fuera un efecto de los cuernos. La luz del pórtico se reflejaba un poco en su rostro dorado y en sus ojos de cristal.

En el silencio, noté que las Grullas contenían la respiración jadeante. Pero eso fue todo. Los viejos cretenses dicen que fuimos el primer grupo de víctimas que, al ver a Minos con su máscara de toro, no gritaron de terror.

La máscara, solemne y noble, era obra de algún gran artífice. Pero antes de que yo hubiese visto lo suficiente, terminó el espectáculo. Leuco se adelantó y dijo unas palabras en cretense; todos los ritos de la danza del toro se realizan en ese antiguo idioma. Por un momento, tuvimos la sensación de ser observados desde detrás del cristal; luego, un guante de oro hizo un gesto, las lanzas volvieron a tintinear, el rey salió y nos condujeron afuera de la sala de recepción, por corredores pintados y entre columnatas listadas por las sombras; después subimos por una gran escalera abierta al cielo y recorrimos nuevos pasadizos y galerías, hasta que ya no distinguíamos el norte del sur; y cada vez nos internamos más y más en la Casa del Hacha, que los cretenses llaman el Laberinto.

Por fin, entramos en una gran habitación. Al otro lado del umbral, sobre una columna que servía de pedestal, vi la doble hacha cretense, la sagrada Labris. Entonces adiviné que aquel enorme recinto era un santuario. Y en el otro extremo distinguí a la diosa, sobre la que caía la luz que entraba sesgada por el techo. Medía unos tres metros de altura y la coronaba una diadema de oro; alrededor de la cintura, un delantal de oro cubría una falda de muchos volantes, primorosamente decorada con esmaltes y piedras preciosas. El rostro era de marfil, lo mismo que los redondos senos desnudos, y llevaba enroscadas en los brazos serpientes de oro. Tenía las manos extendidas a poca distancia de la tierra, como diciendo: «No te muevas».

Avanzamos, entre murales que representaban el culto de la diosa. Vi ante sus pies una larga mesa de ofrendas con incrustaciones de oro y a su alrededor semblantes que también reconocí. Allí estaban los nobles que vinieran a recibirnos al puerto y, entre ellos, tan ancho como dos, el fornido Asterión, cuyo título era el Toro de Minos.

Leuco nos detuvo a unos diez pasos de distancia. Permanecemos a la espera. La gente de la mesa cuchicheaba. Luego, de detrás de la diosa pintada, salió una diosa de carne.

Junto a la gran imagen parecía pequeña y tampoco como mujer era alta, pese a su elevada diadema. Lucía la vestidura completa de la diosa, salvo las serpientes. Hasta la piel, de un dorado pálido, tersa y clara, parecía de marfil. Sus erguidos senos redondos tenían los pezones dorados, como los de la diosa. Ambos rostros llevaban las mismas pinturas, los ojos rodeados de negro, las cejas arqueadas y espesadas, la boquita enrojecida. Daba la impresión de que el rostro que recubrían también debía ser el mismo.

Desde la infancia, había visto a mi madre ataviada para su función sacerdotal; pero me sentí impresionado. Ella nunca pretendía ser más que una sierva de la deidad. Aquella figura pequeña y rígida tenía un porte que podía pretender cualquier cosa.

Se acercó a la mesa de las ofrendas y apoyó encima las adelantadas manos. Era la misma postura de la diosa. Luego, habló; unas pocas palabras, solamente, en el antiguo idioma: una voz clara y fresca, como agua fría que cae sobre piedras frías. Bajo los párpados, muy cargados de pintura, se movían unos ojos oscuros, contemplándonos; por un momento, se encontraron con los míos. Un sobresalto me traspasó, afectándome como no lo había conseguido la máscara toruna de Minos. Era una mujer-diosa, y joven.

Se quedó de pie ante la mesa, esperando, y los nobles se adelantaron, cada cual con una tablilla de arcilla en la mano. Señalaban a alguno de nosotros y dejaban la tablilla sobre la mesa. Comprendí que debían de ser ofrendas, como las que recibía mi madre en nombre de la diosa, tantas tinajas de aceite o de miel, tantos trípodes; ella lo leía en voz alta y el devoto pagaba después. Esto parecía lo mismo, aunque todo en cretense; sólo que aquí compraban los animales para el sacrificio. Vi al hombre del monito azul señalando a Iro; el del gato, a Crisa; la anciana, a mí. El último que se acercó fue Asterión y tiró su ofrenda de forma que campanilleó. Ella la leyó en voz alta; los demás se quedaron mirando y susurrando alguna cosa, retrocedieron con aire sombrío. La diosa de carne dijo una frase en la que entendí el nombre de Asterión y éste asintió, satisfecho, mirando con desdén a los demás. Durante un momento, ella permaneció inmóvil, con las manos sobre la mesa, en actitud ritual. Luego, cuando sus ojos se encontraron con los de Asterión, alzó la tablilla en las palmas de las manos y le mostró que estaba rota.

Reinó el silencio, un silencio punzante. Lo vi mirarla fijamente, con la barbilla hundida en el cuello toruno, sonrojándose. La mirada de ella se encontró con la de Asterión, pero su rostro siguió impassible, conservando la semejanza con la imagen. Luego, le volvió la espalda y salió por donde había entrado, y todos se llevaron el puño a la frente en señal de respeto. También yo hice el saludo. Nunca resulta prudente desdén a los dioses del lugar, dondequiera que esté uno.

Los cortesanos salieron del santuario; cuando franqueaban el umbral, vi que juntaban las cabezas. Asterión se aproximó a Leuco, nos señaló y dio una orden. Leuco hizo una profunda reverencia; parecía paralizado de terror. Por mi parte, me erguí, esperando que me dijeran qué me aguardaba. Pero nuestro nuevo amo giró sobre sus talones y ni siquiera me miro.

Tampoco lo hicieron las Grullas. Tenían los ojos bajos.

«¿Cómo voy a mirarlos a la cara? —pensé—. Todos ellos pagarán el precio de mi orgullo. Pero ¿cómo podía yo desmentir a Poseidón? El dios me habría abandonado.» Ahora comprendía claramente que sólo los nobles más ricos habían acudido al puerto. Eran los que podían permitirse consagrar a la diosa a un danzarín de toros; querían buscar alguno que los dejara bien. Aquel rito del santuario era un asunto solemne, que se remontaba, supongo, a una época en que respetaban más a sus dioses. Allí, podían examinarnos a sus anchas y valoramos.

«Debo de haber estado loco al suponer que mi insolencia le impediría compramos —pensé—. Naturalmente, me compró para vengarse. Pero ¿y los demás?» En el preciso instante en que me preguntaba si, en el caso de que saliéramos corriendo de allí, alguien lograría escapar, entró un joven y le dijo con aire negligente a Leuco:

—¿He llegado tarde? Ya puedes dejarlos a mi cargo.

Vi que cumplía una rutina; por lo tanto, me fui con él y las Grullas nos siguieron. Nuevamente, recorrimos corredores, escaleras y terrazas, y cruzamos un gran patio abierto. Luego, había una entrada baja y otro pasadizo, que descendía en suave pendiente. Y comencé a oír un ruido. Mientras escuchaba, sentí que unos dedos fríos me tocaban la mano. Eran los de Crisa; pero ella guardaba silencio y los demás contenían la respiración. En algún espacio hueco bramaba un toro, entre muros que devolvían el eco; y nosotros avanzábamos en esa dirección.

Miré al hombre que nos conducía. Andaba con aire despreocupado y no parecía pesaroso ni alegre, sino sumido en sus pensamientos. Oprimí la mano de Crisa y dije a los demás:

— Escuchad. Eso no es cólera —porque, ahora que estábamos más cerca, podía juzgar el sonido y lo reconocí.

Entramos en una cripta de techo bajo, donde penetraba la luz por ventanas casi al nivel del suelo; el resto estaba bajo tierra. En medio, a mayor profundidad aún, se hallaba el gran foso cuadrado de los sacrificios. El bramido del toro producía un estrépito que casi le rajaba a uno la cabeza. El animal yacía sobre el gran altar de piedra, amarrado y desjarretado, esperando el cuchillo.

Bramaba, se erguía y golpeaba la piedra con la cabeza; pero en el foso todo lo demás estaba ordenado y tranquilo: el joven y robusto sacerdote, cuya única vestimenta era un mandil y que sostenía en la mano la doble hacha, la mesa con los jarros y cuencos de las libaciones, las tres sacerdotisas y la señora del santuario.

El joven que nos conducía nos guió hasta el borde del foso, cuya profundidad era, poco más o menos, de la altura de un hombre y donde había peldaños para bajar. Hizo el gesto reverencial y bajó. Lo miré con extrañeza, y él dijo con aire impaciente entre el estruendo que hacía el animal: —Hay que purificarse.

E iba a bajar, pero lo así del brazo:

—¿Quién es esa muchacha? —le pregunté, señalándosela, para mayor claridad, dado el ruido.

—Silencio, bárbaro. Es la sagrada Ariadna, la diosa terrenal.

Miré. Ella me había visto señalarla y tenía la espalda rígida. Comprendí que no se la podía agraviar así como así. Me toqué la frente y guardé silencio.

Ariadna hizo una larga pausa, como censurándose. Luego, nos indicó que bajáramos. Nos detuvimos en el foso ante ella, mientras los bramidos del toro nos martillaban los oídos. Ella dijo algo en cretense, las palabras de un ritual, e hizo un signo. El sacerdote alzó el hacha y la descargó; y la sangre brotó como un manantial y cayó en el cuenco de las libaciones. El bramido fue disminuyendo hasta desaparecer y la cabeza del toro quedó colgando.

Una sacerdotisa trajo una larga vara con un penacho en el extremo y se lo tendió. Pero Ariadna lo rechazó y dijo, en griego:

— Debéis ser purificados para los dioses del averno. ¿Hay alguien entre vosotros que haya derramado la sangre de un pariente? Decid la verdad. Pesa una maldición mortal sobre el que mienta.

Mientras habló en cretense, Ariadna había sido diosa de pies a cabeza; pero al hablar en griego se equivocó una vez y percibí una voz humana. Las sacerdotisas volvieron la cara como si se hubiese roto el ritual.

Me adelanté y dije:

—Yo he hecho eso. Hace poco, maté a varios de mis primos, a tres de ellos con mis propias manos. El hermano de mi padre murió también, aunque no lo maté yo.

Ella cabeceó y dijo algo a las sacerdotisas. Luego me habló:

— Sal, pues. Hay que purificarte aparte.

Me indicó que me acercara al altar por donde corría la sangre del toro. Ahora estaba muy cerca de ella y vi bajo las pintadas cejas un pelo suave. En el recinto se sentía el hedor espeso y caliente de la sangre. Entonces me dije: «Quizá sea una diosa terrenal; pero huele a mujer». Me recorrió el cuerpo un ligero escalofrío y los latidos del corazón se me aceleraron.

Ariadna dijo, hablando con precisión, como si cada palabra fuese un grano de oro que contara:

—¿Por qué mataste a esos hombres? ¿En una riña? ¿O para saldar una deuda de sangre?

Denegué con la cabeza y dije:

—No, en la guerra, defendiendo el reino de mi padre.

Ella preguntó:

—¿Y tu padre es el rey legítimo?

Su cabello era hermoso y oscuro, con un leve brillo: le caía un tirabuzón sobre el pecho y distinguí unas diminutas arrugas en el pezón dorado. Recordé dónde estábamos, retrocedí un paso y contesté:

—Sí.

Ariadna asintió, con gesto grave; pero vi que el tirabuzón volvía a subir y a bajar y la sangre me zumbó en los oídos.

Instantes después, dijo sosegadamente, palabra por palabra:

— ¿Y naciste en su casa, de una de sus mujeres? La miré de plano a la cara. Ella no rehusó mis ojos, pero sus párpados temblaron.

—Mi madre es la señora de Trecén —dije—, hija del rey Piteo y de su esposa, la reina Climene. Soy Teseo, hijo de Egeo, hijo de Pandión, pastor de Atenas.

Ariadna se mantenía tan erguida y tesa como la imagen del santuario; pero un pequeño disco de oro de su diadema reflejó la luz al temblar.

—Entonces, ¿por qué estás aquí? —preguntó.

—Me ofrecí por el bien de mi pueblo —dije—. Recibí la señal.

Durante unos instantes reinó el silencio y esperé. Luego, ella replicó con voz algo apresurada: —Puedes ser purificado de esta sangre porque salvaste la de tu padre.

Las sacerdotisas le ofrecieron de nuevo la vara, pero ella les volvió la espalda y sumergió el dedo en el cuenco del que brotaba el vapor de la sangre caliente e hizo sobre mi pecho los signos del tridente y la paloma. Sentí la sangre, cálida y viscosa, junto con la yema de su dedo, suave y fresca. El contacto me

traspasó. Decidí no mirarla; es demasiado peligroso desnudar a una diosa, aunque sea con el pensamiento. Luego, miré. Pero ella observaba el cuenco del agua que le ofrecían para que se enjuagara los dedos.

Poco después hizo una señal, como si estuviese impaciente, y las sacerdotisas me apartaron de ella. Entonces, cogió el rociador por el mango y sumergió el penacho en la sangre, roció a las Grullas y profirió una invocación. Luego se dirigió directamente a la escalera. Cuando se recogió la falda para subir, vi sus pequeños pies, arqueados y esbeltos, pintados de color rojo claro en los dedos y en los talones. Todas las grandes damas del Laberinto van descalzas. Nunca salen del recinto por su propio pie.

Nuevamente recorrimos la Casa del Hacha. A veces, veíamos una pintura ante la cual ya habíamos pasado; luego, doblábamos y volvíamos a verlos. Pero por fin llegamos a un pasadizo que terminaba en una gran puerta, tachonada con clavos de bronce. El joven le asestó un golpecito con la empuñadura de su daga; un guardia la abrió y nos hizo entrar y esperar. El pasillo continuaba y, al fondo, se oían voces que resonaban en un majestuoso salón. Las voces eran de muchas personas y todas jóvenes. Poco después se presentó un hombre de unos cuarenta años, que parecía mitad cretense y mitad heleno; era delgado, de corta barba oscura y con algo de auriga o domador de caballos. El joven dijo:

—Esta es la nueva tanda, Áctor. Para adiestrarla como equipo. Ésa es la orden.

El hombre nos miró de arriba abajo, entornando sus ojos negros. Otro más que nos sopesaba como a caballos. Pero no era un comprador. Aquel hombre haría el trabajo. Resopló y dijo:

—Conque es verdad. ¿Los tomó a todos? —Y volvió a mirarnos—. ¿Todo el grupo? —preguntó—. ¿Qué se propone? ¿No debo darles un director? ¿Y qué he de hacer con el Corintio?

El joven se encogió de hombros (un gesto al que son aficionados los cretenses) y replicó: —Ese es mi ruensaje. Pregúntale al amo.

Y se fue.

La puerta se cerró ruidosamente detrás de nosotros. El hombre aquel volvió a mirarnos de arriba abajo, frunciendo el entrecejo y silbando entre dientes. Tanto le daban las muchachas como los jóvenes. Cuando llegó a mí, dijo:

—Eres viejo para este juego. ¿Cómo has llegado aquí? Te empieza a crecer la barba. —Y antes de que yo pudiera responderle, agregó—: Bueno, estás bien hecho para esto; ya veremos, ya veremos. Tenemos que sacar el mejor provecho de lo que nos dan, con unos amos que pretenden enseñarnos nuestro oficio. —Murmuraba para sí, como el palafrenero que almohaza un caballo; luego, dijo de improviso—: Esto es la Casa del Toro. Los ejercicios han terminado; pronto comeréis.

Alzó el pulgar y se fue.

Yo esperaba que nos dijeran, por fin, qué debíamos hacer. Pero sólo éramos unos potros novatos que enviaban a la dehesa. Recorrí el pasadizo, seguido por las Grullas. En la entrada, el ruido acudió a nuestro encuentro.

Estábamos en un gran salón, con el techo sostenido por columnas de cedro; la luz entraba por altas ventanas situadas bajo los aleros. Las paredes estaban estucadas de blanco y revestidas de garabatos y dibujos hechos con tiza. Por todas partes había jóvenes y muchachas, llamándose, discutiendo y riendo, persiguiéndose y saltando unos sobre otros, tirándose pelotas, cuchicheando en grupos de dos o tres, más unos cuantos aislados y dormitando: adolescentes y vírgenes de todos los colores, blancos y negros, morenos y dorados, con mínimos taparrabos de cuero coloreado por única vestimenta, además de abalorios o joyas. Los altos muros nos devolvían los ecos de una docena de idiomas y otras tantas clases de griego chapurreado, que parecía la lengua común. En el centro del salón había un gran toro berrendo, quieto, aunque tenía dos jóvenes montados en el lomo y una muchacha se balanceaba sobre uno de sus cuernos. Asombrado, me acerqué.

Una muchacha fue la primera en vernos. Tenía cara de fenicia, con la nariz ganchuda de color oliváceo; llevaba la boca pintada y el taparrabos bordado de azul y oro. Era esbelta, pero se le dibujaban los músculos como si fuera un joven luchador. Durante un instante estuvo mirándonos; luego, se llevó los dedos a la boca y lanzó un agudo silbido que arrancó ecos por todo el salón. El griterío se interrumpió. Todos se volvieron y vi un forcejeo alrededor del toro. El animal bramó y volvió la cabeza hacia nosotros. Néfele lanzó un chillido.

—Cállate —dije.

Había visto las miradas expectantes y sabía que nos tendían alguna trampa. El toro no se acercó, limitándose a mugir y a agitar los cuernos. Al acercarme, oí en su interior un crujido y una risa ahogada. Un flaco jovencito moreno salió de un salto por un agujero que había en el vientre del animal. La bestia estaba tallada en madera; encima, le habían estirado una piel de toro y los cuernos eran de bronce dorado. Tenía las patas fijas sobre una tabla de roble con ruedecillas de bronce.

Una multitud se reunió a nuestro alrededor, escrutándonos y haciéndonos preguntas, que no entendíamos porque hablaban mal griego y todos a la vez. Algunos tocaron la señal que había sobre mi pecho y señalaron a los demás y les hablaron.

Sobre el lomo del toro de madera quedaba un jinete, sentado a sus anchas. Se puso en equilibrio sobre las yemas de los dedos, bajó de un salto y cayó delante de mí. Evolucionó por los aires con maestría, como si volara. Era delgado y más bajo que yo: un minoano con un poco de sangre helénica. Se mantuvo de puntillas como un bailarín, dio un paso atrás y nos miró de arriba abajo. Yo nunca había visto un joven como aquél. A primera vista, parecía un acróbata. Pero los pesados collares de oro, los brazaletes enjovados, las gemas del centelleante cinturón y del taparrabos no eran falsos dorados: llevaba encima el rescate de un príncipe. Su cabello, castaño claro, le colgaba en largas trenzas rizadas, peinadas y aseadas como las de una muchacha, y tenía los ojos pintados. Pero, a pesar de todas estas cosas, semejaba una joven pantera; era delgado, musculoso y fuerte. Tenía una gruesa cicatriz curva sobre las costillas del lado derecho.

Ladeó la cabeza, sacudiendo los aretes de cristal y enseñando sus dientes blancos.

—¡Bueno! —dijo—. Conque éstos son los alegres atenienses que han llegado a Creta bailando. Vamos, bailad para nosotros ahora, estamos deseosos de veros.

Su risa era maliciosa. Pero no me irritó. Para mí, aquel joven era algo así como un sacerdote que iba a revelarme un misterio. Me parecía haber estado allí antes y que mi alma recordaba aquel sitio que estaba entretejido con mi moira desde antes de nacer yo.

Le contesté, simplemente:

—Ninguno de nosotros es bailarín, salvo Hélice. Hemos bailado para demostrar que formamos un solo grupo.

—¿De veras? —replicó él, mirándome con el entrecejo fruncido—. ¿Y de quién fue la idea? ¿Tuya?

—Lo planeamos juntos, en una asamblea —dije.

Volvió a fruncir el entrecejo y luego empezó a pasearse a nuestro alrededor, examinando atentamente a cada uno de nosotros. Muchos nos habían mirado aquel día; pero éste nos vio. Sentí como si me penetrara una afilada cuchilla, buscando mis puntos vulnerables. Cuando el joven llegó a Néfele, la escudriñó con una sonrisa evasiva y luego le dio un golpecito bajo el mentón, diciéndole: —No te preocupes por nada de esto, querida; ya lo harás cuando te toque.

Luego, descubrió que Crisa miraba con los ojos muy abiertos a una muchacha alta, con un collar de turquesas, que le había cogido las manos y le chistaba algo al oído.

—¡Vamos! —dijo, dándole una palmada en las nalgas a la otra. Dale tiempo para que lo vea todo.

Melanto apartó de un tirón a Crisa y la rodeó con el brazo. El joven se echó a reír y regresó a grandes zancadas junto a mí.

—Bueno —dijo—. Ya se ve que formáis un solo grupo. ¿Sabéis que sois el primer equipo con un jefe novato?

Sorprendido repliqué: —¿Cómo lo sabes tú? El propio preparador acaba de enterarse.

Él rió con desdén.

—¡Bah! Ése nunca se entera de nada, a menos que se lo digamos nosotros —dijo—. Todas las noticias de palacios llegan a nosotros antes; los danzarines de toros van a todas partes.

Un joven que estaba cerca dijo insidiosamente:

—Tú sí, ya lo sabemos.

Pero él no le hizo caso y continuó: —Cuando me enteré de que dirigirías tú en vez de yo, me convencí de que el Minotauro quiere tu muerte. Pero ahora lo dudo.

Repliqué: —Apostaría a que sí, porque hemos discutido.

—¡Ah...! —Mi interlocutor dio un salto, a la vez que echaba atrás la cabeza, con una gran risotada, y se asestaba tal palmada en el muslo que todas sus joyas tintinearón. Voy a simpatizar contigo, ateniense. Sí, vas a gustarme, después de todo. ¿Es verdad que le tiraste su sello al mar? ¿Sabes a cuánto van las apuestas a tu favor? — Yo empezaba a percibir la atmósfera de aquel lugar, que me excitaba como un vino fuerte.

—¿No sabes aún cómo te favorecen las apuestas? —insistió—. Aquí tendrás que conservar la calma. ¿Cómo te llamas? —Le dije todos mis nombres y le pregunté el suyo.

—En la Casa del Toro me llaman el Corintio.

—¿Por qué? —pregunté—. ¿Eres el único de Corinto?

Él respondió, con despreocupación:

—Ahora sí.

Comprendí, entonces, su afectación y sus numerosas joyas, y por qué cuando hablaba nadie lo interrumpía. En otros tiempos, muy lejanos, yo había querido ser guerrero, ser rey. Ahora, aquello estaba olvidado; sólo una ambición me consumía. Ninguna de las personas a quienes se lo conté en mi país lo comprendió, ni siquiera Pirítoo, mi más íntimo amigo. Ya lo dice el refrán: sólo aquellos a quienes ha mordido la serpiente pueden contar qué se siente.

—El preparador pensaba que nos dirigirías tú —dije.

Pensé que mi ignorante intromisión sólo había perjudicado a las Grullas.

Me miró a la cara, ladeando una de las cejas. Sus ojos lo dejaban a uno desnudo de valor. Luego, se encogió de hombros a la manera cretense, haciendo que los aretes bailaran y destellaran con la luz.

—¡Ay! Ése no sabe nada. Ya te lo he dicho. Prefiere que yo no adiestre a un equipo nuevo, porque ha apostado por mí para otros tres meses. Es un imbécil. Tu toro sabe tu nombre antes de que lo paran; eso decimos en la Casa del Toro.

—Es la moira —respondí, comprendiéndolo—. ¿Hay aquí al quien que pertenezca a Asterión? Él chasqueó la lengua.

—¡Pertenece! Pareces un campesino. Es un amo como cual quier otro. Sólo que lo bastante rico, según parece, para ofrecerle equipos enteros al dios en lugar de bailarines sueltos. Eso ha dado que hablar. Sólo el rey lo había hecho antes. Mi señor tiene la cabeza muy alta estos días. Pero vosotros los atenienses no habéis llegado aquí sin ser purificados... ¿Verdad? Supongo que sois gente del dios del cielo; pero supongo que sabréis ya a quién le pertenecemos todos.

—¿Al sacudidor de la tierra? —dije; luego hice una pausa y pregunté, aparentando el mayor desinterés posible—: ¿O a la diosa terrenal?

Me replicó: —Oh, supongo que a los dos, como manda la costumbre local. Pero a ella no volverás a verla, salvo en la danza del toro. Es Ariadna, la más sagrada, la señora del Laberinto. Sólo la verás en su santuario. Nadie la ve en ningún otro sitio, lo mismo que al rey.

En ese momento, alguien gritó en griego que ya estaba la comida. El caballete estaba montado en el otro extremo del salón y los bailarines corrieron hacia allí. Comprendí que debíamos poner término a nuestra conversación. Habría sido engreimiento por mi parte sentarme junto a él. Quienquiera que fuese en su país, Corinto, pastor o marino quizás, aquí él era un gran príncipe y yo no era nadie. Esto no me extrañó ya.

La comida era sencilla, pero abundante y muy sabrosa. En realidad, una vez servida la Casa de Minos, lo más selecto iba a la Casa del Toro. Los danzarines vivían bien en Cnosos; tan bien como el caballo rey el año que le toca reunirse con el dios.

Capítulo cuatro

Vivíamos en la Casa del Toro: una ciudad encerrada dentro de palacio y una vida sin otra salida que la muerte. Pero la ciudad es espléndida y la vida muy intensa. El hombre que está aquí pertenece a esta ciudad hasta que muere. Por eso yo, yo a quien me asoman las canas en la barba, digo aún «es», como si la Casa del Toro siguiera en pie y yo pudiera aún regresar.

Aunque los principiantes se adiestraban por separado, aprendiendo los fundamentos de la danza, las volteretas sobre las manos y los saltos mortales, todos los danzarines de toros vivían y comían juntos en la Casa del Toro; sólo después de la cena, la sacerdotisa de guardia se llevaba a las muchachas. Los hombres tenían acceso a los recintos del palacio y se hacía la vista gorda. Podíamos recorrer todo el Laberinto con tal de mantenernos alejados de las puertas y murallas. Ningún fugitivo las había franqueado jamás. Se decía, también, que sobre la tentativa pesaba una maldición y que luego el toro lo mataba a uno. Aparte de eso, los danzarines iban a todas partes, como dijera el Corintio, aunque aquel lugar era tan enrevesado que los amantes y las queridas enviaban siempre a una criada para que sirviera de guía. Pero a las muchachas las encerraban de noche con llave y las vigilaban durante todo el día. Su virginidad era celosamente custodiada.

Al principio, pensé que el hecho de jugar durante todo el día con muchachas casi desnudas sin poder poseer a ninguna bastaría para enloquecer. Pero pronto descubrí que a uno nunca le faltaba una mujer en el Laberinto. En cuanto a las muchachas, se entendían entre ellas, según una costumbre tan antigua que nadie la mencionaba. Pero había algunas absolutamente vírgenes, incluso de corazón. Se habían entregado a la danza del toro y, despiertas o dormidas, no vivían para otra cosa. Desde que se encendían las lámparas, la vida de cada uno era secreta para los demás. Pero en la Casa del Toro éramos camaradas, tanto los hombres como las mujeres, y compartíamos un misterio y éramos unos artesanos unidos por nuestro arte; muy a menudo, sólo unas manos que mantenían a raya la muerte de los camaradas, y nada más. Pero también éramos jóvenes y estábamos hechos de la misma materia que otros seres sacados a la luz por la Madre Día. Entre nosotros, siempre había una cuerda tensa, que no se rompía ni tampoco se aflojaba; y bastaba un roce o un suspiro para que vibrase en el aire con su sonido secreto. Muchas veces, después de haber estado con alguna dama cretense, llena de volantes y alfileres, perfumada y de cabello ensortijado, a cuyo lecho apenas permitían acceder los potes de pintura, espejos y tocadores que lo rodeaban, caía dormido en mi jergón de la Casa del Toro y abrazaba en sueños una cintura tan fina como un sauce, o forcejeaba en el abrazo amoroso contra unas fuertes y bien torneadas piernas desnudas, frescas y adornadas con oro.

En la Casa del Hacha, nunca realicé este sueño. Sólo años después, cuando la Casa del Toro quedó muy atrás y dejó de existir, volví a encontrar a una muchacha así y la tuve por mía. La encontré cuando ya había dejado de buscarla, montada en un caballo a pelo, con pantalones escitas y entre lanzas. Aunque era más alta que las vírgenes de la Casa del Toro, tenía los huesos finos y no costaba llevarla en brazos. Dos veces la retiré del campo de batalla en mis brazos. Incluso la segunda vez, aunque los muertos pesan más que los vivos.

La vi detener a un leopardo con su lanza. Pero a mí nunca me causó daño, después de hacerme una herida de jabalina cuando la poseí por primera vez, herida que me alegra conservar porque es todo lo que me queda de ella. También me hirió, de nuevo sin saberlo, cuando me dio un hijo de seis pies y tres dedos de estatura. Pero la diosa virgen, a quien había servido con las armas, y los dioses del averno fueron buenos con ella; antes de que pudiera ver su fin, le envolvieron los ojos en tinieblas.

Más todo esto aún no se había hilado en la rueca. De haberlo sabido, quizás eso me habría hecho tropezar y algún día el toro hubiera sido más rápido. O acaso no. Porque el toro de cada cual siempre termina venciendo; sabe nuestro nombre desde que nace. Eso decíamos en la Casa del Toro. Cuando habíamos terminado con las lecciones de iniciación, dábamos una voltereta y una cabriola adelante o atrás, y algunos nos ejercitábamos en el potro del gimnasio y hacíamos el pino encima. Iro y yo no nos cansábamos nunca. Crisa tampoco por lo general, y muchas veces nos acompañaba Néfele. El Corintio la había juzgado con mucha perspicacia. La melindrosidad de Néfele era una comedia ante los hombres; pero había acabado engañándose a sí misma y cuando en la Casa del Toro notó que nadie reparaba en eso, demostró ser más resistente que ninguna muchacha del equipo. En cuanto a Hélice, el preparador advirtió enseguida que ella dominaba todo aquello y la envió a practicar con los saltarines sobre el toro de madera.

Desde cualquier sitio de la Casa del Toro, se veía el toro de Dédalo. Le llamaban así por su inventor, aunque todos sus componentes habían sido renovados una docena de veces, salvo los bellos cuernos de bronce pulidos por el roce de innumerables manos. Todos decían que los cuernos eran obra del propio Dédalo. Dentro del cuerpo hueco, entre las paletillas, había una percha donde se sentaba el hijo del preparador para accionar las palancas que movían hacia aquí o hacia allá la cabeza. Bailábamos y nos contorsionábamos esquivándolo, mientras Áctor gritaba: «¡No! ¡No! ¡Haz como si fuera tu amante! Lo guías, te escurre, le haces sudar por ti; pero es una aventura amorosa y todo el mundo lo sabe». Exhortaba con estas palabras a los jóvenes, más bien que a las muchachas, porque así era Creta.

Todos los días de las primeras semanas, estuve esperando a que Asterión mandara por mí y me castigara. Pero él no vino y recibí el mismo trato que los demás.

Después de la danza, venía el salto sobre el toro. Allí, sobre el animal de madera, era una pantomima, apenas una sombra de aquello a que solamente dota de emoción la bestia viva y que pocos de nosotros lograríamos. Ningún equipo tenía tantos saltarines de toros; algunos, sólo uno; pero los saltarines eran los príncipes de la Casa del Toro. En nuestra primera lección, Áctor mandó por el Corintio. Éste se paseó perezosamente, centelleante y tintineante, y le entregó a alguien, para que se lo tuviera, un holgado brazalete con sello que llevaba en la muñeca. Luego, corrió hacia los cuernos bajos del toro y, cuando se levantaba crujiendo, se elevó hasta una barra alta y se dejó caer, describiendo una curva como el vuelo del pájaro, hasta que los dedos de sus pies tocaron el lomo del toro. Luego, se bajó de un salto, ágil como un corzo; y Áctor nos hizo fijarnos en cómo el ayudante que lo recibía debía amortiguar la caída del saltarín. Cuando el toro está vivo, el saltarín puede caer con menos exactitud; y, si además quiere salir vivo, le conviene caer de pie.

Tal es el salto del toro. Pero cada gran saltarín tiene sus mañas y por ellas se le conocía. Los nombres de esos hombres y muchachas (había muchachas entre los mejores) se recordaban durante generaciones. Los viejos solían mostrarse desdeñosos con los bailarines actuales, diciendo que no sabía lo que era la vida quien no había visto a tal o cual cincuenta años antes. Así era el Corintio. Decían que aprendió a hacer que el toro lo lanzara más arriba o más abajo; cuando lo lanzaba alto, sabía dar medio mortal en el aire, para caer sobre el lomo del toro con las manos y rebotar hacia el que lo recogía.

El saltarín es la gloria del equipo, pero los receptores son la vida para él: cada miembro del equipo era la vida para todos los demás. En la Casa del Toro no había cobardes; por lo menos, no duraban mucho. Cuando se sospechaba que alguien no le ayudaría a uno en un apuro, se procuraba que no viviese para demostrarlo. En el redondel del toro, eso es fácil. Ni siquiera había que ganarse muchos enemigos. Con uno bastaba.

Aprendimos con el toro de Dédalo a agarrarnos, a salvarnos y salvar a los demás; a asirnos de los cuernos del toro con las piernas y los brazos de modo que el animal no pudiera cornearnos; a coger los cuernos por delante, por detrás y por los lados, saltando encima del animal y esquivándolo; a desorientarlo cubriéndole los ojos. No está permitido hacerle daño, ni siquiera para salvar la vida: el toro es la morada del dios.

Al principio, yo no comprendía cómo era posible hacer aquellas cosas con un toro adulto. Pero en Creta están habituados a la danza del toro desde hace mil años. Esos animales son allí espléndidos; enormes, vigorosos y con grandes cabezas semejantes a las de los dioses; pero son torpes y se les ha extirpado la inteligencia. Uno que era vivaz y enérgico, como los helenos, y que habría podido matar al saltarín antes del espectáculo, se destinó al sacrificio. Sin embargo, los toros cretenses son al fin y al cabo toros, y nunca se puede estar seguro de ellos. Cuando se vuelven serviciales y parecen conocer la danza tan bien como uno, es el momento de tener más cuidado.

En el segundo mes de nuestro adiestramiento vimos por primera vez la danza del toro.

Habíamos querido ir antes pero Áctor lo prohibió. Dijo que, si los principiantes lo veían antes de haber adquirido cierta maestría, desesperaban de sus fuerzas y perdían valor.

El ruedo estaba en la llanura, al este del palacio. Era de madera, porque en Creta abunda la madera de construcción. Los danzarines de toros tenían su propia galería, frente a la puerta del toro y al palco del rey, pero Minos no asistía desde hacía mucho tiempo. El sumo sacerdote de Poseidón bendecía al toro. Por lo demás, el rito lo rige la diosa terrenal.

En el lugar principal del ruedo había un altar dorado, sostenido por pilares carmesíes y coronado por los cuernos sagrados. A ambos lados, estaban los asientos de las sacerdotisas y todo alrededor los de las damas palaciegas. Cuando nos instalábamos nosotros, ellas descendían de sus literas; sus esclavas disponían paños y almohadones para que se sentaran y les alargaban sus abanicos. Los amigos se saludaban y besaban, ordenando que les arrimaran las sillas; pronto, aquello parecía un árbol frondoso en el que se había posado una bandada de alegres pájaros, armilando, piando y aseándose las plumas. Apilados como hojas oscuras, los pequeños cretenses sonrosados llenaban las gradas altas.

Sonaron los cuernos y se abrió una puerta detrás del altar. Allí estaba ella; recuerdo su forma, tal un lirio del campo, erguida y pequeña, con los senos y las caderas redondeados, y una cintura tan fina que cabría entre los dedos de las manos. Pero ahora estaba rígida de oro: sólo se veía el rojo del vestido cuando los volantes se movían. Su diadema, de unos treinta centímetros de altura, estaba coronada por un leopardo de oro. Si no se hubiese movido, yo habría pensado que toda ella era de orfebrería.

Todos los hombres estaban de pie, con los puños en el pecho; las mujeres se tocaban la frente. Ella subió a su alto trono. Sonaba música de arpas y flautas.

Los danzarines de toros entraron por la puerta que teníamos debajo. Avanzaron despacio pero con agilidad, de dos en dos, una muchacha y un joven, en solemne paso de danza. Los bucles aceitados y bien peinados saltaban sobre sus tersos hombros, sobre sus brazaletes y collares centelleaba la luz; los jóvenes senos de las muchachas y la parte posterior de sus pequeños taparrabos daban graciosos saltitos al bailar. Las manos y muñecas de todos ellos estaban ceñidas con correas para poderse agarrar con mayor firmeza; las botas de cuero flexible estaban acordonadas a las pantorrillas. El Corintio formaba parte de la primera pareja, alegre como un pájaro.

Dieron una vuelta al redondel y se alinearon en fila ante el trono, con el Corintio en el centro. Allí se pararon todos e hicieron una reverencia y dijeron una frase en cretense antiguo. Le di una palmada en el hombro al bailarín sentado delante de mí y le pregunté:

—¿Qué dicen?

Era una muchacha negra de Libia y no sabía gran cosa de griego. Dijo despacio, pensándolo mientras hablaba:

—¡Salud, Diosa! Los que vamos a morir te saludamos. Acepta nuestra ofrenda.

—¿Estás segura? —dije, impresionado por aquellas palabras—. ¿Lo habrás oído bien? —Asintió con la cabeza, en cuya negra melena había entretejidos abalorios azules y dorados, tan cerca del cuero cabelludo que parecían cosidos a la piel. Luego, repitió el gesto.

No contesté y, mientras cabeceaba, me dije: «En realidad, pese a todas sus grandes e ingeniosas obras, estos cretenses son unos ignorantes. Esa dama que está ahí quizá sea la sacerdotisa más grande del mundo, la de más alta cuna, la más próxima a la diosa. Pero es una mujer. No importa que diez mil cretenses lo nieguen. Es una mujer, tan cierto como que yo soy un hombre. Eso lo sé yo».

Miré el altar. Ella había vuelto a sentarse y de nuevo estaba inmóvil, como una estatua de oro y marfil. Pensé: «¿Qué estará cavilando? Ha hecho lo que no le permiten a la humanidad los dioses inmortales. Además, a ella no le perdonarán su juventud. Pero ¿quién puede salvarla? Está demasiado encumbrada para llegar hasta ella».

Los danzarines habían vuelto y se colocaron en círculo alrededor del ruedo. Sonó una trompeta. Se abrió la gran puerta de la pared que había frente a nosotros y salió el toro.

Era una bestia de porte majestuoso, de color blanco con motas marrones; de cuerpo macizo, patas cortas, frente ancha y, como todos los animales de su clase, con cuernos muy largos, que se curvaban hacia arriba y adelante; luego, bajaban y volvían a elevarse los pitones. Tenían pintadas listas longitudinales rojas y doradas.

El Corintio estaba de pie frente al animal, al otro lado del redondel, de espaldas a nosotros. Lo vi levantar la mano, saludando; un gesto noble, pleno de gracia y valor. Luego, los danzarines comenzaron a moverse alrededor del toro, girando en círculo como las estrellas alrededor de la Tierra; lejos al principio, pero acercándose. En el primer momento, el toro no le dio mucha importancia a aquello; pero advertí que sus grandes ojos de mirar fijo los seguían por todas partes. Meneaba la cola y movía los pies.

El ritmo de la música se aceleró y los danzarines se acercaron. Le daban vueltas al toro como una bandada de golondrinas, cada vez más cerca. El animal bajó la cabeza y escarbó con una de las patas delanteras. Entonces, se vio lo tonto que era. Un toro de Trecén habría elegido a cualquiera y lo habría embestido. Este, cuando cada danzarín pasaba corriendo cerca de su cabeza, lo miraba y se preparaba removiéndolo lentamente las patas, y se decía: «Ya es demasiado tarde», y se mostraba confuso y deseoso de empezar de nuevo. Luego, los danzarines giraron más despacio y comenzaron a jugar con el toro. Primero uno y luego otro, se detenían hasta obligarlo a volverse, para apartarse y dejárselo al siguiente danzarín. Cuanto más audaces fueran, cuanto más trabajaran al toro, mejor para ellos, a fin de cuentas. El toro es el más fuerte; pero es uno y ellos son catorce. Puede ser el primero en cansarse si se le insiste.

Y así continuó, hasta consumirse la primera excitación y el toro pareció preguntarse «Después de todo, ¿quién me paga por esto?». Entonces el Corintio dio la vuelta para ponerse de cara y extendió los brazos; y cesó de darle vueltas.

Se acercó, en una carrera veloz, a la hosca bestia. Era el salto que yo había visto a menudo en la Casa del Toro. Pero aquello apenas era una sombra; ahora, el Corintio tenía que bailar con un ser vivo. Se agarró a los cuernos y se balanceó entre ellos, dejándose llevar por el animal; luego se desprendió de un

salto. El toro era demasiado estúpido para retroceder y esperarlo. Siguió trotando después de notar que el hombre se había alejado. El Corintio dio una voltereta en el aire, trazando una curva tan hermosa como la comba de un arco y dio la sensación de que sus dos esbeltos pies tocaran el suelo al mismo tiempo; luego, volvieron a saltar. Aquello no era saltar sino planear sobre el toro, como una libélula sobre el cañizal, mientras el animal pasaba por debajo. Luego volvió al suelo, con los pies aún juntos, y rozó ligeramente las manos del receptor con las suyas, mero gesto de cortesía; no necesitaba apoyo. Y se alejó bailando. Estalló un griterío jubiloso en el árbol pajarera que formaba el público. Por mi parte, alargué en secreto la mano derecha hasta el suelo y murmuré con voz ahogada por el estruendo: «¡Padre Poseidón, haz que sea saltarín de toros!».

Los danzarines volvieron a describir círculos. Una muchacha se detuvo de puntillas, con los brazos en alto y las palmas de las manos abiertas; era árabe, con la piel oscura y larga melena negra. Tiesa como una lanza, tenía el porte de las mujeres habituadas a llevar bultos sobre la cabeza; le pendían de las orejas unos discos de oro que reflejaban los rayos del sol. Yo había visto a veces, en la Casa del Toro, el brillo de sus dientes blancos. Era altanera y burlona, pero ahora se mostraba solemne y altiva.

Se agarró a los cuernos y quiso alzarse. Quizás el torpe cerebro del toro barruntara alguna idea o el equilibrio de la muchacha fuese menos firme que el del Corintio. El caso es que, en vez de levantar la cabeza, el animal la sacudió de un lado a otro.

La muchacha cayó sobre el testuz. Pero había logrado no soltar los cuernos. Quedó colgada como un monito, cabalgando sobre el hocico del toro, con los pies cruzados alrededor del cuello. El animal se puso a girar sobre sí mismo, dando cabezazos. Oí un sordo murmullo procedente de los asientos de los hombres y, desde los de las mujeres, un parloteo agudo y jadeante. Miré el altar sostenido por pilares. Pero la dorada diosa seguía inmóvil y su pintado rostro permanecía inmutable.

Los danzarines giraban en volanderos saltos, dando palmadas y haciendo chasquear los dedos para desorientar al toro. Pero yo pensé que aquello era sobre todo espectáculo y que podían hacer algo más. Golpeé con el puño, murmurando: «¡Más cerca, mas cerca!», hasta que el joven más próximo me dijo: «Guárdate las manos, heleno»; lo había estado golpeando en la rodilla.

—El toro la matará! —dije—. Va hacia la barrera para quitársela de encima.

El joven murmuró con los ojos clavados en el ruedo: —Sí, sí, no la salvarán. Es insolente y se ha creado enemigos. —El toro buscaba la barrera, pero la larga melena de la muchacha le caía sobre los ojos y ella seguía removiendo los hombros para cegarlos.

Dije, sin aliento:

—¿No puede saltar el Corintio?

El joven me respondió, inclinándose hacia adelante de su asiento:

—Esa tarea le corresponde al receptor, no al saltarín del toro. ¿Por qué iba a salir? El Corintio, nunca ha trabajado con este equipo, hasta ahora.

En el preciso instante en que mi vecino hablaba, el Corintio se adelantó de un salto. Corrió hacia el toro por la izquierda, le asió el cuerno, se colgó y se quedó meciéndose. La muchacha, cuyas fuerzas estaban agotadas, se dejó caer, se levantó trabajosamente y escapó.

Yo había visto que, antes de saltar, el Corintio lanzó un vistazo a su alrededor e hizo una seña. El joven que estaba a mi lado se levantó de improviso y gritó algo en su idioma natal, el de Rodas, según creo; adiviné que era una blasfemia. Yo también grité. Nadie podía durar mucho en las condiciones en que se hallaba el Corintio, salvo que acudiera alguien enseguida a colgarse del otro cuerno. El Corintio había contado con eso; pero nadie lo hacía.

Por fin, corrió uno de los jóvenes y fingió saltar y coger el cuerno. Pero adiviné que lo hacía por cumplir y no de corazón. Por eso llegó tarde. El toro lo esquivó, ladeó la cabeza y se zafó del Corintio con la pata. Vi que el joven saltaba de nuevo por los aires; pero ya no se remontó con agilidad. Estaba ensartado en el cuerno, que le había perforado el diafragma, exactamente por encima del cinto. No sé si gritó o no. El estrépito era demasiado intenso. El Corintio salió lanzado por los aires y al caer tenía un gran agujero rojo en el cuerpo. El toro lo pisoteó; luego se alejó al trote. La música cesó. Los danzarines estaban inmóviles. Un profundo suspiro y un murmullo sacudieron las gradas.

En Creta usan una pequeña hacha doble, de formato sagrado, para rematar a las víctimas. Cuando la alzaban sobre el cuello del Corintio, vi que él levantó la mano un momento como para repelerla; luego transformó el gesto en un saludo y volvió la cabeza para recibir mejor el golpe. Era un caballero y murió como tal. De pronto me di cuenta de que yo estaba llorando, como si lo hubiese amado. Y lo amaba, aunque no como entienden el amor en Creta. Nadie lo notó. Llorar una vez se considera que trae suerte en la Casa del Toro. Además, una dama se había desplomado, con un grito, y la gente se apelotonaba a su alrededor, abanicándola y acercándole esencias a la nariz además de hacerse cargo de su monito.

Amarraron al toro y se lo llevaron. Se veía que estaba cansado y no hubiera aguantado mucho más. Los danzarines salieron en fila. El rodio que estaba a mi lado dijo:

—¿Por qué lo ha hecho? ¿Por qué? Era innecesario. —Luego agregó—: Supongo que lo llamaron. Supongo que le había llegado la hora.

No le respondí. Mis lágrimas se habían secado y yo estaba pensando.

El sacerdote de Poseidón llenó con sangre del Corintio una copa sacrificial plana e hizo una libación sobre la tierra. Luego avanzó, se paró ante el altar y vertió el resto hasta vaciar la copa, hablando en cretense. La señora del altar se puso en pie y alzó las palmas de las manos en el gesto que significaba: «Hemos concluido». Luego, salió por la puertecita que había detrás del altar. Recordé los pequeños pies pintados que había visto yo en la escalinata y el tierno seno con el tirabuzón. Un escalofrío me traspasó la carne.

Cuando volvimos a la Casa del Toro, dije a Amintor:

—Trae a las Grullas.

Esperé junto al toro de Dédalo. Nadie tenía ganas de jugar con el toro ahora y el lugar estaba a nuestra disposición. Se acercaron las Grullas. Vi que Formión estaba pálido y Amintor se estremecía aún de ira. De las muchachas, Crisa y Tebe habían llorado; los ojos de Néfele estaban secos, y Hélice se recluyó en uno de sus silencios y no hablaba con nadie.

—Bueno —dije—, ya hemos visto la danza del toro.

Amintor profirió una exclamación vehemente, maldiciendo al equipo que había dejado morir al Corintio. Era un caballero, y los consideraba una guardia real que abandonaba a su señor en un trance peligroso. Lo dejé desahogarse; tenía buenas intenciones.

—Sí —dije—. Pero piénsalo; no era pariente de ellos; no le debían nada; no le habían jurado lealtad. ¿Por qué iba a serles el Corintio más querido que sus vidas? —Las Grullas me miraron, preguntándose cómo podía yo ser tan frío—. Cuando os hice prestar juramento en el barco sólo fue para manteneros unidos —dije—. Yo lo ignoraba todo; pero supongo que me guiaba el dios, porque estoy en sus manos. ¿Sabéis todos ahora por qué debemos ser como parientes? —Ellos asintieron. Ahora estaban ablandados, como el metal a punto para martillarlos. Había hecho bien en no demorarme.

—El Corintio ha muerto —dije—. Pero lo mismo le pasa a todo su equipo. Se entregaron a la muerte en el preciso momento en que confiaron en vivir un poco más. Y lo saben. Miradlos ahora. La vergüenza no los gobernaría tanto. Tienen miedo.

—Sí —dijo Amintor—. Es verdad.

—Cuando uno aprecia demasiado su vida en el ruedo, la pierde. Ahora son una mercancía que nadie querrá comprar. No valen para nadie más que una magulladura, un arañazo o un hilo de sangre. Y ya no están orgullosos de sí mismos. Si alguno de ellos ha tenido un dios custodio, debe estar oyendo la música de su abandono. Fijaos en sus rostros.

Pero en vez de obedecer, las Grullas me miraban como si yo tuviera el poder de cambiar las cosas. Me creían fuerte.

—Vamos a renovar nuestro juramento para que sean testigos los dioses de este lugar —dije—. Pero ahora lo juraremos con más fuerza. "Apreciaré la vida de cada Grulla tanto como la propia. Lo que yo haría si estuviera en peligro, lo mismo haré por cualquiera de nosotros, ni más ni menos. Sean testigos el río de los muertos, las hijas de la noche y el Poseidón con cabeza de toro que hay debajo de Creta. Si quebranto mi juramento, que me destruyan".

Ellos me miraron con los ojos muy abiertos. Tanto Crisa como Amintor se habían adelantado, apresurándose a repetir aquellas palabras mientras las recordaban bien. Ni siquiera habían mirado a sus espaldas. Les hice señal de que esperaran; veía a los demás. Y no es que acusara a los que vacilaban; el juramento era fuerte y pesado de llevar.

—¿Qué sucede? —les dije—. ¿Creéis que vais a hacerlo por mí? En realidad, ¿por qué habrías de hacerlo? Soy un rey sin techo propio, sin alimento ni ropas, ni oro, ni nada que dar, salvo, como cualquiera de nosotros, lo que valga frente a los toros. Hacedlo por vosotros mismos. Sólo somos mortales. Entre vosotros habrá riñas, rivalidades amorosas y todas esas cosas. Si jurarais que no las habrá quebrantaríais el juramento antes de una semana. Pero esto sí podéis jurarlo: no llevar nunca esas cuitas al redondel. Allí debemos formar parte de un solo cuerpo, como si compartiéramos una misma vida. Y la compartimos. No debemos dudar unos de otros más que el brazo que empuña la lanza del brazo que sostiene el escudo. Jurad eso.

Entonces se adelantaron varios. Dije a los demás:

—No temáis. Andaréis con paso más ligero luego, cuando no haya posibilidad de retroceder. Lo que os digo es un misterio. Lo he sabido por un sacerdote que también es rey.

Cuando todos hubieron jurado hubo un silencio. Luego, la tonta de Pilia pareció perpleja, como si hubiese bebido un trago de vino fuerte.

—Sí. Es cierto —dijo—. Me siento mejor.

Todos reímos, más que nada de la expresión de su rostro. Pero durante aquel día nos sentimos alegres.

Por la noche, cuando las muchachas se fueron, se me acercó un Joven; un minoano de Melos a quien sólo conocía de vista.

—El Corintio me confió a quién quería legarle sus cosas cuando encontrara su toro —dijo—. Esto es para ti.

Abrió la mano. Vi sobre la palma un pequeño toro de cristal pulimentado. El anillo de oro para colgarlo era un esbelto danzarín del toro, doblado sobre el lomo de la bestia en un salto mortal.

—¿Para mí? —dije—. Apenas nos conocíamos.

No quería que dejara de cumplirse el último deseo del Corintio a causa de la estupidez del jovencito aquel. Él se encogió de hombros.

—Oh, no es un regalo de amor. No seas tan presuntuoso. El Corintio dijo que le gustaría darse esa satisfacción. ¿No será el pago de una apuesta? —Tomé el regalo y me lo ceñí al cuello con un cordón fuerte. No me reprochaba el haber reído y hecho payasadas con las Grullas antes de que se hubiese secado la sangre del Corintio. Él lo habría comprendido mejor que nadie.

Cuando oscureció, salí por detrás de la cocina. La puertecilla estaba entreabierta, como de costumbre. Actor, el preparador, dijo al verme allí:

—¿A qué muchacha le toca esta noche? Aprovéchala todo lo que puedas. Cuando llegues a los toros, tendrás menos que perder.

Dije algo para hacerlo reír. Esa noche no buscaba a una muchacha. Sin embargo, tenía razón: la danza del toro es una señora celosa. Pero de día uno nunca estaba solo. El gran patio se hallaba desierto bajo la claridad de la luna. Fila tras fila, se alzaban los balcones soportados por pilares, apenas iluminados. Las lámparas fulguraban a ráfagas detrás de los cortinajes de paño oriental. De los tiestos con lirios y los limoneros en flor brotaba un olor intenso y dulzón. Un gato se deslizaba de una sombra a otra y otro tanto hacía un cretense que parecía llevar el mismo camino. Luego todo quedó en silencio. Los grandes cuernos que asomaban sobre el arco del tejado se erguían como si quisieran perforar las estrellas.

Extendí las manos, con las palmas hacia abajo, y las mantuve así sobre la tierra.

—Padre Poseidón, caballo padre, señor de los toros —dije—. Estoy en tus manos, cuando me llames. Eso es lo convenido entre nosotros. Pero ya que eres mi dueño, concédeme una cosa antes. Hazme saltarín de toros. —En el último mes de adiestramiento fuimos a la dehesa en busca de nuestro toro.

El toro elige al equipo y no al revés.

Se lleva a una vaca, se la traba y se espera con las redes. La montará el toro rey, aquel a quien los demás reconozcan como tal. Mientras se aparean, hay que atar el toro a un árbol y atraparlo en la red.

Tuvimos suerte. Acababan de separar de la manada a un toro travieso. Eso significa, en Creta, lo que cualquiera de nosotros llamaría un toro como es debido, con todos sus sentidos despiertos. Había matado a un rival y a uno de los hombres que fueron a encerrarlo, y a los dos los despachó con rapidez. Ahora bramaba en su pesebre, mientras esperaba a que lo sacrificaran.

Áctor nos condujo a la pradera. Vimos que todos los tejados del palacio estaban repletos de gente que observaba. Es un momento en que se hacen apuestas; además, no sería la primera vez que al cazarlo matara el toro a un danzarín y, desde luego, la gente lamentaría perderse semejante espectáculo.

Pero Poseidón nos favoreció. Cuando estuvo trabada la vaca, se acercaron dos toros y pelearon por ella. El nuevo rey, negro, era mucho más veloz y de cuernos anchos, lo cual es peligroso, porque esos toros siempre cornean en vez de lanzarlo a uno por los aires. Pero creo que, más por suerte que por astucia, su rival, que era rojo y blanco, le rompió uno de los cuernos en una embestida. El negro se alejó corriendo y bramando, asustado como un guerrero cuya lanza se le ha quebrado en la mano. El otro avanzó trabajosamente hacia la vaca.

Me ocupé de amarrarlo, puesto que me las había visto ya con toros. Lo capturamos en la red sin más que unos arañosos cuando nos derribó de rodillas. Hice que todos esperaran a que terminase; habría sido una insensatez despertar su odio. Luego, tensamos la red y tiramos. Cuando el animal hubo tropezado varias veces y caído una, me pareció que se decía: «Esto hay que pensarlo mejor».

Por eso, mientras lo estaba pensando, lo uncimos a la vara que había entre los bueyes y nos lo llevamos.

Le puse Heracles, un héroe que yo había estimado mucho en los tiempos en que me proponía llegar a medir siete pies. Más tarde, aunque sin duda Heracles fue un digno hijo de Zeus mientras vagó por la

tierra, le tomé cierta inquina. Este toro parecía la imagen misma que yo me formara de Heracles: gallardo, pesado y bastante simplón. Si uno no aprende a reírse de sí mismo en la Casa del Toro, no lo aprenderá en ninguna parte.

Todavía hoy hago sacrificios a Heracles una vez a1 año, aunque no digo en nombre de qué héroe. Aquél era un toro enorme, de ancha testuz y grandes y gruesos cuernos, que le nacían donde es debido, bien adelante, lo cual le hacía embestir derecho. En el fondo, era perezoso; pero, al ser muy engréido, no le gustaba que lo trataran a la ligera. De ahí su reputación de toro bullicioso. Pero, aunque distaba de ser una bestia inofensiva, lo era más de lo que parecía, ya que tenía buena parte de su cabeza pendiente de su pesebre y de su pienso. Lo mejor de él era su lomo redondo como un barril.

Hay dos maneras de practicar con el toro, una vez atrapado. Se le encadena a una estaca del foso de prácticas, para aprender a esquivar los cuernos con gracia, o se le amarra de tal forma que no pueda correr, sino sólo mover la cabeza. Esto, para acostumbrarse a saltar sobre el toro. No se dedica mucho tiempo para ninguno de estos ejercicios; si hubiera tiempo de domarlos siquiera a medias, no habría diversión, tal como la entienden los cretenses. Con todo, ninguna ley establece que haya que enemistarse con el toro. Todos le llevábamos a Heracles un poco de sal o un puñado de hierba cuando íbamos a bailar con él. Pero el toro nos miraba de reojo, acusándonos de su cautiverio.

Ahora yo empezaba a conocer a los demás danzarines, tanto a los hombres como a las muchachas. La convivencia en la Casa del Toro no era camaderil y tierna. Cada cual conocía sus riesgos y los de todos los demás; a diario se comía, se hablaba y se forcejeaba con personas condenadas a morir: los que tenían miedo a los toros, los que se rendían y los que habían recibido un mal oráculo de sus dioses. En la Casa del Toro se adoraba a dioses de todos los rincones de la tierra; por eso, el altar que hay delante de la puerta por donde los danzarines salen al ruedo está consagrado a todos. Y casi el mismo número de maneras de adivinar se cultivaba con arena o guijarros, con abejas, con tiras de marfil, como lo hacen los helenos, o con lagartos, a la usanza de los sauromancios. Los señalados para la muerte morían y se los recordaba poco tiempo, lo mismo que la piedra arrojada a una charca deja burbujas de acuerdo con su peso. Pero unos pocos habían buscado la muerte desde su primera danza y, aunque la miraban a la cara, la muerte los rehuía.

Era imprevisible. Y esa imprevisibilidad era el aliciente de la Casa del Toro. Se decía que si un danzarín vivía tres años, la diosa lo ponía en libertad. Nadie recordaba que alguien hubiese durado la mitad. Pero nadie conocía su destino. Se confiaba en que estallara una guerra o en que nos viéramos enredados en algún tumulto que nos permitiera huir; o en que se incendiara el palacio. A veces, de noche, me acordaba de que el Laberinto no tenía murallas y que los mares que rodeaban Creta estaban desiertos, sin islas vecinas que la protegieran de sorpresas.

La convivencia era dura, pero sin envidias. Todo aquello para lo que alguien servía era reconocido por los demás. No existía ni rastro de esos celos que se dan entre los guerreros, los bardos o los artesanos. La gente lo abandonaba a uno delante del toro si no le tenía confianza; pero prefería que uno fuera de fiar, en cuyo caso le ayudaba a aprender. Entre los saltarines de toros tenía que haber emulación y no se divulgaban las tretas; pero nunca los vi enemistarse, salvo por amor. En cuanto a la gloria de nuestros señores, tanto nos daba. Lo primero era nuestra preocupación, como las víctimas del antiguo foso, por sobrevivir; y, luego, la de merecer el respeto entre nosotros. Los señores, los amantes y los jugadores enviaban joyas a los danzarines, quienes las usaban todas, pues son ostentosos y gustan de las galas. Pero nadie podía juzgar como nosotros.

De noche, cuando las muchachas se iban, solíamos bailar y cantar canciones de nuestros distintos países y nos contábamos historias. A veces, en esas ocasiones, mirando a mi alrededor, pensaba: «A estos jóvenes se los podría vincular a una causa común, que los mantuviera unidos. Y la mayoría de las muchachas valen tanto como los hombres». Yo era un aprendiz más, y todavía no contaba para nada. Pero no puedo evitar poner la mano en lo que hay a mi alcance.

De momento me bastaba con las Grullas. Mi amigo Piritoo, que también fue rey en plena juventud, me dijo en cierta ocasión cómo le había pesado su primer año de reinado. Lo mismo me pasaba a mí. No soportaba estar en una ciudadela, rodeado por mis señores y con oro en las manos para regalar. En la lejana Creta, en la Casa del Toro, aguantaba la carga de mi situación.

Allí aprendí, con mucho trabajo, lo que uno debe dejar en paz. En primer lugar estaba Hipón, que había sido palafrenero de mi padre: un joven modesto, taciturno, razonable, de rostro fresco y pleno de gracia. Se había aficionado a él un joven noble de palacio, y al cabo de una semana Hipón tenía más ínfulas y amaneramientos que Iro, se mostraba afectado y displicente, y miraba con ojos lánguidos de cretense a cualquiera que le hablase. Esto me irritaba: era poner a las Grullas en el nivel que imperaba en la Casa del Toro. Yo sentía que mi propia posición se veía afectada. Le insinué lo que pensaba, lo cual lo hirió, porque era muy sensible. Desde entonces se mostró torpe y erraba los saltos; mientras que, cuando estaba contento de sí mismo o había recibido un regalo de su amante, era aún más diestro que Hélice en los quites con el toro vivo. En Atenas, Hipón había sido un don nadie; aquí, podía ganarse un lugar bajo el sol. Advertí todo

esto antes de que fuera tarde; era yo, no él, quien estaba perjudicando al equipo. Hipón había descubierto su propia naturaleza, para bien o para mal, y aún podía perfeccionarse a su modo. Si lo contrariaban, no serviría de nada. Limé la aspereza de mis burlas, elogí sus aretes nuevos y observé que su estilo mejoraba.

Luego, cuando se acercó el momento de nuestra primera danza del toro, surgieron dificultades donde yo me nos las esperaba. Hélice palideció y se volvió silenciosa, apartándose de nosotros para estar a solas. Su aspecto me resultaba familiar después de un par de meses en la Casa del Toro. Era el aspecto de los que tenían malos augurios, de los que han sido arrebatados jóvenes de su país y van perdiendo energías y ánimos, de los que se han rendido. Pero esto carecía de sentido en Hélice. En el toro de madera, su estilo era perfecto. La desnudez de la Casa del Toro le sentaba bien; aunque era delgada y casi tan plana de pecho como un muchacho, su gracia al bailar la asemejaba a una de esas muchachas—toro de marfil y oro que hacían los joyeros cretenses. Me acerqué a ella a solas y le pregunté si tenía uno de sus días malos. Era algo de que no hablaban mucho las muchachas; pero constituía un problema para ellas, ya que todas eran vírgenes. A veces las mataban los toros en esos días; y yo me sentía responsable de las Grullas.

Hélice tragó saliva, miró en derredor y me dijo que no le pasaba nada. Luego me confesó la verdad. Le daban miedo los toros.

Había sentido miedo desde nuestro primer ejercicio con la bestia viva.

—Me adiestré con mi hermano —dijo—. Somos mellizos; bailábamos antes de que yo supiera andar, y los dos pensamos igual. Tampoco contigo me daba miedo; tienes manos de saltimbanqui. Pero el toro es una bestia y es probable que me mate. ¿Cómo puedo saber qué hará? Pensé: «Esto es el fin de las Grullas». Todos los equipos, salvo el nuestro, estaban formados alrededor de un saltarín con experiencia. Crisa, Iro y yo mismo teníamos las cualidades necesarias para llegar a serlo; pero yo no sabía cuánto. Confiaba en Hélice para gustar al público en nuestra primera danza, hasta que los demás lograran afianzarse. Si Hélice no saltaba, alguien tendría que hacerlo; un equipo que no brindara espectáculo se desintegraría antes de su segunda actuación, aunque no muriera ninguno.

Era inútil censurarla. Hélice era una acróbata, no un guerrero, y no había venido a Creta por su propia voluntad. Necesitó coraje para decírmelo. Además, esto no habría sucedido en ningún otro equipo. Bastaba con que adivinaran que uno tenía miedo a los toros para que lo abandonaran frente al animal; de acuerdo con la ley de la Casa del Toro, sólo era vergonzoso dejar desamparados a los valientes. Pero Hélice había confiado en mí, dado nuestro juramento, que así se puso por primera vez a prueba.

Le hablé un rato y la hice reír, aunque sólo para complacerme; luego me alejé para meditar. Pero sólo me venía a la cabeza una potra que había tenido en Trecén y que se acobardaba de los carros. Yo la había curado del miedo como suele hacerse, acercándome a un carro en su presencia y conduciéndola luego a ella con dulzura.

Tal es la verdadera razón, que nunca se dijo en Creta, de que las Grullas dejaran suelto a su toro en el foso de prácticas. Los cretenses creían que lo hicimos por barbarie y por juego, y eso siguen contando. Pero fue mi remedio a la desesperada para hacerle perder el miedo a Hélice o, en el peor de los casos, para ver si era capaz de saltar yo en vez de ella.

Estando trabado el toro, luego de haber practicado un rato, fingí recibir un mensaje en la puerta y envié a Áctor a la Casa del Toro. Después grité, para poner en guardia al equipo: «¡La cadena está suelta!», y la solté mientras simulaba sujetarla.

Era un sitio que no estaba pensado para soltar a un toro: pequeño como el antiguo foso de los sacrificios y con altos muros insalvables. Pero sólo había el espacio justo para una carrera y un salto, si uno era rápido, y el toro, lento. Los toros cretenses, cuando sucede algo insólito, necesitan tiempo para pensar. Entré corriendo, lo cogí por los cuernos y me monté de un salto. Mientras mi cuerpo pensaba y yo volaba por los aires, comprendí que las prácticas no habían servido para nada; esto era vida y gloria, como la primera batalla de uno, como la primera muchacha. Me bajé como un tonto, con el vientre atravesado sobre el lomo del toro, pero sabía cuál había sido mi error y lo hice bien la segunda vez. Me siguió Hélice y yo la atrapé con seguridad. Bailábamos nuestra danza de las grullas alrededor del toro, orgullosos de nosotros mismos, cuando volvió Áctor y nos sorprendió.

Nos había prometido a todos una zurra con sus propias manos y cumplió su palabra. Pronto comprendimos la razón, pues fue poco más que un cosquilleo. De modo que comprendimos que se proponía apostar por nosotros y no quería vernos muertos.

La juventud es loca, pero a veces la inspira un dios. Éramos cautivos y esclavos, cuyas idas y venidas ya no nos pertenecían. Cuando falla el orgullo, decae el valor. Pero ahora habíamos estado con el toro en un momento elegido por nosotros mismos, como si fuéramos libres, y eso liberaba nuestros corazones. Nunca volvimos a sentirnos víctimas impotentes después de haber recorrido la mitad del camino hacia el dios.

Al día siguiente Áctor nos convocó junto al toro de madera y nos enseñó lo más necesario. Mientras los danzarines observaban, hicimos todo lo posible por quedar bien. Los amos, caballeros y damas sobornaban para entrar y ver aquello; pero el elogio de un saltarín de toros valía por veinte de ellos. Al poco, Áctor nos dijo a Hélice y a mí que volviéramos a saltar y se alejó. Salté oyendo el crujido de las palancas y la charla de los danzarines. Cuando bajé, vi al hombre a quien había ido a saludar el preparador: Asterión. Había venido, por fin.

Mientras Áctor hablaba, Asterión nos estuvo observando a todos con sus ojos redondos de mirar inmóvil, que no se alteraron al encontrarse con los míos, como si fueran los ojos pintados del toro de madera. Asintió un par de veces y se fue. Pensé: «Ahora me tocará a mí». Pero al reflexionar sobre lo que haría Asterión, lo primero que se me ocurrió fue: «Me impedirá ser saltarín de toros». Yo estaba tan decidido a serlo que sólo la muerte me parecía una perspectiva peor.

El preparador volvió, pero no dijo nada. Al final me irritó tanto no saber nada, que no pude contenerme y exclamé:

—¿Qué quiere el amo? —Se encogió de hombros, frunciendo las cejas.

—¿Qué quieren todos los amos? Conocer el estado de sus danzarines. Cuando mi señor ofrece cien bueyes por un equipo, para quedar bien, le gusta obtener algo a cambio. Ten cuidado con lo que haga; es el mejor consejo que te he dado hasta ahora.

Y se alejó. Los danzarines y los saltarines de toros nos rodearon, haciendo elogios y señalando defectos, entre las bromas pesadas habituales en la Casa del Toro. Uno nunca se quedaba solo hasta el oscurecer, y aun entonces con dificultades.

Poco después se me acercó Hipón.

—¿Qué sucede, Teseo? Supongo que no estarás enfermo.

Parecía una mujer de los baños y poco me faltó para decírselo. Mi ira necesitaba algo que morder; pero él no tenía malas intenciones.

—¿Te gusta que todo lo que hagamos de bueno en el redondel redunde en beneficio de ese cerdo insolente? —le pregunté—. Hasta si vivimos debemos vivir para él.

Iro estaba con Hipón. Ambos se miraron, con la languidez propia de los cretenses.

—Ah —dijo Hipón—. No te preocupes de él. No significa nada, ¿verdad, Iro? —Cambiaron una seña de inteligencia y juntaron las cabezas. Me pareció que empezaban a parecer hermanas.

—Ay, no —dijo Iro—. Es rico y hace lo que quiere, pero es un individuo muy vulgar, indigno de que se piense en él. Supongo que conoces su historia, ¿verdad, Teseo?

—No —dije—. No la recuerdo. Pero cuéntamela.

Cuando cada cual hubo invitado al otro con una risita a empezar, Iro dijo:

—Pasa por hijo de Minos. Pero todo el mundo sabe que su padre fue un saltarín de toros.

No se molestaba en bajar la voz. La Casa del Toro era el único lugar del Laberinto donde uno podía hablar a sus anchas. Hipón afirmó: —Es muy cierto, Teseo. Desde luego, no se habla de eso; pero el amigo que me lo dijo es de tan buena cuna que conoce a todo el mundo.

—Y el mío también —agregó Iro, revolviéndose el cabello—. Mi amigo no sólo compone canciones, sino que hasta las escribe. Es una costumbre cretense. Es un hombre muy refinado. Dice que ese saltarín de toros era asirio.

—¡Bah! —interrumpió Hipón—. Con gruesas piernas y grandes barbas negras.

—¡No seas tonto! —dijo Iro—. Sólo tenía unos quince años. Fue Minos quien le cobró afición primero, Teseo, y lo mantuvo durante meses apartado del redondel, por temor a que lo matara el toro.

—Pero eso era una impiedad —dije—. Ese joven debía de estar consagrado, como nosotros.

—Ah, sí —replicó Hipón—. ¡Una gran impiedad! La gente decía que eso provocaría una maldición. Y así fue. La reina se enfadó; y acabó por fijarse en el joven. Dicen que el pobre rey fue el último en saberlo, cuando ya lo comentaba todo el Laberinto, y hasta en Cnosos... Una canción lasciva cuenta cómo lo perseguía ella por la Casa del Toro, tan entusiasmada estaba con él; y cómo se escondía ella en el toro de madera. Mi amigo decía que sólo eran habladorías. Pero la reina estaba loca por él, había perdido la cabeza.

—Y cuando el rey lo descubrió, supongo que la ejecutaría, ¿no? —dije.

—¿En Creta? ¿Cómo iba a hacer semejante cosa? ¡La reina era la diosa terrenal! No, lo único que pudo hacer fue enviar al asirio a los toros. Supongo que no estaría adiestrado o que el dios estaría colérico; el caso es que su primer toro lo mató. Pero ha dejado cola.

—Supongo que, por lo menos, Minos podía haber abandonado al niño... —dije.

Iro, que distaba de ser cortés, replicó pacientemente: —Pero Teseo... Los cretenses siguen la religión antigua. El niño pertenece a la madre. Por eso el rey calló para no deshonrarse y permitió que la criatura pasara por suya. Supongo que no quiso reconocer que él no había estado con la reina. La gente se hubiera dado cuenta del porqué.

Asentí. Eso se entendía muy bien.

—Al principio, Asterión vivía recluso —dijo Hipón—. Dicen que Minos era muy cruel con él, cosa muy natural. Ahora las cosas han cambiado mucho. Asterión es astuto y ha metido baza en tantas cosas que poco le falta para ser quien gobierna el reino.

Me miró, sin seguir mis pensamientos, pero preocupado al verme conmovido. Adiviné, debajo de todas sus tonterías, al joven mozo de cuadra razonable que conociera yo puliendo un arnés, infalible en cuestión de caballos.

—Ya ves, Teseo, que semejante advenedizo es indigno de tu atención.

—Tienes razón —repliqué—. El viejo Heracles es más digno de estudio. Pero... ¿qué tiene que decir sobre eso Minos? —Hipón bajó la voz, más por respeto que por temor.

—Minos vive muy recluso en sus aposentos sagrados. Nadie lo ve.

Pasó el día. Al anoecer me escabullí al patio. Me senté sobre el pedestal negro de una gran columna roja, escuchando risitas tontas de mujeres en un cuarto del piso alto y a un joven que cantaba con una de esas arpas curvas de Egipto. Ahora yo era como el hombre aquel a quien le ha estado picando una sándija debajo de la ropa y que por fin puede desnudarse y rascarse. Pero el aguijón había llegado muy adentro y la picadura aún me escocía.

Recordé la risa del Corintio cuando dije que había discutido con Asterión. Pero aquello no me había divertido; ambos proveníamos de casas reales y éramos de la clase de hombres que se buscan en el campo de batalla. El que yo fuera un esclavo del dios no alteraba esto. Había desafiado su ira para evitar que pujara por las Grullas, pero también por amor propio. Cuando nos adquirió, creí que lo hacía para tener en sus manos a un enemigo. Ahora sabía, por fin, cómo me consideraba. Me había comprado como compra un ricachón un caballo de tiro, aunque el animal le haya dado una coza, porque le parece veloz y buen corredor y confía en que ganará carreras. La coza no afecta a su honor: lo ha pateado un animal, no un hombre.

Cuando Asterión me llamó salvaje de tierra firme, pensé que era un insulto. Me concedí ese gran honor: había dicho lo que pensaba. De modo que me compró para su caballeriza y me entregó al preparador, sin volver a acordarse más de mí; de mí, hijo de dos linajes reales, ambos descendientes de dioses, señor de Eleusis y pastor de Atenas; de mí, que recibiera el signo de Poseidón, el sacudidor de la tierra. ¡Tan poca importancia me daba! Y a él ni siquiera lo había engendrado un rey.

El Laberinto se sumió en silencio. Apagaron las lámparas; salía la luna, para eclipsar a las brillantes estrellas de Creta. Me levanté y dije en voz alta, para que me oyeran los dioses del lugar: —¡Por mi cabeza y por la cabeza de mi padre, juro que algún día sabrá de mí!

Capítulo cinco

La vida en la Casa del Toro discurre al margen de la vida.

Uno se despierta a menudo, a media noche, en una sala donde duermen cincuenta y tantos jóvenes traídos de todas partes y cuyos modales no siempre resultan gratos para un heleno. En cierta ocasión hubo una pelea y tuve dificultades cuando le rompí la nariz a un tirio. La gente opinó que yo había sido grosero. Pero, como les dije, si él tenía derecho a sus costumbres, también lo tenía yo a las mías; y en mi país existía la costumbre de que, si un extraño intentaba meterse furtivamente en la cama de uno a medianoche, se lo tomaba por un enemigo.

En una oportunidad, le pregunté a Hélice cómo se estaba en los aposentos de las muchachas cuando las encerraban. Me respondió que aquello era un mundo en sí mismo y no logré comprenderla; pero me insinuó que las muchachas se peleaban como jóvenes guerreros cuando rivalizaban por otra. Más de una vez vi magulladuras en alguna que no había estado en el ruedo. Lo cual no me inducía a desdeñarlas; ellas estaban habituadas a aquella vida y a mí me gustan las mujeres briosas.

Como dije, las noches se veían interrumpidas por sucesos de esa índole o por alguien que hablaba en sueños o revelaba a gritos los temores que no habría confesado de día. Uno no le preguntaba a la gente cuáles eran sus sueños en la Casa del Toro, ni qué pensaba al despertar ni mientras yacía en silencio a oscuras. Sé que yo cavilaba sobre muchas cosas: sobre la muerte, sobre el destino y sobre lo que puede el hombre alterar en su moira, o, si todo está determinado, qué lo mueve a esforzarse, y si se puede ser rey sin tener un remo.

Luego, me preguntaba qué pasaría si Iro o Hélice o Amintor me superaban como saltarines de toros y acaudillaban el equipo. La Casa del Toro es un mundo en sí misma, con leyes nacidas de su propio ambiente y que no se pueden combatir.

Esto me perturbó durante las primeras semanas de adiestra miento. Pero cuando estábamos en el ruedo olvidaba esas preocupaciones. Porque la danza se apoderaba de mí, de mi cabeza y mi mano, de mi corazón, mis huesos y mi sangre. Ser saltarín de toros parecía suficiente para llenar la vida de un hombre; me colmaba tanto que el peligro parecía secundario; sólo con esfuerzo lograba recordar que era rey. Pero tenía presente que era el jefe del equipo y a menudo eso me servía, en cambio.

Para un saltarín, el hecho de durar tres meses, aunque no está mal, tampoco tiene nada de sorprendente. Pero los ancianos de Cnosos decían que no habían visto jamás nada parecido: que todo un equipo durara tres meses, sin que muriese nadie.

Nos conservábamos vivos porque sabíamos para qué servía cada cual y que contábamos con todos en caso de necesidad. Hasta los que se cuidaban de sí mismos, como Formión y Néfele, cumplían su juramento; al principio por temor a las hijas de la noche, que visitan a los perjuros, e incluso por temor a mí; además, porque comprendieron que eso daba mejor resultado; y finalmente, como los demás, porque se enorgullecían de ser Grullas.

En la Casa del Toro existe este dicho: cuanto más se vive, más esperanzas hay de seguir viviendo. Uno va conociendo la danza y a los danzarines; y también al toro. En realidad, nunca conocí los humores de ninguna de las mujeres cuyo lecho compartí, con una única excepción, tan bien como los del viejo Heracles. ¡Pobre Hélice...! Nunca le perdonó a Heracles que fuera un animal y no un hombre. A pesar de toda su destreza, nunca pasó de ser mediocre como saltarín de toros. Dado que consideraba a Heracles incapaz de pensar, no trataba de descubrir sus intenciones. Cuando saltaba, era tan diestra que la gente siempre la vitoreaba. Pero a menudo yo tenía que cubrirla o saltar el toro en vez de ella, mientras que Crisa nunca desfallecía. Todos querían a Crisa, hasta en la Casa del Toro; esta muchacha había terminado por considerar que el amor era algo que estaba en la naturaleza de las cosas y esperaba, hasta cierto punto, lo mismo de Heracles.

También Amintor tenía el valor de un león. Lo que más me costó en mi vida fue decirle, cuando no tuve más remedio, que dejara de saltar el toro. Era demasiado grande (había crecido desde nuestra llegada) y demasiado lento; aquello habría terminado costándole la vida a alguien. Recibió mis palabras como un caballero, pero lo adiviné muy afectado. No obstante, luego demostró ser el mejor receptor que he visto, el más seguro y valiente. Yo mismo y todas las Grullas que saltaban el toro le debemos la vida varias veces. A los cuatro meses, murió el último saltarín de toros anterior a nosotros. Desde entonces, cuando llegaba una nueva tanda de danzarines, todavía con la vestimenta de su país de origen, en tropel o mirándonos boquia-

biertos, fue una Grulla quien se escondió en el toro de madera de Dédalo para darles el susto; y cuando yo me acercaba a examinarlos, todos atendían a ver cuál era mi opinión.

Nunca sabíamos quiénes llegarían. Nunca eran egipcios, porque éstos son un pueblo vigoroso; Minos enviaba al faraón regalos, joyas de oro y cristal, ritones tallados, flores raras y tintes preciosos, en lugar de solicitarle tributo. Pero venía gente de todos los demás países, persas pálidos como el marfil, de párpados azules, frágiles y agraciados; minoanos de todas las islas; salvajes bárbaros, atezados como la madera de cornejo de los bosques africanos, feroces y alegres o capaces de padecer hasta morir y sepultarse bajo tierra por su propia voluntad. Y fue en la Casa del Toro donde vi por primera vez a las amazonas del Ponto, altivas y delgadas, de andar desenvuelto y finos dedos endurecidos por el arco y la lanza, que miraban con aire tan frío y calculador como el que adoptan los príncipes jóvenes en la guerra. Eran muy estimadas en el ruedo y los cretenses traían a todas las posibles. Cuando yo veía a esas muchachas, mi corazón se agitaba y aceleraba, no sé por qué. Los hombres serían como los dioses si tuvieran presciencia.

Recibíamos a toda clase de extranjeros, sueltos y a pares, procedentes de países nunca antes oídos, capturados en un viaje quizás y vendidos como esclavos. Recuerdo por lo raro a uno de ellos, aunque no duró mucho; era hijo de unos pastores nómadas de las montañas del interior, más allá de Jericó. Odiaba a la diosa; mejor dicho, negaba que fuese algo más que una muñeca hecha por los hombres. Cuando le pregunté si estaba loco para burlarse de ella en el recinto de la propia diosa y estando en sus manos, me respondió que su pueblo no servía a diosas, sino sólo al Padre Celestial, cuyo nombre no pronunciaría por estarles prohibido. Le llamaba el Señor. Piensan, como los helenos, que ese dios vive eternamente; pero afirman que no tiene padre ni madre, hermano ni hermana, esposa ni hija, y que reina solo en el cielo y no hubo época en que no reinara. Y lo que es más extraño aún, entre ellos es ilegal representar a su dios en imágenes. Cuando pregunté qué rostro tenía, aquel joven dijo que su rostro era de fuego. No pude averiguar en qué lo habían agraviado ellos, para que les presentara una cara tan espantosa. Pero, según un oráculo suyo, ese dios engendrará algún día a un hijo para que sea el héroe que vele por ese pueblo. Al ver tan ignorante al joven, le dije que Zeus había engendrado a muchos hijos en la tierra y que yo mismo descendía de uno de ellos. Pero esto no le gustó. Provenía de gente del interior, tan temerosa de las ciudades y tan simple que cree que el eterno Zeus no se interesa por nadie más que por ellos.

Su equipo lo consideraba un hombre que traía mala suerte y yo mismo les aconsejé que se librasen de él. Pero, al cabo, él mismo los libró de esa tarea. Porque la primera vez que entró al ruedo, sacó un cuchillo que llevaba escondido en el taparrabos y se lanzó sobre el toro como un loco, gritando que castigaría al dios de los filisteos (así llamaba a los cretenses) en nombre del Señor. No sé si creía que el toro se quedaría quieto, esperándolo. Ningún toro es tan estúpido, ni siquiera los de Creta. Pero Zeus misericordioso le hizo un favor, a cambio de todas sus ofrendas: murió inmediatamente. Si le hubiera quedado algo de vida, seguro que no se habría rendido tan deprisa. Nos alegramos de verlo por última vez. Los dedos de ambas manos no eran suficientes para contar los dioses a quienes había ofendido; en la Casa del Toro, ya es sobrado riesgo lidiar con los toros.

A aquellas alturas, la mayoría de nosotros teníamos una cicatriz o dos de Heracles; el toro tenía sus malos días, reconocibles por la manera de mover la cola al salir. Entonces, no había modo de prever cómo iba a reaccionar hasta que no estuviese cansado. Yo salí el primero, un par de veces, para aplacarlo; esto me parecía sencillamente justo, ya que en realidad no esperaba morir sin haber recibido antes un signo de Poseidón. Cuando lo había tanteado, el toro se calmaba un poco y yo efectuaba alguna de las suertes que me habían dado fama, como la de dar un segundo salto mortal al bajarme del lomo. A menudo, estos días resultaban los mejores. Me parece ver aún sus ojos malignos, mirándome como si me dijeran: «He sido demasiado blando contigo y he dejado que te pusieras insolente. No tengas tan buena opinión de ti mismo». Yo acostumbraba dar unos pasos de baile con él antes de empezar, pasos que perfeccioné porque gustaban al público. Convenía tener mucho cuidado, porque le brindaban a Heracles una oportunidad mejor que el propio salto. Una vez, casi me atraviesa el pecho. Apenas me dio tiempo a eludirlo y me reportó la mayor cicatriz que se haya visto en la Casa del Toro, nítida y cruzada de izquierda a derecha. Yo solía visitar a una vieja que era la mejor de las entendidas en ungüentos para las heridas. Las cubría con toda clase de inmundicias, telarañas o moho verde; pero conocía la magia de la tierra y las cicatrices siempre se cerraban.

Después de llevar nosotros cinco meses en el ruedo, los danzarines vivían más incluso en los otros equipos. Veían cómo trabajábamos y, en uno o dos de los equipos, prestaron juramento de camaradería, que cumplieron en lo posible. Pero no se conocían a fondo como nosotros. A aquellas alturas, habíamos olvidado que éramos atenienses o eleusinos, o que no nos había gestado la misma matriz.

Siempre que, antes de la danza, nos encomendábamos frente al altar y nos consagrábamos a la diosa terrenal con las palabras rituales, extendíamos las manos con las palmas para abajo, hacia la propia Madre Día, para purificarnos de toda impiedad. Pero había que mirar hacia arriba, por respeto. A menudo, yo observaba fijamente sus ojos para ver si se movían. Pero ella se mantenía como una imagen dorada, rígida e inmóvil; ni siquiera cuando alzaba las manos parecía de carne. Poco después, concentrado en la danza, casi me olvidaba de que estaba viva.

Así era nuestra vida en la Casa del Toro. Pero cuando el nombre de uno se hace conocido, pocas cosas hay en el Laberinto, salvo los aposentos reales, que no se vean tarde o temprano. Ya no se necesita buscar una mujer para las noches, sino, más bien, ahuyentar a las muchas que importunan; un hombre que tiene por esposa la danza del toro no puede permitirse excesos, ni en esto ni en nada.

Hasta las mujeres sabían escribir en el palacio de Cnosos. Esto lo digo por haberlo visto yo, porque algunas de ellas me escribieron. Y no hablo simplemente de mensajes garabateados sobre una ancha tabla de arcilla húmeda, diciéndole a uno dónde podía encontrarse con ellas o cuándo se ausentaba su marido. Me refiero a relatos íntegros, que llenaban hasta dos hojas de papiro, largos como la narración de una guerra. Yo no podía descifrar más de la mitad y a menudo ni siquiera tanto. Ellas tenían cien maneras de entrever las cosas; juraría que conocían más palabras que un arpista, aunque a éste le basta con aprender el sonido.

Pero no sólo íbamos a las alcobas. Los señores y los príncipes nos invitaban a sus fiestas, sin pedir a cambio otra cosa que nuestra presencia. En cuanto a la comida y la bebida, ver tanta no era sino inquietante, porque el peso es la muerte en el redondel del toro. Pero yo acostumbraba ir, por curiosidad y vanidad y por lo que pudiera aprender. Como los dioses nos habían protegido de la muerte hasta entonces, no desesperábamos aún de salir algún día de Creta.

Los cretenses rebosan buenos modales y costumbres caprichosas; creen, por ejemplo, que los dedos de un hombre no bastan para llevarle a la boca el alimento y que se precisa un utensilio. Al principio, consentí, por temor a las burlas; porque ellos tienen por rústico a quien ignora esos juguetes. Pero me sobraba orgullo para dejarlo vislumbrar. Si no podía aprender sus costumbres observando, usaba las mías como si optara por ellas. Pronto noté que esto les complacía, sobre todo a las mujeres. Aman más que nada lo nuevo.

Toda clase de señores y nobles tenían casas en el palacio de Cnosos, construidas en su interior o por lo menos dentro del recinto. Como digo, el palacio era casi una ciudad. Pero a pesar de ser tan enmarañado, estaba bien custodiado y nadie franqueaba las puertas sin que lo interrogaran. Al principio, creí que esto sólo tenía por objeto que no nos escapáramos.

Aunque el nombre de Minos es cretense antiguo y los reyes lo han usado desde tiempos inmemoriales, esta casa sólo conserva un rastro del viejo linaje. Desde la gran incursión de Micenas, en que la estirpe real fue pasada a cuchillo y el hermano del rey león se casó con la diosa terrenal, los reyes habían gobernado por derecho propio, así como por el de la reina, sin ser ya sacrificados al noveno año. Muchos de los vencedores se habían casado con mujeres cretenses, de manera que las costumbres siguieron siendo las de la antigua religión; pero después estos linajes comenzaron a casarse entre sí y ahora desdeñaban a los cretenses originarios, los que eran del país por ambas ramas. Yo no le veía a esto ningún sentido, porque no se trataba de bárbaros y eran, como todo el mundo sabe, los mejores artesanos conocidos; en realidad, ellos habían enseñado a escribir a aquellos semihelenos. Eran de complexión menuda, como la mayoría de los hijos de la tierra, y de tez rojiza oscura, pero no desagradable; y algunos procedían de las estirpes más antiguas, aunque ahora fuesen decadentes y pobres. A juzgar por lo que yo podía ver, los humillaban con la única intención de tener los señores mejor opinión de sí mismos. Me irritaba oír que los llamaban con apodos despectivos: Sarnoso, Patizambo o Bizco, que pronunciaban en su presencia como si fueran perros. En mi casa, mi abuelo me habría zurrado hasta dolerle el brazo si me hubiese oído decir semejantes insolencias. También les imponían fuertes impuestos, aunque se oía hablar poco de esas cosas en la Casa del Toro e importaban aún menos. Se siente más el dolor ajeno cuando roza el propio.

Luego de unos seis meses en el ruedo, cuando yo casi me había olvidado de su existencia, el amo me mandó un mensaje, invitándome a una fiesta.

Me quedé mirando la nota, sin saber qué hacer. Si volvía a ofenderlo ahora, él tenía poder suficiente para dispersar el equipo y mis compañeros irían muriendo uno por uno. Pero sentía que me iba a resultar penoso sentarme a la mesa de un hombre contra el que me proponía tomar venganza si podía; era una cuestión de honor para mí. Al poco tiempo, le confesé mis dudas a Amintor, quien comprendía esas cosas mejor que los demás. Le satisfizo ver que le pedía consejo y se quedó cavilando. Por fin, dijo:

—Me parece, Teseo, que puedes comer en su mesa sin ser su invitado. Lo que comerás allí es el pan del cautiverio, lo mismo que en la Casa del Toro; te lo servirán con salsa, eso es todo. No veo en qué puede herir eso tu honor. Aunque lo mates. Mira su mensaje: te lo ordena, no te lo pide.

Me convenció. Amintor tenía sentimientos de caballero y más sensatez de la que me había parecido a primera vista. La Casa del Toro lo había equilibrado.

El palacete se hallaba al sudoeste del gran patio; tenía una gran entrada y guardias. Me vestí con lo mejor que tenía, ya que carece de sentido hacer las cosas a medias. Cuando iba a visitar la Casa del Hacha, acostumbraba usar la faldilla cretense y tenía dos o tres de galón de oro. Me la había regalado la esposa de un general, la principal de ellas; ésta era de gruesa seda azul, traída del este de Babilonia. Con mucho la mejor de mis amantes en esa época y buena compañera para un saltarín de toros, espontánea y alegre. Un saltarín no puede soportar ver sólo lágrimas y berrinches. Pero los regalos eran a veces anóni-

mos y entonces había que tener cuidado. Si uno los usaba, el dador lo señalaba a sus amigos y rivales, afirmando que era su amante; y las mujeres no se avergonzaban de hacerlo más que los hombres.

A menudo, los regalos más suntuosos provenían de los señores y los príncipes que habían ganado una buena suma de dinero. Sobre la danza del toro se hacían todo género de apuestas: cuánto duraría, si correría sangre, cuántos saltos habría y de qué grado de perfección, además de las apuestas sobre la vida y la muerte. Los sobornos no tientan a un hombre cuya vida está en juego, pero estaban de moda los regalos vistosos. Yo tenía más collares de los que podía ponerme, aros para el brazo, muñequeras y sortijas. Pero la única joya que nunca me quitaba era el toro de cristal del Corintio. En la Casa del Toro, nuestros trofeos más preciosos eran los regalos de los muertos.

Esa noche, me puse la mayoría de mis cosas; a aquellas alturas, ya me sentía tan saltarín de toros que no me consideraba vestido si no tintineaba sobre mí el oro. Además, me hice afeitar en el último momento. Había cedido, aunque a regañadientes, a esta costumbre cretense. Desde los quince años de edad, como todo chico que se está desarrollando, había aguantado la barba con impaciencia, procurando abonarla con grasa de jabalí y demás tonterías que circulan entre los jóvenes; parecía absurdo quitármela en el preciso momento en que empezaba a crecer. Pero la barba era la marca del bárbaro; las mujeres se retraían al verla o se echaban a reír. A veces, me imaginaba a mi abuelo viendo con disgusto mi mentón liso y preguntando si me habían castrado. Pero mi abuelo estaba bastante lejos, y en el Laberinto sabían muy bien que yo no era un castrado.

Me pensaba haber conocido para entonces aposentos suntuosos, pero eran pobres comparados con los del palacete, como descubrí mientras los recorría. Pasé por toda una sala preparada para el juego, con mesas de ébano y tableros de damas con incrustaciones de oro. Pero no miré mucho a mi alrededor; los cretenses tienen en menos a quien manifiesta asombro.

En el gran salón de los invitados estaba servido un banquete espléndido y se congregaba una concurrencia de alta alcurnia. La mayor parte de los presentes me conocían y me hablaron cuando me dirigí a saludar al anfitrión. Éste me acogió con los ruidosos cumplidos con que se celebra a los invitados en las fiestas y que no significan nada. Vi que me había invitado para complacer a la concurrencia, como podía haber invitado a una bailarina. Amintor tenía razón: no tenía por qué sentirme en deuda con él.

Comimos en bella loza pintada; los cretenses cuecen los peces mejor que ningún otro pueblo. Pero no corría peligro de comer en exceso. Uno perdía el apetito al ver a tan grandes señores (algunos de los cuales, lo sé, lo detestaban) adulando a Asterión y cambiando de actitud al cambiar la de él, como soldados en la instrucción. Cuando Asterión hacía sus burdas bromas, sus ojos no se perdían nada; yo lo veía observar a los invitados que no alcanzaban a oírlo, cual si pudiese leer en sus labios, y cómo los camareros se demoraban con los comensales, haciéndole de espías. Además de mi odio a Asterión, había algo en él que me repugnaba. Todo hombre quiere el poder para lograr lo que desea: la gloria, tierras o una mujer. Pero éste quería el poder en sí, para rebajar a otros hombres, para que su orgullo engordara devorando el de los demás, como la araña grande que se alimenta de las pequeñas.

Un prestidigitador moreno, un sidonio, actuó para nosotros; tenía un monito que le ayudaba a hacer su número y que comprendía todas sus palabras. Finalmente, Asterión le tiró su regalo, esperando que lo recogiera arrastrándose abyectamente; pero el monito lo recogió y se lo alargó a su amo, inclinándose y llevándose la mano a la frente. Los invitados rieron. Cuando el sidonio se fue, Asterión le dijo algo a un camarero, que salió detrás. Le oí a otro criado preguntarle adónde iba; respondió: «Por el monito. Mi señor lo quiere». Lo mismo, pensé, había sucedido conmigo.

Trajeron confituras y vino de Rodas. Yo estaba en el extremo de la mesa, hablando con algunas personas que se habían arrimado para conversar conmigo, cuando, de pronto, Asterión se inclinó hacia adelante en su silla y vociferó: —¡Teseo! ¡Aquí! —Sentí que la sangre me subía a la cara. Pensé fingir que no lo había oído. Pero luego, cavilé: «No. Si no soy su cautivo, soy su invitado». De modo que me levanté y, sin mucha prisa, me acerqué a Asterión y me quedé delante de él.

—Pues bien, Teseo —dijo él con burlona sonrisa—, ¿qué se siente cuando se es el gallo del coso? Ahora eres distinto del joven que vino de tierra firme con sus grebas de cuero, ¿eh? ¿Tienes ya mejor opinión de Creta? —No contesté.

Él les dio un golpecito con el dedo a mis collares.

—¡Mirad esto! —dijo a sus invitados—. Apostaría a que ninguno lo ha ganado con el toro. ¿Verdad, muchacho? —Yo seguía guardando silencio y conservando el dominio de mí mismo. Lo escudriñaba. Me interesaba conocerlo. Miraba su compacta máscara, preguntándome cómo se podía llegar a ser un hombre semejante. Asterión no tardó mucho en apartar la vista.

—Una joya de cada uno de los caballeros del Laberinto —dijo—. De las damas, no digo nada. Sus misterios no deben ser profanados. —Y le guiñó el ojo a una señora recién casada con quien yo no había tenido trato, que se sonrojó desde la frente hasta los senos—. Todo esto y nada aún del amo. Juraría que te preguntas por qué.

Sonrió en falso y esperó. Dije:

—No, mi señor.

Lanzó un gran bramido de risa.

—¿Oís eso? Suponía que le tendría preparada una vara por haber sido indócil en el muelle. Tonto, ¿qué crees que buscamos en un danzarín de toros? Quienes nos interesamos por el coso, tenemos nuestros presentimientos.

Lo miré fijamente, yo que le había hecho frente aquel día con sus ojos a un palmo de los míos. Esta vez, los rehuyó. Miró a los invitados.

—¡Bueno! Supongo que todos convendrán en que Asterión sabe reconocer a un ganador...

Hubo una salva de aclamaciones. Me avergoncé por ellos, más que por mí; ellos pasaban por hombres libres.

Dio una palmada. Un criado trajo algo que supuse sería algún plato. Durante un instante, me pregunté si Asterión se propondría envenenarme; me lo imaginé mirando a su alrededor y desafiando a los invitados con los ojos a hacer un comentario después de mi muerte. Luego advertí que el criado traía una pequeña bandeja, forrada de cuero púrpura, sobre la que estaba extendido un gran collar de oro y piedras preciosas. El criado se lo ofreció a Asterión; y él, sin tocarlo, le indicó que me lo diera.

Sentí una comezón en los dedos. Me daban ganas de coger el collar y tirárselo a la cara. Había jurado cuidar de la vida de cada una de las Grullas como si fuera la mía; pero no más, y mi honor me importaba más que la vida. No fue el juramento lo que me contuvo. Supongo que fue la costumbre de ser rey y de responder de mi pueblo ante el dios.

Alargué la mano y dije, con voz tranquila:

—Eres demasiado generoso, Toro de Minos. Pero excúsame: no puedo aceptarlo.

El esclavo vaciló con la bandeja en la mano, no sabiendo qué hacer con el collar. Oí un leve revuelo por la mesa y un frufrú de ropas femeninas. Pero Asterión, después de mirarme a fondo con sus ojos redondos, dijo en tono jovial, como si presentara al público un espectáculo:

—Conque no puedes, ¿eh? ¿Por qué?

—Porque soy de sangre real —dije—. Y sería una ofensa para mi posición aceptar un regalo de un hombre que me ha golpeado.

Todos escuchaban. Pero a él pareció gustarle. Agitó la mano, señalándome.

—¡Escuchadlo! Sigue tan loco como antes. Por eso lo tomé bajo mi protección. Todos los grandes saltarines de toros son indómitos y locos. Nacen para los toros y para nada más. Es su demonio el que los guía a Creta.

Me dio una palmada en el hombro; parecía que fuese el dueño de un perro peligroso y se jactara de la fiereza del animal.

—Perfectamente. Sea como tú quieres.

Con un chasquido de los dedos, despidió al criado, el cual se llevó el regalo.

Podría pensarse que después de este agravio, me alejaría de él. Nada de eso. A menudo volvía a invitarme a sus fiestas y hacía conmigo algunas pantomimas. Incluso le oí comentar por adelante do: «Mira y verás con qué altivez me contesta. Es más salvaje que un gavilán montaraz. ¿Sabes que desató al toro? Lo calé en cuanto llegó de tierra firme». Había convertido mi honor en un número de equilibrista para que sus huéspedes rieran. Nunca le dije a nadie, ni siquiera a Amintor, lo que soporté aquellos días. Me avergonzaba hablar de eso. Sólo le respondí:

—He pagado por mi cena.

Y él comprendió lo que quería decirle.

Los demás señores eran bastante corteses conmigo; en realidad, puede decirse que yo estaba de moda entre los más jóvenes. Cualquier saltarín de toros podía ponerse de moda; pero yo les interesaba más por mi alcurnia, ya que nunca habían tenido a un rey ni al hijo de un rey en el coso. Algunos me preguntaban por qué, si el dios estaba irritado, yo no le sacrificaba a algún otro, antes que a mí mismo; si lo vestía con mi ropa, ese otro me representaría. Como yo era un invitado, no les preguntaba si creían estúpidos a los dioses, sino que sólo les decía que se me había llamado por mi nombre. Entonces, me miraban perplejos y luego se miraban entre sí. Casi todos sus ritos se han vuelto frívolos y parecen juegos, como la danza del toro.

Aquellos jóvenes caballeros y señores rebosaban frivolidad y hablaban un lenguaje casi propio, como los niños cuando juegan. Además, le daban tan poca importancia a su honor como a sus dioses. Los peores insultos pasaban por una broma entre ellos; y si un marido no quería hablar con el seductor de su esposa, resultaba excepcional. En cierta ocasión, estando a solas con una mujer, le pregunté cuándo había lavado

con sangre un insulto por última vez alguno de ellos. Pero ella se limitó a preguntarme a cuántos hombres había matado yo; como si, luego de dos guerras y un viaje por tierra, hubiese podido llevar la cuenta. Hasta en la cama le hablaban a uno las mujeres de estas cosas.

Más que otra cosa, aquella gente me consideraba una novedad. Las novedades eran su pasión y les costaba dejarlas pasar así como así; Leuco, según comprobé, había dicho la verdad al afirmar que sus anales se remontaban mil años. Eran capaces de cualquier cosa por una novedad, si no encontraban otra. Eso se veía en sus tinajas y jarrones. Es sabido que los alfareros cretenses son los más diestros del mundo, aunque hay que ir a Creta para ver a los mejores. En el palacio hay muchos que trabajan para el rey; los grandes señores tenían también los suyos, bajo su protección. Nunca me cansaba de observar su labor: los colores eran más variados y exuberantes que los nuestros; los dibujos, alegres y desenvueltos, pero plenos de armonía. Les gusta dibujar animales marinos, estrellas de mar, delfines y pulpos, conchas y algas, todo entrelazado. Era un placer el solo hecho de tomar sus cacharros en las manos, de apreciar su forma y su brillo. Pero en los últimos tiempos habían empezado a desmejorar su labor con toda clase de primores llamativos y afectados, flores y colgajos donde exhibían su destreza, pero que hacían parecer los objetos inútiles para el uso y sólo aptos para acumular polvo. Lo cierto es que lo que no se había logrado en mil años no valía la pena ensayarlo. Pero hasta la belleza los cansaba si no era nueva.

Recuerdo a un noble con quien cené, que nos llevó a ver el taller de su alfarero y su última obra. Se habló mucho y no pude seguir la conversación, pues ellos tienen muchas más palabras que nosotros. Por eso, al encontrar un trozo de arcilla sin cocer me entretuve en modelar un torito, como los que amasan los niños en mi país cuando juegan con el barro, pero no me salió muy bien porque había perdido el tino para hacerlo. Cuando me disponía a aplastar de nuevo la arcilla, se oyeron gritos y un parloteo apresurado, y mi anfitrión y sus amigos me aferraron la mano para que no lo hiciese y exclamaron que era necesario cocer aquella obra. Decían: «¡Qué frescura!». «¡Qué pura es!» O algo de este tenor: «¡Cómo entiende este hombre de arcilla!».

Me sentí ultrajado de que se burlaran así. Aunque fuese de tierra firme, era su huésped. Repliqué: —No entiendo de arcilla; no he nacido en casa de un artesano. Pero entiendo de toros y esto no es un toro. Lo mismo en mi país que aquí, un caballero sabe cómo son las obras de mérito, aunque no sepa hacerlas. No somos tan atrasados como suponéis.

Al oírme, me rogaron que no me ofendiera; juraron que hablaban en serio y que yo había hecho lo mismo que les ganaba alabanzas a sus artesanos más modernos. Para demostrármelo, me condujeron a un estante repleto de objetos modelados con tan lamentable torpeza como las ofrendas que suelen verse en los santuarios menores del interior de mi país y que son obra de algún campesino chapucero que jamás ha visto un taller, pero logra venderlas por un puñado de aceitunas o de cebada, porque en el pueblo nadie sabe hacerlo mejor. —Ya ves cómo apreciamos la fuerza de las formas primitivas —me dijeron. Respondí que advertía que no se habían burlado de mí y que me disculparan; luego, no se me ocurrió nada más que decir. A poco, al verme sumido en cavilaciones, una mujer se me acercó y me tocó el brazo.

—¿Qué pasa, Teseo? ¿Sigues enojado? ¿O estás tan ceñudo porque piensas en los toros? —Me eché a reír y dije lo que aquellas damas gustaban de oír.

Pero pensaba: «Si yo tuviese aquí a mis acompañantes y unos pocos miles de guerreros, barrería Creta de punta a punta. Esta gente vive una segunda infancia; son fruta para arrancar, madura, pasada».

Mientras tanto, seguía en el coso. Nosotros las Grullas, unidos por un solo pensamiento y confiando unos en otros, perfeccionábamos nuestra danza hasta tal punto que los ancianos la preferían a sus recuerdos. Nos habíamos salvado muchas veces de milagro; a esta altura, no había ninguno de nosotros que no le debiera su vida al equipo. Entre Formión y Amintor, que se habían salvado el uno al otro del toro, ya no se hablaba de insolencia ni de pelo veteado y de arcilla. En la Casa del Toro ambos eran jefes y artífices. Una vez, cuando Crisa perdió el equilibrio y se quedó colgada de los cuernos, tuve que dar el mismo salto que le costara la muerte al Corintio. Pero Hipón saltó inmediatamente por el otro lado y todos salimos del trance con un par de rasguños, aunque no sin un buen revolcón.

Después de esta danza, me dirigía a los baños cuando una camarera me paró en el patio y me dijo:

—Teseo, ven enseguida y preséntate a mi señora. Le dijeron que habías muerto y está tan afligida que ha enfermado. Lloro y grita y está fuera de sí. ¡Pobre señora, es más alma que cuerpo! Una cosa así podría matarla.

Me puse un poco impaciente, pues tenía entre manos a más mujeres de las que podía manejar.

—Saluda a tu señora de mi parte y dale las gracias por su preocupación y dile que estoy muy bien —respondí.

—No haré semejante cosa —dijo ella—. La última vez que se enamoró de un danzarín de toros, él murió y mi señora se enteró de que yo se lo había ocultado. Tienes que ir a verla ahora, es la única solución.

Fruncí el entrecejo. —A estas horas ya la encontrarás consolada —dije yo. Pero ella me tiró del brazo, gritando—: ¡No seas cruel, no mates a mi niña buena! Mira, apenas tendrás que apartarte un paso de tu camino. Y me señaló la escalera real.

Yo me quedé mirando a la mujer.

—¡Cómo! —dije—. ¿No crees que los toros se bastarán para matarme pronto? —Ella irguió la cabeza con tanta altivez como si la hubiese insultado.

—¡Ignorante! ¿Me tomas por una alcahueta? ¡Las cosas que se les ocurren a estos jóvenes de tierra firme! Mi señora no ha cumplido aun diez años.

La acompañé tal como estaba, en mi atavío de danzarín de toros y con mis joyas. Me condujo por la ancha escalera, iluminada desde arriba por un hueco y sostenida por columnas carmesíes. Después de muchas vueltas llegamos a una gran habitación de colores claros, con una cama infantil en un rincón, una bañera de alabastro y muñecas por el suelo. Las paredes eran muy bonitas, con murales de pájaros, mariposas y monos cogiendo frutas. Estaba contemplándolos cuando oí un chillido agudo como el de un murciélago y la criatura salió corriendo hacia mí desde el otro lado del aposento, surgiendo del lecho desnuda como cuando la echara al mundo su madre. Me saltó directamente a los brazos, ágil como los monitos pintados y se me colgó del cuello. La niñera que me había traído y otra que estaba allí se desternillaban de risa y hacían bromas. Pero yo me compadecí de la niña; se la notaba verdaderamente apenada. Tenía el rostro e incluso el cabello empapados en lágrimas y manchas color púrpura bajo los ojos. Era una de esas niñas flacuchas que se encuentran en las familias muy antiguas: el cabello castaño fino como la seda, las manecitas que parecían talladas en marfil y los ojos de un verde límpido. Su cuerpo era tan delicado al tacto como un lirio fresco y estaban empezando a nacerle los pechos. La llevé a la cama y la acosté. Se acurrucó de costado y me cogió la mano para que me sentara a su lado.

—Te amo, Teseo, te amo. Casi me estoy muriendo de eso.

—Los augurios dicen que vivirás —respondí—. Ahora, duérmete.

Me restregó la mano contra su húmeda mejilla. —¡Eres tan guapo...! ¿Te casarías conmigo si tuviera suficiente edad?

—Claro, claro que sí. Mataré a todos tus pretendientes y te llevaré conmigo en un barco de oro.

Me miró; tenía las pestañas pegadas de tanto llorar.

—Mi nodriza dice que, cuando yo sea mujer, tú ya habrás muerto.

—Eso lo dirá el dios. Estaré demasiado viejo para los toros, sin duda. Para entonces las damas hermosas como tú ya se habrán olvidado de mí.

—¡Ah, no! —gritó ella—. ¡Yo te amaré siempre! Cuando seas viejo, cuando tengas veinte o treinta años, te seguiré amando.

—Lo veremos —dije sonriendo—. Voy a decirte una cosa: cuando tú seas grande, si vivo, yo seré rey. Te propongo un juego, Ojos Claros. ¿Quieres hacer una apuesta?

—Sí que quiero. Pero ahora que somos novios tienes que darme una prenda.

Le ofrecí un anillo, ya que tenía muchos más; pero lo rechazó con la cabeza.

—No, los anillos sólo son de oro; necesito un mechón de tu cabello. Niñera, ven y córtaselo.

—¿Mi cabello? —repliqué—. No, eso no te lo puedo dar; se lo he ofrecido a Apolo. Además, alguien podría apoderarse de él y usarlo para perjudicarme.

Se le desencajó la boca y oí que una de las niñeras le decía a la otra: —¿Ves? Sigue siendo un bárbaro, en el fondo.

La niñera trajo una cuchilla de depilar y me cortó el mechón.

—No temas —me dijo la niña—. Lo cuidaré bien. Nadie lo tendrá más que yo.

Cuando me iba, la niña se había puesto el mechón en la palma de la mano y lo acariciaba delicadamente con las yemas de los dedos.

Me detuve en el umbral para despedirme con un gesto.

—Adiós, Ojos Claros. No me has dicho cómo te llamas.

Ella alzó los ojos y sonrió.

—Fedra —dijo.

Capítulo seis

Cierto día, al toro de Dédalo se le rompió una palanca y no movía la cabeza. Vinieron unos artesanos a arreglarla. Los danzarines se agolparon en el primer momento a mirar; luego, cansados del largo y meticuroso trabajo, se fueron.

Yo me quedé por allí, ya que siempre me inspira curiosidad ver cómo se hacen las cosas. Para entonces ya había aprendido un poco de cretense, escuchando las palabras de los rituales y oyendo hablar a los criados, y entendí la mayor parte de las cosas que decían los hombres, mientras trabajaban, sobre una torre que estaban construyendo en la costa sur, para que sirviera de atalaya a los vigías contra los egipcios, en caso de guerra. Otro respondió que él, por lo pronto, no le tenía ninguna inquina al faraón; se decía que éste sólo adoraba al dios sol y que desdeñaba a todas las demás divinidades, pero que era bueno con los artesanos.

—Antes sólo se hacían copias; consideraban impío al hombre que veía las cosas de manera personal; ahora se puede disfrutar con la propia destreza. Dicen que en Egipto hasta leyes tienen los artesanos y que pueden trabajar para quien quieran. Por mí, que vengan los egipcios.

Me acerqué más y dije:

—En el Ática, tenemos leyes para las artes. Y también para los agricultores. Se reúne la asamblea del gremio y el rey vela por que se haga justicia.

Yo estaba lejos de mi país y lo veía, no tal como era, sino como soñaba hacerlo. El sueño había crecido en mi alma sin advertirlo yo. Ellos me escucharon, al principio, porque yo era Teseo el de las Grullas; todos los cretenses se interesaban por la danza del toro; pero, de pronto, el capataz dijo:

—Si el rey de tu país desembarca aquí algún día, Teseo, nos encontrará a muchos de nosotros dispuestos a combatir por él, a cambio de leyes como esas.

Otros dijeron lo mismo. Me alejé, aturdido, y apenas lograba zafarme de mis cavilaciones cuando la gente me hablaba. Pero pronto mi animación desapareció. Las tierras helénicas estaban lejos, allende el mar y yo no tenía mensajeros.

Pero no podía olvidar. Todas las noches rezaba al padre Poseidón, extendiendo las manos sobre la tierra. Insistía al no recibir respuesta. Y estuve repitiéndome junto al oído del dios hasta cansarlo. Y por fin, me oyó.

Estaba yo en una fiesta cuando apareció un acróbata que actuaría para los invitados: era un joven esbelto, demasiado rubio para ser otra cosa que heleno. También yo debí de llamarle la atención, porque vi que no me quitaba los ojos de encima. Era un hábil contorsionista; parecía tener articulaciones en todas partes, como las serpientes. Y mientras tanto, yo pensaba que debía de haberlo visto en alguna parte, antes. Cuando descansaba, sus ojos volvieron a encontrarse con los míos; le hice señas para que se acercara y le pregunté de qué ciudad procedía. Su rostro se iluminó al oírme hablar en griego.

—Mi oficio me hace viajar —dijo—. Pero soy ateniense.

—Ven a hablar conmigo después —le dije.

Me excusé temprano, sin llamar la atención de nadie por eso, ya que los danzarines de toros necesitan dormir. En el patio, el joven ateniense vino a mi encuentro con pasos silenciosos, y antes de que yo pudiera preguntarle algo, me murmuró al oído:

—Se asegura que eres el jefe de los danzarines de toros. ¿Es cierto?

—Eso dicen —contesté.

—Entonces, por amor de Zeus, dime dónde entierran a las víctimas y cómo puedo llegar allí. He venido hasta aquí para hacer las ofrendas por mi hermana, a quien se llevaron de Atenas en la época del último tributo. Tengo que ganarme el pasaje trabajando; de lo contrario, habría preferido morirme a bailar para esos cretenses. Ella y yo somos mellizos. Era mi pareja en las actuaciones. Bailábamos antes de saber caminar.

El corazón me dio un vuelco y casi se me agarró la garganta.

—Llévate a tu casa tus ofrendas —dije—. Tu hermana Hélice vive aún.

Me bendijo y siguió hablando un poco, antes de suplicarme que le dijera cómo podía llevársela de allí.

—Tú solo nunca lo conseguirías —le dije—. Ni siquiera los hombres salimos del Laberinto; y a las muchachas las encierran en la Casa del Toro. Tendrías una muerte cruel y la dejarías acongojada. Pero tal vez podrías salvarla antes de que le llegue su toro si le llevas un mensaje mío al rey de Atenas.

Lo vi sobresaltarse en la oscuridad. Me cogió del brazo y me llevó junto a la luz que entraba por el vano de una puerta; luego, me soltó el brazo y murmuró: —¡Mi señor! No te había reconocido.

Todos los saltarines de toros se pintan los ojos. Eso señala la posición de uno, como el hecho de llevar objetos de oro. El hermano de Hélice era demasiado educado para comentarlo.

—Nunca te he visto de tan cerca en Atenas. Toda la ciudad te lloró y el rey parece haber envejecido diez años. ¡Cómo alabará a los dioses por esta noticia!

—Y te lo agradecerá a ti, además.

Los ojos del joven brillaron, como es natural, y me rogó que le diera el mensaje, para ocultarlo bien. Le dije:

—No, nos costaría la vida a los dos si lo descubrieran. Debes aprendértelo de memoria.

Recuerda que está en juego la vida de tu hermana y repítelo cuando yo te lo haya dicho.

Medité un momento y agregué: —Salud, padre. Creta está tan madura que se pudre y quinientos barcos pueden tomarla. Los nativos cretenses odian a sus amos. Pídele sus naves al gran rey de Micenas; habrá un inmenso botín para repartir. Y reúne a la flota en Trecén, ya que los barcos de guerra cretenses no hacen escala allí. Cuando lleguen tus soldados armaré a los danzarines del toro y me apoderaré del Laberinto.

El joven ateniense lo aprendió enseguida, porque era muy despierto, y me preguntó:

—¿Tendrías alguna prueba de que digo la verdad, señor, para dársela al rey? Es un hombre cauto.

Tenía razón, pero no se me ocurrió qué podía darle.

—Si te pide una prueba, dile: «Teseo pregunta si el jabalí blanco aún bebe vino».

Y nos separamos. Le dije cuándo podría ver actuar a Hélice, pero añadí: —No le escribas. Eso la distraería del toro. Yo se lo diré después.

Después de darle la noticia a Hélice a solas, reuní a las Grullas, les hice jurar que guardarían el secreto y les revelé el plan.

—Es un secreto de las Grullas —dije—. Es demasiado pronto para decírselo a los demás. Alguno se iría de la lengua. En cuanto a los amigos y amantes que tenemos en el Laberinto, les perdonaremos la vida cuando demos el golpe; pero, hasta entonces, nuestro juramento nos obliga a callar y, entre tanto, hay que encontrar un sitio donde ocultar las armas cuando las consigamos. Tendremos que armar también a las muchachas.

Miré las paredes de la Casa del Toro. Todo estaba más desnudo que un campo; sólo teníamos nuestros hatillos. Luego, Melanto dijo:

—Podríamos ocultarlas fácilmente en nuestras habitaciones. Aquello es una vieja conejera destartada, llena de agujeros, rincones y tablas flojas. Sólo están vigiladas las puertas de salida.

Repliqué:

—Eso bastaría para vuestras armas, pero no para las de los hombres. Apuesto diez contra uno a que tendremos que salir de noche y forzar vuestras puertas luego.

Hubo una pausa. Luego Hipón me miró con los ojos entornados y dijo:

—Teseo, si queremos que las muchachas salgan de noche, creo que yo podría meterme ahí.

Todos nos quedamos mirándolo. Hipón se volvió hacia Tebe, le susurró algo y se fueron juntos. Su ausencia duró algún tiempo y, conversando, los olvidamos. Luego apareció Tebe, no vestida de danzarina, sino con su indumentaria ateniense. «¿Qué habrá hecho para estar tan linda? —pensé—. Ésa no es Tebe.» La muchacha se acercó, entornando los ojos y ciñéndose un chal sobre el pecho. Era Hipón. Al final, nos había recompensado por nuestra paciencia. Todos comprendieron que había escogido el lugar más peligroso. Entonces Iro dijo:

—¡Esperad, queridos amigos, hasta que me hayáis visto a mí! —Aquello era prometedor. Yo sabía que sólo los hombres tenían prohibido visitar a las muchachas. Muchas damas del palacio venían de visita después del anochecer, sobornando al guardia y regalando algo a la sacerdotisa. Nos sentimos con más ánimos. Yo sólo albergaba un temor: que la esperanza nos causara demasiada tensión y nos hiciera bailar peor. Ahora no podía permitirme el lujo de perder a ninguno de mis compañeros, ya que quizás aquella fuese la última vigilia antes del amanecer.

Si alguien llevaba un collar flojo en el ruedo, siempre se lo sujetaba con un lazo de hilo quebradizo, por si se le enganchaba en los cuernos. Era una vieja costumbre. Pero ahora yo inducía a las Grullas a hacer lo mismo con sus cinturones debajo de la hebilla. Lo hice después de haber visto cómo el toro derri-

baba a un miedo, enganchándolo por el cinturón, y lo mataba. Muchos danzarines imitaron el ardid, pero, de hecho, fui el primero en ponerlo a prueba. Había resbalado muy cerca de Heracles y sentí que el toro me pillaba. El cinturón aguantó unos instantes y me creí perdido: luego, cedió. Al alejarme, con pasos bastante torpes, pero ileso, advertí que el taparrabos se me caía al suelo, lo alejé de un puntapié y me quedé de pie en el redondel, totalmente desnudo.

En las gradas, los espectadores se habían puesto a vociferar, contando con verme por fin muerto. Entonces cambiaron de tono: los hombres estallaron en carcajadas, las mujeres se removieron y chillaron. Mientras tanto, Menestes y Pilia habían atraído al toro y Crisa estaba saltando. Pero la gente había visto ya aquellas cosas y yo concentraba toda su atención. En las graderías debía de haber, por lo menos, quince mil cretenses.

Nunca había pensado en verme así; pero ahora sentía arderme todo el cuerpo al tener que seguir desnudo hasta el final de la danza. Ni siquiera advertí que el toro se volvía hacia mí hasta que Néfele gritó mi nombre. La muchacha lo alejó y Amintor y yo tuvimos que salvarla a su vez, lo que hizo que me olvidara de mí mismo; pero cuando de nuevo tuve un reposo me encolericé con los cretenses. La cólera es mala amiga en el ruedo. Eso me hizo ver mi locura.

«¡Vaya! —pensé—. Un esclavo hizo mi vestido; pero a mí me hizo el omnipotente Zeus. ¿Debo sentirme avergonzado ante estos estúpidos hijos de la tierra, que creen que Zeus muere todos los años? ¿Yo, que soy un heleno?» Y giré sobre mí mismo para enfrentar al toro y bailé con él para que dudara de mí; cuando lo hube mareado hasta ponerlo bizco, di medio salto mortal y una voltereta sin manos; el público dejó de reír y me vitoreó. Pronto Heracles se amohinó, dio media vuelta y se alejó con paso cansino; la danza había terminado y me dirigí a dar la cara en la lasciva Casa del Toro. Supongo que sólo recuerdo aquel estúpido incidente a causa de lo que sucedió poco después.

Al día siguiente por la tarde un esclavo me trajo un mensaje sobre arcilla, invitándome a una fiesta en nombre de un joven noble a quien yo conocía. Al oscurecer, me bañé y vestí. (Por todo el Laberinto hay surtidores y no es necesario traer agua del exterior.) Cuando iba por un peristilo, surgió una mujer de detrás de una columna, me tocó el brazo y dijo:

—Télefo no tiene fiesta esta noche.

Llevaba la cabeza cubierta con un manto, pero vi que tenía canas y estaba doblada por los años.

—Acaba de invitarme —repliqué—. ¿Está enfermo, pues, o de duelo?

—Él no te ha llamado —dijo ella—. Sígueme; te mostraré adónde debes ir.

Me zafé de su mano. Estaba harto de aquellas tonterías que terminaban siempre igual, con cualquier mujer que uno no deseaba. A veces, sólo querían vengarse de una rival. Aquel lugar estaba repleto de intrigas. Y dije:

—Si no me ha llamado, me iré a dormir. Pero antes se lo preguntaré a él.

—¡Silencio! —dijo ella.

La escudriñé en la penumbra. Ni tenía aspecto de alcahueta ni hablaba como tal; tampoco parecía una criada. Tenía los ojos grises como las griegas y cara de ser de buena cuna; y al mirarla con detenimiento, la noté asustada.

Esto me desconcertó. Los apostadores ganaban si el toro me mataba, pero las apuestas no cubrían la muerte fuera del coso. No recordaba que ninguno de los maridos a quienes había puesto los cuernos hubiese llevado su enojo más allá de una mirada dura; en el Laberinto estaban habituados a esas cosas. Y yo me alejaba de las mujeres celosas. Con todo, adiviné un peligro; un peligro y algo más. Allí había secretos; yo era joven; habría sido una tortura no enterarme a aquellas alturas.

—¿Qué quieres de mí? —pregunté—. Dime la verdad y ya veremos.

—No puedo decirte nada —repuso ella Pero puedo jurarte, por mí y por los que me han mandado, que nadie se propone causarte daño y que no sufrirás ningún mal si haces lo que te digo.

—Quieres que me fíe a ciegas —dijo—. ¿Se trata de algo contra mi honor?

Ella replicó con mordacidad, pero sin ponerse nerviosa: —¡No, por cierto! Hay más honor del que te mereces. —Y apartando la cara, dijo—: No vengo por mi voluntad.

Desde luego que no era una alcahueta ni una criada. Más bien parecía la matrona de una gran casa.

—Veamos ese juramento —repliqué.

Lo dijo mecánicamente, en la antigua lengua cretense de los rituales; y entonces se me ocurrió que debía de ser una sacerdotisa. El juramento era fuerte y respondí:

—Guíame.

Me dio una capa que traía consigo y me indicó:

—Usa esto. Tu ropa es de colores demasiado vivos y atrae la luz.

Me puse la capa y me dijo que la siguiera a diez pasos de distancia. Echó a andar con rapidez, como un conejo viejo que busca su conejera; luego, descolgó una pequeña lámpara de un soporte y me condujo a lugares que yo nunca había visto antes, sorteando herrerías y carpinterías, cocinas y hediondos patios con estiércol.

Finalmente entramos a un depósito lleno de leña y dejó que la alcanzara. Pasamos de perfil entre las pilas de leños; detrás había un espacio despejado y una trampilla de madera. Me señaló en silencio la anilla. Indiscutiblemente, aquella mujer nunca había sido criada.

La trampilla estaba recién engrasada y se abrió sin hacer ruido. Descendían unos peldaños de madera iluminados por el vago y lejano resplandor de una lámpara. Olía a grano, a aceite y a cera, y también al frescor de la tierra.

Bajé algunos peldaños y vi a mi alrededor grandes tinajas, más altas que un hombre. Tenían asa para poder correrlas; en la sombra, aquellas asas parecían orejas y dedos. Esperé a mi guía; ella se inclinó y me dijo al oído:

—Ve a aquella columna, más allá de las tinajas de grano. Tiene atado un hilo alrededor. Cógelo y ve adonde te lleve el hilo. No lo sueltes y no sufrirás ningún daño. Si te extravías y vas a parar a las catacumbas del tesoro, los guardias te matarán.

—¿Por qué me abandonas? —dije, y la aferré de la muñeca para retenerla.

Aquello no me gustaba; olía a traición y a emboscada. La mujer me dijo, altiva y enojada:

—Te lo he jurado. Ni yo ni los que me envían acostumbran ser perjuros. Suéltame; me lastimas; más vale que seas más cortés en el lugar a donde vas.

Su enfado parecía sincero y la solté. Me dijo, con una amargura que no me estaba destinada:

—Aquí termina mi encargo; no me interesa conocer el resto. Tal es la orden que me han dado.

Bajé por los peldaños y oí cerrarse sin ruido la trampilla. Estaba rodeado por todas partes por las catacumbas del Laberinto; largos pasadizos con columnas flanqueadas de arcones o estantes para tinajas y cajones; nichos atestados de vasijas de arcilla pintadas; túneles con rincones para toneles y cofres; una maraña de tenebrosas cavernas, que la penumbra cerraba como con un corcho. Un gran gato gris saltó junto a mí, algo cayó con estrépito y una rata dio un chillido furioso.

Rodeé las tinajas de grano, en cada una de las cuales cabían dos hombres de pie y encontré la columna en cuestión. Tenía un estante con una lámpara, una pequeña mecha sobre un montoncito de arcilla. A la piedra labrada estaba sujeto un cuenco de ofrendas que olía a sangre rancia. Era uno de esos pilares maestros de la casa en que los cretenses hacen sus sacrificios, para sentirse fortalecidos cuando el Toro de la Tierra sacude el suelo.

La delgada cuerda que lo rodeaba había sido atada poco antes, porque estaba limpia de sangre. Cuando recogí el cabo suelto del suelo, una serpiente doméstica se metió silbando en su tinaja, a menos de un metro de mi mano. Retrocedí, sobresaltado y con los brazos erizados; pero tenía cogida la cuerda y la seguí.

Me condujo, serpenteando, por oscuros almacenes que olían a vino y a aceite, a higos y a especias. De vez en cuando, al doblar un recodo, surgía colgada entre tinieblas la luz de alguna lamparita igual que la primera, que señalaba el camino más bien que lo iluminaba. Cuando di la vuelta a un pilar, un grito áspero y extraño, sofocado, me puso los pelos de punta. En el suelo mojado había un viejo pozo de malsano olor; una gran rana estaba encaramada en el brocal, pálida como un cadáver. Luego, el camino se estrechaba y a ambos lados palpé ásperas paredes de piedra, donde se me escurrían cosas entre los dedos. Oí un latido ahogado al otro lado de la pared, irregular como el de un corazón aterrorizado; cuando apliqué el oído a la piedra, noté que una voz leve y grave maldecía y gritaba, reclamando luz e invocando a los dioses. Pero pocos pasos después dejé de oírla; aquella mazmorra debía de estar bastante lejos.

Luego, encontré un gran recinto lleno de sombras sinuosas, donde se amontonaban muebles, soportes para lámparas y jarrones. Una larga prolongación del recinto se perdía en la oscuridad; pero, al escudriñarlo, distinguí pilas de escudos y lanzas cubiertos de polvo. Entonces, me arrepentí de no haber ido dejando rastros de mi camino; y arrancando un trocito de revestimiento del pilar más próximo, rasqué el signo de Poseidón. Después, seguí marcando cada columna que me salía al paso.

De allí, el hilo pasaba a un pasadizo sumido en tinieblas, donde sólo pude avanzar tanteando mi camino a lo largo de las paredes. Las telarañas me cosquilleaban la cara y una rata me pisó el pie al cruzar. Yo me acordaba de las víboras y andaba con cautela. Aquel pasadizo iba ascendiendo y el aire se hacía más cálido. Al final había otra lámpara y un gran aposento que servía de archivo: estantes con pergaminos que crujían al paso de los ratones; mohosos rollos de cuero antiguo; manojos de papiros con signos a tinta descoloridos; arcos y cestos llenos de objetos de arcilla y tablillas. El polvo me hizo estornudar y los ratones se dispersaron a toda prisa.

Luego, tras otro pasillo, volví a ver luz. Entré en una larga cámara que era un depósito de artículos para el culto. Había trípodes y cuencos, vasos de óleo con anchos pedestales y angostos cuellos; copas para libaciones con senos tallados a los lados; hachas sagradas, máscaras y cuchillos sacrificiales; y una gran pila de muñecos con miembros articulados. El hilo sorteaba montones de soportes para incensarios y de emblemas sobre largas varas y un carro fúnebre dorado de los que sirven para llevar a los príncipes a sus tumbas. Pasé junto a un alto armario abierto donde se veían vestidos de mujer, con incrustaciones de oro y olor a casia. Luego, había unos peldaños de piedra que ascendían y una puerta entreabierta. El extremo del hilo estaba atado al picaporte. Empujé la puerta, que se abrió sin el menor ruido. Ahora, me hallé en un recinto de techo alto y con el piso limpio. Olía a aceite perfumado, a cera de abejas, a incienso, a vino con especias y a bronce bruñido. Una gran forma se irguió ante mí, recortándose el perfil oscuro contra la resplandeciente luz de la lámpara: era la espalda de una mujer de tres metros de estatura, subida en un plinto y coronada por una diadema. Era la diosa del gran santuario, donde los nobles habían pujado por nuestra consagración cuando llegamos. Pero ahora yo estaba detrás de ella, donde no se me veía.

Luego vi detrás de su sombra otra, más pequeña y oscura. Era una mujer envuelta de pies a cabeza en un largo manto negro. Sólo se le veían los ojos, unos ojos cretenses, oscuros y sesgados, de tupidas pestañas y finas cejas, con la frente como la nata. No alcanzaba a ver más, ni la figura ni el pelo de aquella mujer, porque el vestido que la envolvía lo tapaba todo; sólo noté que parecía ser de talle fino y que no era muy alta. Cerré la puerta, dejando el hilo a mi espalda y entré. La capa que me habían prestado estaba sucia de polvo y telarañas. La dejé caer y me quedé a la espera.

La desconocida hizo un pequeño ademán para que me acercara, sacando apenas las yemas de sus dedos del manto. Me aproximé a dos pasos de ella; entonces noté en sus párpados que era joven. Y dije:

—Aquí estoy. ¿Quién ha mandado por mí? —Habló por fin, pero sin quitarse el manto de la boca, de modo que su voz sonaba débil y ahogada; pero se percibía con claridad, como la hoja de una espada aunque esté envainada.

—¿Eres Teseo, el danzarín de toros? Me pareció extraño que no me conociera; toda Cnosos va a la danza del toro.

—Si lo dudas, no puedo probarlo —respondí. Pero sus párpados temblaron y eran jóvenes; por eso, dije—: Sí, soy Teseo. ¿Quién me necesita y por qué?

—Soy sacerdotisa —dijo—. Sirvo a la diosa terrenal. Ella me ha enviado a interrogarte.

Entonces, dejó caer el manto, descubriendo el rostro, y vi que era delicado, que iba sin pintar y estaba muy pálido. Tenía la nariz recta y fina, y la boca parecía pequeña porque los ojos eran muy oscuros y grandes. Después de descubrirse la cabeza, me miró en silencio y se echó atrás, contra el pedestal de la estatua. Esperé y dije:

—¿Y bien? Vi moverse la punta de la lengua entre los labios. También la vieja había tenido miedo. Con todo, no podía creer que allí, en el más santo de los lugares, alguien me matara. Eso parecía absurdo. Vi moverse el manto donde ella lo sujetaba con los dedos.

—Se trata de algo muy penoso, casi impío —dijo—. La diosa dice que hay que interrogarte. Debes responder, so pena de maldición. Hemos sabido que la gran sacerdotisa de Eleusis te escogió rey del año; que, después de haberla desposado, sublevaste al pueblo contra ella y la hiciste ejecutar; que has mutilado el culto de la Madre y profanado el Misterio. ¿Es verdad todo eso?

—Sólo es cierto que soy rey de Eleusis —respondí—. La diosa me escogió, o por lo menos así me lo dijeron. Y fue al rey del año anterior a quien maté, de acuerdo con la costumbre, y no a la reina.

La sacerdotisa se ciñó más el manto, de manera que se le distinguían los brazos cruzados.

—¿Qué costumbre es ésa? ¿Cómo lo mataste?

—Con mis manos, luchando —dije.

Me miró con los ojos muy abiertos y se limitó a asentir. Agregué: —Estaba en la frontera cuando la serpiente de la casa picó a la reina. Ella interpretó que era una señal de cólera por parte de la Madre y se fue. Ni siquiera sé si ha muerto; puedo jurar, si quieres, que no la maté.

Ella se miró sus manos ocultas.

—¿Te apesadumbró eso? ¿La querías mucho? —Negué con la cabeza.

—Había tratado en tres ocasiones de hacerme asesinar; una vez, por mano de mi propio padre, sin que él supiese quién era yo. Merecía la muerte. Pero la dejé en manos de la diosa.

La sacerdotisa hizo una pausa y dijo, aún con los ojos bajos:

—¿Por qué se enfadó? ¿Habías estado con otra?

—Sólo en la guerra, como sucede en todas partes —respondí—. No, no fue por eso; creyó que me proponía cambiar la costumbre. Y lo hice. Yo provengo de un linaje real. Pero no profané el Misterio. El pueblo estaba contento; de lo contrario, ellos mismos me habrían matado.

Después de otra pausa, ella dijo:

—¿Y estás dispuesto a jurar que todo eso es cierto?

Repliqué: —¿Qué juramento quieres? Te he dicho estas cosas bajo pena de maldición.

Sus labios se entreabrieron y se cerraron con rapidez. Pensé: «A esta mujer se le ha olvidado algo. Es una sacerdotisa, sí, pero, ¿qué más?»

—Es verdad —dijo la sacerdotisa—, no es necesario que jures.

Volvió a guardar silencio y vi que el paño se movía sobre sus manos.

«Y ahora, ¿qué? —pensé—. Y si todo esto es tan complicado... ¿por qué no se ocupa una sacerdotisa de mayor edad? No es normal confiar estas cosas a jovencitas.» La joven estaba inmóvil y pensativa, doblando y desdoblando un pliegue del manto. Dije:

—Hace tres temporadas que estoy con los toros. Si el dios o la diosa están irritados contra mí, no necesitan ir muy lejos para encontrarme.

Volvió a decir: —Es cierto. —Vi que se pasaba la lengua por los labios y tragaba saliva. Quizá la Madre te tenga destinado a otra cosa.

Pensé: «Ahora dirá la verdad». Y esperé. Pero como no continuaba, dije:

—Quizá sea así. ¿Has recibido tú algún augurio? — La sacerdotisa abrió la boca, pero sólo brotó su aliento. El pecho le palpitaba bajo los brazos.

—¿Qué sucede? —pregunté, y me acerqué un poco más.

De improviso habló, con una vocecita aguda, rápida y jadeante: —Estoy aquí para interrogarte. No para que tú me hagas preguntas. Sencillamente porque en el santuario tenemos que saber todas esas cosas. Por eso enviamos a buscarte.

—He contestado lo mejor posible —dije—. ¿Debo volver por el mismo camino? ¿O puedo cruzar el patio? —Y me incliné para recoger mi capa; pero mirándola en todo momento.

—Espera —replicó—. Aún no tienes permiso para irte.

Solté de nuevo la capa; sólo había querido sonsacarla un poco.

Mientras esperaba, noté que tenía el cabello hermoso y ondulado, con brillo sedoso. Bajo la ceñida vestimenta se apreciaba un talle pequeño; y los pechos, que se acunaban entre las manos con tanta delicadeza, debían de ser mórbidos.

—Vamos, habla —le dije—. No te voy a comer.

Un bucle del pelo, que se le metía dentro del vestido, se enderezó de pronto como si tiraran de la punta.

—Yo tenía que preguntarte para la diosa, es decir, para los archivos del santuario...

La sacerdotisa se interrumpió y dije:

—Bueno. ¿Qué me quieres preguntar? —Parpadeó y dijo, más deprisa:

—No sabemos nada sobre el rito de la Madre en Atenas. ¿En qué consiste la ceremonia? ¿Cuántas sacerdotisas participan? ¿Cuántas muchachas? ¿Qué víctimas se ofrecen? Explícamelo todo desde el principio y no dejes nada por decir.

La miré fijamente, sorprendido. Por fin repliqué: —Pero, señora... Hay seis muchachas en la Casa del Toro, todas atenienses y conocedoras del ritual. Cualquiera de ellas podría decírtelo mejor que un hombre.

Ella comenzó a hablar y luego se interrumpió a mitad de la frase. De improviso su rostro, tan pálido, se tomó rosado como las montañas por la mañana. Me acerqué a ella a zancadas y apoyé las manos sobre el plinto, junto a sus hombros, para retenerla donde estaba.

—¿Qué juego es éste? —dije—. ¿Por qué me preguntas cosas sin objeto? ¿Para qué me retienes aquí? ¿Es esto una emboscada? ¿Van a hacerles daño a los míos durante mi ausencia? Basta de mentiras, ya; quiero la verdad.

Mi rostro estaba cerca del suyo. Sus ojos suplicaban como los de un cervato atrapado y temblaba de pies a cabeza. Hasta su gruesa vestimenta se estremecía. Me sentía avergonzado. La había amenazado como si ella fuese un guerrero; lo cual también me hacía sonreír.

La aferré para inmovilizarla y se le escapó un suspiro entrecortado que parecía un sollozo reprimido.

—No —dije—, no digas nada. Estoy aquí y tanto da por qué.

Ya lo ves, te obedezco y no pido explicaciones. Tengo razones de sobra.

Alzó el rostro, bañado en colores cambiantes; y algo que no sabría nombrar se agitó en mi espíritu. Ahora que estaba cerca, percibía la fragancia de su cabello y de su cuerpo.

—¿Quién eres? —le pregunté. Y sentí agarrotarse la garganta: la reconocí.

Ella lo vio en mi mirada. Sus ojos negros se dilataron y, con un grito, se escurrió por debajo de mi brazo y huyó corriendo. Vi escabullirse su sombra detrás de la gran imagen y desaparecer. El enorme salón quedó desierto y lleno de ecos; las únicas pisadas eran las mías. La vestimenta negra de la sacerdotisa estaba en el suelo; también habían desaparecido los susurros y los chasquidos de su falda. Di unas vueltas, tratando de descubrir dónde podía haberse escondido; era imposible que hubiese llegado a la puerta del fondo, pero oí cerrarse algo.

—¿Dónde estás? —grité—. Sal, porque es seguro que te encontraré.

Pero mi voz resonaba demasiado en los grandes espacios vacíos del santuario: sentí que la presencia se irritaba y no me atreví a seguir gritando. Luego, estando inmóvil, vi proyectarse una sombra debido a la nueva luz que había aparecido a mi espalda. Giré bruscamente sobre mis talones y me acordé de que no tenía armas. Pero al ver de dónde provenía la luz, mi respiración se aceleró. El plinto se había abierto debajo de la imagen. Dentro, un luminoso fuego azul centelleaba sobre un trípode. Iluminaba a la Madre Tierra, viva, coronada por su diadema; unas serpientes se enroscaban como guirnaldas en sus brazos extendidos. Sus manos las asían por la mitad; la luz brillaba sobre las lustrosas pieles y las oí silbar.

Mi corazón me martilleaba dentro del pecho; hice la reverencia temblándome la mano. Bien plantado sobre mis pies, miré a la Madre Tierra y ella me miró, y la vi parpadear.

Permanecí quieto y callado. La llama vacilaba y la Madre Tierra miraba al frente. Di un paso adelante, sin hacer ruido, y luego otro y otro. Ella no había tenido tiempo de pintarse la cara y llevaba la diadema algo torcida. Cuando me acerqué, noté que jadeaba por haber contenido la respiración. Extendió los brazos rígidos y las serpientes se retorcieron, molestas por la luz y ansiando volver a su morada. Pero no me fijé en ellas al acercarme; escudriñaba el rostro de la diosa.

Cuando alargué las manos hacia las serpientes, sabía perfectamente que les habían arrancado los dientes.

En los oscuros ojos de la diosa fluctuaba el reflejo de dos llamas. Al pie del altar, adelanté la mano y deslicé mis dedos sobre los de ella. Cuando le apreté la mano, la serpiente, al quedar suelta, se enroscó por un instante alrededor de nuestras muñecas y nos unió las manos; luego, se deslizó al suelo y desapareció. De la Madre Tierra, señora de todos los misterios, surgía una virgen que quería huir; una muchacha que ha dado un paso adelante y tres atrás y quiere castigar lo que la ha asustado. Le tomé la otra mano; la otra serpiente ya había huido.

—Vamos, pequeña diosa —dije—. ¿Por qué tienes miedo? No voy a hacerte daño.

Capítulo siete

En un rincón del templo, detrás de la imagen, había una puerta con cortinajes y un pequeño aposento. Allí iba ella a comer cuando los ritos resultaban largos, y a que la vistieran y peinaran. Era una habitación sencilla como la de una niña, sólo que sembrada de símbolos y vasijas sagrados en vez de juguetes. En el rincón había una bañera, pintada de azul por dentro, donde nadaban peces. Y un lecho para descansar si se fatigaba.

La llevé a esa habitación. Allí se despojó de su diadema cargada de oro y de su pesada vestimenta; y sus sirvientas le aflojaron el enjoyado cinto, que ningún hombre había soltado aún. Era tímida y sólo vi el recinto un instante, porque apagó la lámpara enseguida.

Luego salió la luna, su luz se colaba entre las paredes del patio y se desparramó por el suelo. Me acodé para mirarla; mi pelo cayó sobre el de ella y la joven fue trenzándolos juntos.

—Oro y bronce —dijo—. Mi madre era rubia, pero yo soy completamente cretense. Se avergonzaba de mí.

—El bronce vale más —dije yo—. Del bronce provienen el honor y la vida. Dale a mi enemigo una lanza de oro y una espada de oro también.

No quise hablar de su madre, después de todo lo que había oído, y preferí besarla. Se colgó de mi cuello con todo su peso y me atrajo hacia sí. Parecía una salamandra joven que se encuentra por primera vez ante el fuego; temerosa al principio y que sólo cuando se lanza a las llamas reconoce su elemento. Un viejo dicho afirma que el linaje de Minos tiene en la sangre el fuego del sol.

Dormimos, nos despertamos y dormimos. Me decía: —¿Estoy despierta? Una vez, soñé que estabas aquí y no quería despertarme. — Le demostré que estaba despierta y volvió a dormirse. Nos habríamos quedado allí hasta la mañana; pero, poco antes del amanecer, la vieja entró en el templo y rezó con su voz aguda y cascada, y golpeó los címbalos antes de alejarse.

Fue entonces cuando aprendí a dormir de día. Ni siquiera los gritos que resonaban en la Casa del Toro me despertaban.

La segunda noche me pusieron el hilo de otra manera. Había una trampilla en una vieja habitación abandonada, mucho más próxima. Me condujo la misma vieja que me llevara con tantos rodeos para evitar que aprendiera el camino. Estaba emparentada, por el lado materno, a la difunta reina Pasifae. Con el nuevo itinerario tardé mucho menos; y seguía pasando junto a la antigua armería.

Esa noche, había vino junto a la cama y dos copas de oro para beber.

—Parecen las copas de las libaciones —observé.

Ella respondió, sin darle importancia al asunto:

—Y lo son.

Mi madre me había enseñado a respetar las cosas sagradas. Pero mi madre sólo era una sacerdotisa.

La lámpara no se apagó aquella noche. Mis ojos estaban ciegos para todas las demás mujeres y el anochecer de aquel día se me había hecho interminable.

En plena noche, me dijo: —No vivo hasta que llegas aquí. Es una muñeca la que anda y habla y usa mi ropa mientras estoy tendida esperándote.

—Pequeña diosa, mañana por la noche no podré venir —dije con esfuerzo, pero seguía siendo una Grulla y me ligaba nuestro juramento—. Al día siguiente, habrá danza del toro. El amor y los toros no se llevan bien. Pero nos veremos cuando salga al coso.

Ella me estrechó entre sus brazos, llorando: —No puedo soportarlo. Cada vez que saltas se diría que me clavan una espada en el corazón. Ahora será mil veces peor. Haré que te saquen de la Casa del Toro. Que piensen lo que quieran. Soy la diosa terrenal.

Era toda una mujer al decir esto. Sus palabras me hicieron sonreír. Comprendí entonces que nunca se le había ocurrido igualarse a los dioses. Su antiguo título sólo significaba un rango y un cargo. Allí, todos los ritos sagrados habían surgido como juegos o como simples ornamentos de corte. Ella no sabía el porqué de mi sonrisa y sus ojos me lo reprocharon.

—Corazoncito mío, no puedes sacarme de la Casa del Toro —dije—. Me he ofrecido al dios para responder por mi pueblo. Mientras los míos bailen, bailaré con ellos.

—Pero eso sólo es... —Se dominó y agregó—: Sólo es una costumbre de tierra firme. Aquí, en Creta, nunca se ha sacrificado a un rey en doscientos años. En lugar de eso, colgamos a nuestros muñecos de los árboles y la Madre no se enfada.

Hice sobre ella el signo contra el mal. Los fulgores de sus ojos oscuros siguieron el movimiento de mi mano como si fuera una niña.

—Tú te ofreciste y la Madre te entregó a mí —dijo.

—Todos somos hijos de ella. Pero Poseidón me entregó a mi pueblo. Él mismo me habló y no puedo abandonar a mi gente.

Ella alargó la mano hacia el toro-amuleto del Corintio, que yo no me quitaba ni siquiera desnudo, y lo echó atrás por encima de mi hombro.

—¡Tu gente! ¡Seis jóvenes y siete muchachas! ¡Tú, que eres digno de gobernar un reino!

—No, si no soy digno de gobernarlos a ellos. Pocos o muchos, tanto da, cuando uno se ha puesto en manos del dios.

Retrocedió para mirarme a la cara, pero sin soltar un mechón de cabellos, como si temiera que me escapase.

—También yo estoy en manos de un dios —dijo—. Pelia la de las palomas me ha atrapado. Esto, este amor que parece una flecha que no se puede arrancar, es su locura. Cuando uno intenta sacarla, la introduce más aún. Mi madre me llamaba pequeña cretense; yo aborrecía a los helenos y sus ojos azules; pero Pelia es más fuerte que yo. Sé muy bien lo que está haciendo. Te envié aquí para que fueras Minos.

Me quedé mirándola, sintiendo que se me entreabría la boca de horror. Pero, por lo que yo veía, sus ojos eran inocentes del todo, salvo del asombro que les inspiraban los míos. Por fin, dije:

—Pero señora... El rey es tu padre.

Me miró desconcertada, como un niño que no sabe qué es lo que ha hecho mal.

—Está muy enfermo y no tiene ningún hijo varón —respondió.

Entonces la comprendí. Pero aquello era importante y yo iba captándolo poco a poco.

—¿Qué sucede? —me preguntó—. ¿Por qué me miras como si yo fuera mala? —Estaba tendida de costado; en la cintura se le sombreaban pequeños pliegues. Los acaricé con la mano.

—Lo siento, pequeña diosa. Soy forastero aquí. En Eleusis, cuando fui a luchar, fue la reina quien me condujo.

Contempló mi mechón de pelo, que no había soltado, y luego alzó los ojos para mirarme y dijo sin enojo, pero como sorprendida:

— Eres un bárbaro. Mi niñera decía que los bárbaros se comen a los niños malos. Te amo de una manera indecible.

Después hablamos sin palabras. Pero un hombre no es una mujer y no se le puede impedir que piense durante mucho tiempo. A poco, dije:

—Quizá tu padre no tenga hijos; él lo sabrá mejor que nadie. Pero tiene un heredero. —Su perfil se despabiló a la luz de la lámpara.

—Lo odio —dijo. La recordé en el templo, cuando había mirado a Asterión por encima de la tablilla rota. Continuó—: Siempre lo he odiado. Cuando era pequeña, mi madre me abandonaba cuando él venía. Ellos tenían sus secretos. Ella se reía de mí y me llamaba su pequeña cretense; pero nunca de él, aunque era mucho más moreno que yo. Cuando murió y la enterraron, me arañé el rostro y el pecho hasta hacerme sangre; pero tuve que taparme los ojos con el pelo para disimular que no podía llorar.

—¿Lo sabías, entonces?

—Lo sabía sin saberlo, como saben las cosas los niños. Mi padre es un hombre taciturno; rara vez me hablaba. Pero yo sabía que se burlaban de él cuando murmuraban en las esquinas; por eso, lo amaba. La joven clavó los dedos en la cama. Sé quién lo mató. Lo sé. Lo sé.

—Pero me has dicho que estaba enfermo —dije.

—Está muerto —replicó—. Muerto en vida. Desde hace un año, y aún más, no se le ha visto la cara; ahora nunca sale de su cuarto. Cuando lo haga, será en su carroza funeraria. Jura guardar este secreto. Tienes que obligarte tú solo; yo nunca podría, nunca, maldecirte. Me comprometí con el juramento. Luego ella dijo—: Es leproso. —Sentí, como se siente siempre, que aquella palabra era un dedo frío contra mi carne.

—Eso es muy fuerte. Pero proviene de los dioses.

—No. Proviene de otro leproso, o de algo suyo. Todos los médicos lo dicen. Cuando descubrieron que mi padre era leproso, desnudaron y examinaron a todos los que lo rodeaban; pero estaban limpios. Yo misma pensé que era un hechizo o una maldición. Pero recordé que, un año antes, él había perdido un brazal que usaba todos los días. Desapareció durante un mes; lo encontraron en un lugar donde lo habían buscado antes y se lo puso. Bajo ese brazal aparecieron las primeras señales.

Todo esto me pareció demasiado fantástico.

—De haber habido un traidor en su casa, ¿por qué no el veneno, que es rápido? —dije—. Los leprosos viven mucho si tienen techo y quien los alimente. —Pero me preguntaba por qué Minos no se había dirigido al dios desde el primer día. Asterión habría podido esperar años: encontraría algo más seguro.

Ella replicó:

—Ha encontrado lo más seguro. Si mi padre hubiera muerto inmediatamente y a él lo hubiesen proclamado Minos, habría habido guerra. La familia no lo hubiese tolerado. Ahora, poco a poco, Asterión ha ido concentrando el poder en sus manos: comprando a unos, asustando a otros. Al principio, cuando mi padre daba órdenes las obedecían. Ahora, no llegan hasta los hombres a quienes las envía y el capitán de la guardia se ha comprado una nueva finca. Nadie sabe ya quién es partidario de Asterión. Nadie se atreve a preguntarlo. —Y agregó—: Gobierna ya como un rey.

Desde luego, comprendí; no sólo esto, sino todo lo demás.

—Pero —dije—, entonces a Creta la gobierna un hombre que no pertenece a ningún dios, que no ha sido consagrado. Tiene todo el poder; sin embargo, no ha consentido en hacer el sacrificio. ¿Ha consentido? Una sombra veló su mejilla, como si quisiera sonreír; pero, con aire grave, negó con la cabeza.

—Entonces, el dios nunca hablará con él —dije—. ¿Cómo puede guiar al pueblo? ¿Quién verá llegar el peligro? ¿Qué sucederá si el dios se irrita y nadie se ofrece? ¡Recibe el servicio, el tributo y el honor, y no da nada! ¡Nada! ¡Ya sabía yo que era un ser monstruoso! ¡Será la muerte para tu pueblo, si lo dejan vivir! ¿Por qué lo obedecen los jefes? ¿Por qué lo soportan? —La joven guardó silencio durante unos instantes; luego, alargó la mano por encima de mi hombro y recobró el toro de cristal, poniéndolo sobre mi pecho.

—Me dijiste: «Hazle a mi enemigo una espada de oro». Es lo que hemos hecho aquí: hacer nuestras espadas de oro. No lo había comprendido hasta que te conocí. —Sus palabras me sorprendieron.

Ella dijo:

—Me crees una niña porque no había estado antes con ningún hombre. Pero sé algunas cosas. Comprendí que traías un destino para Amnisos, cuando te desposastes con el mar.

—¡Conque eras tú quien atisbaba entre las cortinas! —Luego, hubo entre nosotros una conversación propia de amantes. Pero más tarde le pregunté—: ¿Qué quisiste decir con eso de que me desposé con el mar? Me miró con sus ojos luminosos y profundos, que no eran infantiles.

—¿Por qué crees que tiró Asterión el anillo al agua?

—Para que yo me ahogara, desde luego. No podía hacerme ejecutar.

—O sea que lo hiciste sin saberlo; en ese caso, es seguro.

Cuando le pregunté qué quería decir, respondió:

—Cuando proclaman a un nuevo Minos, siempre se casa con la señora del mar. Le lanza un anillo.

Me acordé de que los nativos cretenses se habían quedado mirando y murmurando. Él les había dado un augurio que recordar, que resultaba azaroso como los verdaderos augurios. Él me había usado; lo mismo le habría dado un perro. Me había despreciado hasta en eso.

—Así que quedó en ridículo cuando le devolviste el anillo — dijo Ariadna—. Pero ¿y cuando lo arrojaste tú al mar y te casaste con la señora? ¡Cómo me reí detrás de las cortinas! Y luego, pensé: «Quizá sea un auténtico augurio». Adiviné que los cretenses así lo entenderían. También él lo pensó y por eso arregló el asunto lo mejor posible, convirtiéndose en tu mecenas. Comprendió que serías saltarín de toros y esperaba ser el último en reír.

Mientras tanto, yo cavilaba. Enseguida, dije:

—¿Cómo se entiende Asterión con los cretenses? Según las antiguas costumbres indígenas, la sangre de la reina debiera de bastarles; no le dan mucha importancia al padre.

Temí que esto pudiera sonar demasiado tosco; pero no era eso lo que la tenía preocupada.

—Sí —dijo—, lo sabe. Hasta hace poco los despreciaba y no significaban nada para él, salvo para el trabajo. Ellos se dirigían a mí. Ese es mi papel, escuchar súplicas y plegarias; los cretenses prefieren orarle a una mujer. Y yo trataba de ayudarles. Sabía lo que significa sentirse desdeñado. Traslada sus plegarias a mi padre: así fue como hablé con él por primera vez. Me decía: «Sólo eres una diosa, pequeña Ariadna. Ser un emisario es algo muy serio». Pero a menudo hacía lo que yo le pedía.

Le sequé los párpados con el dedo, diciendo: —¿Y ahora?

—Asterión los corteja. Antaño, si eran víctimas de una iniquidad, él no movía una mano. Ahora, los apoyará incluso si su causa es injusta, salvo que sea contra algunos de sus paniaguados. Hasta en el personal de palacio va reuniendo a gente de familia cretense, como Lenco. ¿Comprendes por qué mi padre debe morir poco a poco?

—Eso está mal —dije—. ¿Se ha ganado muchos adeptos Asterión?

—Los cretenses no olvidan fácilmente. Aquellos a quienes ha insultado no lo perdonan. Pero si alguno ha sido agraviado por un heleno, se incorpora a su bando.

Seguimos conversando, pero no recuerdo más. La cabeza me daba vueltas de sueño, de pensar y de los tibios olores de su pelo y de sus senos.

En la siguiente danza del toro, cuando miré hacia el altar, me pareció que todo el mundo debía de saberlo y adiviné que ella pensaba lo mismo. Pero nadie notó nada. Hice una nueva suerte, bajando del lomo de Heracles con un salto mortal de espaldas y cayendo de pie. Lo había practicado durante toda la mañana sobre el toro de madera, para demostrarle a Ariadna de lo que yo era capaz. Luego, les dije a las Grullas todo lo que honradamente podía revelarles; no había querido preocuparlos antes de la danza. Les expliqué que, según se decía, el rey estaba enfermo y Asterión conspiraba para enfrentar a los cretenses con los helenos y apoderarse del trono.

—Eso significa que no nos queda mucho tiempo —dije—. Si los cretenses lo apoyan, Asterión podrá defender las costas de una flota helena mientras conserve su aprecio. Y seguirá así hasta que esté a salvo en el trono; un año, o dos, o tres; más tiempo del que duraremos nosotros aquí. Tendremos que asestar el golpe pronto.

—Haremos lo que podamos, Teseo —dijo Iro—; pero no tenemos muchas armas aún.

Él e Hipón habían robado más armas que nadie; tenían mejores posibilidades. Dije:

—Sé de una armería; con un poco de suerte, allí habrá armas para todos.

Me proponía traerme unas pocas cada vez y ocultarlas en un lugar del cual pudiéramos sacarlas con rapidez. Pero no quería que me hicieran demasiadas preguntas.

Esa noche, en el pequeño cuarto de Ariadna, volamos juntos como salta la chispa hacia la mecha. Dos días y una noche de separación habían sido tanto como un mes. En realidad, la víspera poco me había faltado para correr hacia ella, con danza del toro o sin danza; sólo que, cuando me levanté, vi que Amintor dormía y me acordé de los míos.

Al cabo de tres noches, nuestro amor tenía ya sus recuerdos y su pasado. Teníamos nuestras palabras secretas para reír y para besarnos. Pero hasta mientras reíamos y jugábamos, o nos hundíamos a fondo en el amor como se zambulle el delfín, yo sentía terror; no sé si a causa del sitio donde estaba o porque el amor de los reyes y las reinas, aun en secreto, es un rito que se hace para el pueblo y ante los dioses.

Cuando me iba, descolgué la lámpara de la columna sagrada y me dirigí al almacén de armas. Como había previsto, todas las armas eran viejas; lo nuevo y bueno estaba arriba, en la armería. Se distinguían los peldaños y se adivinaba adónde llevaban; pero la armería debía de estar bien custodiada. Yo andaba sin hacer ruido y engrasaba los goznes de los arcones con aceite de lámpara. Estaban llenos de flechas; pero los arcos se veían deformados por el tiempo y las cuerdas estaban rotas. Lo que más me atraía eran las lanzas y las jabalinas, todas ellas de un modelo antiguo, algo pesadas pero muy sólidas. Sólo que demasiado largas para ocultar las bajo la vestimenta, aun llevando capa.

Con todo, emprendí la tarea de trasladarlas, noche tras noche, a la catacumba que había debajo del cuarto de la lámpara, de donde podríamos sacarlas con rapidez. Junto a la columna había una pila de viejas tinajas de aceite, en su mayoría vacías; las telarañas demostraban que no las movían y quedaba un espacio libre detrás de ellas. Pocas noches después, encontré un cajón con puntas de lanzas y una piedra de afilar. Fue el mejor de los hallazgos. Comencé a afilar las puntas de lanza, para convertirlas en dagas, y llevarlas a la Casa del Toro, para que las escondieran las muchachas.

Había hecho jurar a las Grullas que guardarían el secreto, incluso con sus amantes y queridas; por lo tanto, también me sentía comprometido por ese juramento. Además, con aquella muchacha uno no podía confiarse a medias. Ariadna tenía una veta indómita que conmueve a los hombres por su hondura, como el fuego de Hefesto, que sólo el terremoto arranca de la montaña. Después de mirarme fijamente con ojos de asombro, se sumía en la lechosa calma de un niño de pecho saciado y se quedaba dormida.

A veces, cuando hablaba de su padre y de las vicisitudes del reino, me sentía tentado a hablar y pedirle ayuda. Confiaba en su corazón. En cuanto a su cabeza, era joven, apenas tenía dieciséis años; muy pronto había revelado sus secretos; y, más que nada, me daba miedo su odio contra Asterión. Él no era un novato como lo fuera yo al llegar a Eleusis. Si el rostro de una mujer le decía: «Algo te va a suceder, aunque no lo sepas», a Asterión no se le escaparía el mensaje.

Poco más o me nos en esta época, Asterión me invitó a otra de sus fiestas; y advertí que Ariadna me había dicho la verdad. No había un solo invitado que pareciese ni aun a medias heleno. Todos eran cretenses, o casi cretenses; gente de la pequeña nobleza, cuyas casas habían sido importantes antes de la llegada de los helenos. Y la actitud de Asterión conmigo había empeorado. No me insultaba abiertamente, tal como entiende el insulto un hombre de su calaña. Eso no le habría valido elogios, ya que todo cretense simpatiza con los saltarines de toros. Pero daba a entender claramente que sólo me había invitado para entretener a sus distinguidos amigos, y yo adivinaba que, en el fondo, lo que pretendía era humillar a un heleno en presencia de ellos. Enseguida, me pidió que cantara una canción de mi patria. Hablaba sin alzar la voz, pero como el vencedor al cautivo.

Reflexioné en silencio y decidí: «Bueno. Si acepto, nadie podrá decir que soy su huésped».

Pedí una lira y la afiné al modo heleno. Asterión se retrepó en su asiento, sonriendo. Pero vi que el taimado Leuco miraba con los ojos entornados. Había viajado y sabía cuáles son las habilidades de un caballero en mi país.

No le cuadra a un cautivo cantar los triunfos de sus antepasados. Tampoco quería yo revelar a nadie que la guerra me rondaba por la cabeza. Pero deseaba que aquellos cretenses se acordaran de mí y no precisamente como el imbécil por el que esperaba hacerme pasar Asterión. Por eso, canté una de las antiguas elegías aprendidas en mi ciudad, en Trecén. Es la que cantan en toda la isla de Pélope; a menudo, cuando los bardos evocan a una ciudad sitiada, incluyen esa elegía en su canto, pero a veces la entonan sola. Habla del heredero del rey, el pastor del pueblo, que se despide de su esposa besándola junto a la verja cuando parte para la batalla en la que sabe que morirá.

«Déjame ir y no trates de retenerme —dice el príncipe—. Si vacilo, pasaré vergüenza ante los guerreros y ante las damas de ceñidor de oro y flotantes faldas. Tampoco lo aceptaría mi corazón, porque me educaron para ser valiente, para combatir en la vanguardia defendiendo el honor de mi padre y el mío. En el fondo, sé que la sagrada ciudadela debe caer, que el rey y su pueblo perecerán; pero no es eso lo que más me acongoja; no, no se trata de mi padre ni de mi madre ni de mis audaces hermanos, derribados por los suelos. Sufro por ti, pensando en el día en que te llevarán deshecha en lágrimas a los barcos enemigos, concluyendo así tus días de libertad. Me parece verte lejos, en la casa de alguna extranjera, trabajando en el telar o recorriendo el empinado sendero al regresar del manantial, cargada con pesados cántaros de agua. Y alguien que te vea llorar le dirá a otro quién fue tu esposo, haciéndote recordar tu dolor, el dolor de que haya muerto el hombre que habría protegido tu libertad. Ojalá yo haya muerto y me cubra la tierra antes que ver que te llevan y oírte gritar.» En el Laberinto tienen criados para que toquen música. Asterión no esperaba que al hijo de un rey le hubiesen enseñado a cantar como es debido. Cuando vi que los cretenses se sonaban, comprendí que no se burlarían de mí. Al terminar la elegía, me rodearon; y así, supe quiénes de ellos no eran aún lacayos de Asterión, y por cierto que parecían ser muchos. Me limité a mantenerme impasible. Pero él no pudo decir nada; yo sólo lo había complacido.

Esa noche, dije a Ariadna:

—He estado en el palacete. Tenías razón. Si hay que pararlo, más vale hacerlo pronto.

—Lo sé —dijo—. Lo mataría yo misma si supiera cómo.

La sentí tan tierna entre mis manos como un pichón. Aunque ella había nacido del mismo vientre que Asterión, las palabras de Ariadna eran tan violentas que me impresionaron. Había estado sola, sin nadie a quien recurrir. Dije:

—Calla y escucha. Si yo pudiera avisar a mi pueblo y me enviaran barcos, ¿qué pasaría? Como comprenderás, eso significa la guerra. ¿Por quién combatirían los cretenses? —Se volvió hacia mí en la oscuridad y meditó con el mentón apoyado sobre las manos.

—Lucharían por ellos mismos. Se rebelarían contra las familias helenas, cuando los jefes se marcharan a la guerra. Sucederían cosas horribles, correría sangre por todas partes. Pero eso es lo que haría el propio Asterión; es lo que quiere hacerles a los cretenses. Cuando los haya usado, cuidará de que su rebelión sea la última. Sí, morirán para conseguir una cadena aún más pesada.

Ariadna juntó los brazos y recostó la cabeza sobre ellos. Pero después, dijo:

—Pero si...

—¿Qué? —dijo, acariciándole el cabello.

Meneó la cabeza y replicó: —Tengo que pensarlo. Mira dónde está Orión, observa con qué rapidez pasa la noche.

Y entonces iniciamos nuestra despedida, que duró bastante, y no volvimos a hablar del asunto.

Ahora ya había transportado armas suficientes para todos los danzarines de la Casa del Toro, hombres y mujeres, y le había dicho a Amintor dónde estaban, para que lo supiese alguien si yo moría. Las muchachas tenían ocultas en sus aposentos unas treinta dagas. Estábamos ya en invierno y a veces la danza del Toro se suprime, debido a la lluvia o la nieve; desde hacía mucho tiempo, la gente del Laberinto no

salía a honrar a su dios. Pero si prescindíamos de la danza, practicábamos en cambio con el toro de Dédalos; y a veces nos entregábamos a nuestros propios juegos, los jóvenes contra las muchachas, o bailábamos si nos sentíamos enmohecidos; en fin, hacíamos cualquier cosa con tal de mantenernos ágiles. Yo había visto languidecer a otros equipos y las consecuencias que de ahí se derivaban.

Era nuestra tercera temporada en la Casa del Toro. Para entonces conocíamos todos los azares a que estaban expuestos los danzarines, a quienes los cretenses llaman los ternerrillos de Poseidón. Sabíamos de qué viven y cómo mueren; lo que mata a un danzarín en la primera semana y lo que lo mata al cabo de medio año. Y cierto día, Amintor me tocó el brazo mientras las muchachas estaban luchando (la sacerdotisa no les dejaba practicar la lucha con los hombres) y me dijo en voz baja:

—Crisa está creciendo.

Nuestros ojos se encontraron. No había necesidad de decir más. Crisa tenía catorce años al partir de Atenas; y era helena de pies a cabeza. Si sobrevivía, sería como la diosa virgen, alta y bien plantada. Pero las muchachas altas no viven mucho en el redondel.

Dije a Amintor:

—Después del invierno y antes de los grandes vientos de la primavera, vendrán los barcos.

Lo comparé conmigo cuando no miraba. También él había crecido tres dedos.

Ahora Amintor me era muy querido. Habíamos trabajado tanto juntos que nuestros pensamientos estaban identificados: él sabía cómo saltaría yo antes de que lo supiese yo mismo. En el palacio, circulaba el rumor de que éramos amantes. Ya no nos molestábamos en negarlo. Eso nos protegía de las estupideces de los cortesanos de Cnosos, con sus flores y sellos, sus melindrosos versos y acechos nocturnos, y nos procuraba algo de qué reír. En los últimos tiempos, eso me había sido útil; podíamos hablar de nuestros secretos sin que nos vigilaran y, ahora que habían terminado mis vagabundeos con las mujeres, me salvaba de muchas especulaciones. Pero la noche que precedía a la danza del toro yo siempre dormía solo, incluso desde dos noches antes si advertía que mi vista había perdido práctica. Lo cual me costaba, porque era joven y ni siquiera había besado a otra mujer desde mi encuentro con Ariadna. Pero mi gente y yo estábamos lejos de nuestro país. Para seguir siendo rey, no disponía de leyes ni de guerreros, sino sólo de lo que fuera capaz por mí mismo. Aquel reino era pequeño; la menor grieta bastaría para hacerlo añicos.

Si le decía a Ariadna que no podía ir, ella jamás me lo reprochaba, por lo me nos con palabras. Pero yo adivinaba sus pensamientos en sus manos. Ariadna quería oírme decir: «Que venga el día de mañana, que el toro me mate y mate a los míos; todo lo doy por bien perdido a cambio de una noche en tus brazos». Entonces ella me hubiera contestado: «¡No! ¡No vengas! Te juro que no me encontrarás». Sólo deseaba oírme decir esto. Pero yo era joven y me tomaba muy en serio mi vocación, como un deber sagrado con el que sería una impiedad jugar o arrojárselo a una muchacha como una sarta de abalorios. En aquellos días, uno de mis oídos estaba siempre atento a las palabras del dios.

(Hoy, nada me costaría complacer así a una mujer. El dios ya no me habla desde que mi hijo murió sobre las rocas, junto al mar. Yo había oído la advertencia en la tierra: «Cuidate de la cólera de Poseidón», le dije, y él se lo tomó como quiso; también yo estaba enfadado. Prefirió considerarlo una maldición y yo no le volví a hablar. Vi cómo se alejaba aquel alto mocetón, con sus grandes caballos de Trecén, hacia el angosto camino. Guardé silencio. Ahora, es el dios quien calla.) Pero recuerdo, aunque ha transcurrido mucho tiempo, que la noche siguiente a la danza del toro nuestro encuentro fue como un vino puro, todo fuego y miel con especias, y que hizo que valiera la pena haber estado separados. Recuerdo cómo lloró Ariadna por no sé qué estúpida discusión, la primera que hubo entre nosotros desde que éramos amantes.

Al poco rato, dije:

—¿Se te ha ocurrido algún plan?

—Sí —dijo ella—. Mañana por la noche te lo diré.

—¿Por qué no ahora? —pregunté.

Pero me dijo que era largo de contar, que esa noche no había tiempo, y me mordisqueó, sin apretar, como un gatito. Al día siguiente, se me notaban mucho las huellas de sus dientes. Pero una magulladura nada significa en la Casa del Toro.

A la noche siguiente, iba a reunirme con ella atravesando las catacumbas cuando, en las sombras del almacén del templo, vi moverse algo. Me llevé la mano hacia mi daga de fabricación casera; entonces, la figura salió a la luz y vi que era ella. Nos abrazamos entre la carroza funeraria dorada y la pila de muñecas. Ariadna iba envuelta en la misma capa oscura que otras veces.

—Ven conmigo —dijo—. Hay alguien con quien debes hablar.

Cogió de un estante una linterna redonda de arcilla, de esas que se oscurecen con sólo tapar el agujero. Cuando abrí la boca para preguntarle, me la cubrió con la mano, diciendo: —Silencio. Ni el menor ruido. Tenemos que pasar por debajo mismo del palacio.

El camino serpenteaba por las entrañas del Laberinto. Pasamos junto a una antigua y tosca mampostería que parecía obra de titanes o de los primeros hombres de la tierra. Porque aquello era el corazón de los cimientos de la primitiva Casa del Hacha, el baluarte del cretense Minos, dos palacios anterior. Aquellos poderosos pilares, fortalecidos con la sangre de mil víctimas, habían resistido a la furia de Poseidón cuando se derrumbaron todos los muros que sobresalían del suelo.

A veces, Ariadna cubría la lámpara y me oprimía la mano en señal de precaución; arriba, en la piedra, por alguna estrecha grieta, penetraba un destello de luz y se oían voces que discutían o que hacían el amor. Poco a poco, nuestro camino se fue haciendo descendente, lo cual me indujo a pensar que nos dirigíamos hacia el oeste, siguiendo el declive de la colina.

Allí no había depósitos, pero se veían escombros de antiguos terremotos, tinajas rotas modeladas sin torno y utensilios viejos y rústicos. Y en un sitio donde el suelo estaba más parejo, afloraba el blanco cráneo de un hombre, delante de uno de los grandes pilares, con los restos de un viejo casco de cuero. Era el guardián del umbral, el vigoroso guerrero que se entierra vivo debajo de los lugares sagrados para que su espectro combata a los demonios y los ahuyente. Me sobresalté y luego le hice un saludo militar, como cuadraba para honrarlo. Ariadna había pasado ya por allí antes y se limitó a apartar su falda.

Por fin, llegamos a unos peldaños y una angosta puerta. Ella me hizo señas de que me quitara las sandalias y no hablara. Luego, apagó de un soplo la linterna.

La puerta se abrió sin hacer ruido. Dos placas de mi collar tintinearón al entrecrocarse; ella las silenció con la mano y me indicó que las sujetara. Luego, me condujo a través de un aposento pequeño y oscuro, donde mis pies pisaron sobre losas pulidas. Más allá, había otra puerta; luego, aire y espacio, y algo que parecía luz después de las tinieblas. Era el resplandor de las estrellas que penetraba tres tramos de escaleras por la abertura del techo. Después de la escalera había un corredor y, al fondo, un altar hundido. Se sentía un olor solemne, rancio y sacro. En la pared situada frente al altar, había unas pinturas que no se distinguían bien, debido a la penumbra, y en el centro de la pared, un tronco blanco y alto.

Ariadna me hizo atravesar todo esto y salimos. Después había una puerta, por debajo de la cual se filtraba la débil luz de una lámpara. Murmuró: «Espera», y la abrió; detrás, un cortinaje bordado se cerró al pasar ella. Oí murmullos y un sonido metálico. Luego habló una voz, que no era la de Ariadna, sino la de un hombre; pero extrañamente alterada, apagada y confusa por el eco. Me causó escalofríos. Pero era dulce y cansina, incluso triste. Decía: —Puedes entrar.

Aparté el cortinaje y oí la fragancia de las resinas al arder. El aire estaba azulado por el humo. Escudriñé entre las volutas y me detuve en seco, con el corazón batiéndome las costillas.

La habitación era pequeña y sencilla, con ascuas que agonizaban en el hogar. Había estantes para copas, platos y vasijas de tocador; otros, con rollos de pergaminos; y una mesa, con recado de escribir, sobre la que ardía una lámpara de jade. En una silla, junto a la mesa, con las manos sobre las rodillas, estaba sentado un hombre con cabeza de toro dorada y ojos de cristal.

Una voz cansada, que sonaba cavernosa dentro de la máscara, dijo:

—Ven, hijo de Egeo, y ponte donde pueda verte.

Me adelanté y saludé con el puño sobre la frente.

Él lanzó un largo suspiro, que silbó contra la máscara como el viento entre las cañas.

—No te ofendas, pastor de Atenas, si cubro mi rostro ante el hijo de tu padre. Hace mucho tiempo que tiré mi espejo. Es mejor que los huéspedes vean este rostro que hizo Dédalo para el cretense Minos.

Tomó la lámpara de la mesa y la alzó, moviendo la cabeza porque la máscara no le dejaba ver bien. Luego, dijo:

—Sal, hija mía y vigila la escalera.

Ariadna salió en silencio y esperé. Había tal quietud que oí crepitar el incienso en el plato de pórvido. Detrás de su exquisita fragancia, se cernía el pesado olor de la enfermedad. La mano derecha del hombre, desnuda sobre las rodillas, era larga y delgada; la otra estaba cubierta por un guante. Enseguida dijo:

—Había oído que el rey Egeo no tenía hijos. Cuéntame algo sobre tu madre.

Le conté mi nacimiento y, cuando me lo preguntó, cómo me había criado. Escuchó en silencio. Cuando le mencionaba algún rito sagrado, alargaba la mano hacia sus tablillas y me pedía que se lo explicara todo, escribía con rapidez y asentía. Luego, dijo:

—Pero tú has cambiado las costumbres en Eleusis. ¿Cómo fue eso?

—Sucedió por casualidad, porque puse la mano en lo que encontré a mi alcance —dije.

Y le conté cómo había ocurrido. En cierto momento me detuve, al oírlo toser un poco asfijado dentro de la máscara y creyendo que se había quedado sin respiración. Pero me hizo gesto de que siguiera hablando; y me di cuenta de que se reía. Cuando le conté cómo había llegado a Atenas, me dijo:

—Dicen, Teseo, que tú mismo escribiste tu nombre en la tablilla de echar a suertes para venir aquí. ¿Es cierto? ¿O lo que pretende Leuco es excusarse? Me gustaría saberlo.

—Sí que es cierto —respondí—. Leuco es un hombre que ama el orden. Me mandó el dios. Me hizo llegar una señal para que me sacrificara por mi pueblo.

Él se inclinó hacia adelante y volvió a alzar la lámpara.

—Sí, eso me dijo ella. Conque es cierto.

Se acercó otra tablilla sin usar, tomó una pluma nueva y alijada, y empezó a escribir deprisa, como un hombre que se siente complacido.

—Vamos —dijo—. Háblame de eso. Afirmas que el dios te habló. Has oído la voz que llama al rey. ¿Cómo habla? ¿Con palabras? ¿Como la música o el viento? ¿Cómo llama?

Pensé: «Hace bien, visto que mi nacimiento no está atestiguado, en pedirme pruebas de que he oído la llamada». Pero apenas le había hablado de aquello a mi propio padre y me costaba ponerlo en palabras.

—Te lo agradeceré —dijo él—. Aquí el tiempo se me hace muy largo. Estoy escribiendo un libro sobre las costumbres antiguas y sobre este asunto los archivos no sirven de nada.

Me quedé mirándolo. El asombro me trababa la lengua. Creía haber oído mal, pero no sabía cómo preguntárselo. Por cortesía, empecé a tartamudear algo; pero las palabras se extinguieron y ambos guardamos silencio, mirándonos.

El primero en hablar fue él. Apoyó la cabeza contra una mano y preguntó, con voz triste y ahogada: —¿Qué edad tienes, hijo mío?

—Si vivo hasta la primavera, mi señor, cumpliré diecinueve — respondí.

—Y al oscurecer, cuando revolotean los murciélagos, ¿los oyes chillar?

—Sí, naturalmente —repliqué—. A menudo hay por la noche.

—Les gritan a los jóvenes. Y cuando pasa el viejo, no callan; es el oído del viejo el que se ha endurecido. Lo mismo sucede con las familias reales; y entonces es el momento de pensar en nuestra muerte. Cuando el dios te llama, Teseo, ¿qué sientes en tu corazón? —Hice una pausa para recordar. A pesar de lo que yo sabía, supuse que me comprendería. Lo cual es extraño, porque no siempre me había sucedido con mi padre. Con las palabras que pude hallar, le abrí mi corazón en aquella estancia pequeña y asfixiante a Minos, el nacido de la estrella, el señor de las islas.

Cuando hube dicho lo que tenía que decir, la pesada máscara se le hundió en el pecho; y me detuve, avergonzado de haberlo fatigado. Pero volvió a alzar sus ojos de cristal y asintió lentamente: —Conque has hecho la ofrenda —dijo—. Sin embargo, es tu padre quien reina.

Sus palabras resonaron en mi alma con mayor profundidad aún que las pronunciadas por mi abuelo mucho tiempo antes; con una profundidad que escapaba a mis propios pensamientos.

—Tanto da. El buen pastor da la vida por sus ovejas —dije.

Permaneció unos instantes sumido en cavilaciones; luego se irguió y apartó las tablillas.

—Sí, sí, mi hija tenía razón. Dudaba de sus palabras, lo confieso. Un demonio perverso ronda nuestra casa. Pero ella ha elegido bien. Nacerá de la muerte. Tú eres lo que debía venir; ya no lo dudo.

Hizo un signo con la mano en el espacio, entre nosotros dos. Aunque sus antepasados habían abandonado las tierras helénicas en tiempos remotos, vi que seguía siendo tan sacerdote como rey.

Se movió en la silla como si se dispusiera a despejar una parte de la mesa; luego cabeceó.

—Esta enfermedad se adhiere a cuanto uno toca. De no ser por eso, te invitaría a sentarte y te ofrecería la copa de la familia, como debe hacer un hombre que concede la mano de su hija.

Poco me faltó para hincarme de rodillas ante él. Pero vi que no quería veneración, sino un brazo en el cual confiar.

—Señor —dije—, te lo prometo de todo corazón. No descansaré hasta que la haya hecho reina.

Asintió y adiviné que sonreía.

—Bueno, Teseo, basta ya de cortesías. Se les deben a tu linaje y a tu honor. Pero mi hija ya te habrá dicho que es todo lo que puedo dar.

Dije no sé qué y él hurgó entre sus papeles, cabeceando y a veces susurrando, como hacen los enfermos que pasan mucho tiempo solos; no sé si hablaba para sí o para mí. Luego, dijo en voz alta:

— Cuando él era un niño, me seguía como una sombra, el becerro negro con el estigma de nuestra vergüenza; no dejaba que yo lo olvidara. Me seguía en las cacerías, cuando me embarcaba y en el palacio de verano; lloraba cuando yo lo obligaba a volver al lugar que le correspondía. Me llamaba padre y me miraba a los ojos cuando le ordenaba callarse. Debí prever que me destruiría. Sí, sí, dan ganas de reír; todo

ha discurrido tan sobresabido como una vieja canción. Impedí el sacrificio y eso alentó mi muerte. Si hubiera realmente dioses, no habrían podido hacerlo mejor.

Hizo una pausa y oí ruido de ratones detrás del estante de libros.

—Sólo los esclavos vienen ahora aquí. El más alto se para en la puerta y hace entrar al más bajo. El hombre ha muerto y está más que maduro para la carroza funeraria. Pero el rey debe vivir un poco más, hasta haber acabado su obra. Con la niña, Teseo, debe haber un nuevo comienzo. —Luego, agregó en voz baja—: Ve a ver si ella nos oye.

Me acerqué a la puerta y vi a Ariadna a la luz de las estrellas, sentada en la albardilla del altar hundi-do. Volví y dije:

—No.

Él se inclinó hacia adelante en su sillón, aferrándose a los brazos del mueble. Su voz grave era un murmullo dentro de la máscara toruna; tuve que acercarme para oír. El asfixiante olor me sofocaba, pero lo disimulé, recordando lo que me había explicado sobre los esclavos.

—A ella no se lo he dicho. Ha visto ya demasiado mal. Pero sé lo que hará esa bestia con nuestro li-naje. Les prometió a esos cretenses un reino cretense, y eso ha comenzado ya. Pero en un reino así él sólo puede reinar por derecho de la señora. En los tiempos del Minos cretense, se casaban como en Egipto.

Los latidos de mi corazón se debilitaron. Me paralicé al comprender. Ahora entendí por qué el gran Minos había recibido a un niño-toro de tierra firme, un hijo bastardo de un pequeño reino y lo había ofrecido a la diosa. Y por qué hablaba Ariadna de matar al hijo de su madre. Conociendo ya el mal, lo había adivina-do.

Tomé mi decisión.

—Señor —dije—, he avisado a mi padre de que estoy vivo y le he pedido que me envíe barcos.

Se irguió en la silla.

—¿Qué dices? Mi hija no me ha contado nada de eso.

—Era algo demasiado serio para confiárselo a una muchacha —respondí.

—¿Has recibido una respuesta? ¿Vendrán? —Tomé aliento para hablar. Entonces comprendí que iba a expresarme como un niño. Aquella conversación me enseñó a conocerme a mí mismo.

—No lo sé. Mi padre no tiene suficientes barcos. Le dije que se los pidiera al gran rey de Micenas. —Minos movió la cabeza, como para mirarme. Pero lo pensé sin parar de hablar. Me atrevería a afirmar que el gran rey le habrá dicho: «Teseo es hijo tuyo, pero no mío. Él dice que es posible conquistar Cnosos; pero es un danzarín de toros que quiere volver a ver su país. ¿Y si mandamos los barcos y Minos los hunde? En-tonces todos seremos esclavos». Mi padre es un hombre prudente: si el gran rey opina así, lo encontrará sensato.

Minos asintió con aire sombrío.

—Y ahora es demasiado tarde para mandar otro mensaje por el tormentoso mar.

—Entonces, debemos confiar en nosotros mismos —dije—. Si vienen los helenos, tanto mejor.

Se retrepó en la silla y dijo:

—¿Qué puedes tú hacer?

—Cuento con los danzarines de toros. Combatirán todos, hasta los que temen al toro, incluidas las muchachas; combatirán con la esperanza de salvar la vida. Les estoy consiguiendo armas con toda la rapi-dez posible. Puedo tomar el Laberinto con ellos, si conseguimos ayuda fuera de la Casa del Toro.

Alargó la mano hacia unos papeles que tenía al lado.

—Hay algunos hombres en quienes se puede confiar —afirmó. Y me leyó algunos nombres.

—Dromeo no, señor —repliqué—. Ahora nada entre dos aguas; lo he visto en el palacete.

Suspiró y apartó los papeles, diciendo: —Lo crié desde niño, al morir su padre.

—Pero está Périmo —dije—. Se ha mantenido firme y tiene hijos. Sabrá qué otros son dignos de con-fianza—. Necesitamos dos cosas: armas y alguien que nos consiga la colaboración de los cretenses.

Hablamos un rato de estas cosas y, por último, él dijo:

—Por más hartito que esté de la vida, viviré hasta que estés a punto.

Recordé que había pensado lo peor de él por no haberse dirigido al dios y me sentí avergonzado.

—Avísame si tienes noticias de Atenas —me dijo.

Contesté que así lo haría. Luego, me imaginé a mi padre entrando en su carro por la Puerta del León y subiendo por el empinado camino que conduce a la Casa de Micenas. Lo vi sentado a la mesa con el gran rey. Pero no me lo imaginaba en la sala del piso alto, enardeciendo al rey para que entrara en guerra, ani-

mándolo a lanzar cuanto antes al mar sus frágiles naves. Mi padre había conocido demasiadas dificultades, lo cual lo envejeció prematuramente. Imaginé los oscuros y borrascosos mares cuyo embravecido oleaje rodeaba a Creta, y los vi desiertos.

—Con barcos o sin ellos, señor, reconoceremos nuestra hora cuando llegue —dije—. Estoy en manos de Poseidón. Él me envió y no me abandonará. Me enviará un signo.

Eso dije, para alegrar su soledad, porque dudaba de que tuviésemos barcos mientras no fuese a buscarlos yo mismo. Pero los dioses nunca duermen. Y en verdad que Poseidón, el de los oscuros cabellos, me oyó.

Capítulo ocho

Pocas noches después, Ariadna me dijo:

—Mañana es el día en que doy mis oráculos.

—Deberías dormir —repliqué, y la atraje y le besé los párpados. Era demasiado tierna, pensé, para soportar sin salir magullada la locura de un dios.

Me respondió:

—No vienen muchos helenos. A éstos les diré las cosas de costumbre. Pero les revelaré a los cretenses que vendrá un nuevo rey del verano para desposar a la diosa y bendecir el país. Jacintos floreciendo en un campo de sangre. Eso lo recordarán.

Asombrado, le pregunté:

—Pero, ¿cómo puedes saber lo que dirá a través de ti el dios antes de haber bebido la copa u olido el humo?

—¡Ay! —dijo Ariadna—, no consumo yo mucho de eso: da vértigos y luego duele la cabeza como si fuera a romperse.

Me sentía escandalizado, pero no contesté. Si era cierto que el dios ya no les hablaba, resultaba extraño que ella lo mencionase sin deplorarlo. Pero recordé que los cretenses juegan a esas cosas como niños. Así que me limité a volver a besarla.

—Haré que se les grave en la cabeza —dijo—. Me pintaré la cara de blanco y me pondré una raya roja bajo los párpados. Me envolveré en una nube de humo (tanto les da con lo que se haga), pondré los ojos en blanco y me moveré a trompicones. Cuando haya hablado, me desplomaré.

Tardé en hablar. Finalmente dije: —Eso es un misterio femenino. Pero mi madre me dijo cierta vez que, cuando está en el foso de la serpiente, cualquiera que sea la pregunta, aunque sea una bagatela que el más estúpido debiera saber sin molestar a una deidad, ella siempre hace una pausa antes de contestar y escucha, por si la diosa lo prohíbe.

—También yo hago siempre una pausa —dijo Ariadna—. Me han enseñado como es debido, igual que a tu madre. Una pausa hace que la gente atienda. Pero como ves, Teseo, Creta no se parece a la tierra firme. Tenemos más gente, más ciudades, más asuntos que armonizar. En el palacio, solamente, trabajan noventa escribas. Cada mes habría un caos si no se pudieran prever los oráculos.

Ariadna me hundió en el pelo los dedos que tenía en las sienes y oí que esos dedos me decían: «Te amo, bárbaro mío».

Me dije que tanto daba; que, cuando nos casáramos, yo estaría allí para interponerme entre el dios y el pueblo. Pero lamentaba que ella no hubiese oído la llamada: un rey, lo mismo que un artesano, desea transmitir su arte a sus hijos.

Pronto hubo menos tiempo para pensar; desde entonces estuvimos ocupados.

En el viejo archivo situado debajo del Laberinto, me encontré con Périmo y sus dos hijos. El oficio de su familia consistía en archivar los juicios del rey; sólo ellos y sus empleados principales utilizaban aquel lugar, pues los documentos eran muy antiguos. Si Minos quería conocer los precedentes antes de dar un veredicto, mandaba por el archivero. Se trata de un antiguo misterio, transmitido de padres a hijos desde su fundador, un príncipe llamada Damanto.

Cuando el rey enfermó y Asterión se hizo cargo de los litigios, mandó por Périmo, le reveló un fallo que se proponía dar y le pidió un precedente que lo apoyara. Cuando Périmo le presentó nueve sentencias en sentido contrario, Asterión le ordenó que siguiera buscando. El archivero no contestó; se encerró en los archivos a buscar, hasta que expiró el plazo y Asterión tuvo que cometer la injusticia por su cuenta. Pero todos sabían que sólo esperaba su oportunidad, y Périmo no quería darle tiempo.

Tenía unos cincuenta años, las cejas hirsutas, la barba veteada de negro y gris como la ceniza de leña, y los ojos redondos y feroces de un búho encaramado en el hueco de un árbol. Yo lo compadecía; Périmo se habría entendido con mi abuelo. Era impropio de él conspirar en los sótanos con maquillados danzarines de toros. Yo tenía que salir siempre de la Casa del Toro acicalado como para una fiesta o una cita; de lo contrario, habría llamado la atención. Sin embargo, no había olvidado nada de lo aprendido en el salón de audiencias de mi abuelo, en el de mi padre ni en el mío propio. Al cabo, Périmo se olvidó de mis galas de

danzarán de toros. Sus hijos parecían hombres honrados; el mayor tenía cara de amanuense y el menor era un oficial de la casa real de aspecto muy cretense, con bucles y talle mimbrenño, pero con el coraje de un soldado. Dijo que podía contar poco, más o menos, con uno de cada tres hombres de la guardia real, con los que respetaban el juramento prestado, y con los que detestaban a Asterión. Era hora ya, pensé, de adelantar las cosas en la Casa del Toro.

Yo había confiado en las Grullas desde el primer momento; pero pronto tendría que apelar a otros y busqué un jefe de equipo en quien pudiera confiar. Elegí a una muchacha llamada Talestris, una sauromántica. Esas mujeres tienen muchas costumbres propias de las Amazonas, sirven con las armas a la Virgen de la Luna y combaten en la guerra junto a los hombres. Cuando la vi por primera vez, Talestris tenía un aspecto muy exótico; vestía una capa multicolor y unos pantalones de piel de gamo, y olía a cuajada. Su país está más allá del viento nordeste, detrás del Cáucaso, y allí sólo se cambian de ropa una vez al año. Pero desnuda y limpia, Talestris era una hermosa muchacha, algo más varonil de lo deseable para la cama de uno, pero con todos los encantos de un saltarín de toros. Entre ellos, el valor; porque, desde su primer día, me observaba con envidia.

Como me gustaba su temple, le enseñé todo lo que pude; y cuando la nombraron jefe de los Grifos, volvió a dirigirse a mí en busca de consejo. La puse en guardia contra un joven que temía al toro, diciéndole que los perjudicaría; cuando ellos dejaron que la bestia lo matara y consiguieron otro mejor, Talestris los ligó con un juramento semejante al nuestro y desde hacía más meses ni uno solo había muerto. Por eso la gente estaba acostumbrada a vernos conversar. Se lo dije todo, salvo que yo era el amante de la señora. Talestris era una muchacha dada a las muchachas; pero tengo comprobado que a ninguna mujer le gusta oírle decir a uno los sentimientos que le inspira otra.

Cuando se enteró, dio un doble salto mortal, porque seguía siendo salvaje. Pero distaba de ser tonta. Después de charlar un rato sobre su agreste país y sus amigos, a quienes confiaba ahora en volver a ver, me pidió que le consiguiera un arco, porque ésa era su arma. Le dije que lo intentaría; ahora que nos entendíamos con la guardia leal, nos llegaba buen material de la armería. Me rogó que le permitiera decírselo a sus Grifos, ya que no tenían secretos entre ellos; y como esto me pareció buena señal, le di mi permiso. Pronto lo supieron todos los equipos ligados por votos de camaradería. En cuanto a los demás, lucharían cuando llegase la hora; pero no se podía estar seguro de que no le dieran a la lengua.

La levadura, pues, fermentaba en silencio, sin ninguna clase de locuras. El secreto lo guardaba gente de vidas estrechamente ligadas; traicionar al equipo significaba verse rematado por el toro en la danza siguiente. Esto sólo se veía en los ojos de los compañeros si uno estaba previamente al tanto.

Entonces empezamos a llevar armas a la Casa del Toro. Amintor y yo enseñamos a los demás jóvenes de las Grullas y a tres o cuatro jefes de equipo el camino que pasaba por el cuarto de la lámpara; nuestros amigos de la guardia habían reunido las armas debajo. Hacía frío y usábamos capas para ocultar las cosas, aunque nos vimos obligados a aserrar las varas de las lanzas y jabalinas. Los arcos cretenses son cortos y de buen peso para las mujeres. Las muchachas escondían todas esas cosas y muchas flechas en escondrijos y agujeros hechos debajo del piso.

Ariadna había comunicado sus oráculos a los cretenses. Me contó, llena de orgullo, que se había expresado con frases fragmentarias, no demasiado claras, pero tampoco demasiado oscuras; cómo puso los ojos en blanco y se dejó caer entre sus serpientes sin colmillos, y al despertar aturdida preguntó qué había dicho. Ahora, dijo, acababa de mandar a una vieja en quien podía confiar para que hiciera circular habladoras y le recordara a la gente el anillo del muelle. Pronto sería el momento de alertar a los jefes y cabecillas.

La primavera llega pronto en Creta. Las ánforas pintadas de los aposentos de palacio contenían narcisos y ramilletes de flores de almendro; los jóvenes se adornaban el cabello con violetas y las damas engalanaban a sus muñecos, que mecían hasta mediados del verano y colgaban luego de los árboles frutales, porque juegan con los sacrificios como con cualquier otra cosa. El sol se iba haciendo tibio, la nieve se derretía en las cumbres de las montañas, y en la calina que precedía al viento del sur el mar estaba tranquilo y apacible. Yo asistía a las fiestas de la gente de palacio, donde a veces había un prestidigitador o un bailarín, una muchacha con pájaros domesticados o un bardo de ultramar. Me acercaba cuanto podía y les hacía sentir mi nombre y mi acento heleno. Pero no llegaba ningún mensaje de Atenas.

Pasaron los días y los capullos de almendro de los jarrones pintados iban cayendo como copos de nieve sobre las losas pintadas. Un jefe de clan, dueño de tierras cerca de Faistos, que no había querido vender al requerírsele Asterión, murió repentinamente de una extraña enfermedad; sus herederos se asustaron y vendieron la tierra. Los cretenses nativos murmuraban por las esquinas y contaban largas historias sobre otros tiempos. En la Casa del Toro los danzarines juntaban las cabezas, como de costumbre, ya que siempre nadaban en chismes e intrigas. Pero si se los escuchaba, se los oía hablar de sus hogares y parientes, lo mismo que el arroyo helado se derrite en primavera. Transcurrían los días. Y una noche oí el estruendo de una tormenta que empezaba a ulular sobre los techos adornados con cuernos y por los patios del Laberinto. Era el viento del sur que soplabla y que cierra las aguas cretenses a los barcos del norte.

Estaba tendido boca arriba, con los ojos abiertos, escuchando.

Al rato, se acercó una sombra. Siempre había alguien rondando por la Casa del Toro cuando apagaban las lámparas. Pero era Amintor. Se inclinó sobre mí y me dijo:

—Llega pronto este año. Medio mes antes, dicen los cretenses. Es la moira. Teseo, nadie puede evitarlo. Saldremos del paso con lo que tenemos.

—Sí, eso haremos —repliqué—. Quizás el hermano de Hélice no haya vuelto a Atenas.

Los cretenses esperaban el viento desde hacía ya una semana. Pero Amintor había combatido bajo mis órdenes en el istmo y en el Ática, y quería salvar mi buena reputación.

Al día siguiente, en la Casa del Toro, Talestris me llevó a un rincón y me dijo:

—¿Qué sucede, Teseo? Pareces abatido. Nadie piensa mal de ti por el hecho de que sople el viento. Lo que dijiste sobre los barcos helenos fue un buen tema de conversación para los guerreros; nos dio ánimos mientras nos preparábamos. Ahora no los necesitamos.

Me dio una palmada en el hombro como un muchacho y se alejó. Pero yo sentía ensombrecerse la Casa del Toro, lo mismo que ella.

Fui despacio a la nueva reunión en la catacumba del archivo. El viejo Périmo se limitó a asentir con una sonrisa ceñuda, como si hubiésemos ganado una apuesta. Era un hombre de la ley, como dicen en Creta; forma parte de su oficio contar con lo peor. Tenía buen concepto de mí porque yo no le había prometido nada. Poco después, dijo:

—Mi hijo tiene un plan. Aunque es temerario, puede servir, a falta de otro mejor.

Su voz era hosca, pero vi en sus ojos orgullo y dolor.

El hijo guerrero de Périmo, que se llamaba Alección, dio un paso adelante, saliendo de entre los polvorientos estantes y arrugados pergaminos como un martín pescador de un árbol seco. La vaga luz de la lámpara brilló sobre su collar y sus brazaletes de bronce con incrustaciones; llevaba una faldilla sembrada de esos relucientes escarabajos verdes que disecan en Egipto y usan como joyas; y olía a jacintos. Dijo que si muriera un jefe del grupo de Asterión, todos asistirían a los funerales y nosotros podríamos apoderarnos del Laberinto mientras estuvieran ausentes.

—Bien pensado —dije—. ¿Hay alguno enfermo? —Él se echó a reír, mostrando los blancos dientes. Hay una goma que las beldades cretenses mascan para blanquearlos.

—Sí. Festo está enfermo, aunque él no lo sabe.

Era el jefe de la guardia personal de Asterión; un individuo corpulento, de esqueleto heleno y nariz rota debido a que practicaba el pugilismo. Fruncí las cejas y pregunté:

—¿Cómo podría hacerse eso?

—Oh, Festo cuida mucho de su salud. La única manera de hacerlo es obrar abiertamente. Haré que pelee conmigo; espero que elegirá las lanzas.

Para mí era una novedad el hecho de que aún existieran en Creta ofensas mortales; pero no podíamos permitirnos el lujo de arriesgar la vida de aquel hombre. Como Alección me llevaba cinco años, no pude decir nada, salvo: —¿Cuándo será eso?

—No sabría decirlo aún; tengo que encontrar algún buen motivo o Festo sospechará que es una argucia. Conque ten preparada a tu gente. —Dije que así lo haría y nos separamos; él y su padre se dirigieron a la escalera que usaban ellos, y yo al santuario. Nunca mirábamos adónde íbamos al separarnos. Ni siquiera los amigos cortesanos de Alección y su padre conocían el lugar donde nos reuníamos; todo nuestro plan dependía de que se mantuviera el secreto de las catacumbas.

Fui a la habitación de Ariadna y le conté mis novedades. Dijo que se alegraba de que no fuese yo quien combatiera con Festo, a quien no sería fácil matar; luego preguntó cuándo se efectuaría el combate, porque tenía que verlo. Le dije que lo ignoraba y no hablamos más; con todo aquel asunto, nos faltaba siempre tiempo para el amor. Al despedirnos, nos dijimos que, cuando nos casáramos, nos quedaríamos en la cama hasta que el sol estuviera en lo alto de la montaña. La noche siguiente nos tocaba hacer el ayuno previo a la danza del toro.

Pero a la siguiente noche, después de la cena, oí risas en las puertas de la Casa del Toro y tintineo de oro. No resultaba barato entrar allí después del anochecer: el soborno debía ser cuantioso. Entró Alección, ágil y resplandeciente, con la faldilla adornada con placas de nácar y jazmines en los cabellos. Lucía un collar de sardónice veteado y un cinto de cabrito revestido de pan de oro. Avanzó a grandes zancadas entre los danzarines, flirteando con tal o cual joven, hablando de las apuestas y del último toro, como cualquier aristócrata que sigue los avatares del coso. Pero vi que me buscaba con la mirada y fui a su encuentro.

—¡Teseo! —dijo, guiñándome el ojo y echándose atrás el pelo—. Juro que eres el más voluble de los hombres. ¡Olvidaste mi fiesta y has comido en la Casa del Toro! Tienes el corazón de cuarzo. Bueno, te perdono, no obstante, si vienes a oír la música. Pero date prisa; el vino está ya servido.

Le rogué que me perdonara y dije que iría. «El vino está servido» era la señal convenida entre nosotros para indicar que algo no podía esperar.

Salimos al gran patio; al ser temprano aún, estaba inundado de la luz de las lámparas y lleno de gente con antorchas que se paseaba de un lado a otro. Aletrión buscó mis ojos y luego se apoyó en una columna, con pose cretense. Como pasaba alguien, dijo: «¿Cómo puedes ser tan cruel?», jugando con mi collar y atrayéndome contra él. Después dijo en voz baja: —Minos te llama. El camino está señalado como antes. Debes ir solo.

Hablaba como si se lo hubiese aprendido de memoria. Pero yo sólo había recibido hasta entonces noticias del rey por medio de la diosa. Lo miré fijamente, tratando de calarlo. Su aire cretense, sus ornamentos, su actitud de pisaverde, todo me hacía sospechar de él, una vez que me entraron las dudas. Yo ignoraba su reputación entre los guerreros. Mis ojos se encontraron con los suyos. Me tomó del brazo, aparentemente con suavidad y ternura, pero en realidad con fuerza.

—Tengo una prenda que darte. Mírala y acéptala como un regalo de amor. —Y abrió la mano, diciendo: Me encargaron que te dijese que ha sido purificada con fuego. —Y luego, cuando alguien pasó a nuestro lado—: Úsalo, querido, y piensa en mi.

El anillo que tenía en la palma de la mano era de oro blanco, muy viejo y pesado, cincelado al estilo antiguo, puntiagudo y solemne. Pero aún se distinguía una gastada figura: toro de hombros para arriba, hombre lo demás.

Me lo deslizó en la mano. Obedeciendo a su mirada de advertencia, sonreí, volviendo la cabeza a derecha e izquierda. Yo había visto aquel anillo otra vez. De modo que me incliné sobre su hombro, como había visto hacer a los jóvenes en Creta, y susurre: — Es suficiente. ¿Qué quiere?

Me rodeó el talle con el brazo y murmuró: —No lo dijo. Se trata de algo grave. —Luego miró por encima de mi hombro y murmuró muy deprisa—: Uno de los hombres de Asterión. No debemos mostrarnos demasiado bien avenidos. Pronto, recházame.

Me zafé tímidamente de Aletrión y me alejé. Aunque me sentía un poco bobo, ya no dudaba de él.

En la catacumba, encontré el segundo hilo atado y una linterna sorda de arcilla. Nunca había estado allí solo. Es natural que, cuando uno se halla con una muchacha, espere audacia de sí mismo; pero ahora aquellas viejas conejeras me parecían fantasmagóricas y horripilantes, pobladas, se diría, por los muertos que quedaron aplastados allí dentro cuando el sacudidor de la tierra se encolerizó. Los murciélagos que revoloteaban alrededor de la luz de la linterna parecían almas sin acceso al río de los muertos. Cuando, por fin, llegué hasta el guardián que me miraba desde debajo del mohoso yelmo con las cavernas de sus ojos, fue como si me hubiese encontrado con un camarada: sabía quién era y que pertenecía a un dios. Le hice un signo propiciatorio y pareció que dijera: «Pasa, amigo».

Cuando llegué a la puerta de arriba, cubrí la linterna y me detuve a escuchar. En la escalera no había nadie. Cerré la puerta tras de mí y vi (porque esta vez había luna) cómo se encajaba en la pared. Había un orificio por donde se podía introducir un dedo y echar el pestillo. La blanca luz lunar iluminaba la escalera, pero el alto trono quedaba en sombra. Crucé de puntillas y vi un leve resplandor que se filtraba por debajo de la puerta. Al acercarme, olí el incienso. Rasqué en el panel y su voz me invitó a entrar.

Estaba sentado en su silla de respaldo alto, con la misma máscara y con las manos apoyadas sobre las rodillas. Sin embargo algo era distinto. La habitación estaba limpia de residuos. El incienso ardía delante de un pedestal con un símbolo o imagen. Y también había cambiado su persona, que emanaba serenidad y una gran fuerza.

Me toqué el pecho en un gesto de saludo y dije en voz baja:

— Señor, aquí estoy.

Me indicó que me quedase frente a él, para poder verme a través de la máscara. Esperé. El ambiente era asfixiante y fétido, el humo me escocía los ojos. Sentía una gran tentación de dormir; recordaba que al día siguiente teníamos danza del toro.

—Teseo —dijo, y su voz ahogada parecía más clara y más grave—, ha llegado la hora. ¿Estáis listos? —Me sentí preocupado y me pregunté qué habría fallado en nuestros planes.

—Lo estamos, señor, si hace falta —respondí—. Pero sería mejor el día de los funerales.

—El día y el rito son los adecuados —dijo—. Pero no basta con el animal del sacrificio. Se nos exige algo, pastor de Atenas; a mí tolerarlo, a ti hacerlo.

Señaló con la mano diestra desnuda el pedestal que estaba detrás del sahumero. Entonces vi el objeto sagrado que había allí. Era un hacha de dos cabezas, enhiesta sobre el mango en la piedra pulida.

Permanecí inmóvil. No había previsto nada tan solemne. —Los dioses pueden enviar un signo cuando nuestros oídos ya no los escuchan —dijo—. Enviaron a un niño para guiarme. —Por un momento me pregunté qué quería decir Minos. Pero, aunque Aletrión tuviera veintitrés años, él debía de conocerlo desde que nació.

Los cristales convexos de la máscara se habían vuelto hacia mí. Miré el hacha envuelta en humo azul. Lo que él me pedía era decoroso y bueno en todos los sentidos. Pero mi mano no se alzaba. Esto no era Eleusis, donde yo había luchado contra un hombre vigoroso para defender mi vida. Pensaba: «Es lo bastante viejo para ser mi padre».

—Desde hace dos años ya, cada vez que respiro doy fuerzas a mi enemigo —dijo—. Sólo he vivido para proteger a mi hija. Ni uno solo de los miembros de la familia real se atrevió a pedirla; nadie osó interponerse entre él y el trono del grifo. Ahora que he encontrado a un hombre, ¿por qué concederle un solo día más? Cuida de ella. Tiene la sangre de su madre; pero el corazón dominará la sangre.

Se levantó. Me llevaba media cabeza.

—Ven —dijo, y oí dentro de la máscara una risa apagada, que me sobresaltó como los murciélagos de las catacumbas—. Nuestro Minotauro de largos cuernos nos saca bastante ventaja, pero no puede ser Minos mientras los sacerdotes no hayan visto mi cadáver. Y ellos saben a quién obedece la guardia. Ojalá yo pudiera verle la cara cuando la culpa de la sangre vaya en pos de él. Ven, Teseo; ya no hay nada que te detenga. Ya tienes el anillo. Labris espera; quítala del soporte.

Me acerqué al pulido pedestal. El hacha tenía la misma forma que la que usábamos en el ruedo. El mango era de bronce con serpientes talladas; pero cuando miré la cabeza, vi que era de pie dra.

Entonces alcé el puño en gesto reverencial, comprendiendo que era la mismísima Madre La—bris, el guardián de la casa desde los orígenes. Minos dijo:

—Hace doscientos años que no se carga a un rey, pero se acordará. Lleva tanto tiempo en el oficio que casi podría hacerlo sola.

La alcé de su base. Oscuras sombras batían sus alas a mi alrededor, como cuervos. Respondí:

—Si el dios lo manda... Nosotros no somos más que perros guardianes, que hacen presa o sueltan al oír sus nombres. Pero esto va contra mis sentimientos.

—Eres joven —dijo él No consientas en que esto te turbe. Estás destruyendo mi cárcel.

Tanteé el hacha que tenía en mi mano: estaba bien equilibrada.

—Intercede por mí más allá del río, cuando los vengadores te pregunten qué mano te derribó —dije—. Si vivo, cuidaré de que tu tumba esté bien provista de todo lo que debe tener un rey; no pasarás hambre ni escasez en los tenebrosos senderos subterráneos.

Respondió:

—Te recomendaré allí como un hijo mio, si eres bueno con mi niña—. Si no, te lo demandaré.

—No temas —dijo—. Ella es mi vida.

Se arrodilló delante de la imagen de la Madre Tierra y me dio la espalda—; luego se quitó la máscara y la dejó ante sí. Su cabello negro tenía anchas vetas blancas y el cuello que se entreveía era como la corteza de un árbol seco. Dijo, sin volverse:

—¿Tienes espacio suficiente? Alcé el hacha y dije:

—Sí, para un hombre de mi talla hay suficiente espacio.

—Ha—ib, pues, cuando yo invoque a la Madre.

Durante unos instantes guardó silencio; luego le gritó algo a la Madre en la lengua antigua y dobló la cabeza. Mi mano aún era reacia; pero su honor exigía que no le hiciese esperar. Por lo tanto, descargué el hacha, que cayó con fuerza junto con mi brazo, como si conociera su oficio. La cabeza se descolgó y el cuerpo se desplomó a mis pies. Retrocedí; las carnes se me encogían, muy a pesar mío. Pero cuando hube repuesto en su sitio la Labris para que se relamiera después del largo ayuno, me volví de nuevo hacia él y saludé a su espectro que emprendía el viaje. La cabeza estaba vuelta hacia mí, y, aunque se hallaba en la sombra, vi algo que me dejó sin aliento; no era el rostro de un hombre, sino el de un león.

Salí corriendo entre las cortinas y me detuve jadeante en la frescura del aire nocturno. Me temblaban las piernas y tenía las manos heladas. Pero poco después, cuando logré pensar, me alegré por él. Comprendí que los dioses lo habían señalado con un distintivo honroso, después de que Minos se hubiera sacrificado por el bien de su pueblo. Así pueden favorecer ellos a los hombres, luego de un largo silencio; cuando la sangre y la muerte, y la amargura del dolor por lo que no tiene remedio, han taponado el oído que escucha más que la misma tierra. Lo mismo podrán hacer, al final, incluso conmigo.

Un centelleo de claridad lunar hirió la albardilla del hundido altar. Miré a mi alrededor y vi contra la pared el alto trono blanco de Minos, flanqueado por los bancos de los sacerdotes, y detrás los grifos guardianes pintados sobre un campo de lirios. Un búho ululó y en algún rincón del palacio un niño se puso a llorar hasta que lo calmó su madre. Luego reinó el silencio.

Allí había peligro y ya debía haberme ido; pero aquel lugar parecía estar reservado sólo para mí, para sus dioses protectores y para el espectro que aguardaba la balsa en la orilla de los suspiros. Me pareció

que, si me escapaba como un ladrón, mi actitud no estaría a la altura de lo sucedido. Sentía que él me estaba viendo. De modo que crucé el suelo pintado y me senté en el trono de Minos, dejando descansar las manos sobre las rodillas y la cabeza contra el respaldo del tronco, erguido y caviloso. Por fin, oí fuera de las puertas las voces de la guardia que anunciaban la ronda. Entonces me levanté sin hacer ruido y volví por la oscura maraña, siguiendo el camino que indicaba el hilo.

Capítulo nueve

Desperté con la cabeza pesada, cuando todos los equipos ya estaban de pie. Mientras iba a buscar el desayuno, bostezando, vi que Amintor me observaba. Enseguida me preguntó cómo había dormido.

No estaba habituado a que me hiciese reproches. Pero recordé cómo me había ido la víspera y que Amintor era eleusino.

—Tonto —dije—, ¿crees que estuve de galanteo? Me mandaron llamar. Minos está moribundo. A estas horas, debe de haber muerto.

Era mejor para él no saber más.

—¿Muerto —dijo Amintor. Miró a su alrededor—. Todavía no; fijate en que no hay llantos.

Era verdad. Después del misterio ejecutado en el silencio y la oscuridad de la noche, me había olvidado de esperar el clamor. No cabía duda de que mi golpe fue mortal. Labris le había partido el cráneo. Y dije:

—Pues se está muriendo rápidamente, estoy seguro.

Seguro, pensé, que ya lo habrá encontrado alguien.

—Bueno —replicó Amintor—. Entramos en el momento decisivo. Mientras tanto, está la danza del toro; más vale que duermas un poco más.

—No estoy cansado —dije, para que no se pusiera nervioso; Amintor siempre estaba pendiente de cuidarme—. Además, nunca harían la danza con el rey de cuerpo presente.

—No vendas el becerro antes de que haya parido la vaca —me respondió él.

Había sido el más temerario de los acompañantes antes de llegar a Creta; su función de receptor del danzarín lo serenó.

Volví a mi catre para tranquilizarlo, diciéndole que no dijera nada a los demás. Saberlo sólo serviría para enervarlos, y podría notárseles. Cerré los ojos; pero estaba bien despierto y pendiente de las voces que anunciarían la muerte del rey. De vez en cuando veía entre los párpados a alguna Grulla que se acercaba de puntillas para mirarme. Temían que me sucediera alguna desgracia en el redondel, ya que faltaba muy poco para la danza. Parecieron transcurrir horas. Me sentía demasiado desasosegado para estar quieto y volví a levantarme. Llegó el mediodía y nuestra comida; y las Grullas comieron sobriamente, como debe hacerse antes de la danza. Descansamos alrededor de una hora, jugando a los dados; después, oímos los caramillos y los tamboriles, y llegó la hora de ir.

Hacía sol. Olía a polvo tibio y se sentía también la penetrante fragancia de las hojas primaverales. Para pedir suerte, tocamos el altar dedicado a todos los dioses que había junto a la puerta de los danzarines. A su alrededor, sentados en el suelo, estaban los lisiados sacros, los danzarines que salieran del redondel por su pie después de una cornada, pero que nunca volverían a bailar. Algunos eran ancianos calvos y viejas arrugadas que se pasaban la vida allí desde hacía cincuenta años. Se rascaban y charlaban al sol, amenazando con decirnos malos augurios si no les dábamos limosnas; poníamos nuestras dádivas en sus platillos, mientras escuchábamos la música y tensábamos los músculos para bailar.

La arena estaba ya caliente bajo el sol; en las gradas de las mujeres había revuelo y rumores; los jugadores cantaban las apuestas. Nos acercamos al altar y alcé la vista, queriendo leer en el rostro de Ariadna si estaba enterada de lo que había perdido. Pero nada se traslucía a través del maquillaje ritual.

Nos desplegamos en círculo dentro del ruedo y yo ocupé mi lugar frente a la puerta del toro. Antes de que la levantaran, oímos detrás de ella un bramido. Adiviné que a todas las Grullas que estaban a mi alrededor se les habían empinado las orejas como a los perros. Lo mismo me sucedió a mí. En aquel sonido se adivinaba que ocurría algo anormal.

Rechinaron las cadenas de la puerta. Me dispuse a fijarme en el toro cuando se detuviera a mirar en derredor. En sus días malos, entraba con la cabeza baja, se paraba y removía las patas delante ras. La puerta se levantó, con gran estruendo, y yo alcé el brazo para hacerle el saludo del jefe de equipo. Creo que aún agitaba la mano cuando me encontré con la bestia encima. Sin mirar a derecha ni a izquierda, sin detenerse a tomar aliento, se había lanzado cruzando el ruedo, como un jabalí que está al acecho, como un venablo dirigido a mi corazón.

Tenía el cerebro embotado por la falta de sueño, pero mi cuerpo pensó por mí. Me arrojé a un lado; el cuerno del toro me golpeó de refilón en el muslo y me derribó. Rodé por el suelo y me levanté con esfuerzo, escupiendo polvo y parpadeando para quitármelo de los ojos. La sangre caliente me corría por la pierna. Se oyó un chirrido, como si todas las mujeres hubieran sido violadas a la vez.

Me aparté el pelo de los ojos. Hipón se había encaramado en la cabeza del toro, aferrándose como un monito en medio de un huracán, mientras que Amintor y Menestes lo cogían de los cuernos. Estando el toro en estas condiciones, aquello no podía prolongarse mucho tiempo. Los ojos del animal estaban inyectados en sangre y vi una espuma amarilla en la boca; reaccionaba como si estuviera loco. Miré la maraña humana que el animal tenía encima de la cabeza y no me gustó mucho; pero sólo había una solución. Cuando la bestia se cuadró un instante, me agarré a las puntas de los cuernos y salté sobre mis tres compañeros, para caer en el pescuezo del toro. Lo monté, agarrándome a los cuernos y golpeándole la papada con los talones. Eso lo distrajo de los demás, que pudieron zafarse. Se lanzó a la carga conmigo encima, tan veloz como un carro de guerra. Hubo un estruendo como el fragor de la batalla y oí que diez mil gargantas vociferaban: «¡Teseo! ¡Teseo!»

Miré por entre los mechones caídos sobre mi frente y vi que Amintor se movía junto al toro, esperando el momento de atraparme cuando me soltara de la bestia. Todas las Grullas daban vueltas alrededor, muy cerca. El animal no estaba en condiciones de responderles; aunque me sentía destrozado no podía bajarme aún.

—¡Apartaos! —grité—. ¡Dejadme cabalgar! Rodeé con mis pies la garganta del toro, tratando de oprimirle la tráquea y de obligarlo a ir más despacio por falta de aire.

Embistió de frente, cabeceando y revolviéndose tanto que tuve la sensación de que se me desencajaban las mandíbulas. Y las Grullas me habían desobedecido por primera vez. Forcejeaban por todas partes. Cuando Heracles se detuvo un momento, vi que Melanto y Crisa se habían colgado de los cuernos; luego desaparecieron, no pude ver cómo. Las salpicaduras de espuma me caían en el rostro y los brazos y notaba un extraño olor acre.

Los rostros vociferantes se acercaban. El toro se precipitaba hacia la barrera. Ahora tenía que bajarme o me aplastaría. Solté los cuernos; a pesar de todo, Amintor me esperaba. Cuando me dejó en el suelo, comprendí que estaba perdido, que seguiría sentado en el suelo cuando el toro viniera por mí. También Amintor estaba agotado y se le oía jadear. Y se acercaban las Grullas, pero sin aliento y lentas, por haber hecho más de lo debido. Yo esperaba que Heracles se volvería al llegar a la barrera. Pero en cambio se oyó un gran estrépito, chasquidos y gritos. El toro había embestido contra la barrera.

Era de cedro y del grosor del brazo, pero hizo que se tambaleara. Llovieron nueces, golosinas y abanicos, e incluso un perrito faldero. Un cuerno se hincó en la barrera y Heracles forcejeó hasta sacarlo; y entonces, se dio la vuelta. Pero a mí, todo el coso me daba vueltas. Yo sólo sabía una cosa: que me habían dado una cornada y que, si uno se tiende en esas circunstancias, su sangre es para la Madre.

Me puse en pie, resollando y tambaleándome. A mi lado, Amintor me daba ánimos con blasfemias y cariñosos epítetos minoanos, a la vez que invocaba a los dioses. Está prohibido sostener a las víctimas. El toro se acercó. Avanzaba muy despacio, como en un sueño. Pensé que debía de estar aturdido. Sus grandes ojos, salidos de las órbitas e inyectados en sangre, miraban los míos. Hice acopio de mis últimas fuerzas y procuré adivinar por dónde daría la cornada. La bestia dobló la cabeza. La inclinó y la bajó hasta tocar la arena. Las patas delanteras le flaquearon. Se ladeó como zozobra un barco en la tempestad y se desmoronó sobre la arena.

Se hizo el silencio y un susurro entre temeroso y asombrado estalló como un oleaje. Luego, empezaron los vítores. La visión se me fue aclarando, aunque me sentía débil y mareado. Vi que mi herida, aunque sangrante, no era profunda. El ruedo parecía un jardín, pues la gente lanzaba como enloquecida todo lo que había traído, abanicos y chales, abalorios y flores. Las Grullas se reunieron a mi alrededor, sucias, magulladas y cubiertas de arañazos, con arena en el pelo, churrettes de sudor y las timadas caras. Formión cojeaba; Crisa le debía la vida, según me dijo ella después. Cuando la muchacha se acercó de la mano de Melanto, vi que tenía un corte en el pómulo del que manaba la sangre; ya no sería jamás el lirio perfecto que partiera de Atenas. Hélice bromeaba con Tebe; como también sucede en la guerra, había perdido el miedo en el preciso instante en que ese temor habría tenido sentido. La sonrisa burlona de Amintor era boba por efecto de la debilidad; la mía era igualmente lacia y sin duda no menos estúpida. Telamón me ofreció su hombro, pero lo alejé con un gesto. Mi chica, que estaba en el altar, se había asustado bastante; por lo menos, pude saludarla de pie.

Estaba muy erguida en el estrado. Sus pinturas resaltaban como las de una muñeca. Me sentí orgulloso de que se hubiera dominado para no traicionarnos; aunque no tenía el don de la vista ni el del oído, pensé que sería toda una reina.

El viejo Heracles yacía allí mismo, donde había caído. Sobre su cabeza habían arrojado un ramillete de anémonas. Mientras lo miraba, se estremeció y tuvo una convulsión, y se le posaron moscas en los ojos.

Y desde lo alto, donde las graderías baratas hormigueaban de cretenses, surgió un murmullo grave y solemne, como si aquellos hombres hubieran visto un augurio.

Fuimos hacia la puerta. Yo estaba cansado, pero no tan cansado como para no pensar. Me acordé de la guardia que custodiaba a los toros sagrados: ningún plebeyo podía entrar en aquel recinto. Miré el palco vacío de Minos y el contiguo. Allí estaba sentado nuestro dueño, recibiendo felicitaciones por su equipo. Pero vi sus ojos mientras él no veía los míos.

Una vez fuera de la vista del público, no fui tan orgulloso como para no aceptar que me llevaran en angarillas. En la Casa del Toro, la curandera me lavó y curó la pierna y me dio un cordial caliente con especias, mientras Áctor miraba, silbando entre dientes. Nuestros ojos se encontraron. Actor lanzó una mirada hacia la curandera, meneó la cabeza reclamando silencio y se fue.

Talestris se detuvo junto a mi jergón, con una mano en la cadera, revolviéndose con la otra la negra melena. Le hice señas de que se acercara. Se inclinó y me miró, no como mira una mujer a un hombre herido, sino como observa un guerrero que está al acecho y que espera una señal. Le dije en voz baja:

—Al toro le han dado un bebedizo. —Ella asintió. Agregué—: ¿Están bien escondidas las armas? Asterión debe de saber algo. —Me preguntaba, al hablar, cuánto tardaría Asterión en mandar a buscarme y qué muerte me daría.

Talestris dijo:

—No puede saber mucho. De lo contrario, las armas ya habrían desaparecido. Sí, están a salvo. No te preocupes; no servirás para nada mientras no hayas descansado.

La vi alejar a los danzarines que se acercaban para hablar conmigo. No era tonta; sabía que, si yo no descansaba ahora, quizá no tuviera tiempo de hacerlo luego. Me quedé tendido, pensando en sus palabras, con la cabeza embotada por la fatiga y por los medicamentos de la curandera.

«Asterión no puede saber que maté a Minos; de lo contrario, me hubiera ejecutado públicamente. Tampoco puede estar enterado de la existencia de las armas, porque entonces éstas habrían desaparecido. Pero, ¿sabe lo de la señora? ¿O lo que quiso dar a entender ella con sus oráculos? ¿Ha interrogado a Périmo o a sus hijos? ¿Qué sabe?» Pensaba en estas cosas; pero me iba adormeciendo contra mi voluntad. Volví a oír zumbar la cháchara de los cretenses, para quienes el dios había matado al toro a mis pies. «Bueno —pensé—; desde luego que ha estado de nuestra parte.» Y creí sentir aún su presencia allí, solemne y caviloso, de modo que los ruidos de la Casa del Toro me parecían demasiado estridentes y me molestaban. Pero en el momento mismo en que lo pensaba me quedé dormido. Soñé con mi infancia, con el servicio que prestaba en el altar de la isla a la hora quieta del mediodía y oyendo el manantial.

Cuando desperté, encendían las lámparas y los danzarines se sentaban a comer. Amintor, que seguramente estaba esperando que yo abriera los ojos, se acercó y me preguntó qué debía traerme. Me senté, aunque me sentía demasiado entumecido para hacerlo, y pregunté si tenía alguna noticia sobre la muerte de Minos.

Amintor miró a su alrededor. Pero no había nadie cerca; todos los danzarines comían.

—No, Teseo. ¿Quién te ha dicho eso? ¿Se puede confiar en sus palabras? Dicen que, cuando la flota partió rumbo a Sicilia, antes de las tormentas, Minos se fue con ella, pero que se ha mantenido en secreto. Aseguran que fue a tomar la isla por sorpresa y que por eso no se habló del asunto. Esto lo han desmentido en el palacete, lo cual hace pensar que puede ser cierto. —Amintor me trajo sopa, una torta de cebada y un poco de miel. Comí acodado sobre el jergón, preguntándome cuánto tardaríamos en recibir la noticia de que Minos había muerto en Sicilia. «En realidad —cavilé—, Asterión es una bestia que piensa; y de prisa, además. Ha sido una astucia desmentirlo; debo reconocer que eso no se me habría ocurrido.» Y luego, pensé: «Pero debe necesitar tiempo, aún. Los hechos lo demuestran.» Llegó la curandera y me estuvo explorando. Me untó con aceite y me dio masajes en las piernas, sobándome y dándome palmadas; examinó mi herida, recitando hechizos, y dijo que cicatrizaría muy bien. En la mesa, los danzarines estaban sentados junto a su vino dos veces aguado, en la última hora de conversación antes de que se llevaran a las muchachas. Me estiré bajo las manos de la vieja, sintiendo que mis tendones se relajaban y la sangre fluía a sus anchas. Sólo quedaba el escozor del vino sobre mi rozadura y una pesada somnolencia. Me volví, cuando ella se fue, para dormir de nuevo. Entonces vi a Áctor, el entrenador, de pie junto a mi catre.

—Ajá —dijo—. ¡Conque has resucitado! Lo escribiré en la puerta de la Casa del Toro y me ahorraré molestias. Has dormido profundamente. Cuando estabas acostado ahí durante el terremoto, mientras todos los extranjeros que nunca habían sentido ninguno se desgañitaban gritándoles a sus dioses, miré si habías muerto; pero estabas tan campante como un niño de pecho.

—¿Un terremoto? —dije, mirándolo. Y agregué—: ¡Ah, sí! Recordé la sensación del dios caviloso; yo estaba entonces demasiado cansado para percibir una advertencia.

—No fue gran cosa —dijo Actor—. Un estante con vasijas se desmoronó en la cocina. Bueno, las Grullas tendrán que atrapar a otro toro.

Me miró. Esta vez, no nos oía nadie.

—¿Qué le dieron al toro? —pregunté—. Llegué a olerlo en el aliento.

—¿Cómo voy yo a saberlo? —Actor miró de nuevo a su alrededor—. Supongo que será lo mismo que les dan a sus animales los apostadores antes de las peleas de perros. Los perros generalmente sobreviven, pero debe de ser difícil calcular la dosis para un toro. —

Áctor se había inclinado, pero ahora se sentó en el suelo a mi lado, para bajar la voz.

—A alguien a quien no nombraremos debe de habérsele escurrido el dinero entre las manos. Si necesita todavía un talento de oro, tendrá que esperar al verano, que es cuando llegarán sus barcos.

—¿De oro? —dije, pensando que mi cordial debía contener amapolas. Porque aún estaba torpe. Áctor dijo—: Habla un fantasma. —Esta expresión significaba que lo dicho no se podía repetir ante testigos—. Tiene algo entre manos que le está vaciando la caja de caudales. Durante todo el día, sus agentes han estado recorriendo Cnosos para recaudar impuestos, cobrar arrendamientos, estrujar a los deudores, conseguir préstamos de los fenicios. Bueno, ya sabes cómo van tus apuestas. Hace tres meses, a la par; ahora seis a ocho; y siguen siendo un quebradero de cabeza para los corredores. Ve a ver a cualquiera de ellos y trata de apostar a que Teseo vivirá; no te lo aceptarán. Si apuestas por las Grullas, tienes que hacerlo a los puntos. Pero esta mañana, tengo entendido, en todo Cnosos se apostaba a que habría una muerte en la danza, en una proporción de ciento a uno o más; a la chita callando y en distintos sitios. Y poco más o menos al mismo tiempo, para evitar que las apuestas bajaran. ¿Qué deduces de eso?

—¿Qué deduzco? —dije—. ¿Qué debo deducir? Sólo soy un danzarín de toros de tierra firme. En mi aldea somos gente sencilla.

Sentía vértigo. Áctor me miró, rascándose la cabeza y dijo:

— Duerme, muchacho. Aún estás ofuscado.

Los párpados me pesaban como si fueran de plomo; el sueño me abrazaba más que una amante. Pero pensé que, si cerraba los ojos, luego creería que todo aquello lo había soñado. Vi que Amintor estaba a pocos pasos y le hice una seña.

—Tengo algo que decirte —le dije—. Trae a Talestris también. Vinieron los dos y se inclinaron sobre mi jergón, escudriñándome como si estuviese a punto de desintegrarme.

—Estad tranquilos —les dije—. El Minotauro no sabe nada. Ha hecho esto para obtener oro.

Si hubiese hablado en babilonio, ellos no se habrían quedado más perplejos. Los comprendí.

—Minos ha muerto. No lo dudéis. Está oculto en algún lugar del Laberinto, arrinconado sin ritos como el cadáver de un ladrón, para darle tiempo a Asterión. Asterión necesita comprar tropas y amigos; pero no puede pedir fondos a la tesorería real mientras no se notifique el fallecimiento. Está atrapado entre dos cuernos, digámoslo así. Por eso apostó a que el toro causaría una muerte, para hacer subir las apuestas.

Ellos me miraban con la boca abierta, como unos tontos de pueblo. Poco me faltó para reír.

Por fin, Amintor replicó despacio: —¿Lo hizo por oro? Pero nosotros somos las Grullas. Hemos bailado un año para él.

Talestris echó atrás la cabeza.

—¡Madre de las yeguas! —exclamó.

Y en realidad, parecía una verdadera hija de Poseidón Hipio, con la recia melena oscura echada hacia atrás y las ventanas nasales hinchadas. Puso los puños en jarras y mostró de reojo, como una potra perversa, el blanco azulado de sus ojos negros.

—¿Qué son esos cretenses? ¡Ellos y sus baños y su mucho hablar de los bárbaros! ¡Son vacíos como calabazas exprimidas! ¡Si los sacudiéramos, sonarían a hueco! ¿Por qué esperamos, Teseo? — En otros tiempos, en Eleusis, habría sido Amintor el primero en hablar. Pero ahora se tomaba su tiempo. Estaba inmóvil, con las negras cejas fruncidas sobre su nariz de gavilán, acariciando el lugar donde debía haber estado su daga.

—Teseo —dijo—, ¡cómo nos ha despreciado ese hombre! —. Asentí.

—Sí —dije—. Siempre ha sentido menosprecio por nosotros.

—La venganza es un derecho de todo hombre que no es mujer —repuso él—. Si Asterión lo hubiese hecho sabiendo que había armas ocultas en la Casa del Toro, yo no habría tenido peor opinión de él. Pero lo único que sabe de nosotros es nuestra reputación; y nos ha vendido como a las cabras sobrantes en un mal año. ¡Basta, Teseo! ¡Por Poseidón el de los cuernos negros, basta! Por esto, le arrancaremos el corazón.

Capítulo diez

Por la mañana volvió la vieja con sus ungüentos tibios. Yo había dormido como un tronco; la herida de la pierna se secaba bien y no era mucho más profunda que un arañazo. Los músculos que creí desgarrados sólo estaban torcidos; lo que ahora necesitaba era moverme. Esa noche iría al santuario y descubriría si Ariadna estaba enterada de la muerte de Minos. Si habían cerrado la puerta del rey con llave, ella no tendría más remedio que reconocer que conocía el camino secreto. Pero, pensé, aunque Ariadna lo supiera, ¿qué podría hacer ella, o Périmo, o Alección, o ninguno de los que estábamos en la Casa del Toro? Quienquiera que estuviese al tanto de la muerte de Minos sería acusado de haberlo asesinado. Pero, cada día que se prolongara nuestra espera, Asterión tendría más fuerza.

Después de hacer ejercicios durante un rato, me sentía bastante bien; pero todo aquello me agobiaba. Estuve con las Grullas, Talestris y otro jefe de equipo, el joven Caso, del equipo de los Gavilanes, hijo de un pirata rodio y convertido en esclavo cuando ahorcaron a su padre. Todos estaban deseando entrar en acción y procuré animarme, avergonzado de sentirme tan abatido cuando no me pasaba nada. Al otro lado del patio los Delfines habían montado una pelea de gallos. El ruido cada vez mayor me taladraba la cabeza y estaba deseando que terminaran. Acabé por gritar, contra mi voluntad: —¡Que paren ese alboroto!

—¿Qué sucede, Teseo? —dijo la bondadosa Tebe—. ¿Te duele aún la cabeza?

—No —repuse, porque en ese instante comprendí lo que me pasaba—. Es un aviso. La tierra va a temblar de nuevo. Creo que no será gran cosa. Pero el ruido es malo cuando el dios está enojado. — Bajaron la voz. Vi que Caso miraba las grandes vigas del techo y le flaqueaban las piernas.

—No parece que vaya a ser grave —dije. No sentía una gran opresión, sino sólo un cosquilleo. Pero hacedlos callar y apartaos de las paredes.

Néfele se había acercado a la riña de gallos; el equipo acudió corriendo, mientras los gallos, librados a sí mismos, saltaban, se picaban y asestaban espilonazos; luego, se detuvieron con las alas encorvadas y aspecto preocupado, como si el dios los hubiese puesto también en guardia. Notaba una opresión en la cabeza y cualquier bagatela me enfurecía; una especie de alfileres me cosquilleaban los pies. En ese preciso instante vino Áctor, a quien alguien, supongo, había informado del aviso.

—¿Qué te pasa, Teseo? —preguntó—. ¿Por qué no vuelves a la cama si sigues tembloroso, en vez de meter la discordia en la Casa del Toro? —Tuve tentaciones de pegarle.

—Apártate de esa columna —le dije en voz baja.

No podía levantar la voz. En el preciso momento en que él abría la boca para responder, la tierra tembló y trepidó, y una gran moldura de la cornisa de la columna se hizo añicos a su lado. En la cocina se rompieron cacharros; en el palacio, a cierta distancia, se oyeron gritos, chillidos y plegarias. A nuestro alrededor, los danzarines invocaban a los cien dioses de la Casa del Toro, los forasteros estaban tirados boca abajo, cubriéndose la cabeza; los amantes se abrazaban; y Áctor me miraba con la boca tan abierta que se le podían contar los dientes.

Oí algo que me llamó la atención y alcé la mano para pedir silencio. Grave y lejano, sentí aquello de que había oído hablar: el gran bramido ahogado del Toro de la Tierra en su caverna secreta. Todos los demás ruidos se apagaron. Las manos de los amigos se buscaban. La tierra se serenó y el estrépito fue poco a poco extinguiéndose. Se me despejó la cabeza y pude hablar en voz alta.

—¡Esperad! —dije—. Mientras el dios esté aquí, le rezaremos.

Extendí la mano, con la palma hacia abajo, hacia la tierra.

—Sacudidor de la tierra, padre de los toros, tú nos conoces a todos. Somos tus hijos, los ternerrillos que bailaban para ti. Has oído nuestros pies, has conocido el sabor de nuestra sangre en la arena del coso. Hemos tomado al toro por los cuernos; hemos saltado para ti y no hemos huido; te hemos brindado siempre un espectáculo. Aquí se ha obrado mal, pero no hemos sido nosotros. Nosotros vivimos en tus manos. Ayúdanos ahora, cuando tenemos necesidad.

Así oré; y los que no estaban en el secreto creyeron que pedía al dios que nos protegiera en el redondel. Pero el dios conocía mis intenciones. Sentí que mis palabras penetraban en el suelo, atravesando las losas de la Casa del Toro y las catacumbas, los escombros de los antiguos laberintos, la tierra virgen y la roca viva, hasta llegar a la sagrada caverna que ocupa el señor de las tinieblas bajo su forma de toro, con

sus largos cuernos y tupidas cejas, con sus grandes ojos que brillan con fulgor enrojecido como las ascuas en la noche.

La Casa del Hacha se sumió en el silencio. En la Casa del Toro, la gente estaba quieta, mirándome y susurrando; luego, se reanudaron las conversaciones y los juegos prosiguieron, peleando los encrespados gallos y montándose de nuevo los saltarines de toros en la bestia de madera. En cuanto a mí, acabé por seguir el consejo de Áctor y me acosté. Pero cuando estuve en la cama, no me encontré a gusto; el jergón me resultaba incómodo y preferí estar de pie. Me levanté, estuve viendo la pelea de gallos y jugué a los cinco dedos con las Grullas. Pero me dolía la cabeza, como si no la hubiese despejado el terremoto; estaba apesadumbrado y percibía ruidos fugaces recorriéndome el cuerpo, y me pregunté si no tendría un acceso de fiebre. Me palpé la herida, pero no palpitaba ni ardía, y tenía la frente fresca. No había estado enfermo desde niño y no recordaba gran cosa de aquella experiencia. Pensé: «¿Me habrán envenenado?». Pero a ningún danzarín se le servía la comida en la Casa del Toro; tomábamos nuestra parte de la fuente común. No me dolían el pecho ni el vientre. Las piernas no me temblaban. Pero una especie de terror me recorría la piel y en mis ojos se mezclaba la luz con espesas tinieblas.

Llegó la cena y me puse a jugar con un hueso de camero; no quería que los demás saltarines me vieran rechazar la comida durante todo un día después de un revolcón en el redondel. Los criados retiraron las viandas y trajeron el vino, y los danzarines chismorreaban con ellos como era habitual en la Casa del Toro. Oí a medias su conversación sobre la fiesta de aquella noche: era luna llena de primavera y las mujeres bailarían en el Laberinto de Dédalo, a la luz de las antorchas. Pero la oscuridad no me abandonaba. Pensé: «Es la sombra de Minos quejándose del agravio. Yo soy para él lo más parecido a un hijo; quiere que lo entierre y lo ponga en condiciones de cruzar el río. Ten paciencia, pobre rey; no te he olvidado».

El flojo vino fue rotando. La gente reía. Yo me sentía irritado con ellos y me molestaba su alegría. Por las altas ventanas, se distinguía el cielo, rosado a causa del resplandor de las antorchas; oí que se reanudaba la música de flautas y cuerdas, para mi fastidio. El viejo camarero que había servido las mesas de la Casa del Toro durante cincuenta años vino a retirar las jarras y Melanto le preguntó qué se decía sobre la muerte de Heracles. Me despabilé para escuchar.

El camarero respondió, en voz baja:

—A la gente, eso no le gusta. Les disgustó ayer y hoy más aún. Dicen que al toro le dieron una droga para ganar las apuestas. No dan nombres, no les parece prudente; sólo te mencionan a ti, Teseo, y afirman que tú les salvaste su dinero. Pero hoy dicen que esto no puede conducir a nada bueno. Dicen que el Toro de la Tierra no se estará quieto mientras le retuercen el rabo, aunque lo haga el hombre más grande del país. Desde entonces, ha habido dos terremotos; no hubo mayores daños, pero lo toman por un augurio. Y, además, lo del puerto.

Me levanté de un salto, diciendo: ¿El puerto? ¿A qué te refieres?

—A juzgar por el aspecto que tienes esta noche, deberías guardar cama —me dijo el camarero.

—¡El puerto! ¿Qué pasa en el puerto? De pronto, me sentía enloquecido; me daban ganas de arrancarle la respuesta zarandeándolo. Y sin embargo, algo en mi interior tenía miedo de la respuesta.

—¡Despacio, muchacho! —me replicó mi interlocutor—. No cabe duda de que te has llevado un buen revolcón. Yo no puedo presumir de haberlo visto, pero el mensajero que vino de Amnisos dice que el mar ha bajado media braza y todos los barcos han quedado varados. La gente cree que es un mal augurio.

La Casa del Toro giró sobre sí misma y se oscureció. Me acercaron a la boca una copa con vino y oí al viejo decir: —Te hará bien.

Yo estaba muy tieso junto a la mesa. Notaba en los labios el sabor del vino, dulce como la miel; a todo mi alrededor había rostros que me miraban, con los ojos y las bocas muy abiertos. Tiré la copa y la oí romperse sobre las losas. Alguien me agarró, como si yo necesitara que me sostuvieran; me sentía tan ingravido como el fuego. Tuve la sensación de que se me abría el cráneo y brotaban llamaradas azules; jadeante, aspiré hasta llenarme los pulmones de aire y lo dejé escapar. Un grito que recordaba el aullido de un lobo resonó por toda la Casa del Toro, y aquella voz era la mía.

Los rostros se me acercaron, y también las manos y los brazos, que yo hacía por repeler. Había levantado el puño para volver a golpear cuando los ojos se me aclararon a medias y vi otros ojos enfrente. Era Crisa, con su cicatriz en la mejilla, colgada de mis hombros. Dejé caer el brazo y me oí jadear, mientras que el resto de cordura que me quedaba pensó: «Crisa ha seguido creciendo. Está tan alta como yo». Luego, la oí decir: —¡Teseo! Háblanos. Dinos qué te pasa. Tú nos conoces, Teseo: somos las Grullas. No vamos a hacerte daño. Ya ves que somos los tuyos.

Luché contra el frenesí, aunque sentía que iba a acabar por despedazarme. De una manera u otra, debía mantenerme firme; sólo yo podía salvarlos. Y lo conseguí, aun temblando de pies a cabeza y temiendo que hasta el alma me estallararía y se perdería en las tinieblas. Y después de una lucha tan intensa que, en comparación, la lucha con el toro era un juego de niños, dominé mi locura y sentí que podía hablar. Pero antes tomé las manos de Crisa y las apreté con fuerza; parecían conectarme a mí mismo.

—Crisa —susurré—, llama a las Grullas.

Varias voces gritaron: «Pero si estamos aquí, mira». Yo no solté las manos de Crisa y mis ojos siguieron clavados en los de ella.

—¡Una advertencia! —dije.

Pero mis palabras habían brotado como el gemido de un moribundo y ellos exclamaron: —¿Qué?

—¡Silencio! —dijo Crisa sin alzar la voz—. Es el dios que hay dentro de él.

Ellos esperaron y volví a probar: —Es una advertencia. Grande y terrible. Se cierne como la sombra de una montaña; la he sentido en medio de todas las demás; se proyecta hasta muy lejos. Poseidón viene cargado de cólera, pisoteando las ciudades; nunca hemos conocido cólera semejante desde que nacimos. Todavía no. Pero pronto. El dios viene. Lo siento en el suelo.

Se oían voces ininteligibles en alguna parte; pero las manos de Crisa, manos de danzarina de toros, firmes y fuertes, retenían con calidez las mías y su voz dijo, con dulzura:

—Sí, Teseo. ¿Qué debemos hacer?

Hasta entonces tenía la sensación de no ser más que un caparazón en llamas, pero al oír esas palabras algo razonó dentro de mí. Y dije:

—Esta casa se derrumbará. Tenemos que escapar, o moriremos.

Parpadeé y meneé la cabeza, tratando de despejarla.

—¿Está aquí Talestris?

A mi lado, la grave voz masculina de Talestris dijo:

—Aquí estoy.

Repliqué: —Las armas; tienes que traer las armas.

Ella respondió:

—Mira, se están llevando a las muchachas para que se acuesten. La mayoría están ya encerradas. Sólo quedamos las últimas. —Ahora, reconocí la regañosa voz de la sacerdotisa.

—Las puertas las atrancan por fuera —dijo Talestris—. ¿Cómo vamos a volver?

Sentí vértigo, pero alguien me sostenía. Era Amintor, el eficaz receptor, tan atento como en el redondel. Dije:

—¿Dónde están los mariquitas? No podía elegir las palabras.

Hipón e Iro respondieron:

—Aquí estamos, Teseo. Sabemos lo que debemos hacer.

Supuse que se daban cuenta de que yo no los habría insultado en mi estado normal.

—Dadles a las muchachas el tiempo necesario para armarse. ¿Tenéis algo para regalárselo a la guardia? Talestris, ten las muchachas preparadas para atacar las puertas. No perdáis tiempo: si alguien os detiene, matadlo sin vacilar. Cuando vengáis, nos abriremos paso luchando juntos. Daos prisa, daos prisa. El dios ya se acerca.

Me interrumpí y se me escapó una exclamación entrecortada. Mantener a raya la locura era más difícil que sujetar a un jabalí con una lanza. En medio de la niebla, oí que la sacerdotisa prometía a las muchachas zurrarlas con una vara de abedul si no paraban de retozar con los mozos como rameras y se iban con ella.

Las muchachas se fueron a todo correr y las voces de los jóvenes me ensordecieron los oídos, haciendo preguntas a voces e interrogándose unos a otros sobre lo que yo había dicho; porque la mayor parte de ellos sólo habían oído un grito. Crisa se acababa de marchar y el ruido me torturaba; la advertencia se arremolinaba y bramaba dentro de mi cabeza o desaparecía, dejando un horrible y resonante vacío, que llenaba los pasos del dios al acercarse. La veneración y el terror que es natural que sienta el hombre ante los inmortales me agujoneaban y espoleaban a huir para salvar mi vida. Y al mantenerme firme, la locura me consumía y la advertencia rebosaba los límites de mi cuerpo. Zarandeé a Amintor, me monté de un salto en la mesa, sembrada de copas de vino rotas, y grité: — ¡Viene Poseidón! ¡Viene Poseidón! Os lo digo yo, Teseo, yo, su hijo. ¡Han matado al toro sagrado y ha despertado el Toro de la Tierra! ¡La Casa del Hacha se derrumbará! ¡La Casa del Hacha se derrumbará! Entonces se inició un clamor que me atravesaba la cabeza como atroces lanzas ardientes. La gente corría de aquí para allá, invocando a sus dioses o a sus amantes, cogiendo sus joyas o las ajenas, tratando de huir o de detener a los que huían, luchando y forcejeando por los suelos. Sólo sentían el miedo a lo que yo les había anunciado. Incluso yo sentía miedo. Había tomado aliento para volver a gritar cuando, en medio del tumulto, me pareció oír en mi interior una voz débil y clara, semejante a la cantarina cuerda de un arco: «Reconócete a ti mismo. No olvides quién eres. Eres un hombre, un heleno».

Me detuve y comprendí que los que huyeran presa del pánico, sin armas, serían capturados dentro del Laberinto. Salté de la mesa al suelo, me lancé entre ellos y les grité, insultándolos y diciéndoles que esperaran. Pero en el mismo momento en que hablaba se levantó un intenso griterío en toda la Casa del Toro y entraron los dos guardianes de la puerta exterior. Debían de haber estado bebiendo en el cuarto de guardia, por ser festivo el día, y habían tardado en sentirnos: en la Casa del Toro siempre había alboroto y su misión se limitaba a custodiar las puertas. Ahora, vociferaban y contemplaban aquel espectáculo, preguntándose si todos se habrían vuelto locos. Estaban armados de pies a cabeza y tenían lanzas de siete pies.

Al verlos, casi me serené; pero aún me sentía mareado. Cuando me adelanté, oí que Telamón, siempre sensato, decía: —Los muchachos han estado bebiendo; alguien les ha dado vino sin agua. Sólo retozan.

Uno de los guardias dijo al otro:

—El preparador solucionará esto. Ve a buscarlo; debe de estar el salón de baile.

En ese instante se interrumpió y dijo:

—¿Qué es eso?

El ruido se acercaba cada vez más; era un griterío y unos chillidos como de gatos monteses a la luz de la luna. Irrumpió una horda de muchachas, con los brazos cargados de armas: arcos y dagas, carcajes y lanzas. En la vanguardia, con los brazos ensangrentados hasta el codo, iban Iro, con una falda de mujer y un chal, y Talestris, completamente desnuda, con su arco y su carcaj al hombro, y el cabello negro como el humo de la batalla flotando a su espalda. Las muchachas se habían puesto la escasa vestimenta del redondel para que sus brazos y piernas tuvieran libertad para luchar; supongo que, con el forcejeo, a Talestris se le había caído el débil broche del cinto. Ella no le daba importancia; ese desdén es, entre las Amazonas, el recato propio del campo de batalla.

Recorrían la Casa del Toro, dando gritos de guerra; a los guardias de las puertas les bastó con verlas para tirar el escudo y la lanza y huir. Pero tanto habría dado escapar de los perros de Artemisa. Los veloces pies de las muchachas los alcanzaron; una enmarañada masa de piernas y brazos esbeltos los envolvió; relampagueó el afilado bronce arriba y abajo. Cuando las muchachas se irguieron, dejando tirados los cuerpos de los guardias, no eran las Amazonas las únicas que llevaban los pechos salpicados de sangre.

Entonces, los hombres corrieron hacia ellas, reclamando armas, arrebatándoselas y gritando, pisando a los muertos que se hallaban a su paso. Y todo lo que quedaba de mí dentro de mí estaba enfurecido contra el pánico que yo mismo había provocado. Mi propósito había sido planear nuestra fuga como una guerra, con cautela y frialdad, y a la hora convenida con nuestros amigos del exterior. Pero los hombres no alcanzan a ver tan lejos como los dioses. Casi me enloquecía mi tropa de dementes y lo único que comprendía con claridad era la cólera del dios que se concentraba y rezongaba, como se espesa el aire antes de la tormenta. No obstante, dentro de mi alma había un alma libre de locura, que se mantenía ajena y suurraba: «Eres el rey. Recuerda tu moira. No te pierdas: eres el rey».

Me oprimí la frente con las manos. Cubriéndome los ojos, oré a los dioses del cielo, al rey Zeus y a Apolo, que mató la serpiente, para que me inspirasen cómo salvar a mi gente. Luego, miré a mi alrededor. No me sentía mucho mejor; pero me contestaron, porque supe que podía hacer lo que debía.

Me alcé frente a la multitud y grité, reclamando silencio, y mi voz era la de siempre. Y la multitud me prestó atención y todos se quedaron quietos, y los más cuerdos calmaron a los enloquecidos. Luego, oí a lo lejos, en la terraza norte, el sonido de las flautas y las cuerdas; porque todo había sucedido muy de prisa desde que di el primer grito.

Anduve entre ellos, indicando a quienes les sobraban armas que las compartieran con los que no tenían y pensando sobre adónde podíamos ir. Yo conocía todos los caminos que llevaban desde la Casa del Toro al interior del Laberinto, pero éstos no servían ahora; debíamos llegar a campo abierto, salvando las murallas, y pronto, pues el terror acumulado estaba a punto de hacerme estallar la cabeza.

Sólo había una solución: tomar por asalto las puertas exteriores de la Casa del Toro, que nunca habíamos visto abiertas; parecían llevar cerradas y atrancadas cien años. No sabíamos si estaban custodiadas, o incluso tapiadas, por el otro lado; no había llave. Era necesario forzarlas.

Busqué con los ojos un ariete. Los bancos y las mesas eran mas livianos que las puertas; habría que golpear mucho rato y armar gran estrépito. El tiempo pasaba, el dios se iba acercando cada vez más. Entonces vi el toro de Dédalo, con su base de roble montada sobre ruedas macizas y sus cuernos de bronce.

Entre todos, lo pusimos contra la puerta. Luego, hincando los hombros y empujando todos a la vez, lo movimos hasta hacer que corriera. La plataforma chocó contra las puertas; éstas se estremecieron y rajaron, abriéndose de golpe con violencia. Las cruzamos corriendo, precedidos por el toro, y penetramos en un pórtico sostenido por columnas; a la luz de la luna, vimos unos frescos estropeados. La Casa del Toro debía de haber sido un salón de gala en otros tiempos. No había guardia.

Rebasamos a trompicones la gran columnata roja y bajamos por la escalinata. Ante nosotros había un jardín lleno de maleza, con altos cipreses negros; más allá, luz de antorchas y música. Ahora que estábamos en el exterior, el ruido era fuerte y frenético, con estruendo de címbalos, y comprendí por qué únicamente la guardia había oído nuestro alboroto. Cuando cruzamos a la carrera el jardín y llegamos a tres o cuatro tiros de lanza de las murallas, oí que las Grullas lanzaban gritos de alivio a mi alrededor. Pero yo estaba más tenso que una cuerda de lira porque sabía que el dios se acercaba.

Miramos a nuestro alrededor, con las armas empuñadas. Amintor dijo a mi lado:

—¿Dónde están todos los cretenses? Cuando esto empezó, habría criados en la Casa del Toro.

Alguien dijo:

—Los vi escapar corriendo. Supongo que los demás están viendo la danza de las mujeres.

Me golpeé la cabeza con la mano. En realidad, la locura del dios me dominaba por completo. Desde que se apoderara de mí no le había dedicado un solo pensamiento.

En el jardín se olían fragantes perfumes primaverales. A nuestras espaldas, la gran mole del Laberinto, radiante a la luz de las lámparas, se erguía contra el fondo de un cielo veteado de nubes por el que la luna y las estrellas avanzaban como barcos empujados por el viento. Ante nosotros, las copas de los cipreses se inclinaban sobre el rosado resplandor de las antorchas. Las manos, los tambores y los címbalos redoblaban, chillaban las flautas y mil voces cantaban. Y aquello me horrorizaba; porque en el centro estaba la hija de Minos, la señora del Laberinto, pateando con sus piecitos la airada tierra, escuchando con sus oídos los caramillos y las liras, pero sorda a la voz del dios y a su advertencia. El cielo me oprimía la cabeza con su movediza luna y todas sus estrellas, tan opresivo como el túmulo funerario de un rey. Bajo mis pies, la tierra enviaba escalofríos de temor a través de mis sandalias, estremeciéndome el vientre y los ijares.

—Amintor —dije—, Talestris, Caso. No os separéis. Esperad ahí, en el bosquecillo. Ocultaos en la maleza. Y no os mováis; va a ocurrir muy pronto. No tardaré en volver; rezadle al dios y esperad.

Me hicieron preguntas, pero no había tiempo.

—Esperad —dije, y corrí hacia las antorchas.

Me acerqué por detrás a la multitud, sin llamar la atención. Altas graderías de madera cercaban la pista por tres costados; el cuarto estaba abierto, pero lo bloqueaban hombres de pie. Había campesinos cretenses; no muchos, pero yo tenía otras cosas en qué pensar. Acababa de oír levantar el vuelo a las palomas del palacio y todos los pájaros diurnos abandonaron gorjeando sus lugares de reposo. Sentía el aliento del dios junto a mi cuello, tan cerca que no temía ni a los cretenses ni a los helenos, ni a los hombres ni a las bestias, sino solamente su advenimiento.

Los cretenses me dejaron pasar. Estaban habituados a que los apartaran los hombres rubios. Algunos me conocían y gritaron mi nombre, sorprendidos. Llegué a la albardilla que rodeaba la pista de baile, la salté y miré a mi alrededor, buscando con los ojos a Ariadna.

Mil antorchas se mecían al viento sobre altos postes. Me sentí inundado de olores a brea quemada y a polvo, a flores, perfumes y carne tibia. Vi ante mí el gran laberinto pavimentado de Dédalo, con su mágico dibujo de piedras negras y blancas incrustadas, y las amplias graderías, lisas y brillantes entre las columnas, donde había un público engalanado para la fiesta. Las mujeres estaban sentadas, con sus muñecos cubiertos de joyas en los brazos. En los bordes de la pista se hallaban los instrumentos musicales, los tambores y las cítaras, los címbalos y las arpas egipcias, y los caramillos, desde los aulos hasta la pequeña flauta de marfil, cuyo hermoso sonido revolotea como la lengua bífida de las culebras. La música atacó estridente, hiriendo el mortal silencio en que acechaba el sombrío dios. Y en el centro de la maraña, a lo largo del sinuoso trecho de mármol blanco, con los cabellos y las faldas y las joyas balanceándose, con los brazos entrelazados y los delgados talles meciéndose al compás, había una guirnalda de mujeres que ondulaba y se retorció, como una serpiente de la casa que muda la piel de invierno para renacer. Aquella guirnalda se dobló y avanzó hacia mí. Y vi el semblante de Ariadna, alegre y radiante, sin ningún temor, ni la menor sombra, encabezando la danza.

La vi; y todo mi cuerpo y toda mi alma, flagelados por la cólera del dios y mortalmente agobiados, ansiaron su pecho y sus tibios brazos como el niño que busca en su madre refugio contra los terrores de la oscuridad. Salté del parapeto al piso escaqueado; y en el preciso instante en que saltaba, oí la poderosa voz del dios gritándome: «¡Ya estoy aquí!»

La tierra trepidó bajo mis pies, crujiendo y temblando. Las lajas de mármol sobre las que corría se laquearon y caí sobre las manos y las rodillas. Se oyó un gran estruendo y un bramido, después alaridos y el crujir de madera al agrietarse. Mis dedos se agarraron al pavimento, que se movía como un ser vivo; me vi bamboleado y arrojado de aquí para allá cuando el sólido piso de Dédalo se abrió como si fuera agua y comenzó a ondularse. Allá abajo, a gran profundidad, perforando la gimiente tierra con sus grandes cuernos negros, el Toro de la Tierra atronaba y bramaba con más estrépito que los gritos de terror, con más estruendo que las columnas, el suelo y el muro al desplomarse.

Alguien a mi lado sollozaba y gritaba como una mujer al parir. Los sollozos me produjeron convulsiones: eran míos. Yo había estado preñado de aquella tremenda fatalidad; ahora era como si la hubiese parido, desgarrándoseme el cuerpo y pasando por los sudores de la agonía. Cuando el mármol roto se aquietó debajo de mí, lo aferré, trémulo y jadeante. A mi alrededor, las cosas que el hombre había sacado de la tierra volvían a ella, conmovidas hasta sus cimientos por el encolerizado dios. De las graderías destrozadas brotaban gritos y lamentos; del palacio, llegaron salvajes aullidos de perros y de mujeres, chillidos de niños enloquecidos por el dolor y el miedo, de hombres que se llamaban unos a otros o pedían socorro, mientras se derrumbaban los bloques sueltos. Yo yacía en medio de aquel estrépito infernal y me sentí anegado por una extraña y vacía bienaventuranza. Porque había echado al mundo mi advertencia. La gran mano del dios ya no me oprimía como antes, su locura había abandonado mi cabeza. Estaba fatigado, magullado y temeroso, pero ni más ni menos que un hombre. Mientras los pies que huían tropezaban conmigo y la más grande de las casas reales se desmoronaba a mi alrededor, suspiré con gran alivio; casi me pareció que podría dormir.

Alcé la cabeza. El viento me lanzó polvo y arena a los ojos; una mujer pasó despavorida por mi lado, gritando, con las faldas en llamas. Entonces recordé por qué estaba allí y me levanté. Me sentía dolorido y afligido, como después de un gran revolcón en el ruedo; pero el vértigo se había disipado y tenía la cabeza clara. Miré a mi alrededor.

La pista de baile parecía una playa donde han embarrancado los restos de un naufragio. Las ebrias antorchas estaban inclinadas en los postes o incrustadas en el suelo; las lajas, ladeadas, sembradas de restos de guirnaldas y arpas pisoteadas, de zapatos, chales y abanicos ensangrentados, de muñecos rotos y de desechos. Las graderías caídas trepidaban de gritos y blasfemias, y crujían las maderas. Había fuego en el sitio donde cayera una antorcha. Y en el centro del caos, juntos y encogidos, con el mismo pánico de los pájaros que se acurrucan cuando hay tormenta, vi a los danzarines.

Corrí hacia ellos, sorteando restos e inmundicias. Algunos estaban arrodillados y se golpeaban el pecho; otros se tambaleaban, cubriéndose el rostro mientras gemían, y aún estaban los que agitaban los brazos, llamando a sus compañeros. Pero en medio vi a una muchacha sola, de ojos fulgurantes y desquiciados, silenciosa, que miraba en derredor. Era mía y me buscaba a mí; sabía, contra toda lógica, que yo vendría por ella.

La alcancé y la así. Sus brazos me estrecharon, su rostro se lanzó hacia mi cuello, su pecho se apretó contra el mío, jadeando y con el corazón palpitante. La alcé en vilo y corrí con ella, abriéndome paso entre los cuerpos caldos que gemían, las antorchas que crepitaban, las flores pisoteadas, sin fijarme en dónde ponía los pies. Entramos así en los jardines, donde nos pincharon las espinas de las rosas mientras huíamos. Luego, la tierra era blanda y había flores primaverales de penetrante fragancia. La dejé en el suelo.

No me había movido otro pensamiento que el de salvarla. Pero los hombres son como las pajas en un torrente cuando los poderosos dioses campan por la tierra. Descubrimos entonces qué se quiere decir al afirmar que el sacudidor de la tierra es el esposo de la Madre. Nos tendimos un instante, mirándonos fijamente en silencio, abrazados y con la respiración entrecortada; luego, caímos el uno sobre el otro como se aparean los leopardos en primavera.

Aquella pasión, al haberla inspirado el dios, era curativa. La tierra estaba húmeda y perfumada; la ira de Poseidón había removido sus aromas como la azada del jardinero, pero ahora era un lecho tranquilo y acogedor. Allí yacimos, seguramente poco tiempo, cobrando fuerzas del pecho de la Madre Día. Luego nos levantamos, dando traspiés. Ella me miró, con los ojos aturcidos y bañados de lágrimas, y exclamó: —¡Mi padre!

—Ha muerto —le respondí—. Tuvo una muerte rápida y amable. —Ariadna estaba demasiado aturrida para preguntarme cómo lo sabía.

—Tendrás que llorarlo más tarde, amiga mía. Mi gente me espera, vámonos.

Nos sacudimos la tierra de las ropas y la conduje de la mano. Cuando salíamos del jardín, poco nos faltó para no caer sobre una pareja que yacía como nosotros momentos antes. No nos prestaron atención. Luego, llegamos frente al Laberinto y vimos lo que había hecho el dios.

Donde antes estuvieran las gradas y las terrazas, elevando sus altivos cuernos al cielo, sólo se veía un perfil quebrado, tan irregular como las rocas de la montaña. Las columnas de los peristilos se habían desmoronado, las ventanas antes suavizadas por la luz de las lámparas eran negras cavernas vacías o parpadeantes ojos de fuego. Entre los destrozados pórticos y los arcos, cuyos balcones se habían derrumbado, se veían las llamas del aceite de las lámparas derramado por el suelo, que habían prendido en las cortinas y los doseles, devorando la madera de las camas y sillas, y de los cabrios caídos, bramando y crepitando, avivadas por el vendaval.

Pasaban mujeres junto a nosotros, huyendo y lloriqueando. Una de ellas llevaba colgada del cuello a una niña llamada Fedra. Ariadna las llamó, pero siguieron corriendo sin prestarle atención. Me precipité al lugar donde había dejado a los danzarines de toros.

Todos estaban allí. Algunos invocaban aún al dios, como yo les recomendará. Nos vieron y acudieron a toda prisa. Ahora, el bosquecillo estaba iluminado por el resplandor del incendio y vi salir del follaje, tambaleándose, a quienes la Madre Día había herido con el deseo. Muchos empezaron a gritar que yo había vuelto y corrieron a tocarme; en realidad, Amintor incluso me abrazó. Todo esto me pareció natural, dadas las circunstancias. Todos habían salido ilesos del terremoto, salvo las magulladuras que se hicieron al tirarse al suelo.

—El dios ha oído nuestras plegarias —les dije Ahora, iremos a Amnisos y nos apoderaremos de un barco para ir nos cuando cese la tormenta. Pero antes, ¡mirad! Ésta es la señora, la hija de Minos, salvada de la cólera de Poseidón. Ayudadme a cuidar de ella; será mi esposa. Miradla bien y reconocedla. Aquí la tenéis.

La subí sobre mi hombro; en la Casa del Toro uno aprende a hacer esas cosas. Quería asegurarme de que todos conocieran su rostro, por temor a que Ariadna se perdiera en el tumulto o la raptaran los jóvenes; eran momentos de locura. Por eso la alcé, como se alza la bandera para que la vean las tropas y la recuerden.

Todos profirieron vítores. Me asombró que tan pocas bocas pudiesen hacer tanto ruido. Y entonces, a la luz que irradiaban los incendios, vi que los senderos y los parques negreaban de cretenses. Avanzaban como enjambres y trepaban por las laderas, huyendo de los espacios abiertos para escapar a la cólera de Poseidón. Los servidores de la Casa del Toro habían oído mi advertencia y corrían a prevenir a sus amigos. En todo el palacio, cada cretense avisaba a otro cretense; los criados abandonaron las escobas y las vasijas, las lámparas y los trinchantes, para huir. No se tomaban a los dioses tan a la ligera como los cortesanos del Laberinto.

Habían huido y vivían. Ahora, veían en ruinas la orgullosa casa de Minos, donde conocieran pesadas tareas y escaso aprecio. Veían las puertas destrozadas, los arcones y los armarios hechos ciscos, despanzurrados de sedas y objetos de oro; las tinajas de vino volcadas y, caídas de las mesas, las vajillas y las preciosas copas y los jarros que llenaban y acarreaban, siempre para labios ajenos.

Por eso se habían arrastrado hasta allí cerca, proponiéndose ser los herederos de Labris. Luego, en el preciso instante en que llegaban a la terraza superior, levanté a la diosa terrenal para que la vieran.

Ariadna representaba para ellos las plegarias que había atendido el rey Minos; los oráculos que endulzaran su áspero pan con el misterio y la esperanza; era la pequeña diosa de cuyo alumbramiento se avergonzaba la altiva y rubia Pasífae. Pertenecía a los cretenses, era su participación en las glorias del Laberinto, el corazón y el meollo de la antigua religión, lo más próximo a la Madre, la que acoge a los hombres contra su pecho y los calma como a niños maltratados por la cólera paterna. Era la triple santa, la más pura, la guardiana de la danza; y al verla, recordaron el sacrilegio cometido ante ella en el redondel, el que había despertado al Toro de la Tierra y lo había impulsado a asolar Creta.

Se agolparon a nuestro alrededor, rugiendo como el mar. Habían visto quién la sostenía y recordaron los oráculos, el anillo del muelle y la advertencia que los hiciera salir corriendo del palacio. Algunos empezaron a lanzar gritos nupciales, a dar alaridos y a bailar. Pero en su mayoría señalaban el palacio, agitando los puños o esgrimiendo palos y cuchillos. Mientras empujaban, arrastrándonos con ellos, una voz aulló:

—¡Muera el Minotauro!

Y cien voces le respondieron:

—¡Muera!

Amintor y Telamón se colocaron a mis flancos, impidiendo que los brazos de aquella gente me alcanzaran. Entre los tres sosteníamos a la señora; no nos atrevíamos a dejarla en el suelo, por temor a que la tumultuosa muchedumbre la pisoteara. Al acordarme de las graderías hundidas junto a la pista de baile, pensé que había diez probabilidades contra una de que Asterión hubiese muerto; me irritaban todos aquellos obstáculos y sólo pensaba en la manera de poner a salvo a mi gente. Y entonces, de improviso, igual que se habían propagado las llamaradas de aceite por los suelos del palacio, sentí que una llama saltaba de los cretenses a los danzarines de toros que me rodeaban. Y de esa llama cayó en mi alma una chispa y estalló para convertirse en un fuego avasallador.

Pensamos en nuestros hogares lejanos, en el llanto de nuestros padres cuando nos arrancaran de su lado; algunos teníamos por entonces novia; otros estábamos prometidos; muchos, enamorados de algún arte o de la buena tierra paterna, y también los había dedicados a alcanzar la fama. Nos veíamos alejados de todas esas cosas, de los lugares y las costumbres de los nuestros, para morir sirviendo de diversión en el pintado Laberinto. Recordamos a los altaneros emisarios que reclamaban el tributo y trataban con desdén a nuestro pueblo. Pero los que ahora éramos danzarines de toros hasta la médula recordábamos, antes que nada, cómo había comerciado Asterión con nuestro valor y nuestra sangre. Los dioses eran poco respetados en la Casa del Hacha; pero nosotros procedíamos de lugares donde se honraba a los dioses. A pesar de ser esclavos, éramos orgullosos, éramos los ternerrillos de Poseidón. No queríamos ser el ganado de ningún hombre.

Por encima del vocerío de los cretenses, resonó el grito de batalla de las amazonas. Más cerca, junto a mis oídos, Amintor y Menestes vociferaban, lo mismo que en el istmo y al tomar por asalto el promontorio de Sunio.

—¡Ares Enialio! ¡Bah-bah-bah-bah! ¡A-y-ay-ay Teseo! ¡Teseo! ¡Teseo! Eché atrás la cabeza y di el grito de guerra.

Comenzamos a movernos con más rapidez. Recordé mi zambullida en el fango del puerto, cuando me había arrastrado entre los restos de los barcos en busca del anillo. Recordé cómo me había comprado Asterión, cual si fuera un caballo, después de haberlo desafiado yo como guerrero; cómo me había exhibido en sus fiestas, lo mismo que a un perro titiritero; cómo me había hecho cantar. Y me dije: «¡Que se atreva a morir antes de que llegue yo! Espera, Minotauro, espera. ¡Espera al joven de tierra firme con polainas de cuero, al joven de los toros que sólo sabe dar saltos mortales! ¡Ares el del grito de batalla, padre Poseidón, reservado para mí!».

Sentía los dedos de Ariadna, agarrados a mi pelo, mientras le abríamos camino. Enseguida llegamos a las literas que trasladaran a los nobles a la pista de baile; la instalamos en una y los cretenses levantaron las varas. Cuando Ariadna se elevó por encima de la multitud, miré para ver si estaba asustada; pero se inclinaba hacia delante, aferrada a los brazos de la silla, con los labios entreabiertos como si sorbiera el viento.

Se oyó un estruendo como el de las nieves primaverales cuando resbalan montaña abajo; pero era algo que ascendía y se trataba de fuego. Las llamas habían ido a dar con un depósito de aceite. Cuando chocaban con el aire de la borrasca, se aplastaban y enfilaban hacia el norte. Aquella enorme antorcha iluminaba la Casa del Hacha como la luz del día y vi que un bloque del edificio aún seguía intacto. Era el ala de poniente, donde la gran escalera conducía al altar hundido y al trono blanco de Minos. Pensé: «Si vive, está ahí».

Había aparecido otra litera, en la que me montaron, alzándola a la altura de los hombros. Hice que la giraran, para poder ir de pie como en un carro, cogido al alto respaldo. No quería que los danzarines me perdieran de vista. Seguí avanzando, como un barco por un mar borrascoso, con las Grullas apretadas a mi alrededor y los cretenses vitoreándome. Para ellos yo era Teseo el saltarín de toros, de quien se había encaprichado la señora; el favorito que les había salvado las apuestas. Pero para mí mismo era una vez más el kuros de Poseidón, el Cerción de Eleusis; Teseo, hijo de Egeo, hijo a su vez de Pandión, el pastor de Atenas, que iba al encuentro de su enemigo.

—¡Ajaija-i! —grité, como quien encabeza la línea de batalla.

Me contestaron gritos de guerra. La sangre me hervía y me zumbaba.

Cuando nos acercamos y el resplandor del fuego nos caldeó los rostros, pensé en Minos, a quien el propio dios le había erigido su túmulo funerario y puesto a arder el altar. Minos era quien enviaba las galeas del tributo. Su sello había tasado las ciudades de tierra firme; tanto grano y vino, tantas yeguas preñadas, tantos danzarines de toros. Yo le habría arrancado el alma del pecho si nuestros caminos se hubiesen cruzado en un campo de batalla. Pero la misión de un rey es gobernar, ensanchar sus tierras, ganar botín para sus guerreros y alimentar a su pueblo. Asterión me había saludado por mi título, aunque yo era un esclavo. Me ofreció oro; me puso delante vino y carne adobada al son de la música. Pero hizo deleznable mi situación e hirió mi amor propio cuando eso era toda mi fortuna. Cualquier hombre que fuera por lo menos medio hombre habría deseado vengarse.

Llegamos por el este y vimos un edificio que no ardía. Era la Casa del Toro. El techo había apagado las lámparas al desplomarse; quedaban todavía en pie la estructura y un par de columnas; en el pórtico, el toro de Dédalo se sostenía tenazmente sobre sus patas, revestido de yeso pintado hasta los cascos. Hice que me bajarán al suelo, para ir en cabeza.

Atravesamos sobre las caídas vigas del techo y las puertas interiores bocabajo. En el pasadizo siguiente estaban los cascotes del piso de arriba, las sillas rotas, los potes de pintura de las mujeres y el cuerpo de un niño abrazado a un juguete. El viento nos traía chispas y el aire crepitaba de calor. Detrás de mí corrían los danzarines, que habían continuado a mi lado mientras los cretenses se dedicaban al saqueo; llevábamos en la sangre el hábito de trabajar juntos. Pronto salimos a un espacio amplio repleto de escombros. Era gran patio donde, sobre el piso pavimentado, fresco para los pies, se paseaban los nobles y los emisarios entre los tiestos con lirios y los limoneros en flor. Tres de los lados se habían derrumbado, el del sur hasta el suelo; al este, se inclinaban los pisos lamidos por las llamas. Pero se conservaba en pie el ala oeste. Uno de sus balcones había caído; las columnas carmesíes perforaron las lajas y las flores pintadas aparecían solitarias sobre la pared. Pero, en el majestuoso pórtico de la entrada, la enorme columna maestra sostenía el dintel que coronaba las escaleras, y vi guerreros armados en el rellano.

Me disponía a ordenar la carga cuando oí un gemido. Aunque el aire rebosaba gritos de gente atrapada en los escombros, aquel ruido me llamó la atención. Venía de muy cerca; al mirar a mi alrededor, se movió un montón de cascotes y oí mi nombre.

Era Aletrión. Yacía en el suelo, con los negros bucles ensortijados blancos de polvo; tenía la boca entreabierta y salpicada de fragmentos de yeso. Se parecía a los muñecos de arcilla pintada que engalanaban en primavera las damas cretenses, recién vistos en la pista de baile, pisoteados y deshechos. Uno de los brazos le colgaba fláccido; el otro se movía y agitaba sobre un gran trozo de columna atravesado encima de su vientre. Por debajo de la columna sobresalía un trapo, un trapo de seda amarilla con bordados de turquesas, pero manchado casi por completo de rojo. Cuando miré, dos cretenses pugnaban a codazos entre sí para llegar a Aletrión y arrebatarse sus joyas.

Los aparté de él y me arrodillé a su lado, mirando de reojo hacia el porche donde nos vieran las tropas. La timada mano del joven se aferró a mi brazo.

—Teseo, no me abandones al fuego —dijo.

Miré la gran columna y luego sus ojos. Nos comprendimos. Le retiré los escombros del pecho; estaba delgado y, aunque los latidos eran débiles, se sentía el corazón.

—Esto será rápido —dije—. Ojalá el guía sea amable contigo. Cierra los ojos.

Puso la mano sobre mi muñeca y jadeó como si quisiera volver a hablar. Esperé y movió espasmódicamente la cabeza hacia el ala de poniente, diciendo: —El Minotauro.

Luego cerró los ojos como yo le pidiera. Al verlo morderse los labios de dolor, lo rematé. Tomó aliento y murió; y me alejé de él, porque había mucho que hacer. Por eso no vi quién se quedó con su collar y sus aretes.

Por la escalinata bajaban soldados, protegiéndose con sus escudos de las piedras que les tiraban los cretenses. Se adelantó Foitio, con su nariz de pugilista, y deteniéndose ante la columna maestra gritó en cretense: —Tranquilizaos, buena gente. Tenéis un rey a quien llorar. Minos ha muerto en el terremoto. Cuando llegue la hora, ya se os dirá cómo pecó contra el dios y mereció esta venganza. Pero antes hay que consagrar al nuevo Minos, que es quien puede hacer la paz por nosotros con el sacudidor de la tierra y alejar su cólera. Ahora, mientras os hablo, se está ejecutando el sagrado rito; el momento es demasiado angustioso para celebrar actos públicos.

Se oyeron silbidos y aullidos de ira; pero Foitio era un hombre capaz de sostener con firmeza una mentira. Alzó la mano con la palma abierta; estaba habituado a dar órdenes y su gesto era enérgico.

—¡Tened cuidado! ¡Minos está en presencia de la Madre Día! Es un sacrilegio que los hombres no purificados se acerquen al altar. ¿No habéis sufrido suficientes infortunios? Retroceded para evitar la maldición.

Los cretenses dieron unos pasos atrás, refunfuñando. No eran guerreros y tenían buenas razones para temer a los dioses. Luego, en medio del silencio, una voz aguda y nítida preguntó, desde el otro lado del patio: —¿Quién eres tú, Foitio, para maldecir en nombre de la Madre? —Ariadna estaba de pie sobre el estrado, delante de su litera, con la diestra levantada; el resplandor de las llamas parpadeaba sobre el vestido con el que había dirigido la danza. Foitio frunció la boca y sus hombres se miraron. Yo también estaba impresionado. Nunca la había oído hablar con tanta fuerza; sentí un escalofrío.

Señalando el santuario, Ariadna dijo:

—¡Ahí tenéis la calamidad que ha caído sobre el Laberinto! ¡Pongo por testigos a todos los dioses de que él ha asesinado a Minos! En el santuario hay un asesino, impuro por la sangre que ha derramado, en presencia de la Madre. ¡Y hablas tú de sacrilegio! —Hubo un tremendo silencio; sólo se oía el crepitar del fuego. Ella extendió ambas manos sobre la tierra y gritó—: ¡Ojalá la Madre lo maldiga y también todos los dioses del averno, y ojalá las hijas de la noche lo persigan en el interior de la tierra! Y bendita sea la mano que vierta su sangre.

El silencio se trocó en bramido. Los cretenses avanzaron en tropel. Yo los alenté; un guerrero no olvida una batalla. Pero me sentía turbado.

Pensé: «Ella no sabe quién acabó con Minos. ¿Me afectará su maldición?» Luego me dije: «No, el propio Minos me absolvió». Y también: «Pero ella sabría quién lo mató si hablase por mandato de algún dios». Aunque Asterión fuera hijo de la misma madre que Ariadna, no hay deber más santo que el de vengar a un padre. Ella sólo merecía alabanzas si deseaba ver correr la sangre de Asterión.

Los cretenses tiraban piedras de nuevo y ganaban terreno; detrás de nosotros estaba el fuego, y delante, el enemigo. Salté a donde pudieran verme los danzarines y pronuncié la voz de alarma del redondel, que convoca a todos cuando hacen falta todos para desviar al toro.

Me respondió una voz masculina. Talestris trepaba por los escombros; las llamas doraban sus recios brazos y piernas. Tomó una flecha del carcaj que llevaba al hombro y la puso en el arco. Disparó y Foitio cayó.

—¡Buen tiro! —grité, y me volví para sonreírle.

Pero Talestris no me miraba. Se le iban doblando las rodillas y se desplomó de espaldas; tenía clavada una jabalina debajo del pecho. La sangre que manaba de la herida era de un vivo color escarlata y ella

respiraba espasmódicamente. Una amazona pelirroja que combatía a su izquierda se arrodilló, sollozando. Talestris la apartó y se irguió a medias, penosamente, apoyándose en su hombro; escudriñó la línea de batalla y le señaló al hombre que le había lanzado la jabalina. La pelirroja se levantó de un salto. Bajo el refulgente cielo, sus ojos parecían fulgurar con lágrimas de fuego; las ahuyentó con un parpadeo y tensó los brazos para apuntar. El hombre se llevó las manos a la garganta y vi la flecha entre sus dedos. Luego la muchacha se volvió; pero la mirada de Talestris se había apagado y yacía inmóvil, con el pelo negro desparrramado sobre los fragmentos de un jarrón pintado.

La pelirroja profirió un lamento, que se oyó a pesar de todo el estrépito del Laberinto en llamas, y se precipitó hacia las lanzas.

Profiriendo mi grito de guerra, salté a mi vez. Me gustaban sus bríos, pero no podía permitir que una mujer se me adelantara.

Los danzarines avanzaban como hormigas sobre los cascotes. Teníamos los pies ágiles después de tanto esquivar a los toros en la arena del coso; y las armas de que disponíamos nos sabían como la comida cuando se tiene hambre, puesto que habíamos flirteado con la muerte a cuerpo limpio. Las tropas de la escalinata llevaban lanzas y escudos; pero los toros cretenses tienen los cuernos largos y la testuz más dura que un yelmo de guerra metálico. Estábamos habituados a los combates desiguales; en eso venía consistiendo nuestra vida.

Ellos seguían lanzando jabalinas y nosotros no podíamos tirar las nuestras, que habían sido recortadas para poder introducir las de contrabando en la Casa del Toro. Amintor estaba a mi lado. Cambiamos una sonrisa, con el afecto de los hombres que combaten juntos y se leen el pensamiento. Cada uno de nosotros escogió a su hombre y esperamos a que una piedra lo obligara a levantar el escudo; entonces echamos a correr y lo apresamos por la cintura. Volvimos con sendos escudos y lanzas de siete pies.

Cargamos escaleras arriba por los anchos peldaños. Bastante cerca, vimos a la amazona pelirroja, con las armas y el yelmo de Foitio. Los guardias de la escalinata habían juntado sus escudos; pero los hicimos retroceder y retroceder, primero más allá del friso donde estaban pintados los jóvenes nobles que le llevaban regalos a Minos, luego, hacia la sala de arriba. A veces los guardias tropezaban al subir la escalera de espaldas y caían en nuestras manos. Los peldaños se volvían resbaladizos, pero valía la pena apoderarse de sus armas. Vi que algunos empezaban a huir y comencé a chillar para asustar al resto.

De pronto, como el agua que se escurre por el sumidero, se desvanecieron en las tinieblas. Se habían retirado a defender un paso más angosto. Lanzamos un sonoro grito de triunfo. Entre todas las voces oí una que me obligó a volverme. Era la de Ariadna, a quien llevaban en andas los cretenses. Profería vítores, con el cabello desgreñado y los ojos muy abiertos, incitándonos a matar.

Cuando subíamos a toda prisa la escalera, miré a la amazona pelirroja, que tenía ahora una herida carmesí en el brazo que empuñaba la lanza; y mi corazón no quiso saber nada de sus propios pensamientos. Porque el frenesí bélico es honroso en una muchacha guerrera que vierte su sangre y arriesga su vida junto a uno. Nadie sabe mejor que yo, que tuve una camarada así, cómo eso ilumina la batalla tanto como el resplandor de una antorcha. Pero con una mujer hogareña, de manos suaves y cuyos pintados pies rara vez han pisado un terreno áspero, no acontece lo mismo.

«Bueno —me dije—, la han tratado muy mal y la amenazan con peores males. Tiene derecho a vengarse. Y es hora de obrar, no de pensar.» En el remate de la escalera había un corredor y después una entrada por donde llegaba la luz a través de una escalera abierta al cielo. Pero, como conservaban en su poder los peldaños que daban al exterior, aquellos a quienes yo creía huidos habían erigido una barricada con escombros, arcones y otros objetos pesados. Parecía que podrían aguantar mucho tiempo. Nos gritaban desde detrás de la barricada que nos marcháramos, dejando que Minos se ocupara de su sagrada tarea.

—¡Su sagrada tarea! —dije a Amintor—. Sólo una cosa quieren todavía los dioses de él. Si fuera tan siquiera un rey a medias, la ofrecería él mismo, en vez de permitir que la hagamos nosotros.

Luego, miré la escalera y recordé el espacio de abajo y su disposición, y se me ocurrió una idea.

—Caso —dije—, sigue atacando aquí. Apriétales fuerte; no les dejes creer que sólo quieres ganar tiempo. Conozco un camino; pero quizás esté bloqueado por el terremoto. Si consigo entrar, oiréis mi grito de guerra.

Busqué con los ojos a la señora y la vi sana y salva entre sus guardias cretenses. Entonces reuní a las Grullas y les dije:

— Seguidme.

Bajamos la escalera y los conduje, atravesando el patio, al bloque de edificios del norte después del cual estaba la Casa del Toro. Había allí unos cuchitriles, cocinas y destilerías, depósitos de pintura y dependencias para mezclar aceites y perfumes. También estaba la vieja habitación de la lámpara, con la trampilla que conducía a las catacumbas.

La fachada del edificio se había derrumbado y los pisos altos estaban en llamas; pero abajo había gruesos muros y columnas y se podía entrar en la planta baja. Confieso que aquello no me gustó. Quizá la furia de Poseidón me hubiese ensordecido para las advertencias menores. Antes de que entráramos, oré pidiéndole una señal, para saber si aún estaba colérico. Nada se movía, salvo el fuego que ardía arriba; por lo tanto, entramos.

La habitación de la lámpara se mantenía en pie. Los estantes se habían caído y las lámparas estaban hechas añicos en el suelo. También se veían tinajas de aceite rotas, y nos miramos, sabiendo que el fuego podía cortarnos la retirada. Pero abajo estaban los recios pilares del cretense Minos, que habían resistido dos grandes terremotos. Pensé que valía la pena correr el riesgo, y las Grullas confiaban en mí.

Abajo todo era espesa oscuridad. Hicimos mechas con nuestra ropa para dos lámparas que aún contenían aceite; con qué encender no faltaba. Encontré el hilo secreto amarrado todavía al pilar. Cogí el hilo en una mano y la lámpara en la otra, y encabecé la marcha.

El lugar estaba cambiado. Íbamos chapoteando en vino y aceite, entre lentejas y sésamos, porque la catástrofe había derribado los sacos y los estantes. Y en cierto momento, cuando atravesamos la vieja armería, vimos flamear al otro lado de una estrecha grieta la luz hiriente de las antorchas y oímos los gritos de los hombres que peleaban como animales. Adiviné que allí estaban las catacumbas del tesoro. Pero las Grullas me seguían, serenas y silenciosas. Nos guiaba un solo pensamiento y no contrajimos aquella enfermedad.

Por fin, llegamos hasta el guardián. Se habían desmoronado grandes piedras del pilar que estaba a su lado y sobresalía poco del suelo. Se distinguían la mandíbula y los dientes hermosos y fuertes; debía de ser joven. Las Grullas se sobresaltaron, pero el guardián era un viejo amigo mío; yo no veía malicia en su sonrisa. Lo que no me inspiraba confianza era el tambaleante pilar; me llevé el dedo a los labios y avanzamos con pasos de gato.

Por fin llegamos a la puerta que llevaba arriba; por debajo se filtraba un poco de luz. Subimos con cautela y, pegando el oído contra la madera, oí salmodiar.

Probé la puerta, temiendo que estuviera atascada. Pero se abrió sin dificultad; seguía bien engrasada. Empuñamos nuestras armas y nos deslizamos al interior. En la antesala la luz era escasa y vacilante. La atravesamos; más allá estaba la gran escalera teñida de rojo por el reflejo del cielo en llamas. Pero había lámparas al pie y una nube de incienso se mezclaba con el humo. Pedí silencio con un gesto y miré.

Me encontré frente a un rito que realizaban trabajosamente, sobreponiéndose al miedo y a los destrozos, sacerdotes y sacerdotisas vestidos de diario, con un trapo como símbolo de los ropajes sagrados. Los suntuosos pedestales sostenían lámparas de arcilla y un niño con la cara sucia tenía en la mano el gastado incensario; los rotos jarrones bellamente labrados goteaban y los óleos sagrados estaban en vasijas de cocina. El trono blanco de Minos aparecía vacío entre sus grifos. La enlodada multitud miraba hacia otro lado, hacia el hundido patio de tierra. Los hierofantes del rostro blanqueado estaban de pie alrededor del trono, con las vestiduras bordadas de oro desgarradas y manchadas, cual saltimbanquis que usan las ropas desechadas por los ricos y compradas a los criados. Sus ensalmos, trémulos como lamentos de mendigos, llenaban el recinto de un vago zumbido; a veces tosían, atragantados por el hollín que transportaba el aire.

En el patio de tierra vi a un hombre de pie, desnudo de cuello para abajo: era rechoncho, de piernas gruesas, con vello negro en el pecho, en las piernas y en la ingle, y tenía delante la sagrada Labris. Sobre el tórax brillaba el crisma con que lo ungían un viejo y una vieja temblorosos, de manos semiparalizadas. Del cuello para abajo era un hombre y vil; del cuello para arriba era una bestia y noble. Serena y señorial, con largos cuernos y encrespadas cejas, la espléndida máscara torina de Dédalo miraba más allá de la triste muchedumbre, con sus solemnes ojos de cristal.

Por encima de la salmodia, ahogado a medias por los muros, se oía aún el estrépito de la lucha; el golpeteo de las amias y las piedras, los gritos de los hombres, los alaridos de las amazonas. Nuestros amigos se comportaban con lealtad. Era el momento oportuno. Lancé el grito de guerra y me precipité entre la concurrencia.

Los celebrantes se dispersaron dando voces. Corrieron en tropel hacia la escalera: los viejos y viejas se atropellaban unos a otros, mientras los más vigorosos los pisoteaban. Llegaban del exterior los gritos de los defensores, al darse cuenta de que estaban siendo atacados por la espalda. Algunos guardias de mirada descompuesta, que estaban apostados alrededor de la sala del trono, irrumpieron en desorden. Supuse que las Grullas se bastarían para contenerlos. En cuanto a mí, tenía algo que hacer. Él estaba acorralado, de espaldas contra el alto muro que sostenía la escalera que daba sobre el foso. El foso era demasiado profundo para poder salir de dentro si no era subiendo por los peldaños. Me detuve en lo alto y lo llamé por su nombre. Quería que me reconociera. La máscara de oro se volvió y los ojos convexos me miraron. Cuando se posó sobre mí aquella mirada regia, que le prestaba majestad incluso a lo que ocultaba debajo, alcé el brazo y realicé el saludo al toro que hace el jefe de equipo. Después salté al foso, hacia él.

Durante un momento, Asterión permaneció inmóvil, con el muro a sus espaldas. Luego su brazo se disparó para coger algo. Una forma que parecía un rayo negro giró a su alrededor por los aires. Había agarrado a la Madre Labris, que estaba en su pedestal, la devoradora de reyes, la antigua celadora. En lo alto de la escalera una sacerdotisa lanzó un chillido.

Él me había negado mi condición de guerrero; por eso estaba yo dispuesto a matarlo inerte, como se mata a las fieras. Pero me estimuló la perspectiva de combatir. Bailé a su alrededor, haciendo fintas con la espada, mientras él esperaba, medio agazapado, con el hacha apoyada en el hombro. Y me parecía ilógico que ambos estuviéramos armados; bastaba con que él tuviese sus largos cuernos, a los que yo me agarraría enseguida para saltar por encima, mientras los jugadores apostaban y el público gritaba en las pintadas graderías.

El anciano sacerdote y las sacerdotisas habían escapado como pudieron; ahora el poco espacio estaba despejado. Me abalancé, para terminar pronto. Pero el miedo le había dado rapidez también a él. El filo de piedra cayó sobre la vara de mi lanza a un palmo de la punta, que se desprendió como una brizna de hierba segada por la mitad. Ahora estábamos los dos solos en nuestro coso, como en los tiempos del sacrificio original: la bestia armada y el hombre desnudo.

Oí un gruñido estentóreo detrás de la máscara hueca cuando avanzó hacia mí con el hacha levantada para atacar. Había fuerza en aquellos hombros carnosos. Arriba, en la sala del trono, se libraba una furiosa batalla; de allí no podía llegar ayuda ninguna. Él había girado a mi alrededor, para apartarme de los peldaños, y me empujaba ahora contra la pared opuesta. Entonces, cuando ya no se podía hacer otra cosa, mi cuerpo pensó por mí, como en la danza. Me apoyé contra la pared y, al ver venir el hacha, me dejé caer como una piedra. Cuando el hacha golpeó el muro en el sitio donde antes estaba yo, aferré la pierna de mi adversario y lo derribé.

Cayó a plomo sobre el duro piso de tierra. Oí el ruido apagado de la máscara de oro al chocar; y cuando lo sujeté y vi la máscara torcida, comprendí que Asterión luchaba a ciegas. Tenía aún el hacha, pero ahora luchábamos cuerpo a cuerpo y no podía esgrimirla. Agarró el mango más corto y, mientras rodábamos y forcejeábamos, me golpeó como se golpea con una piedra. Pero le tenía apresado el brazo y no pudo hacerme mucho daño. Y pensé: «Labris nunca peleará por él». Era vieja y estaba acostumbrada a ser tratada con dignidad; y, una vez más, se alimentaba de un rey. No le gustaba que la tomaran a la ligera.

Y tenía razón. Si él la hubiese soltado y utilizado las manos para luchar, habría tenido alguna posibilidad; me doblaba en peso y había tenido que esforzarse aquel día tanto como yo. Pero no era luchador, aunque a los cretenses se los adiestra bien; no podía renunciar a la esperanza de destrozarme la cabeza. Por eso, mientras alzaba el hacha, tuve tiempo de sacar mi daga del cinto y de hundírsela en el cuerpo con todas las fuerzas que me quedaban. La daga tuvo que penetrar mucho para atravesar su grueso corpachón; pero llegó hasta su vida. Se dobló con un gran gruñido, apretándose el vientre. Me aparté de él, con el hacha en la mano.

La gente que había en la escalera gritó, pero más de horror que de pena; y luego se hizo un profundo silencio. Miré arriba y vi a las Grullas ilesas; los guardias ya habían huido. Ante mí, Asterión yacía retorciéndose, arrastrando por el suelo la noble máscara del dios toro. Se la arranqué y la alcé para mostrársela al pueblo.

Entonces le vi la cara, contraída por una mueca que le hacía enseñar los dientes. Me acerqué, para oír lo que me dijera. Pero se limitó a mirarme como si fuese una imagen caótica, entrevista en sueños y carente de sentido. Él, que confiaba en gobernar sin hacer sacrificios, que nunca había sentido el hálito del dios que eleva al hombre por encima de sí mismo, no tenía nada que lo condujese como a un rey a la oscura morada de Hades. Y con todo, mezclado con la sangre y el sudor que le manchaban el pecho, vi el óleo que lo hiciera escurridizo cuando luchábamos cuerpo a cuerpo. Lo acababan de ungir cuando irrumpimos nosotros. Por lo tanto, pese a todo, aún quedaba un rito por realizar.

Alcé la máscara de Minos y me la puse. A través de los ojos de grueso cristal convexo todo parecía pequeño, lejano y nítido; tuve que tomarme un tiempo para calcular la distancia. Luego me eché a la espalda a Labris y la descargué, impulsando el golpe con la cabeza, los hombros y todo mi cuerpo. El esfuerzo me dejó las manos temblorosas y la voz que se oía a mis pies calló.

Oí el grito de las Grullas en la sala del trono y en el pórtico resonó el estruendo de la desbandada, al llegar la noticia a oídos de los defensores. Pero yo permanecí inmóvil, mirando a través del cristal una imagen pequeña y brillante como la que deben ver los dioses que miran desde el cielo, desde lejos y desde hace mil años, a hombres que vivieron y sufrieron en tiempos remotos; y en mi corazón reinó un largo silencio.

Libro quinto:

Naxos

Capítulo uno

Al final nos fuimos de Creta en un barco que encontramos en un olivar.

No sólo la tierra había sentido el tridente de Poseidón. El mar en reflujo, que embarrancara las quillas en Amnisos, había vuelto con el terremoto. Destrozó el muelle y varó los barcos, inundó la ciudad baja y mató a más gente que una guerra. Pero algunas naves fueron arrastradas tierra adentro y se posaron con suavidad, como la hallada por nosotros entre los olivos. La acarreamos hacia el agua sobre troncos de árboles partidos.

Montamos guardia a bordo de día y de noche, hasta que el tiempo nos permitió zarpar. En toda Creta imperaba el caos. Apenas se supo que se había derrumbado la Casa del Hacha, los nativos cretenses se rebelaron en todas partes, arrasaron las fortalezas y saquearon los palacios. A veces perecían los señores y toda su familia; en otras ocasiones huían a las montañas; a los pocos que eran queridos por el pueblo los dejaron en paz. A cada momento llegaban rumores y los hombres mandaban por mí, pidiéndome que acaudillara tal o cual grupo. A todos les daba yo la misma respuesta: que volvería pronto. No era mi propósito reinar en Creta como un danzarín de toros que acaudilla esclavos liberados para dedicarse al saqueo. Regresaría como rey, tanto de helenos como de cretenses. Ahora no faltarían barcos; si no conseguía suficientes en el Ática, Trecén y Eleusis, los reyes helenos se disputarían el derecho a participar en la empresa; más de lo que yo quería, si no me daba prisa. A partir de ese momento, la tierra firme gobernaría las islas. En ningún reino heleno volverían a huir a las colinas los mozos y las muchachas al avistar las velas cretenses.

Embarcaron con nosotros los danzarines de toros procedentes de tierras helénicas y también los minoanos de las Cícladas. Sólo se quedaron dos muchachas, para casarse con cretenses, con hombres que se habían enamorado de ellas viéndolas en el ruedo y les enviaban regalos y cartas, pero que no las habían tratado hasta ahora. Esas muchachas pertenecían a otros equipos; incluso ahora que nuestros corazones miraban hacia la patria, las Grullas seguíamos siendo una familia.

No tuvimos mayores dificultades para reclutar la tripulación. Muchos hombres habían matado a viejos enemigos suyos en el tumulto y querían huir antes de que los alcanzara la venganza. Construimos un refugio cerca del barco y no permitimos que las muchachas se alejaran mucho solas, ni yendo armadas de pies a cabeza. Eran momentos de desorden.

Cuando por fin sopló viento favorable, nos reunimos en la playa y matamos un toro para ofrecérselo a Poseidón, junto con libaciones de miel, aceite y vino, agradeciéndole sus favores y rogándole que bendijera nuestra travesía. Tampoco olvidamos a Pelia, señora del mar. Ariadna hizo la ofrenda. Llevaba la ropa raída y su séquito de sacerdotisas fueron dos pobres viejas que se apretujaban junto a una hoguera de estacas. Pero su belleza me seguía cortando la respiración, lo mismo que cuando se erguía en el altar dorado por encima del redondel.

Apagamos el fuego con vino; el buque se deslizó por los rodillos y flotó al tocar el agua. Levanté a la señora en mis brazos y fui vadeando hasta depositarla de pie en la cubierta. De nuevo estaba en un barco cretense, contemplando el revuelto mar oscuro como el vino, y viendo los imponentes acantilados amarillos cuyos pies se hundían en la espuma. Pero Ariadna lloraba por su país, y, mientras yo le hablaba del Ática, se perdió de vista el último rastro de tierra.

Al día siguiente vimos una gran humareda. Cuando anochece, el piloto me dijo:

—Es en Caliste, donde debemos recalar esta noche. Hay un bosque en llamas o guerra.

—De eso hemos tenido de sobra —dije—. Vigila y, si arde la ciudad, pon proa a Ánafe.

Seguimos navegando y el humo se cernía en el cielo como una gran nube negra cargada de truenos. Cuando nos acercamos, comenzó a caer sobre nosotros una avalancha de cenizas, que ennegreció el barco, nuestras carnes y nuestras ropas. A poco, el vigía llamó al piloto y los vi conversar en la proa. Me acerqué a ellos y noté que los dos estaban pálidos. El piloto dijo:

—Hasta la tierra ha cambiado.

Miré la costa gris, y era cierto. Sentí un retortijón de terror en el vientre. Me reconcentré para escuchar al dios; su terrible cólera parecía leerse en el propio cielo. Pero no me envió ninguna advertencia; salvo la nube negra, todo estaba tranquilo. Por lo tanto, dije:

—Acerquémonos.

Así lo hicimos. El viento fresco que se levantó a continuación arrastró todo el humo hacia el norte; el sol crepuscular daba una luz tenue y nítida. Y entonces, estando al oeste de Caliste, vimos la espantosa obra del dios.

La mitad de la isla había desaparecido, cercenada de las cumbres de las colinas y hundida en el mar; y donde estuvo la montaña humeante no quedaba nada. El dios se lo había llevado todo, toda aquella gran masa de rocas, tierra y bosque, los pastos de las cabras, los olivares, los huertos y viñedos, los rediles de las ovejas y las casas; todo, todo había desaparecido; sólo quedaba agua, una gran bahía cóncava al pie de los enormes y escarpados peñascos donde flotaban los restos de la catástrofe; y fuera de la bahía, solitario sobre una franja de tierra, se levantaba humeante un pequeño montículo que era cuanto sobrevivía de la majestuosa chimenea de Hefesto.

A nuestro alrededor, el mar estaba sembrado de pájaros muertos y bardas medio carbonizadas; un brazo de mujer, que parecía un pez blanco, flotaba a la deriva. Me estremecí y recordé el desasosiego que me causara aquel lugar en el viaje de ida. Sin duda, allí debía de haberse cometido alguna gran impiedad, algo que había hecho que los dioses ocultaran los rostros en la niebla del cielo. Recordé cómo era todo aquello un año antes, engalanado de frutales en flor, de aspecto tan inofensivo como un niño sonriente, salvo por el fatal resplandor. Proseguimos enseguida, pues los marineros no querían detenerse. Pensaban que, en semejante lugar, hasta el mar y el aire debían de estar impregnados de la ira del dios, la cual podía adherirse a un hombre y sorberle la médula de los huesos. Algunos querían sacrificar al grumete para que Poseidón, el de los oscuros cabellos, no nos persiguiera—. Pero yo dije que era evidente que el dios se había cobrado lo que le debían y que su cólera no apuntaba contra nosotros. Abandonamos aquel paraje, pues, y de muy buena gana, por cierto; los remeros picaban más deprisa que el ritmo que marcaba el contramaestre, para alejarse lo antes posible. Hubo una puesta de sol tan soberbia como jamás la habíamos visto, terrorífica, con unas grandes e imponentes nubes purpúreas sobre el dorado cielo carmesí, verde y dorado, tiñendo todo el cielo con unos colores que tardaron en disiparse. Lo consideramos un signo de que los dioses se habían sosegado y de que seguían siéndonos propicios. Empujados por una ligera brisa, llegamos a los acantilados a medianoche y allí nos refugiarnos. A la mañana siguiente, el viento era favorable. Nos dirigimos hacia la alta mole de Día, la fértil isla a cuya ciudad llaman Naxos.

Antes del anochecer estábamos en el puerto, viendo las laderas de las colinas, ricas en olivos entre el cereal verde, con huertos y vides. La Madre ha amado tanto a Día que no es de extrañar que le hayan puesto su nombre. Es la más grande de las Cícladas y también la más rica. Desde lejos vimos el palacio real, que se alza entre viñedos, una edificación alta y reluciente a la usanza de Creta. Ariadna sonrió y me lo señaló; me alegré de que aquel edificio le recordara su país. Caliste había templado sus ánimos.

Dos o tres danzarines del toro eran originarios de allí. Abrazando a jubilosos parientes, les narraron su historia. Éramos el primer barco que llegaba de Creta después del desmoronamiento del Laberinto; hasta entonces, la población de Naxos sólo tenía noticias sueltas, de tercera mano. Nos dijeron a voces que habían visto horribles augurios: un estruendo como el de mil truenos, lluvia de cenizas y el cielo nocturno en llamas sobre Caliste. Aquello había sucedido, según supimos, el mismo día y a la misma hora en que se incendió la Casa del Hacha.

Nuestras noticias los llenaron de terror y de asombro. Desde tiempos inmemoriales, Minos había sido el gran rey de todas las islas, se comerciaba de acuerdo con sus leyes y se le pagaban tributos. El tributo de Día era muy grande, dada la riqueza del país. Aquel año habían tenido que abonarlo una vez más; ahora se podrían quedar con sus aceitunas y su grano, con sus ovejas y su miel, y con aquel vino que nadie podía superar; y todos los jóvenes y muchachas bailarían en su patria. Al día siguiente habría una fiesta, la fiesta de Dionisos, que fue quien plantó personalmente en la isla las primeras vides cuando desembarcó allí procedente del este como futuro esposo de la Madre; y celebrarían la efeméride como nunca.

Pero lo que más les impresionó de todo fue saber quién era Ariadna. La población de Día es variada, pero Naxos y su casa real son cretenses, de la antigua estirpe sin sangre helénica. Profesan la antigua religión y los gobierna una reina. Por eso, cuando vieron entre ellos a la diosa terrenal, se sintieron más impre-

sionados que de haber recibido al propio Minos. La instalaron en una litera, para que sus pies no tocaran el suelo, y la llevaron al palacio. Yo anduve a su lado y el resto nos siguió.

En el pórtico del palacio, dejaron la litera en el suelo y el mayordomo trajo una copa de salutación. Nos condujeron al baño y luego al salón. La reina estaba sentada delante de la columna maestra, en un sillón de madera de olivo con incrustaciones de perlas y plata; cubría su escabel una badana teñida de es-carlata. Sobre un taburete bajo estaba sentado a su lado un joven moreno, de extraños ojos sombreados, a quien supuse el rey.

Ella se puso en pie y avanzó a nuestro encuentro. Era una mujer de unos treinta años, bella aún y genuinamente cretense, de oscuros cabellos rizados, senos voluminosos pero redondos y turgentes, y el delgado talle ceñido de oro. Le tendió a Ariadna ambas manos y le dio el beso de bienvenida. Las sirvientas del palacio habían engalanado suntuosamente a ésta con el guardarropa de la propia reina, poniéndole un vestido azul oscuro en el que titilaban los colgantes de plata; y sus ojos, recién pintados, centelleaban a la luz de las lámparas.

Las mesas estaban servidas con comida y asiento para todos los danzarines, aunque éramos casi cuarenta. La reina era gentil y nos instó a comer y beber antes de contar nuestra historia. Ariadna se sentó a su derecha, con preferencia a todas las demás mujeres. Cuando dije que era su marido (íbamos a casa-mos en Atenas, pero yo no quería que Ariadna perdiera su buen nombre) me colocaron a su izquierda, junto al rey. Era el rey un joven de dieciséis años, vivaz y gallardo; hecho de pies a cabeza, se hubiera dicho, para la alegría y el amor. No parecía lo bastante vigoroso para haber luchado por su reino y me pregunté cómo lo habrían elegido; pero no me molesté en preguntárselo. Tenía algo que yo no acertaba a definir, una especie de demonio que brillaba en sus ojos; y no porque tuviesen la mirada incierta, como los de los hom-bres cuyos sentidos están perturbados; más bien parecían demasiado inmóviles. Se diría que lo que miraba lo iba a sorber con los ojos hasta exprimirlo. Cuando le pusieron en la mano su copa de oro, la hizo girar para ver el dibujo entero y la acarició durante largo rato con los dedos. Conmigo se mostró muy cortés, pero ocultando, como persona educada, sus pensamientos inconexos. Sólo una vez lo vi mirar a la reina, con una tristeza que no supe descifrar, porque parecía entreverado de motivos oscuros. Aunque aún no había necesidad de hablar, fuera de las cortesías propias de la mesa, algo me apesadumbraba en su silencio, y dije, sólo para romperlo:

—Mañana tendréis aquí la fiesta de un dios.

Alzó los ojos para mirarme, no con un mensaje sino como si mirara la copa de vino, a las mujeres o la llama de la lámpara encendida. Luego respondió:

—Sí.

Nada más que eso; pero avivó algo en mi espíritu y de pronto lo comprendí todo. Recordé que Pilas me había dicho en las montañas que circundaban Eleusis: «Reconozco el semblante del hombre que prevé su fin».

El rey lo leyó en mi rostro. Por un momento nuestros ojos se encontraron y quisieron hablarse. Sentí la tentación de decirle: «Ven a mi barco antes del amanecer y zarparemos al alba. También yo he pasado por lo que pasas tú; y, como ves, me he librado. Un hombre es algo más que la carne, el grano y el vino de que se alimenta. No sé cómo se llama eso; mas existe un dios que conoce su nombre». Pero cuando lo miré a los ojos, no encontré en ellos nada a que pudiera dirigirme. Era un hijo de la tierra y la vieja serpiente reptaba ya camino de su alma.

Bebimos, pues, nuestro vino y no me asombró que tomara mucho. No hablábamos gran cosa, porque yo nada tenía que decir; no sé si él sabía que yo lamentaba su suerte, ni si eso le servía de consuelo o lo irritaba.

Cuando terminamos de comer, la reina nos pidió que le contáramos nuestra historia. Y Ariadna narró cómo se había desmoronado el Laberinto, cómo recibí yo la advertencia y quién era yo. El hecho de hablar de mí en presencia de otros la hizo sonrojarse, y a mí, desear que se hiciera de noche. Pero noté que la reina la compadecía cuando supo que la señora iba a un reino heleno gobernado por hombres. En cuanto al rey, escuchaba con sus oscuros ojos muy abiertos y encendidos por los reflejos de las lámparas; y comprendí que tanto le habría dado que le contaran una historia de titanes o sobre los antiguos amores de los dioses, ya que contemplaba la noche, la fiesta y la luz de las antorchas por última vez.

Ariadna concluyó su relato y yo hablé también cuando la reina me invitó a hacerlo.

—¡Ay! —dijo cuando me hubo oído—. ¿Quién puede llamarse afortunado antes de conocer su final? Señora, has vivido un cambio que se sale de lo normal. —Luego reparó en las buenas maneras y se inclinó hacia mí, diciendo—: Con todo, el destino se apiadó de ti a la larga.

Yo hice una reverencia y Ariadna sonrió. Pero recordé lo que me había dicho en Creta: «Eres un bár-baro; mi nodriza me decía que los bárbaros se comen a los niños malos». Y pensé para mis adentros: «¿Le pareceré siempre en el fondo de su alma un danzarín de toros de tierra firme, aun cuando sea rey?»

La reina seguía hablando: —Ahora debéis cobrar ánimos y olvidar vuestras penas. Tú y tu marido y los tuyos tenéis que quedaros para nuestra fiesta de mañana y honrar al dios que alegra a los hombres.

Al oír esto, no miré al joven que tenía a mi lado. Mi único deseo era zarpar con las primeras luces del día. Busqué los ojos de Ariadna, pero ella ya estaba agradeciendo la invitación. Fuera se levantaba un suave viento que podría impedirnos hacernos a la mar al día siguiente; si después de desairar a aquella gente no lográbamos partir, la situación sería desagradable. Ahora que había caído Creta, vendrían tiempos confusos; tal vez fuera necesario tener amigos. Por lo tanto, puse buena cara y me mostré satisfecho.

Después de escuchar al arpista, la reina nos dio las buenas noches y se levantó del sillón. El rey también se despidió y se puso en pie. De nuevo se encontraron mis ojos con los de él y mi corazón estallaba en deseos de decirle algo; pero pasó el impulso y me quedé en silencio. Vi que, al subir la escalera, la reina le cogía la mano.

Retiraron las mesas e hicieron las camas de los hombres en el salón; se llevaron a las mujeres, para pesar de todos los que se habían convertido en amantes desde que abandonáramos la Casa del Toro. Entre ellos, Telamón y Néfele. Pero, a juzgar por lo que yo había oído decir sobre el rito del día siguiente, sólo se trataba del ayuno que precede a la fiesta.

A Ariadna y a mí nos dieron un hermoso aposento en el piso de los reyes. Aquélla sería nuestra primera noche en una cama grande. Por eso, aunque el viento había amainado, no le di mucha importancia al retraso, si bien dije que hubiera sido muy preferible estar de regreso. Ariadna me respondió:

—Sí, pero sería una lástima perdemos la fiesta. Nunca he visto cómo la celebran aquí.

Como nadie le había dicho lo que yo sabía, no hablé más y pronto nos dormimos.

Nos despertaron los cantos a primera hora de la mañana siguiente. Nos vestimos y, con los demás, bajamos entre el pueblo a la playa. Allí ya estaban bailando, y los cántaros de vino puro, oscuro y fuerte, dulce como las uvas maduras, corrían de mano en mano. La gente nos saludaba; enardecidos por el vino y las risas, comenzamos a sentir esa identificación con la fiesta que es el don mágico de Baco.

Todos miraban hacia el mar; pronto se saludó a una vela con gritos de éxtasis. El barco dobló el promontorio en dirección a la isleta sagrada que estaba enfrente mismo de la costa; y todas las mujeres empezaron a perderse. Los nativos de Naxos se llevaron a nuestras muchachas, y también alejaron a Ariadna de mi lado. No vi razón para oponerme, sabiendo con cuántos honores la trataban.

La nave se acercó empavesada con ramas verdes y guirnaldas. El mástil, las palas de los remos y la proa eran dorados; la vela, escarlata. Las muchachas cantaban en cubierta, tocando el tambor y los caramillos y haciendo sonar los címbalos. En la proa, envuelto en una piel de cervato, coronado de hiedra verde y de pámpanos tiernos, iba de pie el rey, muy ebrio, ebrio de vino y del dios; cuando saludó al pueblo con la mano, vi una loca alegría en sus ojos ensombrecidos.

En la isla sagrada lo esperaban su séquito y su carroza. La gente se acercó a la nave vadeando y la remolcó hacia la playa; al rey lo llevaron a tierra en volandas, entre el estruendo de la música.

Pronto iba el carro por el vado donde el agua llegaba hasta la rodilla. Lo arrastraban hombres que lucían pieles de leopardo y cuernos de toro. Tiraban con sogas y yugos; los que bailaban alrededor tenían colgados de los ijares grandes falos de cuero que rebotaban con sus saltos. Cantaban, hacían payasadas y gritaban obscenidades a la gente. Luego, venía el carro dorado y, detrás, las mujeres.

Se acercaron redoblando los címbalos, con largas guirnaldas compartidas entre varias o agitando los tirsoes sagrados sobre largas estacas. Bailaban y cantaban al mismo tiempo, pero su canto era frenético y confuso, porque las ménades se habían puesto ya las máscaras. Sobre los lisos hombros y los brazos que se retorcían, y sobre los senos bamboleantes, se veían cabezas de leones y leopardos, de linceos y de lobos. El oscuro cabello cretense ondeaba suelto a sus espaldas. Pensé que nadie habría reconocido entre ellas ni siquiera a su propia hermana o esposa. El rey estaba de pie en su carro dorado, riendo, con la mirada extraviada y tambaleándose, ebrio, a cada sacudida del carro. De cuando en cuando, tomaba un puñado de granos de cereal del arcón que había a su lado y los esparcía sobre el pueblo, o bien, con gestos espasmódicos, rociaba al gentío con el vino de su copa de oro. Entonces, la gente se abalanzaba hacia él para recibir la bendición y las mujeres gritaban: «¡Evohé! ¡Evohé!»

Los hombres que arrastraban el carro se pusieron a saltar y echaron a correr hacia el camino de la colina. Entonces, el brazo del rey agitó la copa y lo oí cantar.

El pueblo comenzó a desplazarse en avalancha, de la playa a las colinas; y me sentí identificado con la fiesta, pues ésa es la magia del dios. Pero esperé a que Ariadna volviera de la isla, ahora que el rito había concluido, para ir juntos a compartir la locura y el amor. La carroza y la música estaban muy lejos y me impacienté, pero seguí esperando. No quería que anduviera por allí sola, sin mí. No se debe enfadar uno por lo que hacen las mujeres en el frenesí de Baco; la manera de conservar a la propia es poseerla uno mismo.

Algunos jóvenes bailaban al son de la siringa; me uní a ellos hasta que gritaron: «¡A las colinas!», y corrieron detrás de los demás. Pero ella no aparecía. Algunas mujeres cruzaron el vado hasta llegar a la playa, pero eran viejas o estaban grávidas. Le pregunté a una de ellas si había visto a Ariadna. Se quedó mirándome y dijo:

—Pues está con la reina y las ménades, siguiendo al dios. —Uno no dura mucho con los toros si le falta aliento, así que yo alcancé muy pronto a la multitud. Yendo solo por la carretera, me sentí irritado y nervioso; pero había varias Grullas bebiendo y bailando en un huerto florecido; me alargaron sus manos y volví a identificarme con la fiesta de nuevo. La gente de la hacienda sacó su mejor vino en honor del dios y habría sido una grosería salir corriendo. Pero pronto seguimos nuestro camino y subimos a los pastos, en lo alto de las colinas. Yo había visto ya la nieve de las cumbres.

Ascendimos mucho más allá de la tierra cultivada, entre tomillo y brezo, y rocas grises alisadas y desgastadas por la lluvia y calientes del sol, donde campaban y se soleaban los lagartos. En esas altas montañas, da la sensación de que el mar y el cielo son una sola cosa, un gran éter redondo de azul centelleante, donde flotan ingravidas las islas grises. Me arrojé con los jóvenes sobre el césped, jadeando, riendo y bebiendo. Encontramos no sé dónde un gran cántaro de vino, decorado con imágenes de pulpos retorcidos y de algas. Amintor, un joven de Naxos y yo estuvimos lanzándonos chorros de vino, gritando y farfuleando. Luego, el joven de Naxos vio algo, se levantó de un salto y se alejó corriendo. Lo vi perseguir a una muchacha entre las rocas.

Las mujeres a quienes la locura no domina del todo comienzan a separarse del séquito de las ménades del dios en los cerros bajos. Se despojan de sus máscaras de animales, dejando el misterio a quienes lo sienten, y vagabundean soñando o medio enloquecidas por las laderas, y se entregan al amor.

«Seguro que la encontraré ahora», pensé yo. Ariadna no era más que una invitada y ya había hecho todo lo que se esperaba de ella. El resto estaría encantada de perderselo. Así que subí con los demás. Ahora, estaba lleno de vino e identificado con la fiesta, y el pesar de la víspera me había desaparecido. Aquello era cosa de los hijos de la tierra y nada se nos pedía a los forasteros, salvo que nos alegráramos. A lo lejos, al otro lado del cerro, oí un chillido agudo como el gorjeo de los pájaros: eran las ménades que aún iban alrededor del rey. Pronto encontraría a mi muchacha. «O —pensé mientras ascendíamos tambaleándonos y cantando hacia el límite de las nieves— por lo menos a una muchacha.» Entrelazamos los brazos para formar una fila y cantamos y gritamos e hicimos circular el vino; yo y el minoano que estaba a mi lado juntamos las cabezas, nos gritamos nuestra historia al oído y nos juramos amistad eterna. Pronto llegamos al principio de la nieve, que formaba charcos y lagos entre los pastos verdipardos de la montaña, húmedos y lozanos. Nos arrodillamos y nos echamos de bruces en la hierba para refrescarnos después de la ascensión y el vino.

Me puse en pie y vi, más arriba, las manchas de nieve. Había huellas de muchos pies, un brote de vid aplastado y una flauta hecha añicos. Debían de haber abandonado el carro al hacerse pedregoso el terreno. No lejos de allí se distinguía una línea escarlata; un chal, pensé, que se le habría caído a alguna muchacha. Pero al acercarme vi que era, o había sido, un cervato. No quedaba mucho para reconocerlo, pero sí la cabeza. Estuve contemplándolo en silencio; de momento, el ardor de mi sangre se había acallado y helado.

Estando allí quieto, algo frío me golpeó el cuello y me volví. Había un bosquecillo de pinos un poco más arriba, en el pliegue de la montaña; de allí surgían risas y una muchacha se parapetaba detrás de un árbol. Alcé la mano y encontré una bola de nieve en mis cabellos. Lancé un grito, pues, y eché a correr.

El pinar era tupido, la alfombra que formaban las pinochas, blanda y seca. La muchacha chillaba y desaparecía tras los árboles, entre asustada y lo contrario. La atrapé al borde de una pequeña hondonada y rodamos enzarzados hasta el fondo. Era una joven de Naxos, de ojos como endrinos y nariz respingona. No sé cuánto tiempo nos quedamos allí; el tiempo de Dionisos es distinto del de los hombres. Poco después oí una risita y vi a otra muchacha que nos observaba desde arriba y trepé para hacérselo pagar caro. Terminamos por juntarnos los tres y volví a perder la noción del tiempo. Perdí toda la noción de peligro, y la tensión, el furor belicoso y las preocupaciones propias de un rey. Aquello parecía lo único que valía la pena; estar unido a la montaña viva, con sus pájaros y sus cabras, sus lobos, sus serpientes y campánulas al sol, bebiendo la miel fuerte de su generoso pecho, viviendo cada aliento según se presentara.

En cierto momento, mientras yacíamos medio dormidos, viendo las copas entrelazadas de los pinos contra el cielo azul y oyéndolas mecerse suavemente, la brisa nos trajo desde lejos un chillido agudo y violento como el de un pájaro; un chillido largo y estridente que acabó por desvanecerse en el silencio. Pero ahora el bosque era todo murmullos y besos, sofocados forcejeos y gemidos, que reemplazaban a la quietud. También yo alargué la mano hacia la muchacha que tenía a mi lado. Era inútil pensar. En sus ojos no había nada que solicitara palabras a un heleno.

El mágico tiempo de Dionisos se deslizaba sin sentir; y el sol, al recogerse, revistió de oro las colinas. Los que estaban menos ebrios gritaron que se nos haría de noche en la montaña, si no nos íbamos. Entonces descendimos bajo la gran bóveda celeste, clara y amarilla sobre las islas de color púrpura; cantando

viejas canciones, levantando el culo de las jarras de vino y llevando de la mano a las muchachas, hasta que empezaron las alquerías y luego desaparecieron.

En Naxos, ardían ya las lámparas. La larga caminata me había disipado la embriaguez; tenía los miembros colmados de la dulce laxitud de la juventud y los ojos pesados de sueño. Miré el palacio, fulgurante de antorchas, pensando que, cuando me encontrara allí con Ariadna, no le haría preguntas ni contestaría a las suyas, con lo cual seguiríamos siendo amigos. Ahora, ella debía de estar bañándose; yo mismo me imaginé plácidamente sumergido en agua tibia y fragantes ungüentos.

Al anochecer, con las nubes nocturnas tocadas por pinceladas de fuego, andábamos por un camino rural que serpenteaba entre los olivares. Todas las muchachas habían vuelto a sus casas y las canciones se extinguían. Mientras caminábamos en grupos de dos y de tres, el joven que iba a mi lado me tocó el brazo, se salió del camino y echó por el campo. Por todas partes, los hombres se perdían entre las sombras; y al volver la cara, vi un revuelo blanquecino, como si fueran espectros que bajaban lentamente por la ladera, culebreando y medio escondiéndose entre el bosque. Los hombres se sentaron debajo de los árboles, donde no había cebada sembrada. Miré al joven que me había hecho una seña; pero él sólo dijo, en voz baja: —Más vale no encontrarse con ellos.

Me senté y esperé, contemplando la carretera que se esfumaba bajo la luz crepuscular; nadie había dicho que estuviese prohibido mirarla. Poco después aparecieron aquellos hombres, tambaleándose, con aspecto de andar en sueños. Algunos aún tenían puestas las máscaras; desde sus cuellos doblados y sus hombros caídos, miraban con los ojos muy abiertos feroces rostros de lince y de leopardos hembras; pero a veces las máscaras colgaban de las flojas tiras de cuero y se les veían los entreabiertos labios, flácidos de cansancio, y los párpados entornados. Arrastraban los caramillos y los címbalos, atados a sus manos lacias; llevaban las largas melenas caídas sobre la cara, con brezos enredados y coágulos resecos.

Las salpicaduras de sangre los asemejaban a panteras moteadas; iban manchados en los brazos desnudos, en el pecho y en la ropa. Tenían los pies cubiertos de polvo blanco; las manos, oscuras de tierra. Las varas de los tirsos, que arrastraban tras de sí como los soldados heridos sus lanzas, retenían huellas de manos ensangrentadas. Me cubrí la boca y aparté los ojos. El joven de Naxos tenía razón: no podía dar suerte fijarse en los detalles.

Tardaron en pasar. Oí los pasos arrastrados, las piedras removidas sin querer a puntapiés, las exclamaciones entrecortadas que proferían los que, al tropezar, se agarraban a otros para no caerse. Luego, el rumor se extinguió y, al volver a mirar, los vi fundirse con las sombras en el recodo de la carretera. Me levantaba cuando oí aproximarse un rechinar de ruedas y esperé para ver de qué se trataba.

Era el carro dorado, que se alejaba vacío. Al ser liviano, dos hombres tiraban de él sin esfuerzo, uno de cada vara. Se habían quitado de la cabeza los pesados cuernos de toro, pero retenían las pieles de leopardo por toda indumentaria. Siguieron su camino trabajosamente, hablando en susurros, como hombres que han tenido una larga jornada de labranza; eran dos nativos de Naxos, un joven y un hombre con barba.

El carro pasó y nadie venía siguiéndolo; era lo último y me levanté para irme. Entonces, cuando estaba de pie, vi la trasera del carro. No iba vacío. Sobre el entablado yacía un cuerpo que saltaba inerte con las sacudidas del vehículo. Vi una falda azul desgarrada y un piececito arqueado, con pintura roja en los dedos y en el talón.

Salí corriendo de la arboleda y me agarré a la baranda del carro: los hombres que lo llevaban a ras-tras, al sentir mi peso, se detuvieron y se volvieron. El más joven dijo:

—Eso que haces, forastero, no te dará suerte, tenlo por seguro.

El mayor habló, a su vez: —Déjala en paz hasta la mañana. En el templo no sufrirá ningún daño.

—¡Espera! —dije—. La veré tanto si me trae suerte como si no. ¿Qué le han hecho? ¿Está muerta? Ellos se miraron, perplejos.

—¿Muerta? —dijo el más joven—. No. ¿Por qué iba a estar muerta?

Y el mayor agregó: —Nuestro vino de Naxos no le hará daño, forastero. Es buenísimo y reservamos el mejor para hoy. Déjala en paz; no debes interrumpir su sueño. Mientras duerma, seguirá siendo la esposa del dios.

En su manera de hablar, adiviné que era un sacerdote. También adiviné, no sé por qué, que la había poseído en la montaña. Le volví la espalda y subí al carro.

Ariadna estaba acurrucada de costado, junto a las máscaras de toro con cornamenta que los hombres se habían quitado para aliviarse la frente. Los revueltos cabellos parecían los de un niño dormido, salvo en las pegajosas puntas. Sus párpados reposaban, tersos y lustrosos, sobre los ojos, y sus mejillas parecían lozanas bajo las oscuras pestañas. La reconocí por las pestañas y por el blando seno que le mecía el brazo. No me dejaba verle la boca la sangre que la cubría. Estaba abierta, porque respiraba jadeante; vi sus dientes, parejos, con costras de sangre reseca. Cuando me incliné sobre ella, sentí el fétido hedor de la sangre mezclado con el del vino.

Poco después le toqué el hombro en el sitio donde no lo tapaba la blusa desgarrada. Suspiró y murmuró algo que no logré oír y se le movieron los párpados. Alargó la mano.

La tenía cerrada contra su seno, como la niña que se ha llevado a la cama su juguete. Luego, cuando trató de abrirla, la sangre que tenía adherida a los dedos le impidió separarlos. Pero abrió la palma y entonces vi lo que contenía.

Cerca de un año me había pasado yo sentado junto al redondel cretense, presenciando la danza del toro cuando no intervenía. Vi morir a Sinis el doblador de pinos y conservé el porte propio de un guerrero. Pero ahora me aparté, me recosté contra un olivo y poco me faltó para que se me saliera el corazón del pecho. Respiraba con dificultad y me daba escalofríos el fresco de la noche; me castañeteaban los dientes y me deshacía en lágrimas. Por fin, sentí una mano sobre mi hombro. Era el sacerdote barbudo, un hombre fornido, de cuerpo moreno y ojos oscuros; tenía las piernas arañadas y magulladas de haber corrido por las colinas, y manchadas de vino. Me miró con tristeza, como yo había mirado la víspera al rey, sin saber qué decirme. Nuestros ojos se encontraron, como los de los hombres que se saludan en el mar, pero cuyas palabras se lleva el viento. Volví la cara, avergonzado de que me viese conmovido.

Al rato, oí algo y miré. El joven que tenía la lanza del carro sobre el hombro se alejaba, tirando del vehículo. Di unos pasos por la carretera, siguiéndolo. Sentía frío en el vientre y las piernas me parecían de plomo. El sacerdote andaba conmigo sin estorbarme. Luego, cuando me detuve, se paró y me tendió la mano.

—Vete en paz, huésped heleno. Es un dolor para el hombre presenciar misterios que no comprende. Ceder sin preguntar, no saber demasiado: tal es la sabiduría del dios. Ella es de nuestra sangre; ella sí lo entiende.

Recordé muchas cosas: los cuernos ensangrentados de los toros, su voz en el Laberinto en llamas. Ella me había dicho la primera noche que era totalmente cretense. Pero no era así; también era hija de Pasífae.

El carro que arrastraba el joven dobló el recodo y brilló entre los olivos. Ascendía por el cielo una luna primaveral muy luminosa que todo lo volvía lívido y nítido, pero oscurecía las sombras del follaje. La vetada piel del sacerdote y sus piernas salpicadas parecían identificarse con el tronco del árbol contra el cual se había recostado, observándome. Pensaba en sus cavilaciones, cualesquiera que fuesen, y yo en las mías.

El crepúsculo se apagaba y la luna asomaba la cara sobre el mar, rielando una senda blanca que centelleaba entre las ramas al moverse. Vi la luna y su luminosidad; pero aquel lugar había cambiado para mí. El cielo estrellado era nítido y brillante sobre las montañas color ámbar; y la ciudadela en alto resplandecía también por sí misma, como si sus piedras exhalaran luz.

«En realidad —pensé—, no me ha traído suerte ver desde demasiado cerca y demasiado pronto. Lo que he visto me reportará un lecho frío y un espectro frío. Lo que debo hacer ahora no me será perdonado por el difunto Minos en la casa de Hades. Tanto peor para mí. Pero mejor para la fuerte casa de Erecteo, que existió mucho antes que yo y seguirá existiendo mucho después. No volveré a esa luz con la mano llena de oscuridad; ni siquiera con la oscuridad de un dios.» Miré al sacerdote. Había vuelto la cara hacia la luna, que se reflejaba en sus ojos abiertos; su cuerpo estaba inmóvil como un olivo o una serpiente sobre una piedra. Parecía un hombre de los que conocen la magia de la tierra y profetizan en el frenesí de la danza. Y entonces pensé en el gran Laberinto, que se había mantenido en pie mil años; y cómo Minos había dicho que la voz del dios ya no los llamaba.

«Todas las cosas cambian, salvo los dioses, que viven eternamente —pensé—. Y... ¿quién sabe? Después de mil años, quizás incluso ellos oigan en su morada entre nubes la voz que llama al rey para que vuelva y le otorguen la misma inmortalidad, —pues, ¿acaso no superan los dones de los dioses los de los hombres?, y todo su poder y su gloria subirán como el humo hacia un cielo más alto, y serán absorbidos por un dios superior. Eso sería la muerte en vida, si es que puede existir semejante cosa. Pero esto es vivir muerto, la locura sin el oráculo, la sangre sin el oído que escucha y el consentimiento que libera al alma. Sí, eso es la muerte, no cabe duda—.» Mis pensamientos me trajeron el recuerdo de la habitación que había detrás del templo, donde ella me llamara bárbaro. Sentí sus dedos en mi pecho y su voz que susurraba: «Te amo de una manera insoportable». Y la vi despertar al día siguiente en otra habitación muy distinta, lavada de la sangre, con la locura tal vez del todo olvidada, mirando a su alrededor con ojos de asombro y buscándome. Pero el carro había desaparecido por el camino de la colina, cuesta abajo. Ni siquiera me llegaba ya el chirrido de las ruedas.

Me volví hacia el sacerdote y advertí que tenía los ojos posados en mí.

—He hecho algo funesto —dije—. Quizás eso le haya disgustado al dios. Hoy es el día de su fiesta. Será mejor que me vaya.

Me respondió:

—Tú has adorado y él perdonará la ignorancia de un forastero. Pero será mejor que no te quedes demasiado tiempo.

Miré el camino, desierto y blanquecino a la luz de la luna.

—Una sacerdotisa real ha sido llamada a participar en este misterio. ¿La honrarán aquí, en Día?

—No temas —dijo—. La honrarán.

—Entonces, ¿le dirás a tu reina por qué nos vamos así, de noche, sin darle las gracias ni despedirnos? —repliqué.

—Sí —dijo él—. Ella lo comprenderá. Se lo diré por la mañana—; esta noche estará cansada.

Hubo una pausa y busqué otro mensaje en mi corazón, donde más se dejaba sentir la necesidad. Pero no tenía nada que decir.

Por último, el sacerdote me dijo: —No te aflijas más. Los dioses adoptan muchas formas; y los propósitos de los hombres no coinciden con los suyos. Eso es lo que sucede ahora mismo.

El sacerdote se apartó del árbol y se alejó por el bosquecillo. Eché a andar por la carretera y llegué al puerto, que parecía dormido. La guardia seguía junto al barco y no muy ebria, y parte de la tripulación había bajado a pernoctar en tierra. Soplaban una brisa nocturna del sur suficiente para henchir las velas; no importaba que los remeros estuviesen perezosos. Les dije que era arriesgado quedarse, que debían buscar a los demás y traerlos cuanto antes. Se dieron buena prisa, que poco cuesta despertar los temores de los hombres en tierra extraña.

Cuando se hubieron ido dije al contraestre que reuniera a los danzarines. Luego, durante algún tiempo, estuve solo junto al mar. Me imaginé el día siguiente a Ariadna, en la islita sagrada, mirando el mar, buscando con los ojos nuestra vela; pensando quizá que alguna otra muchacha de la fiesta me había impulsado a abandonarla o que yo nunca la había amado, sino sólo usado para que me ayudara a escapar de Creta. Bien podría pensarlo. Pero la verdad no hubiese sido mejor.

Mientras me paseaba, escuchando el chapoteo de las olas en la costa, los crujidos de mis pies sobre las conchillas y la soñolienta canción de la guardia nocturna, vi una pálida figura que vagabundeaba junto al agua y oí llorar. Era Crisa, con su melena dorada suelta sobre los hombros, pálida a la luz de la luna y escondiendo la cara para sollozar. Le retiré las manos del rostro. No las tenía sucias, sólo manchadas de polvo y lágrimas.

Le dije que se consolara y no llorase más, a pesar de todo lo que había visto; que era mejor no pensar en lo ocurrido durante el frenesí del dios, porque aquel misterio era arduo para los helenos. — Zarpamos esta noche —dije—. Llegaremos a Delos por la mañana.

Me miró con expresión confundida. Recordé su valor en el coso y cómo me había hecho volver en mí cuando perdí la serenidad. Crisa tragó saliva, se echó atrás el cabello y se secó los ojos.

—Lo sé, Teseo. Lo sé. Todo ha sido el frenesí del dios y él lo olvidará mañana. Él lo olvidará y sólo yo lo recordaré.

Era algo en lo que no podía ayudarla. Habría podido decir que todo pasa, si hubiese tenido tiempo de aprenderlo yo mismo. Mientras cabeceaba, vi que varios danzarines corrían hacia el barco. El farol del guardián me permitió verles las caras; uno de los primeros era Amintor. Había abierto la boca para interrogarme, pero miró de nuevo. Se volvió hacia Crisa, tímidamente, y se rezagó; comprendí que temía el enfado de la muchacha. Los ojos de ambos se encontraron, escudriñándose a la vaga luz de las antorchas; de pronto, Amintor corrió hacia Crisa y le cogió la mano. Los dedos de ambos se enlazaron tan apretados como el engaste de un orfebre en un anillo.

No los molesté con razones, porque no las necesitaban, y sólo les dije que debían ayudarme a traer a los demás danzarines; teníamos que hacernos a la mar a medianoche. Se alejaron corriendo, todavía cogidos de la mano, hacia Naxos, donde se iban apagando las lámparas para el resto de la noche.

La luna rielaba su centelleante estela sobre el mar. Una oscura sombra la interrumpía, la islita de Dionisos; vi el techo del santuario con sus cuernos cretenses y una pequeña ventana iluminada. Habían dejado a la muchacha con una lámpara, pensé, por temor a que sintiera miedo al despertar en un lugar extraño. Cuando pasó la medianoche y embocamos el estrecho bajo las Pléyades a punto de ponerse, vi que la luz aún estaba encendida. Siguió luciendo, inmovible, hasta que el horizonte la ocultó, velando el sueño de Ariadna mientras yo huía.

Capítulo dos

Llegamos a Delos con la luz de la mañana; mientras nos acercábamos, el sol se colocó sobre la colina sagrada.

En Delos, los días soleados, hasta las piedras centellean como si fuesen de plata y parecen brillar bajo el beso del dios. El agua y el aire son claros como el cristal. Se pueden contar los guijarros del fondo cuando se vadea hacia la playa; y si se mira la escalera que conduce a la caverna sagrada, da la sensación de que se podría contar también cada flor de la montaña. Desde la cumbre de la colina que hay encima del santuario se desovillaba sobre un cielo de color zafiro intenso el penacho del sacrificio matinal.

Había regocijo más allá de las risas; y para nosotros los helenos, aunque era la primera vez que nuestros pies hollaban el suelo de Delos, más allá de las lágrimas, la sensación de estar siendo recibidos en la patria. Mientras iba al lago y al bosquecillo sagrado por la tibia y resplandeciente calzada, la penetrante luz blanca del sol parecía lavar mi cuerpo de la oscura tierra de Día y del abominable resplandor de Creta. Todo era allí luminoso, brillante y claro; hasta el temor al dios y el secreto de su misterio no se escondían entre sombras sino en una luz demasiado deslumbrante para los ojos humanos.

Antes de hacer los sacrificios, los que habíamos vertido sangre pedimos que nos purificaran para que ningún espectro airado nos siguiera a nuestro país. Nos bañamos en el lago que mira hacia el cielo con su redondo ojo azul; luego ascendimos al monte Citnos y, allí arriba, con el mar azul rizando su sonrisa a nuestros pies, Apolo nos purificó y los espíritus vengadores fueron devueltos a su sitio.

Cuando terminó el rito y bajamos la larga escalera del santuario, me acordé del arpista que cantara en Trecén y remodelara el misterio en Eleusis. Me volví hacia el sacerdote que andaba a mi lado y le pregunté si el bardo había vuelto a Delos.

Me dijo que habían sabido que murió en su país natal, Tracia, donde oficiaba en el altar de Apolo. La vieja religión tiene allí mucho arraigo; en su juventud, el bardo había intervenido personalmente en los ritos; y las sacerdotisas se enfadaron mucho cuando erigió un altar en la montaña al que mató la serpiente. Pero después de regresar de Eleusis, fuese porque su gran fama lo había engrdeído o porque el dios le enviara un verdadero sueño, fue a encontrarse con las ménades en su fiesta de invierno y trató de calmar su locura cantando. Todo el mundo sabe cómo terminó aquello.

Ahora que el bardo había muerto, me dijo el sacerdote, surgían canciones y leyendas en torno a su nombre; se contaba que las piedras se elevaban al conjuro de su voz para construir muros y puertas, que le había lamido las orejas la serpiente de Apolo y que entendía el lenguaje de los pájaros.

—Dicen que la oscura Madre lo amó cuando era joven, que puso un sello sobre sus labios y le mostró los misterios dentro de la tierra. Cruzó el río de la sangre y el río del llanto; pero no pudo beber en la fuente de Leteo y vivió siete años como si fuera un solo día. Cuando se acercó la hora señalada para que ella lo dejase volver a la superficie de la tierra, la oscura Madre lo tentó a hablar mientras lo tenía aún en sus manos; pero él no quiso romper el sello del silencio ni probar sus manzanas y sus granadas, que atan a los hombres para siempre, porque estaba consagrado a Apolo y a los dioses de la luz. Por eso, ella tuvo que dejarlo en libertad. Lo siguió hasta la boca misma de la caverna, escuchando su arpa y su canto, y gritando: «¡Mira atrás! ¡Mira atrás!» Pero él no se volvió hasta que estuvo a la luz del sol; y ella se hundió en la tierra, llorando sus secretos robados y su amor perdido. Eso afirma la gente.

Concluido el relato, dije:

—Él no habló de eso. ¿Es verdad?

—Hay verdades y verdades —replicó el sacerdote de Delos—. Esto es verdad a su manera.

Bajamos de la colina al bosquecillo y ofrendamos nuestro sacrificio sobre el altar de cuernos entrelazados. Y al ver a las Grullas a mi alrededor, pensé que pronto nos separaríamos para volver a nuestros hogares y se debilitarían nuestros estrechos vínculos; nunca volveríamos a formar parte de un mismo grupo, como en el redondel. No estaba bien que una fraternidad tan afectuosa se esfumara a la ligera, barrida por el tiempo; debíamos consagrarla pese a su fugacidad. Les dije:

—Antes de irnos, bailemos para el dios.

Y pedimos música y le bailamos la danza de las Grullas, la que nos aunó por primera vez e hizo de nosotros un equipo. Los sacerdotes nos censuraron al ver que las muchachas se levantaban para bailar con los hombres; pero cuando les expliqué la razón respondieron que nada podía haber de vergonzoso en lo

que tanto habían bendecido los dioses. Una vez más, mientras bailábamos, las gaviotas relampagueaban y chillaban en lo alto y a nuestro alrededor se oía el infinito rumor del mar. Teníamos por cubierta el prado que había junto al lago; y por mástil, la palmera sagrada a la que se agarrara Leto en sus dolores, durante el alumbramiento del dios. Nuestra fila se doblaba y retorció junto a las aguas centelleantes, reavivando el recuerdo de lo que habíamos hecho con la fuerza de la mutua confianza. Cuando la danza concluyó, la mayoría de los ojos parpadeaban. Pero Amintor y Crisa resplandecían más que el sol de Delos, pues eran personas sin pérdidas que llorar y que regresaban a su país llevando consigo toda su cosecha.

Al día siguiente, cuando salimos a remo del estrecho, hallamos un viento tan propicio que nos llevó en volandas hasta Ceos. Y en la luminosidad de la noche, vimos una nube baja de color gris sobre la línea del horizonte. Eran las cumbres de las colinas áticas.

Luego, dada nuestra impaciencia, no quisimos seguir costeando hasta el puerto, lo cual habría agregado unas diez millas a nuestro viaje del día siguiente; encontramos una playa resguardada al sur de la isla y acampamos allí. Ya éramos menos; al cruzar las Cícladas habíamos ido dejando en tierra a los danzariques que pasaban cerca de sus casas. Ahora, dijo Iro, las Grullas eran como esos viejos amigos que se encuentran en una fiesta y se quedan a charlar cuando todos los demás se han retirado.

Habíamos comido y nuestra hoguera se estaba reduciendo a brasas mientras oscurecía, cuando Amintor señaló con la mano y dijo:

—¡Teseo! Mira.

Lejos, al noroeste, en el lugar oscuro donde se unían el cielo y la tierra, veíase un leve y cambiante centelleo, demasiado bajo y demasiado rojo para ser una estrella. Telamón dijo:

—La primera luz de la patria. Y Menestes: —Es la hoguera de un vigía. Debe de estar en el promontorio de Sunio.

Nos la señalamos unos a otros y alzamos las manos para dar las gracias a los dioses. Poco después, nos acostamos para dormir. La noche era serena; sólo se oía el chapoteo del mar en las rocas y el apagado chirrido de los grillos. Entonces, por primera vez, me sentí totalmente libre de Creta. Me veía otra vez en Atenas, recorriendo a caballo sus llanuras y colinas, hablando con sus habitantes, combatiendo entre sus guerreros. Tendido, contemplé el cielo plagado de estrellas, pensando en el futuro.

También reflexionaba sobre la flota que debía reunir, y pronto, para poner orden en Creta; o, de lo contrario, la isla se convertiría en otro istmo. Me pregunté cuántos barcos habría construido mi padre, si es que el hermano de Hélice le había hecho llegar mi mensaje. Si otros reyes helenos no estuvieron dispuestos a arriesgarse en una aventura contra Creta mientras Minos gobernaba las islas, eso no se les podía reprochar; me pregunté qué habría hecho yo en el lugar de mi padre. «Habría construido mis propias naves y confiado en que los dioses me indicarían el día favorable —pensé—. Y habría mandado aviso a Trecén, donde estaba seguro de encontrar ayuda. Pero yo soy joven; mi padre está cansado de sus muchas guerras y preocupaciones. Todo eso lo ha convertido en un hombre cauteloso.» Luego pensé en el Ática, con sus tribus y aldeas en guerras intestinas, y me pregunté si conseguiría algún día imponerle mi plan de los tres estados.

Me levanté y me detuve al borde del mar, de cara al norte. El fuego ardía aún y más vívido que antes; seguramente lo estaba alimentando el vigía. Quizás hubiese ardido allí todas las noches desde mi partida, o a lo mejor habrían llegado ya rumores de Creta. Me imaginé a mi padre erguido en lo alto de la ciudadela, contemplando aquellas mismas llamas; y me dolió el corazón, como cuando me regalara el carro el día de mi fiesta.

Pensé en nuestra despedida cuando me llevaron a Creta; me pareció sentir su mano sobre mi hombro y sus palabras de adiós resonaron en mis oídos. «Cuando llegue ese día, pinta de blanco la vela de tu barco. El dios tendrá un mensaje para mí.» «¿Qué querría decir? —pensé—. Es un hombre prematuramente envejecido. Quiso expresar más de lo que habría dicho en presencia del pueblo. Un mensaje, dijo; un mensaje del dios. Se proponía considerarlo una señal del dios. Seguro que, si pinto la vela, nunca volveré a verlo vivo.» El corazón me latía muy fuerte. Tuve miedo. No estaba seguro de sus intenciones ni, en el caso de conocerlas, de que las mantuviese. Era un hombre cansado. ¿Cómo se podía adivinar su intención? En el prado próximo a la orilla, se oía roncar a mis camaradas o suspirar en sueños, y los murmullos de dos amantes. Lamenté no tener el mismo motivo que ellos para velar. Estaba ante un dilema y me era difícil decidir por mí mismo.

Estaba en la playa, apretándome los ojos con las palmas de las manos hasta ver flores rojas y verdes detrás de los párpados.

Luego, volví a abrirlos y vi el resplandor de la fogata. Se me ocurrió una idea. Me quité las ropas, penetré en las frías aguas primaverales y me alejé de la orilla.

—¡Padre Poseidón! —dije—. He estado en tus manos y nunca me has inducido a error. Envíame un signo, ahora, dime si debo seguir con nuestra vela oscura. Si guardas silencio, haré lo que él me dijo y la pintaré de blanco.

El cielo estaba despejado, pero una leve brisa rizaba el agua.

Cuando salí a nado del amparo de la ribera, las olitas me hacían subir y bajar, y a veces rompían contra mí. Cuando me tendí de espaldas para flotar sobre el agua, una ola mayor que las demás me sumergió la cabeza. El mar se cerró sobre mí. Entonces, oí claramente la señal del dios.

Dejé de luchar y las aguas me devolvieron a la superficie. Volví a la isla, ahora con el corazón en paz; porque había dejado la elección en manos del dios y él me había contestado con claridad, disipando todas mis dudas. Me había desembarazado del problema.

Fue lo que dije entonces y lo que aun digo en mi corazón cuando, en los grandes días del sacrificio, me alzo ante los dioses para hacer la ofrenda en nombre del pueblo en lo alto de la ciudadela, el sagrado baluarte de Erecteo. El gran caballo padre que acudió a mi concepción, el sacudidor de la tierra que me sostuvo y salvó a mi pueblo incluso estando enfadado, nunca me conduciría a un infortunio. Yo preví para mi padre un leve dolor y luego una alegría inesperada. ¿Cómo podía adivinar que se lo reprocharía tanto que ni siquiera esperaría a que la nave llegara a puerto para comprobar si era cierto lo que decía la vela? O quizá no fuese así. De ser un dolor íntimo, ¿no se habría portado como un hombre cualquiera, recurriendo a su espada o a la fuerte amapola que rapta el alma en sueños? Pero saltó del balcón que estaba sobre las rocas, donde una vez temí yo por su vida y lo aparté. ¿Fue el dios quien le envió su signo con tanta fuerza y claridad como a mí? Los dos estábamos en manos de Poseidón y a él le correspondía elegir.

El hombre nacido de mujer no puede escapar a su destino. Por eso, es mejor no preguntar a los inmortales, ni afligirse en vano por lo que digan ellos. Nuestra inteligencia tiene un límite y la sabiduría consiste en no rebasarlo. Los hombres sólo son hombres.

Nota de la autora

En los tiempos clásicos la leyenda de Teseo tenía un aderezo tan fabuloso (más adelante se presenta un breve esquema de la misma) que ha sido desechada a veces como un mero cuento de hadas o, a partir de Frazer, como un mito religioso. Esta precipitada solución no fue compartida por quienes han observado la notable permanencia de la tradición griega; y los racionalistas tuvieron su primer tropiezo cuando sir Arthur Evans descubrió el palacio de Cnosos, con su laberíntica complejidad, sus hachas sagradas epónimas, numerosas representaciones de jóvenes y muchachas ejecutando la danza del toro y los sellos donde aparecía grabado el Minotauro con su cabeza de toro. Una vez respaldada por los hechos la faceta más fantástica de la historia, resulta tentador adivinar dónde la pátina del cuento de hadas puede haber disfrazado realidades humanas.

Entre los griegos clásicos, era un axioma que los héroes primitivos fueron hombres de estatura gigantesca. Los huesos de un guerrero de la Edad del Bronce, desenterrados en Esciros por Cimón, fueron aclamados sin vacilar como los de Teseo, basándose exclusivamente en su tamaño. Pero un joven aceptado para la danza del toro sólo podía tener la complexión ligera y nervuda que requieren las audaces acrobacias y que aparece en todos los frescos y figurillas. Y, en realidad, los principales datos de la historia de Teseo apoyan esta conjetura. Los hombres que dominan con su estatura a los adversarios no tienen ninguna necesidad de elaborar una ciencia de la lucha; y Teseo aparece a menudo combatiendo contra enemigos monstruosos y salvándose a duras penas gracias a su ingenio. La tradición de que emuló las proezas de Heracles bien puede preservar alguna antigua mofa sobre cómo se resarcan los hombres pequeños y enérgicos. Hace pensar en Napoleón.

Si se examina la leyenda a esa luz, emerge una personalidad bien definida. Se trata de un peso ligero; valeroso y agresivo, recio y ágil; de fuerte sexualidad y más bien promiscuo; quisquillosamente orgulloso, pero que se apiada del oprimido; y recuerda a Alejandro por su precocidad, su don de mando y su sentido romántico del destino. Sería acorde con la moda igualitaria de nuestro tiempo concebir a Teseo como un aventurero innominado que llegó a Atenas, después de haber sido un próspero bandido en el istmo, y obligó al rey a nombrarlo su heredero. Pero, aparte de que esto habría sido para Egeo un suicidio, salvo que lo protegiera un estrecho vínculo de sangre, la partida voluntaria de Teseo hacia Creta lo caracteriza como un hombre educado y adiestrado para su papel en la arquetípica tragedia de la realeza aquea.

No cabe duda de que el sacrificio regio fue impuesto a veces por el propio rey y que se practicó hasta tiempos documentados. El semihistórico Codro escenificó su propia muerte en combate contra los dorios, al enterarse de que la Pitia había vaticinado la derrota de los enemigos si él caía en la lucha. Herodoto afirma que Leónidas de Esparta resistió en las Termópilas, después de retirarse sus aliados, guiándose por un oráculo análogo. En época tan tardía como el año 403 a. de J.C., el adivino del ejército libertador de Trásibulo, quizá formalmente la suprema jerarquía en razón de sacerdocio, les predijo la victoria si cargaban después de haber caído un hombre, y él mismo se abalanzó sobre las lanzas enemigas.

Que yo sepa, no se ha sugerido antes que Teseo poseyera el aura del terremoto, un instinto bien conocido entre los animales y los pájaros. Aún hoy, semejante don sería precioso en cualquier ciudad o aldea griega; a los hombres de la Edad del Bronce seguramente les habría parecido divino. El favor y la protección del sacudidor de la tierra aparecen recalcados en toda la leyenda, y hay que destacar que la mortal maldición que fue su don a Teseo tuvo por respuesta una ola gigantesca. La pasión de Poseidón por Pélope (el bisabuelo de Teseo en la leyenda) sugiere un rasgo hereditario. El Peloponeso es una zona tan sísmica que las estatuas del museo de Olimpia están rodeadas de grandes cajones de arena, dispuestos para amortiguar su caída.

A juzgar por los hallazgos de Cnosos, es evidente que las fiestas de toros cretenses igualaban a las de España en popularidad. No es inconcebible que un torero importante, que disfrutaría quizá del prestigio combinado de un Manolete y un Nijinski, pudiese llegar a ser el amante de una princesa y desempeñar algún papel en la caída del régimen. Los arqueólogos están de acuerdo en que el palacio fue incendiado, saqueado y reducido a ruinas por el terremoto, aunque no se sabe si esto sucedió de forma simultánea o sucesiva. Los desdeñosos apodos dados a los siervos cretenses aparecen sugeridos en las inscripciones lineales de Cnosos. Junto al salón del trono se encontró una pequeña sala donde parece ser que el rey pasaba algunos ratos, quizá por motivos religiosos. En el propio salón, había signos de haberse interrumpido súbitamente una unción con óleo ceremonial.

La leyenda contiene muchas cosas a primera vista improbables que, cuando se examinan, sólo son detalles poco esenciales. Por ejemplo, Teseo no pudo llevarse de Atenas a sus imitadores de mujeres disfrazados, ya que los danzarines del toro iban casi desnudos; pero el ardid de la puerta es bastante verosímil. Y en cuanto a la copa envenenada, lo único increíble es que Egeo eligiera un banquete público para cometer el grave crimen de asesinar a un invitado. Dada la meteórica carrera conquistadora de Teseo, lo más probable es que se produjera la tentativa. El episodio debe de haber sido uno de los temas favoritos del teatro griego, donde la inevitable presencia del coro puede haber influido en el relato. En cuanto a su ocultación en Trecén, el tema del heredero que permanece escondido hasta que alcanza la edad suficiente para defenderse está difundido por todo el mundo y hoy es corriente en los relatos populares africanos. Constituye un lugar común de las sociedades donde reina la inseguridad; una treta tan natural que hasta los animales la ponen en práctica. Al examinar cualquier narración muy antigua, también conviene recordar que los primitivos tienen un fuerte sentido dramático y lo aplican a sus vidas.

No hay pruebas de que haya existido la palabra heleno en la época micénica. La he usado porque para mucha gente es un término menos restringido que el de aqueo.

La leyenda de Teseo

El rey Egeo de Atenas, abrumado por el infortunio y sin hijos a causa de la enemistad de Afrodita, estableció el culto de la diosa en Atenas y fue a consultar al oráculo de Delfos. Éste le ordenó que no desatara un odre de vino hasta haber regresado a su país, porque de lo contrario moriría algún día de pesadumbre. Cuando regresaba, al pasar por Trecén, le contó su historia al rey Piteo, quien, adivinando que era el augurio de algún nacimiento singular, llevó a Egeo en estado de embriaguez al lecho de su hija Etra. Más tarde, aquella misma noche, ésta recibió en sueños la orden de vadear las aguas hasta la isla en que estaba el santuario de Atenea, donde también Poseidón yació con ella. Al despertar, Egeo dejó su espada y sus sandalias debajo de un altar de Zeus, diciéndole a Etra que, si nacía un hijo, se lo enviara a Atenas en cuanto pudiera levantar la piedra. Teseo realizó esta proeza cuando apenas tenía los dieciséis años; era, ya entonces, un joven con la talla y la fuerza de un héroe, diestro en el manejo de la lira e inventor de la lucha científica.

Después de haber elegido para ir a Atenas el camino del istmo, a fin de ponerse a prueba a sí mismo contra sus peligros, Teseo venció en combate singular a todos los monstruos y tira nos que atacaban allí a los viajeros. En Megara mató a la gigantesca lechona Fea y en Eleusis al rey Cerción, que sacrificaba a los viajeros obligándolos a luchar hasta la muerte.

Cuando llegó a Atenas, la hechicera Medea, amante de su padre, adivinó su parentesco y, para asegurarle la sucesión a su propio hijo, convenció a Egeo de que aquel imponente joven constituía una amenaza para el trono. El rey preparó una copa envenenada para ofrecérsela en una fiesta pública; pero Teseo le mostró la espada en el momento oportuno. Egeo le arrancó la copa de los labios y lo abrazó lleno de alegría; la hechicera huyó en su carro tirado por dragones alados.

Egeo reconoció a Teseo como heredero suyo en medio del júbilo popular; Palas, el anterior heredero, y sus cincuenta hijos fueron muertos por el joven príncipe o desterrados. Teseo ganó nuevos honores domando a un toro salvaje que asolaba la planicie de Maratón. Pero poco después la ciudad se vio ensombrecida por la llegada del barco de Creta que cobraba el tributo, reclamando los muchachos y muchachas que se enviaban periódicamente para que los devorara el Minotauro.

Poseidón había regalado al rey Minos de Creta, en recompensa por un voto, un magnífico toro para sacrificarlo, pero Minos se lo había reservado. En castigo, Afrodita le hizo sentir a la esposa de Minos, la reina Pasífae, una monstruosa pasión por el toro, que ella consumió metiéndose dentro de una vaca hueca que le construyó Dédalo, el maestro artesano. Su descendencia fue el Minotauro, un ser con cuerpo de hombre y cabeza de toro, que se alimentaba de carne humana. Para ocultar su vergüenza, Minos hizo que Dédalo le construyera un laberinto impenetrable, adonde se retiró del mundo, y en el centro de cuya maraña ocultó al Minotauro, aprovisionándolo de víctimas humanas.

La cuota que pagaba Atenas era de siete mozos y siete vírgenes. Entre éstos fue a Creta Teseo; según muchas versiones por su propia voluntad, aunque otras afirman que le tocó por sorteo. Al partir, su padre le encargó que cambiara la vela negra del barco sacrificial por otra blanca, en el caso de que volviera vivo.

Cuando Teseo llegó a Creta, Minos se burló de su pretensión de ser hijo de Poseidón y lo desafió a rescatar un anillo arrojado al mar. Teseo no sólo recibió de las ninfas marinas el anillo, sino también la corona de oro de Tetis. Su proeza hizo que Ariadna, hija de Minos, se enamorase de él; Ariadna le dio en secreto un ovillo con el que podría desandar su trayectoria por el laberinto y una espada para matar al Minotauro.

Cuando hubo realizado esta hazaña, Teseo reunió a los jóvenes atenienses; pero las muchachas estaban encerradas aparte. El héroe se había preparado para esta eventualidad en Atenas, adiestrando a dos jóvenes valientes, pero de aspecto afeminado, para que sustituyeran a dos de las muchachas. Ellos abrieron los aposentos de las mujeres y todas las presuntas víctimas huyeron a Atenas, llevándose a Ariadna, a la cual, pese a todo, Teseo abandonó en la isla de Naxos. Al encontrarla allí, Dionisos se enamoró de ella y le hizo acaudillar su séquito de ménades. Al visitar Atenas, Teseo olvidó cambiar la vela de duelo por la blanca, y Egeo, acongojado, se tiró desde la Acrópolis o desde algún acantilado al mar. Entonces su hijo lo sucedió en el trono.

Se dice que durante su reinado unificó el Ática y dio leyes a sus tres estamentos: los terratenientes, los agricultores y los artesanos. Fue célebre por proteger a los criados y esclavos maltratados, para quienes su altar siguió siendo un santuario hasta los tiempos históricos. Pirítoo, rey de los lapitas, lo desafió sa-

queando sus ganados; pero los jóvenes guerreros simpatizaron en el campo de batalla y se juraron eterna amistad. Teseo intervino en la caza del jabalí con Calidón y en la batalla de los lapitas contra los centauros, y se cuenta que emuló las hazañas de Heracles. En una incursión contra las amazonas, raptó a su reina Hipólita. Más tarde, el pueblo de ésta, en venganza, invadió el Ática; pero Hipólita luchó en el campo de batalla junto a Teseo y murió de un flechazo. Antes, no obstante, le había dado un hijo, Hipólito.

Después de la muerte de Hipólita, Teseo envió por Fedra, la hija menor del rey Minos, y se casó con ella. Por entonces Hipólito era un joven fuerte y hermoso, aficionado a los caballos y al casto culto de Artemisa, la deidad tutelar de su madre. Pronto sintió Fedra por él una pasión devoradora y le suplicó a su vieja nodriza que abogara por su causa. Como el escandalizado Hipólito se negó a acceder a sus deseos, Fedra se ahorcó, dejando una carta en la que lo acusaba de haberla violado. Teseo, convencido de la acusación por la muerte de Fedra, echó a su hijo e invocó sobre él la maldición mortal que le confiara su padre Poseidón. Cuando Hipólito iba en su carro por el agreste camino de la costa, el dios envió una enorme ola sobre cuya cresta había un toro marino, que desbocó a los caballos. El destrozado cadáver de Hipólito fue llevado a presencia de Teseo, quien había sabido demasiado tarde la verdad.

Desde entonces, la suerte abandonó a Teseo. Cuando ayudaba a Pirítoo a raptar a Perséfone, fue confinado y atormentado en el averno durante cuatro años, hasta que Heracles lo liberó. A su vuelta, encontró a Atenas sumida en el caos y la sedición. Al no lograr restablecer la ley, maldijo a la ciudad y puso proa a Creta. Por el camino se detuvo en Esciros, donde, traicionado por su anfitrión, se despeñó al mar.